
CUANDO EL HIELO DEJE DE CRUJIR
SANTIAGO DÍAZ MORLÁN
Pàmies

SANTIAGO DÍAZ MORLÁN

CUANDO EL HIELO DEJE DE CRUJIR



Pàmies

Primera edición: septiembre de 2023

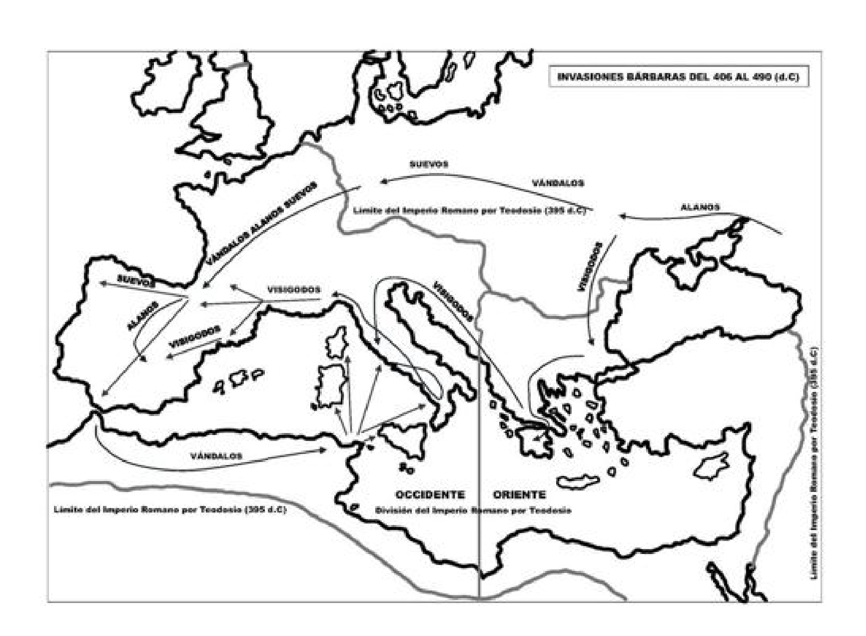
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-10070-28-8
BIC: FV

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografía de cubierta: Salvadorfoto/depositphotos.com
Mapas: Juan Eléxpuru Arteche

ÍNDICE

A mi padre, STTL.


INVASIONES BÁRBARAS DEL 406 AL 490 (d.C)
SUEVOS
VÁNDALOS
ALANOS
VÁNDALOS ALANOS SUEVOS
Límite del Imperio Romano por Teodosio (395 d.C)
VISIGODOS
SUEVOS
VISIGODOS
ALANOS
VISIGODOS
VISIGODOS
VÁNDALOS
OCCIDENTE
ORIENTE
Límite del Imperio Romano por Teodosio (395 d.C)
División del Imperio Romano por Teodosio
Límite del Imperio Romano por Teodosio (395 d.C)


HISPANIA EN ÉPOCA DE DIOCLECIANO 284-305
POMPAELO
PALLANTIA
CLUNIA
CAESARAUGUSTA
BARCINO
TARRACO
DERTOSA
EMERITA
AUGUSTA
HISPALIS
Calzadas romanas en la época

I

Río Rhenus

31 DE DICIEMBRE DEL AÑO 406 D. C.

La densa niebla, que con la luz del alba teñía de plata las copas de aquellos árboles ribereños, estaba empezando a levantarse, lentamente, con la pereza de movimientos que solamente el invierno concede a la naturaleza. Un blanco intenso y poblado con los sonidos de la mañana inundaba el paisaje que durante varios minutos tuvo absorto a Cayo Verón, soldado de Roma.

Encuadrado en la tercera cohorte de una olvidada guarnición de *limitanei* que se asentaba en la margen izquierda del Rhenus, Cayo dejaba pasar sus días en un pequeño puesto fortificado ubicado en las estribaciones de las escarpaduras que dominan el transcurso del gran río, entre Bingium y Confluentes. Aquel lugar constituía un punto estratégico, como puesto avanzado, centinela del *limes,* encrucijada de caminos y puerta de entrada al valle que, desde las empinadas laderas de aquella parte del curso del río, permitía el acceso directo desde Mogontiacum, base de la flota fluvial del Rhenus, a la antigua capital imperial, Augusta Treverorum. Esta, situada al oeste, a unas noventa millas de distancia, mostraba orgullosa las murallas y edificios oficiales que daban cuenta de su esplendor, un brillo que reflejaba una opulencia y prosperidad que terminaban abruptamente ante aquella frontera de agua que Cayo recorría cada mañana. El *limitaneus* pertenecía a una de las escasamente pobladas y siempre tardíamente pagadas *alae* de caballería que, junto con los restantes componentes de la cohorte, conformaban un grupo heterogéneo de guardias que, instalados en aquel fuerte, en sus mejores épocas no alcanzaba los quinientos hombres. Ahora, en el duro invierno del año 406 d. C., aquella tropa languidecía entre el frío, la nieve y el hielo, sosteniendo la defensa de la frontera en aquel sector con apenas trescientos soldados, acompañados de sus familias.

Cayo levantó la vista, mientras mantenía asidas las riendas de su caballo y palmeaba su lomo sudoroso. Aún no se vislumbraba la orilla opuesta del ancho cauce fluvial. Había cabalgado desde el alba por el sendero que, a modo de rudimentario paso de guardia, escoltaba esa

margen del poderoso río a lo largo de su curso, uniendo los distintos enclaves, fuertes y torres de vigilancia que habían constituido jalones de un eficaz sistema de alerta, perfeccionado durante más de tres siglos. De hecho, él siempre había conocido aquellas viejas estructuras de madera. Cada una de ellas estaba rodeada por un foso rudimentario y provista en lo alto de grandes recipientes, preparados para encender un fuego de aviso que comunicara a las restantes, de forma inmediata, una señal de alarma ante cualquier incursión. Recordó el abandono que había alcanzado el mantenimiento de aquellos enclaves, hasta que hacía ya dos meses se instalaran en Augusta Treverorum las nuevas legiones que, al parecer, Rávena había decidido enviar a la frontera. Se decía incluso que el propio *magister militum,* Estilicón, protector de Occidente, regente en su día de Honorio, el joven césar hijo del gran Teodosio, se había desplazado hasta allí para reorganizar las defensas imperiales, acompañado de un prometedor general, Quinto Flavio, *magister militum praesentalis* en la Galia, al mando de las legiones Martis y Septimani. *Falta hacía,* pensó Cayo en su momento, cuando conoció la noticia. Las tropas de *limitanei* eran evidentemente insuficientes para enfrentarse a todo lo que estaba ocurriendo desde hacía meses al otro lado del río. Sin el apoyo de las unidades móviles del ejército de campaña, las llamadas *comitatenses,* las poco belicosas tropas de vigilancia de frontera apenas podrían resistir el más mínimo asalto de aquellas hordas, las que ahora, dejando entrever su amenazadora fuerza, mostraban su ánimo y pujanza con la inmensa nube que formaba, desde la primera hora de todas las mañanas de los ocho últimos meses, el humo de los miles de hogueras que cada día alimentaban el espíritu y calentaban el cuerpo de una muchedumbre asentada en la margen derecha del Rhenus. Una masa expectante, unida y alentada por un solo propósito: cruzar el río y penetrar en aquella tierra fértil, segura y ordenada.

Cayo desmontó y se deshizo del ligero casco de caballería que, tachonado con clavos ya herrumbrosos, solía utilizar en aquellas patrullas. Se pasó la mano por el pelo, demasiado largo para el gusto romano, pero adaptado a la moda que imperaba en la frontera. No era reglamentario, pero ¿quién hacía caso ya al reglamento? Se ajustó el pañuelo rojo que, anudado a su cuello, lo protegía del intenso frío y, comprobando que los broches de su capa no se habían desprendido aún, bajó de su montura.

La niebla se disipaba y comenzaba a vislumbrarse el tenue sol del invierno, que, por primera vez en varias semanas, acariciaba con sus rayos el rostro de los habitantes que moraban en ambas riberas del gran río. Había nevado toda la noche y los días se habían hecho eternos, envueltos en un manto blanco de frío y hielo que anulaba el relieve y congelaba los huesos. Cayo ajustó las cinchas de su montura,

que resoplaba mientras movía su hermosa cabeza negra. Sus oscuras crines contrastaban en su agitación con la palidez de la tierra que ahora pisaban, desaparecido todo atisbo del verde que asomaría insultantemente salvaje en la primavera, aún lejana. Demasiado lejana. Por un momento el jinete se mantuvo absorto, esperando escuchar los rumores que aquel curso de agua regalaba cada día a quienes se acercaban a su orilla. Le fascinaba el sonido de los bloques de hielo que chocaban entre sí, empujados por la corriente. Mientras había durado aquel largo temporal, no había podido hacer su ronda habitual por los puestos, comprobando que aún pervivía el orden antiguo de las cosas. A Cayo le gustaba aquel orden. Era el que le había proporcionado una carrera en la milicia, algunas letras, una mujer y dos pequeños hijos, que eran para él su gran triunfo. Niños que esperaban en el poblado nacido al amparo del fuerte a que su padre les trajera a su regreso alguna pieza de caza o una pequeña talla hábilmente confeccionada sobre la madera de tejo que tanto abundaba por la zona. Por eso vigilaba. Para mantener todo aquello que le hacía sentirse vivo. Apreciaba las misiones de patrulla por la frontera, a las que se apuntaba como entusiasta voluntario cada vez que tenía una oportunidad. Se sentía guardián de ese viejo orden, de la antigua tradición que le había enseñado a valorar el poder de la ley, tanto como el placer de un buen baño, del que podía disfrutar en aquellas pequeñas termas adyacentes al puesto y que habían surgido enmarcadas en el caserío que circundaba el recinto fortificado que era su hogar. Un hogar crecido, en definitiva, al amparo de la que él siempre había considerado como la única civilización por la que merecía la pena vivir, luchar y acaso morir.

Pero aquella mañana no escuchaba ruido alguno. Invadía el ambiente una calma inusual. El aire parecía aquietarse, acompasando con la ausencia de viento el espeso silencio que ahora retumbaba en los oídos atentos de Cayo Verón. Se ajustó el casco y agarrando con fuerza las crines del caballo saltó ágilmente sobre su montura, encaminando sus pasos hacia la orilla con un suave tirón de las riendas. Lentamente, aquel centinela del Rhenus descendió hacia la ribera por un pequeño terraplén cubierto de una nieve que dificultaba la marcha y cubría las patas del caballo hasta sus rodillas.

Y de repente lo vio. Fue en ese mismo instante, cuando la niebla se disipó, cuando pudo contemplar con claridad el espectáculo de una extensión ancha y lisa que reflejaba la luz del sol, cegando sus ojos.

Por eso no había escuchado el rumor del agua.

Por eso no le llegaba el quejido del cauce.

El hielo había dejado de crujir. El Rhenus era ya, aquella primera mañana del 31 de diciembre del año 406, aquel amanecer tras la ventisca, una inmensa y sólida extensión congelada que ya no

constituía barrera ni frontera entre Roma y los pueblos que esperaban una hora —su hora— que sonaba firme y amenazante.

El corcel penetró a través de la *porta praetoria,* dejando tras de sí la huella apresurada de su cabalgada en la nieve, que aún cubría la estrecha avenida divisoria del pequeño poblado adyacente. Los centinelas reconocieron al veterano Cayo y franquearon su entrada sin problema alguno. Normalmente, las puertas dobles de aquel acceso principal del recinto permanecían abiertas hasta el anochecer, dado el trasiego existente entre los soldados, sus familias y los comerciantes de fortuna que se acercaban a la frontera en busca de ocasión propicia para incrementar las por entonces cada vez más menguantes ganancias. La guerra no era buena compañera de los negocios, y los pocos mercaderes que aún se aventuraban a aproximarse al enclave intuían vientos fríos y negros nubarrones de sangre y fuego en aquel invierno.

El fuerte se había ido consolidando a lo largo de los años. Desde hacía tiempo, sólidos muros de bien escuadrados sillares, circundados de un foso excavado en forma de uve, rodeaban las instalaciones donde vivían los *limitanei* con relativa comodidad y espacio. Construido con la piedra clara de las canteras cercanas a Boudobrigo, constituía una gran superficie rectangular amurallada, de esquinas curvas, abierto hacia el exterior por cuatro puertas protegidas por sus torres, y albergaba en su interior las edificaciones básicas para mantener durante todo el año una guarnición estable. Almacenes de grano, caballerizas, barracones de alojamiento y, en el centro, en la intersección de sus dos calles, el cuartel general, con su basílica y patio interior, guardián de los estandartes de la cohorte. *Praetorium* adyacente, talleres y hórreos completaban el conjunto, que seguía en cierta forma la estructura de un campamento legionario al uso.

Este era, en definitiva, el mundo que reproducía a pequeña escala los esquemas de la civilización cuyos límites defendían hombres como Cayo, quien terminaba entonces su frenética cabalgada, frenando su montura ante la puerta del cuartel general. Allí, un aterido guardia custodiaba su entrada y componía una figura poco marcial, abrigada por una capa ya raída por el uso continuado, empapada por unos copos de nieve que, tras la breve tregua de aquella mañana, comenzaban de nuevo a caer intermitentemente.

Cayo desmontó y ni siquiera se preocupó de sujetar las riendas de su montura, que resoplaba como consecuencia del esfuerzo, exhalando su aliento cálido en forma de un vapor que reflejaba el contraste de temperatura. Con paso firme se acercó al centinela, que lo miraba con

curiosidad y preocupación.

—Salve, Cayo. —El guardia relajó su gesto al reconocer a su compañero, cuando este se quitó el casco—. ¿Alguna novedad? —preguntó con cierta sorna.

Cayo no perdió el tiempo ante lo que consideró el típico síntoma de abandono de la disciplina que, según él, aquejaba a aquellas tropas olvidadas por Rávena, y no se anduvo con rodeos.

—No me hagas perder el tiempo, Clodius —le dijo con tono cortante. Nunca le había resultado simpático aquel hijo de burgundios romanizados que había latinizado su nombre germánico, Clodoveo—. Necesito ver urgentemente al tribuno. Y sí, hay novedades.

El centinela le permitió el paso, intrigado, y Cayo penetró en el edificio, atravesando la basílica que ocupaba uno de sus laterales, y, accediendo al patio interior, rodeó el peristilo hasta alcanzar la habitación en la que normalmente solía pasar las horas del día el tribuno comandante del puesto. Apartó el grueso faldón de tela forrada con pieles que, mecido por un viento cada vez más poderoso y gélido, hacía las veces de puerta de aquella estancia, y accedió a su interior. El contraste de temperatura consiguió calmar su ímpetu durante unos segundos. Al fondo de la sala, decorada con sobriedad por cuatro bustos de la familia imperial adosados a las paredes y encaramados en peanas de madera, ardía en una gran chimenea un potente fuego que desprendía el fuerte olor acre de la madera de los bosques cercanos. Junto a la lumbre, sentado en una mesa de roble que, sin duda, había conocido mejores tiempos, se encontraba Tulio Servio, tribuno de la XIV Cohorte de *limitanei* adscrita a la guarnición principal de Mogontiacum. Aparentaba los cincuenta años que tenía, y cuando sus tropas lo observaban, veían en él el antiguo *comes* que por algún asunto oscuro nunca aclarado había tenido que abandonar la corte, purgando sus faltas, dejando pasar el tiempo en aquel destino infame, cortando así de raíz un prometedor *cursus honorum* cuyo final soñado ya nunca alcanzaría. Frío pero competente, mantenía una relación distante con sus hombres, si bien todos concluían en que no era el peor mando que les podía haber tocado en suerte. Ante la entrada de Cayo en la estancia, apenas hizo un movimiento perceptible con la mano, indicando que aquella intromisión no era demasiado bienvenida. El *limitaneus* esperó, el casco en una mano y la otra en el pomo de su *gladius*.

—Acércate, Cayo. —Tulio conocía ya a todos sus soldados por su nombre—. ¿Qué es tan importante como para entrar de esta manera? —Levantó por fin su mirada escrutando el aspecto del soldado—. ¡Y sin asearte un poco, por Juno!

El tribuno pertenecía a uno de esos ciudadanos que, aunque se declaraban devotos cristianos, aún se encomendaban por tradición y

cierta rebeldía de antiguo patricio a las viejas divinidades protectoras de Roma.

Cayo dio unos pasos hasta la mesa tras la que aguardaba el comandante del fuerte y, llevándose el puño al pecho en señal de saludo, se dispuso a informar de las inquietantes novedades.

Horas después se abrían las puertas del puesto fronterizo y un jinete abandonaba la fortificación espoleando a su caballo, dejando tras de sí una familia inquieta, una guarnición en estado de alerta y las huellas de su paso, marcadas en la nieve que cubría la grava de la calzada que comunicaba aquel confín del Imperio con Augusta Treverorum.

Mientras Cayo cabalgaba a través del manto blanco, no muy lejos, desde la altura de un promontorio que dominaba el fuerte, unos ojos escrutadores vigilaban la marcha de aquel punto negro que destacaba en la palidez del paisaje, alejándose hacia el oeste. Sin perder tiempo, aquel explorador volvió la grupa de su caballo y comenzó a descender lentamente por la colina en dirección a un pequeño grupo de jinetes que esperaba en sus monturas, envueltos en pieles y armados con lanzas y hachas sujetas a su cintura. Los guerreros marcomanos no intercambiaron palabra y, simplemente, se encaminaron hacia el este, de donde habían llegado esa mañana, cruzando el río al amanecer.

II

Augusta Treverorum

Cuando levantó la cabeza del mapa, pudo comprobar que el sol, que aquella mañana prometía algo de templanza en el ánimo de los hombres, ya había desaparecido, oculto por nubes que anunciaban otra borrasca. Sin embargo, aún con todo, la luz apagada del invierno atravesaba la estancia y una ligera y gélida brisa conseguía que aquellos cortinajes rojos dieran algo de solemnidad a la reunión de mandos que concluía ya. Los oficiales presentes a duras penas podían mantener su optimismo ante la realidad de los hechos: desde hacía ocho meses, miles, decenas de miles de hombres, mujeres y niños se agolpaban en la margen derecha del Rhenus. Vándalos, suevos y alanos, empujados a su vez por el desplazamiento violento de un poderoso contingente huno en las grandes llanuras del curso medio del Danubio, consideraban que resultaría menos peligroso buscar nuevos asentamientos dentro del Imperio que vivir sometidos a la barbarie venida de Oriente a lomos de pequeños y veloces caballos, y acompañada por saqueos, pillaje y destrucción de sus tierras, en la Germania situada al oeste de los Cárpatos. Y allí se encontraban ahora, en la frontera del Imperio, al otro lado del ancho Rhenus, tras un largo viaje. Y habían decidido que no podían esperar a que les fuera concedido un permiso para entrar. Ya no. Habían transcurrido demasiados meses de negociaciones y las demandas de los jefes de aquellos pueblos sobrepasaban lo tolerable para un imperio que seguía viéndose a sí mismo como un mundo aparte, lejano a la barbarie que ahora estaba a sus puertas, amenazante y fortalecida por un deseo de supervivencia difícil de dominar con la fuerza de las palabras. Se había considerado que el hambre conseguiría debilitar sus demandas, mientras hacía estragos en la parte más débil de aquel contingente. Mujeres y niños acompañaban a los hombres en carruajes que transportaban sus escasas pertenencias, con el ansia de escapar a una nueva vida, a un mundo mejor que el que les ofrecía la inseguridad de sus antiguas tierras. Pero el invierno trajo consigo un hecho que nadie se había parado a pensar antes: aquella frontera natural que era el curso del Rhenus se estaba congelando, y si el tiempo seguía manifestándose como hasta entonces —frío en exceso y cargado de

tormentas y duras ventiscas—, el cauce terminaría por helarse y en ese instante, agotadas ya las palabras, no habría forma de parar la avalancha.

Augusta Treverorum estaba demasiado cerca. Apenas noventa millas separaban la gran y próspera urbe de aquel límite que durante siglos había salvaguardado su opulencia. Y la única fuerza militar que aún podía intentar remediar la situación se encontraba bajo su mando. Quinto Flavio Julio, nuevo *magister militum praesentialis* con mando en la Galia, había sido recientemente nombrado para ese cargo por Rávena, ayudado por su fama de organizador y, quizás también, por la influencia de su compañero de armas y superior jerárquico, Estilicón, actual *magister militum* de todos los ejércitos de aquel imperio occidental.

Quinto, asomado a una de las decenas de ventanas abiertas en el cuerpo de la torre que presidía la entrada norte de la ciudad, intentaba distraerse de sus sombríos pensamientos. Las preocupaciones lo asaltaban con mayor fuerza desde la reunión de mandos que había tenido lugar aquella mañana en una de las dependencias de la torre *dextra* de la puerta principal de la antigua capital imperial. Comprobaba, para apartar sus negros presentimientos, cómo los ejercicios de entrenamiento e instrucción que había ordenado se estaban llevando a cabo en el campamento a buen ritmo, pese a las inclemencias del frío. Desde allí podía observar también las tiendas de la Legio Martis, perfectamente alineadas en calles, asentado el emplazamiento intramuros en el enorme terreno que separaba las murallas de las primeras edificaciones de la ciudad y que se abría, a la derecha de la puerta, entre el comienzo del *cardo maximus* y la parte de la muralla que se asomaba al río Mosela. En el lado izquierdo, dirigiendo la mirada hacia el interior desde la puerta, cercana al circo, se asentaba la Legio Septimani, pero desde la ventana no se podía admirar el recinto en toda su extensión. Quinto contempló el caserío de la ciudad. Tenía ante sí el espectáculo de una concentración de ciudadanos y esclavos, romanos o extranjeros, que continuaban su día a día, ajenos a las negras nubes de muerte y destrucción de las que parecían a resguardo por la inercia del paso de los siglos de aquella *pax romana* que había acompañado sus vidas, como lo había hecho con tantas generaciones anteriores. El general, como abrumado por la responsabilidad y quizás correspondiendo a esa visión dramática de la vida que lo acompañaba desde hacía años, se echó sobre los hombros su pesada capa de pieles y, asomándose al exterior tras abrir los pesados postigos de la ventana, apoyó sus manos sobre el alféizar para observar mejor la escena, desde la privilegiada atalaya que resultaba aquella estructura en la que se encontraba residiendo.

La Porta Principalis de Augusta Treverorum era una obra maestra de la ingeniería militar. Ocupaba, sin duda, un lugar preeminente en las defensas de la ciudad. Conformaban su estructura dos imponentes torres semicilíndricas de tres alturas, jalonadas las paredes de cada uno de sus pisos con ventanas abiertas a modo de grandes aspilleras enmarcadas en pequeñas columnas de arcaico orden dórico, desde las que podía defenderse la entrada en todas las direcciones, pero que también cumplían funciones de puertas de luz que iluminaban las estancias, como aquella en la que se encontraba. El recorrido urbano, protegido por aquellos baluartes, comenzaba allí, en el inicio de norte a sur del imponente *cardo,* eje central de la vida de la ciudad, verdadero canal vertebrador de la energía y la pujanza de lo que un día fue ciudad imperial.

Un ligero carraspeo interrumpió las meditaciones del general.

—Estilicón —dijo la voz, y se acercó hacia la ventana de la sala donde Quinto seguía con la mirada los movimientos de sus soldados sobre la nieve.

—Estilicón, sí, Lucio —repuso Quinto con fastidio—. Me espera en las termas, junto al río, lo sé.

Se volvió mirando al oficial que lo había devuelto a la realidad. Lo vio más avejentado, surcado su rostro por las heridas del tiempo, por las de los años que habían transcurrido desde la primera vez que se fijó en aquel veterano centurión, al que había rescatado del tedio de la guarnición asentada en Mediolanum en la que estuvo destinado varios años. Desde entonces lo había acompañado como una sombra en todas las campañas, apuntalando con su orden y eficacia el ardor del soldado impetuoso y emocionalmente inestable que era Quinto.

—Solo al gran hombre se le ocurriría preparar una batalla sentado en pleno invierno en una piscina, mientras el mundo se tambalea a su alrededor. —Asintió despacio, esbozando una media sonrisa—. Sea; quizás me haga falta un buen baño, la verdad. Creo que nadie sabría distinguir en estos momentos mi olor del de mi caballo. —Se rio cuando notó que su acompañante relajaba un tanto su expresión hasta casi esbozar una sonrisa—. Iré solo, Lucio —continuó—. Me apetece pasear por una vez sin sentir el aliento de mi guardia en el cuello.

Miró fijamente cómo la mueca inicial de su subordinado se transformaba en un gesto de desaprobación. En el fondo, disfrutaba con esas pequeñas rebeliones a las que sometía al veterano ayudante.

—Como ordenes, *magister.* —Lucio citó su cargo oficial a propósito, como cuando deseaba recalcar su reparo por una orden sin parecer irrespetuoso.

Quinto cerró los ojos y con un gesto dio por terminada la conversación. Se cerró la capa de manera que quedaran ocultos los distintivos de su mando y se dirigió hacia la puerta con pasos firmes.

Mientras bajaban las escaleras de la torre, Lucio portaba sus armas y los documentos que habría que estudiar durante la noche para preparar la marcha y observaba preocupado a su legado, quien acortaba el camino saltando de dos en dos los escalones, ensimismado en sus pensamientos. Al salir del edificio, la luz que por fin surgía clara y probablemente fugaz tras varias semanas de ventisca cegó a ambos soldados durante unos segundos. La temperatura era gélida, y un ligero viento traía desde las cercanías los olores del humo de las fogatas que los soldados de ambas legiones, acantonadas al amparo de las murallas, se habían visto obligados a improvisar. Quinto sonrió y pareció recobrar el aliento y con él el optimismo que siempre lo acompañaba. Se alegró de no haber traído la coraza ni el casco, vestido como iba bajo su pesada capa, con su sencilla túnica corta de diario, ceñida por el cinturón de cuero del que colgaba el puñal legionario reglamentario, calzando sus botas desgastadas por el uso y portando como única joya distintiva el anillo que lo identificaba como ilustre hijo descendiente de una antigua familia. Miró al centurión y, luciendo su mejor sonrisa a modo de desagravio, le hizo un gesto con la mano, despidiéndose.

Lucio conocía lo suficiente a su general como para saber atender aquella pequeña súplica de independencia, y, aún preocupado por su seguridad, consideró que en una ciudad como aquella, impregnada totalmente hasta sus cimientos de los recuerdos imperiales, del fasto de la púrpura que no hacía muchos años dominaba el ambiente, no habría peligro que temer. Así pues, nada opuso a sus deseos. Lo observó, por tanto, durante unos segundos mientras se alejaba, perdiéndose entre la multitud que a aquella hora se arremolinaba entre los pequeños puestos de las *tabernae* que jalonaban el recorrido porticado de la larga avenida.

A lo largo del *cardo,* animado por un indescriptible bullicio aun en época de incertidumbre invernal, los ciudadanos ofrecían al visitante un espectáculo colorista y confuso que aprovechaba aquella breve tregua de luz para mostrarse sobre las losas de la avenida. El conjunto formaba un río de togas, túnicas, capas, botas, susurros, gritos, palabras de negocios, arreglos mundanos o confidencias secretas que arrollaba con la fuerza de un torrente y envolvía al paseante en una suerte de sinfonía de ruidos y sonidos, afinada por el frío viento que surcaba de norte a sur la arteria principal de la ciudad.

Quinto encaminó sus pasos por el lado izquierdo del *cardo.* Mientras avanzaba, sorteando transeúntes que se afanaban en sus quehaceres diarios, disfrutaba en aquellos momentos, pese al gentío, de una soledad que en pocas ocasiones podía saborear. Le sorprendía la actividad frenética que parecía invadir cada rincón de la enorme población que era Augusta Treverorum, y se dejó arrastrar por el

rumor constante de su vitalidad.

La ciudad abarcaba una amplia extensión de terreno que, en suave pendiente, se recostaba sobre la margen derecha del río Mosela, afluente del gran Rhenus. Circundada por una muralla que dibujaba un perímetro irregular a modo de rectángulo imperfecto, estaba abierta al exterior por tres grandes puertas: la sur, comenzando en ella la ruta que la comunicaba con el resto del Imperio; la principal, al norte, guarnecida por las dos grandes torres en las que Quinto había establecido su residencia temporal y que era principio y término de la calzada que comunicaba con las ciudades ribereñas de la frontera en Germania, y, finalmente, la puerta oeste, que controlaba el paso del río por el único puente que permitía su cruce de forma vigilada. Junto a ese puente, adyacente al *decumanus* de la ciudad, se levantaba el imponente edificio de las termas al que Quinto dirigía sus pasos. Aquella estructura albergaba uno de los tres complejos de baños que hacían de la ciudad un importante y significativo centro de referencia como espacio público y de recreo en el Imperio, y se encontraban entre los más apreciados por los habitantes de cierta posición social en la ciudad. El viejo anfiteatro, ya en desuso, y el enorme recinto del circo recordaban, con su presencia en la pequeña elevación del terreno que se alzaba intramuros hacia el este, el antiguo esplendor de los espectáculos mundanos que estaban siendo apartados por el celo de las nuevas normas que pretendían regir las conciencias y, con ellas, las costumbres ciudadanas. Finalmente, situada junto a aquellos vestigios olvidados y como recuerdo de la presencia imperial que un día distinguió a la ciudad, un enorme recinto amurallado dentro del propio casco urbano contenía las dependencias palaciegas y, sobre todo, el imponente edificio de la basílica, utilizado en tiempos de Constantino y hasta finales del siglo III como Aula Palatina. Era, sin duda, el más impresionante lugar de recepciones. Revestida su amplia y alta nave con mármoles blancos y negros, su presencia apabullante debía imponer respeto y miedo a los embajadores extranjeros, senadores y demás personajes públicos o privados que accedían al emperador cuando este se desplazaba a la ciudad y recibía en audiencia. Junto a esta estructura se alzaba la primera iglesia de la población, sede del obispo. Así, el conjunto de edificaciones constituía, además de centro eclesiástico, la residencia y dependencias del *magister officiorum,* a todos los efectos la autoridad civil máxima de la diócesis, responsable de la recaudación de impuestos, juez supremo y encargado del correcto funcionamiento de los suministros.

El conjunto de aquella urbe, puerto fluvial de cierta importancia, ofrecía a quien accedía a su interior el perfecto resumen de una ciudad romana al uso, enclave y encrucijada de caminos. Era el espejo en el que se reflejaba la abundancia que desde hacía años había sido

exhibida ante los habitantes del otro lado de la frontera. Augusta Treverorum era, por tanto, la esencia misma de la romanidad, en su exultante riqueza y en su fascinante poderío. Aquel enclave, sin embargo, mostraba ahora su debilidad, precisamente a causa de tal proximidad. La impudicia del espectáculo le iba a resultar cara. El final de la opulencia quizás habría de llegar con aquel invierno en el que el hielo había dejado de crujir. Una ciudad imponente que aún no aparentaba ser el alma de un fuego que podría avivarse en poco tiempo.

Quinto decidió acortar su camino hacia las termas cruzando el principal foro de la ciudad, desviando sus pasos a la derecha del *cardo,* hasta entrar en él a través de una de las múltiples puertas de acceso al recinto. La mañana era cada vez más gélida, pero, pese a ello, una multitud concentraba sus afanes en aquella enorme plaza porticada presidida por la basílica, sede de los negocios y de la justicia, que ocupaba todo el largo de uno de los lados del enorme espacio público, cuidadosamente pavimentado con una piedra pulida por décadas de pisadas.

Observó el gentío. Era un concurso abigarrado de ciudadanos y esclavos que se afanaban en sus tareas, aparentemente inmunes al frío y a las noticias que traían rumores cada vez más alarmantes. Allí, dos esclavos acarreaban un mueble de terraza con dudoso destino, en estampa insólita en un día de invierno; más lejos se arremolinaban hombres y mujeres alrededor de un joven de aspecto desastrado que pretendía engañar al incauto que intentara adivinar dónde permanecía oculta la piedra que se dispersaba entre cubos boca abajo, movidos por su ágil mano. En una esquina, unos mozalbetes jugaban a acertar con sus guijarros, lanzados con destreza, a los incautos y hambrientos gorriones que se acercaban en búsqueda de los restos que se abandonaban en los diferentes puestos de comida, que, ilegalmente, ofrecían frutos secos y algo de caza fuera de los límites del *macellum,* con el fin de no pagar las cada vez más elevadas tasas. Las voces se entremezclaban en acentos diferentes que reverberaban entre las paredes enmarcadas en la columnata. El conjunto ofrecía, sin embargo, por encima de aquella algarabía, el marco de solemnidad mercantil y judicial que precisaba aquel espacio.

Toda preocupación, incertidumbre, inquietud o lamento parecían encontrarse suspendidos; y Quinto disfrutó con esa sensación mientras caminaba sintiéndose libre, sin escolta, sin los distintivos de su rango, aproximándose casi por casualidad a los puestos que, junto a la esquina de la basílica, ofrecían un mercado de papiros y pergaminos confuso y caótico, como si tales trabajos fueran verdura dispuesta a ser cocinada. Atraído por aquella rareza invernal de la ciudad, se dedicó a hojear las obras en venta: extraños y desconocidos textos de

viajes, copias de los firmados por Heródoto; comedias de Plauto, acompasando los tiempos a la moda antigua; siempre Virgilio, amado por la élite; el denostado Apuleyo e incluso Petronio, difícil de encontrar en aquellos tiempos; pero también algunos textos de poetas ilegibles de latín exagerado, culto y en desuso, los omnipresentes autores griegos, literatos persas que escribían en lengua incomprensible. Obras, en fin, enrolladas con esmero las menos, decrépitas por el uso las más. Creyó estar transportándose a otro mundo.

Y entonces la vio.

Aquellas manos delgadas acariciaban el rollo de papiro que sostenían, mientras la tenue luz invernal centelleaba sobre un pelo ligeramente recogido por una cinta, que respondía al brillo de su negrura con reflejos azabaches. Bajo un abrigo de piel de tonos azulados por el caro tinte que evidenciaba, se descubría, en coqueta abertura de la capa que, pese al frío, no había abrochado, una túnica larga de pálido color blanco, levemente ceñida en su cintura por un cordón que apenas insinuaba su feminidad. El cuello abierto de esa capa permitía entrever un sencillo broche dorado sin excesos decorativos que sujetaba y al tiempo reafirmaba el conjunto. Quinto no pudo evitar admirar con deleite insospechado la elegancia de un cuerpo proporcionado, delgado y firme en su insultante juventud y sin que su estatura destacara entre la multitud que apuraba sus pasos en aquella plaza, el porte erguido de la dama avisaba de que era distinta a todos los que la rodeaban. La mujer no apartaba sus ojos de la mercancía que un comerciante ávido de ventas pugnaba por colocar. Finalmente, con un gesto sencillo, asintió y, mirando de soslayo a la esclava que la acompañaba, esta obedeció mecánicamente depositando en las manos del viejo el precio que, sin regateo, pareció ofrecer recompensa generosa, a juzgar por la cara de satisfacción del tendero. Quinto asistió hechizado a la escena, allí parado, absorto en contemplar la naturalidad con la que aquella mujer se desenvolvía entre el bullicio. De repente, su cuerpo dejó de reaccionar cuando ella, volviendo suavemente la cabeza, lo miró por unos segundos. Sus ojos verdes escrutaron intrigados a aquel hombre que, a poca distancia, no paraba de observarla. Ella quizás lo había intuido, y no pudo contener una leve sonrisa que hizo que, en sus labios, la sensualidad que prometían a simple vista dejara paso a una evidente certeza. Sostuvo su mirada durante unos segundos y, sin dejar de sonreír al más que evidentemente sorprendido Quinto, se giró hacia su esclava, que aguardaba expectante, y sin mediar palabra comenzó a andar volviendo la espalda al general, que quedó paralizado, entre asombrado y absorto, plantado allí como estatua inmóvil rodeada de figuras que trajinaban ajenas al rayo que había fulminado, a través de

unos ojos de esmeralda, la templanza del nuevo y orgulloso *magister militum praesentialis.*

Cuando Quinto pudo darse cuenta, ella ya había desaparecido. Buscó entonces con la mirada entre la multitud y finalmente acertó a vislumbrar un destello azulado que, de forma fugaz, doblaba la esquina de un callejón que permitía la salida del foro. Movido por un impulso de curiosidad casi infantil, y tratando de no vulnerar en exceso las formas que se suponían adecuadas para un hombre de su posición, aceleró sus pasos sorteando a comerciantes, ciudadanos y esclavos. Cuando por fin afrontó la entrada del estrecho pasaje, la vio al fondo, acompañada por su esclava, y Quinto creyó percibir en el ambiente el olor dejado a su paso. De repente, se sorprendió a sí mismo cuando, alargando su zancada, alcanzó a ambas mujeres y sin motivo aparente, con una elemental ausencia de cortesía y transgrediendo cualquier norma de corrección social, pudo escuchar su voz interpelando a aquella desconocida.

—Soy Quinto, Quinto Flavio Julio. —Y no dijo más, esperando el impacto que su nombre siempre causaba cuando era pronunciado.

La mujer pareció no inmutarse, y, parando su paso, lo miró divertida. Sus ojos penetraron profundamente en los del general, lo suficiente para comprender al instante lo absurdo que aquel hombre podía sentirse ante la falta de impresión que su anuncio había producido.

—Y yo, Licia. Simplemente Licia —le dijo con cierta sorna mientras a duras penas contenía la risa, divertida por un comportamiento más propio de impúberes que del hombre curtido que se encontraba ante ella. Y esperó a que el soldado se repusiera de su azoramiento.

Quinto hizo que pasaran unos segundos que él sabía, como estratega avezado, que eran claves para descubrir al contrincante las propias debilidades. Y decidió afrontar el encuentro con audacia, sobrepuesto ya de su inicial torpeza, impulsado a recuperar el terreno perdido, obviando la pequeña humillación a la que estaba siendo sometido por aquella muchacha con la aparente indiferencia que mostraba ante la proclamación de lo que él consideraba impresionante linaje familiar.

—También me apasiona la buena literatura —intentó aparentar naturalidad mientras señalaba con su índice los rollos que portaba la anciana esclava—. Tenía una biblioteca aceptable en Mediolanum, pero fue destruida por un incendio. Mi esposa murió entonces.

Avergonzado por haber contado una mentira tan brutal, directa e infantil a una desconocida, Quinto sintió un extraño malestar interior. Nunca se había sentido tan torpe.

—Lamento tu pérdida, soldado —le contestó muy seria Licia, algo descolocada por aquella confesión tan personal—. Seguramente te

costará años recuperarte de tal tragedia.

—Bueno —respondió Quinto, con evidente malestar—, he adquirido nuevos rollos desde entonces. —Y según lo decía, se dio cuenta de su estupidez e insensibilidad.

Para su sorpresa, Licia se mostró desconcertada y, sin poder contenerse, soltó una risa franca y sincera que, además de un reconocimiento de lo absurdo de la situación, consiguió reconfortar a Quinto, en exceso tosco en su poco sutil parlamento.

El general se disponía a tratar de corregir el dislate continuando su discurso cuando, de repente, Licia, en un sorprendente gesto, puso su dedo índice en los labios de aquel militar asustado.

—Cállate —le dijo—, no hables más, por favor.

Y lo miró con curiosidad. Había algo en ese hombre azorado y nervioso que le atraía. Así lo pensó entonces.

—Se me hace tarde, soldado, y vivo lejos. —Comenzó a caminar con estudiada indiferencia y luego, como recapacitando, detuvo sus pasos y se dirigió a él, casi en un susurro—. Siempre me acerco al foro, tres días por semana, a la misma hora.

Quinto sintió por unos instantes un arrebato de felicidad infantil. Pero pronto volvió a su ser, sopesando las posibilidades reales de aquel encuentro que abiertamente se le proponía.

—Pero yo no estaré aquí mucho tiempo; me iré pronto —dudó—. Comando las legiones que acampan junto a la muralla —dijo con pueril orgullo— y debemos partir, al Rhenus…, en breve —acertó a balbucir, torpe e imprudentemente, mientras contemplaba cómo se alejaba de nuevo la causa de su turbación—. ¿Te volveré a ver? —acertó finalmente a preguntar, desesperado por dejar una vez más tan clara su evidente vulnerabilidad.

Se estaba comportando como un necio. Y era plenamente consciente de ello.

Licia detuvo nuevamente sus pasos y, girando su cuerpo levemente, observó a aquel hombre poderoso pero desarmado ante ella. En su mirada, Quinto pareció adivinar la curiosidad incipiente de unos ojos que lo escrutaban estudiándolo con atención. Al final, tras unos segundos, esbozó una sonrisa.

—Si te vas a ir, vuelve entonces, soldado, y vuelve vivo.

III

Las termas

Comenzaba a oscurecerse de nuevo el cielo, difuminándose las nubes en un tablero gris plomizo que no diferenciaba contornos y que presagiaba la nieve que anunciaba su regreso, quizás para quedarse como incómoda invitada una vez más, impregnando la vida de los habitantes de aquella zona del Imperio, de aquella ciudad, sin embargo, y pese a ello, en movimiento.

Quinto tardó aún algún tiempo en escapar de los pensamientos que lo habían alejado de su condición de soldado, de oficial de Roma con una misión concreta que llevar a cabo. Aquel encuentro en el foro lo había dejado —él no sabía aún hasta qué punto— inmerso en una ensoñación tan humana y antigua que ni toda la voluntad de su espíritu habría podido librarlo de permanecer abstraído, mirando hacia el fondo de aquella calle estrecha que lo alejaba mentalmente de su cometido.

Licia, sin más. Ni siquiera había preguntado dónde vivía o a qué familia pertenecía. Licia, un único nombre, no muy común, era cierto, pero solo un nombre entre los miles de habitantes de la ciudad. Licia…

Un súbito golpe de viento helado lo despertó de improviso. Recordó el porqué de su visita al foro y se sintió estúpido. Abandonó aquel estupor sorprendente que lo había asaltado, maldiciéndose por su inmadurez. Abrigándose con la capa de pieles ante la acometida invernal que arreciaba, volvió sobre sus pasos y se encaminó desde aquel lateral de la enorme plaza, calle abajo en dirección al puente sobre el Mosela, junto al cual se levantaban las termas donde seguramente ya lo estaría esperando Estilicón, puntual siempre en su estricta aplicación de lo militar a cualquiera de sus actividades. Apresuró el paso sorteando los carromatos que, cargados con las mercancías y abastecimientos de invierno, habían cruzado ya los controles aduaneros y se dirigían al *macellum,* remontando la calle por la que él transitaba.

Había otros dos grandes complejos de termas en Augusta Treverorum, pero aquellas eran las más afamadas y concurridas, no por los ciudadanos de más dudosa condición o escaso patrimonio que

poblaban con asiduidad las ubicadas en el extremo opuesto del *decumanus,* cerca del antiguo anfiteatro, ni, obviamente, por el patriciado urbano que encontraba su descanso en las mucho más pequeñas y reservadas instalaciones que se levantaban en el conjunto palatino dominado por el Aula, al este de la población. Las termas ubicadas junto al puente sobre el Mosela habían sido construidas a finales del siglo II de aquella era; se hallaban entre las de mayores dimensiones del Imperio y eran, sobre todo, apreciadas por la magnificencia de sus instalaciones y la contrastada higiene que suponía encontrarse ubicadas junto al río, lo que facilitaba el continuado y rápido desagüe de las aguas residuales de todo el complejo.

Quinto contempló brevemente la fachada del gran edificio, cuyo frontal mostraba al visitante una imponente puerta que permitía el paso al público mediante tres arcos de medio punto, el central de mayor tamaño y los dos laterales de inferior altura, a modo de entrada triunfal que franqueaba el paso a una enorme palestra, ahora cubiertos sus suelos enlosados por la nieve que arreciaba a cada minuto. La explanada descubierta, como una gran plaza pública, era aprovechada en los meses de verano para la práctica del ejercicio físico de los ciudadanos, previo a la llegada del momento de relajación y buena conversación que proporcionaba la calidez de los baños del interior. Ahora, sin embargo, asemejaba un manto de silencio, extendido donde habitualmente se podían escuchar, entremezcladas, las voces despreocupadas de los ciudadanos ejercitándose.

Quinto dirigió sus pasos a través de las galerías cubiertas que enmarcaban los laterales de la palestra, sorprendido de la abundancia de soldados ubicados a lo largo del recorrido, con seguridad miembros de la guardia que acompañaba al *magister militum* en sus desplazamientos. Lo reconocieron, pese a su capa, y, conforme avanzaba, cada hombre cuadraba su gesto en señal de respeto. Probablemente, había comandado a varios de ellos en batallas que ya le resultaban lejanas en el tiempo, y esa familiaridad con la milicia hizo que lo abandonara por breves momentos la emoción que lo había invadido tras su encuentro en el foro. Accedió al imponente vestíbulo por una de las puertas que presidían el edificio principal, la reservada a los ciudadanos varones y que conducía al visitante hacia el interior. El espacio al que introducía deslumbraba por el esplendor de su arquitectura de gigantescas techumbres, sustentadas en enormes columnas de mármol veteado que soportaban el peso de casetones decorados con vivos colores. Todo ello daba al conjunto abovedado un aspecto de ligereza que nadie hubiera podido sospechar tras aquella apariencia monumental. El ambiente cálido del interior contrastaba fuertemente con el frío invernal que dominaba las calles de la ciudad,

y, pronto, Quinto sintió que su pesada capa sobraba en aquel recinto caldeado por el aire templado que ascendía por el interior de las paredes, proveniente de los enormes hornos que poblaban el subsuelo, alimentados sus fuegos por legiones de esclavos que se encargaban de su mantenimiento.

El *magister militum* estaba familiarizado con ese tipo de estructuras, y por ello se encaminó instintivamente hacia la *apodyteria,* bordeando la enorme *natatio* cubierta, donde pocos bañistas se atrevían a remojar sus cuerpos en el agua fría, que parecía una opción poco atractiva en aquella época del año. Guardando la entrada de los vestuarios, se encontraban de pie a ambos lados de la puerta dos soldados más, ataviados con el uniforme de la guardia imperial, vestidos con pantalones largos y túnica ceñida por el cinturón de hebillas recargadas, espada y puñal al cinto, casco y escudo ovalado con el símbolo del crismón en su centro. Aparentaban estar fuera de sitio y de lugar, sudando copiosamente bajo aquella parafernalia militar. Sin duda, lo estaban esperando, y, ante su llegada, los dos abandonaron su poco marcial posición para cuadrarse en señal de respeto, llevándose la mano derecha al pecho al unísono mientras permitían la entrada del general en aquella habitación enorme cuyas paredes se veían repletas de nichos vacíos donde depositar la ropa de los usuarios.

Quinto se deshizo con rapidez de su pesada capa invernal y comenzó a desnudarse. Acudir desarmado y vulnerable a cualquier cita no parecía en aquellos tiempos una actitud prudente. Sin embargo, él sabía que nada había de temer del *magister militum* que lo aguardaba en el interior del recinto. Estilicón, hijo de un militar vándalo al servicio del Imperio, resultaba ser el más romano de los ciudadanos romanos, si bien entre algunos senadores que aún intrigaban desde Roma en la corte de Rávena existía cierta costumbre favorable a potenciar la insidia. Por ello ponían en duda la lealtad de quien fuera tutor imperial, acusándolo recurrentemente de connivencia con el enemigo, a quien se encontraría supuestamente unido desde su nacimiento por sus orígenes a los que ahora llamaban a la puerta de las fronteras de manera poco amistosa. Quinto ya había escuchado antes esas calumnias, y quizás por ello no le sorprendió tanto el exceso de protección personal que detectaba en el interior del recinto termal. Ajustó una tela de lino a su cintura y se dirigió hacia el *tepidarium,* notando al instante que su cuerpo se estaba aclimatando rápidamente a aquella temperatura que lo transportaba a otras épocas de su vida, otro mundo de comodidades que hacía tiempo no sentía. Quinto no era hombre que destacara por su corpulencia. Era alto para los estándares de la época y correctamente proporcionado; sin embargo, pese al ejercicio físico al que lo abocaba la milicia, su cuerpo mostraba más cicatrices de heridas en combate que músculos

desarrollados en exceso. Aunque visitaba las termas de las diferentes ciudades en las que había sido destinado, no hallaba demasiado placer en cultivar el cuerpo. Siguió andando con paso firme y, mientras franqueaba las distintas salas en las que los rostros curiosos lo miraban desde las piscinas de agua templada, notaba cómo las conversaciones cesaban a su paso para retomarse en voz más baja conforme se alejaba. Se sabía observado, y su presencia acompañada de la de aquella guardia imperial avisaba de los sucesos graves que acontecían en aquellos días.

Sus pies desnudos enseguida se acostumbraron a la tibieza del calor que desprendía el suelo, irradiado por el aire caliente que, siempre ascendente, se desplazaba a través del enorme hipocausto construido bajo la superficie de aquellas estancias, decoradas con mosaicos que representaban, al gusto de la época en la que fue construido el complejo, figuras geométricas de tonalidades negras y grises. Adivinó enseguida dónde lo esperaba Estilicón al seguir el movimiento de sirvientes y soldados, que, frente a una puerta cerrada al final de la gran sala abovedada, entraban y salían de ella, afanándose al mismo tiempo en alejar a los ciudadanos curiosos que pretendían averiguar cuál era el acontecimiento del día. Dos hombres armados, que evidentemente desentonaban por su vestimenta con el lugar, le abrieron la puerta, y accedió al recinto del *caldarium,* reservado en exclusiva para esa ocasión señalada. Entró y una ola de calor le impactó en el rostro. Allí, recostado en el lateral de una pequeña piscina de la cual se desprendían vapores que anunciaban la elevada temperatura del agua, se encontraba Estilicón, *magister militum* del Imperio occidental, protector de Roma, antiguo preceptor y tutor del joven emperador Honorio, jefe de los ejércitos que pugnaban por mantener y defender el modo de vida que permitía precisamente aquel encuentro y en aquel concreto lugar.

—Acércate, Quinto —le dijo con voz firme el general, sin siquiera mirarlo, levantando ligeramente la copa de vino que asía con su mano derecha—. Veo que no has abandonado tus buenos hábitos de puntualidad.

Quinto notó el sarcasmo en la voz de aquel hombre. Era evidente que se había retrasado, pero, desde luego, no tenía intención de confesarle el motivo.

—Lo siento, general —comentó mientras se desprendía de su toalla y comenzaba a bajar las escaleras de la piscina—. La reunión terminó más tarde de lo habitual —mintió, y notó de inmediato el calor del agua en su cuerpo, sintiendo cómo sus poros se abrían y sus músculos, agarrotados por el frío de tantos meses, se relajaban.

Tomó asiento frente al hombre que lo había citado y, finalmente, agradeció para sus adentros que tal reunión se celebrara en aquel

lugar. Desde luego, Estilicón sabía cómo adaptarse en todo momento a la situación, fueran cuales fueran las circunstancias. Quinto notó la temperatura extrema del suelo que pisaba y pensó por un momento en que las enormes calderas de agua calentadas a fuego vivo que permitían alimentar aquel habitáculo se hallaban justo bajo él. Notó cómo su tensión corporal bajaba y se abandonó a aquella sensación mientras observaba la sonrisa abierta de su general, que asentía con igual satisfacción al comprobar la relajación en el rostro de su subordinado.

—Habías olvidado los placeres de un buen baño, ¿verdad? Tu olor te precedía, Quinto. —Y soltó una risotada que no fue acompañada por el aludido, ligeramente molesto al recordar que aquel desaseo también podría haber sido notado por la mujer a la que acababa de conocer.

Estilicón lo despertó de sus preocupaciones mundanas cuando con un gesto despidió de la sala a todos los acompañantes y sirvientes que se encontraban en ella, quienes abandonaron el recinto con una satisfacción que a Quinto le pareció tan evidente como lógica, dada la elevada temperatura.

—Pongámonos serios —dijo el general con voz grave y omitiendo todo preámbulo de cortesía—. ¿Cómo ha ido la reunión con los tribunos de tus legiones? ¿Cuánto tiempo necesitan para estar preparados tus hombres? —preguntó sin mayores rodeos.

Quinto meditó su respuesta. Sabía que Estilicón era hombre paciente, pero estaba acostumbrado a solucionar los problemas de manera expeditiva y no quería dar la imagen de improvisación que él había sentido cuando escuchaba los informes sobre sus tropas.

—Razonablemente bien —contestó acodando los brazos en el borde de la piscina, decidido a contestar igualmente de manera directa—. Los soldados entrenan duramente, pero confiaba en descubrir más avituallamiento de combate en la ciudad. Escasean las flechas para los arqueros, las *ballistae* necesitan nuevos cordajes, los caballos más y mejor forraje y los hombres están cansados. Ha sido un largo viaje, y el estado del tiempo no ayuda.

Estilicón asintió. Confiaba en el criterio de su subordinado, pero torció el gesto ante las palabras de Quinto.

—Tiempo es lo que no tenemos, precisamente. —Bebió un largo trago de su copa—. Te seré sincero, Quinto. La situación es grave, si tengo que creer, y te aseguro que lo hago, los informes que me llegan de los oficiales de la flota, desde Mogontiacum. No estamos hablando de una solicitud amistosa de cruce de fronteras, y además ya sabemos cómo acabó aquello en el Danubio.

Quinto recordó fugazmente la muerte en la batalla de Adrianópolis del emperador Valente, hacía ya treinta años, a manos de un ejército

godo que finalmente, harto de esperar al otro lado del río y tras ser sometido a las vejaciones de réprobos funcionarios imperiales, había decidido asentarse a sangre y fuego en el territorio del Imperio de Oriente, prescindiendo de las duras condiciones impuestas por Constantinopla.

—No, ahora nos toca a nosotros. —Estilicón pareció coger aire. Estaba claro que tenía ganas de exponer la situación con claridad, y Quinto no osó interrumpirlo—. Desde hace años, como bien conoces —continuó—, venimos sabiendo que miles de fugitivos, vándalos, alanos, suevos y burgundios, se han puesto en marcha ante el empuje huno desde los Cárpatos. Se han venido desplazando más rápidamente de lo que hubiéramos creído nunca, hasta terminar en nuestra frontera, aquí mismo, a unas millas de donde tú y yo estamos tranquilamente charlando, protegidos por este ejemplo de nuestra obra que considerábamos inmutable. —Miró alrededor, intentando abarcar la lujosa estancia con su gesto—. El ataque de Radagaiso en el norte de Italia fue un aviso.

Quinto recordó la campaña en la que el audaz intento de penetración de aquel caudillo godo venido del este había fracasado, derrotado por un ejército comandado precisamente por Estilicón y en el que él mismo había participado destacadamente como joven y prometedor tribuno.

—Pero fue un aviso con una consecuencia letal para las arcas del Imperio —continuó—. Sí, lo derrotamos, pero ¿a qué precio? Cuando este pasado verano ordené ejecutar finalmente a ese maldito, nuevos pueblos se desplazaban hacia el oeste, y ya se estaban concentrando más hombres y mujeres desesperados, cada vez más impacientes, aplastados contra el Rhenus. Del ejército que comandé entonces para salvar la península, y en el que participaste, poco hay movilizado, y lo que resta en condiciones de combatir se dedica últimamente a proteger las cercanías de Rávena. Honorio no quiere saber nada de alejar esas tropas de sus inmediaciones y, aunque no sabe que, en realidad, quedan pocos soldados de aquella formación que trabajosamente conseguí reunir, él cree que se trata de una fuerza invencible que le permitirá seguir holgazaneando en su palacio.

Quinto se sorprendió de la crudeza de las palabras de Estilicón. Este había sido preceptor y tutor del joven emperador, y notó en aquel desprecio levemente velado por Honorio la amargura premonitoria de un final de época, del ocaso de su tiempo como hombre fuerte del Imperio de Occidente.

Estilicón bebió de nuevo de su copa, recostó la cabeza sobre el borde de la piscina y continuó hablando, perdida su vista en las molduras que decoraban la bóveda de la estancia.

—No, Quinto. No quiero decir que todo esto se haya terminado. Sin

duda, somos capaces de frenar de nuevo cualquier invasión, pero tengo que confesarte que por primera vez estoy preocupado. Tus legiones son la única defensa en estos momentos en la frontera. Entre ellas y la Tingitana no hay ninguna formación de combate digna de ese nombre. ¿Por qué iba a haberla? La Galia está tranquila e Hispania lleva muchos años en paz absoluta; está lejos de cualquier frontera amenazante, el comercio fluye y la ley se aplica en la diócesis. ¿Por qué preocuparse, entonces, por gastar el dinero en el mantenimiento de legiones ociosas? Y, en realidad, ¿a quién le importa?

»Solamente quedan las tropas de Britania, comandadas por ese estúpido arrogante de Constantino, que tiene a su no menos estúpido hijo Constante como consejero. No me gustaba la idea de tener que llamarlas como refuerzo para proteger la Galia, pero no he tenido más remedio que hacerlo, aunque no sé si llegarán a tiempo. Desconfío de Constantino, pero no tengo elección. —Cerró los ojos—. Abandonar Britania o perecer. No hay más alternativa. No te sorprendas. —Miró de nuevo fijamente a Quinto—. Sé que en Rávena siguen empeñados en mostrar mapas y posiciones con tropas de *limitanei* y *comitatenses* que realmente solo existen en los archivos imperiales. La realidad, Quinto, es que entre tus hombres y el resto del Imperio no hay nada. Nada, ¿me entiendes?

»Y ahí al lado —hizo un gesto con la mano señalando el exterior, en dirección al este—, ahí al lado, Quinto, se concentran, helados de frío, muertos de hambre, miles, decenas de miles de seres a los que les hemos prohibido la entrada a lo que ellos perciben como su salvación. Decenas de miles, ¿me oyes? El hambre crea desesperación, y la desesperación fomenta la audacia. Y la audacia es lo que los vuelve temerarios. ¿No escuchas el río Mosela, justo aquí al lado? Estas mañanas me he dedicado a observarlo. Cada madrugada muestra un desfile de bloques de hielo más compacto, conforme ha ido arreciando la ventisca. Ya falta poco, Quinto, para que el puente sea perfectamente prescindible. Y si el Mosela se hiela aquí, el Rhenus tiene que estar a punto de ser transitable por encima de una superficie que será el mejor de los pasos para esos guerreros hambrientos y desesperados. Solo nos quedas tú; tú eres ahora mismo la esperanza de los hombres y mujeres de Mogontiacum, de Bingium, de Augusta Treverorum y, sinceramente, creo que de todo el Imperio.

Quinto se quedó mirando fijamente a su general en jefe. Estilicón era, desde luego, un hombre duro, adusto en sus formas, probablemente por sus orígenes vándalos, que nunca había rehuido los problemas. De hecho, podría decirse que se trataba de uno de esos líderes providenciales con los que siempre, en los peores momentos de su historia, había contado Roma desde los antiguos tiempos de la República. Sin embargo, lo notaba cansado, algo avejentado desde la

última vez que lo vio. Su barba leve y prematuramente canosa para su edad le hacía conservar un aspecto de fiereza que él había comprobado antaño y que impresionaba tanto a sus hombres como a los interlocutores ocasionales que se dirigían a él en demanda del favor imperial. Su pelo, cortado a la moda del momento, se pegaba a la frente, empapado ahora de los vapores del *caldarium* y del sudor, quién sabe si también por la reacción al vino o a consecuencia de la preocupación que ya le había regalado las marcas y arrugas que ahora predominaban en su rostro.

—General —Quinto interrumpió el silencio que se había interpuesto entre ambos soldados tras el parlamento del *magister militum*—, necesito al menos dos o tres días. Probablemente sería preferible disponer de más tiempo, pero entiendo la situación. Las dos legiones no están completas, pero confío en mis hombres y creo que si pudiera reclutar como auxiliares a algunos varones de la región, estaría preparado para presentar batalla con al menos diez mil soldados, incluyendo las *alae* de caballería gala y sármata. Tenemos de nuestra parte la artillería, las *ballistae* y el propio Rhenus como foso. Las tropas de *limitanei* en sus fuertes y las torres de defensa son nuestros ojos y nuestros oídos en el río. Sinceramente, creo que podremos conseguirlo. Siempre ha sido así, y no veo por qué va a ser ahora diferente. La disciplina y la historia juegan a nuestro favor.

—La disciplina y la historia no suplen a los veinte mil hombres que te faltan al menos, Quinto —dijo Estilicón mientras miraba fijamente a su impetuoso subordinado—. Los vándalos asdingos, que, hasta lo que yo conocía, habían marchado hacia el norte, cerca de la desembocadura del Rhenus, están ahora aquí, reunidos con sus hermanos silingos. Junto con los contingentes alanos y suevos, pueden poner en marcha a un ejército de unos cuarenta mil hombres. —Quinto abrió los ojos con sorpresa ante los números expuestos por su general en jefe—. Y eso sin contar con los que, pese al invierno, siguen llegando.

»Sé que existen disensiones entre ellos, pero también conozco cómo esas diferencias se encuentran contenidas hasta que consigan entrar. Ya no son sumisos solicitantes de permiso, Quinto; ahora son enemigos cargados de odio ante nuestra negativa a franquearles el paso, y no dudes de que actuarán como tales.

Quinto suspiró. No pensaba encontrar a su general tan hosco y preocupado. Por eso no le sorprendió cuando Estilicón decidió poner fin abruptamente a aquella conversación, incorporándose de repente. Buscó su toalla para secarse mientras, dándole la espalda, le detalló una última advertencia.

—Me voy, Quinto, vuelvo a Rávena. Estás solo en esto. No te sorprenderá saber que las ciénagas que rodean la sede imperial están

más podridas que nunca, y necesito impedir que el hedor de la calumnia envuelva del todo a Honorio. Mi mujer y mi hijo están allí, mi hija soporta resignada su matrimonio con el emperador y sé perfectamente que, en el fondo, muchos de mis enemigos están esperando a que fracase en el empeño de frenar a nuestros no deseados invitados.

»Ellos son, por tanto, rehenes de mi éxito o de mi derrota. De todas formas, ya corren demasiadas habladurías, y temo que si no regreso para refrenarlas mi posición se tambaleará. Y sé que Roma me necesita. Ellos lo desconocen, pero no hay nadie que pueda sustituirme —se volvió hacia Quinto—, y si nadie puede hacerlo y tú fracasas aquí, creo, amigo mío, que asistiremos al nacimiento de una nueva época.

Estilicón se acercó a Quinto, quien ya había salido del baño tras su general, y agarró con fuerza su antebrazo, apretándoselo en un gesto de cercanía que por un momento aparentó desesperación.

—Haz lo que puedas, pero hazlo ya, Quinto.

La nieve caía de nuevo cuando Quinto salió de las termas. Atravesó pensativo el arco principal de la entrada y se abrigó con su capa de pieles, mientras ascendía por el *decumanus* de la ciudad, de regreso a su residencia, meditando los pasos que debía dar a partir de ese momento. Mantenía viva la imagen de Estilicón acompañado por su guardia, alejándose en dirección a la puerta del sur, abandonando la urbe con rapidez a través de un manto blanco cada vez más espeso, sin despedidas formales ni revista de unas tropas que ahora quedaban bajo su único mando. Pensó en sus hombres, pensó en los habitantes de aquella capital que, confiados, se guarecían de la tormenta con la esperanza de una nueva primavera en el porvenir. Y pensó en Licia y recordó la última visión de unos destellos de luz y nieve sobre su capa al viento. De repente, su preocupación aumentó de grado conforme se hacía una idea de la responsabilidad que asumía a partir de aquel momento. Y, para su sorpresa, fue consciente de que ante aquella situación su ánimo solamente se alteraba al pensar cómo, de entre todos los habitantes de aquella ciudad, el peligro podría acechar a aquella mujer que había irrumpido en su vida de soldado. Y decidió dar con ella; y lo decidió con la impulsividad y la determinación que hasta entonces únicamente había puesto en el mando de sus hombres y en la defensa del imperio.

Cuando llegó a la Porta Principalis, completamente envuelto en una capa blanca de nieve húmeda prendida de sus ropas, comprobó que, pese a la tormenta, había gran actividad en torno a la entrada de la

ciudad. Se acercó y los soldados de la guardia fueron abriéndole el paso, conforme iban reconociéndolo. Finalmente, llegó al centro de la atención de aquellos hombres. Allí, frente a él, sudoroso, agotado, con una palidez casi mortal en su rostro, temblando de frío, se encontraba, de pie junto a su caballo negro, un *limitaneus* que acababa de cruzar los umbrales de la urbe. En aquel momento, se encontró cara a cara con la mirada angustiada y fatigada de Cayo Verón, soldado de una pequeña guarnición cercana a Bingium, junto al Rhenus, que traía noticias de la frontera.

IV

El fuerte

Un potente destello de luz desgarró súbitamente el manto de oscuridad que cubría la fría noche del último día del año, iluminando con trazos rojos la estructura de la torre de vigilancia levantada a orillas del gran río. La violencia con la que aquellas flechas incendiarias se clavaban en el debilitado armazón de madera despertó con su tableteo a los *limitanei* destacados en aquel puesto, descubriendo a un tiempo la fragilidad de su posición y lo desesperado de su situación, enfrentados con miles de sombras que se abalanzaban al unísono, como fantasmas, contra la primera de las edificaciones fronterizas del Imperio, en la margen izquierda del Rhenus.

Los cuatro guardias se incorporaron aterrados a sus puestos, ascendiendo por la escalera interior de la torre, dispuestos al menos a encender un fuego que alertara con sus señales del ataque, tal y como había sido convenido, sin reparar en que el maderamen ya ardía como una pira pese a la humedad de la noche y la nieve acumulada y sin que, al parecer, importara tal aviso de luz a aquellos atacantes que, surgidos de un lecho helado que ya no era ni río ni frontera, desataban su odio contenido a lo largo de meses de penurias, hambre y frustración.

Para cuando los soldados quisieron escapar de aquella trampa de fuego, las llamas ya impedían el desalojo de la estructura, y finalmente, conscientes de su situación, horrorizados por aquel final que habían presagiado en tantas noches de vigilia, tras arrojar sus *pila* a aquella masa informe que los atacaba, afrontaron la muerte al tiempo que las flechas acribillaban sus cuerpos, fundidos ya con la lengua de fuego que deshacía como yesca seca el antiguo y orgulloso símbolo del control romano sobre los hombres del este.

La luz de aquel incendio pronto se extendió a lo largo del curso del río, y en unas horas la ribera de aquella frontera helada ardía en varios puntos, enviando con su destello la señal de que la amenaza de muerte y destrucción se había puesto en camino.

A pocas millas de distancia hacia el interior, aún no había terminado la guardia nocturna que Tulio Servio había ordenado prudentemente que se reforzara en el fuerte desde que Cayo informó

sobre la congelación del Rhenus. Los centinelas que se resguardaban del frío encerrados en las torres que protegían una de las cuatro entradas del asentamiento intentaban combatir el tedio de la vigilia apostando a los dados una paga futura y tardía. De repente, un resplandor inusual rompió la monotonía de negros y grises que caracterizaba el cielo opaco del invierno germano. Sorprendidos primero y alarmados después, los centinelas abandonaron la partida y se incorporaron con celeridad a sus puestos a lo largo del recorrido de la muralla. El espectáculo de un horizonte rojo que se recortaba sobre la silueta de las colinas que separaban el puesto fortificado de la frontera encogió el ánimo de aquellos soldados, confrontado por primera vez con la certeza de que al fin comenzaba el tiempo de furia del que nunca se atrevían a hablar, pero que siempre los asaltaba, apareciendo en sus sueños más salvajes.

Pronto fue dada la voz de alarma general, y Tulio Servio salió apresuradamente del *praetorium,* abrochándose el cinturón del que pendía su viejo *gladius,* afrontando con la raída capa roja de comandante sobre sus hombros el frío de aquella noche, con la serenidad que al fin podría demostrar liderando aquella tropa de ciudadanos abandonados a su suerte en los confines del Imperio.

El tribuno ascendió apresuradamente por los escalones de la muralla en el sector desde el que habían llegado las voces que despertaron a la guarnición y, apoyado en las almenas junto con los centinelas, llevó la mirada hacia el resplandor que iluminaba la noche, que, en aquellos parajes, parecía perpetuamente negra.

—Por fin ha empezado —musitó con voz queda, casi para sus adentros, sin poder, pese a ello, ocultar la preocupación que desvelaba su rostro y que asustó a los hombres que lo rodeaban.

—Tenemos al menos una hora. —Se giró hacia el oficial que comandaba la guardia—. Uldino, escoge a diez hombres que aún no estén en las murallas y dirígete al poblado. Avisa a todos los habitantes que puedas. Que recojan sus enseres más imprescindibles y que abandonen sus casas. Todos al fuerte. No podemos dejarlos abandonados ahí fuera. Desalojad los barracones y que se refugien en ellos. Encerradlos si es preciso, pero no quiero ver deambulando por el interior del recinto más que hombres en armas. El resto, a salvo bajo techumbre. Trata de reclutar a todos los varones que creas que pueden empuñar una espada. Los vamos a necesitar. Rápido, ¡ya!

El oficial de guardia asintió intentando disimular el rostro de angustia que traslucía ante las tajantes órdenes del tribuno y se dirigió, escaleras abajo, a cumplir el mandato.

Tulio miró con preocupación a su alrededor mientras la guarnición del fuerte, bien adiestrada por años de antiguos automatismos que el tiempo no había borrado pese a todo, ocupaba sus puestos a lo largo

de la muralla. Esperaba que Cayo Verón hubiera llegado a tiempo a Augusta Treverorum y que aquellas legiones de las que se hablaba estuvieran pronto en camino. Repasó mentalmente la situación: disponía al menos de cuatrocientos *limitanei* en condiciones de combatir; cuatro viejos escorpiones que quizás aún funcionaban, abandonados por el desuso y la falta de munición apropiada; alimentos para resistir al menos una semana, unas sólidas murallas y el ánimo suficiente para combatir, ahora que sus soldados sabían que lo que se les venía encima no iba a ser una simple escaramuza. Lucharían por su vida, por la de sus familias y quizás también por la supervivencia de todo lo que hasta entonces les era conocido.

Uldino se acercó con sus hombres a la puerta principal del fuerte y, tras ordenar con voz potente su apertura, fue hacia el *vicus* que había crecido en las cercanías de la entrada del recinto, de forma paralela a la calzada cuyo tránsito era precisamente protegido por el enclave. La mayor parte del caserío consistía en viviendas sencillas de madera, de una sola planta con un pequeño jardín que se utilizaba ocasionalmente como huerto que ayudara a paliar épocas en las que los habitantes no conseguían completar su dieta con las labores y trabajos que proporcionaba el trasiego del fuerte. Muchas de las familias de los *limitanei* de la guarnición habitaban aquellas cabañas y aportaban al lugar cierto aire de pequeña población civil, rejuvenecida por los gritos, risas y movimiento de los vástagos que habían hecho de aquel sencillo entramado urbano un pequeño remedo de una tranquila localidad de provincias del Imperio. Sin embargo, la ficción de normalidad fue desapareciendo conforme los soldados de la patrulla golpeaban con fuerza las puertas de las viviendas, repitiendo, con grandes voces que retumbaban en la quietud de la noche, la consigna de abandonar de inmediato la placidez de los jergones. Poco a poco, varias figuras somnolientas se asomaban por los huecos de las casas, con sorpresa primero, con alarma después, y en un goteo constante los habitantes del poblado comenzaron a dirigir sus pasos, cargados con sus enseres, llevando en brazos a sus hijos, en dirección a la seguridad aparente de aquellos sólidos muros cercanos. Mujeres que arropaban a pequeñas criaturas ateridas, dejando el rastro de un camino de huellas horadadas brevemente en la nieve, miraban con angustia hacia un horizonte iluminado por un rojo que hendía la oscuridad de la noche en la que todos sus sueños empezaban a mostrarse irrealizables. Entre ellos, Marcia, la mujer de Cayo, arrastraba a dos pequeños que lloraban aferrados a ella, soportando la angustia de un repentino despertar, agarradas sus pequeñas manos a la muñeca y a la figura tallada de un caballo de madera que su padre les había regalado tras su última guardia junto al río. Marcia, cuyo nombre alano, Rudilia, ya casi no recordaba, ni siquiera había tenido tiempo de recoger un par

de mantas y unas cebollas que guardaba en la despensa de su casa, ubicada junto a la *mansio* que daba cobijo a los viajeros necesitados de un alto en el camino desde la frontera, y en la cual trabajaba ocasionalmente sirviendo las sencillas comidas que, con constancia, recordaba de aquellos tiempos en los que un atractivo y rudo Cayo la había enamorado con palabras en aquel idioma que por entonces apenas conseguía dominar. Dos hijos y un cariño incondicional eran el resultado de la cercanía con la que aquel soldado la había obsequiado. Ahora él estaba lejos y ella comprendía de golpe que los días de la rutina cotidiana estaban terminando, como terminan siempre las cosas que nos hacen felices: de golpe, sin previo aviso, por medio de la sorpresa que nos depara un destino incierto y voluble. Marcia traspasó, junto con decenas de pobladores civiles, la puerta que se abría ante ellos como protección y límite de aquellos sueños que un día todos alimentaron. Dejó de pensar y se refugió en los barracones de los soldados, que al menos ofrecían la seguridad de unos sólidos muros, a la espera del regreso de aquel esposo cuyo rostro, sospechaba, quizás no volvería a ver.

Tulio aguardaba por el informe de Uldino, encaramado en la muralla y atento a las señales de ataque o aproximación de un enemigo aún invisible. Los escorpiones habían sido dispuestos, dos a dos, en las torres que protegían las puertas de la fortificación en sus lados más expuestos ante la amenaza que parecía provenir del norte. Los soldados, repartidos por el perímetro, equilibradamente, a la espera de comprobar por dónde llegaría el ataque principal. Cubos con brea y aceite habían sido situados a lo largo de los muros, junto a pequeños braseros ardiendo, para utilizarlos en el caso de un asalto con escalas que se antojaba difícil, teniendo en cuenta la existencia del foso que circundaba la estructura defensiva, y grandes baldes repletos de flechas se habían ubicado entre los arqueros de la guarnición. Mientras aguardaba la confirmación del cumplimiento de sus órdenes, el tribuno comprobó que las puertas se cerraban tras el paso de lo que parecía ser el último contingente de civiles, que ya era conducido a su alojamiento. Nada se escuchaba en el ambiente de aquella noche gélida que hiciera suponer la existencia de pánico o miedo. Únicamente el rumor sordo de la ventisca, que ya dejaba de nuevo su rastro de blancura en las ropas de los soldados y que abofeteaba sus rostros con la fuerza de un viento cargado de agujas, transmitía a aquel conjunto de seres humanos la extraña quietud con la que en ocasiones sorprenden el temor y la angustia a los hombres.

Tulio vio cómo Uldino ascendía por las escaleras cercanas a su posición. El decurión se cuadró ante su comandante y, con la voz aún entrecortada por el esfuerzo, comenzó a exponer su informe.

—Salve, tribuno. —Uldino pretendía mostrarse marcial en un

momento en que consideraba que al fin había recaído sobre sus hombros una tarea digna de la milicia en la que se había enrolado hacía ya muchos años—. La mayor parte de los ciudadanos están ya alojados en los barracones. Solamente el viejo Ulpio se ha negado a abandonar su casa, y no ha sido posible convencerlo. Por otro lado, Romegus sigue, por lo visto, borracho, y no ha permitido que entráramos en la *mansio.* Dice no creer que exista un mundo real, más allá del que le proporciona el repugnante vino de su posada, y no hemos insistido.

Aquí, Uldino recordó por un segundo sus grandes momentos en compañía del regidor de la estación oficial del *cursus publicus* y no pudo evitar sentir una punzada de nostalgia de la que lo sacó el apremiante tono de voz de su comandante.

—¿Cuántos? ¿Cuánta gente ha entrado? —Tulio estaba verdaderamente preocupado por acabar con esa cuestión y destinar todos sus esfuerzos a la defensa militar del puesto.

—He contado más de quinientos, tribuno. Entre mujeres, ancianos y niños. Hay al menos doce extranjeros con capacidad para portar armas, aunque no sé si para luchar. Por ahora los he encerrado en las cuadras, a la espera de lo que ordenéis al respecto. Me temo que algunos esclavos han huido, y de la patrulla…

Uldino permaneció callado, mirando fijamente a su superior.

—¿Qué pasa con la patrulla? —preguntó Tulio, presintiendo la respuesta, amarga, pero no sorprendente.

—Dos soldados, Julius y Vectro, no han regresado. Me temo que no volverán. Para cuando quise darme cuenta, ya era demasiado tarde. Para evitar más tentaciones, he ordenado requisar los tres caballos que aún quedaban en la *mansio,* pero los otros dos, los mejores, ya no estaban. Vi las huellas en la nieve. —Uldino sopesó sus siguientes palabras. No quería parecer afectado por la deserción de sus compañeros y menos mostrarse como un incompetente por flaquear en el mando de diez soldados—. Malditos; ojalá que no lleguen muy lejos.

Tulio repasó con calma la situación. Suspiró y se giró hacia el exterior, apoyando las manos en el parapeto de la muralla, mirando hacia la oscuridad impenetrable. No, no creía que pudieran vivir mucho ahí fuera, en aquella noche, bajo la ventisca y con un enemigo furioso rodeando aquel reducido pedazo del Imperio.

—De acuerdo, decurión —dijo al fin—. Procura que esa noticia no se extienda entre los hombres.

El tribuno sabía perfectamente que aquella petición era imposible de cumplir. Probablemente a esas horas todos los soldados del puesto ya sabrían que dos de sus compañeros habían preferido afrontar los peligros de aquella noche antes que la defensa del fuerte contra los

visitantes del este.

—Estad alerta; encárgate de racionar la comida. Y por Dios, por Júpiter o por quienes prefieras, intenta que nadie vuelva a encontrar tentador el robar uno de nuestros caballos y buscar mejor acomodo en otro lugar. Aquí, o vivimos todos o morimos todos.

Uldino se cuadró y se encaminó a cumplir las órdenes mientras abandonaba a su comandante, absorto ya en oscuros pensamientos. Bajó las escaleras pensando que, pese a todo, aquel no sería un mal lugar para morir. Cuando alcanzó finalmente los barracones, el resplandor de los lejanos incendios ya disminuía. Mientras tanto, la negrura de aquella noche se acompasaba con la de los pensamientos de aquel conjunto de seres humanos que buscaban entre los muros del fuerte la esperanza de que al menos existiera para ellos un mañana, un amanecer cotidiano que, como todos los días de su vida hasta entonces, permitiera sentir la inmutabilidad ficticia de aquella paz ahora traicionada.

Marcia ofreció su abrazo a sus dos hijos, que se acurrucaron en su regazo atemorizados y somnolientos. La esposa de Cayo observó su alrededor. Decenas de mujeres y niños se habían acomodado en los catres de los soldados, por familias. Muchos lo eran de los mismos *limitanei* que tenían en ese mismo momento la misión de proteger hasta la muerte a aquel conjunto de seres indefensos que esperaban acontecimientos. Un leve fuego amparado en una esquina del barracón apenas aportaba un tenue recuerdo de la calidez del hogar abandonado. Muchos ancianos asistían con el rostro serio a la llegada de aquel día que siempre temieron que los alcanzaría al final de su tiempo, y sus toses eran, junto con el llanto de algún niño aterido y hambriento, el único ruido que rompía la solidez del silencio que atenazaba aquellas almas sorprendidas en la noche. Marcia recordó entonces los días en los que Cayo regresaba a ella tras sus duras jornadas de patrulla; sus abrazos y caricias; el susurro de una promesa lejos de aquel inhóspito lugar, mientras poseía aquel cuerpo que ella le entregaba como tenía ya entregada su propia alma y su corazón. Y al tiempo que recordaba, no pudo evitar un leve estremecimiento de deseo, una añoranza carnal de la que ella misma se sorprendió. Allí, abandonada, refugiada, perdidas sus esperanzas, solamente pedía que un milagro divino le ofreciera, si no ya para ella, para sus hijos, el futuro que ahora los alcanzaba a ellos. Cerró los ojos y cantó en voz queda las viejas canciones que recordaba de una niñez ya lejana al amparo de antiguos bosques al otro lado del Rhenus, confiada en que aquellos niños dormirían acurrucados en el arrullo de una voz maternal que se apagaba, mecida por el cansancio y el miedo.

Primero fue un potente silbido que pareció envolverlo todo; luego, miles de rastros de fuego rompieron la oscuridad, y la tormenta se

desencadenó sobre el fuerte en forma de flechas ardiendo, que buscaban como objetivo el maderamen del interior del recinto y hacían blanco en parte de la techumbre de los edificios en los cuales se agolpaban los refugiados. En su interior, los chasquidos de los proyectiles rebotando en las tejas sobresaltaron a las familias que aún no habían conseguido conciliar el sueño. La nieve caída sobre la cubierta de los barracones impidió que el fuego prendiera en una madera humedecida, y, cuando por fin aquella lluvia cedió en su ímpetu, desde dentro comenzó a escucharse el rumor sordo de un alarido que incrementaba gradualmente su volumen conforme los segundos transcurrían, hasta constituirse en un grito aterrador y amenazante que encogió los corazones de quienes se abrazaban al amparo de aquel frágil cobijo.

En las murallas, Tulio intentó que su voz de mando sonara fuerte y decidida en tanto que impartía las órdenes que aportaran serenidad en el caos de aquella primera acometida. Comprobó aliviado que las flechas incendiarias habían tenido un escaso resultado destructivo: tal era la acumulación de nieve que cubría el fuerte. Aguardaba a que aquella amenaza fuera visible, mientras, ajustado el casco de comandante, con su viejo *gladius* desenvainado trataba de averiguar la dirección del ataque y esperaba, alerta, el comienzo de su hora suprema.

Uldino y sus hombres fueron los primeros que los vieron llegar. Una masa humana se acercaba a la carrera hacia el sector orientado al noreste, cuya defensa se les había encomendado. Entorpecidos por la nieve, que seguía cayendo, miles de hombres corrían hacia las murallas portando rudimentarias escalas, acompasados por el grito que, ya cercano, resultaba ensordecedor. El decurión levantó la mano derecha dirigiendo su mirada hacia los sirvientes de los dos escorpiones que tenían asignados y, cuando al fin resultó visible el objetivo, la bajó con decisión. A su señal, dos potentes dardos de varios palmos de longitud salieron propulsados con fuerza, liberados de la tensión de las cuerdas. Un grito de satisfacción surgió al unísono de entre los cien hombres que defendían aquellas almenas cuando comprobaron que cada uno de los disparos había hecho blanco, ensartando con violencia a varios de los atacantes a la vez, frenando ligeramente el ímpetu de cada parte del frente afectado: tal era la densidad de hombres que componían la primera oleada del asalto. Las máquinas tenían ya preparado un nuevo disparo cuando los primeros atacantes se aproximaron a la engañosa superficie del doble foso que circundaba el fuerte, cubierta de un manto de nieve blanda que daba la apariencia de tierra firme, sobre la que pretendían apoyar las escalas. Como Uldino suponía, los asaltantes se hundieron en aquella trampa invisible hacia la que los arqueros del fuerte, preparados y

contentos por disponer de un blanco inmóvil atrapado en aquel blando nevero, apuntaron con sus flechas, para causar con sus disparos un número de bajas que las afiladas estacas clavadas en los bajos de aquella hendidura defensiva incrementaron notablemente. Los alaridos de furia y odio se mezclaban con el griterío que, proveniente de las almenas, surgía de las gargantas de los defensores para combatir un miedo que disminuía ante la realidad de una batalla nocturna a muerte. Las órdenes que Uldino vociferaba dirigían los tiros de la artillería, que causaba estragos entre aquellas filas compactas que, sin embargo, continuaban fluyendo con decisión y audacia. Algunos disparos muy próximos de arqueros avezados hacían blanco en los *limitanei,* y aquello preocupó al decurión, que sabía que cada hombre que perdía resultaba insustituible en tal situación. Mientras tanto, el foso era ya una zanja sobre la que cientos de cadáveres y cuerpos heridos manchaban con su sangre el hasta hacía poco inmaculado manto blanco que lo cubría.

En el sector norte del fuerte, que conformaba uno de los lados largos del rectángulo del recinto, Tulio se imponía con su voz de mando mientras los arqueros, protegidos por las almenas, contribuían junto con el incesante disparo de los escorpiones a frenar el ímpetu de los asaltantes. Allí, el foso estaba resultando un obstáculo igualmente temible para los cientos de hombres que pretendían acercar sus escalas a los muros. La preocupación del tribuno, sin embargo, no eran aquellos maderos rudimentariamente unidos que continuaban cayendo en la nieve, hundidos sin remedio en la profundidad engañosa del terreno circundante. No. Tulio observaba cada vez con mayor angustia los cestos que albergaban los proyectiles que varios de sus hombres se encargaban de reponer, al alcance de sus arqueros. Cada vez que miraba su contenido, resultaba menor el número de flechas a disposición de sus soldados, mientras que la lluvia de las que provenían del enemigo, disparando desde la oscuridad, acertaba ocasionalmente en algún cuerpo que, con un breve gemido, anunciaba con cada impacto la disminución implacable del número de defensores.

Mientras Tulio se encontraba recibiendo los informes de los diferentes sectores atacados, que seguían resistiendo, percibió que el griterío se apagaba por momentos. Llevó la mirada hacia el exterior y comprobó cómo aquella primera oleada se retiraba en desorden buscando la protección de la oscuridad, abandonando tras de sí cientos de cuerpos que iban siendo cubiertos por los copos de la nieve que no había dejado de arreciar. Quedó el campo sembrado de gemidos y gritos de dolor, que sumieron a los defensores en un sentimiento de euforia por una posible victoria no esperada. El tribuno tenía tras de sí la suficiente experiencia como para sospechar que

aquella retirada no obedecía más que a una pausa en un combate que se le antojaba perdido para él y sus soldados. Asomó, sin embargo, en su ánimo, por un momento, la lejana esperanza de que las legiones de Augusta Treverorum hubieran podido alcanzar aquel punto de la frontera con una marcha nocturna a través de la ventisca. Sin embargo, tales pensamientos abandonaron pronto su mente cuando, tras unos minutos, comprobó cómo de nuevo un rumor inquietante y creciente se elevaba por encima de los lamentos de los heridos. Así, el sonido de la guerra rompió una vez más cualquier esperanza, abatiéndose sobre los sitiados la pesada, constante y amenazadora melodía de unos cánticos cuya potencia se incrementaba al paso de nuevas fuerzas que, ahora de manera más pausada y ordenada, volvían a aproximarse a la fortaleza.

Cuando Uldino pudo darse cuenta de qué tipo de peligro los amenazaba, impartió inmediatamente la orden de prender fuego a la brea que tenían preparada en grandes cazos, sujetos por una barra introducida transversalmente en sus argollas. Sin duda, lo iban a necesitar. Frente a ellos, acompañados por aquellos cantos extraños, surgieron miles de hombres blandiendo sus armas, entre las que pudo distinguir los escudos ovalados de los *limitanei* que probablemente habían encontrado un cruel final en sus torres de vigilancia, avanzando con un cierto orden, protegiendo con sus cuerpos lo que pronto el avezado decurión comprobó que iba a ser una amenaza real en el nuevo intento de asalto. De repente, a una orden impartida en lengua extraña, se abrió un hueco cada cien pasos en la línea de batalla y, tras ella, por cada espacio abierto surgieron varios grupos compactos de hombres que portaban, alzadas sobre sus hombros y brazos, grandes y sencillas plataformas de madera de troncos unidos entre sí, formando pasarelas de una largura equivalente al ancho del foso y por las que era evidente que pretendían sortear aquel obstáculo con la finalidad de anclar en ellas un punto seguro de apoyo para sus escalas.

Inmediatamente, Uldino ordenó dirigir el fuego de los escorpiones hacia los portadores de los puentes. Los artilleros cargaron y soltaron sus proyectiles, que, haciendo estragos entre los hombres que soportaban aquella carga, no impedían, sin embargo, que nuevos guerreros sustituyeran a los caídos y siguieran avanzando con peligrosa perseverancia. Los arqueros terminaron por vaciar las existencias de sus flechas sobre los hombres que continuaban su marcha y se relevaban sin importar quién cayera entre ellos. Finalmente, cuatro plataformas se descargaron violentamente sobre la superficie del foso en diferentes sectores de la muralla y, sin solución de continuidad, los atacantes, alterando sus cánticos para dejar desbocarse en alaridos de guerra la rabia contenida por el anterior

intento fracasado, se lanzaron en tropel a sustentar las escalas contra los muros.

Tulio no perdió en ningún momento la serenidad. No lo hizo cuando uno de los escorpiones rompió el cordaje, desgastado ya por el excesivo número de torsiones y la humedad del ambiente. Tampoco lo hizo cuando ordenó derramar aquella brea hirviendo sobre los primeros asaltantes que, ascendiendo en las escalas desde seis puntos diferentes en su sector, se aprestaban a finalizar el último asalto. Siguió gritando y animando a sus hombres cuando, más allá de los caídos entre alaridos por las quemaduras, algún asaltante consiguió encaramarse en lo más alto de la muralla, para después ser abatido por un golpe certero de aquella espada corta de doble filo que había pertenecido a sus antepasados y que, pese a un diseño ya anticuado entre las que portaban los legionarios, él seguía prefiriéndola a cualquier otra arma. Apenas se dio cuenta de la herida que había recibido en su muñeca cuando uno de sus soldados protegió con su escudo el cuerpo de su comandante, demasiado expuesto con sus distintivos de mando sobre una muralla invadida. Tulio desconocía qué podría estar ocurriendo en otros sectores, pero sentía que, pese a las bajas, aquella marea se estaba pudiendo contener, focalizando a todos sus hombres en las zonas en las que las escasas pasarelas habían conseguido franquear el foso. Si no tenía noticias de Uldino, era señal de que su sector también resistía. Poco a poco, quizás podría llegar a considerarse la posibilidad de contener algunos días aquel ímpetu y dar tiempo a la llegada de las legiones de *comitatenses,* con caballería y artillería en condiciones. Miles de hombres que podrían hacer sentir a aquella horda que el poder de Roma aún seguía siendo irresistible. Aquella esperanza le dio renovadas fuerzas y, sobreponiéndose a su herida, acometió con su *gladius* al último de los guerreros que había conseguido encaramarse sobre las almenas.

Todo sucedió sin apenas tiempo para ser conscientes de lo que ocurría.

Un alarido de victoria sobrevoló por encima del griterío del combate en las murallas y sobrecogió el ánimo de los defensores. Para cuando Tulio pudo darse cuenta de lo que había sucedido, ya era demasiado tarde.

Las puertas de la entrada principal del fuerte se habían abierto de par en par desde el interior y por ellas ya penetraban en el recinto miles de guerreros con sed de venganza por sus caídos en combate, desparramándose por las dependencias del puesto fronterizo, asaltando, quemando y devorando en su ansia cualquier atisbo de esperanza que la suerte o los dioses hubieran podido conceder a los desgraciados habitantes de aquel enclave.

V

Licia

407 d. C.

—¿Estás seguro, Quinto?

La pregunta resonó, lúgubre, entre las paredes de la estancia abovedada que amparaba aquella reunión preparatoria de la marcha de las legiones comandadas por el *magister militum* de la Galia.

—No, no lo estoy; pero no hay otra alternativa. Observa. —Apuntó con su índice en el mapa desplegado ante los tribunos de las legiones acampadas tras los muros de Augusta Treverorum—. Si el informe del *limitaneus* es cierto, y no tengo por qué dudar de ello, Mogontiacum y Bingium ya estarán perdidas a estas horas. Bloqueada por el hielo la flota fluvial, sin ayuda no creo que hayan podido resistir demasiado. Muy cerca del río y poco protegidas. Y nosotros aquí, encerrados, confiados en que nunca cruzarían, creyéndonos los amos del tiempo. Y ya vamos tarde, muy tarde, aunque espero que aún no demasiado si partimos de inmediato. —Suspiró—. Somos la llave de la Galia, y en estos momentos me atrevería a decir que la llave del Imperio.

»¡Y solo dos malditas legiones! Y, mientras tanto, Constantino en Bretaña, pavoneándose en su isla con los hombres que necesitaríamos aquí y ahora. Desconozco si tiene intención o no de cruzar el canal, pero para nosotros ya sería demasiado tarde. —Miró el mapa de nuevo y señaló un punto en el que se distinguían las estribaciones de las escarpaduras que jalonaban el recorrido del Rhenus entre Bingium y Confluentes—. Aquí —indicó, posando su índice sobre un punto del valle por el que transcurría la calzada que comunicaba Augusta Treverorum con el primero de aquellos dos enclaves—. No quiero combatir en las montañas con este tiempo y contra esos bárbaros. El espacio más abierto que encontraremos en el camino en dirección a Bingium se encuentra en este valle.

»Apto para maniobrar, adecuado para frenar su marcha, ya que, sin duda, ellos también avanzarán por él en cuanto asuman que nadie les pone freno. Es el camino más directo, para nosotros, pero también para ellos, desde luego; y por eso, porque, sin duda, nos toparemos con ellos más pronto que tarde, debemos aprovechar que ahora

estarán entretenidos en el saqueo que, supongo, ya habrá comenzado en esas desgraciadas ciudades. No hay otra solución: o nos desplazamos ya hacia el este o esta población, y con ella la Galia, muere.

Quinto dejó que sus palabras reposaran entre sus oficiales, y, mientras mantenía la vista fija en los trazos que, dibujados por la mano experta de sus topógrafos, conformaban los contornos de una realidad incontestable, escondía su pensamiento, cargado de negros presagios, concentrado en la gravedad de la situación. Poco más de diez mil soldados; miles de bocas que añadir a las más de cincuenta mil almas que se apiñaban en la ciudad, confiadas en la, al parecer, inagotable prosperidad de aquella urbe orgullosa, incrédula ante lo que estaba por venir, como incrédulo se había mostrado el *magister officiorum* cuando lo recibió en el recinto palatino, petulante y estúpido, discutiendo en una esquina de la imponente Aula Regia las cantidades de grano, flechas, avena para los caballos y demás equipamiento que le había solicitado con urgencia para sus legiones. Y eso que había puesto sobre la mesa de aquel avaricioso funcionario la cantidad absolutamente exagerada de *solidi* que este le había reclamado como importe de lo que estimaba el sobrecoste de tal abastecimiento extraordinario en aquellos meses de invierno. Quinto sospechaba que gran parte de aquella cantidad de oro —casi toda la que le había facilitado Estilicón antes de regresar a Rávena— no se destinaría al pago de los proveedores habituales; pero como máximo responsable de la Administración imperial en la ciudad, debía procurar no enemistarse con él. Hacía ya al menos seis días desde que aquel *limitaneus* llegó exhausto con su informe sobre la congelación del Rhenus. ¡Casi una semana! Nada sabía de la frontera ni del destino que había de alcanzarlos. Casi una semana de inacción, con sus hombres ateridos de frío en sus tiendas, mientras los ciudadanos continuaban con su vida cotidiana y las termas se mostraban más bulliciosas que nunca en su actividad. Casi una semana de angustia por el tiempo perdido. Pero también una semana —Quinto lo sabía muy bien— que no le había preocupado perder en lo personal. Aquellos días de retraso en la partida de sus legiones le habían permitido volver a verla. A Licia. Quinto cerró por un momento los ojos y recordó, y ante él se aparecieron claras las imágenes que él ya intuía que jamás podrían borrarse de su memoria. El cuerpo, los ojos, la voz y el tacto. La mente de Quinto ya no se encontraba en los mapas que los tribunos de la legión se empeñaban en discutir; las palabras le llegaban difusas y sin sentido. El roce de las manos, el susurro de unos labios que compartieron con los suyos el placer del alma entregada, el deseo liberado y un ánimo cautivo era todo lo que Quinto podía en aquellos momentos atrapar como alimento de su

espíritu. Y su recuerdo le hacía fuerte. Más que nunca se sentía invencible. Y ese espíritu de victoria se traslucía en la determinación con la que, con un leve suspiro, puso fin a la reunión.

—Partiremos mañana. Las legiones saldrán al alba. No quiero más demoras. Avanzaremos hacia el este y asestaremos un golpe mortal del que no se recuperarán y que frenará cualquier nuevo intento de invasión. —Miró a sus tribunos con gesto serio, quizás con el secreto deseo de ser visto en aquella ocasión por otro público más entregado —. Se nos exige gloria, y gloria tendrán quienes combatan con honor, en la victoria o, Dios no lo quiera y los antiguos dioses no lo permitan, en la derrota.

A nadie se le escapó en aquella sala la invocación a todos los dioses —al oficial del imperio y a los ya apartados por el paso de la historia —, invocación que sonó desesperada, ni, por supuesto, la mención a una derrota que hasta entonces ninguno siquiera había vivido ni en sus más desesperadas pesadillas.

—No perderemos —sonrió finalmente Quinto—. Las águilas regresarán a la ciudad.

Licia suspiró resignada. Desde hacía casi una semana los viejos puestos del foro languidecían poco a poco. Podría ser aquella ventisca que no cejaba en su empeño de azotar la ciudad. Pero se habría dicho que flotaba en el ambiente una sensación de inevitable pesadez que, aunque no impedía que el bullicio habitual continuara casi como siempre, sí que había conseguido que la rutina comercial y la alegría de ventas confiadas hubieran disminuido apreciablemente. Un negro presagio de que la fortuna cambiaba de signo para la urbe y sus habitantes. Contempló desolada el aspecto del amplio foro, transitado apenas en aquellos momentos por unas pocas decenas de ciudadanos curiosos en búsqueda de alguna oportunidad comercial, un abogado en la basílica o, simplemente, un encuentro afortunado entre vecinos. Dirigió sus pasos hacia la ubicación de las mesas donde escasamente hacía unos días los papiros que contenían historias que fascinaban su mente ávida de lecturas se agolpaban, uno encima de otro, en un desorden calculado que su experiencia ya había aprendido a desentrañar. Ya no estaba Horacio presente, ni Aristóteles ni Tito Livio pugnaban por librarse en sus escritos del olor a humedad que siempre impregnaba aquel espacio. Licia observó el lugar con la melancolía de quien sabe o intuye que todo puede convertirse en nada en cuestión de horas y de que los días felices se volvían tornadizos y cambiantes, como los vientos, un día más templados, al otro fríos y ásperos. Con serenidad, pero con el ánimo encogido por la desolación del lugar, se

ajustó la abrigada capa que cubría su túnica, la misma, recordó, con la que la sorprendió hacía ya tres días aquel general al que hoy no veía esperando entre las columnas que enmarcaban la plaza. La misma capa de la que ella se deshizo, aún sin entender la razón de su desinhibición, en aquella casa deshabitada junto a la puerta sur de la ciudad, en la zona abandonada al culto antiguo de aquellos dioses orientales a los cuales ya nadie imploraba y cuyos templos languidecían ausentes de los cuidados y el lustre de otras épocas. La misma, pensó, que aún conservaría el olor de la pasión desatada entre dos desconocidos, que ella misma nunca creyó que lo hubieran sido realmente hasta el momento en que cualquier frontera sucumbió de forma definitiva entre aquellas cuatro paredes. Licia sintió un escalofrío que le pareció el reflejo de frías premoniciones e hizo una seña a su vieja y fiel esclava, que esperaba pacientemente escoltando las reflexiones de su joven ama. Regresaban a casa.

Quinto se encerró en la habitación privada que dentro de aquel improvisado *praetorium* tenía instalada en una de las torres de la Porta Principalis. La estancia resultaba confortable pese a que había sido diseñada pensando más en la defensa que en la comodidad de una vivienda. Conformaba una estructura en la que dos ventanas apenas permitían que entrara la escasa luz de aquellos parajes invernales. Quinto se despojó con alivio del correaje que sujetaba su espada al cinto y se dejó caer sobre el camastro que se alzaba sobre un pequeño escalón que presidía, al modo romano, aquel dormitorio improvisado, ausente de decoración y ayuno de los lujos que recordaba en los edificios públicos y en las elegantes *domus* de la ciudad. Tuvo aún tiempo de repasar en su mente los preparativos, las bromas animosas de sus legionarios, conocedores de que la orden de marcha aliviaría el tedio invernal de aquellos meses, inconscientes quizás de la trascendencia de lo que indicaba ser para ellos un lance más de su oficio. Recordó la confianza de sus centuriones, los vítores a su paso, la insultante soberbia de las águilas de bronce que presidían, como símbolo del poder de Roma, la febril actividad que se había desplegado en los campamentos en vísperas de la partida. Tampoco pudo evitar rememorar los rostros serios de los tribunos que comandaban cada legión, su convencimiento de que la campaña que ahora iniciarían no resultaría tan fácil ni exitosa como les habían hecho creer a los soldados. Él y sus mandos sabían que Roma —desde Rávena como sede imperial— exigía aquella marcha hacia un futuro incierto, a través de un terreno casi impracticable por la nieve, con frío helador en el camino y con enemigos que, desconocidos para la

mayor parte de sus hombres, lucharían —él sí lo sabía— por encontrar una nueva vida lejos de la miserable y amenazada subsistencia a la que los empujaban a su vez hordas venidas de más allá del mundo conocido. Insospechadamente, constantemente, miles de combatientes y sus familias se habían visto arrinconados contra la frontera y ahora lucharían, todos, por abrirse camino hacia un futuro que pensaban que era suyo, mal que le pesara a aquel orgulloso imperio que les negaba el paso, el asentamiento y, en definitiva, la vida. Antes de caer en un profundo sueño, Quinto aún pudo recordar la mirada triste de Flavius, el comandante de la caballería legionaria de la Martis, cuando, ante su pregunta sobre el estado de las bestias, recibió por respuesta un simple pero significativo gesto de negación. La firmeza de tal gesto le sobresaltó por su evidente significado, y mientras hacía que su pensamiento escapara en su rumbo a la inconsciencia, desde el ruido ensordecedor del campamento aún pudo entrever, al cerrar los ojos, palabras y promesas evocadoras hechas bajo una luz crepuscular y helada.

Licia se dejó quitar por su esclava el broche que sujetaba sobre su hombro la liviana túnica que vestía su cuerpo a la manera tradicional romana y que cayó al suelo libre ya de sujeción. Ceñidor y sandalias permanecían depositados a sus pies, mientras con calma y calculado movimiento fue introduciendo su cuerpo ya desnudo en la pequeña piscina de agua caliente que conformaba el *caldarium* instalado en los confortables baños domésticos de la *domus* que habitaba, ubicada en las cercanías de las termas imperiales, al este de la ciudad, en una zona alejada del bullicio comercial del puerto fluvial. Permitió que la agradable sensación del calor invadiera todos sus poros, abandonándose con placer al bienestar que siempre le había proporcionado un buen baño. Cerró los ojos, y, recostándose sobre el lecho impermeabilizado, revestido con un mosaico decorado con motivos marinos en vivos colores, dejó que el agua le alcanzara la barbilla. Y recordó. Entonces lo hizo. Recordó cómo al día siguiente de aquel primer encuentro con el joven oficial romano regresó al foro con la secreta esperanza de verlo de nuevo. Recordó también, mientras el calor calmaba su cuerpo, su sorpresa por encontrarlo allí, en la misma esquina en la que la abordó entonces con insultante confianza, pronto desarmada. Recordó igualmente su sonrisa, la que traslucían sus ojos, pero también la que ella, sin pudor, esbozó al verlo. El vapor de la estancia sumió a Licia en una paz que no recordaba desde hacía años. En esos momentos regresaron a su memoria las palabras atropelladas de aquel joven comandante que puso en sus manos un pequeño papiro

enrollado que contenía unos versos entusiastas. Decía que los había escrito para ella. Recordó también que los leyó luego con avidez, en la intimidad de la noche, al amparo de una pequeña lámpara de aceite, como las que siempre habían aportado luz a sus sueños desde niña. Vino a su cabeza el sonido de sus palabras, la risa que nerviosa y secretamente indignada consigo misma por su falta de contención no pudo evitar; la creciente sorpresa por conocer a un militar enamorado de las letras, respondiendo sincero a preguntas atrevidas y divertido a propuestas aventuradas. Coincidiendo los dos, cada minuto de los encuentros clandestinos que siguieron, en la afición por la belleza, ávida ella de emoción, ansioso él por el placer cotidiano de las pequeñas cosas, abandonada ya la timidez que en ella solamente existía para con los extraños, abundando en un descaro que mostraba la inteligencia que una mujer tenía que reivindicar de continuo en un mundo de hombres que la despreciaba, si no como futura matrona, sí como ser inteligente y curioso. Definitivamente, Quinto no era como los demás. Pero se iba. Así se lo había confiado. Desaparecería en la niebla de la guerra. Quizás no lo volvería a ver. Quizás también aquel fue el motivo por el que el soldado, al tercer encuentro, agarró de repente su mano, al tiempo que lanzaba una seña a la esclava que prudentemente los había seguido en la distancia en su camino por las calles de la ciudad. Licia sumergió la cabeza en el agua para dejarse reconfortar por la sensación de bienestar que le proporcionaban la calidez y la humedad en su piel. Bullía en su cabeza la dulce memoria de un beso furtivo y sorprendente, de unos labios que la buscaban y que, para su sorpresa, no se resistió a prestar, al tiempo que sentía cómo su cuerpo abrazado entraba en la oscuridad de una casa abierta al callejón de aquel barrio abandonado entre templos antiguos y que ya era solamente un recuerdo de luz, convertido en el amparo de dos nuevos amantes que se buscaban, de una barba que hería la suavidad de su rostro mientras sus manos se aferraban a la espalda con la desesperación de una pasión que quizás quedaría frustrada por la inminencia de una marcha sin retorno. Licia sintió el calor en su cuerpo en tanto que sus manos buscaban cómo recordar, bajo el agua, el que ambos náufragos sintieron en aquella casa en la que los contornos y esquinas simplemente no existían como referencia, amparados en una oscuridad en la que Quinto alzaba su pequeño cuerpo en el aire, liberados ya los dos de ropaje, cinturones y armas. Sus pechos, acariciados con suavidad primero, en búsqueda incontenida del placer y la belleza, apasionadamente después, casi con rudeza, mezclando recuerdos bajo el vapor del agua sin diferenciar cuándo y cómo fueron unos u otros, abandonados los dos al jadeo ante una pared desnuda, rememorando el encuentro bajo el amparo de la humedad tibia ya del *caldarium,* reunidas imágenes y sensaciones,

convencida al fin de que había dejado vía libre a sentimientos que no los abandonarían. Licia emitió un leve quejido, quizás un estremecimiento, al tiempo que sus manos se aferraban a aquel cuerpo que la había invadido; entonces entre sus brazos y ahora sin ellos, y abriendo los ojos, recordó que no había sido un sueño, y, tras unos segundos, sonrió mientras pensaba que la vida ofrecía, a quien quería participar en su magia, los momentos que ella ahora no quería abandonar. Nunca.

Unos golpes en la puerta que daba paso al pequeño recinto termal de la *domus* la sobresaltaron. No era habitual que nadie de la casa se atreviera a interrumpir el descanso de quienes, en la intimidad de un ambiente cálido, pretendían alejarse lo más posible de la realidad del invierno local. Licia ordenó con una mirada a su sirvienta, que esperaba paciente a que su señora terminara con aquel ritual que tantas veces había contemplado, que preguntara por el motivo de aquella interrupción no deseada, sin abrir la puerta.

Rudia llevaba al servicio de Licia toda la vida, desde el sorprendente nacimiento de aquella pequeña alegría que invadió con sus risas y sus juegos la residencia del senador Marco Fulvio en Roma hasta su nueva vida en los confines de aquel imperio que parecía no tener fin. Nunca se había sentido tratada como una esclava, al menos según los usos y costumbres que al respecto se comentaban entre la servidumbre, sobre los tiempos en los que un esclavo era poco más que un mueble dotado de vida. Ahora ya no. Cristo habitaba, por lo visto, en el corazón de algunos de los nuevos amos, o al menos así lo creía ella firmemente. ¿Y por qué no iba a ser así? El cristianismo era la religión del Imperio, y, pese a que las antiguas formas sacrílegas aún se resistían a morir del todo, la realidad era que nadie se atrevía a poner en duda al menos la unidad que la fe que aquella creencia compartida había aportado a Roma, más allá de desviaciones que eran confirmadas como heréticas conforme las interpretaciones del mensaje surgido en la antigua Galilea avanzaban. Poderosas iglesias habían sustituido ya a los antiguos templos, que morían devorados por la incuria del tiempo, cuando la voluntad de cuidado de los hombres desaparecía. Así estaba sucediendo y así debía ser para Rudia. Quizás aquella intercesión divina era la razón por la que Licia siempre le había ofrecido, desde la distancia a la que la obligaba su condición de dama, señora y dueña de su destino y de su vida, un trato de cariño que le aportaba la paz de espíritu que tanto anhelaba.

Conocedora del carácter de su joven ama, Rudia se apresuró a cumplir la silenciosa orden y se acercó a la puerta que, cerrada, impedía el paso a visitas inoportunas.

—La señora está descansando. ¿Qué es tan importante como para interrumpir un baño? —preguntó con voz hosca la anciana sirvienta,

lanzando sus palabras a través de la madera que proporcionaba aislamiento e intimidad a aquellas estancias.

—Mi señor ruega que su esposa acuda de inmediato al *oecus*. Ha llegado una visita importante, y debe estar presente —respondió la voz al otro lado de la puerta.

Licia oyó aquellas palabras y, desde la calidez del agua en la que se encontraba sumergida, movió la cabeza en sentido negativo, gesto captado de inmediato por Rudia, que entendió rápidamente su significado.

—Anuncia al amo que mi señora se encuentra indispuesta y que hoy ni siquiera tenía pensado acudir a la cena. Ve y dile que escuchará lo que su esposo tenga que decirle antes de acostarse.

Pero el sirviente no pareció intimidado por el tono firme de la vieja esclava e insistió, esta vez elevando ligeramente el tono de su voz.

—El amo ha sido muy claro al respecto, vieja.

Utilizó aquel término despectivo para que, de alguna manera, su interlocutora supiera distinguir su lugar en el escalafón de la servidumbre de aquella casa. No era lo mismo ser el capataz con mando sobre todos los esclavos de la casa que una vulgar ama de cría venida a menos y al servicio de quien, como esposa, ocupaba una posición secundaria en el complicado entramado social de aquella vivienda. Continuó:

—Dile a tu ama que se trata de un oficial de una de las legiones acampadas en la ciudad. Es algo importante, y el amo ha insistido en su presencia.

Al escuchar Licia aquellas palabras, abrió los ojos súbitamente y, dirigiendo su voz hacia la puerta, transmitió sin intermediarios su respuesta:

—Di a mi esposo que estaré dispuesta en poco tiempo y que me aproximaré sin demora al *oecus,* si ese es su deseo.

Licia se incorporó de inmediato en la pequeña piscina, mostrando ante Rudia la desnudez de su piel morena en aquel cuerpo menudo. La vieja esclava se acercó con paso firme al lugar donde su joven ama la esperaba, en pie ya junto al agua, extendiendo sus brazos ante la toalla que aquella le ofrecía, y, mientras se dejaba secar por la anciana, Licia notó la mirada de desaprobación que esta le dedicaba, como cuando de niña la sorprendía robando las manzanas de la huerta de Rufus, el malhumorado vecino de la villa que su padre poseía a las afueras de Roma, y ella simplemente sonreía con la malicia de quien ha sido pillada en falta, pero que no piensa corregir su proceder.

—Sé lo que piensas, Rudia —le dijo Licia a su sirvienta con voz zalamera, al tiempo que permitía que, una vez seca su piel, la ayudara con el vestido que utilizaba habitualmente en la *domus* en aquella época, una sencilla túnica larga, sin mangas, abrochada a uno de sus

hombros, como de costumbre, por un cierre sencillo que conservaba como recuerdo de su madre. Ciñó a su cintura una tira de cuero decorada con leves filigranas de colores que le daban la apariencia juvenil que ella entendía que no era incompatible con la seriedad que se le suponía a la esposa de aquel dignatario imperial que se encontraba ascendiendo vertiginosamente en su particular *cursus honorum,* gracias en parte a aquella boda concertada por sus padres.

—No siempre sabes lo que pienso, joven ama. —Siempre la llamaba así, con una mezcla de respeto y de cercanía que en el fondo agradaba a Licia—. Pero yo sí sé lo que imagina la esposa del amo de esta casa, y sé que no es bueno ni para ella ni para mí. Y lo sé por vieja, pero también porque conozco y recuerdo cada paso que has dado desde que de pequeña correteabas por los jardines de la casa de tus padres en Roma, y ya nada me sorprende. —Le dirigió una nueva mirada de reproche—. Una cosa es que guarde tus secretos, niña, y otra muy distinta es que no deje de avisarte de lo que es correcto y de lo que no lo es. Y lo que estás ahora mismo pensando no lo es, y lo es menos en presencia de tu marido, y lo sabes.

Licia dedicó a Rudia una mirada entre divertida y ofendida, y ajustándose en una informal coleta el pelo negro aún húmedo por el baño, se encaminó sin perder más tiempo hacia la puerta que permitía el acceso al pequeño pasillo que separaba aquellas modestas instalaciones termales privadas del peristilo de la *domus* y que, ahora en invierno, ofrecía un contraste de temperatura que ambas mujeres notaron en su rostro al salir.

Mientras caminaban alrededor del pequeño jardín enmarcado por aquellas columnas, ahora cubierto por un manto de nieve, Licia se preguntaba si, como estaba deseando, sería el propio Quinto quien había solicitado ser recibido. No podía ser. No podía imaginar tampoco qué motivo tendría para hacerlo. Quizás algún problema con el avituallamiento de sus tropas que su marido debía solucionar; pero entonces no tenía sentido que ella tuviera que estar presente. Las pisadas de sus pequeñas sandalias de invierno apenas se escuchaban, por apresuradas y ligeras, sobre el espectacular suelo de mosaico que cubría aquel deambulatorio que rodeaba el patio central del peristilo y que formaba un cuadrado que principiaba en el atrio de la casa y servía para acceder a las distintas dependencias de aquella *domus,* construida al gusto de un clima más templado que aquel en el que se habían asentado.

Licia ralentizó su paso, hasta entonces a duras penas seguido por la cadencia más pausada del de Rudia, y, ajustándose el ceñidor, compuso antes de entrar en el *oecus* la figura que se esperaba de una matrona sumisa y disciplinada, pero señora en su casa al fin. La puerta estaba entreabierta y Licia penetró en la estancia, calefactada como las

restantes habitaciones de uso privado de la vivienda, mientras su vieja sirvienta aguardaba fuera, habiéndose despedido momentáneamente de aquella niña adulta que afrontaba con aquella entrevista —lo intuía — un profundo cambio en su vida.

El *oecus* de aquella *domus* era una habitación más grande que las restantes, con ausencia de mobiliario, a excepción de unas cuantas lámparas de aceite que completaban la iluminación que provenía del exterior a través de una pequeña ventana de vidrio policromado, protegida por un artístico enrejado de madera y una silla ricamente repujada que presidía la cabecera de la estancia. La decoración del suelo resultaba espectacular, quizás excesivamente recargada. A ello ayudaba la presencia de todo tipo de animales que conformaban una escena de caza alumbrada con esmero por multitud de teselas de colores. En todo caso, el conjunto le daba una apariencia imponente a la sala donde su marido recibía las visitas y atendía las tareas de administración de la ciudad que le encomendaba el *magister officiorum* de Augusta Treverorum. En el centro de aquel espacio se encontraba Juvenus, el marido de Licia, hablando con un hombre que daba la espalda a la puerta, soportando aún su capa militar sobre los hombros pese al calor que reinaba en la habitación, la mano izquierda sujetando su casco con ligero penacho como distintivo de rango y la derecha en el pomo de la espada colgada al cinto.

Licia contuvo la respiración.

—¡Ah! Ya estás aquí, querida.

Juvenus no pudo reprimir una mirada de desaprobación ante el aspecto que presentaba su esposa. Siempre había tenido esa discusión con ella y con su forma de vestir, a su juicio a todas luces inapropiada para cada ocasión que se le presentaba de ofrecer a los dignatarios de la ciudad la apariencia socialmente aceptable de un matrimonio de alto rango social. Los dos eran jóvenes —él solamente unos años mayor que ella—, y Juvenus era consciente de que su propio atractivo residía no solo en su físico, por lo demás de apariencia adusta y seria, sino, sobre todo, en su posición de alto funcionario y nobles orígenes, impecablemente contrastados y acreditados. Por ello exigía —o eso pretendía— que su mujer estuviera a la altura de lo que se esperaba formalmente de un matrimonio de su rango. Tampoco le gustaban demasiado sus inclinaciones por aquellos textos que inundaban la casa, cada vez en mayor número, pero había terminado por aceptar las manías de su esposa. Intentaba comprenderla, y en ocasiones dudaba de que alguna vez lo hubiera conseguido. Sin embargo, y aun cuando no podía hablarse de amor entre ellos, su relación, aunque limitada a lo esencial, tanto en la vida pública como en el ámbito privado, se podía calificar como razonable. Él la respetaba y ella se mostraba respetuosa y complaciente cuando entendía que debía serlo, como la

futura madre de sus hijos, unos hijos que tardaban demasiado en llegar.

—Te presento a Lucio Servinio, centurión de la tercera cohorte de la Legio Martis, acampada en la ciudad, como sabes. —Licia apenas pudo reprimir una expresión de desilusión en su rostro—. Nos trae un mensaje importante que debes escuchar con atención. Centurión, prefiero que mi esposa oiga de un oficial las palabras que me acabas de trasladar. Quizás yo no sea capaz de aportar el significado exacto de su trascendencia.

Lucio carraspeó y se inclinó levemente ante Licia. Por un momento comprendió por qué Quinto le había encargado personalmente que llevara un mensaje tan delicado a esta familia. Entendió de repente el propósito de su amigo cuando observó la profundidad de la mirada de aquella mujer que aguardaba ante él, y en su mente se abrió paso la explicación de por qué Quinto Flavio Julio, *magister militum praesentialis,* general al mando de las dos legiones que preparaban su marcha, había insistido en llevarlo a un aparte tras la última reunión en el *praetorium,* para encomendarle aquella tarea.

—Mi señora —comenzó solemne Lucio su alocución—, mi general me encarga transmitir a esta familia, en atención al alto rango que ocupa en esta ciudad, la advertencia de que mañana al alba las legiones acampadas en ella marcharán hacia el Rhenus, dejando la urbe indefensa. Es posible que tengan que combatir. Es posible también que Augusta Treverorum ya no sea un lugar seguro para permanecer en ella.

»El *magister militum* me ha encargado trasladar a tu esposo que resultaría prudente… —Lucio dudó de la expresión—, que resultaría muy aconsejable —corrigió— abandonar la ciudad sin demora. Los dioses…, Dios nuestro señor —se corrigió de nuevo— seguramente amparará nuestras armas y favorecerá la victoria, pero existe alguna posibilidad de que, en caso contrario, estas murallas no resulten suficientes para contener a los invasores que ahora creemos que han cruzado el Rhenus.

Lucio dirigió su mirada hacia Juvenus, quien asistía con gesto preocupado a la exposición del oficial, solicitando su aprobación para continuar, y aquel le dio a entender con un gesto que siguiera hablando.

—Señora, tu marido me ha informado de que él no abandonará la ciudad. Ciertamente, le honra el que considere que no debe dimitir de su puesto en la Administración en estos momentos. Por eso debo insistir, tanto ante él como ante su esposa, en que al menos le permita a ella —Lucio dudó en seguir mirando a los ojos de Licia, que escrutaban su rostro estudiando el significado de cada expresión—, que le permitas, señora, abandonar sin demora la ciudad.

—Gracias, centurión —apuntó Juvenus con tono ligeramente cortante en su voz—. Mi esposa y yo nos sentimos honrados por la confianza que nos muestra el general, pero como le estaba comentando hace unos momentos, no creo que la situación sea tan grave. ¿Cómo sería posible pensar que unas hordas de salvajes crucen el río y consigan vencer a las legiones? Llevamos siglos defendiendo con éxito esta provincia, y nunca hemos temido por la suerte de la ciudad. De hecho, su grandeza es paralela a la confianza que la Administración imperial ha mostrado en la estabilidad de la zona. No veo razones para tanta alarma.

—Sin duda, el señor de esta *domus* tiene razón en parte de sus apreciaciones, pero la realidad… —Lucio dudó sobre si era necesario trasladar las informaciones sobre lo escaso de los medios de los que disponían para atajar la invasión. Tenían que mantenerse en secreto para no alarmar a la población de la urbe. Continuó, tras una breve pausa—: La realidad es que se trata de una situación excepcional. No son miles, sino decenas de miles los guerreros que se agolpan, con sus familias, en la orilla oriental del río. Tenemos conocimiento de que el Rhenus se ha helado, y esta situación posibilita el cruce inmediato. Siendo así, y aun no dudando de nuestra victoria, la realidad es que habrá lucha, y las batallas siempre están cargadas de incertidumbre.

—No hay incertidumbre si se trata de legiones de Roma contra un ejército compuesto por bárbaros y sus familias —contestó Juvenus con cierta petulancia.

—Esos bárbaros —Lucio procuraba contener su tono ante la inconsciencia de aquel alto funcionario— saben luchar y están desesperados. ¿Recuerda Adrianópolis?

La mención a aquel desastre que acabó en el año 376 con la derrota y muerte del emperador Valente a manos de un ejército de godos, igualmente calificados como «tropas poco fiables en el combate», incomodó a Juvenus, pero tuvo al menos la capacidad de moderar su confianza.

Un silencio espeso invadió la estancia, mientras Lucio se preguntaba si no estaba llevando demasiado lejos su encargo. Miró a Licia directamente, y de sus palabras no se dedujo entonces ninguna duda sobre la gravedad del momento.

—Señora, debes partir cuanto antes —concluyó—. Se acercan días de incertidumbre y mi general ha considerado necesario avisaros de ello. Esto debería ser suficiente. —Miró a Juvenus mientras con sus palabras daba por terminada la entrevista.

Lucio se inclinó ante el señor de la casa y su esposa y abandonó la estancia dejando tras de sí, además de un negro manto de dudas sobre el futuro inmediato de la ciudad, la certeza de que se avecinaba, acompañado de los peores presagios, un combate en el que se

dirimiría la suerte del imperio occidental.

Las pisadas de los legionarios sonaban acompasadas mientras desfilaban en perfecta formación, cohorte tras cohorte, por el pavimentado *cardo* de la antigua ciudad imperial. Las águilas de las legiones Martis y Septimani marchaban orgullosas a la cabeza de ambas columnas, sostenida cada una de ellas por un *aquilifer,* hombres especialmente seleccionados para tal honor. Pese a la hora temprana, una multitud se había reunido, alertada por el trasiego de los preparativos de marcha, para observar silenciosa y aterrada el imponente espectáculo de aquellos soldados que se conducían con aparente serenidad hacia un destino incierto, en búsqueda de la gloria o la muerte. Frente a la larga columna, rodeado por sus tribunos, cabalgaba erguido el legado de aquellas dos legiones, el orgulloso *magister militum* enviado por Rávena, Quinto Flavio Julio, luciendo con el brillo que la multitud esperaba la armadura que lo distinguía, con su antigua coraza decorada con una desafiante representación de Marte triunfante, como el dueño de un poder que no había tenido igual en la tierra conocida. Roma marchaba en aquellas tropas, orgullosa e ignorante, hacia la muerte, y, entre tanto, Quinto, con la seriedad que aquel momento imponía en su rostro, contemplaba a la multitud buscando unos ojos, sus ojos, los de aquella mujer que necesitaba contemplar una vez más, quizás la última. Abandonada ya la esperanza, cruzó bajo el imponente arco de la Porta Principalis, flanqueado por las torres que asemejaban dos centinelas imperturbables de la historia de aquel imperio imperecedero. Allí, junto a la calzada, mezclada entre la multitud sombría, estaba Licia. Solo fueron unos segundos, pero la intensidad de sus miradas entrecruzadas habló más que el más elocuente de los discursos, y únicamente para recordar un deseo ya pronunciado, que se convertía en aquellos momentos en una esperanza vana. Un *«vuelve entonces, soldado, y vuelve vivo»* que resultaba para los dos el epílogo momentáneo de una pasión nueva, el preludio de días oscuros y la premonición de un deseo que ahora sí —los dos lo sabían— los había unido ya hasta la muerte.

VI

El miliario

La pezuña del animal intentaba escarbar en la nieve en búsqueda de alguna brizna de hierba, mientras el jinete contemplaba con rostro hierático la escena que tanto él como los componentes de aquella *turma* de caballería de la Legio Martis se habían hallado representada ante sus ojos, junto a la cuneta de la calzada por la que avanzaban, cautelosos, como exploradores del ejército.

Frente a ellos, atados al grueso cilindro de piedra que marcaba la vigesimoquinta milla del trayecto entre Augusta Treverorum y Bingium, dos cuerpos desnudos mostraban ante los aterrados ojos de la patrulla la palidez de la muerte, que había sorprendido a aquellos desgraciados de la manera en la que en tiempos de guerra la inseparable compañera del hombre solía aparecer: inesperada, inevitable y cruel. Pese a la baja temperatura que reinaba en aquel paraje aquella madrugada de comienzos del año 407, era evidente que la agonía que reflejaban sus rostros no se había producido por congelación. Fuertes heridas en el pecho, que debido al frío extremo apenas mostraban la negrura de la sangre seca en claro contraste con la palidez de los cuerpos, evidenciaban a ojos de los soldados la causa de la muerte, probablemente atroz, de aquellos desgraciados. A los pies del miliario, apilados como evidente señal, se encontraban, partidos, los restos de los *pila* que aún eran característicos en el armamento de los *limitanei.* Los cuerpos, inclinados hacia delante en trágica flexión, mostraban en toda su crudeza la más clara imagen del horror que la guerra amenazaba con desencadenar, y la conciencia de aquella cercanía agitaba los corazones de los hombres, que, erguidos en sus monturas, no podían quitar los ojos de aquella escena aterradora.

—Basta ya. —La voz del jefe de la patrulla interrumpió los negros pensamientos de sus hombres—. Marcus —se volvió hacia un joven jinete que seguía observando absorto la escena—, ¡despierta! Verás más muertos en breve, me temo. Regresa inmediatamente al campamento e informa al general. No pierdas tiempo, no te detengas bajo ninguna circunstancia. —Guardó silencio, mirando de nuevo la macabra escena—. Es evidente que han dejado aquí estos cuerpos

como advertencia. Saben que nos acercamos, y no les importa. Nos avisan. No sé quiénes serían, pero parece claro que pertenecían a alguna guarnición de la frontera.

Miró con cierta suficiencia el armamento inservible que se veía depositado a los pies de ambos cadáveres.

—No nos quedaremos a averiguarlo, en cualquier caso —susurró para sí mismo mientras tiraba de las riendas de su montura volviendo grupas, obligando al resto de aquella *turma* de diez hombres a seguirlo al paso, y se alejaba de la calzada en dirección al norte al tiempo que el joven Marcus se perdía en el horizonte gris de la mañana, para regresar al campamento del que habían salido hacía ya tres horas, aún con noche cerrada, con la misión de encontrar evidencias de la ubicación del enemigo.

En los ojos de los componentes de la patrulla se podía adivinar la angustia que sentían mientras se adentraban en un territorio que, desde el miliario que dejaban atrás, había mudado en la puerta de un infierno sin llamas, un Hades helado.

Ninguno lo sabía, pero los cadáveres que abandonaban habían sido un día los cuerpos vivos de Julius y Vectro, *limitanei* desertores que intentaron escapar de un destino que, finalmente, los había alcanzado, inexorable, en aquella blanca planicie.

Quinto miró en silencio a todos los presentes. No faltaba nadie, y en los rostros de cada uno de los tribunos de las dos legiones se podía ver la preocupación que acompañaba a la extraña solemnidad de aquel consejo de guerra. Un ambiente opresivo presidía la reunión en el improvisado *praetorium* en que se había convertido la tienda del general. Ya no nevaba, y una pálida y fría luz de atardecer invernal apenas penetraba por los pliegues de la cortina que separaba aquel espacio del exterior, levantados ocasionalmente por un viento que arreciaba desde primera hora de aquella mañana en la que varias patrullas de exploradores habían partido en busca de noticias sobre un enemigo invisible. El *magister militum,* abrigado por una gruesa túnica ceñida a la cintura por el correaje del que colgaba su puñal y arropado por su vieja capa, miró a sus oficiales. Conocía a casi todos. Con algunos había combatido. Eran buenos soldados, y por eso sabía que no serían necesarios demasiados preámbulos. Los suponía al tanto de los rumores que habían corrido por el gran campamento que se habían visto obligados a levantar al final de la penosa marcha del día anterior, y no pretendía ocultar la importancia del momento. Un explorador había regresado por la mañana con noticias preocupantes, por lo que no parecía prudente demorar más la necesaria toma de

decisiones que se esperaba de su mando. Tras considerar que tenía la atención de todos ellos, comenzó a hablar.

—Todos lo sabéis ya, supongo. Las noticias vuelan en el campamento, y no tiene sentido ocultarlo. Como habréis oído, una de nuestras patrullas ha encontrado a diez millas de aquí, en plena calzada, los cuerpos de dos *limitanei,* probablemente de los pertenecientes a la guarnición del fuerte ubicado en las proximidades de Bingium. No sabemos exactamente qué ha podido pasar, pero resulta evidente que no se puede ser muy optimista sobre el destino de esa guarnición. Si aquel *limitaneus* que llegó a Augusta Treverorum hace unos días estaba en lo cierto, y todo indica que así es, son las primeras noticias que nos pueden confirmar que nada quedaría de esa fortaleza.

»No tenemos ninguna información sobre la suerte de Bingium ni la de Mogontiacum, pero ahora podemos estar más seguros de que, sin tropas que las protegieran, con la flota atrapada por el hielo, la suerte de ambas ciudades ya no depende de nosotros. —Quinto hizo una pausa y, observando la seriedad de sus rostros, comprobó que mantenía la atención de sus oficiales—. El hecho de que esos cuerpos hayan sido hallados en el vigesimoquinto miliario de la calzada no significa necesariamente que el grueso de las tropas del enemigo se encuentre allí. Sería asombrosa tanta rapidez en su desplazamiento, con este tiempo y con la tentación del saqueo, que, seguramente, los ha podido tener ocupados algunos días.

Miró su mapa, asentado en la mesa en la que se apoyaba con ambas manos, y señaló el recorrido del itinerario que surcaba el valle por el que se desplazaban, marcado de forma significativa entre el cúmulo de trazos que indicaban elevaciones cercanas y accidentes topográficos.

—Y nosotros solamente hemos conseguido avanzar quince millas, por Juno. —Miró a sus subordinados, consciente de su provocadora invocación pagana—. Quince millas y los hombres están agotados. Con esta nieve, por mucho que despejemos el trazado de la calzada, avanzamos muy despacio. Apenas tenemos forraje, y encontrar hierba bajo este manto helado supone esfuerzo y tiempo. Y el sacrificio creo que puedo exigirlo, pero el tiempo, el tiempo no podemos comprarlo. Mirad el mapa.

Señaló un punto del valle, a unas veinte millas de donde estaban, donde aquel se ensanchaba para bifurcarse a la derecha, hacia el sudeste, abandonando la prolongación natural por la que discurría la vía hasta donde, limitando ya con las primeras escarpaduras de las orillas del Rhenus, se ubicaba el fuerte de cuyo destino final ya ni se dudaba.

—En esta bifurcación —señaló el punto exacto— el valle ofrece alguna posibilidad de maniobra. Es cierto que con esta nieve nuestra

caballería pesada apenas podrá actuar, pero no estoy dispuesto a que nos embosquen desde las laderas. Tenemos que llegar a este punto antes de que lo hagan ellos.

—Pero si nuestra caballería no va a poder cargar, ¿para qué buscar un terreno ancho? —interrumpió uno de los tribunos—. ¿No sería preferible esperar a que ellos se acerquen hasta aquí? En caso de retirada, Augusta Treverorum solamente está a quince millas, y, si controlamos las alturas, la disciplina de nuestras formaciones de infantería podría contenerlos en este estrechamiento.

Señaló un lugar a unas cinco millas del campamento donde el valle, efectivamente, mostraba una menor anchura. Mientras tanto, por ambas alas, una fuerza de flanqueo podría descender de las colinas y acabar con su retaguardia.

Quinto no levantó la vista del mapa. Conocía a Genselio, comandante de la caballería pesada sármata que formaba la punta de lanza de aquellas legiones y cuya carga en campo abierto, protegidos jinetes y caballos por pesadas cotas de malla, resultaba la temible novedad de las tácticas de combate legionarias en aquella época. Lo conocía y lo respetaba, por su lealtad a Roma y por su valor, pero no compartía en este caso el optimismo del planteamiento.

—Gracias, Genselius —se dirigió a él por su nombre latinizado—. Ya lo había considerado. Sin embargo, y tras comprobar el estado de nuestros caballos, creo que no es una buena idea. Aun despojándolos de sus armaduras y suponiendo que el enemigo fuera visible con antelación, sería necesario para que la trampa funcionara que comenzaran a subir esas escarpaduras por la noche; deberían permanecer allí, helados, aguardando unas órdenes que estarían obligados a interpretar por sí mismos. —Genselio lo miró ligeramente ofendido por la insinuación de desconfianza en su capacidad de mando—. No sabemos qué tiempo hará entonces. No. No es una buena idea.

Lo miró con fijeza, sin subir el tono, pero dejando claro a quién le correspondía la toma de decisiones.

—Y hay otra razón. En realidad, y pese a las evidencias, no estamos absolutamente seguros de que el fuerte junto al Rhenus haya caído. —Todos lo miraron con incredulidad—. Decidme, si fuerais parte de su guarnición, si no estaríais esperando a que las legiones acudieran en vuestra ayuda. Por no hablar de Bingium y Mogontiacum. Posiblemente sea tarde, pero lo será para siempre si aguardamos aquí. Aun saliendo victoriosos del encuentro, las tropas tardarían dos días en llegar, agotadas. No es una buena idea —repitió—, pero te agradezco la aportación, tribuno.

El silencio que acompañó a estas palabras dejó paso a una cadencia de sonidos que, en desorden, invadía de forma hasta entonces

inadvertida la tienda. Cerca, un cambio de guardia permitía escuchar el crujido de las pisadas en la nieve y el entrechocar de las lanzas y espadas con la cota de malla de los soldados que se relevaban. Más lejos, el relinchar de unos caballos se entremezclaba con las órdenes de los centuriones que llamaban a sus soldados o que promovían ejercicios que hicieran olvidar a sus hombres la gravedad de los rumores sobre un próximo combate. El sonido del hierro golpeando hierro en un yunque de una fragua improvisada acompañaba con su ritmo cadencioso las voces que, agrupadas en un rumor ininteligible, mostraban la actividad de un campamento de marcha que, tras sus empalizadas de madera hábilmente levantadas por la noche, ofrecía seguridad y orden a los miles de soldados cuyas vidas dependían de lo que se estaba discutiendo en aquella tienda, en aquel mismo momento, ajenas a las decisiones que marcarían definitivamente su destino.

—Lo que no me explico —se atrevió a intervenir Lucio, intentando superar la tensión que había provocado el último intercambio de opiniones y aun siendo consciente de que por su graduación militar inferior no debía tener voz en aquella reunión— es por qué han dejado esos cadáveres a la vista, en el miliario, tan cerca. No se ocultan. Parece como si nos estuvieran incitando.

—Es exactamente eso lo que están haciendo.

Quinto siempre perdonaba esas interrupciones de su amigo, y más en esta ocasión, cuando el objetivo había sido aliviar la tensión creada con el jefe de la caballería sármata. Sabía que era despreciado por su origen humilde, pero al mismo tiempo era temido por su proximidad con él.

—Creo que pretenden decirnos simplemente que no nos tienen miedo. Ya no. Y también que la lucha va a ser cruel. No va a haber componendas ni pactos. Eso es lo que significa. En un miliario, señalando la distancia hacia su objetivo, hasta nosotros. Intentan provocarnos, y lo han conseguido —culminó Quinto casi en un susurro.

—General —intervino cauteloso Aulio, tribuno de la tercera cohorte de la Legio Septimani, comandante en funciones de la caballería auxiliar—, nuestros jinetes son nuestra fortaleza, especialmente los catafractos sármatas, pero con esta nieve perderemos esa ventaja —miró en dirección a donde se encontraba Genselio—, y no es desconfianza; se trata de una realidad que no podemos dejar de tener en cuenta.

—Y la tengo en cuenta, Aulio. La tengo muy en cuenta, pero la situación es la que es: tenemos varias cohortes de infantería pesada que harán bien su cometido, pero es cierto que con el terreno tal y como está nuestra caballería perderá parte de su potencia de carga.

Aligeraremos su armadura. La de las monturas, sobre todo. Sé que los caballos no se encuentran fuertes, y confío en que no haya necesidad de que el combate se prolongue en exceso. En cualquier caso, formarán en ambas alas, los sármatas a la derecha. —Miró a Genselio buscando su asentimiento—. Necesitamos evitar cualquier flanqueo, y no quiero aventuras, Genselius. Si hay éxito en la carga, esta no debe prolongarse; se vuelven grupas y se protegen los flancos, ¿entendido?

»No quiero persecuciones ni demostraciones absurdas. La infantería hará su cometido y la caballería se encargará de su protección. Debería bastar para avanzar muy lentamente, como una masa compacta, un muro contra el que se estrellen sus acometidas. Estoy dispuesto a echarlos de nuevo al otro lado del Rhenus o exterminarlos. Otra cosa —bajó la vista—: la artillería se queda en el campamento. Las *carroballistae* entorpecerían la marcha, y tengo la intención de avanzar rápidamente para poder escoger el terreno. Los suministros seguirán el paso del ejército, pero no los aguardaremos. Si triunfamos, como espero, nos alcanzarán.

Todos los asistentes se miraron entre ellos sin mencionar objeción alguna, aunque con la preocupación en su rostro. Les reconfortaba estar protegidos por la enorme precisión de aquellas máquinas, y la decisión, aunque no lo expresaran, les parecía una temeridad. Quinto se dio cuenta.

—Yo también me siento mejor cuando compruebo el efecto que provocan los impactos de nuestra artillería en las filas enemigas, pero estoy buscando rapidez —apostilló el general al silencio preocupado de sus oficiales—, y la nieve y los carros son incompatibles. Las legiones partirán al amanecer. Tenemos un largo trayecto, y confío en alcanzar este punto antes de que anochezca, ganada ya una posición de fuerza. Elegiremos nosotros el campo de batalla —señaló de nuevo el ensanchamiento del valle en el mapa— para que las tropas puedan descansar y esperar al enemigo a la mañana siguiente.

»Si mis cálculos son correctos y mi intuición no me falla —sonrió al recordar cuántas veces le había fallado de verdad—, no deberían alcanzar este punto hasta dentro de dos días. No son un ejército de maniobra, y estoy convencido de que tras el cruce se habrán entretenido asaltando Bingium o incluso Mogontiacum. No llegarán antes, si llegan. ¿Alguna pregunta? ¿Ninguna? De acuerdo. Todos saben lo que tienen que hacer. Transmitidlo a vuestros centuriones y que Dios nos proteja.

Una vez que hubo salido el último de los tribunos, Lucio se acercó a la mesa donde se encontraban desplegados los mapas y, mirando a su amigo, no pudo contenerse y preguntarle con sonrisa burlona:

—¿«Que Dios nos proteja»? Vaya, Quinto. Ya no te entiendo, de verdad. A veces me sorprendes con tus invocaciones heréticas —le

dijo con poco disimulada ironía.

—¿Qué más da quién nos ayude, Lucio? —Quinto se sentó en la silla de campaña envuelta en pieles que, junto con un rústico camastro y la mesa, era el único mobiliario de la tienda. Arrugó el rostro—. El caso es que nos ayude alguien. Estoy preocupado, te lo confieso. El informe de ese explorador demuestra que nos enfrentamos a guerreros más osados de lo que yo había visto nunca. No sabemos realmente cuántos son ni si se han dividido en grupos. ¿Cómo es posible que, aunque se trate de una avanzadilla, hayan ganado el vigesimoquinto miliario en tan poco tiempo? —Cerró los ojos y reclinó la cabeza—. Todo lo que he comentado en este consejo es simplemente un deseo. No creo que alcancemos la parte del valle que he mencionado. —Lucio permaneció quieto, mirando a su amigo, sorprendido.

»La realidad es que avanzaremos a ciegas. ¿No te has dado cuenta de que no ha regresado ninguna patrulla? Mucho me temo que ya no lo hagan. Imagino que todas esas tribus nos esperan más cerca de lo que querría, aunque, por supuesto, puede que me equivoque, pero estoy obligado a considerarlo. Por eso debemos avanzar rápidamente; por eso he desechado la propuesta de Genselius. —Se incorporó de repente, como saliendo de una ensoñación funesta—. Avanzaremos lo más rápidamente posible con la esperanza de poder descansar antes del encuentro. —Hizo una pausa—. Lo que tengo claro es que la artillería se queda en el campamento. Siempre es un buen lugar para defenderse en caso de catástrofe.

—Nunca te había visto así, Quinto. Ni en nuestros peores momentos. —Lucio se aproximó a su amigo—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, Lucio. Gracias. Pero déjame solo ahora. Necesito dormir algo cuando acabe de revisar estos mapas.

Lucio salió de la estancia con gesto serio y miró al cielo, que, ahora despejado, anunciaba un atardecer espectacular, limpio de nubes. Le pareció un buen augurio y, apartando de su mente las últimas palabras del general, se abrochó la capa para protegerse del penetrante frío y se encaminó entre los soldados ociosos, hacia su tienda.

En el interior, Quinto se recostó en su silla y observó sus manos. Le temblaban, y notaba que el temblor se agudizaba por momentos. Se incorporó y aferró con fuerza los bordes de la mesa, conteniendo un gesto de ira dirigido hacia sí mismo. Él lo intuía, lo presentía. Realmente, en su interior lo sabía; tenía miedo. Pero ¿miedo a qué? No creía tener miedo a la muerte en combate ni al dolor de una herida grave. Al menos hasta ahora. Había participado en muchas batallas, si bien nunca había tenido tanta responsabilidad, ni sobre tantos hombres, y el fin de sus días en este mundo no había sido una de sus preocupaciones principales. No tenía a nadie que lo esperara en

Mediolanum; no había familia distinta de la que le ofrecía la milicia. Era verdad que su mujer había muerto, aunque no en aquel incendio imaginario del que una vez habló, y desde aquella desgracia solo pretendía cumplir con su deber de soldado, sabiendo que entre las obligaciones de su cargo estaban las de matar y morir con dignidad. ¿Qué le ocurría ahora entonces? ¿Por qué notaba que en su interior un impulso creciente le aconsejaba prudencia contra la audacia? ¿Por qué sentía flaquear su espíritu de esa manera, cuando nunca su ánimo había dejado de mostrarse firme y alerta ante situaciones de riesgo y peligro? Se hacía estas preguntas, pero también conocía la respuesta: Licia. Algo había cambiado que lo impulsaba a ver el mundo, y con él su propia vida, con ojos diferentes, con el ánimo presto para la búsqueda de aquella felicidad que al fin lo había atrapado, en un momento inesperado, súbitamente y sin previo aviso, sin complicados planes trazados de antemano. Licia y su recuerdo, el de aquellos ojos que acompañaban cada gesto que ella mostraba ante su rostro, cada caricia en la piel y en el alma que siempre era correspondida. Licia y la feliz fragilidad que le proporcionaba con su cuerpo menudo y su palabra certera. Licia y el abrazo interminable en aquel último encuentro en el que se dijeron adiós furtivamente y que terminó con la visión de un rostro angustiado que lo despedía junto a la puerta de Augusta Treverorum. Tenía miedo. Miedo a perder aquello que tardíamente había descubierto. Miedo a no regresar y dejar inacabado el comienzo de su propia vida, ahora sí, plena de un sentimiento que sabía que no lo iba a abandonar. *«Vuelve, soldado, y vuelve vivo».* Palabras que nunca se debían pronunciar antes de una batalla. Frase que era orden y súplica, y que ahora lo atormentaba como una negra premonición.

Quinto permitió que aquellos recuerdos lo impregnaran profundamente, ofreciéndole con su presencia la calma que estaba buscando desesperadamente, y, antes de que fuera consciente de que su vida le mostraba un sendero bien distinto al que tenía previsto, se fue abandonando a un sueño que lo abrazó como abrazan los amantes al objeto de su deseo cuando la ausencia ha sido larga y dolorosa.

El rumor incesante de aquella sinfonía confusa de conversaciones, órdenes, metal y viento de que se componía el ambiente sonoro del campamento apenas llegaba al lugar donde, sentado junto a un fuego, aguardaba su destino Cayo, encuadrado ahora en una unidad de caballería auxiliar de la Martis. El *limitaneus* recordaba. Solo, en silencio, con la mirada fija en la llama que, en lento crepitar, lo ayudaba a concentrar sus pensamientos. Recordaba los días en los que la rutina de la frontera no interfería en su felicidad cotidiana. Recordaba, sobre todo, a Marcia y trataba de rememorar la sensación de bienestar que le proporcionaba su cálido abrazo, la presencia

constante de quien había aportado por fin a su vida el sentido que hasta entonces no había sospechado que existiera, o simplemente que él fuera merecedor incluso de encontrarlo. Había asumido su cometido de soldado, y jamás pensó en que aquella mujer venida de los valles poblados de bosques de Germania podría otorgar un significado a lo que para él había sido una sucesión de años encadenados, uno tras otro, anclados en la monotonía de la instrucción, un ocasional pillaje o incluso la muerte, asumida compañera a la que hasta entonces había aceptado, si no como amiga, sí como inevitable centinela de sus días. No podía apartar de su mente el destino que había podido sorprender a los habitantes de lo que venía siendo su hogar, y le estremecía pensar que los rostros dormidos de Marcia y sus hijos pudieran haber sido las últimas imágenes de la felicidad que la vida le hubiera permitido contemplar, desde su partida en aquella mañana de patrulla. Presentía que la muerte regresaba, pues, a su lado, pero ahora Cayo sabía que la antigua compañera, si acudía, lo había hecho para quedarse y que ya no lo abandonaría.

—¿Cómo son? —La pregunta sorprendió a Cayo, y le hizo regresar a la realidad de una noche helada, víspera probable de una batalla sangrienta.

Junto a él se sentaba, buscando la cercanía de la calidez de aquel fuego, un joven explorador cuyo rostro, de extrema palidez, reflejaba una expresión asustada, espejo de la angustia ante su primer enfrentamiento, acontecimiento para el que no tenía la respuesta adecuada que proporcionaba un largo paso por la milicia. Cayo reconoció de inmediato al jinete que había llegado al campamento con las noticias aterradoras que ya eran sabidas por todos los soldados. Marcus, el explorador, lo miraba con sus ojos negros muy abiertos, en los que se dibujaba el resplandor de la llama que crepitaba ante ellos. Esperaba una respuesta que tranquilizara su espíritu. No podía demostrar miedo, pero eso era lo que aquel rostro imberbe traslucía, mientras aguardaba alguna palabra de su veterano interlocutor.

—¿Cómo son quiénes? —preguntó Cayo, haciendo un esfuerzo por transmitir una despreocupación que estaba lejos de sentir.

—Ellos. Los bárbaros. Los que vienen del otro lado. Los que hicieron «eso» a aquellos *limitanei* que encontramos.

—En el fondo, no son muy distintos a nosotros —contestó Cayo mientras arrojaba al fuego unas pequeñas astillas de madera verde que chisporrotearon al entrar en contacto con las llamas—. Son guerreros que huyen, que tienen a sus familias a las que quieren, que pretenden vivir mejor y que observan cómo, muy cerca, se encuentra la solución a todos sus problemas. Están enfadados y ansiosos, y han decidido ya cuál va a ser su nuevo hogar: el nuestro.

Cayo apenas miró de soslayo la sorpresa en el rostro de su joven

acompañante y decidió aportar una respuesta que confirmara más aún sus peores temores.

—Y también son fieros en la lucha; salvajes, según lo entendemos nosotros. No les importa morir, porque están desesperados, y cualquier cosa será mejor que lo que tienen ahora. No ofrecerán piedad a los vencidos, si tenemos la desgracia de ser nosotros los que caigamos ante sus hachas y lanzas. —Se fijó en que el explorador apretaba los dientes ante sus palabras, y no pudo evitar sentir cierta ternura ante aquel intento de contener unas lágrimas que pugnaban por aflorar al rostro de aquel joven—. Pero no te preocupes. No está nada escrito. No te dejes atemorizar ante lo que viste. Todos tenemos miedo antes de la lucha.

Marcus lo miró buscando en aquellas palabras un atisbo de esperanza.

—He visto a los legionarios pelear, y no será fácil batirlos. Roma sigue siendo poderosa. Confía en tus compañeros, lucha venciendo tu terror y pronto comprobarás que tu confianza crece con cada muerto bajo tu lanza.

—Nunca he matado a nadie —confesó el joven soldado.

—Mañana lo harás. —Cayo reflexionó unos segundos y decidió ofrecer su ayuda a quien de manera tan franca le había confesado lo más profundo de sus temores—. En la batalla cabalga a mi lado y no te separes de mí. Mantén tu montura firme y sígueme. Si yo cargo, cargas tú; si mato, tú matas. En realidad, no es tan difícil —sonrió—. Intenta dormir y confía en Dios y en tu instinto y verás una vida mejor.

Marcus dirigió una mirada agradecida a aquel veterano. Disimuladamente, se secó con la mano las lágrimas que habían comenzado a deslizarse tímidamente por sus mejillas y, levantándose, se alejó hacia su tienda.

Cayo se quedó pensativo, mientras contemplaba cómo el fuego se consumía lentamente. No estaba tan seguro de la victoria que había prometido, pero no era ese el momento de volver a caer en el desánimo. A la esperanza de ver con vida a su familia se había añadido aquella nueva responsabilidad. Quizás en algún lugar del Imperio unos padres igualmente apesadumbrados aguardaban noticias de un hijo que aquella noche, aunque ellos no lo sabían, velaba armas por primera vez en espera, quizás, del abrazo frío de la muerte o de la embriagadora alegría del triunfo de la vida y la victoria.

Y fue así, acompañando las reflexiones de aquel soldado, que iban cediendo ante su sueño, como el campamento se fue sumiendo en un silencio espeso que solamente el ocasional quejido de las voces rutinarias de la guardia que patrullaba en lo alto de la empalizada osaba interrumpir, amparando en su quietud el descanso de los miles

de hombres que aguardaban un amanecer helado e incierto.

VII

La huida

Una tenue luz de amanecer invernal apenas permitía distinguir la pequeña figura embozada que dirigía sus pasos hacia la puerta sur de la ciudad. Aquella zona deshabitada albergaba, a ambos lados del pavimento del *cardo,* las ruinas de los antiguos templos dedicados a divinidades cuyo culto había sido proscrito desde hacía ya quince años. Las altas columnas a las cuales se aferraban las raíces de plantas trepadoras, ayunas de hojas en aquella estación, ya no daban la bienvenida a ciudadanos y sacerdotes, y mostraban en su abandono el nuevo mundo que ofrecía la fe que había desplazado ídolos y sacrificios. La frágil memoria de los hombres había condenado con rapidez los antiguos ritos, y las viejas divinidades morían arrinconadas en sus reductos, olvidadas y aparentemente apartadas de los usos y costumbres cotidianos. Aquellas techumbres derrumbadas ya no protegían los secretos que habían marcado el presente y futuro de los ciudadanos en sus diarios quehaceres. Públicamente, ya no había entrañas que leer, vuelos que interpretar ni sacrificios que ofrendar. Los dioses languidecían, sabiendo que nadie acudiría pretendiendo su consejo o acatando sus designios, apartados ya de la vida de los seres humanos, seducidos por nuevas promesas de una vida eterna que aquellos se mostraban incapaces de contrarrestar, al menos con la eficacia y certeza que la nueva religión oficial prometía.

Sin embargo, la figura que aquella mañana se acercaba solitaria, envuelta en una capa cuya capucha ocultaba su rostro, se encaminó hacia el pequeño templo dedicado a Mitra, situado en los aledaños de la calle principal, desde la cual apenas resultaba visible. La reducida estructura del edificio se escondía tras la más imponente obra en ruinas de la antigua casa que había albergado en su día los rezos e invocaciones de los sacerdotes que preservaban el culto a Cástor y Pólux. Formando un cubículo rectangular de pequeño tamaño, sus paredes mostraban un aspecto lamentable. Tres columnas de estilo dórico sustentaban con dificultad el reducido pronaos, al que se accedía ascendiendo por cuatro escalones desiguales cubiertos por la nieve. La puerta del templo cedió al primer empuje de unas manos descubiertas que mostraban, con su tanteo inseguro, el temblor de

quien vulnera por primera vez un misterio prohibido, acentuado por la baja temperatura de un alba clara y fría que pretendía anticipar la luz de la mañana. La oscuridad del interior obligó al visitante a esperar unos segundos antes de atreverse a franquear el umbral con paso inseguro, y sus pisadas hicieron crujir los restos que el transcurso del tiempo había desprendido de una techumbre que a duras penas contenía la furia del viento, la lluvia y la nieve. La puerta entreabierta permitió que una ligera claridad iluminara el interior del templo. Cuando aquella figura pudo acostumbrar sus pupilas a la luz interior, observó la estancia en la que, junto a dos pequeños camastros de piedra y un estrecho altar, aún permanecían los restos de una reciente ofrenda. Despojada ya de su capucha, Licia recogió la jarra y las fuentes de barro que permanecían sobre aquella mesa toscamente tallada con la imagen de un toro y procedió a rellenar el recipiente con vino. Después depositó en un plato un trozo de carne que sacó de una pequeña alforja escondida en los pliegues de su capa. Se arrodilló ante el altar.

—¡Oh, Mitra! Acepta mis ofrendas y escucha la plegaria que te dirijo con humildad. —La voz de Licia resonó con firmeza dentro del oscuro recinto—. Busco en ti la esperanza y a ti traslado mi ruego. Tú, que proteges a los soldados de Roma, haz que vuelva a mí con vida. Tú, que velas por quienes defienden con la espada la luz del Imperio, permite que regrese.

Licia cerró los ojos mientras pronunciaba su invocación y, aferrando la jarra, bebió de ella hasta casi apurar su contenido. Luego cortó un pequeño pedazo de carne que se llevó a la boca, al tiempo que una lágrima sorprendía el rezo surcando su mejilla.

Cuando salió del templo, la luz invernal aún no ahuyentaba del todo las sombras que se resistían a abandonar el tránsito de la noche a la mañana. Cerró con cuidado la puerta y, volviendo sobre sus pasos, embozada de nuevo en su capucha, Licia emprendió el camino de regreso a su casa sin apercibirse de que la observaban, escondidos, unos ojos curiosos en los que se reflejaba un brillo de triunfo y codicia.

La imponente mole de la antigua Aula Palatina recibía en su estructura el impacto de un luminoso día de invierno que ya acercaba sus horas al mediodía. Mientras Juvenus dirigía sus pasos hacia la entrada, se preguntaba por la razón de aquella convocatoria que un funcionario le había entregado en su propia *domus*. El *magister officiorum* requería su presencia en las dependencias de su residencia de manera urgente. Era probable que quisiera comentar con él los

detalles de la nueva situación a la que los abocaba la amenaza de aquellos bárbaros, o quizás necesitara comprobar las cuentas que aún no había conseguido ultimar, referentes a los suministros con los que se habían visto obligados a proveer al ejército durante su estancia en la ciudad. En cualquier caso, debía atender la orden del máximo responsable de la Administración imperial en la diócesis, y cuando cruzó la entrada, accediendo a través de un imponente atrio a la enorme sala de audiencias, se sintió abrumado por la magnificencia del conjunto. Al fondo de la nave, al pie de los escalones que permitían el acceso a un sitial de piedra, que, reservado a la dignidad imperial, ya nadie se atrevía a utilizar, se encontraba el principal representante de la autoridad civil del Imperio en la provincia. Él era el responsable de que la enorme y compleja estructura de la Administración funcionara de manera que pudiera mantenerse con relativa eficacia el flujo recaudatorio que servía, como sangre por las venas de un enorme y pesado cuerpo, para costear la vida que desde generaciones había constituido faro de todos los pueblos del mundo. De complexión fuerte pese a su edad, superada ya su sexagésima década, el *magister officiorum* esperaba a Juvenus en pie, sin levantar la vista de un legajo que aparentemente atrapaba por completo su atención. De repente, como si el sonido de las botas de su subordinado lo hubiera despertado de un profundo sueño, simuló sorprenderse con su presencia y levantó al fin la vista.

—Juvenus —esbozó una sonrisa que al interpelado se le antojó falsa y forzada—, me alegra que accedas a visitarme en estos días de tantas novedades. ¿Cómo se encuentra tu esposa? Confío en que goce de extraordinaria salud.

—Todos estamos bien, *magister*. Gracias —contestó Juvenus, manteniendo con el tratamiento las distancias formales que consideraba apropiadas.

—Te preguntarás por qué te he hecho llamar, imagino. —Miró al convocado, manteniendo en el rostro una apariencia relajada—. Son tiempos extraños e inseguros, y el frío no invita precisamente a pasear —sonrió—. Me han informado de que finalmente habéis decidido no abandonar la ciudad.

A Juvenus se le demudó el rostro por la sorpresa. No había hablado con nadie de la visita que aquel centurión les había hecho en su casa.

—Sí, es cierto. Mi esposa y yo consideramos que no debemos ceder ante rumores y habladurías sobre amenazas sin fundamento. Pronto las circunstancias cambiarán y la vida seguirá como siempre, y nadie debe intuir miedo o desconcierto en quienes los gobiernan.

El *magister* asintió con firmeza.

—Seguro, seguro. No dudo de que nuestros soldados sabrán, con la ayuda de Dios, vencer, como siempre, a un puñado de idólatras. —Se

dirigió hacia Juvenus con un ademán de su mano, invitándolo a pasear con él por la nave—. Tú sabes, mi buen amigo, cuánto esfuerzo requiere costear todo esto. —Hizo un gesto en el aire abarcando el conjunto de la estructura—. Y no me refiero solamente a este edificio, sino al conjunto de la diócesis. Los soldados harán, sin duda, su trabajo, pero el mío consiste en mantener a todos los ciudadanos contentos y convencidos de que alguien vela por su felicidad. Es la dura tarea que el emperador nos ha encomendado, ¿verdad? Difícil, pero también, en ocasiones, gratificante. —Sonrió mirando a su interlocutor, observando su reacción ante esta última apreciación.

—Sin duda, *magister,* nuestra labor precisa de toda la atención, y es justo que nuestro esfuerzo se vea recompensado —contestó con prudencia Juvenus.

—Ciertamente, querido amigo. En ocasiones me pregunto si en Rávena son conscientes del sacrificio que conlleva nuestro cargo. La dedicación total al Imperio supone el abandono de los placeres de los que otros disfrutan, ajenos a cualquier responsabilidad de gobierno. ¡Dichosos aquellos que viven en la ignorancia de las dificultades que entraña el poder!

Los pasos de ambos hombres resonaron en la sala acompañando el silencio que siguió a estas palabras, expectante en Juvenus, reflexivo en el alto funcionario.

—Me han informado de que tus negocios con los estibadores del puerto atraviesan un buen momento —cambió el *magister* súbitamente el rumbo de conversación mientras detenía su andadura.

Juvenus dudó antes de responder.

—No puedo quejarme, *magister.* Los suministros para el ejército han llegado por el río de continuo, y apenas hemos tenido espacio de atraque en el muelle.

—Lo cual habrá sido, imagino, una fuente de preocupación para ti, sobre todo conociendo que recaudas una decimoquinta parte del valor de la mercancía desestibada en cada embarcación.

Lo miró directamente a los ojos. Juvenus no dejó traslucir la sorpresa que le causaba aquella afirmación y mantuvo imperturbable su rostro. Decidió no fingir y acometió su respuesta con cruda sinceridad.

—Realmente la décima parte.

—Sea. La décima parte. Muchos *solidi* al año, en cualquier caso. ¡Ah! Ojalá yo pudiera complementar mi escasa remuneración con un negocio tan lucrativo.

Juvenus sabía que el viejo funcionario participaba activamente en las ganancias del gremio de herreros y que era pieza indispensable como intermediario en la floreciente industria del paño que se asentaba en toda la diócesis. No podía calcular las ganancias que el

cobro de comisiones por permitir determinadas evasiones fiscales le reportaba, pero —imaginaba— él tardaría lustros en acercarse a su nivel de beneficios. Ignoró el comentario y esperó a que se aclarara el sentido de aquellas palabras.

—Es verdad —continuó el *magister*— que yo, modestamente, ayudo a que algunos ciudadanos prosperen en sus actividades, y, aunque no lo demande, recibo humildemente el agradecimiento de quienes aprecian en mí las facilidades que les presto para que sus negocios beneficien el florecimiento de nuestra comunidad. Nada importante, en cualquier caso.

El cinismo del alto funcionario ni siquiera sorprendió a Juvenus. En cierta manera, ambos participaban en una rueda cuyos engranajes encajaban gracias a sus gestiones, y era justo que aquellos esfuerzos proporcionaran ciertas recompensas. El viejo *magister officiorum* prosiguió su conversación mirando a un punto indeterminado de la nave.

—Es verdad también que en algunas ocasiones es complicado contentar a todos. Las leyes actuales son complejas, y hay ciudadanos que añoran algunos aspectos del antiguo orden —continuó enigmático —. Dios nuestro señor nos protege, pero en ocasiones quizás no alcance su protección a todos los pequeños rincones de la actividad humana. Desde luego, hay gente que aún cree que sería egoísta pensar que la sabiduría divina puede malgastarse en amparar según cuáles cometidos.

»Buenos cristianos, desde luego, preocupados por no distraer la atención del Creador hacia cuestiones menos importantes que las que realmente demandan toda su atención. —El viejo suspiró y prosiguió su monólogo como si Juvenus no estuviera presente—. Son gentes apegadas a viejas costumbres, antiguos ritos que hoy sabemos, gracias a la divina intercesión y al celo de nuestros obispos, que son peligrosas desviaciones de la verdad. —Hizo una pausa—. ¿Conoces el culto a Mitra?

La pregunta, lanzada de forma abrupta, sorprendió a Juvenus, que no acertaba a comprender adónde quería llegar su interlocutor.

—Sí, vagamente —respondió con prudencia—. Sé que fue una divinidad que gozaba de cierta popularidad en algunas partes del Imperio, sobre todo en las fronteras, con especial predicamento entre los soldados. No conozco mucho más. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada en especial. Como bien recordarás, desde el edicto imperial del año trescientos noventa y uno, todas esas falsas religiones fueron proscritas. Ya sabes que nuestro obispo pone mucho celo en evitar que florezcan de nuevo antiguas idolatrías. Y, por supuesto, yo colaboro con él en que las normas se cumplan. No me gusta reconocerlo, no obstante, pero el caso es que aún perviven con cierta

persistencia algunas de las viejas costumbres. Ya sabes, Juvenus, que la verdad se abre paso con dificultad. —El funcionario permaneció expectante ante aquel parlamento del *magister* y guardó silencio—. El caso es que entre los ciudadanos que me muestran agradecimiento —continuó el *magister*— se encuentran algunos de los seguidores de ese extraño dios oriental.

»Son muy celosos de su intimidad, y yo soy consciente de que nuestro obispo no resultaría comprensivo si averigua que en Augusta Treverorum aún se practican antiguos ritos. De alguna manera —sonrió—, alguien tiene que ayudar a nuestro representante de Dios en la tierra a aprender a ser tolerante con las flaquezas humanas. —Juvenus prestó toda su atención al giro que la conversación estaba adoptando y siguió escuchando sin decir palabra—. Es un rito extraño este de Mitra. Parece ser que precisa de una iniciación y que no cualquiera puede dirigir sus sacrificios al dios; se requiere preparación y el consentimiento de la comunidad tras un período de adaptación, se sacrifica un animal, antiguamente un toro, y se ofrece, a cambio de esperanza, su carne para compartir entre todos el alimento.

»Un poco exagerado, ¿no crees? También sé que a los iniciados se les graba en la piel una marca, y, sobre todo y ante todo —cortó por unos instantes su monólogo—, es un culto estrictamente prohibido a las mujeres.

El viejo funcionario dejó que estas últimas palabras quedaran flotando en el aire, a la espera de una posible reacción de su interlocutor. Juvenus, sin demostrar sorpresa, pero con una cierta intranquilidad creciente, desvelada por el tono dubitativo de su voz, intervino al fin.

—¿Por qué me cuentas esto, *magister*? ¿Qué tengo yo que ver en toda esta historia? Y, sobre todo, ¿por qué me has llamado?

—Mi joven amigo, no seas impaciente. —Le pasó un brazo por el hombro con aparente afecto—. Solo pretendo que me ayudes al tiempo que yo te ayudo a ti.

Esas palabras consiguieron inquietar a Juvenus.

—¿Necesito ayuda? —preguntó con la preocupación ya instalada en su rostro.

—Puede ser. La verdad es que ese culto a Mitra del que te hablo —continuaron el paseo, cercanos ya al final de la nave— tiene bastante predicamento no solo entre los soldados, sino también entre los herreros, entre otros gremios. De hecho, me atrevería a afirmar que no hay un solo miembro de su logia que no adore en secreto a ese dios. Como comprenderás, yo me tomo muy en serio el bienestar de los habitantes y, especialmente, de quienes con gran intensidad me hacen acreedor de sus afectos.

»De alguna forma, yo me encargo de evitar habladurías ante el

obispo y ellos me lo agradecen de manera muy generosa. Por supuesto, me resulta del mayor interés que esa generosidad se mantenga, al igual que para ellos resulta primordial celebrar sus pequeños ritos sin ser molestados. Como ves, todos salimos ganando; hay paz en el territorio y yo me encargo de que todo fluya en la misma dirección, sin interferencias.

—¿Y qué tengo que ver yo en todo esto, *magister*? —preguntó un Juvenus cada vez más inquieto.

—La han visto. —El viejo se detuvo y miró fijamente a su interlocutor.

—¿A quién?

—A tu esposa, Juvenus. A tu hermosa mujer.

El viejo magistrado dejó pasar unos segundos buscando en el rostro de su subordinado el reflejo del impacto de sus palabras.

—¿Mi mujer? ¿Licia?

—A no ser que estés pensando en alguna de las que habitualmente sueles frecuentar fuera de tu ámbito familiar, es evidente que me refiero a ella, claramente. —El viejo endureció su tono, hasta entonces afable—. Casualmente, uno de mis ayudantes que comprobaban cerca de la puerta sur el cumplimiento estricto de las medidas de seguridad que esta época nos ha obligado a adoptar la ha visto esta mañana entrar en el antiguo templo del dios. No pudo evitar que la curiosidad y el celo que, sin duda, caracteriza a todos mis funcionarios lo impulsaran a entrar en el recinto tras la marcha de tu esposa. Lo que vio allí confirmó sus temores. Al parecer, los restos de su ofrenda aún permanecían ante el altar idólatra. —El viejo estaba disfrutando al comprobar el nerviosismo y la indignación que, a la par, conquistaban el ánimo de Juvenus ante aquellas revelaciones—. Lo malo es que este hombre no pudo contener su lengua, y, cuando después de aquel inquietante descubrimiento se acercó al foro, no resistió la tentación de trasladar esta información en la sede del gremio de herreros.

»Ya ha sido castigado por su indiscreción, que no he podido evitar, pero el mal ya está hecho. Esta mañana, antes de recibirte a ti, me he visto forzado a calmar los ánimos de mis… colaboradores, cuando han acudido a mí, exigiendo que reparara el daño. Me han recordado —aquí el *magister* mostró un gesto compungido— que nuestro acuerdo exige permitir que su culto se practique sin interferencias ni herejías. No me digas por qué razón, pero lo cierto es que se encontraban muy ofendidos y pretendían limpiar la afrenta a su dios con sangre. Obviamente, lo he impedido, por supuesto.

—Por supuesto. —Juvenus se iba haciendo cargo de la situación.

—Ha sido difícil, mi buen amigo. Como comprenderás, de inmediato me he preocupado por la seguridad de tu esposa, pero también por tu estabilidad económica. —Juvenus miró al *magister* con

verdadera preocupación—. Ya conoces el castigo por la vulneración de la ley en este sentido. El obispo no dudaría, si este hecho llegara a sus oídos, en ordenar la confiscación de todos tus bienes. Sabes bien que la prohibición de idolatría está siendo rigurosamente aplicada. Son tiempos difíciles; pero no te preocupes, todo ha quedado solucionado.

—¿Puedo preguntar cómo? —inquirió Juvenus.

—Claro que sí. Lo cierto es que se mostraron muy agresivos. Increíblemente, están convencidos de que la intervención de una mujer en los ritos de Mitra atraerá el enfado de la divinidad. Exigían su muerte. —Juvenus contuvo el aliento—. Pero, mi viejo amigo, he conseguido persuadirlos de lo exagerado de sus pretensiones. Ellos tampoco quieren romper nuestro lucrativo acuerdo, y finalmente se conformaron con mi promesa de que tu mujer abandonaría la ciudad… y la diócesis.

El *magister officiorum* miró a su interlocutor. Ya habían completado una vuelta entera a la enorme nave y volvían a estar junto a la escalinata del trono.

—Por supuesto, he tenido que hacer un gran esfuerzo para convencerlos de que de esa manera su dios volvería a escucharlos, y necesito que el arreglo se cumpla. Para ello preciso de tu colaboración. Imagino que eres conocedor del enorme valor que para todos tiene la vida de tu mujer.

—¿Cuánto? —preguntó Juvenus, ahora ya plenamente consciente de la situación en la que se encontraba.

—Digamos que la mitad de tus comisiones en el puerto. Me parece un precio justo por mantener a salvo a tu querida esposa y no permitir que una denuncia anónima acabe con tu prometedor *cursus honorum.*

—Lo considero un precio justo —acertó a contestar Juvenus, intentando contener su ira.

—Estamos de acuerdo, entonces.

El viejo extendió su mano para ser estrechada por su subordinado. Se miraron a los ojos sin decir palabra y, una vez cerrado el trato, Juvenus se dirigió con gesto hosco a la salida del edificio.

—Juvenus —la voz del viejo resonó fuerte por primera vez en el silencio de la nave, mientras su interlocutor se alejaba—, ¿te has preguntado por qué razón tu esposa se ha arriesgado a presentar esas ofrendas a un dios de soldados? —Juvenus interrumpió sus pasos sin volverse—. ¿Te has preguntado por qué habéis sido la única familia a la que nuestro querido general se ha dignado a avisar a través de su hombre de confianza de los peligros que pueden acechar a nuestra ciudad?

»¿No tienes curiosidad por averiguar cuál es la razón por la que tu mujer ha sido distinguida con tal honor? —El *magister officiorum* completó aquellas preguntas mientras observaba con evidente

satisfacción la espalda de su subordinado, paralizado por sus palabras —. Quizás tengas que hallar las respuestas en tu propia *domus*.

Licia se despojó de su capa invernal cuando entró en la vivienda. La visita al foro no le había aportado la tranquilidad que buscaba. Había pasado toda la mañana deambulando entre los diferentes grupos de ciudadanos que comentaban entre ellos los más disparatados rumores sobre la suerte del ejército que había partido hacía dos días de la ciudad, y ninguna de las conversaciones que había acertado a escuchar le había proporcionado consuelo. Casi todos los ciudadanos estaban convencidos que las legiones habrían entrado en batalla, pero muy pocos se atrevían a pronosticar un resultado definitivo del encuentro. Estaban los que afirmaban muy categóricos que los soldados habrían obtenido una gran victoria y que las tropas marchaban a Mogontiacum, y que esta era la razón por la que nadie había regresado aún del campo de batalla con noticias. Otros callaban y asentían, guardando para su interior negras sospechas sobre la inexistencia de novedades traídas a la ciudad por algún mensajero que aportara esperanza a sus habitantes. Los más, simplemente, ni siquiera ponían en duda que a cada amanecer seguiría el siguiente, ajenos a un posible cambio en la rutina de sus días, rechazando cualquier circunstancia anómala que pudiera alterar su actividad. La vida seguía más o menos igual en aquel espacio público, y, huérfana de novedades, Licia había preferido pasear entre las calles, alejándose del eco embarullado de aquellas voces desinformadas. En el fondo de su alma ni siquiera estaba segura de que las rituales ofrendas a aquel dios antiguo sirvieran para algo, pero era tal su inquietud que había preferido buscar consuelo y esperanza en ritos de los que había oído hablar desde niña y sobre los que había leído tanto. Sentía en su interior una impotencia creciente que le impedía permanecer en su casa, a la que había regresado directamente a primera hora de la mañana tras su visita a aquel pequeño templo, antes de que su marido, al levantarse y empezar sus quehaceres cotidianos, preguntara por ella. Lo había saludado, solícita y formal, como cada día y, cuando él abandonó la *domus,* Licia decidió que no podía permanecer encerrada ni una sola hora más a solas con su angustia. Regresaba ahora, entrada ya la tarde, sin haber hallado ese consuelo, y quizás por ello no se dio cuenta hasta traspasar el atrio de la casa de la actividad inusual que se desarrollaba en su interior. Varios sirvientes se ocupaban de acarrear pequeños baúles, mientras varias voces de preparativos apresurados le llegaban desde las cocinas. No vio a Rudia entre aquel trajín, y le sorprendió no encontrarla, como siempre, pendiente de la llegada de su ama, presta a recoger su capa o a reñirla afectuosamente por haber salido sin compañía o poco abrigada. A quien sí vio fue a Lucanus, el esclavo asistente y de confianza de su marido, que la esperaba frente a

la entrada de sus habitaciones. Nunca le había gustado Lucanus. Le parecía excesivamente silencioso y taciturno, y su lealtad a Juvenus tenía algo de perruna. Se dirigió a ella con respeto, pero con firmeza.

—El amo te aguarda, joven señora. En el *oecus*.

Y sin decir ni una palabra más, se giró y se encaminó hacia la estancia que servía de lugar de trabajo y recepción a Juvenus. Licia lo siguió, intrigada y de alguna manera preocupada por el tono en la voz de Lucanus, aún más serio y cortante de lo habitual. Se obligó a recordar que en un futuro tendría que hablar con su marido de aquello. Le desagradaba profundamente la insolencia.

Juvenus la recibió sentado en la cabecera de la estancia, adoptando el aire de solemne seriedad que utilizaba para atender a su clientela. Licia se sorprendió de aquella formalidad, pero no dijo nada. Se esperaba de una buena esposa romana que no cuestionara las decisiones de su marido, y, en este sentido, hacía tiempo que Licia había decidido ser práctica. Sentía cariño hacia su esposo, y normalmente ninguna de sus decisiones limitaba demasiado sus movimientos, consciente Juvenus de que habría sido inútil prohibir las para él extravagantes costumbres de su mujer. Por eso a Licia le sorprendió tanto el tono seco y cortante con el que la recibió.

—Buenos días, querida —saludó—. Te vas de la ciudad. Y te vas ahora.

Imprimió a su voz el acento autoritario de una orden incontestable, lanzada sin preámbulo y de modo tajante. Licia abrió los ojos mostrando su asombro ante una situación inesperada. Algo había cambiado en poco tiempo, y, cuando intentó contestar, Juvenus levantó la mano en señal de silencio y continuó hablando.

—Sé que habíamos decidido que nos quedaríamos. Me conmovió tu insistencia, tras la visita de aquel centurión, en no abandonarme bajo ningún concepto —Licia percibió un brillo extraño en la mirada de su esposo—, pero lo cierto es que he reconsiderado la situación y he decidido que esta ciudad ya no es un lugar conveniente para ti. Ante todo, debo preocuparme por tu seguridad, y la realidad es que, aunque confío plenamente en la victoria de las legiones, por la que todos rezamos —recalcó la frase—, cabe la posibilidad de que nuestras súplicas no sean escuchadas. Y no puedo permitir dejar expuesta a mi mujer a los peligros de una frontera abierta. Partirás hoy mismo, sin demora. A Rávena.

—¿A Rávena? —La angustia comenzó a invadir el ánimo de Licia—. Habíamos acordado que permanecería en la ciudad, junto a ti. ¿Por qué este cambio? ¿Y por qué ahora y a Rávena?

—Demasiadas preguntas, querida esposa —interrumpió Juvenus—. Es cierto que yo había aceptado que permanecieras a mi lado, pero las circunstancias han cambiado, y he alterado mi decisión. Esto debería

bastarte, y, aunque creo que a lo largo de nuestro matrimonio he dado sobradas muestras de tolerancia hacia tu rebeldía, no estoy dispuesto a que cuestiones mi decisión en este asunto —zanjó de manera brusca —. En lo que se refiere a la urgencia de tu partida, creo que no debemos esperar a que los acontecimientos nos desborden. Los caminos son seguros aún, y te acompañará Lucanus. Estarás en buenas manos.

Licia miró inquieta al esclavo, que permanecía impasible, asistiendo a la escena desde el quicio de la puerta, en una invasión de la privacidad entre los esposos que, sin duda, había sido ordenada por Juvenus. Licia trató de resistirse.

—En breve caerá la noche… ¿y pretendes que tu esposa se enfrente a los lobos y el frío, sin aguardar siquiera a que amanezca? ¿Por qué haces esto, Juvenus?

—No hay más razón, querida mía, que la que ya te he dado. Mañana podría ser demasiado tarde, y no quiero que mi mujer sea vista por los ciudadanos abandonando la ciudad a plena luz del día, cargada con sus pertenencias, y que esta marcha sea interpretada como una huida.

—Más que una huida parece una expulsión, Juvenus —objetó Licia.

—Te equivocas, querida esposa. Es prudencia.

Se quedó observándola. La echaría de menos, sin duda. Al menos con el paso de un cierto tiempo. No se relacionaban demasiado y no existía pasión en su contacto, pero la estilizada figura de su mujer le seguía atrayendo.

—Sea. No estoy de acuerdo, pero acataré tu decisión.

Licia intentaba pensar con rapidez. Necesitaba encontrar una oportunidad en aquella marcha; una forma de liberación que se le antojaba difícil por la presencia vigilante de Lucanus. Una ocasión para escapar a una nueva vida, cuya cercanía había sentido de forma tan acusada en aquellos últimos días. El recuerdo momentáneo de Quinto no consiguió nublar del todo su consciencia sobre la trascendencia que en ella tendría la decisión que acababa de tomar su esposo. Estaba decidida, no obstante, a sacar algún partido de aquello.

—Pero no entiendo por qué Rávena. En Roma podría regresar a casa de mi padre —objetó.

—Lo sé, Licia. —Juvenus la llamó por su nombre por primera vez, dulcificando un tanto su voz—. Sé que lo echas de menos y también sé que al viejo senador le gustaría recuperar a su hija. Pero tu sitio está en Rávena. Roma ya no significa nada más que el refugio lejano de un Senado que apenas influye en las decisiones imperiales. El poder y el futuro están en Rávena, cerca de Honorio, y allí te dirigirás, a nuestra casa en la ciudad. Yo acudiré en cuanto toda esta agitación haya cesado.

Licia no pudo reprimir una mueca de disgusto. Recordaba aquella vivienda vieja e insalubre, atestada de mosquitos, encajada en el damero de una urbe mal diseñada y escasamente atractiva, pero decidió no oponerse.

—Sea. No comparto tu decisión, esposo, pero la acataré —repitió, adoptando en su tono el aire de una devota esposa romana—. Buscaré a Rudia para que me ayude a preparar el viaje y partiremos como ordenas.

—¿Rudia? No la busques. Esta mañana me avisaron de que estaba indispuesta, e hice que la acompañaran a visitar a ese viejo médico griego que tanta confianza parece despertar en los habitantes de esta ciudad.

Licia se alarmó. Su esposo jamás se había preocupado lo más mínimo por la salud de sus sirvientes, ni mucho menos por la de su fiel esclava. Algo estaba ocurriendo, y comenzó a presentir que se estaba viendo envuelta en una tupida red de la que le iba a ser difícil escapar. No obstante, nada dijo. Intentó no demostrar inquietud ni alarma en su rostro. Miró con tristeza a su esposo, sintiendo que algo se había desmoronado para siempre. Juvenus no le devolvió la mirada.

—Estoy dispuesta entonces.

La entrevista entre marido y mujer había terminado.

Las últimas luces del día coincidieron con el regreso de unas nieves que habían dado un pequeño paréntesis de calma en aquel frío invierno. Los copos caían con fuerza cuando el pesado carromato en el que Licia empezaba su viaje traspasaba la puerta del sur, en dirección hacia la península itálica. En su interior, abrigada por pieles que la cubrían por entero, la joven esposa trataba de recordar el rostro de Quinto, en un esfuerzo por dominar su angustia. No pudo ver, por tanto, a una milla de la ciudad, el cuerpo que permanecía tendido a poca distancia de la calzada. Solamente Lucanus, sentado en el exterior, en el pescante, dirigió una furtiva mirada hacia el blanco manto que comenzaba a cubrir, como una mortaja, el cadáver de Rudia, abandonado al hambre de las alimañas.

VIII

Soldados de Roma

Habían llegado primero. Y habían elegido. Ocupando el valle en su parte más estrecha, miles de alanos, vándalos y suevos esperaban en formación compacta ante la mirada de los soldados de las legiones, quienes, apremiados por sus oficiales y exhaustos tras una agotadora marcha, pugnaban por alcanzar los puntos en los que se había previsto el despliegue.

Quinto, escoltado por su guardia personal, cabalgaba a lo largo de la retaguardia de la línea que ya culminaba su emplazamiento en las posiciones asignadas, ordenando cambios y exhortando a sus tribunos, consciente del esfuerzo suplementario que supondría para sus hombres el combate en aquellas condiciones adversas, sobre un terreno impracticable y faltos de descanso, tras una dura jornada que terminaba de forma abrupta y prematura con aquel encuentro. Junto a él, Lucio permanecía atento al mando de su amigo mientras sus caballos intentaban acomodar el trote al blando manto de nieve, dejando tras ellos el rastro de profundas huellas que servían para el resto de la escolta como guía y precario camino sobre el que seguir la apresurada marcha del general. El *vexillum* portado por uno de los jinetes mostraba, en su orgulloso flamear, el rojo distintivo que señalaba la posición del *magister militum,* reflejando en letras doradas el nombre del emperador por el que aquellos hombres iban a batirse. Junto a él, el *aquilifer* cabalgaba portando el águila, estandarte y símbolo máximo del poder de Roma y de sus legiones. La visión de ambas enseñas acompañando al general en su frenética cabalgada recordaba a los soldados el orgullo de pertenecer a una estirpe de combatientes que había dominado el mundo conocido. Quinto lo sabía, y por ello pretendía que su presencia quedara grabada en la retina de sus hombres como garantía de mando y seguridad en un jefe que, pasara lo que pasara, no los abandonaría.

Lentamente, la ubicación de las legiones en el campo de batalla se fue fijando con claridad. Formando una línea que se extendía hasta casi abarcar el ancho del valle sin completarlo, confrontada con la del enemigo, el espectáculo resultaba imponente. En el ala izquierda se encontraba, ya asentada en sus posiciones y con amplio espacio de

maniobra hasta las estribaciones de las colinas situadas al noroeste, la caballería auxiliar, comandada por Aulio, con la misión de evitar a toda costa cualquier envolvimiento de ese flanco por parte de los jinetes vándalos, que, situados en el ala derecha del frente germánico, se vislumbraban a lo lejos como una aparición fantasmal. En la tercera línea de aquella formación, Cayo Verón, erguido sobre su montura, escuchaba sobrecogido el ulular del viento a través del *draco* que servía como estandarte de aquella *vexillatio,* produciendo un sonido penetrante que rasgaba el aire como premonición de los lamentos y gemidos que pronto envolverían aquel valle. El *signifer* mantenía la enseña en el centro del destacamento, mostrando orgulloso la posición que ante todos sus compañeros lo encumbraba como acreedor de un gran honor, y mientras la cola del *draco* tremolaba con el viento, erguida en su mástil, Cayo recordó nuevamente a su familia manteniendo la esperanza, sustentada en el poderío que transmitía aquella insignia, de que la imponente fuerza militar de la que era partícipe pudiera ayudar a recuperar la felicidad que aquel invierno le había arrebatado. Girando levemente la cabeza, comprobó de reojo con una mirada discreta cómo, tras él, piafaba el caballo montado por el joven Marcus. El explorador mantenía la vista fija en un punto lejano del horizonte, y el hieratismo de su rostro apenas dejaba traslucir el nerviosismo que solamente la reconfortante presencia de su veterano protector lo ayudaba a calmar. Casi no pudo escuchar algunas de las palabras que, en apresurado e inflamado discurso, les dirigía Aulio, azuzando a su montura en penosa cabalgada a lo largo del frente de aquel sector. El tribuno recordaba a grandes voces la herencia de un pasado glorioso que debían mantener, aun a costa de su propia sangre. El honor sería así la antesala de la gloria, en la tierra, en el Hades o en el cielo. Lucharían bien, por Roma o por cada uno de ellos al fin. La fortaleza de ánimo de aquel experimentado comandante conseguía transmitir —así lo pensó Cayo— un motivo por el que batirse, y sus palabras penetraron el alma de aquellos jinetes, que, armados de forma ligera, sin coraza ni escudo, con larga lanza y espada, constituían la fuerza más ágil y veloz de las legiones que terminaban de formar en aquel valle ubicado en los confines del Imperio. Tras ellos, en su retaguardia y como premonición de que aquel encuentro no permitiría retirada ni huida, algunos soldados clavaban estacas que habían transportado sobre sus hombros, afiladas apresuradamente, formando un sólido entramado, amparada en el cual se situó la escasa fuerza de arqueros con la que contaban las legiones en aquella jornada.

En el centro, un abigarrado conjunto de soldados apretaba sus cuerpos formando una muralla humana aparentemente infranqueable. Las diferentes cohortes de ambas legiones se habían mezclado en dos

únicas y compactas agrupaciones de infantes que mantenían firmes las largas lanzas cuyas puntas, ahora alzadas, ofrecían un sobrecogedor espectáculo de defensas afiladas sobre las que el sol de aquel atardecer reflejaba su pálida luz rojiza. Los escudos ovalados de los legionarios mostraban los diferentes símbolos de cada unidad pintados de vivos colores, bien fuera el crismón impuesto por Constantino, bien las figuras de animales o trazos de significado enigmático que caracterizaban ahora a cada diferente *vexillatio* de combate. Una apretada línea de soldados que abarcaba prácticamente una milla de aquel frente de batalla mostraba en toda su longitud la fachada de la agrupación de vanguardia, conformada por veinte legionarios en fondo, respaldados en su retaguardia por una segunda agrupación de igual profundidad, dispuestos a relevar a sus compañeros en el momento en que los centuriones ordenaran la sustitución de las primeras tropas de choque, en una maniobra mil veces ensayada. La infantería permanecía ya en sus posiciones, abrigada contra el frío con túnica, cota de malla y pantalones, sus botas de cuero asentadas en un terreno reblandecido por las pisadas de aquellos primeros movimientos, a la espera de las palabras que el *magister militum* les dirigiría como preámbulo del espectáculo de sangre y muerte que se encontraban a punto de ofrendar a todos los dioses y a los hombres.

En el ala derecha de la extensa formación la caballería pesada de catafractos sármatas, comandada por Genselio, desplegaba su poderío refrenando las monturas, que pugnaban por liberar su ansia cabeceando con fuerza y golpeando con sus pezuñas la nieve, cerrando la línea a su derecha contra las escarpaduras que delimitaban aquel tramo de la planicie. El tribuno, situado frente a sus jinetes, observaba con preocupación el escaso margen de maniobra que les proporcionaba aquella limitación física. A lo lejos, tras la masa compacta de hombres y bestias a las que en breve se enfrentarían, el valle se abría en un profundo ensanchamiento en dirección a Bingium y Mogontiacum, mostrando la bifurcación que habían pretendido alcanzar tras su penosa marcha, ganada, sin embargo, la posición por el enemigo, que los esperaba impidiendo la maniobra. Ahora combatirían cansados y sin poder aprovechar aquella planicie, que hubiera servido para que sus jinetes dispusieran de un mayor espacio para efectuar, en su momento, el envolvimiento del enemigo al que estaban acostumbrados. Contempló a sus soldados y suspiró. Habían desprovisto a los caballos de sus pesadas protecciones, y, aun así, los animales mostraban sus lomos ya sudorosos, elevando al cielo una espesa nube de vapor, fruto del esfuerzo exigido para alcanzar su puesto en la línea. Los catafractos, armados con sus potentes lanzas y protegidos por su cota de malla y escudo, bajo los cascos que, dotados de un poderoso frontal protector prácticamente impedían ver su

rostro, mantenían aún y pese a todo el aspecto de fieros guerreros que les había proporcionado renombre y el derecho a conservar la posición de mayor honor en aquel ejército. Genselio sabía que aquellos hombres no fallarían pese al cansancio y la nieve. Eran, sin duda, la fuerza de choque, la esperanza en la que la suerte de las legiones confiaba. Así había venido siendo en los últimos tiempos, y conocía perfectamente el hecho demostrado de que cada infante luchaba con mayor fiereza al amparo de aquella seguridad que proporcionaban los sármatas. El tribuno escuchó cómo el potente sonido de los *bucinatores* se apoderaba del denso murmullo de voces inconexas que presidía el ambiente y cómo, dominándolo, conseguía imponer un silencio expectante. Las voces cesaron por completo mientras Quinto Flavio cabalgaba al trote a través de la superficie nevada hacia el centro de la formación, manteniendo junto a él el águila y el *vexillum* y acompañado por su guardia, que lo seguía a escasa distancia permitiendo que las miradas de todos aquellos soldados se fijaran únicamente en su comandante y en las enseñas que defenderían.

El *magister militum* observó desde su montura la imponente escena. Miles de hombres se mantenían alerta a la espera de sus palabras, firmes en sus posiciones, mientras el viento del norte hacía tremolar con violencia los estandartes que identificaban cada centuria, rompiendo el silencio con el sonido seco y fuerte del gualdrapeo de las telas. Quinto comprobó cómo el frío aire que azotaba aquellas tierras agitaba con fuerza el *vexillum,* imponiéndose en la escena la potente imagen del rojo de su insignia sobre el fondo de palidez blanca y gris de aquel paisaje invernal. El *aquilifer,* a su derecha, situado en su montura algo retrasado sobre la posición del general, mantenía firmemente asido, erguido en su mástil, el símbolo de aquel imperio que en esa tarde afrontaba su hora dramática. Era el momento. Quinto se adelantó unos pasos en su caballo y comenzó a hablar con voz potente.

—¡Soldados de Roma! —El viento arreció y aquella evocación alcanzó, gracias a su impulso, a todos los hombres del ejército—. ¡Soldados de Roma! —repitió—, ¡ha llegado la hora! ¡Ha llegado el momento de demostrar vuestra condición, aquella para la que habéis nacido, aquella para la que vuestras madres os entregaron a la vida! ¡Vuestras acciones pasadas, vuestra felicidad o vuestro sufrimiento no valdrán nada ahora si no os mostráis dignos en el combate! —Quinto contempló el rostro de aquellos soldados a los que hablaba. Sintió cómo crecía su atención y elevó el tono—. ¡¡Sois en este mismo momento la mano de Dios, el rayo de Júpiter!! ¡¡Sois, legionarios, la fuerza de cientos de años de gloria! ¡Sois la ira y la venganza de nuestros hermanos caídos!! ¡Sois, todos —miró hacia Genselio y sus hombres—, Roma misma, y Roma espera que sus hijos defiendan su

legado!

Quinto giró su cabalgadura y desenvainó su espada, apuntando con ella contra la masa de combatientes que, frente a ellos, permanecía inmóvil, y continuó:

—¡Miradlos!, ¡miradlos bien! ¡Vienen a acabar con todo lo que habéis conocido! ¡Acuden a nuestra casa sin haber sido invitados, y yo os aseguro que hoy no dormirán en ella! Soldados de Roma, ¡haced honor a vuestro nombre! ¡Haced honor a vuestra condición! ¡Sed orgullosos y crueles, disciplinados e implacables, y alcanzaréis la gloria! Soldados de Roma, ¡venced o morid, y vuestro general vencerá o morirá con vosotros! ¡No hay gloria sin victoria, soldados de Roma!

Quinto comenzó a cabalgar a lo largo de la línea con su espada en alto, seguido únicamente por el águila y el *vexillum,* lo que provocó el entusiasmo de sus hombres, que, primero de forma desordenada, pero pronto al unísono, empezaron a chocar sus armas contra sus escudos mientras un grito se extendía por todo el ejército al paso de su general, quien ahora ya en frenético galopar no cesaba de proferir aquella invocación que resonaba con fuerza en el gélido aire del atardecer.

—¡¡Soldados de Roma!!, ¡¡soldados de Roma!!

Un grito prolongado y profundo que el viento convirtió en aullido marcó el comienzo de los movimientos de la formación enemiga, que inició un lento avance en dirección hacia las legiones. El ejército romano permaneció firme en sus posiciones, a la espera de las órdenes que llegarían a cada agrupación a través de los correspondientes *bucinatores* ubicados cerca de los centuriones, quienes, recibiendo las indicaciones desde la posición del general, se encargarían de transmitirlas igualmente mediante las señales que cada *signifer* practicaría con su estandarte, visibles de un extremo a otro.

Quinto, acompañado por su guardia de jinetes especialmente seleccionados, observaba aquellos primeros movimientos desde un pequeño promontorio situado a retaguardia de una formación que aguardaba las órdenes que pondrían en marcha la formidable maquinaria de combate de las legiones. Durante unos segundos, el *magister militum* repasó sus planes de batalla. Si el enemigo actuaba como él había previsto, el choque de la infantería germánica, probablemente brutal, quedaría amortiguado por la muralla de escudos y lanzas que tenía la misión de desbaratar, sin romper su propia formación, las embestidas que preveía desordenadas y furiosas. La caballería auxiliar, en el ala izquierda, debía utilizar su mayor movilidad y espacio de maniobra para impedir cualquier

envolvimiento propiciado por los jinetes vándalos, que, sin duda, intentarían aprovechar el amplio espacio de terreno existente entre el extremo de la formación imperial y las estribaciones de las colinas en aquel sector. La consigna era la de aguantar la carga enemiga evitando el choque frontal, contraatacar brevemente y, tras infligir todo el daño posible, aprovechando la mayor movilidad de sus jinetes en aquel terreno, regresar a las posiciones de partida en paralelo con la infantería y cubriendo su flanco mientras esta avanzaba lentamente, empujando a lo largo de toda la formación a la masa de unos guerreros que ya acortaban en aquellos momentos la distancia entre ambas formaciones. El empuje continuo y ordenado de las legiones debería hacer retroceder a vándalos, alanos y suevos poco a poco, hasta alcanzar el ensanchamiento del valle en la bifurcación situada a sus espaldas, posibilitando entonces que la caballería sármata, contenidas sus cargas hasta ese momento en avances y retrocesos controlados, flanqueara al enemigo y lo aplastara. Ese era el plan. Pero Quinto sabía que los mejores planes de batalla estaban sujetos a imponderables cuyo designio no podía controlarse. Contempló la línea de batalla enemiga, que, compacta y en aparente desorden, seguía avanzando sobre la nieve, levantando a su paso un polvo blanco que cubría aquella masa, transformando a aquel conjunto de hombres en una sombra informe que, amenazadora, parecía surgir de entre la niebla con la fiereza de un animal salvaje atacando a su presa.

Un potente alarido acompañó a la carga que en ese instante inició la caballería vándala situada ante el flanco izquierdo de las legiones. Abriéndose paso entre la nieve en pesado galope, acortaron rápidamente la distancia entre ambas formaciones con el claro propósito de desbandar de un solo golpe a los jinetes comandados por Aulio, quien permanecía al frente de la formación, imperturbable, a la espera de las señales convenidas.

Frente al ala derecha de la línea imperial, un ingente grupo de alanos, con su jefe a la cabeza, comenzó a su vez un galope frenético, dispuestos a arrollar a aquella famosa caballería sármata que permanecía estática en su puesto, aparentemente indiferente ante los aullidos y gritos de guerra que en aquellos momentos dominaban el valle por entero. Cuando la distancia entre ambas formaciones era ya de menos de media milla, Genselio desenvainó su espada y miró hacia retaguardia buscando el destello rojo del *vexillum* del general. Aguardó.

Quinto observó la progresión de aquellas cargas dirigiendo su pesado trote sobre el manto blanco que separaba a los ejércitos. Entonces, mirando a su derecha, hizo una señal al *bucinator*. Al tiempo que un potente sonido rompía el silencio contenido de la formación imperial, el *signifer* elevó con fuerza el *vexillum* de mando. La batalla

había empezado.

Aulio pudo ver perfectamente la señal alzándose desde la retaguardia, y, cuando el sonido metálico de las bocinas alcanzó aquel confín de la línea, desenvainó su espada, tensó sus músculos y, obligando a su caballo a levantar sus patas delanteras alzando una imponente figura, se giró hacia sus hombres mientras un solo grito destensaba los nudos que hasta entonces ataban el ánimo y la fuerza de los jinetes.

—¡Adelante!

Al unísono, el ala izquierda del frente romano comenzó, primero al paso, pronto al galope, a enfrentar su cabalgada con la de la masa enemiga que se acercaba a gran velocidad, levantando tras ella un polvo blanco que, traspasado por la luz vespertina, arrojaba sobre los combatientes un halo de luminosidad espectral.

Cayo espoleó a su montura y recordó las órdenes recibidas, concentrado en ese momento en no separarse de su compañero de vanguardia y no perder en su trote la visión, siquiera lateral, de Marcus, quien seguía su marcha pegado a su grupa. Apenas podía vislumbrar más allá de la línea de jinetes que lo precedía, aferrando su lanza con una mano mientras trataba de mantener las riendas enrolladas en su muñeca, escuchando, como si fuera el único hombre de aquella masa en movimiento, los jadeos de su caballo, espoleado en sus costados por los firmes golpes de las botas de su amo. No pudo evitar recordar en aquel momento de ficticia soledad sus ya lejanos paseos a lo largo de la frontera. La quietud de aquel paisaje añorado y la memoria de la luz de los amaneceres vividos junto al plateado curso del Rhenus consiguieron tranquilizar el ánimo de Cayo hasta el punto de hacerle olvidar por unos instantes el cómo y el porqué de su actual situación, abocado en aquella cabalgada invernal a una orgía de muerte y destrucción, tan lejana de los antiguos días, pero tan real y cercana en el presente.

El potente sonido de una nueva señal sacudió el sueño de Cayo y lo devolvió con crueldad al combate. Al unísono y obedeciendo al plan predeterminado, la caballería auxiliar se dividió sin cesar en su trote, en dos secciones a izquierda y derecha, que aprovecharon la extensión de terreno para abrir un pasillo central justo en el momento en que la vanguardia de la carga de los jinetes vándalos esperaba un choque frontal. Los caballos que precedían a aquella masa, impulsados por la inercia del galope, aceptaron el espacio que se les ofrecía sin obedecer las órdenes que de forma repentina les llegaban de sus jinetes. Así, la carga, en lugar de encontrar un choque, perdió su ímpetu en aquel corredor que se había abierto ante ellos. Mientras tanto, Aulio, al

frente de la sección situada a la derecha de la formación, continuaba su marcha, desenvainada su espada, aguardando el momento adecuado para ordenar el cierre de aquella trampa a su señal. Cayo observó, en tanto que avanzaba desplegándose con el resto de su sección, la confusión imperante en la masa de combatientes vándalos, que intentaban refrenar a sus monturas, conscientes de la mayor movilidad de la caballería auxiliar romana y del cerco en el que podrían caer si aquellas secciones completaban el círculo que estaban formando a su retaguardia. El antiguo *limitaneus* sonrió. Junto a él cabalgaba orgulloso el *signifer* portando el *draco,* que flameaba al viento anunciando el inicial triunfo de aquella maniobra. Pudo comprobar que, mientras su *vexillatio* avanzaba en galope desenfrenado, la infantería aparentemente seguía a sus espaldas, en sus posiciones en el centro de la larga línea de batalla imperial. De repente, los jinetes que lo precedían empezaron a girar hacia su izquierda, en un intento de cerrar la bolsa. A lo lejos, girando a su vez hacia la derecha, la otra ala se acercaba a su posición. Cayo se dejó llevar. Encabezados por Aulio, las dos secciones que habían separado inicialmente su rastro confluían ahora al unísono en una sola línea de carga que, volviendo tras sus pasos, dirigía toda su fuerza contra la retaguardia de la formación vándala, frenada, como toda la formación enemiga, por la línea de estacas que súbitamente apareció ante su vanguardia y tras la cual la sección de arqueros comenzaba a lanzar sus dardos, haciendo caer a los primeros jinetes, que se revolvían confusos cerrando de esa manera su camino.

El choque fue brutal. Formando la punta de una flecha imaginaria, el frente de las dos secciones de caballería, ahora en un solo grupo compacto, cayó sobre la retaguardia bárbara, al tiempo que desde los laterales los jinetes romanos que formaban la extensión de aquellas alas que ya habían confluido en una única en su vanguardia giraron a izquierda y derecha sus monturas y atacaron por los flancos a unos jinetes desconcertados.

Cayo asió con fuerza su lanza y, exigiendo un último esfuerzo a su caballo, entró de lleno en aquella masa de combatientes, dispuesto a vengar con sangre, y sobre aquellos hombres, la afrenta que había supuesto para él el final de sus días de felicidad.

En el ala derecha del ejército y al tiempo en que se sucedían estos movimientos en el flanco izquierdo, la caballería sármata empezó su marcha sobre la nieve, pesadamente, obligando a las monturas a marcar un paso al unísono, liberadas las bestias de su coraza. Todos tras Genselio, quien, ceñido su casco fuertemente, ocultando la mueca

de firmeza y determinación que denotaba el rostro del veterano comandante que era, esgrimía la espada en su diestra y señalaba a sus hombres la única dirección posible: la del choque violento con la masa de caballos y jinetes que se acercaba hacia ellos con la fuerza de una tormenta invernal.

Desde su puesto de mando, Quinto observó el encuentro entre ambas agrupaciones de combatientes. Cientos de jinetes frenaron abruptamente su impulso al chocar caballos y hombres en un impacto sangriento, mezclándose de repente soldados y animales en una masa informe en la que apenas se podía distinguir desde aquella distancia al aliado del enemigo, la piel desgarrada de la sangre vertida o el dolor de la ira. El general había comprobado con satisfacción cómo la maniobra ordenada a la caballería auxiliar del ala izquierda estaba siendo un éxito. Confiaba en que los sármatas de Genselio también contendrían aquella carga de combatientes alanos. Si aquel flanco no resultaba desbordado, aún tendrían una posibilidad de que el plan resultara efectivo. Volviendo su atención hacia el centro, comprobó que la infantería seguía en sus posiciones, sus lanzas firmes en actitud defensiva mientras la masa de guerreros bárbaros continuaba avanzando hacia ellos al compás de sus gritos de guerra, acortando a cada paso la distancia entre ambos frentes. Todo debería acabar antes de que el sol se ocultara a su espalda, y si se cumplían los designios de los dioses, entonces aquel no sería el ocaso de Roma. Vio cómo la sombra del águila se proyectaba sobre el terreno, engrandecida, como amparando con sus alas abiertas a aquellos hombres que comenzaban a morir en su nombre en aquel atardecer de invierno, y no pudo evitar que lo embargara una sensación de profunda tristeza.

Genselio sacó su espada del cuerpo de aquel jinete que había intentado alcanzarlo con su lanza y apenas tuvo tiempo para comprobar cómo el enemigo se desmoronaba desde su montura, mientras se agarraba el vientre tratando de contener la vida que se le escapaba por entre los pliegues de la herida. El tribuno esquivó entonces un fuerte golpe de hacha que, al clavarse en su escudo, lo inutilizó. Lo arrojó al suelo con rabia y, obligando a su caballo con la fuerza de sus talones en el lomo, lo espoleó hasta alcanzar al jinete enemigo, que, ahora desarmado tras aquel lanzamiento, buscaba con desesperación la espada larga que mantenía atada a su montura. El comandante no le dio opción y descargó con fuerza el peso de la suya sobre el desprotegido cráneo de su oponente; la sangre empapó su rostro y regó en roja lluvia aquel suelo de nieve, que no era ya más que una superficie húmeda y oscura, desprovista de toda belleza, sobre la cual hombres y bestias morían y mataban. Los aullidos proferidos por aquellos soldados no eran de victoria ni de honor en ese momento. En aquella masa inconexa se gritaba por dolor y por

odio, en tanto que el sonido agonizante de las bestias moribundas acompañaba los alaridos emitidos por hombres heridos o en trance de morir. Las monturas caían arrastrando a sus jinetes, aplastando a quienes no se liberaban a tiempo o a los que ya combatían a pie, defendiendo su perímetro, a solas o en pequeñas agrupaciones. Se luchaba con la fiereza de la desesperación y la rabia, y el duro sonido del metal entrechocando se alternaba, en confusión sonora, con invocaciones, maldiciones y jadeos. Ambos grupos de contendientes habían sufrido pavorosas bajas en el choque, pero la cota de malla que protegía a los jinetes imperiales les proporcionaba cierta ventaja que en aquellos momentos parecía favorecer su posición en el combate. Genselio, acompañado ya por un reducido número de hombres, empapado su rostro de sudor e impregnado su peto metálico de sangre enemiga, constituía en sí mismo un estandarte en cuya visión sus soldados se inspiraban. Sin dar tregua a su montura, su espada encontraba carne una y otra vez, destrozando los cuerpos que se desplomaban de sus caballos tras el impacto de aquel filo temible, teniendo como última visión de sus vidas los ojos inyectados en sangre de aquel comandante venerado por sus hombres, quienes, espoleados en su ánimo por aquel ejemplo, se sentían invencibles. Se luchaba así en una masa informe de guerreros entremezclados que mantenía indeciso el resultado del choque que se desarrollaba al pie de las colinas que enmarcaban el valle. Y el combate continuaba cuando ya, al fin, la infantería enemiga alcanzó el centro de la formación imperial.

Miles de hombres abandonaron su condición de tales para convertirse en bestias de la guerra al abalanzarse con furia incontenible sobre la muralla de escudos y lanzas que conformaba la primera línea de la infantería imperial, asentada en el terreno mientras esperaba aquella acometida que finalmente se hizo realidad entre gritos y aullidos. El frente romano aguantó aquel primer envite sin alterar demasiado el orden dispuesto. Los legionarios, algunos de origen itálico, otros provenientes de la lejana diócesis hispánica, africanos, veteranos reclutados en el Nórico y Panonia, los más, galos y germanos de la frontera, amparados bajo la ley romana, mantuvieron su posición enfrentando sus lanzas contra aquella avalancha cuyos componentes, impulsados por el ímpetu de la carga final, acababan ensartados entre alaridos e imprecaciones. Los centuriones perdían su voz ordenando sobre el griterío el mantenimiento de las posiciones al tiempo que sucesivas oleadas continuaban cayendo sobre una primera fila que ya sucumbía, excesivamente expuesta, al número ingente de

combatientes que se enfrentaban a la muerte como si nada ni nadie importara en una vida anterior o en la que estuviera por llegar. A las señales expresadas a través de los *bucinatores* a intervalos regulares, se correspondía un ordenado movimiento que permitía el relevo de las tropas de primera línea, reemplazadas al instante por la que aguardaba tras ellos, manteniéndose así la contención de aquel torrente, como un dique sometido a las fuerzas abrumadoras de una crecida inesperada. A lo largo del frente y conforme la lucha se recrudecía, las lanzas, ensartadas, astilladas o perdidas en el combate, eran sustituidas por las largas espadas de doble filo que hendían la carne apenas protegida de aquella masa de guerreros que venían desde los confines de Germania, mientras los escudos comenzaban a ocultar sus vivos colores, empapados por la sangre que, espesa, desdibujaba en un monocolor tono oscuro la imaginería característica que identificaba las diferentes *vexillationes*.

Quinto observaba aquella acometida feroz con el corazón encogido, alertas él y su guardia para acudir al punto que necesitara de su presencia si alguna sección de la línea quebraba su ánimo y hacía peligrar la posición del ejército que, por el momento, parecía aguantar conforme a lo previsto. Dirigió entonces la mirada hacia el flanco izquierdo. Allí, la caballería auxiliar, adelantada con respecto a la infantería del centro, aparecía envuelta en un conglomerado indefinido, rodeando en esos momentos al grupo de jinetes vándalos, que se defendían del cerco con fiereza. Lo que en aquellos momentos vio Quinto alimentó sus esperanzas de alcanzar la victoria sobre la que hasta hacía poco había tenido dudas.

Cayo Verón consiguió con dificultad parar el golpe que aquel guerrero lanzó contra su brazo izquierdo. El filo de la espada resultó mellado por el violento choque cuando la hoja de la suya se interpuso entre el hierro enemigo y su cuerpo, y consiguió mantenerse con dificultad sobre el lomo de su caballo mientras hacía retroceder aquel impulso asiendo con ambas manos el pomo de su arma. Hacía tiempo que su lanza se había quebrado, ensartada en el costado de uno de los jinetes vándalos que, sorprendido ante la acometida de las secciones lideradas por Aulio, apenas había tenido tiempo para volver grupas apresuradamente y hacer frente de forma desordenada a los escuadrones que cargaron sobre su retaguardia. Cayo llegó a ver la mirada azul cargada de odio de su contrincante cuando al fin doblegó su brazo y, aprovechando la guardia descubierta que aquel movimiento le proporcionaba, hendió su espada en el pecho del jinete, que, antes de caer sobre la nieve, pareció invocar en su auxilio el favor de sus dioses. No tuvo tiempo para reflexionar. Se trataba de matar para no morir, y el *limitaneus* nunca había matado tanto como entonces. En aquella confusión, la vida se desvanecía a cada instante

escapándose por las heridas brutales que provocaban la furia y el odio de los hombres. Junto a él, alejado ya el miedo, Marcus asestaba sus golpes con furia homicida, consciente ya de la realidad de un combate. Sangraba, pero Cayo no podía saber si era su sangre o la de uno de aquellos jinetes que sucumbían a cientos, rodeados por la caballería romana que apretaba el cerco, impidiendo el desenvolvimiento de hombres y bestias, incapaces de avanzar atenazados por la maniobra que los encerraba en un círculo. En este círculo iban cayendo ensartados por lanzas, flechas y espadas, pisoteados ya en el suelo y sin piedad por las monturas imperiales que tropezaban cuando sus cascos pretendían encontrar la masa blanda de aquel terreno teñido ya de rojo, aplastando bajo su peso los cuerpos derrotados que pugnaban por escapar de la masacre. Marcus gritaba con furia, poseído por un impulso irracional que lo había convertido en un instrumento de muerte, su rostro desencajado y jadeante, alteradas sus facciones por el oscuro reflejo de un odio que —pensó Cayo— ya no lo abandonaría a lo largo de su vida. Allí ya no se mataba en nombre de un imperio ni en el de Dios. Allí se mataba en aquellos momentos por el puro y oscuro placer que proporcionaba el mero hecho de ver brotar la sangre enemiga. Sin piedad y con odio.

Algo no iba bien. Eso fue lo que pensó Genselio mientras observaba cómo la caballería alana retrocedía poco a poco, ordenadamente y sin dejarse superar por las acometidas de los catafractos. El enemigo era superior en número, y, sin embargo, parecía como si aquel ímpetu inicial estuviera siendo refrenado de forma consciente, al tiempo que simultáneamente volvían sus grupas y, cabalgando una corta distancia, hacían frente de nuevo a la caballería sármata, que en cada nueva acometida hacía retroceder lentamente a los jinetes bárbaros. *Demasiado fácil,* pensó. Llevaban ya al menos una hora combatiendo y el sol estaba a punto de desaparecer tras las montañas. Avanzaban lentamente, y pudo comprobar cómo sus hombres se mostraban exultantes. Sus pesadas monturas, aun cansadas y malnutridas, constituían un enemigo sin rival frente a aquellos caballos que los bárbaros habían lanzado de forma aparentemente desordenada al combate, pero pese a ello le sorprendió la fragilidad que los guerreros germánicos estaban mostrando en la lucha. Por un momento, el tribuno refrenó su marcha y bajó su espada. Miró a su izquierda la línea de infantería, que lenta y pesadamente avanzaba a lo largo de todo el frente. En breve los alcanzarían y se situarían a su altura. No eran malas noticias, desde luego. Sin embargo, su instinto le decía que aquello estaba resultando demasiado fácil. Miró de nuevo hacia el

frente. Apenas tuvo un instante para ver cómo la muerte se abalanzaba sobre él cuando sintió en su garganta el frío impacto de una lanza que lo atravesó con fuerza, impidiendo siquiera que exhalara voz, queja o lamento alguno. Durante unos segundos permaneció sobre su montura quieto, absorto, e inmediatamente su cuerpo se desplomó sobre la nieve. Genselio había muerto. Durante unos segundos, en aquella parte del frente no se escuchó el fragor de la batalla. Los jinetes sármatas más cercanos rodearon apresuradamente a su comandante, quien permanecía sobre el suelo boca arriba, abiertos sus ojos, empapada su barba con la sangre que escapaba de su cuerpo, como antes había huido repentinamente su vida. Aún con su casco abrochado, decorado con colorista pedrería, su mirada se mantenía perdida y muerta en dirección hacia un cielo cada vez más oscuro, como si su espíritu anhelara alcanzar por fin en aquella inmensidad límpida el descanso del que no había gozado en su existencia. Pronto, la noticia de la muerte del tribuno recorrió las filas de soldados mientras un grito de júbilo proveniente de los combatientes alanos hizo estremecer el espíritu de aquellos hombres durante unos instantes.

Asentado en su puesto en el altozano desde el que dominaba el desarrollo de la batalla, Quinto sintió que algo no marchaba bien en el flanco derecho. Pronto, la figura de un jinete se abrió paso desde aquel sector, cabalgando sobre el barrizal de nieve aplastada hacia el grupo que conformaban el *magister militum* y su guardia. En pocos minutos, un catafracto empapado de sudor y sangre refrenó su galope ante el general, que esperaba inquieto sus noticias.

—*Magister* —empezó con la voz entrecortada a medias por el cansancio y la emoción—, el tribuno ha muerto. —No dijo más, esperando la reacción de su comandante, aguardando expectante sus órdenes al tiempo que se reponía del esfuerzo.

Quinto escuchó en silencio, y con un rápido vistazo pudo comprobar cómo el combate se había reanudado en aquel sector, pero también cómo parecía que el ímpetu de la caballería sármata había cesado. Observó el centro de la línea de infantes. Hasta allí llegaban los sonidos de las órdenes que permitían el relevo continuado de la vanguardia, facilitando el avance constante de las legiones, que empujaban poco a poco hacia el ensanchamiento del valle a los miles de guerreros que insistían en sus acometidas frontales. No lo dudó. Dirigió una mirada a Lucio y desenvainando su espada hizo una seña al *aquilifer*.

—¡Conmigo! —dijo, y comenzó a galopar en dirección al ala

derecha, seguido por la veintena de hombres de su guardia, amparados por el águila y señalando su posición mediante el *vexillum* que portaba orgulloso el *signifer,* mientras el viento del ocaso hacía tremolar la insignia.

Formados en cuña, Quinto y sus jinetes penetraron en furiosa carga en el centro mismo del combate que se desarrollaba en el ala derecha, arremetiendo con violencia contra monturas y hombres, a quienes arrollaron con la brutalidad de su empuje. Aquella súbita aparición del comandante en jefe insufló nuevo ánimo a la alicaída tropa sármata. Pronto, superados los momentos de duda, retomaron su ímpetu inicial y, conscientes de su orgullo de antiguos combatientes, acompañaron al estandarte que, junto al águila, había irrumpido en aquel escenario con la fuerza redentora que proporcionaba la promesa de venganza por la muerte de su jefe. Sorprendidos por aquel vendaval de ira, los jinetes alanos parecieron dudar y, sumidos en una creciente confusión, empezaron a retroceder desordenadamente. Quinto, ajeno al peligro que suponían los distintivos que lo señalaban como comandante en jefe, cargaba con saña blandiendo su espada, descargando golpes que encontraban siempre el cuerpo de un enemigo ahora sumido en la duda y el desconcierto. Lucio, preocupado por la exposición y la inconsciencia de su amigo en el combate, consiguió agrupar a la mayor parte de los hombres de la guardia, formando en torno a su general una especie de escudo protector que a duras penas conseguía evitar la atracción que aquel hombre inevitablemente producía en los guerreros alanos, conscientes de que el máximo responsable de las legiones, identificado por su enseña, se hallaba ahora a su alcance y, con él, la posibilidad de una rápida victoria si conseguían abatirlo. Lo que para Lucio era un problema para los soldados sármatas resultaba, sin embargo, un estímulo. Pronto, el empuje de la caballería imperial se rehízo, y, siguiendo el ejemplo de su general, volvió a reinar el orden en las acometidas, las cuales, poco a poco, estaban consiguiendo obligar a retroceder de nuevo al enemigo.

La creciente oscuridad impedía identificar las montañas que enmarcaban el valle. El sol ya se había ocultado y un frío intenso dominaba la explanada en la que se desarrollaba aquel combate. Quinto, empapado de sangre y sudor, notó cómo una gran excitación se apoderaba de su ánimo. Aquella matanza lo impulsaba de una manera que nunca había sentido anteriormente. Clavaba su espada y notaba la satisfacción que le producía el poder que le otorgaba momentáneamente la muerte sobre aquellas vidas que arrebataba a cada instante, cada vez con mayor ansia y furia. Mientras cabalgaba al frente de las tropas, olvidó su condición de general, olvidó también cualquier atisbo de racionalidad en su espíritu. Olvidó incluso

antiguas angustias y cercanos placeres. Nada importaba más que matar. Volvía a descubrir la atracción de la guerra, la seducción que el poder sobre la vida de otros hombres proporcionaba; la excitación de una promesa de victoria. No pudo, por tanto, comprobar cómo la carga que comandaba ya había superado el ensanchamiento que el valle ofrecía a su derecha, sumido ya en la oscuridad. Tampoco pudo ser consciente de cómo el centro de la formación imperial continuaba avanzando sobre la nieve, empujando a aquel conjunto heterogéneo de pueblos invasores que seguían retrocediendo sin perder definitivamente la cara a las legiones, las cuales, con disciplinada eficacia, repelían las oleadas que, cada vez con menos fuerza, se abatían sobre ellas, acercándose aquella masa en ordenada retirada a los bosques que, como oscura premonición, anunciaban al fondo del valle el refugio que protegería la huida.

Aulio detuvo por un momento su montura. Apenas podía distinguir ya los contornos ni identificar plenamente a sus hombres. La luna tardaba en salir, y, sin embargo, sí que pudo ser consciente de que en su flanco la batalla había terminado. Observó durante unos segundos a sus soldados. Estaban agotados. La victoria había sido absoluta y la caballería vándala en aquel sector había dejado de existir. Pero a un coste excesivo. Casi dos tercios de su formación habían perecido o se encontraban imposibilitados de seguir combatiendo. Aquellos bárbaros, que luchaban por su supervivencia, habían vendido cara su derrota, y prácticamente no había un solo miembro de la caballería auxiliar legionaria superviviente que no tuviera herida o contusión o simplemente no se sintiera exhausto. Buscó al *signifer* que portaba el *draco* y lo hizo aproximarse. No lo dudó.

Cayo miró fijamente la punta de su espada. Una espesa mezcla de sangre oscura y barro había acabado con cualquier posible resto de pureza en aquel metal afilado. Junto a él, jadeante, Marcus enfocaba el negro de sus ojos a un punto indeterminado en un horizonte oscuro que ya ni siquiera podía vislumbrarse. Su rostro no mostraba expresión alguna, y los restos de unos surcos de lágrimas antiguas eran el único vestigio de una humanidad que parecía haber escapado de aquel joven explorador, perdida ya su inocencia en la matanza. El *limitaneus* levantó la vista justo en el momento en que Aulio convocaba a los supervivientes del ala izquierda. La batalla no había concluido, y Cayo tiró suavemente de las riendas de su montura, que, agotada, obedeció a su amo pesadamente, dirigiendo sus pasos sobre

los restos de cadáveres abandonados en lo que una vez fue un espeso manto blanco hacia el lugar en el que el tribuno reunía ya a un grupo que no alcanzaba el centenar de jinetes.

Aulio contempló detenidamente los restos de aquella formación que ahora se reunía en torno a él. El combate continuaba pese a la oscuridad creciente y el griterío de los legionarios aún se escuchaba claro desde la posición en la que en esos momentos se luchaba, avanzada con respecto a la suya. Sin perder más tiempo, una vez comprobado que existía campo libre para sus jinetes, encabezó la marcha dispuesto a efectuar, ahora ya sin oposición, una maniobra de flanqueo para, desbordando así el grueso de las formaciones, caer sobre la retaguardia enemiga, cerrando así la tenaza que suponía que debía complementarse finalmente con la caballería sármata si la suerte les había sido propicia. Sin pausa, ordenó a sus hombres que lo siguieran y a la cabeza del exiguo grupo de supervivientes se perdió en la negrura de una noche que ya se había adueñado del campo.

Quinto comprobó cómo los jinetes alanos volvían grupas de forma definitiva e iniciaban una pesada carrera hacia los bosques situados a su retaguardia. Olvidándose de sus propias órdenes, creyó llegado el momento de alcanzar, ahora sí, la gloria de una victoria total. Girándose hacia el grupo que comandaba, ajeno a cualquier otra consideración o circunstancia, comprobó el rostro de sus hombres y encontró en ellos la locura, el ánimo y la fuerza que buscaba. Ignoró la mirada inquisitiva de Lucio y se lanzó en pos de la caballería bárbara cuya estela en la nieve se perdía en dirección a los bosques.

No pudo escuchar, presa de su excitación, el sordo rumor que, proveniente del ensanchamiento que ya quedaba a las espaldas de ambos ejércitos, se incrementaba de forma cada vez más audible para todos, sobreponiéndose al sonido de una batalla que todo indicaba que estaba tocando a su fin. Ni siquiera entonces la repentina luz que la luna regó sobre aquellos campos hizo visible para la retaguardia de las legiones la masa compuesta por miles de hombres que avanzaba, impulsada por una furia incontenible, directa hacia sus espaldas.

Quinto comenzó a comprender que algo no iba bien cuando llegó hasta sus oídos el sonido, que a él le pareció angustioso, de los *bucinatores* haciendo sonar su llamada de forma reiterada. Refrenó de golpe su montura y tras él Lucio y el resto de su guardia cesaron de inmediato en la persecución. Era imposible ver nada desde aquella distancia, pero resultaba evidente que la lucha se recrudecía a sus espaldas. De repente, el general fue consciente de la trampa. Se había dejado llevar —precisamente él— por el ansia y la furia que tanto

había temido contagiar a sus hombres. Ahora, comprendiendo la gravedad de la situación, volvió a su ser, e intentando templar su ánimo entendió que aquellos legionarios que se batían en el centro con desesperación, al borde del agotamiento, necesitaban de su mando, quizás de su sacrificio, si querían sobrevivir. Sin perder más tiempo y sin necesidad de explicaciones que su guardia ni exigía ni precisaba, volvió grupas con celeridad y se dispuso a cabalgar en dirección a la lucha.

Justo en ese preciso instante y procedente de los bosques de las estribaciones que cerraban el valle, un nuevo y ensordecedor griterío anunció la irrupción por entre los árboles de miles de hombres que se lanzaron sin titubear hacia la batalla en refuerzo de la línea que hasta entonces había retrocedido en orden. De entre aquellos guerreros, los supervivientes de la caballería alana que habían huido tras la carga dirigida por el *magister militum* aparecieron de nuevo, lanzando sus caballos a través de la nieve hacia la posición señalada por el águila.

La trampa se había cerrado sobre las legiones.

Lucio comprendió de inmediato la situación.

—Quinto, ¡el ejército está perdido! ¡Esto ha terminado! ¡Huye hacia los bosques mientras sea posible! —gritó a su amigo con desesperación—. ¡Da fe en Rávena de este desastre!

Quinto sonrió a su subordinado con una mueca de tristeza.

—Nunca, Lucio. —Miró hacia la caballería alana, cada vez más cerca. Sin necesidad de más señales, los jinetes que acompañaban al general volvieron sus grupas, de nuevo, hacia ellos—. Ha llegado la hora de morir, viejo amigo. ¿No buscábamos la gloria?

Y sin más palabras, levantando su espada y azuzando a su montura exigiéndole un último esfuerzo, cargó contra el enemigo surgido de los bosques seguido como su sombra por el *signifer* portando su enseña.

El ataque proveniente de la espesura boscosa sorprendió a los supervivientes de la caballería auxiliar cuando recorrían la retaguardia de la formación bárbara, buscando el encuentro con los sármatas de Genselio. Aulio enseguida comprendió la situación cuando la tenue luz lunar le permitió vislumbrar a lo lejos el *vexillum* del general, envuelto en una lucha que aparentemente lo mantenía acorralado en un extremo de la batalla, alejado del centro. Exigiendo un último esfuerzo a sus hombres, no lo dudó.

—¡Ayudemos al general! ¡Todos tras de mí! ¡Por Dios todopoderoso! ¡Por Roma! —Y aquellas decenas de hombres agotados fueron, en agónica cabalgada, tras los pasos de su comandante en búsqueda de la muerte.

Los últimos legionarios de la última línea de la infantería imperial recibieron la furia del choque con aquellos soldados salidos de la oscuridad de la noche, que cayeron sobre ellos a miles, como un furioso río cuyo cauce provenía del ensanchamiento del valle que habían dejado a sus espaldas. Cuando quisieron reaccionar alterando sus posiciones, la masa atacante ya se fundía con las cohortes de reserva que aún no habían entrado en combate. Apiñadas, empujadas contra sus compañeros de vanguardia, dificultados sus movimientos por el choque entre los escudos, casi no tenían espacio para desenvainar sus espadas. Desconcertados por la oscuridad apenas aclarada por débiles rayos de luz lunar, intentaban averiguar de dónde provenía aquella fuerza que los empujaba contra las líneas que en vanguardia habían recrudecido a su vez el combate contra las legiones. Pronto y a medida que los hombres iban cayendo, cada vez más soldados fueron conscientes de su situación, y, conforme este convencimiento se extendía, el espíritu de combate, mermado ya por el cansancio, iba desapareciendo sin remedio. El pánico comenzó entonces a dominar el espíritu de los legionarios más expuestos, acrecentada esta sensación por la confusión que aumentaba con la oscuridad, y la huida desordenada en pos de una improbable salvación fue entonces el único objetivo de un ejército que se desmoronaba por momentos. Hombres aterrorizados arrojaban sus escudos y pugnaban por escapar del cerco, mientras que otros, manteniendo la calma, conscientes ya de la llegada de su final, cobraban un alto precio por sus vidas continuando la lucha hasta la muerte. Allí caían amigos y compañeros, espalda contra espalda, hombro con hombro, a centenares, como presas indefensas en una cacería en la que únicamente se escuchaban ya los estertores de las *bucinae* pidiendo ayuda, los gritos de los heridos y los aullidos de victoria de quienes presentían cerca el alba de un nuevo mundo que les pertenecería para siempre.

Quinto vio llegado su final cuando comprobó que por cada enemigo que conseguía abatir otro nuevo jinete se abalanzaba contra él, atraído por los evidentes distintivos que denotaban su rango. Sentía que cada cuerpo que conseguía herir, cada hueso, cada tendón o músculo que su espada quebraba no eran más que despojos, partes de una masa amorfa que su cerebro ya no asociaba con la vida. La muerte, por tanto —la ajena y la propia—, ya no significaba nada para él tras aquella matanza, y notaba a cada golpe que mermaba la furia que alimentaba inicialmente su ímpetu. Así pues, al tiempo que continuaba parando el hierro enemigo y hendiendo el suyo, un negro

fatalismo se adueñó de su espíritu. No bajó los brazos, pero sus movimientos ya no eran conscientes mientras esperaba con ansia el impacto de un filo que lo liberara para siempre de la humillación de aquella derrota. Invocó —nunca lo había hecho antes— a Mitra y, abandonado a esta protección, aguardó su final. No pudo ver, por tanto, cómo el guerrero alano que levantaba su espada para asestar sobre su cabeza el golpe fatal abría desmesuradamente los ojos, que en un instante se tornaron blancos al caer de su montura con la mueca de la agonía en su rostro, alcanzado por el filo del arma de Aulio, quien, comandando la carga de los restos de la caballería auxiliar, acababa de irrumpir tras los jinetes bárbaros que asediaban a Quinto y su guardia.

—General, ¡por Dios, protégete! —le gritó, revolviéndose para esquivar la lanza con la que un guerrero germano intentaba penetrar su peto de cuero.

—¡Aulio!

Quinto volvió repentinamente a su ser al ver cómo aquel tribuno se deshacía de su enemigo con un golpe de espada en su brazo. Pese a la oscuridad reinante en aquel escenario, aún pudo comprobar cómo Lucio, a escasos pies, peleaba a lomos de su caballo mientras junto a él el *aquilifer* mantenía enhiesta la enseña romana. Se combatía con fiereza renovada en aquel escenario situado al margen del grueso de la batalla y, sin embargo, llegaban hasta el *magister militum* los alaridos que tras él proferían los soldados que en aquel mismo momento morían a cientos, encerrados en una cárcel de lanzas y cuerpos que los aprisionaba sin escapatoria posible, convirtiendo el valle en una enorme y oscura cámara mortuoria.

Aulio sintió que un frío helador penetraba en su interior. Trató de decir algo, quiso invocar a Dios, pero de su boca no salió palabra alguna. Únicamente brotó sangre de entre sus labios. Cayó al suelo desde su montura en el momento en que el jinete alano sacó la lanza de su cuerpo. Quinto no tuvo tiempo para reaccionar. Intentaba liberarse del acoso de dos guerreros que, espoleados por la rabia de aquel ataque repentino, estaban decididos a acabar con aquella lucha cobrándose una pieza que les diera renombre en las celebraciones de la inminente victoria. El general paró el primero de los golpes, pero dejó desprotegida su izquierda. Notó un dolor agudo en su pierna y comprendió que había sido herido. Al tiempo, su caballo emitió un relincho largo y terrible y dobló repentinamente sus patas delanteras, quebradas por el hacha de uno de los jinetes que lo asediaban. Quinto fue lanzado sobre el suelo ya embarrado, arrastrado por su montura en la caída. Probó a incorporarse, espada en mano, pero su pierna no lo obedeció, obligándolo a mantenerse arrodillado sobre la nieve junto a aquel caballo que había sido animal de combate, compañero y fiel

aliado a lo largo de la campaña. El alano que había abatido al general emitió un grito de triunfo y se abalanzó hacia su presa, que, impotente, se aprestó a su defensa desde el suelo, una de las rodillas en tierra, la otra sirviéndole de apoyo, hincada su bota firmemente en el barro. Consiguió parar el primer golpe, pero el hacha rompió en dos su espada y, mientras con su mano izquierda buscaba en su costado su viejo puñal para intentar retrasar lo inevitable, el guerrero levantó sus brazos empuñando su arma, dispuesto a asestar el golpe final. El pesado cuerpo del alano cayó de pronto sobre Quinto sin vida, haciendo que el general se tambaleara. Junto a él, Lucio, con su espada ensangrentada en la mano, lo apremiaba.

—¡Sube a mi grupa, general, rápido! La próxima vez puede que yo ya no esté para ayudarte.

Quinto creyó percibir en el rostro de su amigo algo parecido a una sonrisa, que, en todo caso, no duró. Observó la situación y dudó. No quedaban ya enemigos junto a ellos. Pero Lucio insistió.

—No hay tiempo para preguntas ni es momento para más locuras, querido amigo. Todo está perdido y ya nada puedes hacer para salvarlos. —Miró hacia la oscuridad del valle, desde donde llegaban los lamentos y el griterío de una matanza incontenible—. ¡Vamos! —Le tendió la mano—. ¡Agárrate a mí y sube!

Quinto asió la mano que le tendía el centurión y notó el contacto de la sangre y el sudor cuando se aferró a ella. Un dolor insoportable lo invadió cuando sus músculos pretendieron atender el ruego de aquel abrazo salvador. Lucio tiró con fuerza y consiguió que el general subiera a la grupa. Inmediatamente, ordenó a su montura que se alejara de aquel lugar, amparados ahora ambos jinetes en una oscuridad que había caído sobre la escena de una tragedia que tocaba a su final. Los guerreros alanos que habían combatido a Quinto y a su guardia en aquel sector estaban ahora muertos gracias a la intervención providencial de la caballería auxiliar, y, además del general y el centurión, Cayo Verón, el joven Marcus, seis supervivientes más de la tropa comandada en su momento por Aulio y cuatro jinetes sármatas constituían los únicos restos de la fuerza imperial. Acompañados por el eco del griterío de una jauría enloquecida por la victoria y la proximidad de un seguro botín, los catorce supervivientes se dirigieron hacia la seguridad de los bosques situados en las estribaciones de aquellas colinas que habían amparado su lucha. Atrás quedaban en el valle, como recuerdo de una fecha aciaga, los últimos legionarios vivos, que ya apagaban sus gritos conforme el cerco se cerraba sobre ellos, muriendo para unirse así a los miles de cadáveres que pronto la nieve enterraría, como ya lo hacían los primeros copos que comenzaban a caer aquella noche, cubriendo de blanco el águila que yacía en tierra, olvidada, apagado

ya su brillo, como lo estaba el del imperio que con aquella derrota empezaba su lenta e inexorable agonía.

IX

El mandato

Apenas había podido conciliar el sueño en toda la noche pese a que el firme de la calzada, formado por grava prensada y apelmazada y convenientemente diseñado por los ingenieros del Imperio, proporcionaba al carruaje en el que viajaba una cómoda estabilidad. Ahora, arropada en su camastro por las gruesas pieles a las que había confiado su descanso, Licia pudo observar cómo las primeras luces de la mañana pugnaban por abrirse paso a través de las rendijas del maderamen que cerraba el vehículo. El rítmico traqueteo del carromato, la oscuridad y la intimidad del habitáculo le proporcionaban una sensación de tranquilidad que atenuaba en cierta manera la angustia que había sentido desde que partieron de Augusta Treverorum al ocaso, casi furtivamente, obedeciendo aquella orden de su marido, al que jamás podría perdonar por obligarla a lo que ella consideraba no solo una huida, sino una pérdida. Qué había podido motivar el cambio de actitud en Juvenus era algo que Licia se estuvo preguntando durante toda la noche. Conocía a su esposo. Cada palabra, cada paso que daba en su vida estaba siempre meditado. Nunca dejaba que el azar decidiera por él, y por ello estaba convencida de que nada de lo que estaba ocurriendo era casual. Sabía que aquel hombre con el que su padre concertó en su día su matrimonio era ambicioso y tenía claro que esa ambición era la que lo había conducido a solicitar primero, negociar más tarde y aceptar después aquella ventajosa unión con la hija de un senador de Roma. Pero pese a conocer las verdaderas motivaciones de su marido, también había llevado hasta entonces una existencia plácida en su compañía, convivencia que había devenido en un respeto mutuo que Licia había considerado sincero hasta entonces. Ella no se inmiscuía en su prometedora carrera y a cambio gozaba de una muy amplia libertad de movimientos que incluían el control casi total de la organización de la *domus,* la posibilidad de encontrar el placer de la soledad entre las calles de la ciudad y el cultivo de su afición por la lectura, afición no compartida por Juvenus, pero que servía para mantener su espíritu alerta y su alma encendida, siquiera en tenues brasas. No había podido darle hijos aún, pero era joven, y aunque su

esposo parecía haber ido perdiendo el interés en ella a medida que los años transcurrían sin que las cada vez más escasas visitas a su dormitorio dieran el fruto deseado, internamente no había perdido la esperanza de vivir aquella sensación de la que tantas matronas hablaban en sus aburridos encuentros. No sabía aún si aquel deseo se mantenía en ella por instinto natural o como aspiración de cumplir como se esperaba de una esposa. En cualquier caso, nunca había sentido que aquella pregunta no respondida condicionara demasiado su vida. Hasta entonces. hasta que lo conoció a él. ¿Por qué —se preguntaba— los dioses eran tan crueles? ¿Por qué sentía en su interior aquel deseo ferviente, incontenible, justo en aquel momento y por alguien que desaparecía de su vida con la misma celeridad con la que había llegado a ella? Había leído sobre el amor y conocía, al menos por las opiniones de poetas y filósofos, los estragos que producía en el alma, aunque hasta entonces había estado segura de permanecer inmune a tales pasiones. Siempre había sentido hacia su esposo un afecto que hasta entonces ella había identificado como una digna y adecuada forma de enfocar su convivencia. Hasta que llegó Quinto y todo su mundo se tambaleó. ¡Qué viejas y antiguas resultaban ahora las anquilosadas formas que regían y controlaban la pasión en aquellos matrimonios que constituían el particular *cursus honorum* de las mujeres! Atrás habían quedado, con el compromiso oficiado en Roma en presencia de su padre, las amistades de la infancia, las risas sencillas, las lágrimas en público y, sobre todo, su libertad. Pero ninguna de estas concesiones a la vida adulta le había supuesto mayor problema que una leve nostalgia aplastada por el cumplimiento de las normas en las cuales había sido educada. Hasta entonces. Y mientras reflexionaba sobre su sospecha de que aquel mundo que había conocido ya no regresaría jamás ni a su cuerpo ni a su espíritu, Licia fue cerrando sus ojos hasta dormirse, acariciado su sueño por los rayos de un sol que, aclarando la silueta del horizonte, proyectaba sobre la calzada la sombra del carruaje que se desplazaba hacia el oeste, lejos ya de la desviación que hubiera debido dirigir su rodada hasta las pantanosas llanuras de Rávena.

Un despertar súbito, un golpe seco y duro que consigue traspasar los umbrales del sueño, una mano que ahoga sus gritos tapando su boca, un frío de hoja afilada en su cuello, el rostro sonriente de Lucanus cerca del suyo mientras intenta desasirse de un abrazo brutal e inesperado; un crujir de madera que sacude violentamente el carromato cuando percibe el rasgado de su túnica y el tacto de una piel áspera entra en contacto con la suya; un terror ciego que le

impide pensar cuando el aliento ajeno penetra en sus sentidos; una fuerza incontrolable que domina su resistencia, una mano que busca ávida en su cuerpo, entre los pliegues de su ropa; un impulso fugaz e intuitivo, una aguja buscada y encontrada desesperadamente en un broche, arrancado con el instinto que dota la supervivencia a los seres más débiles; una furia que resurge ciega y ordena clavar la punta afilada donde sea, como sea; un cuello que sangra y un alarido estremecedor. Y al fin, la liberación, el abrazo interrumpido abruptamente y un cuerpo que se desploma en el suelo del carruaje pugnando por dar con la causa de un dolor lacerante. Un jadeo, el pánico y la determinación para dominarlo; un grito de rabia y una respiración entrecortada. Finalmente, el silencio y sobre él el estertor de la agonía de quien había sido encargado de velar por su seguridad, la mirada fija en Licia. Unas lágrimas contenidas dentro de un cuerpo desnudo y encogido, que observa a aquel hombre, mientras su respiración se acompasa al ritmo en el que los latidos están ya dejando de ser audibles.

Todos los minutos que supusieron para Licia el tránsito entre la muerte y la vida volaron en unos segundos de su mente y consiguieron en su fuga despertarla a la realidad de una mañana cuyo frío sentía ahora penetrarla con la fuerza de un cuchillo. Un cuchillo abandonado como el que había acariciado su cuello y que sujetaba ahora temblorosa en su mano, apuntándolo hacia el esclavo que miraba desconcertado el broche que, ahora lejos de la carne, había sido la causa de aquella herida por la que aquel hombre no alcanzaría a ver de nuevo la luz de aquella mañana.

—¿Por qué, Lucanus? ¿Por qué? —preguntó Licia conteniendo el llanto mientras miraba a su agresor tendido en el suelo, empapado de una sangre que lo abandonaba, al tiempo que escapaba la vida de su cuerpo.

—¿Por qué? —La voz de Lucanus sonó ronca y entrecortada, interrumpida por estertores que provocaban que de su boca manara la sangre que anunciaba su agonía. Una mueca cansada y dolorida reflejaba su conciencia de estar viviendo los últimos momentos de su existencia. No obstante, con un gran esfuerzo articuló su respuesta—: No es necesario un porqué. —Miró a Licia, que trataba de tapar su desnudez con las pieles del camastro—. Mi amo me dio un mandato y yo tenía que cumplirlo. Eso es todo. —Tosió más sangre—. Podía hacer lo que quisiera con la joven señora…, como ella había hecho antes con él.

Licia se llevó la mano a la boca pugnando por contener su sorpresa y su horror.

—¿Juvenus te había ordenado matarme? —preguntó sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Sí. Matarte. —Cerró los ojos en una mueca de dolor y continuó hablando. Percibía un secreto placer en hacerlo. Expresar sin tapujos lo que quisiera, sin miedo al castigo. En cierta manera, su crueldad le hacía sentirse libre por primera vez—. Matarte y humillarte antes, como el ama lo humilló antes a él.

Licia se estremeció.

—¿De qué estás hablando, Lucanus? —El cuchillo le temblaba en la mano.

—Rudia lo contó todo. Al principio lo negó, pero finalmente no pudo resistir los golpes, y no olvidó detalle. —Sonrió de nuevo, mirando desafiante a Licia, quien no pudo evitar una mueca de dolor al comprender lo que había ocurrido—. Contó que la joven ama traicionó a su marido, engañándolo con aquel general; contó también que aquello sucedió varias veces; contó cuándo y dónde, hasta que dejó de hablar.

El cuerpo de Lucanus se sacudió en un espasmo que anunciaba la llegada del final.

—¿La mataron? ¿La mataste tú?

Licia intentó mantener un tono firme en su voz, mientras sentía que algo en su interior se quebraba.

—Era ya muy vieja. No fue una gran pérdida. O al menos eso creo. —Licia rompió a llorar, con rabia desesperada, con dolor incontenible —. Después debía alejar de la ciudad y matar a la joven ama. Humillarla y luego matarla. Ese fue el mandato. —Tosió sangre de nuevo y se miró las manos enrojecidas abandonando ya la idea de tapar la herida—. Yo debía cumplir el mandato y sería libre. Libre.

Y sonrió mientras lo repetía de forma cada vez más inaudible, entrelazándose aquel último estertor que invocaba el anhelo del esclavo con el llanto incontenible de quien descubría ahora la realidad del nuevo mundo en el que en adelante viviría.

El cuerpo inerte de Lucanus, arrojado desde el carromato, cayó sobre la nieve como un pesado fardo, componiendo sobre el suelo helado una figura absurda. Licia, agotada por el esfuerzo de arrastrar aquel cadáver, trató de limpiarse el rostro, empapado de una espesa mezcla de sudor y de sangre. Había dejado de llorar desde el mismo instante en el que comprendió que ninguna de aquellas lágrimas la ayudaría lo más mínimo para conseguir afrontar no solamente aquel día, sino los que lo seguirían, huérfana de socorro, abandonada en pleno invierno en un campo nevado, solitario y yermo. Para su propia sorpresa, había conseguido sobreponerse al intenso dolor que sintió cuando comprendió la trascendencia de lo ocurrido. Cuando cesó el llanto, fue

capaz de separar y analizar sus sentimientos. La rabia la quemaba por dentro, pero se dio cuenta de que, en parte, ese sentimiento lo causaba la herida producida en su orgullo. La traición de su marido se convertía así en la mera y fría constatación de la existencia de una farsa vivida en común durante muchos años. En cierta manera, el que fuera así, el hecho de que aquel acto cruel hubiera sido ordenado por su esposo, le proporcionaba, con la rabia y la ira, un cierto descanso en su espíritu; una forma extraña de justificación de sus propios actos; la constatación de que su entrega e incluso su propia historia de engaño tenían sentido. Pensó en Rudia, asesinada por su cercanía, terminada una vida de entrega y servidumbre de forma brutal e injusta, habiendo recibido en sus carnes el castigo que las normas sociales no permitían infligirle a ella en el marco de su hogar y su ciudad. Por eso la huida, la expulsión, más bien. Por eso la cobardía de aquel mandato que permitiría a Juvenus ofrecer explicaciones razonables sobre la ausencia de su esposa. Y el odio comenzó a crecer en el interior de Licia con la fuerza incontenible que le proporcionaba el recuerdo de las palabras hipócritas —ahora lo sabía— que la habían acompañado durante aquellos años en los que, aunque no lo había amado, sí había hecho lo posible por complacer a su esposo. El amor lo había conocido después. Y aquel sentimiento lo había cambiado todo con su irrupción inesperada. Ahora el odio se superponía y se enredaba con aquel en una confusa mezcla. Una nueva fuerza que la impulsaba, una combinación de los más potentes estímulos que a lo largo de la historia habían dominado la vida de hombres y mujeres. Amor y odio se agolpaban en el corazón de una Licia que, ya sin lágrimas, se asomaba, con su inexperiencia, su juventud y su osadía, a la nueva vida que se le mostraba tan abruptamente.

Licia miró durante unos instantes el cadáver de Lucanus tendido a un lado de la calzada. No sentía remordimiento alguno por aquella muerte que había causado con sus propias manos, y se extrañó por ello. Observó con indiferencia durante unos segundos el cuerpo del esclavo que había intentado matarla y se introdujo en el carromato para resguardarse del frío de la mañana. Se sentó en su camastro dispuesta a analizar su situación y pensar en su futuro inmediato. Adónde ir; cómo escapar de la amenaza que le esperaba en su ciudad, en el mundo que había sido su hogar; qué hacer. Se pasó una mano por el pelo enmarañado, mechones secos por el sudor y la sangre, y decidió que lo primero que debía hacer era adecentar un poco su aspecto. Abriendo el arcón en el que había metido apresuradamente sus ropas para el viaje, encontró una túnica nueva cuidadosamente plegada y se vistió con calma, ajustando sobre su hombro los pliegues de la tela con el broche que le había servido como arma salvadora, mientras rememoraba en su interior el día en el que su madre, poco

antes de morir, le había regalado aquella joya esmaltada, sin sospechar el uso que llegaría a darle años más tarde. Revisó su equipaje y recordó que, sin que Juvenus tuviera conocimiento de ello, había decidido a última hora portar consigo un pequeño cofre que contenía algunas monedas que guardaba como ahorro de lo que sobraba de las cantidades que le proporcionaba su esposo para el mantenimiento de la casa. No se trataba de una gran cantidad, ya que las atesoraba para costear sus aficiones literarias y algún capricho en telas y perfumes, pero ahora cobraba una importancia que no había sospechado cuando, con rebeldía casi infantil, había decidido llevarse aquel pequeño tesoro consigo. Abrió la arquilla y contando el dinero consideró que podía resultar suficiente para pagar comida y alojamiento para varias semanas de viaje. Incorporándose, se abrigó con las pieles que habían calentado su lecho hasta aquel brutal despertar y salió de nuevo al exterior.

El carruaje permanecía parado a un lado de la calzada, y no se veía a nadie circulando por aquella inmensa y rectilínea estructura. Contempló el sol, que brillaba cada vez con más fuerza atenuando la gélida temperatura de aquella mañana y comprobó que la ruta que habían seguido durante la noche se dirigía hacia el oeste. Probablemente —pensó— nunca había existido la intención de encaminarse hacia el sur, hacia Rávena. No podía ir allí. Si su esposo la daba por muerta, notificaría su fallecimiento por carta y aquella ciudad no sería un destino seguro, dados los contactos de Juvenus en la corte imperial. Tampoco podía ir a Roma pese a la presencia de su padre en la antigua capital. Al menos por ahora y por la misma razón. ¿Qué hacer, entonces? Imposible regresar a Augusta Treverorum. No podría regresar nunca a aquella ciudad. ¿Nunca? ¿Y Quinto? ¿Qué ocurriría cuando Quinto volviera, victorioso, buscándola? Su esposo le daría entonces la amarga noticia —Licia se estremeció al pensarlo y una sensación de angustia la atenazó— y Quinto abandonaría la población dejando tras de sí un marido secretamente satisfecho con su venganza y unos muros que serían los últimos testigos de un amor que caería en el olvido. Licia reprimió de nuevo las ganas de llorar al constatar que quizás lo más probable era que nunca volviera a ver a aquel soldado por el que había rogado a los dioses, con el que había soñado y al que había amado como solamente aman los que lo hacen por primera vez.

Sobreponiéndose al dolor que comenzaba a acompañarla como una parte ya indisociable de su ser, decidió con determinación que su única salida se encontraba frente a ella, en el extremo más opuesto al origen de su viaje. Seguiría, pues, hacia el oeste y, una vez lejos, se encaminaría de nuevo hacia el sur. Hacia Hispania. Su padre mantenía la propiedad de una villa cerca de Pallantia, en un extremo de la

Tarraconensis, regida por su hermano, su tío Anthemius. No recordaba a su pariente. Solamente unas imágenes fugaces acudían a su mente cuando intentaba evocarlo. Ella, sentada en sus rodillas o buscando llamar la atención de los serios y rigurosos adultos que carecían de tiempo para dedicar a aquella niña que jugaba en el jardín de la villa paterna. Por las cartas que ambos hermanos se escribían, y de las que Licia tuvo conocimiento antes de abandonar su hogar familiar para casarse, la relación era, sin embargo, afectuosa, y Anthemius parecía ser un cauto y cuidadoso administrador de una explotación agrícola próspera y provechosa, que proporcionaba a su padre ingresos regulares año a año. Se trataba de un largo viaje, pero de alguna forma intuía que la lejanía de su destino la ayudaría a separarse de los peligros que habían invadido su vida de forma tan abrupta.

Sin pensarlo más, puso un pie en uno de los escalones del frontal del carruaje y subió al pescante. Observó a los dos caballos, de gruesas patas y lomo alto ligeramente encorvado por la costumbre de arrastrar pesadas cargas, cabeceando levemente, manteniendo una quietud que solamente esperaba una nueva orden de marcha. Licia calculó que desde la salida de Augusta Treverorum habrían recorrido durante la noche al menos treinta millas. Por lo tanto, tendría que estar cerca de la siguiente *mansio* de la calzada y, en consecuencia, cerca de un lugar seco y cálido donde podría reponer fuerzas, ordenar en paz sus pensamientos y decidir su futuro. No lo dudó más. Cogió con una mano la fusta y con la otra las riendas y, dando una breve orden a los animales, se puso nuevamente en marcha recordando, en una confusión de sentimientos, la vida nueva que le había regalado Quinto cada instante que había compartido con él y una cierta ira irracional por todos los cambios que aquel encuentro casual había deparado a su hasta entonces ordenada existencia. Decidió atesorar aquellos momentos en su interior y, con la mirada puesta en un horizonte despejado de nubes, se dejó llevar encaminándose hacia su nuevo destino, principio de los nuevos días que habrían de llegar.

X

Humo y cenizas

Lucio tendió su odre con nieve derretida a un Quinto quebrado por el dolor, quien bebió con avidez aprovechando el breve momento de descanso al que se habían visto obligados por el estado del general. Habían deambulado por aquellos bosques toda la noche, ladera arriba, evitando las cercanías del sinuoso trazado de la calzada que salvaba las colinas en pronunciadas curvas para mantener una pendiente constante. Catorce hombres y trece monturas exhaustas intentaban alcanzar en la oscuridad, guiados por Cayo Verón, buen conocedor de la zona, la relativa seguridad que el *limitaneus* entendía que podría proporcionar el fuerte fronterizo —o lo que quedara de él— a aquellos supervivientes agotados y vencidos. Abandonada toda idea de alcanzar alguna de las ciudades ribereñas que suponían ya en manos del invasor, apenas sostenían su ánimo con la esperanza de encontrar refugio para recuperar fuerzas, curar las heridas y reflexionar sobre una situación que, a ninguno de ellos se le escapaba, era verdaderamente grave. Cansados y heridos, caminaban envueltos en un espeso manto de negrura y abatimiento, conscientes de que para ellos y para Roma la larga carrera de la historia había comenzado a acelerar su final. El fin de los tiempos, el comienzo de una noche oscura, sin luna que, como manto de luz entre tinieblas, cobijara a los miles de muertos que yacían en el valle, fruto quizás de un destino insoslayable, demasiadas veces tentado y siempre, hasta entonces, esquivado gracias a la protección de los dioses o la intervención de un hombre providencial que conseguía aunar los esfuerzos y la suerte en defensa del Imperio. Las ciudades habían prosperado, las calzadas unían entre sí el ansia de comercio de los hombres y los soldados de un ejército invencible velaban el sueño de los habitantes, que dormían al amparo de las leyes y la fuerza que las hacía respetar. Todas estas certidumbres se habían disipado repentinamente, obligando a un despertar brusco a quienes se habían acostado tranquilos, mecidos por el suave arrullo de una rutina confiada. En aquellos momentos, los catorce hombres que pugnaban por alcanzar la dudosa seguridad de unas murallas cercadas por el fuego y la muerte eran plenamente conscientes de que la suya era también la tragedia de las vidas de

millones de seres, y esa conciencia caía sobre ellos como una pesada losa.

—Tenemos que seguir —dijo Lucio mirando a su amigo—. Está amaneciendo y pronto seremos una presa fácil de cazar para los rezagados. ¿Cómo te encuentras, Quinto?

Se arrodilló junto al general, que mantenía su tez lívida por la sangre perdida en el trayecto, y con suavidad fue desenrollando el improvisado vendaje aplicado sobre la pierna del *magister militum*. Quinto no esbozó gesto alguno cuando comprobó el aspecto de la herida, amarillenta y supurante, en claro síntoma de que una infección pugnaba por crecer. No sentía el dolor físico, pero sí le dolía el alma, ennegrecida por la pérdida de aquellos miles de hombres muertos bajo su mando, habiendo sobrevivido él cuando debió perecer junto a ellos, salvado al menos su honor. Enmudecido desde la huida, Quinto observó cómo su amigo sustituía aquellos trapos sucios por su propio pañuelo de cuello, humedecido en la nieve. El frescor de la tela lo alivió durante unos segundos. Cerró los ojos. Tenía que haber muerto, pero estaba allí, con aquellos hombres que lo acompañaban y que se negaban a abandonarlo. Llevó la vista a Cayo. Permanecía algo alejado, mirando hacia la espesura que aún cerraba la vista de la cima de la colina. Palmeaba su montura, agrupada junto a las otras mientras escarbaban en la nieve en búsqueda de los brotes de hierba aplastados que pudieran paliar el desfallecimiento de aquellas bestias. Pensó en todo lo que dejaban atrás, en las puertas que se abrían al enemigo con su derrota, en las ciudades que se enfrentarían, ahora indefensas, a un ejército victorioso que acumulaba la rabia de meses de hambre e impotencia. Augusta Treverorum ante sus ojos, inerme. Y Licia. Siempre Licia. Siempre esa visión, ese recuerdo que lo perseguía y ante el que ahora se avergonzaba por el solo hecho de estar vivo tras la matanza. Confió en que en aquel momento en que él se culpaba de no haber muerto ella se hallara a salvo a millas de distancia, gracias al aviso que había cursado a su familia a través de Lucio. Lo creía firmemente. Tenía que hacerlo para no caer en la desesperación de sentir que por su impericia ella pudiera estar en peligro. Intentó apartar de su mente el recuerdo de aquellos antiguos encuentros que, al sentir que nunca se repetirían, lo torturaba aún más profundamente que el dolor de la herida y a duras penas consiguió reprimir el deseo de acabar con todo en aquel preciso instante. Cerró los ojos y durante unos segundos se dio cuenta una vez más de que el impacto intenso y profundo que aquella mujer había causado en su vida perviviría durante el tiempo que los dioses quisieran regalarle hasta el fin de sus días. Y se abandonó durante unos instantes al el dulce veneno con el que la melancolía y la tristeza consiguen apagar el ánimo de los hombres.

—Quinto, debemos partir ya —insistió Lucio, ayudando al general a levantarse y rompiendo con su voz apremiante las amargas reflexiones del general—. Cayo dice que el fuerte se encuentra al otro lado de la colina. Con suerte, estará abandonado. Supongo.

Miró hacia el *limitaneus,* que asintió en silencio, ensimismado en sus propios pensamientos, sin revelar la angustia y la esperanza que en el fondo de su ser mantenía de encontrar con vida a su familia.

—De acuerdo, continuemos antes de que den con nosotros.

Lucio se alegró por el súbito regreso de su amigo al mundo de los vivos. Con un gesto, indicó al resto de los jinetes que se dirigieran a sus caballos y, mientras ayudaba al general a incorporarse con dificultad a la grupa del suyo, pensó brevemente en la situación de aquel grupo de fugitivos. Sin comida, rodeados de enemigos, su única posibilidad residía en lo fuerte que resultaran ser la ambición y la codicia de botín de los invasores. La victoria había dejado franco el camino hacia Augusta Treverorum, y probablemente ni en Bingium ni en Mogontiacum quedaba ya nada que saquear, si las tropas que en el último momento los rodearon eran las que provenían de ambas ciudades ribereñas. Se estremeció al pensar en la suerte de sus habitantes, y sobre todo en el destino que esperaba a la antigua capital imperial, sin tropas que la defendieran, puerta abierta a la Galia, al corazón del Imperio. La voz de Cayo Verón lo obligó a abandonar aquellos pensamientos.

—Mi centurión —Cayo no sabía cómo debía hablarle al amigo del general—, desde lo alto de la colina se podrá ver a lo lejos el curso del Rhenus, y entre el río y nosotros, en el centro de un pequeño valle, deberíamos encontrar el fuerte. Probablemente a cinco horas de marcha desde aquí, si no tenemos contratiempos. —Utilizó el eufemismo para no mencionar la sospecha de peligro que embargaba a todos los presentes.

—De acuerdo, Cayo. Hagamos un último esfuerzo. Vamos allá. —Y dirigió su montura con un leve tirón en las riendas, avanzando entre los árboles junto con el resto de los jinetes, dejando tras de sí el rastro del caminar lento y agotado de unos soldados vencidos y hambrientos.

—¡El Rhenus! ¡Allí!

Cayo Verón señaló el curso serpenteante, apenas visible desde la cima de la colina, de un cauce que reflejaba sobre su lecho blanco los rayos de sol que al fin iluminaban aquel mediodía claro de invierno. Entre la atalaya desde la que permanecían agotados y expectantes aquellos catorce hombres y la antigua frontera, varias escarpaduras más conformaban un pequeño valle con forma de caldera desde el que

podía distinguirse el trazado de la calzada que provenía de la intersección de caminos en el que se situaba el puesto fronterizo de los *limitanei* hacia el que marchaban. Las montañas que rodeaban la posición estratégica no permitían ver el fuerte, pero sí una tenue y vertical columna de humo que ennegrecía la claridad de la luz invernal, mostrando a aquellos soldados la evidencia de que la posición fortificada ya había recibido el impacto de los invasores.

—No perdamos tiempo —dijo Lucio, rompiendo el espeso silencio que se había adueñado de aquellos hombres ante la constatación de la tragedia—. Aún nos quedan algunas horas de camino, y desde aquí debemos de ser visibles a millas de distancia.

Quinto miró a Cayo y comprobó que el gesto sombrío en el rostro del soldado se acentuaba por momentos. Hizo una seña a Lucio para que lo observara.

—Sí, Quinto. Lo sé. Creo que aún mantenía alguna esperanza de que hubieran pasado de largo. No sé a lo que nos enfrentaremos, pero es nuestra única posibilidad para encontrar algo de comida y forraje, si es que queremos sobrevivir.

—Y regresar a Rávena —escuchó el centurión a sus espaldas.

—Y regresar a Rávena, por supuesto, Quinto.

—Debemos vivir —afirmó Quinto con determinación.

Lucio lo escuchó sorprendido sin decir nada. Su general había tomado al fin una decisión. Se alegró de que hubiera abandonado su deseo de morir, pero no pudo evitar preguntarse, mientras comenzaban el descenso, qué pasaba por la cabeza de su amigo para haber adoptado ahora ese cambio brusco en un estado de ánimo hasta ese momento taciturno y oscuro.

Los dos catafractos que habían sido enviados como exploradores regresaron al lindero del bosquecillo donde el grupo se ocultaba, a la espera. Se acercaron a Quinto, que permanecía tumbado en el suelo tiritando por un acceso de fiebre. Se incorporó levemente para recibir con cierta dignidad el informe de sus soldados.

—Está vacío —dijo uno de los jinetes sármatas en un tosco latín—. No hay nadie aparentemente. Las puertas están abiertas y aún arden algunos edificios, pero no hemos podido ver ningún tipo de movimiento, ni dentro del fuerte ni en el poblado. Todo parece estar en calma, general.

Quinto escuchó en silencio. Le dolía la pierna, y no quería mostrar la debilidad que sentía, consumido por aquel acceso febril. A duras penas, tratando de imprimir un tono de autoridad a su voz y tras reflexionar unos instantes, informó de sus órdenes.

—Vayamos entonces. Cayo conoce el lugar. Encabezaré la columna. —Miró a Lucio, que hizo un gesto de desaprobación—. Y quiero cabalgar solo. Dejadme al menos que afronte esto con un mínimo de decoro. Cayo me acompañará. Detrás, en columna, el resto. Seamos cautos, pero intentemos componer algo similar a una milicia ordenada. —Suspiró y trató de incorporarse con la ayuda de uno de los sármatas—. ¡Adelante!

El grupo de jinetes avanzó cautelosamente por la calzada que conducía a los restos de lo que fue orgulloso baluarte defensivo. A ambos lados, los edificios derruidos del poblado que había crecido junto a la posición fortificada aún mostraban las huellas humeantes de la destrucción por el fuego. Silenciosos, dominados por el sentimiento opresivo que siempre acompaña a la muerte cuando esta está presente, los soldados contemplaron la desolación que se mostraba a su paso. Los tejados hundidos, las puertas desencajadas violentamente de sus goznes, renegridos los marcos por las llamas, el conjunto proporcionaba una visión terrible y completa de los efectos de la guerra. No encontraron, sin embargo, los cuerpos de los desgraciados habitantes de aquel conjunto de viviendas y comercios. Más allá del sonido de los cascos de los caballos, y del crepitar de algún fuego que aún no había terminado de saciar su hambre, no se escuchaba sonido alguno que delatara presencia humana entre aquellos restos. De repente, Cayo, que avanzaba en cabeza de la comitiva junto a Quinto, frenó en seco su montura. Permaneció parado, con el rostro demudado junto a una de las viviendas situadas a la izquierda del camino. Una construcción modesta con base de piedra recrecida por mampostería de la que no quedaba más que el recuerdo de unas cuantas vigas ennegrecidas sepultadas por un cúmulo de tejas.

—Mi casa. Esta era mi casa —dijo con voz apenas audible mientras contemplaba los restos fijamente.

—Lo siento, Cayo.

Quinto intentaba trasladar su afecto al *limitaneus,* aun a sabiendas de que poco podía decirse en aquella situación. Imaginando la inquietud del soldado, el general lanzó una mirada a dos de los catafractos que los acompañaban más retrasados y ambos entendieron el significado de la orden. Desmontaron y con paso cauteloso se adentraron entre los restos del edificio. Todos esperaron, mientras Cayo Verón seguía sobre su caballo, sin moverse, sin alterar su gesto, en una suerte de estado letárgico, sumido en sus pensamientos, ajeno a todo.

—Aquí no hay nadie, general. —Los sármatas regresaron tras haber

buscado entre los escombros—. Si habitaba alguien estas viviendas, o huyó antes del ataque, o bien…. —dudó el catafracto—, o bien han sido apresados, pero este lugar está vacío.

Todos miraron al *limitaneus,* quien como única respuesta tiró de las riendas de su caballo y sin aguardar orden alguna se dirigió a paso lento hacia la entrada del fuerte.

—Quizás pudieron escapar —acertó a proponer cautamente Marcus, que había permanecido en silencio absoluto desde que abandonaron el campo de batalla.

Se notaba en él un deseo de encontrar consuelo para quien había sido su protector y guía en el desastre del valle. Sin duda, con aquel anhelo pretendía compensar el abatimiento en el que todo aquel cúmulo de catástrofes lo había sumido. Una leve esperanza que resultó cercenada cuando, cerca ya de la puerta de la fortificación, el grupo pudo ver el cuerpo de un anciano clavado contra la puerta de lo que parecían haber sido unas modestas termas. Junto a él, el cadáver de un hombre corpulento yacía boca arriba. Cayo paró un instante su marcha y dedicó una mirada a los cuerpos.

—Ulpio, un viejo loco. Y Romegus, el regidor de la *mansio.* Un borracho —dijo con voz seca y cortante, y siguió adelante sin más comentarios, penetrando en silencio en la fortaleza entre las enormes puertas abiertas de par en par.

Lo que vieron allí los sobrecogió. Junto a la entrada, y desperdigados como en un reguero de desolación que la muerte hubiera dejado a su paso, los cadáveres de los antiguos defensores de la posición permanecían en el mismo lugar donde el filo de una espada o el golpe de un hacha los hubo sorprendido. El frío intenso de aquellos días había preservado el estado de los cuerpos, todos ellos despojados de sus cotas de malla y armas, petrificada su mirada en el último instante de vida que pudieron contemplar, reflejando el horror de un final inesperado y brutal. El grupo, encabezado por Cayo, como conocedor de la fortificación, continuó en silencio su recorrido. A izquierda y derecha los restos de los edificios, algunos aún humeantes, componían un marco aterrador para aquella escena de desolación. Mientras se acercaban a lo que un día fue el cuartel general del emplazamiento, descubrieron sobrecogidos los signos de la masacre indiscriminada que allí había tenido lugar, reflejados en aquellos hombres abatidos que una vez fueron prueba viva de la fuerza y seguridad de una frontera ya inexistente. Por fin, los jinetes llegaron al edificio principal del fuerte. Conservaba su estructura aparentemente intacta, probablemente debido a su sólida construcción con sillares de piedra. Descabalgaron, y, mientras los jinetes liberaban de su peso a sus monturas, agotadas y escuálidas, no pudieron apartar la mirada de la entrada. En ella, crucificado contra la puerta de madera,

permanecía a merced de aves de rapiña y alimañas el cuerpo de Tulio Servio, tribuno de la XIV Cohorte de *limitanei,* antiguo *comes* caído en desgracia, comandante del fuerte.

—Habría que enterrarlo o quemarlo. —La voz sorprendió a todos a sus espaldas—. Yo solo no he podido hacerlo.

—Clodius… —Cayo interpeló por su nombre al intruso. Al comprobar que los dos hombres se conocían, los soldados relajaron el instintivo gesto de empuñar sus armas que los había dominado al escuchar aquella voz inesperada—, ¿qué haces aquí?

—Extraña pregunta, Cayo; yo vivía aquí, como bien sabes —contestó el interpelado, con cierto punto de desdén, mientras se aproximaba al grupo.

—Me refiero exactamente a eso, Clodoveo —acentuó la pronunciación de su nombre germánico—. ¿Qué haces aquí *vivo*?

—Siempre tan comunicativo, Cayo Verón… —sonrió con desgana—. Estoy aquí porque pude escapar a tiempo cuando toda la furia de los dioses se abatió sobre el fuerte. —Miró a todo el grupo uno a uno—. Vaya, veo que las cosas no han ido muy bien por ahí. —Observó a Quinto—. Un general. Nada más y nada menos. —Escupió en el suelo—. No me gustan los generales, aunque no había visto nunca uno hasta ahora.

Quinto agarró su puñal al escuchar esas palabras. Los restantes soldados se acercaron amenazadoramente.

—Es evidente —dijo Quinto, levantando la mano para contener a sus hombres— que tu aversión al mando te ha librado de combatir, por lo que veo.

Sintió que se mareaba de repente; se tambaleó y tuvo que ser sostenido por uno de los catafractos que se encontraban junto a él.

—No te ofendas, general. —Clodius examinó la herida nuevamente supurante del *magister militum*—. No se trata de eso. —Se puso más cerca, pero se detuvo dubitativo—. Puedo ayudarte. Fui asistente del médico del destacamento cuando este lugar tenía algo similar a un médico, desde luego. Déjame ver la pierna.

El sármata se interpuso.

—Déjale. No creo que lo empeore —hizo una mueca de dolor—, pero primero —señaló el cadáver de Tulio Servio— hay que ocuparse de ese hombre. Luego miraremos la herida.

—Ese hombre… —Clodius miró hacia la puerta—. Ese hombre era un viejo amargado y déspota.

—Pero ahí está él, muerto junto con su guarnición; junto a *casi* toda su guarnición. —Cayo miraba con ira a su antiguo compañero.

—Tú lo has dicho: los dos hemos sido afortunados, ¿verdad?

A Cayo no se le escapó la poco velada acusación. Empezaba a cansarse de aquella conversación, pero se contuvo. Tenía otras

inquietudes que pelearse con aquel estúpido arrogante.

—¿Y la gente del pueblo? ¿Dónde están los habitantes del *vicus*? —preguntó con ansiedad.

—Ah, tu familia. Lo siento mucho, Cayo. —Pareció cambiar el tono ante la angustia que reflejaba la pregunta del *limitaneus*—. Entraron todos en el fuerte cuando comenzó el ataque. El comandante ordenó que se refugiaran en nuestros barracones.

Cayo no esperó más. Echó a correr en dirección hacia donde se ubicaban los alojamientos de la tropa, y ni siquiera escuchó a su compañero cuando le gritó a modo de advertencia.

—¡No vayas, Cayo! —Y bajando su tono, casi en un susurro—: Quizás no te guste lo que veas.

Cuando el *limitaneus* llegó a los restos de lo que habían sido los largos barracones destinados a alojar a los soldados, la escena que contempló hundió su espíritu hasta la sima más profunda de su alma. Frente a él se hallaban las ruinas de un edificio ennegrecido, sepultado su interior por un gran cúmulo de escombros. Cascotes y vigas aún humeantes se habían desplomado por efecto del fuego y solamente sobrevivía una estructura que mostraba descarnadamente, como el esqueleto de un gran animal, el espacio vacío y yermo que dejaba la muerte a su paso. Frente a aquella desolación, Cayo permaneció impasible con la mirada fija en las grises chimeneas de humo que aún se elevaban al cielo, transportando en su frágil vuelo los recuerdos de cientos de seres indefensos que habían perecido por el fuego. El viento helado que azotaba el rostro del soldado hacía vibrar aquella columna en el aire, disipándola, como un triste homenaje a la fragilidad de todas las vidas consumidas en aquel holocausto, y el *limitaneus* no pudo reprimir entonces, ante el convencimiento de que había alcanzado una frontera temible e inesperada, el llanto amargo de quien todo lo ha perdido y ya no encuentra esperanza.

Tras él, una mano se posó en su hombro. Clodius se había acercado, y trató de que su voz sonara firme y amigable a la vez.

—Los encerraron. No los dejaron salir y prendieron fuego al edificio. No hubo prisioneros.

Cayo lo miró súbitamente con furia, apartando su mano bruscamente, contenido ya su llanto como si se tratara de una inexcusable debilidad. Sus ojos trasladaban ira y odio a duras penas contenidos.

—¿No hubo prisioneros? —La voz del *limitaneus* sonó dura y cortante—. ¿Y tú, Clodius? ¿Cómo es que tú sobreviviste?

—Sí, Clodius. ¿Qué ocurrió aquí exactamente?

Lucio se había aproximado a los dos guardias fronterizos, acompañado por Marcus. Había ordenado a los sármatas que resguardaran a Quinto en el interior del *praetorium*. Clodius se

revolvió incómodo, pero pronto su faz se transformó y esbozó una sonrisa sardónica.

—Vaya, los valientes supervivientes de una batalla me interrogan sobre cómo pude salvarme. Yo, un pobre *limitaneus* sin familia ni amigos despertando el interés de unos huidos del combate.

Miró desafiante a sus interlocutores. Lucio prefirió ignorar la insinuación e insistió.

—No has contestado a mi pregunta, soldado. ¿Qué pasó aquí exactamente?

Clodius se tomó un tiempo para contestar. Miró hacia los restos carbonizados de lo que una vez fue su propio alojamiento, compuso el rostro y comenzó a narrar.

—No hay mucho que contar. El fuerte fue atacado de noche y resistió los primeros asaltos. Nos defendimos bien, creo yo, y hay que reconocer que el viejo —dudó—, el comandante, resultó ser un jefe competente. Pero eran miles, o al menos eso parecía. Llegaron a poner pie en la muralla, pero finalmente fueron rechazados. Luego algo ocurrió. Desconozco qué fue lo que pasó, pero súbitamente nos vimos rodeados por una avalancha de guerreros que había entrado en la posición de alguna manera que ignoro. Con ellos dentro, la resistencia fue inútil. Cuando vi que apresaban al comandante, decidí escabullirme. Me oculté en el granero. Imaginaba que querrían conservarlo —señaló un edificio intacto a sus espaldas—, y desde allí pude ver cómo caía el fuerte y lo que sucedió después.

—¿Y qué es lo que sucedió? ¿Qué fue lo que viste mientras permanecías escondido cuando mataban a tus compañeros, Clodius?

—Voy a pasar por alto este nuevo insulto, Cayo, pero te advierto que no toleraré ninguno más —contestó desafiante el *limitaneus*.

Cayo se acercó un paso y Lucio se interpuso entre ellos.

—Ya ha habido demasiadas muertes por ahora. —Separó a los dos con sus brazos—. Continúa, soldado.

Clodius dio muestras de tranquilizarse y envainó de nuevo su espada, a medias desenfundada ante el gesto agresivo de su compañero.

—Lo que sucedió entonces apenas pude verlo, pero lo cierto es que los habitantes del *vicus* que se encontraban refugiados en los barracones empezaron a salir, intentando escapar. Sin embargo, pronto fueron contenidos y obligados a introducirse de nuevo en el edificio. Cerraron las puertas. Luego, prendieron fuego a la estructura. Aprovechando que los asaltantes estaban entretenidos en el pillaje y mientras contemplaban el incendio, me escabullí. Nadie me prestó mucha atención. El resto es simple. Me cobijé —señaló hacia el este— en los bosques de las colinas cercanas al río. Supuse que no volverían en la dirección de la frontera. Y acerté. A la mañana siguiente, ya

abandonaban el fuerte. Imagino que para dar más tarde con vosotros. Aquí había ya poco que hacer. Desde entonces he sobrevivido escondido entre estos restos, cazando algo que me mantuviera en pie y calculando mis posibilidades para escapar de aquí. Hasta que habéis llegado. Fin de la historia.

—Cobarde —dijo Cayo con frialdad.

—¿Cobarde? —Clodius se revolvió—. Entiendo que tu razón se encuentre nublada en estos momentos, Cayo, pero mira a tu alrededor. ¿Qué piensas que podría haber hecho? Y, sobre todo, ¿cómo te atreves a acusarme a mí de cobardía cuando vosotros estáis aquí, vivos? Precisamente aquí, escapando de los dioses saben qué combate. Guárdate tu ira para maldecir a tu destino y a quienes lo propiciaron, pero olvídate de mí si no quieres que midamos nuestra valentía y quede claro así quién de los dos es realmente un cobarde.

—¡Basta! —La voz de Lucio sonó potente y retumbó en aquel escenario trágico—. Volvamos al *praetorium*. Allí decidiremos qué hacemos ahora. Pero, ante todo, Clodius, intenta curar la herida del general. —Se volvió a Cayo y Marcus—. Procurad encontrar todo lo que nos pueda resultar útil. Avena para los caballos, si es que queda algo, comida, armas, lo que sea. Tendremos que salir de aquí cuanto antes. El general quiere que viajemos a Rávena.

—¿A Rávena? —se sorprendió Clodius—. Tu general está loco, centurión.

—Ante todo, soldado, me gustaría dejarte una cosa clara: también es tu general desde ahora. Piénsalo. Si prefieres quedarte aquí, puedes hacerlo, pero entonces tendrás que decidirte ya. Si, por el contrario, quieres vivir, te aconsejo que nos acompañes, y si nos acompañas, tendrás un general y obedecerás sus órdenes. No nos vendría mal otra espada, desde luego, pero creo que podríamos sobrevivir sin ti.

—Está bien, centurión. —Clodius sonrió—. No hace falta que te enfades. Vamos a ver a tu… al general. Veremos qué puedo hacer.

XI

La ciudad ha caído

Primeramente, fue un solo soldado. Agotado y con el rostro lívido, fruto de la incipiente congelación que ya comenzaban a sufrir sus extremidades, el arquero cruzó el umbral de la Porta Principalis y se desplomó frente al cuerpo de guardia. Posteriormente y a lo largo de la mañana, fueron llegando en un trágico goteo algunos de los hombres que habían conseguido escapar de la matanza. Pronto, la noticia había corrido por toda la ciudad. Las legiones habían sido derrotadas y apenas había supervivientes. Augusta Treverorum se despertaba así a una nueva realidad, la de una población desarmada y abandonada a su suerte. En pocas horas, aquellos a los que antiguas y efímeras experiencias bélicas habían convertido en más prudentes hicieron acopio de provisiones, cargaron sus enseres en carromatos y empezaron a abandonar la ciudad, formando improvisadas agrupaciones de refugiados que afrontaban la huida invernal con el espíritu de animales acosados y el ánimo hundido. En el foro y en las calles, los rumores circulaban sin freno y noticias de todo tipo se daban por ciertas contra toda evidencia. Algunos instaban a sus conciudadanos a huir, mientras otros pugnaban por convencerlos sobre la conveniencia de la lucha. Había quienes pronosticaban el fin de los tiempos y lanzaban sus predicciones al viento, satisfechos si conseguían reunir una audiencia mínimamente aterrada. Estaban también los que aseguraban que se encontraban en camino las legiones de *comitatenses* asentadas en Britania, que, habiendo ya desembarcado en el continente, acudían en socorro de la capital del Rhenus. La mayoría escuchaba, opinaba y alternativamente dirigía la indignación de sus comentarios hacia aquellos soldados y mandos que no habían sabido defender a sus ciudadanos, como, sin duda, lo habrían hecho antiguos y legendarios generales.

Al tiempo que la ciudad iba despertando con la noticia de la catástrofe desafiando al frío que se había adueñado de la mañana y de los corazones de la población, un esclavo salió corriendo de las termas del puente y marchó apresuradamente hacia las oficinas palatinas. Remontando el *decumanus* y sorteando tanto los grupos de ciudadanos alarmados como los carromatos de quienes no querían esperar a

conocer el desarrollo inmediato de los acontecimientos, aquel hombre angustiado consiguió acceder por fin al impresionante recinto presidido por la basílica palatina. Pidió ser recibido de inmediato.

En el interior del enorme edificio, reunidos en improvisado y urgente concilio, los miembros de la curia de la ciudad debatían apasionadamente sobre las últimas noticias que habían convulsionado la vida de la población. El viejo *magister officiorum* dirigía sus palabras al reducido grupo, bajo la atenta y preocupada mirada del obispo. Mientras escuchaba la voz potente y aún firme del viejo magistrado, Juvenus tenía sus pensamientos en otro lugar. Ausente, parecía estar en otro mundo, reflejando en su rostro la impenetrabilidad de unos sentimientos que, para su sorpresa, lo mantenían indiferente ante hechos y órdenes que, sin duda, habían dado un vuelco a su vida y en los cuales él había sido partícipe directo. El mandato dado a su esclavo, la verdad de su relación marital, la prosperidad de sus negocios, salvada aparentemente gracias a los acuerdos alcanzados… Todo había cambiado en cuestión de días, y pese a ello mantenía una fría calma que incluso a él mismo no le dejaba de sorprender. La interpelación repentina del orador interrumpió sus pensamientos.

—Juvenus —el anciano imprimió a sus palabras un tono trágico, como, sin duda, correspondía a la ocasión—, deseamos conocer tu opinión.

—¿Mi opinión? —El interpelado hizo como si regresara de golpe al mundo real—. Mi opinión poco cuenta en estas circunstancias. —Hizo una pausa que pretendía aparentar artificiosamente una falsa humildad, pero al cabo continuó hablando—. Pero si el *magister officiorum* desea saberla, la expresaré muy gustosamente. Creo que debemos permanecer tranquilos. No tenemos que llevarnos por el pánico. —Se ajustó la túnica con gesto solemne y se puso en pie, levantando la voz, que retumbó entre las bóvedas de la inmensa sala —. Todo esto pasará. Ya hemos vivido ataques en la frontera en anteriores ocasiones. Las hordas bárbaras se conformarán con saciar su hambre y, conforme el invierno avance, se irán desperdigando.

»Nuestras tropas acudirán, como otras veces, y todo volverá a su ser —continuó, cada vez más enardecido, al comprobar la atención que había suscitado—. Esta es una ciudad magnífica. Un ejemplo de cómo la civilización que representamos es capaz de alumbrar prosperidad y paz. Mirad a vuestro alrededor. —Hizo un gesto teatral mostrando los espectaculares revestimientos de mármol blanco y negro de las paredes del edificio. Esto es lo que hemos conseguido; nuestro comercio es próspero, las rutas son seguras y rápidas. ¿De verdad vamos a permitir que todo se desmorone por unos cuantos bárbaros harapientos que, sin duda, se sobrecogen, al igual que todos nosotros, ante la magnificencia de cientos de años de gloria? Roma es inmortal

y, en consecuencia, Roma no perecerá. Yo, sin duda, me quedaré para comprobar cómo los invasores regresan a sus viejas chozas al otro lado del Rhenus.

Se sentó y cerró los ojos. Un silencio sepulcral acompañó el fin de su parlamento, y, en tanto que Juvenus se deleitaba aún con el sonido de sus propias palabras, el obispo de la ciudad se levantó trabajosamente, ayudado por un sacerdote de aspecto juvenil que lo acompañaba.

—Elocuentes palabras, sin duda. Dignas de un respetable y noble ciudadano. —Carraspeó—. Por supuesto, es mi deber dejar claro desde un principio que ni yo ni mis sacerdotes abandonaremos a nuestro rebaño. Confío ciegamente en la protección de Dios nuestro señor —Juvenus asintió complacido—, pero —imprimió un tono dramático a su parlamento, mientras señalaba hacia los enormes ventanales— debemos mirar ahí fuera. Desconozco cuáles serán los designios del Altísimo para esta ciudad, y, sin embargo, lo cierto es que cuando venía hacia este cónclave he podido comprobar cómo muchos habitantes preparaban apresuradamente sus enseres y abandonaban Augusta Treverorum.

Unos murmullos acompañaron las palabras del obispo.

—No podemos obviar la influencia que las graves noticias que han llegado a nuestros oídos pueden tener en los corazones de la gente. —Juvenus intentó hablar—. ¡No! Permíteme continuar, Juvenus —interrumpió con voz que sonó sorprendentemente firme para ser proferida por un anciano—. Según los informes que he recibido, las dos legiones enviadas al combate han sido exterminadas completamente. ¡Dos legiones! —El rostro del anciano se tornó carmesí al tiempo que elevaba el tono y la pasión de su discurso tomaba forma—. Miles de soldados, perfectamente armados y adiestrados, han sido vencidos. Por lo que conozco, solamente han sobrevivido unas decenas y el general y su Estado Mayor han perecido en el combate.

»No parece que haya sido obra de unos “bárbaros harapientos”. —Miró desafiante a Juvenus—. Los testimonios de los supervivientes son claros: las tropas que decantaron la suerte de la batalla venían desde Bingium y Mogontiacum, lo cual debe hacernos suponer que poco o nada queda ya de ambas ciudades. Alabo el coraje de quien ha hablado ante esta curia con expresiones loables de confianza y valentía y os aseguro que nadie me obligará a abandonar mi sede, pero creo que la realidad es diferente a la representada por las palabras que acabo de escuchar. Ruego a esta curia que sea sensata y adopte las medidas necesarias para proteger esta urbe gloriosa. No bastará con mirar hacia otro lado.

El obispo se sentó con dificultad, exhausto, tras lo que pareció un

evidente esfuerzo para un anciano. El *magister officiorum* tomó la palabra.

—Agradezco, todos lo hacemos, las clarividentes opiniones de nuestro obispo. Sin duda, Dios habla a través de él, y en él debemos confiar. Todos queremos rechazar a estos invasores y somos conscientes de que la situación no es tan sencilla como algunos consideran —miró a Juvenus con dureza—, y por eso estamos aquí, para encontrar entre los nobles partícipes de esta asamblea, juntos, la mejor manera de afrontar este problema. Pero resulta necesario exponer ahora cuál es la realidad de los medios de defensa de los que disponemos.

Echó sobre su hombro un pliegue de la toga ceremonial que se había vestido para presidir la curia y se dirigió al centro del semicírculo en el que se hallaban sentados los representantes más prominentes del gobierno de la ciudad. Alzó la voz para que fuera escuchada con claridad, mientras adoptaba un aire de impostada indignación.

—¡Cuatrocientos hombres! Esto es lo que el *magister militum* nos dejó para defendernos. Cuatrocientos soldados que apenas sirven para proteger la Porta Principalis. No podemos soslayar esta realidad. Si Bingium y Mogontiacum han caído, no podemos dudar de que los ojos de esos bárbaros se habrán de poner en nuestra ciudad. Así, nuestra única duda es la de conocer de cuánto tiempo disponemos. No seremos capaces de presentar batalla, y, aunque los muros son fuertes y, sin duda, contamos con la protección de Dios nuestro señor —miró al anciano obispo, que escuchaba sus razonamientos con gesto impenetrable—, debemos afrontar esta prueba con realismo.

—¿Y qué propone el *magister officiorum*? —preguntó con aspereza Julius Marcius, el joven *comes* que aspiraba a sustituir al interpelado en el gobierno de la Administración imperial del territorio.

—Pactar. Llegar a un acuerdo con esa gente. Suministrarles el alimento que necesiten y por el tiempo que precisen para pasar el invierno —dudó— y, sin duda, el pago económico que nos exigirán. A cambio, deberán respetar la ciudad y pasar de largo.

Los reunidos se miraron entre ellos. El obispo estalló.

—¿Pactar? ¿De verdad al *magister officiorum* solamente se le ocurre entregar nuestras reservas de grano y nuestro tesoro a quienes han exterminado a miles de hombres y han arrasado ya dos ciudades? ¿Es esa su única propuesta?

—¿Qué otra salida tenemos? —Se revolvió incómodo el alto funcionario.

—¡Defendamos las murallas! No hace falta ser experto en el arte de la guerra para darse cuenta de que Augusta Treverorum está bien protegida, y no creo que esos bárbaros dispongan ni sepan construir

máquinas de asedio.

El obispo se encontraba alterado e imprimía a su voz el tono de desesperación de quien intuye que su opinión va a ser desestimada por una mayoría asustada.

—Ya lo he dicho. No es posible —contestó con cierto tono de hartazgo el interpelado—. Si nos defendemos, la ciudad terminará por caer y nada ni nadie la salvaría del saqueo que seguiría al asalto. Si mi propuesta se aprueba, nombraríamos a quien pueda representarnos ante ellos y alcanzaríamos un pacto que resulte beneficioso, hasta que lleguen refuerzos de Britania o de Italia. Es, sin duda, la mejor solución, y planteo formalmente la propuesta —contestó terminante el *magister* mientras regresaba a su sitial y los miembros de la curia se levantaban y exponían desordenadamente y a gritos su apoyo o rechazo a la solución propuesta.

Juvenus, que permanecía sentado en tanto que las voces se entremezclaban confusas bajo la imponente bóveda, miró a su superior. Este le sostuvo la mirada sin articular palabra. El curial, por fin, adoptó una decisión, y la llevaría a cabo, fuera cual fuera el resultado del debate.

Aún no había concluido el cónclave y, mientras la discusión y el eco de aquellas opiniones retumbaban en las paredes de la inmensa nave, un liberto empleado en el servicio de la Administración se acercó al *magister officiorum* y le habló al oído. Inmediatamente, el sonido fuerte y seco del bastón ceremonial del responsable civil de la diócesis golpeando el suelo interrumpió la cacofonía de voces, acallando con la autoridad que imprimía aquel símbolo del poder el torrente de gritos e imprecaciones que dominaba la estancia.

—¡Escuchadme todos! —Miró a su alrededor con gesto grave—. Me informan de que el agua ha cesado de manar en la ciudad. Ya no hay suministro ni en las termas ni en las fuentes. El acueducto ha sido cortado. Ya están aquí. Ya han llegado.

Había transcurrido más de una hora desde que los prohombres que gobernaban la ciudad abandonaron apresuradamente la curia, ubicada en el Aula Palatina. Finalmente, el terror había presidido la toma de decisiones y por unanimidad, excepción hecha del obispo, que se opuso con fiereza a la resolución, se había optado por nombrar una comisión negociadora, designando a los partícipes que, encabezados por el propio *magister officiorum,* plantearían a los invasores las propuestas de acuerdo. Juvenus se excusó de ser nombrado para tan dudoso honor aduciendo su escepticismo, pese a su voto afirmativo, y la perentoria necesidad de visitar en su *domus* a su esposa, a la que

describió como gravemente enferma, encerrada en sus habitaciones a la espera de los cuidados de su amado esposo. Acordaron reunirse de nuevo allí tras la embajada. Mientras tanto, se publicaría un edicto en el foro prohibiendo la salida de la ciudad y anunciando el cierre de los comercios, establecimientos y demás dependencias de acceso público, todo ello con la finalidad de evitar en lo posible el pánico o el desorden. Las escasas fuerzas de la ciudad se apostarían tanto en la Porta Principalis como a lo largo del *cardo,* aportando así el carácter de excepcionalidad y tensión que la situación parecía exigir.

Juvenus ajustó las cinchas de su caballo. En el lomo, cubiertas con un manto, las alforjas cargadas con provisiones y todo el oro que había conseguido recuperar, tanto de la caja del gremio de estibadores como del atesorado en sus propias reservas, guardadas celosamente en su *domus.* Palmeó su montura. Era el mejor caballo de su cuadra. Aún recordaba el precio que tuvo que pagar por él, evitando que su fortaleza se quebrantara al participar en una de las últimas carreras de carros que se habían permitido en el circo de la ciudad. Pensó en Licia. Por unos segundos, deseó que ella hubiera estado allí, acompañándolo, pero pronto apartó esa idea de su mente. Ahora ella estaba muerta y a él le esperaba un largo viaje. Estaba absolutamente convencido de que aquellos bárbaros no se conformarían con pasar de largo, cargados de provisiones para el invierno. Si habían comprobado ya que las legiones no eran invencibles, no existía razón alguna para que no se detuvieran y aprovecharan para cogerlo todo. ¿Por qué conformarse con una limosna si al fin aquellas ciudades ofensivamente opulentas se encontraban a su alcance? Desde que los primeros supervivientes fueron regresando de la matanza, él ya sabía que todo estaba perdido. Tuvo claro desde ese momento que abandonaría la ciudad. Por ello, habría preferido que en la curia no se hubiera decidido pactar, ya que para poder abandonar la población de forma discreta lo más apropiado hubiera sido que todos quedaran persuadidos de que nada iba a ocurrir, parapetados tras las murallas, esperanzados en que los invasores pasarían de largo. Lo había intentado, pero había fracasado. Ahora solo quedaba huir. Escapar cuanto antes. Regresar a Rávena e informar al emperador de la trágica pérdida. Retomar su vida de nuevo e incluso, con el tiempo, avanzar en el *cursus honorum,* como le correspondía a un afligido viudo de la hija de un conocido senador. Ansiaba ser *comes* y quizás algún día detentar los más altos puestos en la Administración. Si se quedaba, lo perdería todo. Era el momento de partir.

La noticia corrió como el viento entre la población asustada. ¡Los bárbaros estaban a las puertas y se había decidido pactar con ellos! En poco tiempo, una muchedumbre se agolpaba en el foro. Mientras tanto, la patrulla de soldados que había clavado en las puertas de la basílica el edicto municipal que anunciaba las medidas adoptadas para salvaguardar el orden abandonaba aquel espacio público y se dirigía a sus posiciones.

De inmediato, cientos de ciudadanos cargados con las pertenencias que habían recogido apresuradamente se abalanzaron en dirección a alguna de las tres puertas de la ciudad, pretendiendo escapar de lo que presentían como una catástrofe inminente. Allí, protegiendo las salidas, la escasa guarnición de la urbe había formado una muralla impenetrable, apostada frente a las puertas ya cerradas, empuñando amenazantes sus armas, atentos a la señal de sus mandos e indiferentes a los insultos que los fugitivos les lanzaban entre gritos, improperios y lágrimas de desesperación.

Lejos ya de las murallas, sobre un promontorio salvado por la calzada, Juvenus dedicó una última mirada al lugar que había sido su residencia, su hogar y su negocio desde que abandonó la península itálica recién casado, en busca de la prosperidad. Aquella prosperidad que había encontrado y que se quebraba ahora. Por el momento. Comprobó cómo una enorme mancha de color oscuro se destacaba en la blancura de la nieve, al norte de la ciudad, acercándose como una negra plaga que se desplazaba, informe, rodeando poco a poco los muros que guardaban las almas de miles de hombres y mujeres atenazados por el miedo. Todo se perdería, pensó. También sus recuerdos, abandonados en el interior de aquella urbe ahora asediada. Pero estos ya había decidido borrarlos para siempre. Dejó de mirar y espoleó a su montura. Quedaba por delante un largo viaje.

El *magister officiorum* se ajustó la toga. Sus manos temblaban, y con una rápida mirada confirmó que ninguno de los componentes de aquel séquito se había percatado de ello. Reinaba un oprobioso silencio en la sala principal del aula, y, mientras los comisionados se encaminaban hacia la salida escoltados por una decena de soldados, se podía sentir en el ambiente la carga de las oscuras premoniciones que atenazaban a los presentes. Los soldados aparecieron ante la multitud agolpada en las calles, pertrechados con sus cotas de malla y redondos escudos que los distinguían con sus grabados como miembros de la guardia palatina, destacados de su *vexillatio* en Augusta Treverorum, tras haber

acompañado a Quinto Flavio en su viaje desde Rávena. Abrieron un pasillo y, formados en columna, de manera que ocuparan ambos lados de la vía pública, comenzaron su andadura en dirección a la Porta Principalis, escoltando a los magistrados y prohombres de la ciudad en su misión de parlamentarios. El *comes* Julius Marcius marchaba unos pasos por detrás del *magister officiorum,* y, mientras caminaba intentando mantener con un gesto adusto la apariencia de dignidad que su relevante posición social exigía, pudo fijarse en los rostros de la muchedumbre que asistía en silencio a la marcha de aquella excepcional comitiva. Hombres de avanzada edad los observaban con expresión desaprobatoria algunos, adusta en extremo otros. Sin duda, sospechaban el resultado negativo de la embajada, pretendiendo lanzarles con su reprobación el desprecio que sentían por su cobardía. Otros ciudadanos más jóvenes, que habían rehusado en su momento alistarse como tropas auxiliares en las legiones que habían venido para defenderlos, no podían contener su angustia y asistían al espectáculo con la esperanza de que la vergüenza por su escasa audacia y compromiso en el pasado no se viera ahora castigada. Mujeres y niños, al fin, lloraban quedamente, ocultando algunas de las más jóvenes sus rostros, aturdidos todos, en definitiva, ante el trance de estar viviendo el momento más importante de su ciudad, confiando su destino en aquellos hombres que ahora se dirigían hacia un enemigo que había cobrado forma, al fin, frente a las murallas.

Tras su silencioso desfile, la comitiva llegó ante la enorme fortificación que protegía el comienzo de la ruta hacia el norte desde la ciudad. El grueso entramado de madera y hierro que conformaban las puertas ahora cerradas ofrecía a los presentes una sensación de seguridad que a Julius Marcius cada vez se le antojaba más insensato disipar. El tránsito habitual a través de las dos grandes aberturas rematadas con sendos arcos de medio punto imponentes, pigmentados en sus dovelas con vivos colores, se encontraba sólidamente bloqueado. Desde las torres que flanqueaban el vano de la entrada, parte de la escasa guarnición de la ciudad observaba lo que ocurría en el exterior, fuera de la seguridad que proporcionaban aquellos muros. Se escuchaban fuertes gritos y un sordo rumor de multitud escalaba las piedras que aislaban la población del resto del mundo, contrastando con el silencio lúgubre que sometía en el interior a las almas de los expectantes habitantes de la urbe.

Había llegado la hora. El *magister officiorum* hizo un gesto imperativo a la guardia y las puertas empezaron a abrirse, girando pesadamente sobre sus goznes, emitiendo un grave y sonoro quejido mientras dejaban paso progresivamente a la luz que provenía del exterior. La comitiva, siempre escoltada por la guardia palatina, se puso en marcha y franqueó el vano. La suerte de la ciudad estaba

echada.

Fuera, el espectáculo era aterrador. Hasta ese momento, solamente los centinelas apostados en las murallas habían tenido la oportunidad de vislumbrar la masa de combatientes. Los miles de hombres de guerra y sus familias que rodeaban aquel sector de la ciudad se asentaban sobre las suaves colinas que dominaban como sinuosa atalaya el valle fluvial en el que se ubicaba la urbe. Se distinguían leves penachos de humo que se alzaban al cielo a lo largo de toda aquella multitud, delatando improvisados refugios contra el invierno junto a los que se agrupaban los miles de familias que acompañaban a los guerreros. Divididos por pueblos, vándalos, alanos y suevos se habían repartido su provisional asentamiento en diferentes sectores, y, mientras que en el más alejado de la Porta Principalis se adivinaban movimientos desordenados y aún inconclusos, en la cercanía de la imponente fortificación miles de soldados se encontraban formados en una masa de la que el ocasional sol invernal sacaba reflejos de sus rayos sobre las cotas de malla, escudos y cascos que, arrebatados a las legiones imperiales, ahora formaban parte principal del equipamiento de los invasores.

Julius se sobrecogió ante el espectáculo. Ciertamente, no habrían podido resistir mucho tiempo con las escasas fuerzas de las que disponían. Nada los había preparado nunca para este encuentro. Recordó la seguridad en la que vivían, tan cerca, tan inmediata la certeza ignorada de que algún día todo aquello que había llenado sus días de gozo se desvanecería siguiendo una pauta inmutable a lo largo de la historia: los fuertes devoran a los más débiles. Y ahora se veía allí, formando parte de un grupo que representaba a quienes ya no tenían más fuerza para resistir. Sintió el frío en sus manos desnudas. Pese a que bajo la toga ceremonial vestía una gruesa túnica de lana, la baja temperatura le causaba, además de un profundo malestar, una sensación de indescriptible indefensión. Miró a lo lejos. La multitud de hombres armados que aguardaban sobre las colinas los convertía en un conjunto insignificante de seres difuminados en la nieve. Pararon su marcha no lejos de las murallas y al amparo de las flechas que podían dispararse desde las torres. Esperaron.

Transcurrió casi una hora hasta que por fin, de entre la masa humana agolpada a una milla, dos figuras a caballo comenzaron un lento trote a través de la nieve, acercándose al grupo de magistrados que esperaban en la calzada, ateridos y temerosos. Entre los representantes ciudadanos cundió a un tiempo una sensación de alivio y temor. La guardia que los acompañaba adoptó una actitud defensiva empezando a desenvainar sus espadas. El *magister officiorum* los detuvo con un gesto.

—¡Envainad! —les ordenó con voz potente—. Veníamos a

parlamentar, y eso es lo que haremos.

Los soldados obedecieron la autoridad cívica del viejo dignatario imperial y mantuvieron las espadas en sus vainas.

Cuando los jinetes se encontraban ya muy cerca, uno de los guardias maldijo en voz baja.

—¡Por todos los dioses! Conozco a uno de esos jinetes. Es Eliacus, explorador de la caballería ligera. Burgundio, veo que ahora también un traidor.

—Tú también eres burgundio, Loriaco —le contestó a media voz su compañero sin descomponer su actitud marcial.

—Pero yo no soy un traidor. Yo sirvo a mi emperador —le cortó tajante el aludido.

—Quizás hayas escogido el bando equivocado, compañero.

Loriaco lo miró con ira a duras penas contenida, pero no dijo nada. Volvió su atención al frente. Los jinetes alcanzaron el grupo y refrenaron sus monturas a escasa distancia. Se observaron en silencio durante unos instantes, hasta que uno de los dos emisarios hizo un ademán hacia el identificado como Eliacus. Este asintió y ordenó a su caballo avanzar un par de pasos. Miró a los comisionados con cierto aire de superioridad mal disimulada.

—¡Salve, *magister*! —comenzó, dirigiéndose al anciano funcionario, que aguardaba sus palabras, reservando para sí el incontenible desdén que sentía en su interior ante aquella representación que consideraba, teniendo en cuenta su propia dignidad, de bajo rango y condición. Se dispuso a escuchar.

—Hablo en nombre de los grandes reyes de los pueblos alano, suevo y de los vándalos, asdingos y silingos. —Iniciaba su interpelación con solemnidad afectada, hablando un latín más que correcto, aprendido por largos años de servicio en la caballería auxiliar legionaria—. Hablo en nombre de Goar y Respendial, reyes de los alanos; Gunderico, rey de los asdingos; Fredbal, rey de los silingos, y Hermerico, rey de los suevos. Mi voz será la voz de estos grandes jefes. ¡Escuchadla con atención!

Esperó a que el efecto de sus primeras palabras se reflejara en el rostro de los interpelados. Contempló con satisfacción la palidez y el nerviosismo evidentes que dominaban la escena de quienes ya se consideraban vencidos.

—¡Las legiones han sido derrotadas! —exclamó—. No hay supervivientes. Vuestro general ha muerto y miles de hombres yacen en el valle, por culpa del egoísmo de vuestro emperador. No queda ya futuro alguno para esta ciudad. Escuchad ahora la generosa propuesta de los grandes reyes. Nuestros ejércitos acamparán en la ciudad con total libertad durante el tiempo necesario para recomponer fuerzas y alimentarse. Se entregarán a nuestros pueblos las tres cuartas partes

de la cosecha de grano que guarden los almacenes públicos.

Cogió aire para continuar, elevando aún más la voz, como si quisiera que se le escuchara desde las murallas. Mientras tanto, el *magister officiorum* apretaba los dedos alrededor de su báculo, con furia a duras penas contenida.

—Los grandes reyes se reservan el derecho a recaudar del tesoro la cantidad que consideren como justa compensación por los meses de penurias que la terca actitud de vuestro emperador ha ocasionado en nuestros pueblos. Además, cada ciudadano abonará nueve décimas partes del valor de sus bienes, lo que será tasado con ayuda de los datos del censo municipal. Los miembros de la curia pondrán a disposición de nuestros monarcas y de sus familias sus villas y propiedades. —Se dirigió expresamente al oficial al mando de la pequeña agrupación de soldados que protegía a los emisarios—. La guardia de la ciudad será desarmada —sonrió mirando directamente a Loriaco, quien le devolvió igualmente la mirada con dureza—. La ley romana quedará abolida durante la estancia en la urbe. —Y haciendo caracolear levemente a su montura, concluyó, a modo de duro epitafio —: Solo así se respetará la vida de la población. —Señaló hacia la masa de guerreros que esperaba apostada en la distancia—. Consideraos afortunados. Ha sido difícil convencer a nuestros hombres de que os perdonaran la vida. A vosotros y a vuestra maldita ciudad.

La comitiva ciudadana asistió al parlamento de aquel antiguo soldado imperial con estupefacción y cierto terror que se incrementaba gradualmente, a medida que la exposición de aquellas brutales exigencias les iba demostrando la fragilidad de su posición negociadora. Julius, tras un momento de duda, se acercó al *magister officiorum,* quien, con la cara congestionada por la ira, se disponía a hablar. Lo tocó levemente en el hombro.

—*Magister* —le dijo en voz baja—, déjame a mí.

Miró al emisario y avanzó unos pasos. El jinete no se movió de su lugar. El viento arreciaba, y no estaba dispuesto a permitir que aquella tediosa conversación se alargara. No habían sido esas las instrucciones de los grandes reyes. Todo tenía que estar acabado en unos instantes. O todos morirían.

—Escúchame. Escúchame tú, quien por tu acento y tus armas es claro que has vivido al amparo de las leyes imperiales. Conoces, por tanto, de su justicia y sabes que podríamos alcanzar una solución que facilite el paso de tu gente. —Miró al *magister officiorum* buscando su aprobación y no encontró más que unos ojos que observaban furiosos el desarrollo de la escena—. Estamos dispuestos —continuó— a que una delegación seleccione provisiones y haga acopio de ellas y recaude la cantidad que vuestros reyes consideren justa para paliar el daño que crean haber sufrido.

Lo interrumpió la voz indignada de Eliacus.

—¡Veo que no entiendes lo que está pasando, magistrado! Esto no es una negociación. Si no se aceptan los términos expuestos, toda la ciudad será pasada a cuchillo y no quedará piedra alguna en esta población que recuerde y ampare las leyes que consideras tan justas. Yo he vivido bajo ellas. Es cierto. Las mismas que permitieron morir de hambre y de frío a miles de mujeres y niños al otro lado del gran río porque no parecía conveniente ni oportuno permitir la entrada en vuestros fértiles campos y opulentas villas a quienes no resultaban, a vuestros ojos, dignos de ser considerados como iguales. Ahora ya lo sabéis. Vuestra justicia ya no nos sirve. Nunca nos sirvió.

—¡Traidor! —El grito de Loriaco retumbó en aquel escenario.

No había podido aguantar más la arrogancia de quien había servido junto a él bajo el mismo estandarte. Julius lo miró aterrado. Eliacus, sin decir nada, ordenó a su caballo que avanzara unos pasos, lentamente. Dejando la impronta de sus huellas sobre la nieve, se acercó hasta el guardia palatino, quien lo esperaba desafiante sin abandonar la formación y, sin mediar palabra, con un rápido movimiento que sorprendió a los presentes, ensartó su lanza en el cuerpo de aquel infortunado. Loriaco se desplomó emitiendo un quejido agonizante. Sus compañeros desenvainaron sus espadas en un acto reflejo dirigiéndose hacia el jinete. Un rugido se elevó al unísono en la lejanía de las colinas al contemplar la escena y el *magister officiorum* apenas tuvo tiempo para intervenir, interponiéndose entre los soldados y el emisario.

—¡Aceptamos! Aceptamos los términos que tan magnánimamente han decidido los grandes reyes. Se hará como dicen, y entiendo que tenemos su palabra de que, cumplidas las condiciones, abandonarán la ciudad tan pronto sea posible. —Miró el cadáver cuya sangre teñía el blanco de la nieve de un rojo premonitorio; luego miró a su interlocutor y bajó el tono de sus palabras—. Y el agua. Permitid, al menos, que reparemos las conducciones de agua. La población no podría resistir mucho tiempo. Ni siquiera vuestros pueblos podrían.

—El agua. Por supuesto —sonrió Eliacus—. Las fuentes y las termas, claro. No temas, magistrado. Podrás caldear tu cuerpo y seguir disfrutando del placer de vuestras comodidades. Nuestros reyes son justos.

Y sin dejar de sonreír dio media vuelta y ambos jinetes abandonaron aquella escena dando por concluida la entrevista.

Menos de dos horas después, una formación escasamente marcial hacía resonar sus pasos por el *cardo* que partía de la Porta Principalis,

adentrándose en la ciudad. Mientras las mujeres, niños y ancianos de aquellos pueblos permanecían aún en las colinas en improvisados campamentos, miles de hombres armados con cotas de mallas, cascos, espadas y escudos arrebatados a las víctimas de la batalla del valle avanzaban exhibiendo en sus rostros el orgullo del vencedor, arrastrando por el pavimento las águilas capturadas a las legiones. Al frente de aquel ejército marchaban los cinco reyes que habían comandado el paso del Rhenus y la posterior invasión. Los seguían, encabezando la larga columna que desfilaba tras ellos, los restos de la caballería que tan graves pérdidas había sufrido en el combate. Las calles, vacías de ciudadanos aterrorizados, asistían en su silencio al paso de quienes ahora mostraban, ufanos, la certeza de un futuro propicio para las expectativas con las que habían comenzado su andadura. Ahora eran ellos los que imponían condiciones, y aquellas soberbias ciudades y no las masas de refugiados hambrientos serían las que tendrían que humillarse ante la fuerza de sus armas, pidiéndoles permiso para continuar subsistiendo.

Mientras tanto, en la gran basílica palatina los miembros de la curia esperaban la llegada de los monarcas, atenazados por el miedo y la frustración. El espeso silencio reinante en la sala permitía escuchar el rumor de los pasos apresurados de los funcionarios en las instalaciones adyacentes, intentando poner a salvo la mayor parte de los archivos de la ciudad. El obispo se había negado a comparecer en lo que había calificado despectivamente como «Senado de los humillados» y permanecía encerrado en su iglesia, rodeado de sus sacerdotes y de una masa de ciudadanos asustados que buscaban en Dios la protección que había sido confiada infructuosamente a las armas. Transcurría el tiempo y nadie se presentaba en las dependencias administrativas. El nerviosismo aumentaba.

Todo empezó cuando un ciudadano, probablemente excitado en su curiosidad, se asomó abriendo los postigos de la ventana de su casa, en primera línea de la avenida principal. Pronto, algunos de los soldados que desfilaban amenazantes por el *cardo* repararon en aquel observador inoportuno. Primero se profirieron algunos insultos, y, como la ventana no se cerraba, los más osados abandonaron la formación y decidieron derribar la puerta de la vivienda en búsqueda de aquel infortunado espectador. La perspectiva de un inmediato botín, mezclada con la pasividad de los mandos de aquella soldadesca, incitó al resto a escoger las tiendas, residencias y domicilios que podrían colmar sus expectativas largamente anheladas durante los fríos meses de aquel invierno interminable. En poco tiempo, los miles de hombres que desfilaban orgullosos se habían convertido en una plaga saqueadora que se desparramaba por todas las calles de la ciudad, entrando en las casas, derribando sus puertas. El griterío se

extendió por la población y ya cientos de ciudadanos pugnaban por defender sus vidas, pagando su simple presencia con la muerte, a veces atravesados por una espada, en ocasiones arrojados por las ventanas y balconadas. El humo de los incendios pronto comenzó a ser visible desde todos los puntos. El llanto de las mujeres por sus hijos asesinados se mezclaba con las súplicas por la vida propia y antes por su integridad, violada y sometida en una orgía de muerte incontenible. En cuestión de horas pareció que la cólera de todos los dioses antiguos se había abatido sobre aquellos desgraciados que una vez confiaron en la inmutabilidad de su existencia. Ante la magnitud de la tragedia, muchos trataron de escapar y abandonar la urbe, solo para morir al pie de unas murallas que en su solidez habían transformado la ciudad en una cárcel de la que resultaba imposible escapar.

Cuando los primeros síntomas de que algo anormal estaba ocurriendo alcanzaron a los miembros de la curia, ya era demasiado tarde para todos. Como un río de lava, la furia homicida penetró en la inmensa nave basilical con un estruendo que reflejaba el odio acumulado, dispuesto a cobrarse cumplida venganza. El *magister officiorum,* en pie, asistió a la llegada de aquella turba con los ojos desencajados, intentando mantener en su apariencia de dignidad la compostura que en sus últimos instantes debía componer un dignatario del Imperio. Pensó entonces en su vida. Recordó fugazmente lo elevado de su posición. Su fortuna se perdería y con ella —pensó— desaparecería, quizás como justo castigo a la corrupción que le había permitido ascender hasta tan relevante puesto, la vida que hubiera preferido que finalizara en su lecho, algún día lejano. Pero aquel día era hoy, y lo era para todos. Al tiempo que el viejo magistrado caía atravesado por lanzas y espadas que se ensañaron con su cuerpo, Julius corrió hacia las oficinas palatinas, a las que se accedía por un pequeño portón. Mientras escapaba aterrado de la inmensa nave, se lamentó de haber permanecido allí, pese a lo que había presenciado fuera de las murallas. Recordó en ese momento a Juvenus y comprendió que había abandonado la ciudad engañándolos a todos y que nunca volvería. Debió haberlo imaginado. Corrió por los pasillos que precedían la entrada al recinto reservada a los dignatarios. Allí, desde el interior, agolpados contra la puerta atrancada, varios funcionarios intentaban evitar con sus cuerpos el hundimiento de los pesados batientes de madera que ya sufrían desde el exterior el empuje de pesadas vigas usadas como ariete. El ambiente comenzaba a impregnarse con el hedor de la sangre, carne y fuego mezclados como solamente se mezclan en las guerras que él no había conocido hasta entonces. Se encaminó a las enormes cocinas que se encontraban en uno de los extremos del gigantesco peristilo que enmarcaba el patio de aquel edificio y, una vez en ellas, atisbó una

pequeña ventana entreabierta que permitía la evacuación de los olores que ya anunciaban la comida que nunca se serviría. A ella se dirigió a toda prisa despojándose de su pesada e incómoda toga ceremonial. Se encaramó con presteza —aún conservaba un cuerpo atlético— y salió saltando sobre la nieve acumulada al pie de los muros. Sabía que podía acceder al lado este de la muralla si conseguía alcanzar desde el complejo palatino las ruinas del viejo anfiteatro. Quizás tendría alguna posibilidad, después de todo. Corrió con todas sus fuerzas, avanzando a trompicones entre la nieve mientras a sus espaldas sentía que el sordo griterío de la matanza se apagaba, conforme alejaba sus pasos del centro urbano.

El obispo afrontó la muerte con ira y rabia. Al tiempo que la iglesia se veía invadida por cientos de guerreros que trataban de arrancar de sus paredes los objetos y telas que parecían brillar proclamando su valor, él gritaba invocando una furia divina que aparentemente no se desencadenaba en protección de su rebaño y su pastor. Pronto, un guerrero alano se fijó en los ricos ropajes del sacerdote y sin perder más tiempo fue hacia él en búsqueda de un preciado botín. El filo de su espada penetró en el cuerpo del dignatario, obligando al anciano a doblarse sobre sí mismo. Su voz cesó en sus admoniciones. La iglesia empezó a arder casi de forma inmediata. Ya no se escuchaban quejidos en la nave del templo, tumba improvisada para cientos de fieles refugiados en ella. La noche caía progresivamente sobre la desdichada población mientras el resplandor de los incendios alumbraba a la otrora orgullosa urbe con la luz rojiza que coloreaba, con su llameante resplandor, las últimas letras de su epitafio: la ciudad había caído.

Desde las colinas, miles de ancianos, mujeres y niños aguardaban expectantes y contemplaban en la distancia la muerte de aquellas orgullosas murallas. Era solo un primer paso. Lejos, apartados de las familias de aquellos combatientes, aislados del resto y discretamente vigilados, un reducido grupo de cautivos también observaba el humo y el trágico resplandor, pero en sus rostros no había muestra alguna de felicidad. Las lágrimas arrasaban las mejillas de quienes alguna vez habían sido esposas y madres en Bingium y Mogontiacum. Entre ellas, absorta, con la mirada perdida, extraviada en sus propios pensamientos, Marcia, la mujer de Cayo Verón, asistía a aquel triunfo de la muerte, habiendo conocido ya su cercana y reciente presencia, sin más lágrimas que derramar, trastornada su razón por la pena, la ira y el odio.

Y la noche cayó definitivamente sobre Augusta Treverorum, como una pesada losa.

XII

El humo de una gran pira funeraria[1]

La grava humedecida de la calzada apenas emite un leve crujido mientras las ruedas del carro se desplazan lenta y pesadamente sobre una superficie solo levemente encharcada gracias al eficaz sistema de drenaje de aquella vía, que aún soporta intacta el paso de los años. Una larga línea recta se pierde en el horizonte gris de la tormenta que azota el rostro de Licia, arropada por una capa que la protege del frío, cubierto su rostro por una capucha que la resguarda a la vez de las inclemencias del tiempo y de las miradas indiscretas de los viajeros con los que ocasionalmente se cruza. Han transcurrido ya catorce días desde que Lucanus ha intentado asesinarla, y el recuerdo de la traición de su marido la persigue cada noche, mientras trata de conciliar el sueño. Llueve desde entonces y, a medida que avanza hacia el oeste, nota cómo el frío disminuye. Conforme se aleja de las estribaciones montañosas que separan la provincia de Bélgica en dos mitades, nominadas Prima y Secunda, la calzada por la que avanza se adapta a la llanura de las tierras verdes de la campiña tan característica de la diócesis de la Galia. Las extenuantes curvas que salvaban el desnivel de los puertos de montaña que quedaba tras de sí han dado paso a interminables rectas que, una vez atravesado el río Mosela, se extienden por las tierras pobladas de bosques y campos de cultivo, en las que aún resisten islotes de nieve sobre los que percute incansable el agua de las tormentas. El horizonte gris que cada día permanece inalterado ante sus ojos permite que la mirada se abandone, y, con ella, su memoria se entrega al asalto de los recuerdos que pretende sin éxito olvidar y dejar atrás, como ha dejado los muros que han abrigado todos aquellos últimos años su cómoda vida, frustrada ahora por la desgracia y la traición. *También por el amor,* piensa. Atrás quedan días en los que ha aprendido a sobrevivir, superando —así lo cree firmemente— las pruebas que el destino ha intercalado en aquel viaje.

Recuerda ahora la primera noche, la primera de muchas, permitiendo que su memoria juegue a empapar, con sus destellos de tiempo, el alma atrapada en un cuerpo cansado, la vista fija en la línea gris que nunca se acerca, nublada por la cortina de agua que sigue

calando sus huesos. La primera de muchas noches en las que, aterida de frío, vislumbra al fin las tenues luces de una de las *mansiones* que jalonan el recorrido de todas las calzadas principales de la extensa red viaria romana. Posadas decentes algunas, lúgubres tugurios las más. Lugar de descanso para el caminante, situadas estratégicamente cada veinte millas y punto fundamental de avituallamiento para quien, en posesión de una autorización administrativa adecuada, puede cambiar sus monturas agotadas por animales descansados y frescos y continuar su marcha sin necesidad de esperar a que los caballos reposen tras un largo día de viaje. No era su caso. Ella no tenía derecho a hacer uso del *cursus publicus,* pero sí que lo tenía de alojarse, como cualquier ciudadano, pagando por una cama y una cena escasa pero caliente. Nada extraño ni inusual. Salvo si quien se desplazaba era una mujer sin compañía. Lo pudo comprobar en el mismo instante en el que franqueó por primera vez la puerta de aquella posada ubicada justo al margen de la calzada, en las faldas de las colinas que debía atravesar al día siguiente. El viejo edificio de piedra no destacaba en la noche, más allá del tenue hilo de humo que expulsaba la sencilla chimenea. Despuntaba entre las hiladas de tejas blanqueadas por una nieve que, ocasionalmente, reflejaba la luz intermitente de una luna esquiva. Licia recordó cómo introdujo con dificultad el llamativo carromato en el estrecho establo descubierto donde permanecían abandonados los carruajes de otros viajeros que probablemente a aquellas horas ya dormirían plácidamente en sus camastros. Los caballos reposaban en una pequeña cuadra cubierta en la que podían encontrar cierto cobijo de las inclemencias del tiempo. Ni siquiera sabía cómo desenganchar los suyos, y, consciente del desfallecimiento en el que aquellos animales caerían si no reponían fuerzas, se acercó a un gran cesto rebosante de alfalfa humedecida. Acumuló cuanto pudo en un baúl desvencijado tirado en el suelo y lo llevó a sus caballos, que agradecieron el sustento moviendo la cabeza con aparente satisfacción mientras Licia acariciaba su lomo. Decidió ocuparse de ella misma. Nada parecía alterar la tranquilidad de una noche en la que —aún no lo sabía— no demasiado lejos de allí se había jugado la gran partida que había decidido la suerte de Roma. Estaba cansada y aún conmocionada por el asalto y la traición, y por ello ni siquiera pensó qué consecuencias podría tener el abrir la puerta de la posada, mostrándose a los restantes viajeros como una mujer solitaria, agotada y hambrienta, cubierta con una cara capa de pieles, exhibiendo su clara condición de patricia, sin compañía ni protección. Se dio cuenta de todo ello en el mismo momento en que empujó la cancela de madera de la *mansio.* Una agradable sensación de calor la recibió, y notó cómo el monótono y constante murmullo de la conversación de una decena de hombres cesó de improviso. Todas las cabezas de los

presentes en aquella pequeña sala que hacía las veces de comedor se alzaron, abandonando sus charlas, enmudeciendo al dirigir sus sorprendidas miradas hacia la recién llegada. Licia se quedó quieta en el umbral unos segundos. Se había despojado de su capucha al entrar, sacudiendo algo de nieve en el interior, y, descubriendo su pelo negro, que había olvidado recoger, miró a los congregados. Dudó. Consideró por unos instantes dar la vuelta y regresar al exterior, pero el aroma de guiso que provenía de un gran caldero colgado en la chimenea que calentaba la sala la convenció para no retroceder. Decidió adoptar un aire de normalidad no afectada y, tras recorrer con una mirada la estancia, encontró un hueco en una mesa de banco corrido y se encaminó con paso firme hacia él, mientras sentía los ojos de los presentes clavados en ella, observando cómo se desplazaba. Intentó aparentar indiferencia ante la curiosidad que había despertado. *No pueden ser todos criminales,* recuerda que pensó. Se sentó junto a un hombre que, al comprobar la clase de compañía que sorpresivamente le deparaba la noche, esbozó una ligera sonrisa, encantado con la suerte que al parecer le favorecía tras una larga y heladora jornada. Confundido y algo intimidado por el aspecto de Licia, pronto aquel viajero abandonó su prevención y, sintiéndose espoleado por las miradas inquisitivas del resto de la concurrencia, se dirigió a la recién llegada con tono burlón.

—¡Por los dioses, que esta es mi noche de suerte!

Licia no dijo nada. Buscó con mirada angustiada el rostro de algún encargado al que pudiera explicar que estaba cansada y que necesitaba comer algo. Pronto vio, en una esquina, a un hombre grueso que secaba sus manos en un mugriento delantal y que, atento la escena, servía en un plato el contenido que acababa de retirar de la olla en el fuego. Licia trató de llamar su atención infructuosamente.

—¿No dices nada? —Su compañero de bancada la miró con fingida sorpresa—. No serás acaso una esclava fugada, ¿verdad? —Se rio de su propia ocurrencia.

—No seas bruto —le interrumpió otro viajero—. ¿Has visto alguna vez alguna esclava así vestida? De hecho, ¿has visto alguna vez a alguna mujer así tan de cerca, Boscus?

Las risas de los presentes hicieron cambiar el semblante del aludido.

Humillado, el tal Boscus pretendió mostrar su hombría, insistiendo, ahora con un tono endurecido.

—Hace frío fuera, preciosa —se animó al sentir la expectación de la concurrencia ante sus palabras—. Si quieres, yo podría calentarte esta noche.

Estallaron más risas. Licia intentaba cruzar su mirada con algún rostro en el que intuyera la posibilidad de una ayuda para escapar de

aquella desagradable situación, que empeoraba por momentos. El compañero de mesa insistió.

—¿Sigues sin hablar? Eso es un sí.

Alargó la mano para coger la de Licia. Esta la retiró en un rápido acto reflejo, sin siquiera mirarlo. Aquello no desanimó al viajero, quien probó a abrazar por la espalda el cuerpo frágil que se intuía bajo las pieles. Se escuchó un grito de dolor. Sin saber muy bien cómo, sin haber dudado, en un gesto instintivo de defensa, Licia había estrellado contra la mano que Boscus apoyaba en la mesa la jarra que hasta hacía unos instantes permanecía intacta, dispuesta a ser apurada por aquel hombre que ahora se retorcía de dolor, mientras los restantes viajeros acompañaban con sus burlas la inesperada resolución del incidente. Humillado, Boscus levantó un brazo, dispuesto a golpear a Licia. Una mano lo detuvo sujetándolo con fuerza en el aire.

—¡Basta, Boscus! Basta de tonterías por hoy. —Se dirigió a Licia apartando con fuerza al malhumorado agresor, que lo miró con odio y rencor—. Perdona a este bruto, mi señora. No conoce más que su oficio de arriero y piensa que las mujeres son como imagina en su mente tosca, no como lo son, en una realidad que él desconoce. —Sonrió a una aliviada Licia, al tiempo que se sentaba junto a ella—. Ervéricus, ¡prepara algo de comer para la dama!

El aludido emitió un gruñido incomprensible y fue hacia el perol de bronce que seguía calentándose en el fuego de la chimenea, mientras las conversaciones interrumpidas volvían poco a poco a recuperar la intensidad monótona de una noche de invierno.

—Mi nombre es Antonino, Antonino Octo.

Y mientras esperaba la contestación de la viajera, esbozó la primera sonrisa franca que Licia recordaba haber visto en mucho tiempo, probablemente desde la última vez que tuvo cerca el rostro de Quinto, en días que se le antojaban tan lejanos como su propia existencia apacible.

—Me llamo Licia —dudó unos instantes—, Licia Fulvio.

—¿Fulvio? Ese es un *cognomen* famoso. ¿Fulvio de Roma? —preguntó Antonino intrigado.

—Mi padre es el senador Marco Fulvio —dijo Licia, mostrando con sinceridad tanta confianza que incluso a ella misma le sorprendió. Intentaba aparentar seguridad y de buenas a primeras descubría su origen y condición a un extraño. Se sonrojó.

—¡Marco Fulvio nada menos! —Se rascó la nuca y se sentó junto a ella, apartando a Boscus, que ya entablaba conversación con otro compañero de mesa, aparentemente olvidado el incidente—. ¡Y un senador!

Ervéricus se acercó, entre tanto, con un rudimentario cuenco de

madera del que se elevaba una tenue columna de humo que acreditaba el calor de su contenido y lo depositó ante Licia, junto con una cuchara toscamente tallada. Licia miró el interior del plato. En su aspecto no se parecía demasiado a la comida a la que estaba acostumbrada. Su olor, fuerte y penetrante, no le anunciaba grandes placeres culinarios. No obstante, necesitaba comer, y probó el guiso. El calor reconfortó su cuerpo, aunque no pudo reprimir un gesto de asco al tragarlo.

—Son gachas de trigo. Calientes. No es lo normal. Es la especialidad de la casa, ¿verdad, Ervéricus? —Se rio mientras el posadero emitía otro de sus bufidos—. Gachas con tocino. No son gran cosa, pero si viajas muy lejos es lo que encontrarás en todas las *mansiones* de cualquier trayecto. Prueba también el vino. —Le acercó un vaso y la jarra que servía a toda la mesa—. No está demasiado mal para lo que uno podría esperar. No es vino de Falerno, pero calienta.

Licia llevó a sus labios el recipiente y bebió. Sintió cómo aquel líquido le devolvía el color que había perdido por el frío, y una agradable sensación de rudimentario bienestar comenzó a apoderarse de ella.

—Estoy de paso —dijo en voz baja, sin que Antonino le hubiera preguntado nada al respecto—. Solamente quiero comer algo y continuar mi viaje.

—¿Con este frío? —Antonino compuso un gesto de preocupación que resultó sincero—. No deberías hacerlo, Licia.

—No creo que deba dormir aquí —dijo ella señalando con un gesto a la concurrencia—. Seguiré mi camino.

—Como quieras. —Antonino se encogió de hombros—. Entiendo que no es el mejor sitio para la hija de un senador, desde luego. —Se detuvo, pensativo, mirando cómo Licia devoraba el plato que tenía ante ella—. Y no voy a preguntar cuál es la razón por la que una mujer de tu condición se aventura en un viaje en pleno invierno y sola. No es de mi incumbencia, desde luego.

—No, no lo es —respondió Licia con sequedad.

—De acuerdo. Pero permíteme un consejo, si tu intención es seguir viajando sola. —Bajó el tono de voz mientras depositaba en la mano de Licia el pequeño saco de monedas que ella había considerado bien oculto en el interior de su capa—. De la misma manera que yo te lo he quitado sin que te dieras cuenta, otros no tendrían tantos escrúpulos. —Sonrió ante la mirada de Licia, que pasaba alternativamente de la sorpresa inicial a la humillación y la rabia—. No soy un ladrón. Lo he hecho para que compruebes lo fácil que es perderlo todo cuando no cuidas tu apuesta. —Se levantó—. Son áureos. Demasiado dinero, Licia, para viajar sola. En lo sucesivo, ocúltalo mejor, al menos. —Le dio la espalda para dirigirse a Ervéricus—. ¡Me apuntas el plato de

gachas y el vino de la dama en mi cuenta, envenenador!

Y, sin volverse, se encaminó hacia la puerta que separaba aquella estancia del dormitorio común desde el que comenzaban a llegar los ronquidos de varios viajeros, atentos a alcanzar un cálido descanso antes de afrontar la próxima madrugada.

Licia se quedó pensativa. Apuró su plato al tiempo que notaba cómo furtivas miradas se interesaban por ella a la par que las conversaciones aparentaban seguir su ritmo normal. El vino había entonado su cuerpo y aligerado su espíritu, pero no lo suficiente como para no constatar el escrutinio al que estaba siendo sometida, consciente de que en ese momento la protegían las palabras de Antonino, pero desconociendo hasta qué punto aquel efecto resultaría duradero. Decidió no entretenerse. Se levantó en silencio, fue hacia la puerta de salida y, mientras se encaminaba hacia el frío de la noche, la asaltó un momento de duda. Durante unos segundos se dejó tentar por la idea de una cama que, si no confortable, al menos le permitiera descansar al calor de aquellos muros. Lo desechó. La visión fugaz de aquel dormitorio corrido la hizo volver a la realidad. Encontraría un sendero que alejara la curiosidad de su carromato y allí, apartada de la calzada, intentaría conciliar el sueño. Un viento helador la despertó de sus cavilaciones cuando abrió la puerta sin siquiera dirigir su mirada hacia la atenta concurrencia de viajeros, que asistían a su marcha como quien abandona entristecido un espectáculo original y gratificante. Se acercó a los establos. De repente, de entre las sombras, antes de que ella pudiera apreciar lo que ocurría, dos individuos se alejaron corriendo del rudimentario cerco de piedras y madera y se perdieron en la noche. Licia se quedó paralizada por unos instantes, pero decidió afrontar la situación con determinación. Aferró la empuñadura de su pequeña daga, oculta bajo sus pieles, y se introdujo en aquel escenario oscuro. Notó el calor de los caballos y el fuerte olor del estiércol y se dispuso a afrontar el peligro que amenazaba tras la oscuridad. Pronto comprobó que allí ya no había nadie. Se acercó a su carro y lo que vio la sumió en una profunda desolación. Frente a ella, las puertas del vehículo se encontraban abiertas de par en par mostrando el contenido descubierto y desparramado de muchas de sus pertenencias, cuyo robo a buen seguro la presencia repentina de Licia había interrumpido, dejando el saqueo a medias. Se asomó al interior. Todo estaba revuelto; el baúl de madera y hierro estaba forzado. Aterrada, revolvió entre su contenido. Su cofre con las joyas, la mayor parte de su dinero y casi toda su ropa habían desaparecido. Tanteó su hombro repentinamente. El broche de su madre seguía prendido, sujetando su túnica. Sintió un deseo irrefrenable de llorar, pero se contuvo y no salió de sus ojos humedecidos ni una sola lágrima. Aferró con las manos la capa, intentando contener la ira y la rabia que

por momentos se adueñaron de su ánimo. No tenía prácticamente nada. Todo lo que había conseguido atesorar con sus pequeños esfuerzos se había esfumado. Sus dedos se clavaron como garras en la pequeña bolsa en la que había introducido unos cuantos áureos que, por instinto, había decidido guardar personalmente. Calculó de la manera más fría que pudo si aquello resultaría suficiente para afrontar el largo viaje que le esperaba hasta Hispania. Era mucho dinero aún. Inspiró aire fuertemente y decidió no aguardar más. Cerró la puerta sin detenerse en ordenar nada, desató los caballos del poste de madera y se encaramó al pescante. El carruaje se dirigió de nuevo a la calzada con la luz y el cálido confort de las palabras que aún se dejaban ver y escuchar a través de las ventanas de la *mansio,* y Licia sintió cómo una sensación de angustia la atravesaba, al constatar que nada de esa calidez le estaba reservada a ella. Azuzó a los caballos con la fusta y se adentró en la oscuridad de la noche, siguiendo el itinerario marcado por los bordillos de la calzada, en búsqueda de algún lugar en el que poder desviarse y descansar siquiera unas horas antes de continuar su camino.

Licia recuerda, mientras sus caballos empapados y agotados continúan su camino y el cielo acentúa su negrura conforme avanzan implacables las horas del día. De un día que no parece tal, sino noche oscura. Y Licia piensa en todos los días y todas las noches que han transcurrido desde su partida. Rememora con amargura la noticia a la que no quiere dar crédito y pretende alejar sus pensamientos del dolor que la abrasa por dentro, al tiempo que permite que las gotas de lluvia surquen su rostro y se mezclen con las lágrimas que, ahora por fin, consiguen desbordar su autoimpuesta contención. Intenta apartar de su cabeza el recuerdo de aquel día en el que, agotada, decidió hacer un nuevo alto en el camino. Atrás quedaba ya la ciudad de Durocortorum y sus calles atestadas, la posada en la que por fin pudo dormir durante todo un día recordando el placer de la intimidad de sábanas toscas pero limpias y el descanso tras un baño en las pequeñas termas de la ciudad. El nuevo carro que Licia guía ahora con mano temblorosa lo adquirió allí, de un comerciante que aceptó el trueque de aquel lujoso transporte por el mucho más modesto que ahora ya no se distingue de otros similares en el tránsito de la calzada que la acerca a Lutecia Parisii. Se aleja de aquella urbe que comenzaba a despertar a su nueva realidad con la llegada de rumores sobre lo que estaba ocurriendo en la frontera oriental. Palabras angustiosas sobre derrotas no confirmadas, rumores que sugerían pérdidas terribles y avances de muerte y desolación; jinetes que aseguraban haber visto villas en llamas y campos ardiendo en el horizonte, alumbrando crepúsculos en días pasados. Licia recuerda ahora cómo escapó de la ciudad con el ánimo encogido, tratando de huir de aquellas

premoniciones que la perseguían. Hasta que alcanzó aquella *mansio* junto a la calzada, a medio día de marcha de la ciudad que ya dejaba atrás. Tenía hambre y aún conservaba dinero suficiente como para permitirse de nuevo la comida monótona y, sin embargo, caliente de aquellos establecimientos, a los que ya se sentía unida como parte de su nueva vida. A plena luz del día, no parecía un mal lugar para detenerse. Situó su pequeño carro junto al resto de los que se encontraban en los establos y, como acostumbraba, comprobó que llevaba al cinturón que ceñía su toga la bolsa con el dinero a un lado y su pequeña daga al otro, tapados ambos por la capa que la protegía del frío. Entró en la posada y fue recibida con una risa que reconoció de inmediato.

—¡La pequeña senadora!

Antonino mostró aquella sonrisa franca que la había sorprendido cuando hacía ya ocho días había acudido en su ayuda. Licia había pensado mucho en sus palabras desde entonces y se sintió protegida con su presencia amigable. Se acercó a la mesa donde aquel viajero apuraba una copa de vino.

—Antonino, me alegro de verte.

Se descubrió, mostrando ante él un rostro menos asustado que el que Antonino pudo contemplar aquella primera vez. Tenía su negro pelo recogido en una coleta que la hacía mostrarse más joven aún de lo que ya era. Esbozó una sonrisa, compensando la bienvenida, y se sentó junto a él. Con desenvoltura, hizo una seña al posadero, quien se apuró para preparar el consabido plato de gachas con tocino.

—Veo que te vas acostumbrando a la buena mesa —le dijo él con cierta sorna.

—Tú me enseñaste, sin duda. Además, ya no me saben tan mal. He aprendido estos días que todo depende de la habilidad del cocinero —se rio con ganas—. Y no hay muchos cocineros con facultades, como he podido comprobar.

—Te has reído. Me alegro. Dados los rumores que corren últimamente, la risa no se escucha con facilidad, y a ti te sienta muy bien. —Licia cambió su expresión de inmediato.

—¿Qué hay de cierto en lo que he oído en Durocortorum, Antonino? —preguntó intentando no traslucir su angustia.

—Si te soy sincero, realmente no lo sé, y no suelo hacer caso de las habladurías. —Bebió un sorbo de vino—. Se comenta que ha habido una invasión y que Augusta Treverorum se encuentra asediada, pero no se sabe nada con seguridad.

Licia se mordió los labios. Realmente no parecía que las noticias del cruce del Rhenus hubieran llegado hasta allí con la entera dimensión de su gravedad. Lo que para ella era una certeza aquí solamente se aparecía como conjetura. Decidió no comentar nada y cambiar la

conversación. Había tomado una decisión al verlo, y no quería dejar escapar la ocasión.

—Escucha, Antonino —esbozó la mejor de sus sonrisas—; he estado pensando mucho en tus palabras en aquella *mansio* en la que nos conocimos. Veo que seguimos un recorrido similar, y he acabado por comprender que no es seguro viajar como yo lo estoy haciendo. —Se interrumpió cuando el cocinero le puso el plato de comida frente a ella—. Me han pasado cosas…

—Ya. Lo imagino —la interrumpió con cierta brusquedad.

—Lo imaginas. Bien. No voy a preguntar más. Dime solamente si tu viaje puede de alguna manera coincidir con el mío. No puedo seguir adelante sola. —Se mordió el labio—. Sabes que puedo pagarte. No mucho, pero algo sí.

—¿Por mi protección? —Antonino se rio de nuevo ante el desconcierto de Licia—. Está bien, Licia, no es necesario que me pagues nada. Acepto tu compañía.

Licia apretó los puños, satisfecha y también algo molesta por la condescendencia que con cierta guasa aparentaba aquel hombre prácticamente desconocido.

—Además, ya me has pagado. —Licia se mantuvo mirándolo, sorprendida—. No me hagas caso. —Apuró otro sorbo de vino—. Te diré lo que haremos y tú decidirás si te conviene. Regreso a mi hogar, tras cerrar una transacción bastante lucrativa. Soy tratante de ganado. Vendo caballos, en realidad —se corrigió—. Y cerca de Durocortorum vive un acaudalado propietario que necesitaba monturas, probablemente para intentar revenderlas a un buen precio antes de que se prohíban definitivamente las carreras, como parece comentarse que ocurrirá.

»Habrá juegos en Arelate muy pronto y él piensa que pueden ser los últimos. —Calló por un momento esbozando una sonrisa triste—. Y ahora que lo pienso, si los rumores de lo que está pasando son ciertos, quizás lo sean de todas formas. —Licia se impacientaba—. El plato se te va a quedar frío, Licia —le dijo apuntando al mugriento cuenco en el que se dejaban ver unas gachas demasiado bañadas en un líquido de aspecto indefinido.

—Olvídate de la comida, Antonino —Licia ni siquiera apartó su mirada—, y dime adónde te diriges.

—A Clunia, Clunia Sulpicia Julia, en Hispania, en la provincia de Gallaecia. Aunque ya nadie la llama así.

Licia sintió una punzada de alegría.

—Eso está de camino a Pallantia, creo, ¿no es así? —preguntó esperanzada.

—Bueno, no está demasiado lejos. Tampoco demasiado cerca, desde luego, pero no te desviarías mucho. ¿Viajas hasta Pallantia?

¿Sola?

—Habíamos convenido en que no era de tu incumbencia —le contestó esbozando una sonrisa.

—De acuerdo, de acuerdo. No es de mi incumbencia, pero deberás reconocer que no resulta normal que una mujer de tu condición viaje así, tan lejos, sola. —Se quedó pensativo—. No te perseguirán por alguna razón oscura, ¿verdad? —Se rio de su propia ocurrencia—. Licia, la delincuente, la fugitiva de la justicia. ¿Te has deshecho de un marido incómodo? ¿Escapas de un matrimonio inconveniente? —Licia se impacientó—. No me importa en absoluto cuál sea tu razón para viajar así, tan rápido, tan lejos, de verdad. —Intentó acercar su mano para rozar la de Licia. Esta la apartó bruscamente y Antonino frunció el ceño, disgustado—. Saldremos en breve. Apura tu plato. Las horas de luz son importantes.

Licia se dio cuenta de que lo había ofendido con aquel leve gesto de desdén, pero no dijo nada.

De repente, la puerta del establecimiento se abrió de golpe y en el dintel se recortó la figura de un hombre tocado con un ligero casco de auxiliar de caballería, túnica corta y envuelto en una de las capas que caracterizaban a las tropas acantonadas en las guarniciones fronterizas. Se produjo un silencio expectante. No era normal ver un correo oficial utilizando los servicios del *cursus publicus* a esas horas del mediodía.

—¡Necesito nuevas monturas y algo de comida! —anunció al regidor de la *mansio* con voz marcada por una urgencia que los comensales detectaron de inmediato. El jinete también lo notó y no esperó más—. ¡Augusta Treverorum ha caído! —gritó con voz potente, timbrada con un acento dramático que dio mayor énfasis a la grave noticia.

La expectación inicial dio paso a un desconcierto apenas contenido. Pronto, los comensales asediaron al recién llegado, levantándose de sus mesas, rodeándolo, agarrando de los extremos de su capa, de sus hombros, martilleando el ambiente con gritos, dudas y preguntas acuciantes. Consciente de la atención y la alarma suscitadas, encontrado ya el ambiente propicio, el soldado prosiguió:

—La ciudad ha caído y miles de guerreros avanzan hacia Durocortorum. Probablemente a un día. La población está huyendo. No hay con qué defenderla. Las villas están siendo saqueadas y los campos arden.

—¿Y las legiones de Quinto Flavio? —Se escuchó la voz de Licia, temblorosa, pero firme aún, rescatada su entereza tras el primer impacto de la noticia, en búsqueda de una esperanza.

—¿Las legiones? Masacradas.

La respuesta fue tajante, y pocas veces unas palabras causaron

tanto impacto por lo que significaban realmente. La muerte y la pérdida habían irrumpido en la vida cotidiana de aquellos hombres de una manera brutal, suspendiendo su ánimo, envuelto ahora en una neblina de angustia que atenazó los corazones que hasta entonces latían despreocupados.

—Solamente quedan en toda la Galia las legiones de Britania. Han llegado mensajeros que anuncian que ya han desembarcado. Precisamente me dirijo hacia la costa para intentar que aceleren su marcha. No tenemos mucho tiempo.

—¿Y-y Quinto Flavio? —preguntó Licia con voz titubeante—. ¿Y el *magister militum*?

—No ha sobrevivido nadie. Todos han muerto. Esas son mis noticias.

Se aproximó al regidor de la *mansio* para apurar el vaso de vino y el plato de gachas que este le mostraba solícito. Bebió un sorbo mientras el silencio persistía a su alrededor tras haber escuchado aquellas noticias impactantes. Antonino acercó su rostro al de Licia, que permanecía sentada, impasible, mirando hacia ninguna parte, sus ojos perdidos en un horizonte infinito más allá de las paredes de aquella estancia, reconcentrado el súbito dolor en lo más profundo de un corazón herido.

—Licia. —Agarró su brazo sin conseguir llamar su atención—. Licia, debemos irnos de aquí, cuanto antes, ahora mismo. Licia, escúchame. —Licia giró su rostro. Estaba pálido, su expresión ausente —. Licia, no hay tiempo que perder.

La cogió de los hombros y la obligó a levantarse, cargando de repente con el peso liviano de un cuerpo que no obedecía a ningún impulso. Antonino se dirigió hacia la puerta. Hizo una seña a sus acompañantes y sujetó a Licia, impidiendo que sus pasos inseguros tropezaran con los escalones que salvaban la altura que los separaba de la salida. Justo antes de abrir de nuevo aquellos postigos que los apartaban de la terrible realidad que se cernía sobre el lugar, Licia aún creyó oír —o quizás soñó que lo hacía— cómo, desde lo más profundo de aquella sala, una voz quebrada por su ancianidad rompía el silencio y anunciaba con tintes proféticos el destino que esperaba a aquel mundo que llegaba a su fin.

—Todo ha terminado. Todo —anunció la voz, con tono solemne—. Caerán sobre nosotros. ¡Y la Galia por entero se verá oscurecida por el humo de una enorme pira funeraria!

Licia recuerda, fijando su mirada ausente en el horizonte gris, sumida en un dolor lacerante, escapando como siempre de un destino que la persigue desde que abandonó la aparente seguridad de los muros de su hogar. Apenas mantiene su atención en la grava humedecida que absorbe la lluvia y permite el paso de aquel conjunto

de carros que marcha penosamente hacia Lutecia, y mientras los miliarios del camino anuncian la distancia hasta el próximo destino, los pensamientos de Licia se funden, como lo hacían los abrazos que todavía recuerda, en los días en los que conoció la felicidad.

1 «Toda la Galia se vio invadida por el humo de una gran pira funeraria». *Famoso verso de Oriento, poeta cristiano contemporáneo de las invasiones, originario de la Galia. Recogido en* Commonitorium, 51.

XIII

Aquellos hombres que murieron

—Si no estás quieto, general, jamás podré curarte.

Clodius sonrió mientras retiraba el improvisado vendaje que había contenido el flujo regular de sangre que venía manando de la herida en la pierna de Quinto. Aquel enorme tajo tenía mejor aspecto cada día; la fiebre había cesado y en el tono de su voz se notaba el optimismo y un legítimo orgullo por la cura realizada.

—Esto va mucho mejor, general. —Miró a Quinto, quien asintió con gesto serio.

—Gracias, Clodius. Estás haciendo un buen trabajo. —Trató de levantarse intentando que el dolor no se notara en su expresión.

—Aún es pronto para afirmarlo de forma definitiva, pero yo diría que Rávena asistirá al feliz reencuentro con el *magister militum* de la Galia.

Quinto miró al *limitaneus* con expresión sombría. Había algo en las palabras de aquel soldado que le desagradaba profundamente, pero no dijo nada. Lo cierto era que no podía tener queja sobre su comportamiento durante aquellos días de dura marcha desde que abandonaron el fuerte en la frontera del Rhenus. Su herida mejoraba ostensiblemente, gracias precisamente a sus cuidados, y, pese a que normalmente permanecía alejado de los restantes miembros de aquella extraña comitiva de supervivientes, había cumplido su cometido diario con disciplina y acatamiento de las órdenes. Sus palabras, no obstante, siempre parecían envolver una segunda intención, lindante con la insolencia, que Quinto acabó por aceptar como parte de su carácter. Se dirigió cojeando hacia la hendidura que comunicaba con el exterior la pequeña gruta donde habían pasado la última noche. La luz de un potente amanecer invernal lo cegó momentáneamente en el umbral, y Quinto se protegió los ojos con la mano para evitar el reflejo de aquellos rayos madrugadores en la nieve.

Habían conseguido llegar hasta las provincias helvéticas sin demasiados contratiempos, transitando por calzadas secundarias, alejándose ya desde un primer momento de las posibles rutas que desde el punto de cruce en Mogontiacum pudieran ser utilizadas por los invasores. Resultaba ya evidente que la dirección del avance de

aquellos pueblos era hacia el oeste; hacia el interior de la Galia. Continuando hacia el sur, por tanto, el grupo comandado por Quinto no tuvo grandes problemas en esquivar el flujo de guerreros y sus familias que, día a día, menguaba en número y consistencia. Atrás quedaron las ruinas humeantes de lo que un día fue puerto de la flota fluvial del Rhenus, sepultados sus muelles bajo los escombros y la ruina, apagados los ecos de las voces que hasta entonces habían dado vida a aquella ribera habitada por hombres y mujeres que ahora habían muerto, abandonados para siempre sus cuerpos, cubiertos por un manto de nieve y olvido. Intentando alejarse de los supervivientes del saqueo de los campos y villas más cercanos a la frontera, los jinetes comprobaron cómo las noticias de la invasión viajaban más rápidamente con el impulso del terror y cómo cada grupo de fugitivos con el que se cruzaban los observaba desde un sentimiento de miseria y rabia a duras penas contenida. Transitando por caminos secundarios, no encontraron mejor acomodo para pernoctar que cuevas, bosques y arruinados cercados para el ganado. Quinto había decidido que no resultaría conveniente dejarse ver en las *mansiones* que jalonaban la ruta principal que comunicaba de forma más directa con la península itálica. Conforme se alejaban de las provincias belgas, las noticias de la catástrofe iban desapareciendo al tiempo que los refugiados quedaban atrás. No parecía que fuera útil el suscitar las inevitables preguntas que, sin duda, otros viajeros desinformados podrían hacerse al contemplar una comitiva de soldados cansados y heridos transitando bajo el mando de oficiales de apariencia principal, en dirección opuesta a una frontera que ya se sabía convulsa.

Desde el fuerte hasta Rávena la distancia por recorrer superaba las ochocientas millas, mediando entre ambos puntos el peligroso cruce de las montañas que antaño habían sido bastión y hoy eran tránsito obligado en la comunicación entre las provincias imperiales. Quinto había sopesado la posibilidad de viajar hacia el este y rodear las provincias helvéticas hasta llegar a las costas del Adriático, pero pronto desechó la idea. Urgía informar al emperador, y, sobre todo, ansiaba reencontrarse con Estilicón, para ponerlo al día directamente de la situación. Decidió acceder a la península por la ruta más directa, aunque ello supusiera atravesar los Alpes por pasos secundarios que en invierno resultarían una dura prueba para todos ellos. Por otra parte, y más allá de la angustia que lo invadía por el hecho de forzar a sus soldados a acometer tal esfuerzo en aquellas condiciones, no podía evitar sentir una amarga sensación de fracaso que lo condicionaba en cada momento. Su ánimo había decaído con el paso de los días. El recuerdo de miles de hombres bajo su mando, masacrados, borrados de la historia por culpa quizás de una planificación insuficiente, de errores que solamente a él podían serle achacados, era algo que lo

atormentaba. Aquellos hombres que murieron habían confiado en él, en sus palabras, en las órdenes impartidas bajo su mando. Y ahora no existían ni hombres, ni palabras, ni órdenes ni mando. Ahora se veía solo, y esa sensación de desamparo le sobrecogía. Únicamente el recuerdo de Licia, de aquella mujer que irrumpió en su vida con la fuerza de una tormenta, lo impulsaba cada día. Sin ella, nada quedaba ya a lo que aferrarse, habiendo sucumbido en la tarea que le había sido encomendada. Por eso tenía que llegar hasta el final. Asumir sus culpas, reconocer su fracaso, ayudar a Roma y quizás, solo quizás, alcanzar la paz de espíritu que ahora tanto anhelaba, volviendo a ver aquella luz que alumbraba tenuemente su camino, alimentándola y permitiendo que, con su compañía, la felicidad dejara de ser por fin una mera conjetura.

—¡Estamos listos, Quinto! —La voz de Lucio interrumpió las reflexiones del general.

A lomos ya de sus caballos, los jinetes esperaban a su jefe. Este se aproximó al grupo, mostrando aún una leve cojera, y asió las riendas que Marcus le tendía. Apoyándose en él y agarrando las crines de su caballo, consiguió incorporarse trabajosamente hasta permanecer lo suficientemente erguido en su montura como para mantener el aspecto de dignidad que entendía que debía mostrar en todo momento ante sus soldados. Miró hacia las alturas, que despuntaban amenazantes, pero hermosas en su plenitud invernal. Un frío viento azotó los rostros de los hombres que bajo su mando acometerían la ascensión por el angosto desfiladero y a la orden de marcha la comitiva comenzó la penosa travesía sobre la nieve, que había caído con fuerza hacía ya varias noches. Habían abandonado ya la relativa seguridad de los valles helvéticos, optando por rodear la ciudad de Curia, desde la cual la calzada se iba estrechando, sepultando su trazado por una gruesa capa de nieve que a duras penas permitía ver los miliarios que aún jalonaban la ruta. Desde entonces el camino se había hecho senda y hacía tiempo que habían dejado de ver a ser humano alguno conforme alcanzaban mayor altura. Se encontraban ahora ante los temibles farallones que ocultaban la vista de un horizonte que parecía esperarlos al otro lado, tras la inmensa muralla blanca que les cerraba el paso, celosa de sus dominios.

Durante varias horas el grupo afrontó el desigual y empinado recorrido que aquel estrecho sendero proporcionaba, apenas jalonado ya por antiguos mojones abandonados. Los rostros de los jinetes, tapados con sus pañuelos, ya ajados por el sudor y la ventisca, mostraban la dureza de aquellas temperaturas que cuarteaban los labios y enseñaban los efectos de las quemaduras causadas por el sol implacablemente reflejado en el blanco de la nieve. De vez en cuando, el silencio sepulcral de la montaña se veía interrumpido por un sonido

sordo y brutal que retumbaba entre las paredes de piedra que enmarcaban la estrechez de los pequeños pasos que transitaban, y en la lejanía se podía vislumbrar un manto blanco que, impulsado por una fuerza sobrecogedora, arrasaba todo a su paso, mostrando con crudeza fantasmagórica la fuerza destructora de un alud. Tras el contacto con aquel impactante aviso de los dioses de las montañas, el silencio volvía a dominar el cielo y la tierra y la marcha continuaba, sobrecogido el ánimo ante el despertar repentino de aquella naturaleza aparentemente muerta. Y así, quince espectros que cargaban con sus pensamientos de derrota avanzaban impulsados por el deseo de encontrar al fin reposo. Quince soldados de diferentes procedencias que no objetaban ni ponían reparo alguno a las decisiones que su general adoptaba, aun cuando eran plenamente conscientes de que el fin de aquel interminable viaje no supondría necesariamente una mejora en su condición. Lo seguían, acaso como un reflejo aprendido en la milicia. Se cumplían órdenes, y eso era suficiente, al menos para la mayoría.

—Allí, Lucio. Justo ante nuestros ojos.

Quinto señalaba, erguido en su montura, un punto elevado en el que el paso se estrechaba significativamente entre dos peñascos que, pese a la nieve y el hielo, aún mostraban sus poderosas mandíbulas de piedra, prestas a cerrarse sobre el caminante que osara importunar la paz y el silencio de la montaña.

—Por fin. El paso.

Lucio se mostró aliviado. Miró hacia los jinetes que seguían el rastro abierto en la nieve por el caballo del general. Ni siquiera levantaban la vista, la cabeza inclinada hacia el pecho, intentando exponer lo menos posible al frío el rostro ya quemado y cuarteado, mientras sus monturas avanzaban a un paso cadencioso, exhaustas, como los hombres que las guiaban de forma casi inconsciente, rozando el abismo que a cada milla recorrida se hacía más insondable, sin que la vista pudiera distinguir, engañada por el blanco, el fondo de aquellos barrancos amenazadores. El rojo de sus capas, apenas mitigado por las pieles que cubrían los cuerpos, distinguía al grupo como una comitiva, cuando menos, inusual. Lanzas y espadas, escudos y yelmos mostraban su condición, avisaban al viajero y prevenían de encuentros no deseados. Sin embargo, no se habían cruzado con nadie en aquel trayecto desde que, abandonando la relativa seguridad de los valles alpinos, hacía dos días habían comenzado a subir aquellas escarpaduras. Dos días alimentados a base de tocino ya reseco comprado a las afueras de Curia a un malencarado mercader burgundio; durmiendo ateridos, rodeando el tenue calor de un fuego oculto entre las piedras. Dos días en los que el frío había penetrado en los cuerpos hasta adormecer su vitalidad. La montaña y el invierno.

Una combinación hostil para los hombres.

Unos minutos más tarde, Quinto alcanzaba el estrecho collado abierto en aquella pared helada. Comprobó con orgullo las marcas que los picos habían hecho en las paredes que flanqueaban el paso. Las hendiduras en la piedra mostraban la determinación de los ingenieros imperiales por habilitar un camino que no podría calificarse como calzada, pero que, gracias a aquel desmonte forzado por manos humanas, permitía la comunicación, el comercio y la guerra. Las marcas de Roma.

—Llegaremos al anochecer. A partir de ahora el camino será más fácil y pronto alcanzaremos los valles del Tesino, y allí Bilitio. Luego Comum y finalmente Mediolanum. Creo que nos merecemos un descanso en condiciones —sonrió mirando a su subordinado.

—Nos vendrá bien, Quinto. Los hombres están agotados. Y te confieso que yo también.

Mientras hablaba, el resto de los jinetes se acercaban a su posición. Inescrutables sus rostros, continuaron avanzando como fantasmas, sin levantar apenas la vista. El sol, en lo alto, acariciaba con sus rayos los cuerpos helados de aquellos espectros armados. Su alma, fría también, necesitaba encontrar igualmente el reposo que prometían aquellos valles a los que al fin se aproximaban. La puerta que abría el paso a la esperanza y al descanso.

Una comitiva de fantasmas. Esa fue la descripción que recibió el *defensor civitatis* de Bilitio cuando fue despertado a altas horas de la noche en su *domus* para que proveyera descanso y provisiones a visitantes ilustres que estaban agotados. Azorado y nervioso, el funcionario consiguió acomodar a aquellos huéspedes inesperados en el viejo edificio que antaño había hecho las funciones de pequeña basílica del municipio y que en aquellos días ofrecía a los habitantes de la zona el consuelo espiritual de una modesta iglesia. Se habían aprovechado los recios muros, así como la fortaleza de la única bóveda que cubría una pequeña nave, presidida ahora por un altar de piedra cuyas inscripciones aún permanecían labradas recordando la devoción a emperadores antiguos. El conjunto resultaba, no obstante, lo más acogedor que aquellos hombres habían podido hallar desde que acamparon en Augusta Treverorum, hacía ya tanto tiempo que apenas podían recordarlo. Lucio organizó una pequeña guardia junto a las monturas, que permanecieron en el exterior, objeto de la curiosidad de miradas escondidas tras los postigos de las pequeñas casas que rodeaban de manera anárquica la vieja construcción imperial. Agotados, los jinetes se desplomaron junto a los muros evitando

palabras innecesarias, cerrando los ojos por fin a cubierto del frío de aquellas noches heladas.

—No puedo ofrecerte nada mejor, excelencia —dijo el munícipe con voz trémula, dudando del tratamiento con el que debía dirigirse a quien parecía comandar aquella extraña comitiva.

—No te preocupes, es más que suficiente —contestó Quinto mientras observaba a sus hombres derrumbarse sobre el suelo, intentando no dejar traslucir demasiado el agotamiento que también se había apoderado de él—. Ahora solo necesitamos dormir. No seremos molestia para las arcas de la ciudad. Partiremos al amanecer. Eso es todo.

El funcionario comprendió al instante la sutil invitación para abandonar el lugar y, con una suave inclinación de cabeza, retrocedió hacia la entrada y cerró el portón tras su salida del edificio.

—Si no nos damos prisa, la noticia sobre la marcha de una partida de jinetes comandados por un general hambriento y herido nos precederá. No me da la impresión de que ese hombre vaya a dejar de aprovechar la oportunidad de sentirse importante por una vez. —Lucio dudó antes de continuar—: Podemos impedirlo si quieres.

—No. Ya no importa. Si salimos cuando amanezca, pronto alcanzaremos Comum, y rodearemos Mediolanum en dos días. Para cuando este personaje ya no esté asustado y se decida a informar de nuestra llegada, nosotros ya estaremos lejos. —Quinto se despojó de su cinturón y de su espada y con un gesto de cansancio se colocó sobre la manta que había extendido en el suelo—. No tenemos por qué preocuparnos por eso; lo que verdaderamente me inquieta, Lucio, no es que se sepa de nuestra llegada y, por tanto, de nuestra derrota. Me atrevo a pensar que quizás las noticias ya hayan alcanzado Rávena antes de que lo hagamos nosotros. No. Lo que verdaderamente me preocupa es si esta catástrofe va a ser entendida en el entorno imperial.

Cerró los ojos y entrelazó las manos bajo la nuca mientras miraba la bóveda bajo la tenue luz de las lámparas proporcionadas por la curia local.

—Estilicón ya tenía bastantes enemigos en la corte y ahora su posición se debilitará aún más. En toda la diócesis de la Galia solamente quedan pequeñas guarniciones de *limitanei* que no sirven para gran cosa —miró de reojo hacia el lugar donde Cayo aparentemente estaba ya durmiendo—, y nada sé de las legiones de Britania. Si esos pueblos quisieran, podrían alcanzar ahora mismo Gades sin que nada ni nadie les cerrara el paso. —Miró con inquietud a su amigo y bajó el tono de su voz—. Mi intención es la de evitar que Estilicón caiga ahora. Solo él puede salvar a Roma en esta situación. Él conoce y controla las alianzas que han permitido formar las legiones

que nos defienden. —Señaló a sus hombres—. Míralos, todos ellos vienen de lejanas tierras y los une solamente la fidelidad a un jefe o, si prefieres, a una cierta idea de orden. Probablemente ninguno de ellos sepa demasiado de la historia de Roma, pero morirían por ella, ya lo han hecho, si sus generales se lo piden. Si Estilicón cae, con él desaparecen muchas lealtades en la milicia —suspiró—. Conozco poco a Honorio, pero lo que he podido comprobar sobre él no me hace ser optimista; es voluble, caprichoso e ignorante. Un indigno hijo del gran Teodosio. —Lucio se revolvió, inquieto, mirando alrededor—. Estate tranquilo, viejo amigo. No soy tan imprudente como parezco.

—Lo sé, Quinto. En eso confío. —Comenzó a alejarse para cumplir con su turno de guardia—. Duerme bien, general.

Pero Quinto interrumpió su marcha con una voz ya dominada por el sueño.

—Lucio, una cosa más. —El centurión se dio la vuelta para escuchar al general, quien bajó su tono—. Vigila a Cayo. Llevo observándolo desde que partimos del fuerte y apenas ha articulado palabra. Lo veo hosco y taciturno.

—Su esposa, su familia… —empezó a justificar el centurión.

—Lo sé. Por eso te lo digo. No olvides el origen de todos nuestros acompañantes. Y Estilicón: él es romano, pero de origen vándalo. No quiero sorpresas. Tú vigílalo discretamente. —Y cerró los ojos.

—Se hará como dices, general.

Pero Quinto ya no podía atenderlo. Abandonado al agotamiento, Lucio solo acertó a escuchar de él un leve murmullo casi inaudible.

—Mis soldados…

Partieron al alba. Conforme abandonaban las alturas que habían dominado su vida en los últimos días, el ánimo regresó poco a poco a aquellos hombres, ahora algo más reconfortados por la cercanía de su destino final. En dos jornadas alcanzaron Comum y algo más tarde consiguieron evitar la gran urbe de Mediolanum, rodeándola a través de los fértiles campos que se sucedían en la llanura del Po, evitando el incesante trasiego de las calzadas principales que desembocaban en la ciudad. Mientras los jinetes avanzaban, los campesinos interrumpían las escasas tareas de invierno al paso de aquellos soldados de aspecto fiero, vestidos con ropajes raídos por las inclemencias de la lucha y del tiempo, comandados por un personaje que lucía la capa roja que lo distinguía en el mando y alto rango.

Al final de la comitiva, Cayo se dejaba llevar por pensamientos oscuros. Su mirada ya no contemplaba la luz que, conforme avanzaban hacia el este, comenzaba a inundar de vida el paisaje cada

vez más cercano a la medida del hombre que se mostraba ante ellos. Marcus, cabalgando junto a él, lo cazaba de vez en cuando dirigiendo furtivas miradas en su dirección, sin recibir a cambio la más mínima atención o complicidad por parte del veterano *limitaneus.* Desde la víspera de la batalla, el joven explorador lo había considerado como un padre. Le debía la vida, y sentía la necesidad de resultarle útil, pero desconocía cómo penetrar en la muralla que en torno a su persona había construido Cayo desde que partieran del fuerte. No había escuchado de él palabra alguna desde entonces. Habían compartido las escasas provisiones, se habían relevado en las guardias en la montaña, habían seguido cabalgando juntos, pero en ningún momento había conseguido intercambiar con él frase alguna. Los únicos momentos en los que atisbó en su protector algo parecido a un leve interés por el exterior de su propio mundo fueron aquellos en los que Clodius se acercaba lo suficiente como para que el *limitaneus* notara su presencia. Entonces creía ver en él un fuego que dotaba por unos instantes de vida a sus ojos. Pero luego ese fuego se apagaba y Marcus no sabía si, en realidad, aquella chispa no era más que el reflejo de unas brasas de odio, preparadas para convertirse en llama. Desde que abandonaron Bilitio, no obstante, Lucio se había aproximado a ellos con frecuencia. Pocas veces el centurión se separaba del *magister militum,* y muchas menos para interesarse por él, el más joven e inexperto soldado de entre aquella tropa, pero su presencia conseguía reconfortarlo ante la ausencia aparente del alma de Cayo. En el transcurso de una de aquellas visitas, mientras cabalgaban ya por la calzada principal que unía Mediolanum con Rávena, le dijo que probablemente conocerían al emperador, y Marcus se estremeció solo de pensarlo. En aquellos momentos se imaginaba regresando algún día a su pequeño pueblo, donde quizás aún lo esperara su madre, orgulloso, deseoso de abrazarla y de que pudiera escuchar las historias de un hijo que partió de casa como un niño y regresaba como un hombre. Pero Marcus interrumpió sus pensamientos abruptamente cuando delante de él los jinetes frenaron su marcha. Observó el horizonte. Al fondo de una enorme planicie atravesada en una interminable recta por la calzada por la que transitaban, los rayos de un sol de mediodía iluminaban unas murallas encaladas, tachonadas de torres que despuntaban destellos rojizos de tejados coronados por estandartes. Cientos de penachos de humo blanco se elevaban al cielo anunciando al visitante la actividad de una ciudad que ahora era el centro del mundo conocido. Habían llegado a Rávena.

Quinto contempló con calma el paisaje que circundaba la capital imperial. Decididamente, no eran aquellos tiempos que recordaran la antigua y confiada seguridad de la Roma inmortal de la que hablaban

los grandes historiadores. Rávena era ahora el centro, no por su tamaño ni por su importancia como población, sino por su situación geográfica. Extendiéndose a muy pocas millas del mar Adriaticum, el terreno que la rodeaba era una sucesión de pantanos que hacían imposible cualquier aproximación de grandes masas de soldados. Lo insalubre de aquellas tierras ofrecía, en fuerte paradoja, una garantía de vida a sus habitantes, confiados en que nadie en su sano juicio conseguiría instalarse de forma permanente en unas tierras asoladas por los mosquitos y rodeadas por agua estancada. El puerto de la ciudad, Classe, unido a esta por una potente calzada de pocas millas de longitud, proporcionaba todo lo que la población y la corte necesitaban, incluyendo auxilio militar. Para dominar Rávena, era imprescindible controlar el mar, y la flota imperial aún era la dueña de las aguas. Quinto recordó cómo había viajado de su Mediolanum natal a este enclave siguiendo a Estilicón cuando Honorio decidió establecer en él su capital, trasladándola desde aquella ciudad e intentando alejarse lo más posible de las intrigas de una Roma demasiado grande e inmanejable, apartando la enojosa influencia del Senado, cargado de formalismos aburridos y tediosos, pero también confiado en la fácil defensa que aquella situación geográfica le proporcionaba. Recordaba la repulsión que aquel clima y el ambiente provinciano producían a los dignatarios que se habían visto obligados a acompañar al joven hijo de Teodosio en su traslado. No obstante, en los pocos años que llevaba Honorio residiendo en ella, las obras de engrandecimiento se habían desarrollado con ímpetu, y probablemente se estaban tratando de reproducir a pequeña escala todos los elementos que ofrecían en una gran urbe el placer, la comodidad y el lujo correspondientes al emperador de Occidente.

Lucio se acercó a su amigo. Observó cómo Quinto mantenía una expresión seria mientras fijaba la vista en aquel horizonte en el que se recortaba la silueta de la ciudad.

—Hemos llegado, al fin —sonrió.

—Sí, hemos llegado. —Miró a Lucio y luego se giró, erguido en su montura, para contemplar a sus soldados, que aguardaban expectantes —. Esto es lo que queda de mis legiones, viejo amigo. Poco más que una decena de hombres. Aquellos que murieron lo hicieron bajo mi mando. —Desanudó la correa del barboquejo y se quitó el casco con alivio—. Bajo mis órdenes, Lucio, bajo mis órdenes fueron a la muerte. Aquellos hombres que murieron… —No pudo continuar.

Lucio miró de reojo a los jinetes para comprobar que no habían visto aquel momento de debilidad en su general.

—Quinto, tú no tuviste la culpa —comenzó a contestar Lucio.

No pudo terminar. Quinto lo interrumpió:

—Un general siempre tiene la culpa si sus hombres mueren y él

sobrevive, Lucio. No lo olvides nunca. —Se secó el sudor y miró al horizonte. Se puso de nuevo el casco—. Tenemos visita, amigo mío. Saben que hemos llegado.

Venían al trote. Un escuadrón de soldados se aproximaba por la calzada desde la ciudad haciendo tremolar un *vexillum* cuyo color rojo destacaba con más fuerza conforme los jinetes se aproximaban. Mientras la distancia entre ambos grupos se iba reduciendo, se podía apreciar el brillo que el sol del mediodía producía en las cotas de malla y cascos adornados de pedrería que aquella tropa lucía con orgullo. El lustre de los ropajes, el aseo y limpieza de las monturas, los escudos relucientes sujetos a los lomos de los caballos, las largas lanzas rematadas en penachos multicolores, todo contrastaba con el aspecto desastrado de los viajeros que por fin culminaban su largo periplo desde la derrota. Por los símbolos pintados en los escudos, coloreados con azules, amarillos y rojos vibrantes, podía identificarse a aquellos jinetes con parte de una *vexillatio* de la guardia imperial. Alcanzaron por fin la posición en la que, sobre sus monturas, los esperaban los supervivientes de las legiones enviadas al Rhenus.

—Se te saluda, *magister militum* —dijo el comandante de aquella tropa mientras frenaba su caballo ante Quinto. Este no pudo evitar una mueca irónica.

—Veo que nos esperabais, soldado —dijo al fin.

—El emperador sabe de vuestra llegada, en efecto. Se me ha encargado que os diga que confía en recibiros pronto. —Miró con cierto indisimulado desdén el aspecto de aquel conjunto de guerreros —. Imagino que necesitaréis descansar y asearos un poco.

—¡Estás hablando con el *magister militum* de la Galia, soldado! —Lucio no pudo contenerse por más tiempo—. ¡Muestra respeto!

Quinto levantó la mano, conteniendo a su amigo, inusualmente enervado.

—Sea. Comandante, transmite al emperador que aceptamos complacidos el gran honor que nos hace con su invitación. Pero hoy —y Quinto desenvainó lentamente su espada— mis hombres necesitan descanso y comida. Un buen baño sería deseable —continuó con una ligera sonrisa que al aludido le pareció realmente amenazadora—. Y yo quiero ver de forma inmediata al *magister militum principalis,* Estilicón. Confío en que no habrá inconveniente en ello.

Mientras hablaba Quinto, los jinetes sármatas habían avanzado hasta rodear prácticamente a los cinco soldados imperiales, que permanecían en sus puestos, observando con preocupación los fieros rostros de aquellos combatientes.

—No, desde luego, general. —Miró con odio a Quinto—. No habrá inconveniente. Acompañadnos.

Y, sin perder de vista a los jinetes que los rodeaban, volvió grupas y

comenzó un trote ligero en dirección a las puertas de la capital, seguido de su guardia.

—¿Quién ha podido venir antes que nosotros, Quinto? —preguntó Lucio preocupado.

—No lo sé —Quinto bajó la cabeza mientras acariciaba las crines de su caballo—, pero no me gusta que nos estén esperando. Veremos, Lucio, veremos. —Se giró hasta poder encarar a sus hombres—. Soldados —reflexionó unos segundos antes de continuar; las miradas de aquellos jinetes cansados se dirigían expectantes hacia el general—, ¡aquí ponemos fin a nuestro viaje! Mantened el orgullo intacto, estad vigilantes. Esta ciudad aparenta ser un remanso de paz, pero probablemente sea más peligrosa que un campo de batalla. —Permaneció en silencio durante un instante, antes de concluir—: Estoy orgulloso de vosotros. De todos. —Miró a Clodius—. Vayamos, entonces. El emperador nos aguarda.

XIV

Gerontius

Salieron de entre la niebla como fantasmas, aullando gritos de guerra que rompieron el silencio pesado y monótono de otro día gris de lluvia en los campos cercanos a Lutecia. Habían rodeado la ciudad, lejos de las principales vías de comunicación, y, cabalgando entre los bosques, aquella avanzadilla compuesta por jinetes suevos y alanos había conseguido penetrar sin ser detectada en un territorio aún ajeno al peligro que se acercaba aceleradamente, en forma de horda compuesta por guerreros victoriosos con miles de bocas que alimentar. Saciados momentáneamente por el pillaje y el saqueo perpetrados en Augusta Treverorum y Durocortorum, el ejército invasor había ralentizado algo su marcha en dirección al oeste, enviando pequeñas patrullas de exploradores con la misión de señalar a las fuerzas principales nuevos objetivos en forma de lujosas explotaciones agrícolas y sus tentadoras villas, poblaciones y pequeños asentamientos. Aquellos seis jinetes que se lanzaban ahora sobre el desprevenido e improvisado convoy de fugitivos constituían una de aquellas unidades que, adelantadas al cuerpo principal, decidían aleatoriamente sus ocasionales ataques sobre un territorio inerme.

Boscus fue el primero en caer. Aquel viajero que había importunado a Licia en la ya lejana *mansio* a la que accedió como visitante sin experiencia y que se había unido al heterogéneo grupo que intentaba alejarse del peligro apenas tuvo tiempo para reaccionar. De hecho, no tuvo ninguna oportunidad de hacerlo. Alejado del grueso del convoy, cabalgaba somnoliento y empapado a lomos de un viejo caballo que no parecía tener mejor aspecto que su propietario. La lanza que empuñaba uno de los jinetes alanos penetró en su costado impidiendo cualquier reacción, y, antes de que tuviera tiempo de percatarse de la situación, su vida ya escapaba a borbotones y su sangre manchaba la grava de la calzada. Cuando fueron conscientes de lo que estaba ocurriendo, los gritos de angustia y alarma desbarataron de golpe el cadencioso ritmo de la marcha. Antonino, que cabalgaba en vanguardia tras el carro guiado por Licia, detuvo su caballo con un fuerte tirón en sus riendas y, obligándolo a girar sobre sí mismo en brusco movimiento, trató de entender de dónde provenía aquel

ataque. Apartando las pieles que lo protegían del frío y la lluvia, desenvainó la corta espada que portaba al cinto y tras unos momentos de duda dio un fuerte golpe con sus talones en la grupa de su montura, para dirigirse al galope hacia la retaguardia de la caravana por entre los carros cuyos conductores avivaban desesperadamente su marcha para escapar de la muerte que se abalanzaba inmisericorde sobre ellos. Licia había frenado su desvencijado carromato cuando escuchó los primeros gritos. De pie en el pescante, probaba a ver qué estaba ocurriendo en aquel punto en el que la calzada se perdía en la bruma, a sus espaldas. La lluvia seguía cayendo inclemente y empapaba su rostro, pegando a su cara mechones de pelo negro de los cuales goteaba el agua de la que hacía tiempo su capa no podía protegerla. Comprobó cómo Antonino había conseguido reunir en torno a él a cuatro viajeros más que, tras sus pasos, algunos a pie abandonando sus carros, otros a caballo, se dirigían hacia aquel combate desordenado y furtivo. Dudó por un momento, pero había crecido en ella un sentido agudo de supervivencia y, sentándose de nuevo, azuzó a su montura, renuente y cansada de aquel viaje, pero que obediente comenzó a retomar el ritmo del paso cadencioso al que ya estaba acostumbrada. Poco a poco, el carruaje de Licia avanzó sobre la grava empapada mientras la lluvia y la niebla iban amortiguando los sonidos de un choque armado que quedaba a sus espaldas, en un lugar en el que los hombres luchaban por su vida y sus escasas pertenencias y del que quería escapar. Pronto, un par de carromatos siguieron el ejemplo de Licia y empezaron igualmente a alejarse del peligro, esquivando los vehículos que viajeros menos impresionables y decididos habían abandonado momentáneamente para defender sus vidas y, aunque no quisieran pensar en ello, las de aquellos que ahora pretendían escapar de la muerte que había surgido de entre la niebla.

Antonino agitó su espada en el aire al tiempo que ordenaba a su montura ir directamente contra un desprevenido jinete alano que había desmontado para intentar encontrar algo de provecho entre las pertenencias del desgraciado Boscus. Su rostro apenas pudo reflejar la sorpresa que durante unos segundos tuvo que causarle aquel jinete encorajinado que descargaba su furia sobre él, hendiendo el filo de su arma sobre el cráneo débilmente protegido por un ligero casco de la caballería auxiliar legionaria, probablemente obtenido en el saqueo de los muertos tras la batalla del Rhenus. El tajo fue contundente, y, mientras pugnaba por no caer de su montura tras el fuerte golpe, Antonino recuperó con dificultad su arma, manchada ahora con los restos de sangre, piel, pelo y cuero que habían quedado incrustados en el ánima de la espada. Ignorando el breve alarido de dolor y muerte, se revolvió en su montura cuando comprobó cómo los restantes jinetes

bárbaros se dirigían contra él y contra uno de los viajeros que, pobremente armado con una rudimentaria lanza que servía ocasionalmente para azuzar a los bueyes de su carruaje, asistía aterrorizado pero firme al espectáculo sanguinolento que ofrecía la cabeza partida del guerrero abatido por su compañero. Asombrado y absorto ante la destreza militar de Antonino, no pudo ver cómo, a escasos pies de donde se hallaba, un jinete suevo había arrojado una lanza en su dirección. Sin protección de ningún tipo sobre su cuerpo, la punta metálica penetró en su pecho y lo atravesó limpiamente. Por unos segundos, aquel hombre valiente trató de sacar de su interior la madera que le quemaba las entrañas, tras haber soltado su arma y agarrado con fuerza el mástil que hacía de él un objeto inerte. Sus manos se aflojaron y miró a Antonino con cara de incredulidad, justo antes de desplomarse pesadamente sobre el suelo, sin exhalar ni un solo grito, acompañado únicamente en su tránsito por la muerte, que ahora buscaba ansiosa una nueva víctima.

Licia asía con fuerza las riendas, mientras su determinación de escapar sufría el embate de la duda. ¿De verdad pretendía dejar atrás a quienes en esos mismos momentos luchaban valientemente por proteger su huida? No se sentía especialmente cercana a sus compañeros de viaje, pero no era menos cierto que Antonino, en cierta manera, se había hecho cargo de su protección y había decidido por ella cuando el dolor la había convertido en una mujer sin voluntad ni fuerza. Él había frenado su primer impulso de cesar en la lucha, y, obligándola a continuar, había conseguido ayudarla a superar el ensimismamiento al que se había abrazado tras conocer la muerte de Quinto. Y ahora ella escapaba, consciente de que aquel sacrificio ofrendado por quienes no la conocían servía para continuar con el ansia de huida que la mantenía con vida desde que abandonó Augusta Treverorum. Pero no paró el carruaje. Ya no escuchaba los gritos de lucha, y su mente intentaba concentrarse en el tenue horizonte gris apuntalado por la interminable recta de la calzada que se abría ante sus ojos. Tampoco lloró, y, sin embargo, la angustia que sentía desde hacía días se aferraba a su corazón. Quizás por ello continuó su camino ajena a la lluvia que seguía azotando su rostro, aterida de frío, empapada y consumida por un miedo oscuro que, sin embargo, no le impedía tener claras sus ideas. Seguiría adelante. Y así lo hizo, conteniendo con gran esfuerzo el gemido que un alma atormentada pretendía liberar. El carro de Licia, encabezando un pequeño convoy con otros fugitivos, se perdía ya entre la bruma alejándose de una muerte a la que una vez más había conseguido engañar.

Antonino comprendió pronto que no escaparía de aquella lucha tan fácilmente. Reorganizados ya los cuatro jinetes supervivientes, los bárbaros habían decidido terminar primeramente con los desgraciados

que se habían acercado a la pelea desmontados, acabando con su pobre resistencia uno a uno, derribados como fardos por los golpes brutales de hachas y espadas. Nunca tuvieron realmente ninguna oportunidad, pero al menos —o eso pensó Antonino— demostraron que quizás no estaba todo perdido si en el Imperio aún quedaban ciudadanos que eran capaces de entregar sus vidas con el último orgullo de los antiguos constructores de fronteras. Azuzó a su montura y se dirigió al galope hacia uno de los guerreros que, al parecer, encontraba especial satisfacción en rematar concienzudamente a quien pocos segundos antes había sido un pacífico viajero que yacía ahora a sus pies como un guiñapo sin vida. El tajo seccionó limpiamente la muñeca del alano, que soltó un alarido de dolor mientras observaba impotente cómo, desprovisto así de su arma, su oponente levantaba de nuevo su espada y descargaba el golpe que acababa con su vida. Antonino tuvo el tiempo justo para revolverse y afrontar el ataque de los tres jinetes bárbaros restantes. Esquivó ágilmente el venablo que le lanzó uno de ellos y levantó la guardia a la espera de lo que ya entendió que iba a ser el final de aquel breve combate. Pudo frenar el primer golpe, pero, tras una nueva acometida, un dolor indescriptible le hizo soltar las riendas de su caballo. Comenzó a desvanecerse su visión y, mientras pugnaba por mantener el equilibrio, consiguió, sin embargo, atisbar entre tinieblas, antes de abandonarse al tentador refugio de la muerte, la sorpresa y perplejidad de aquellos rostros coléricos que ya no lo miraban a él. Y solo entonces se entregó a la oscuridad.

Cuando abrió los ojos, encontró los de Licia observándolo, escrutadores y ansiosos.

—Vaya. ¡Por fin has despertado!

Una sonrisa de sincero alivio lo ayudó a comprender que finalmente parecía que no era aún su hora. Estaba tendido en el interior de un carromato que traqueteaba rítmicamente sobre la calzada. Una manta raída y vieja lo cubría, intentando mantener el calor de su cuerpo. Notó su cabeza presionada por un fuerte vendaje que le cubría parte de su oreja derecha. Probó a devolver la sonrisa.

—Creía que no saldrías de esta, Antonino —dudó—. Has sido muy valiente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al fin.

—Que hemos tenido suerte —contestó Licia mientras limpiaba con un pañuelo húmedo la sangre que aún brotaba levemente en el rostro del herido—. Por lo que sé, llegaron a tiempo de salvarte. Los demás han muerto.

—¿Quiénes? ¿Quiénes llegaron a tiempo?

—Una patrulla legionaria. Creo que lo llaman una *turma* de caballería, ¿no? —Licia volvió a sonreír—. Me alegro de que hayas

sobrevivido, Antonino. —Su sonrisa se apagó momentáneamente y tras una pausa se atrevió a continuar—: Te abandoné. Intenté escapar y te abandoné.

—Hiciste bien, Licia. ¿Cómo habrías podido ayudarnos? —Buscó su mano en la penumbra. Licia dejó que se aferrara a sus dedos—. Cuéntame más. ¿Quiénes son esos soldados?

—No lo sé muy bien —contestó Licia—. Por lo visto, se trata de una avanzadilla de exploradores y los manda un tal Gerontius. —Antonino sintió un estremecimiento en su interior al escuchar ese nombre, pero se contuvo—. Las legiones de Britania han desembarcado al fin en la Galia, ¿no es maravilloso?

Durante un tiempo que se le hizo eterno, Antonino alternaba episodios de sueño y alerta. A lo largo de un trayecto que se le estaba haciendo interminable, mecido por el movimiento agudizado por las viejas ballestas del carro, comprobó que la lluvia ya no repiqueteaba en el toldo del vehículo. Mientras tanto, Licia dormitaba junto a él, guiado el carruaje por uno de los viajeros que habían perdido el suyo en el ataque. La parte posterior se encontraba abierta y comprobó aliviado que, atado a esta con sus riendas, su caballo seguía el paso, cargado con las alforjas que contenían todas sus pertenencias. La cabeza seguía doliéndole terriblemente y notaba un zumbido que le impedía oír con precisión los sonidos que rodeaban ahora inconexos el habitáculo. Le pareció escuchar conversaciones y ruidos metálicos de piezas que chocaban intermitentemente, probablemente lanzas, escudos y espadas que acompasaban rítmicamente su tintineo al paso de las monturas que, ahora estaba convencido, rodeaban y custodiaban a los supervivientes mientras avanzaban en su marcha. Pensó en lo que le había dicho Licia. Las legiones acantonadas en Britania al fin habían desembarcado. Fuerzas veteranas de *comitatenses*. Soldados curtidos en el desapacible clima de las islas y que ahora se enfrentarían a los invasores. Y Gerontius. ¡Él aquí! ¡Él otra vez! Los dioses le jugaban una mala pasada.

—¿Cómo se encuentra? —Una voz ronca y potente acompañó a la pregunta, dirigida a Licia, que observaba el sueño de Antonino.

Levantó la vista y comprobó cómo aquel hombre se había acercado a la parte posterior del carromato y miraba directamente al herido desde su montura. Este despertó. Gerontius componía una figura imponente. Un rostro duro y curtido dejaba ver una cicatriz que rasgaba una mejilla angulosa. Tocado con un casco repujado por pequeños remaches dorados y rematado con una breve cresta metálica que lo cruzaba longitudinalmente, distinguiéndolo como oficial, el soldado aparentaba todos los rasgos característicos de un hombre entregado a la milicia. Su cota de malla ya no relucía, y bajo ella ceñía una túnica roja cuya tonalidad apagada denotaba su uso continuado.

Una gruesa capa de color pardo envolvía parcialmente el torso, y unos hombros anchos, propios de quienes tienen en el ejercicio físico y en la lucha uno de sus cometidos habituales, le proporcionaban una apariencia de fortaleza. Llevaba colgado al cuello un pesado medallón con la efigie de un toro, probable recompensa por algún acto de valentía, y, mientras esperaba la respuesta a su pregunta, mantenía las manos aferradas al pomo de la silla de montar, una tosca obra militar sin adornos. Licia se sobrepuso a la primera impresión y, tras comprobar que Antonino mantenía fija la mirada en aquel oficial, respondió:

—Mejor. Al menos, ya se despierta —constató con un ademán de su barbilla—. Gracias, oficial. Gracias por tu ayuda.

Gerontius permaneció impasible, manteniendo la mirada del herido.

—Has luchado bien, soldado.

Antonino no apartaba sus ojos de aquel hombre, que seguía mirándolo, escrutador. De repente, sin mayor preámbulo, Gerontius sacó de una alforja que llevaba al costado de su caballo una espada manchada de sangre. La miró un segundo y la arrojó al interior del carromato, junto al cuerpo tendido de Antonino. El sonido del arma al caer sobre la madera sobresaltó a Licia.

—¡Tu espada, soldado! Puede que la necesites.

Y sin más palabras, Gerontius tiró de las riendas de su caballo y se alejó al trote. Aún pudo alcanzar a oír la pregunta que Licia, extrañada ante la escena, le lanzaba, de pie, desde la trasera del carruaje.

—¿Adónde vamos? ¿Adónde nos dirigimos?

El oficial frenó un instante su montura y se giró. Desde la distancia, respondió con voz firme:

—¡Al campamento de las legiones Máxima Caesariensis y Secundani Britones, en Bononia! ¡Allí nos dirigimos!

El resto del trayecto supuso un tormento de silencio para Licia. Antonino se encerró en un mutismo absoluto durante los dos días que tardaron en alcanzar su destino. Con los ojos abiertos, fija su mirada en los soldados que podía vislumbrar a través de la trasera del carro, no respondió a ninguna de las preguntas que Licia, inquieta, le hacía. Parecía haberse abandonado a la tiranía de negros pensamientos, y ni siquiera las voces que alertaban del final del viaje y la cercanía del campamento consiguieron devolverlo a aquel estado de ánimo alegre y despierto que lo caracterizaba. Cuando al fin la comitiva cruzó la puerta de madera del recinto fortificado en el que se asentaban las

legiones de Britania, y que se atrancaron después a su paso, simplemente cerró los ojos y emitió un profundo suspiro.

El campamento era un hervidero. Encerrados en un recinto de dimensiones gigantescas, las tropas desembarcadas presentaban una actividad bulliciosa. Conforme al uso establecido de antiguo, el *vallum,* la empalizada de madera, formaba un enorme cuadrilátero precedido por un foso que rodeaba el perímetro. Cada doscientos pasos, unas imponentes torres dotadas de techumbre y armadas con escorpiones protegían el campo de visión de los centinelas apostados en ellas. Por el *cardo* que comunicaba las dos puertas principales, pequeños grupos de legionarios se afanaban frente a sus tiendas y barracones en afilar sus espadas y apilar las lanzas y flechas que eran acarreadas por carros que repartían su carga desde las armerías. Sonidos de yunque, mezclados con los relinchos de las monturas agrupadas en las cuadras, se yuxtaponían en una sinfonía de ruidos inconexos que, sin embargo, dotaban a aquella cacofonía sonora del sentido de una melodía bien conjuntada.

El carromato en el que viajaban Licia y el herido fue conducido a una esquina situada en el lado norte, el más cercano a la costa, junto a la que el campamento se había emplazado tras el desembarco. La cercanía del mar impregnaba el aire de una neblina característica formada por las pequeñas partículas de humedad que las olas batientes arrojaban tras su estallido contra las rocas, y el salitre, con su penetrante y vivificante olor, dotaba a aquel lugar de un encanto especial, a la vez fantasmagórico y perturbador, que Licia no había vivido jamás. Las gaviotas sobrevolaban los improvisados estercoleros que recogían los residuos producidos por aquella masa humana que se afanaba en la preparación de la guerra. *Pronto muchos morirán,* pensó Licia mientras recomponía un poco su aspecto, descuidado tras el viaje, y miraba con tristeza los rostros de aquellos jóvenes cuyo oficio consistía en defender el modo de vida que, antes que ella, tantas generaciones habían disfrutado. Comprobó que, con ellos, permanecían agrupados en desorden al menos un centenar de carros de distinto tipo y condición y que junto a los vehículos se arremolinaban en sus quehaceres cotidianos miles de refugiados. Todos, como ellos, habían sido expulsados de sus residencias en villas saqueadas y poblaciones abandonadas a su suerte y habían alcanzado entre aquellos muros de madera la protección que no los había amparado cuando las primeras oleadas de bárbaros irrumpieron en sus vidas. Varios fuegos improvisados calentaban grandes ollas que contenían un líquido espeso, repartido por una pequeña guardia de legionarios entre aquellos ciudadanos que se arremolinaban, hambrientos, en busca de aquel mínimo sustento proporcionado por el ejército. Ni el olor de aquella sopa ni el aspecto displicente de la

guardia encargada de su custodia podían animar a nadie a acudir a las aglomeraciones que ya se formaban en derredor de los recipientes. Sin embargo, Licia, haciendo acopio de paciencia y, desde luego, teniendo muy en cuenta la escasez de provisiones con la que habían llegado hasta allí, buscó entre sus ya escasas pertenencias hasta encontrar dos toscos platos de barro mal cocido que había conseguido adquirir en el viejo foro de Durocortorum. Con gesto de resignación y tras comprobar que Antonino seguía descansando, aparentemente dormido, en el interior del carromato, se dirigió hacia el punto de suministro más cercano. Ya oscurecía, y era mejor afrontar la fría noche con el estómago caliente. Mañana sería otro día.

Se despertó de improviso, asustada por los estridentes sonidos de los *bucinatores* del campamento llamando a asamblea general. Había soñado con Quinto. De hecho, pocas veces dejaba de hacerlo, y durante aquellas mañanas en las que la sombra de las imágenes que la habían asaltado durante la noche aún perduraba, ella trataba de extenderlas y recrearlas para su propia satisfacción, consolada a través de visiones irreales que la confortaban en su interior. Sin embargo, cuando se desvanecían y regresaba la realidad, se instalaba en ella un vacío que, especialmente en las largas jornadas de lluvia que habían jalonado su viaje, la sumían en una profunda melancolía. Licia había decidido borrar de su memoria los recuerdos de aquel hombre que había irrumpido en su vida para luego desaparecer, y, sin embargo, tenía la sensación de que cuanto más lo intentaba, más se acentuaba en su interior la herida. Pero había muerto. Y ella tenía que vivir. Y no se podía vivir de recuerdos. A lo sumo, podía acudir a ellos para constatar que la felicidad existía y que lo hacía de forma efímera. Maldijo en su interior a Mitra. Se sentía engañada por aquel dios en el que puso su fe y su devoción, como había visto hacerlo a algunos empleados de su marido en Augusta Treverorum. Hasta que conoció la muerte de Quinto, durante el viaje, todas las mañanas se alejaba secretamente del carromato y ofrecía en un altar improvisado un pequeño sacrificio al protector de la milicia: restos de las escasas viandas compradas en cualquiera de las *mansiones* que tuvo que visitar; poca cosa. Pero hacía tiempo que aquella fe casi infantil se había evaporado. *Los dioses no deciden nuestro destino,* pensó. *Tampoco está escrito; lo decidimos nosotros con nuestros actos.* Sin embargo, mientras rememoraba con dolor la ausencia de aquella felicidad arrebatada, Licia no pudo contener la reminiscencia de palabras antiguas, que brotaron de nuevo desde su interior y se escaparon por entre sus labios en un susurro apenas audible que mecánicamente invocaba de nuevo el favor de aquel dios masculino y guerrero.

Una inusual calma interrumpió el rezo inconsciente de Licia. Abstraída en sus pensamientos, no había percibido la extraña paz que

reinaba en el campamento, en claro contraste con el bullicio del que había sido testigo la tarde anterior. Pensó en ello un momento. Había escuchado a los *bucinatores,* pero no le había dado importancia al sentido de su llamada. Desde aquel instante no había percibido más que los llantos de alguno de los niños refugiados, los ladridos de un perro y los graznidos quejosos y agudos de las gaviotas que sobrevolaban el recinto. Decidió averiguar la razón de esa inusual calma y, tras comprobar que Antonino seguía durmiendo, se abrigó con su capa y salió del carromato. En pocos minutos accedió a la zona del campamento en la que se hallaban enclavadas, perfectamente alineadas, las tiendas de los legionarios y de sus oficiales. Ni siquiera se escuchaba el relinchar de los caballos. Tras un tiempo deambulando por entre calles vacías, enfiló finalmente la avenida principal del recinto. Sobrepasó el *praetorium* y ante él solamente pudo comprobar la presencia de un par de esclavos que se afanaban en componer y ordenar la tienda en la que, aparentemente, había existido hasta hacía poco tiempo una gran actividad, y que la miraron sorprendidos, extrañados de ver a una mujer sola por aquel mundo masculino. Alcanzó la puerta principal, abierta de par en par. En las torres que flanqueaban la entrada, dos centinelas observaban con atención el exterior de la fortificación. Poco a poco, conforme se acercaba a la salida, Licia comenzó a escuchar un sordo rumor que se aquietaba progresivamente hasta el punto de que únicamente se escuchaban ya, conforme reinaba el silencio de nuevo, los relinchos de algún caballo. Intrigada, salió sin ser molestada por los centinelas, que habían considerado su presencia poco digna de desviar la atención que en aquellos momentos acaparaba el espectáculo que se desarrollaba en la gran explanada situada frente a la fortificación.

Lo que vio allí Licia la dejó impresionada. Frente a ella, ocupando toda la extensión de las praderas que descendían hasta el mar, formaban las dos legiones acantonadas en el campamento. La Máxima Caesarensis y la Secundani Britones mostraban ante sus ojos todo el esplendor de un ejército compacto, reluciente bajo el sol que aquella mañana otorgaba al día el brillo de una magna ocasión. Provistos de todo su armamento, los soldados se encontraban perfectamente alineados y agrupados en densos bloques correspondientes a cada una de las cohortes y *vexillationes* que lucían sus estandartes, gualdrapeando ante la leve brisa marítima. En los extremos de la línea formaban las *alae* de caballería, ofreciendo las monturas el único signo de movimiento que podía percibirse a simple vista en aquel cuadro en el que parecía haberse parado el tiempo. Frente a la masa de legionarios, un jinete montado en un caballo negro recorría pausadamente la primera línea, seguido a pocos pasos por un pequeño escuadrón de oficiales entre los que Licia pudo distinguir de inmediato

a Gerontius, cabalgando erguido en su montura, encabezando la comitiva que seguía a aquel hombre. El silencio era sobrecogedor. Licia se alejó de la puerta y recorrió la parte exterior del foso del campamento, acercándose a un grupo de espectadores, probablemente sirvientes y esclavos, que aguardaban el desarrollo de los acontecimientos, expectantes y en actitud solícita. Pronto, la revista del ejército finalizó y aquel oficial, que parecía comandar las legiones, se dirigió al centro de la escena, encaramándose montura y jinete sobre un ligero altozano que dominaba la planicie. Tras él, en una cuidadosa puesta en escena, se alinearon los oficiales que lo seguían. Un *signifer* que portaba un sencillo *vexillum* con el color púrpura imperial se situó a la derecha del general, un paso tras él. Todo indicaba que se disponía a hablar, y Licia, nerviosa, intentó aguzar el oído. La brisa del mar facilitaba que las palabras alcanzaran el lugar donde se encontraba. Una voz vibrante y dura rompió el silencio.

—Soldados, ¡os habla vuestro general! ¡Como sabéis, un gran peligro se cierne sobre el Imperio! ¡Una gran amenaza se aproxima, con ansias de destrucción y muerte! Por eso estamos aquí hoy. Por esa razón hemos abandonado nuestras guarniciones y, gracias a los vientos, hemos desembarcado en la tierra que ahora se muestra inerme e indefensa ante las hordas bárbaras que la saquean y que violan y asesinan a sus habitantes.

El silencio era absoluto, y únicamente el sordo ruido de las olas rompiendo en las rocas de la costa acompañaba el eco de las palabras que resonaban potentes y secas. Tras una pausa teatral, el general continuó su parlamento:

—¡Os preguntaréis cómo es posible que Roma se encuentre en esta situación! ¿Cómo es posible que la incuria y la desidia hayan hundido sus raíces en unas tierras que eran fértiles en abundancia, paz, comercio y riqueza? Yo os lo diré, soldados. Todos sabemos las razones de este abandono. Todos hemos sufrido en Britania el olvido, el retraso en nuestras pagas, el hambre incluso. Todos, hijos de las islas, conocemos cómo el tirano goza de todos los placeres, lejos, en Rávena, refugiado de los vientos y del frío que día a día hemos soportado en su nombre. Todos somos conscientes, yo el primero, de que las privaciones que habéis tenido que sufrir son consecuencia del desgobierno. Allí, en esa corte corrupta reina un púber inconsciente. Grande es la culpa de Honorio y triste es el recuerdo que tenemos de su padre, el gran Teodosio, que Dios tenga en su gloria.

»Triste porque su hijo, débil e incapaz, ha roto todos los compromisos, todos los lazos que unían a los ciudadanos de este imperio y que habían sido reforzados por su augusto progenitor. Gracias a su incuria, ahora todo se derrumba. Pero no os engañéis, soldados: si grande es la culpa del emperador, peor es aún la de quien

gobierna su voluntad. Es el vándalo Estilicón quien lo maneja, y este escucha siempre lo que aquel ordena. No son nada el uno sin el otro, y si Honorio tuvo alguna vez voluntad, esta ya es la de Estilicón, ese dictador arribista y soberbio que pretende hacernos creer que ha olvidado sus orígenes, su ascendencia enraizada en uno de los pueblos que ahora nos invaden. ¿Cómo creer que él nada haya tenido que ver en ello? ¿Cómo no sospechar que las legiones del Rhenus, ahora aniquiladas, fueron enviadas conscientemente a una destrucción segura por ese hombre sin escrúpulos?

Licia sintió un estremecimiento al escuchar aquello, pero se sobrepuso y continuó atenta a aquellas palabras que estaban ensombreciendo su ánimo.

—Miles de nuestros camaradas han muerto, por tanto, por defender a un parásito imberbe y un perro rabioso que domina su voluntad.

Aquellas afirmaciones dieron paso a unos murmullos de asentimiento entre los soldados, que escuchaban atentos a su general. Este, consciente del efecto de su discurso, dejó pasar unos segundos antes de culminarlo en las más favorables condiciones.

—Soldados, ¡estas legiones se merecen jefes que las conduzcan a la victoria! ¡Se merecen un emperador que luche por ellas! Vosotros confiáis en mí y yo en vosotros. Nadie es digno de vestir la púrpura si se convierte en un títere, si no ha aprendido antes el manejo de la espada que tantas veces hemos utilizado para defender su causa. Ahora tenéis ante vosotros a quien os llevará a esa victoria, a alguien que os conducirá al poder y a la gloria; alguien que restaurará la dignidad del Imperio, rechazará a los invasores y recompensará vuestros esfuerzos pasados. —Se irguió sobre su montura—. Soldados, ¡si me aclamáis ahora, yo os llevaré hasta los confines de nuestro mundo! ¡Bajo mi mando seréis invencibles! ¡Bajo mi guía caerán los traidores y resurgirá el poder del Imperio! Soldados, ¡mi nombre es presagio de virtud! Yo, como el gran Constantino, devolveré el honor y la gloria que ahora permanecen secuestrados en las cuevas de Rávena. ¡Yo, soldados! ¡Constantino III, vuestro nuevo emperador, junto con mi hijo, Constante, el nuevo césar!

Un joven que formaba junto a los oficiales de aquel hombre, situado junto a Gerontius, hizo avanzar a su caballo, destacando de entre la formación. Constante, el hijo del general, recibió entonces una aclamación unánime de los soldados, que comenzaron a golpear sus escudos mientras gritaban al unísono el nombre de su nuevo emperador.

—¡Salve, emperador! ¡Salve, Constantino! ¡Salve, césar!

Como si hubiera estado expresamente planeado, de repente, Gerontius lanzó su caballo en un galope frenético a lo largo de toda la fila que formaban ambas legiones, y mientras aquellos soldados hacían

batir sus espadas y lanzaban gritos de júbilo, impulsaba a la tropa a aclamar a un Constantino complacido, lanzando al viento el saludo a la nueva dignidad imperial que allí, en aquel momento histórico, había proclamado su rebelión contra Rávena.

Licia apenas podía creer lo que estaban viendo sus ojos. Aterrada, decidió regresar al campamento para contar a Antonino lo que había escuchado. Franqueó la puerta sin problemas aprovechando la euforia y el desconcierto que aquella proclama había causado en todos. Con rapidez, salvó la distancia que la separaba del extremo de la fortaleza donde se hallaba su carromato. Llegó allí exhausta, agotada por el esfuerzo y la impresión de estar viviendo, una vez más, un momento histórico para el que nada ni nadie la habían preparado. Encontró a Antonino de pie junto al carro. Empuñaba su espada, nuevamente limpia de cualquier resto que recordara la escaramuza en la que había sido herido.

—No te alarmes, Licia. Estoy bien. No seré el primer ciudadano que sobrevive sin una oreja. —Se palpó el vendaje de su cabeza, que cubría la herida que nuevamente había supurado—. ¿Qué es lo que ocurre ahí fuera?

Licia le contó aceleradamente lo que había escuchado. El rostro del joven se ensombreció.

—Así que por fin lo han conseguido —dijo, enigmático—. Una usurpación. ¡Constantino III, emperador! —sonrió con desprecio—. Tenemos que irnos de aquí, Licia. Cuanto antes.

—¿Solos? ¿Nosotros dos?

—Sí, solos. ¿Te asusta la idea? —Licia negó con la cabeza—. Pues, entonces, huiremos cuanto antes. Las cosas van a complicarse. ¿No querías llegar a Hispania? Creo que este es el momento. —Licia miró fijamente a Antonino. Este le sostuvo la mirada y cogió su mano—. Confía en mí. Saldremos mañana, cuando haya cesado este espectáculo.

Licia asintió nuevamente mientras apretaba la mano de Antonino. Escaparía junto a aquel hombre.

XV

Honorio

Apenas tuvo tiempo de ordenar sus pensamientos antes de que un funcionario abriera las puertas del estudio en el que Estilicón lo esperaba. La respuesta a su petición de audiencia había sido inmediata, y Quinto, tras haber dormido, exhausto, más horas de las que estaba acostumbrado, y después de intentar en la medida de lo posible adecentar su aspecto al objeto de no desmerecer en la dignidad oficial que aún entendía que conservaba, se dirigió al pequeño y sobrio edificio en el que se ubicaban las modestas dependencias desde las que se regían los destinos del Imperio de Occidente. Como todo lo previsto en Rávena para el acogimiento de cometidos oficiales y aposentos privados para dignatarios y, principalmente, para la familia del joven Honorio, la sensación de obra inacabada impregnaba el ambiente con los olores de pintura aún frescos en algunos casos, escasez de mobiliario y andamios ocultando fachadas. La ciudad llevaba pocos años detentando el honor de ser la nueva capital que compartía con Constantinopla el dominio del mundo civilizado, y trataba de adaptarse a las nuevas circunstancias, persiguiendo alcanzar el mínimo boato y solemnidad que se suponía que debía ostentar el centro de un imperio. Pequeña y en cierta manera insalubre por encontrarse rodeada de tierras pantanosas, Rávena se había visto pronto desbordada por la llegada de cientos de funcionarios, acompañados de sus familias, en búsqueda de residencia digna. Los soldados que formaban la guardia imperial habían tenido que ser acomodados en cuarteles situados extramuros y parte de su oficialidad convivía con estrecheces en Classe, la base naval situada a escasas millas del centro urbano. Los precios de las viviendas se habían disparado y la población originaria miraba con desconfianza y cierto rencor a aquella turbamulta que sentían que había invadido lo que hasta entonces había sido una tranquila ciudad de provincias, anclada su prosperidad en el comercio y el mantenimiento de la flota atracada en su puerto fortificado.

Quinto había accedido al edificio por una de las puertas laterales, tal y como le indicaba la nota de confirmación que un funcionario le había entregado personalmente aquella mañana a la modesta pero

recia casa que, junto a la entrada principal de la ciudad, le habían asignado para su hospedaje, en atención a su cargo oficial. Sus hombres, pese a sus protestas, habían sido acomodados en unos barracones del campamento en el que se alojaba, entre otras tropas, la *vexillatio* de la guardia palatina, a medio camino entre el recinto urbano amurallado y el puerto. Cuando cruzó el umbral, apenas pudo reconocer al hombre con el que había compartido hacía semanas aquella conversación en las termas de Augusta Treverorum. Estilicón permanecía de pie, encorvado sobre una mesa repleta de legajos y rollos entre los que destacaba un enorme mapa que se mantenía desplegado, sujeto en sus cuatro esquinas por gruesas piedras negras. Vestía, como siempre, de la manera sencilla que lo caracterizaba, alejado de la moda recargada que podría considerarse en aquella época signo de distinción y de rango. Una simple túnica ceñida por un cinturón cuya hebilla proporcionaba con su pedrería un único toque de lujo contrastaba, en su color blanco, con los pantalones oscuros que ajustaba en sus perneras con unas sandalias cerradas más dignas de un campesino que del hombre que regía los destinos del Imperio. Peinado con desaliño, el flequillo aún se asomaba recto sobre su frente y unas prematuras canas alumbraban ya en su barba, recortada al uso, fruto de las tensiones que, sin duda, estaba teniendo que afrontar en aquellos tiempos de zozobra. Cuando levantó la mirada para recibir a su invitado, unos ojos hundidos destacaron en su negrura con la angulosidad demacrada de un rostro por el que apenas habían dejado huella reparadora las escasas horas de sueño que denotaban. Sonrió, y, al hacerlo, unos profundos surcos surgieron en la faz de un hombre prematuramente envejecido.

—¡Quinto! ¡Alabado sea el Señor! Por fin has vuelto.

Se dirigió con pasos decididos hacia su amigo y se fundió con él en un abrazo que sorprendió al general. No recordaba tal efusividad en el carácter de aquel soldado que, por lo demás, también era su superior. Sin duda, pensó, aquellos meses habían hecho de él alguien más necesitado de afecto. En cualquier caso, correspondió sinceramente al acercamiento.

—*Magister,* me alegro de verte.

Se separaron, mientras el aludido mantenía asidos los brazos de Quinto. Lo observó detenidamente.

—Estás muy deteriorado, Quinto —rio con ganas—. Déjame que te vea; no te sienta bien el frío del invierno. —Estilicón cambió súbitamente su expresión y la seriedad regresó a su rostro y a su tono de voz—. Pero estás vivo, y eso es lo importante. —Se apartó de él, intentando que Quinto no detectara la emoción que empezaba a alcanzarlo—. Cuéntame —le dijo, acercándose a su mesa de trabajo e invitando al amigo con un ademán a acompañarlo. Sirvió vino en dos

copas que tenía preparadas, casi sepultadas por los legajos—. Sé lo que pasó, pero no conozco los detalles —comenzó sin mayores preámbulos—. Como puedes suponer, todo el mundo habla, y necesito comprender qué es lo que está ocurriendo en el Rhenus.

—¿Quién ha llegado antes que nosotros? ¿Cómo ha podido suceder? —preguntó Quinto con seriedad.

Sus preguntas denotaban la preocupación sincera que venía embargándolo desde su llegada a la nueva capital. Estilicón lo miró directamente a los ojos, midiendo sus palabras antes de responderle.

—Un hombre destacado perteneciente a la curia de Augusta Treverorum vino hace unos cuatro días. Por lo que he podido entender, creo que lo conoces. —Hizo una pausa para medir la reacción de su amigo—. Un tal Juvenus. Él, al menos, habla de ti como si te conociera. —Quinto abrió los ojos y dejó traslucir su sorpresa ante aquella revelación—. ¿Juvenus? Sí, lo conozco. —Nervioso, apenas se atrevió a preguntar—: ¿Vino solo? ¿No lo acompañaba nadie?

Estilicón escrutó el rostro de su amigo antes de contestar.

—Vino solo, Quinto. Contó que tuvo que huir de la ciudad, con riesgo de su vida, cuando los bárbaros ya habían empezado el saqueo de Augusta Treverorum. —Hizo una pausa para comprobar la reacción de su general ante lo que iba a revelarle—. También contó que su mujer murió en un incendio en ese saqueo; que trató de enfrentarse a los invasores, pero que, presa de la desesperación, viéndolo todo perdido, decidió huir y con dificultades consiguió escapar. Imagino que utilizó el *cursus publicus* para llegar tan rápidamente a Rávena. Todo lo que ha relatado es sumamente grave, Quinto. Necesito saber qué es lo que ha pasado y cómo ha sido esto posible.

Miró a su subordinado; Quinto había empalidecido y un leve temblor casi imperceptible se había apoderado de su cuerpo al oír las noticias, que habían retumbado en su interior como un aldabonazo. Intentó mantener una apariencia de invulnerabilidad que estaba lejos de sentir. Notó como si un fuerte terremoto asolara toda la arquitectura de su ser. Su sueño, su esperanza, el impulso que hasta entonces lo había ayudado a mantenerse vivo se había esfumado en aquel mismo instante. Unas sencillas palabras habían bastado para arrojar sobre él todo el peso de una vida que, de repente, carecía de sentido. Acompañado por la derrota, humillado como general, solamente el recuerdo de Licia lo mantenía en pie. Y ahora, ese pilar había desaparecido. Durante unos instantes, un denso silencio se apoderó de la sala. Estilicón observaba a su amigo con gesto serio, estudiando cada detalle de la reacción de su subordinado. Al cabo, reuniendo los últimos restos de las fuerzas que ya lo abandonaban, Quinto pareció despertar, justo cuando el general decidió continuar

con su conversación.

—¿La conocías?

La pregunta sonaba inocente, pero el tono con el que aquella interrogación quedó en el aire disipaba cualquier duda sobre su intencionalidad y el convencimiento de que Estilicón ya sabía la respuesta.

—Sí, la conocía. —Quinto miró con dureza a su superior—. Lamento mucho su pérdida —intentó contenerse—. También lo conozco a él. Era… es un personaje influyente en la ciudad, sin duda. Así pues, Augusta Treverorum definitivamente ha caído —asintió, como asumiendo una realidad de cuya certeza no se sorprendía. Se rehízo definitivamente, tratando de contener su tristeza y su ira—. ¿Qué más ha contado Juvenus?

—En lo que respecta a los detalles, poca cosa. —Miró a Quinto con preocupación—. Sospecho que no tienes en este Juvenus a un buen amigo. Informó al emperador de que las legiones salieron precipitadamente, contra el criterio de la curia. Asegura que hubiera sido mucho más sensato permanecer tras las murallas y, que de haber sido así, la ciudad nunca habría caído. —Intentó, escrutando la expresión de Quinto, encontrar un atisbo de emoción o reacción airada a aquellas afirmaciones, sin conseguirlo. Quinto permanecía serio y contenido, mirando fijamente a su superior—. El problema es que Honorio pareció estar de acuerdo con él. Ya lo sabes, amigo mío: tras la batalla, todo el mundo es un gran estratega.

—No importa demasiado lo que ya pueda contar. Nos masacraron, y quizás Juvenus tenga razón. Quizás no debimos de salir. Llegamos tarde; eso es todo. No pudimos elegir el campo de batalla y nos sorprendieron. Eran decenas de miles, muchos más de los que habíamos supuesto. No tuvimos ninguna posibilidad.

Cesó en su parlamento durante unos segundos y luego dirigió la mirada directamente a los ojos de Estilicón. De su intensidad podía deducirse una carga de odio y resentimiento contra aquel marido irresponsable que no había atendido sus consejos de huida.

—Pero, por supuesto, en la ciudad nadie colaboró con nosotros. No conseguí reclutar más que a una decena de jóvenes; los suministros nos fueron regateados y las armerías únicamente nos proporcionaban repuestos a precios inasumibles. Sí, quizás debimos quedarnos, pero creo que esa curia tan quejosa ahora respiró aliviada cuando partimos.

—Lo imagino. Si tienes paciencia para escuchar mi opinión sin ofuscarte —aquí, Estilicón sonrió con amargura—, te diré que no he creído una sola palabra sobre el supuesto heroísmo del tal Juvenus. Pero no te he recibido para que me detalles los pormenores de una batalla, Quinto. Estoy seguro de que la investigación que Olimpius, ese funcionario corrupto que en mala hora promocioné y que ahora

corretea alrededor de Honorio, le ha prometido, ayudará a convencerlo de que hiciste todo lo humanamente posible. —Miró los mapas, evitando enfrentar su rostro con el de Quinto—. No puedo ocultarte que el emperador está sorprendido de que hayas sobrevivido y que alguien lo está instigando contra ti. Por ahora puedo controlarlo, pero debes estar en guardia. Personas que no han cogido jamás una espada se dedican a juzgar los hechos de armas de quienes llevan toda la vida combatiendo. Y quieren hacerme daño a mí, a través de tu castigo. No debería sorprenderte. —Quinto escuchó aquellas palabras con creciente indignación, por lo que suponían de peligroso infundio, pero se contuvo—. Tenemos otras cuestiones que tratar, y me interesan más las consecuencias de la derrota que la táctica que decidiste utilizar.

Señaló el mapa que tenía sobre la mesa y con un ademán indicó a su interlocutor que necesitaba de toda su atención. Quinto trató de concentrarse en las palabras de Estilicón, apartando la negrura que sentía que se apoderaba por momentos de su alma.

—¿Nunca has visitado esta parte de la Dacia? —Señaló una zona al este que aparecía delimitada con gruesos trazos como perteneciente al Imperio oriental—. Junto con Macedonia, es lo que constituye, como sabes, la prefectura del Ilírico.

Quinto observó detenidamente el lugar indicado. No había salido nunca de la parte occidental del Imperio, pero sabía que aquella región había sido adjudicada por el gran Teodosio a su hijo Arcadio, hermano de Honorio, y gobernante desde Constantinopla de la mitad oriental de aquel magnífico legado. No dijo nada y siguió escuchando. La jurisdicción de Rávena no alcanzaba a aquella zona.

—¡Soldados, Quinto, soldados! Necesito hombres para frenar lo que está sucediendo, y apenas tengo a mi disposición unos cuantos reclutas bisoños y acomodados. Pero ahí —señaló de nuevo el mapa situando su dedo índice con fuerza sobre aquella remota región—, ahí hallaré la solución.

—¿A qué te refieres, general? —Quinto comenzaba a estar intrigado.

—Me refiero a lo que está sucediendo, amigo mío. Como sabes, dada la presencia de tantos pueblos escapando del terror huno en el este, llevábamos meses sospechando que nos veríamos obligados a frenar un cruce no consentido a través del Rhenus, pero no esperábamos que fuera a resultar una invasión tan devastadora como parece que está siendo. ¡Dios sabe dónde estarán ahora esos bárbaros! Si se han atrevido a saquear Augusta Treverorum, se atreverán con cualquier cosa. Y nada los separa de toda la Galia ni de Hispania. Te lo dije en su momento, ¿recuerdas?

Quinto notó un leve reproche en el tono de voz de Estilicón.

—¿Y las legiones de Britania? Tú mismo me dijiste que las órdenes de desembarcar en la Galia habían sido enviadas hace ya tiempo. No pueden encontrarse muy lejos. —El general esbozó un gesto de escepticismo.

—Las legiones de Britania. Sí. Compuestas por soldados britanos, mandados por generales desafectos y amargados. Son, aun así, una fuerza formidable, efectivamente. Y confío en que puedan frenar la invasión, si se intenta expandir por la diócesis de la Galia. Pero el resto… —Estilicón no terminó la frase.

—El resto lo protegían mis legiones, quieres decir. —Quinto miró desafiante a su superior.

—No te enfades, viejo amigo. No pretendía ofenderte. Pero es la verdad. No hay más ejércitos que puedan hacer frente a la invasión, si decide girar hacia el sur. —Cerró los ojos Estilicón, pensativo—. ¿Recuerdas la incursión de Radagaiso y sus godos desde el este de hace años? Penetraron en la península itálica como un cuchillo y pudimos contenerlos. Me viene a la memoria tu decisiva intervención. Entonces estuviste brillante, fiero y combativo, y nos acompañó la suerte.

Quinto recordó por un momento su cometido en aquella contienda, la derrota de aquellos godos, que habían osado penetrar en la sagrada Italia, su mando sobre la caballería legionaria, el golpe decisivo y la ejecución de aquel reyezuelo que se había atrevido a desafiar a Roma. Sí, lo recordaba bien.

—Tuvimos suerte, efectivamente. La que nos ha faltado ahora —asintió pensativo.

—Sí, así es. Desde entonces me había preguntado qué hacer con los miles de godos que hicimos prisioneros tras aquella batalla. Los concentramos cerca de Mediolanum, y creo firmemente que, bien aleccionados y pagados, podrían ser una fuerza de combate formidable. Ya no tienen a quién seguir, y Roma puede ofrecerles un lugar en el mundo.

Quinto abrió los ojos, sorprendido ante lo que estaba escuchando.

—¿Me estás diciendo, general, que piensas en contar con esos godos para formar una legión?

Quinto estaba admirado de la audacia del *magister militum principalis.*

—Es exactamente lo que estoy haciendo desde hace meses, querido amigo. —Bebió un largo trago de la copa y se sirvió nuevamente hasta rellenarla por entero.

—¿Lo aprueba el emperador?

—Por ahora, Honorio sigue confiando en mi criterio, pero no te puedo negar que encuentro resistencia a mis proyectos en la corte, lo cual no deja de sorprenderme, porque ni siquiera conocen su alcance

completo. En Roma, en el Senado, tengo a mis propios hombres influyentes que conseguirán que mis planes, los que puedo revelar al menos, se aprueben. Con algunas prevenciones, desde luego. Mantenemos en Rávena a las familias de esos hombres. Sus mujeres e hijos, que viajaron en su día con aquel ejército, se alojan a las afueras de esta ciudad. Para prevenir desafecciones en su recientemente estrenada fidelidad al Imperio, digamos.

—¿Rehenes? —preguntó Quinto sorprendido.

—Prefiero llamarlos invitados, aunque, en el fondo, imagino que es lo que son. Pero no tenemos tiempo, Quinto; el problema es la falta de tiempo. Y tampoco son suficientes hombres para conseguir frenar lo que se nos viene encima. —Miró a su subordinado con tristeza—. No me fío de nadie, amigo mío, pero me fío mucho menos de los consejeros que comienzan a susurrar al oído del emperador. Él no aprecia el peligro como lo aprecio yo.

»Quienes le hablan intentan apartarlo de mí y convencerlo de que la gloria de Roma es imperecedera. Y yo sé que no es así, sin soldados para defenderla. Por eso te preguntaba antes sobre el Ilírico. Ahí está la solución. —Volvió a mirar el mapa con un gesto febril, señalando nuevamente la región montañosa sobre la que estaban escritos los nombres de las diferentes provincias—. La tenemos al alcance de nuestra mano, pero fuera de nuestra jurisdicción: Alarico y sus godos.

—¿Alarico? ¿El rey de los godos? —Quinto miró a Estilicón, esperando una explicación.

—Sí, Alarico. Como sabes, después de haber invadido el Imperio oriental, se alcanzó un pacto con él y ahora mismo todo su pueblo se encuentra asentado, protegido por esos acuerdos, en esta zona de la Dacia y Macedonia, el Ilírico oriental. —Hizo una pausa—. Pero Alarico tiene aspiraciones. No las que imaginas: él ya es rey, pero ser rey de un pueblo bárbaro no es suficientemente digno en su mentalidad. Él quiere ser alto funcionario del Imperio. —Estilicón siguió hablando sin levantar la vista del mapa—. Él quiere ser *comes,* o *magister militum,* por lo menos, e hincar su rodilla ante el emperador, ungido con la dignidad que entiende que solo puede encontrar dentro del Imperio.

—¿Estás proponiendo una alianza militar con Alarico y sus godos? —preguntó Quinto sobreponiéndose a su sorpresa.

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo, Quinto. Formar soldados es largo y costoso. Y no tenemos tiempo, por cómo se están desarrollando los acontecimientos en la Galia. Sin embargo, tenemos a nuestro alcance una fuerza formidable, entrenada y preparada para combatir. Solamente tenemos que conseguir pescar en ese lago lleno de peces y seducir a Alarico. Y necesitaré tu ayuda para persuadir al Senado de que accedan a liberar los fondos necesarios para forzar

voluntades. De los cargos y nombramientos me ocuparé yo ante Honorio.

»Quisiera que viajaras a Roma con este encargo, querido amigo. Yo ya he iniciado las conversaciones con Alarico. —Quinto seguía sorprendiéndose de la audacia del general—. Llevo en contacto con él desde hace muchos meses, antes del cruce del Rhenus, cuando aún no imaginaba la inmediatez ni la dimensión de la catástrofe que nos amenazaba. Por eso ahora esto es tan importante. Los territorios en los que están asentados pertenecen al Imperio de Oriente, y Alarico exige un territorio sobre el que residir legalmente. Está, al parecer, harto de que él y su pueblo vivan de la caridad imperial. Pero no tenemos jurisdicción sobre el suelo que ocupan ahora, y no parece conveniente incitarlos a que se trasladen a provincias de Occidente. Bastantes problemas tengo como para que me vea obligado a convencer a los nobles terratenientes de Panonia de que cedan graciosamente sus tierras a estos godos.

»Solamente hay una solución: recuperar para el Imperio occidental la tierra donde ya se encuentran asentados; recuperarla por la fuerza si es necesario. Alarico está de acuerdo, pero exige un compromiso de apoyo y soldados. Pide que envíe un ejército para apoyarlo contra Constantinopla y poder así hacerse con esas tierras, y eso es lo que estoy preparando con los hombres de Mediolanum. Necesito que Alarico tenga legitimidad para controlar un territorio y que se sienta así parte aceptada del Imperio; de *nuestra* parte del Imperio —enfatizó—, y nada mejor que controle oficialmente un territorio que ya posee. Y así asentados, colmada la vanidad del rey como nuevo dignatario de Roma, podríamos disponer de sus poderosas fuerzas para desplazarlas a donde resulten útiles, a conveniencia.

»Pero para eso preciso arrebatar a Constantinopla el control y la administración de esas tierras que siempre nos han pertenecido, por las buenas o por las malas. —Hizo una pausa, agotado, y repitió en voz más baja—: Por las buenas o por las malas. El tiempo se nos acaba, no tengo los soldados que he prometido y yo cada vez me siento más cansado, Quinto.

—General —Quinto puso una mano sobre el hombro de su superior, mientras este seguía absorto en el mapa, febril—, necesitas, efectivamente, descansar. Hablaremos de todo esto en mejor ocasión. —Intentaba ocultar su sorpresa por los audaces planes de su superior. Se sentía oprimido por una mezcla de sensaciones de vértigo y de pérdida, que un dolor intenso acrecentaba en su interior. Estilicón lo miró con rostro agotado y sonrió.

—Es verdad, viejo amigo, es verdad. Todo esto puede esperar. Al menos, puede esperar a mañana. —Se incorporó—. Honorio te recibirá en audiencia uno de estos días. Tenemos poco tiempo, poco tiempo.

El mar se presentía en la ciudad, y Cayo aspiró profundamente, buscando concentrar sobre sí la fuerza de una sensación vigorizante que le sorprendió nada más acercarse a aquella costa desconocida para él. Le gustó la combinación de salitre y humedad que impregnaba el aire, mezclado con los olores de unos fogones que preparaban alimentos extraños, de sabores que en nada se parecían a los que había estado acostumbrado en su vida en la frontera del Rhenus. Miró al joven Marcus, que caminaba meditabundo a su lado. Habían salido del campamento, aprovechando que aún no los habían encuadrado en ninguna de las *vexillationes* que cumplían disciplinadamente con sus cometidos de guarnición. Las calles de Rávena hacía ya tiempo que bullían por una actividad espoleada gracias a la nueva condición capitalina de la pequeña urbe. Las losas del empedrado se mostraban resbaladizas por la mezcla de la intensa humedad y las aguas que desde las diferentes *tabernae* se arrojaban al espacio público con los restos de una limpieza apresurada, previa a la apertura de decenas de comercios que comenzaban a ofrecer su mercancía a los viandantes. El fuerte olor a pescado se aunaba con el denso aroma de especias y salsas de condimento traídas desde las lejanas costas de Gades, en los confines del mundo conocido, más allá de las columnas de Heracles. Cayo se dejó envolver por la actividad que poco a poco se abría paso en aquella mañana luminosa y cálida. Caminaban ambos, silenciosos, concentrados en sus propios pensamientos, sin un rumbo fijo, abandonándose a una molicie desconocida para ellos hasta entonces. Marcus miraba también de vez en cuando a quien ya consideraba, más que como un padre como cuando lo conoció, un hermano mayor, veterano y experimentado, pero no se atrevía a iniciar una conversación. Desde que habían llegado y ya antes, desde que empezó su viaje, el carácter de Cayo había cambiado. No era que ya no ejerciera sobre él esa actitud protectora que había comenzado cuando entonces le confesó sus temores antes de la batalla. Seguía buscando su compañía, pero apenas le dirigía la palabra. De hecho, apenas hablaba con nadie, y Marcus había observado que un extraño brillo contaminaba la limpieza de una mirada que siempre le había resultado clara y transparente, hasta el día en el que alcanzaron el fuerte y Cayo supo de la terrible suerte de su familia. No se sentía capaz de penetrar en el alma atormentada del veterano *limitaneus,* y pocas veces se atrevía a sugerir una conversación.

Mientras ambos soldados caminaban en silencio sin un rumbo fijo, de repente un pequeño bullicio los sorprendió a su alrededor. Sin percatarse, se habían acercado a una de las puertas que en la ciudad se abrían hacia el sudeste, en dirección al puerto. Por ella entraban ahora, formando una pequeña comitiva, una decena de mujeres acompañadas por sus hijos, y los ciudadanos que observaban la escena

cesaron en sus quehaceres para escrutar con rostros cargados de resentimiento el paso de aquel grupo que aparentemente permanecía ajeno a la hostilidad que su presencia desataba. Las ropas que vestían, muy alejadas de los usos y costumbres locales, denotaban su procedencia extranjera. Eran mujeres pertenecientes a las familias de aquellos soldados godos de Radagaiso que habían sido derrotados hacía años tras su temeraria incursión en la península itálica y que permanecían recluidas a las afueras de la ciudad. Entraban en su recinto escoltadas por un grupo de guardias que miraban a su alrededor, avisando de su cometido, protegiendo a quienes se habían convertido en salvaguarda obligada de la fidelidad de sus esposos y padres, asentados lejos de allí, en Mediolanum, donde aprendían a formarse como futuros soldados imperiales. Intentaban comportarse como simples ciudadanas, pero era evidente que percibían la hostilidad de cuantos las rodeaban. Pronto, tras la primera sorpresa, su presencia dejó de llamar la atención, y todas ellas se encaminaron al *macellum* que se encontraba ubicado en las cercanías, para hacer acopio de provisiones con las que afrontar la manutención familiar. Cayo pareció salir de repente de su ensimismamiento y, sin mirarlo, se dirigió a Marcus.

—¡Obsérvalas, Marcus! Acompañadas por sus retoños. Esposas de quienes trataron de acabar con esta ciudad ahora protegidas por Estilicón. Ellas viven y les damos de comer. —Endureció las facciones de su rostro y Marcus sintió un leve temblor ante las palabras de su compañero—. Mi mujer y mis hijos asesinados y ellas acogidas y libres.

Marcus estuvo a punto de apuntar que aquellas mujeres eran godas y que no había sido este pueblo el asaltante de las fronteras del Rhenus, pero tuvo miedo de la reacción del veterano *limitaneus* y respetó su dolor.

—No merecen pisar este suelo. No merecen que las alimentemos. No merecen estar vivas mientras mi mujer y mis hijos yacen muertos, carbonizados, esparcidas sus cenizas entre la nieve. No lo merecen. —Escupió con rabia en el suelo.

Marcus observó cómo la comitiva se perdía por entre las calles de la ciudad y siguió en silencio, incluso cuando Cayo terminó su lamento con una orden tajante.

—¡Vámonos! Volvamos al campamento.

Quinto se ajustó la toga. Hacía mucho tiempo que no se vestía de aquella manera, ya caída en desuso y reservada únicamente para ocasiones especiales en las que la observancia del ceremonial

resultaba imprescindible. Se sentía torpe, y tuvo que pedir ayuda a los dos esclavos que Estilicón había asignado para su servicio. Ya había sido informado de que no se permitían uniformes ni equipamiento militar en presencia de Honorio, y también había sido ilustrado sobre la compleja liturgia que acompañaba a cada recepción imperial. Así pues, no se trataría de una audiencia privada, sino de un acontecimiento social con el que el emperador parecía querer celebrar una suerte de homenaje al comandante superviviente de la masacre. Quinto no se hacía excesivas ilusiones sobre su bienvenida, y ya se encontraba prevenido sobre el nido de serpientes que siempre había sido la corte imperial, residiera donde residiera. Sabía de los planes de Estilicón y sospechaba que, aunque ignorados por la corte de aduladores que rodeaban al emperador, pronto serían conocidos, siempre que este así lo pretendiera si le convenía políticamente. Eran planes atrevidos y, de descubrirse, muy peligrosos para su posición. Así pues, necesitaban llevarse a cabo con prontitud, sin demora, y él intentaría ayudar en lo posible. Ya se acumulaban demasiados fracasos en la persona de aquel hombre como para poder permitirse uno más. Sin duda, trabajaba en la seguridad del Imperio, pero Quinto sospechaba que su tiempo estaba pasando con celeridad, y, desde luego, la derrota que habían sufrido sus legiones en el Rhenus no le facilitaba precisamente las cosas.

Salió al aire libre, acompañado por un liberto al servicio de la Administración imperial que había sido enviado en su busca. Fuera lo esperaban dos soldados de la guardia fuertemente armados. Ambos, vestidos con una vistosa túnica púrpura, ceñida por una coraza ricamente labrada, se cuadraron con respeto ante Quinto y lo escoltaron en su tránsito por las calles de la ciudad en dirección hacia el complejo palaciego, situado cerca de la ampliación del nuevo foro que aún no había sido concluido.

El edificio, de apariencia sencilla, con fachada revestida de piedra caliza enmarcada por hileras de ladrillo de intenso color rojo, al uso de las modernas tendencias constructivas de aquel siglo, le sorprendió por su delicada austeridad. Sobre el dintel de una puerta flanqueada por dos gruesas columnas de finas estrías, una losa de mármol recogía en clara caligrafía el nombre bajo cuya advocación se había auspiciado la construcción: *«Flavius Honorius Augustus».* Quinto penetró en su interior con paso decidido. El cielo anunciaba ya el comienzo del ocaso y la oscuridad, apenas evitada por dos largas filas de lámparas de aceite sustentadas en sus trípodes, reinaba en el atrio que daba entrada al complejo palaciego. En una penumbra creciente, Quinto pudo distinguir cómo se habían dispuesto en hileras formando un ancho pasillo los bustos de los emperadores de las dinastías más recientes, y, mientras avanzaba evidenciando su cojera y conducido

por un funcionario de vestimenta excesivamente recargada, sintió como si el peso de la púrpura lo vigilara desde las silentes facciones de los mandatarios que un día comandaron aquel vasto e intrincado conglomerado de ciudadanos que ahora se veía amenazado, quizás por su culpa, con el desmembramiento y la destrucción. La culpa. Esa amarga sensación se había instalado en Quinto, y, desde la noticia de la muerte de Licia, no había hecho ningún esfuerzo por desprenderse de los remordimientos que lo atenazaban. Culpa y dolor se aferraban a él, y en aquellos momentos tenía la sensación de que le resultaba indiferente cualquier destino que la vida le pusiera por delante. Se adentraba, por tanto, por los pasillos de aquel edificio con indolencia y abandono, y pese a la figura marcial que aún componía su aspecto, el interior de aquel hombre semejaba un campo de ruinas tras la batalla y el saqueo. Se había obligado a sí mismo, no obstante, a ofrecer la imagen de quien, por obediencia y lealtad, aún podía conservar cierta dignidad en su actitud. Con ese espíritu se adentró en una antesala rodeada de columnas y en cuyo extremo dos puertas de bronce, guarnecidas por varios soldados de la guardia, permanecían abiertas para permitir la entrada al Aula Palatina, donde se celebraría la audiencia y en la que ya esperaban los miembros de aquella corte desprovista del esplendor de la vieja y lejana Roma.

Cuando Quinto entró en aquella estancia, los rumores que dominaban el ambiente de la sala cesaron de golpe. Decenas de miradas curiosas se posaron en él mientras se dirigía hacia el lugar que le indicaban, solícitos, los libertos encargados de que se cumpliera el protocolo. Aferró el pliegue de su toga intentando impedir que se desplazara, sujeta por su antebrazo, situado en posición forzada y evidenciando el escaso uso que había dado a aquella prenda a lo largo de su vida. Procuró que no se notara su impericia y se situó de pie, junto a dos dignatarios a los cuales no conocía, en la primera línea de un pasillo que ya estaba formándose para permitir la entrada de Honorio en aquel escenario escrupulosamente preparado. La atmósfera del recinto, cargada por el humo de unas lámparas que quemaban aceites de aromas indescifrables, suponía una pesada carga para el estado de ánimo de Quinto y reforzaba su deseo de acabar con aquello cuanto antes. Observó la estancia con discreción. Una bóveda de medio punto cubría el aula, presidida por un podio al que se accedía por unas escaleras que permitían el acceso a tres sitiales, de mármol el central y más imponente, de madera labrada los que lo flanqueaban a izquierda y derecha. Pequeñas ventanas que dejaban pasar un poco la débil luz del atardecer se abrían en unas paredes que se fragmentaban en espacios libres de decoración por columnas veteadas de negro. El suelo que pisaban sus sandalias, sin embargo, ofrecía un aspecto majestuoso, contrastando los vivos colores de un mosaico gigantesco

—que parecía representar una escena de batalla que no pudo distinguir— con la palidez que predominaba en el tono de la bóveda y las paredes. Sonrió al comprobar que en aquellos momentos pisaba la cabeza de un caballo cuyo contorno aparecía delicadamente delimitado por decenas de pequeñas teselas, destinadas a conformar una silueta que solo desde la distancia podía apreciarse. Levantó pronto la vista, para no ser sorprendido distraído ante la entrada del emperador, y fue entonces cuando lo vio. Sus ojos se encontraban fijos en él desde una discreta segunda fila al otro lado del pasillo abierto entre los asistentes. Juvenus lo miraba desde allí con una mezcla indefinida de odio y de curiosidad, y Quinto mantuvo aquella mirada con la fuerza de una rabia contenida. Pudo advertir cómo el duro rostro que lo contemplaba se transformaba lentamente y cómo una leve sonrisa surcaba la cara del marido de Licia. Quinto no correspondió a su sonrisa y desvió incómodo su atención, intentando evitar que su gesto revelara la pesada carga que arrastraba en su interior.

Sonaron unos golpes ceremoniales. El emperador había llegado.

Honorio no reflejaba una imagen propia de su elevada posición. Apenas un joven imberbe, el gran despliegue de su toga púrpura no conseguía disimular una gordura impropia para su edad. Un rostro flácido y carnoso denotaba la debilidad de carácter de la que ya se hablaba en todo el Imperio. Avanzaba con paso lento, tratando de mantener una compostura acorde con las circunstancias, pero se apreciaba bien a las claras que todo aquello le producía un profundo aburrimiento. La corona imperial se ceñía a su cabeza como podría haberse ceñido a la de cualquier esclavo procedente de los suburbios: tal era la indolencia con la que la portaba. Caminaba con parsimonia, mientras mantenía asida ceremoniosamente la mano de su esposa, Termancia, hija de Estilicón. Este, avanzando dos pasos tras él, vestido con una toga blanca ribeteada en rojo, era seguido en aquella comitiva por una mujer que destacaba poderosamente por sus rasgos elegantes y refinados.

Gala Placidia, la hermana del emperador, era consciente de su belleza y disfrutaba intentando comprobar cuántos de aquellos hombres allí presentes no podían evitar alzar secretamente su mirada, clavada hasta ese momento en el suelo ante el paso de Honorio, para comprobar que la fama de su atractivo no era infundada. Vestida con una toga ceñida que resaltaba provocativamente su feminidad, caminaba altiva, portando una diadema que brillaba con los reflejos de las antorchas y las lámparas que colgaban de la bóveda, mirando a izquierda y derecha mientras avanzaba lentamente hasta la cabecera de la sala, aparentemente divertida por una sensación de poder y triunfo que no parecían encontrar acomodo en su augusto hermano.

Cuando la comitiva alcanzó el final de su recorrido, Honorio, sin soltar la mano de su esposa, subió lenta y ceremoniosamente las escaleras que lo separaban de su trono de mármol. Todos los presentes mantenían la cabeza inclinada, y el emperador, evitando las indiscretas miradas que profanarían su pretendida majestad, soltó los pliegues de su toga y se sentó pesadamente entre los cojines preparados al efecto, sin esperar a que su esposa hiciera lo mismo en el sitial de madera situado a su derecha. Lentamente, Gala Placidia aguardó a que la grosería de su hermano ya no le afectara y, como si se tratara ella misma de la emperatriz, se acomodó finalmente en el otro trono, situado a la izquierda del emperador. Estilicón aguardaba al pie de la escalinata, preparado para dirigir el acto en su condición de antiguo regente y gobernante *de facto* de aquella corte. La audiencia podía dar comienzo.

Las luces del alba apenas acertaban a despuntar sobre la ciudad cuando una sombra se acercó cautelosamente a las escalinatas del pequeño templo abandonado que una vez estuvo consagrado a Júpiter y cuya estructura aún presidía el viejo foro de Rávena. La humedad que a esas horas aún impregnaba el aire había levantado un tenue velo de niebla que se resistía a abandonar la plaza porticada. Al amparo de miradas indiscretas, un hombre salió al paso de aquella sombra, que se detuvo, sorprendida.

—Eres puntual —dijo la sombra.

—Olvida eso ahora. —Extendió un brazo y le entregó una bolsa—. Ya lo sabes: Quinto Flavio debe morir.

—Nunca fallo, si se me pagan bien los encargos. —La sombra sopesó en una mano la bolsa, escuchando con deleite el tintineo de las monedas—. Aunque no comprenda los motivos de tu amo.

Miró a su interlocutor, que permanecía embozado, oculto por la oscuridad.

—Eso no es asunto tuyo, desde luego.

—Desde luego, no lo es.

Y la sombra desapareció cuando comenzaba a clarear el día.

XVI

Quo vadis?

—¿Qué es lo que ha sucedido en esa audiencia, Quinto?

Lucio parecía realmente preocupado. Había acudido tan pronto recibió el mensaje de su amigo. Una nota escueta pidiéndole que se acercara, solo, a la casa donde se alojaba. Ahora, Quinto se afanaba en escoger, de entre las escasas pertenencias que le habían acompañado desde que abandonó la frontera del Rhenus, las únicas que le resultarían imprescindibles para emprender el viaje que había tenido que planificar apresuradamente. Abrazó a su viejo compañero una vez que cruzó el dintel de la puerta y se le quedó mirando fijamente a los ojos, aferradas las manos a sus hombros.

—Una encerrona. Una trampa, Lucio. Eso es lo que ha sucedido. Una celada cuidadosamente diseñada para dañar a Estilicón por parte de sus enemigos, en especial por ese tal Olimpius, el nuevo *magister officiorum* con aspiraciones de mando absoluto. —Soltó a Lucio y siguió afanado en su tarea, sin mirarlo mientras hablaba—. Y sospecharía del emperador si realmente pensara que tiene la suficiente inteligencia como para tramar algo así; pero dudo mucho de que haya participado. Más bien, pienso que se divertía al ver a su viejo tutor pasar un mal rato. Honorio es abúlico y perezoso, y de entre todos los personajes que lo rodean, solamente presta verdadera atención a su hermana. ¡Si hubieras visto cómo la miraba…!

—¿Qué ha ocurrido exactamente, Quinto? ¿Por qué estás preparándote para partir?, ¿adónde se supone que vas?

Lucio se sentó en el borde del camastro encima del cual se desplegaban desordenadamente la espada y el puñal del general, un par de pliegos de apariencia oficial, una túnica limpia y una bolsa que parecía contener dinero.

—Te lo contaré, amigo mío. Y quiero que me escuches atentamente, porque espero algo de ti. No te forzaré si tu elección es no aceptar lo que te voy a pedir, pero quiero que sopeses todas las posibilidades una vez que te haya informado.

—Sabes que puedes contar siempre conmigo, Quinto —contestó el centurión en el acto.

—Lo sé, Lucio. Ya lo sé. Por eso te he llamado. —Se sentó en una

tosca silla de tijera que adornaba como único mobiliario la estancia y, tras unos segundos de silencio tenso, comenzó su parlamento—. La audiencia no fue bien. Nada bien. Una vez que Honorio, su esposa y su hermana tomaron asiento, Estilicón dio comienzo al acto. La verdad es que resultó tedioso el ceremonial previo por el que hubo que repetir decenas de veces las grandes loas y alabanzas rituales memorizadas para la ocasión. Creo que hasta el propio Honorio se aburría soberanamente. Mientras recitábamos la letanía oficial, pude fijarme en Juvenus, ¿lo recuerdas? —Lucio asintió gravemente—. Estaba allí. Dios sabe por qué razón pudo llegar tan rápidamente desde Augusta Treverorum, pero estaba allí. —Quinto calló durante unos instantes, intentando vencer el miedo a que le temblara la voz y se le notara. Lucio se percató de que algo afectaba a su amigo—. Quinto, has mencionado a Juvenus. ¿Y su esposa? —se atrevió a preguntar bajando la voz.

—Está muerta.

Miró a Lucio con ojos súbitamente fríos, neutros. Este mantuvo la mirada del general. Observó cómo tras la aparente inexpresividad de su rostro, un enorme vacío iba ganando terreno en el alma de aquel soldado que ahora le hablaba de forma aparentemente imperturbable. Le permitió continuar, respetando la ausencia de mayores explicaciones.

—Lo siento mucho. De verdad. Continúa, viejo amigo.

Quinto pareció volver a ser consciente de la realidad. Regresó de oscuras elucubraciones interiores y siguió hablando.

—Dejaron lo mejor para el final —continuó—. Hasta entonces, una interminable hilera de pedigüeños, aduladores y arribistas fue exponiendo sus peticiones, sus alabanzas y sus ruegos. El emperador los escuchaba, aparentemente interesado, y con un gesto los iba despidiendo cuando consideraba que ya había oído bastante. Cada peticionario entregaba entonces a Estilicón un pliego con las cuestiones que entendían que debían encontrar solución según una augusta decisión, y se retiraban encorvados, mirando al suelo. Sinceramente, el espectáculo me resultó deplorable, pero en esto consiste ahora el buen gobierno, Lucio. —Quinto suspiró y se miró las manos entrelazadas sobre sus rodillas—. Luego me tocó a mí el turno.

—Parece que no tenían prisa por conocer las noticias que hacen tambalear al Imperio.

—No lo creo. Pienso, más bien, que ya sabían todo lo que querían saber. Solo necesitaban que yo me expusiera, y conmigo Estilicón. Y me expuse, desde luego. Conté lo que había ocurrido y no omití nada. Informé también sobre la escasa ayuda de la curia de Augusta Treverorum, sobre la falta de información fiable de lo que estaba realmente ocurriendo. Hablé sobre la penosa marcha que nos vimos

obligados a hacer y de cómo aquellas tribus ya nos estaban esperando, descansados y alerta. Relaté la batalla y expliqué la derrota. —Quinto dudó—. La expliqué sin omitir mi posible falta de previsión, Lucio. Asumí mi responsabilidad por entero y destaqué la valentía de mis hombres.

—Esto te honra, Quinto, pero ningún comandante habría podido evitar el desastre —intercedió Lucio para intentar suavizar la dureza de la situación.

—Gracias, amigo mío, aunque no estoy tan seguro de ello. No obstante —continuó Quinto con fuerza—, sin duda, aprovecharon ese reconocimiento, porque, para sorpresa de todos, el emperador, que hasta entonces, como al parecer es norma en las audiencias, no había abierto la boca, habló.

—¿Honorio habló? —preguntó Lucio con sorpresa.

—Sí. ¡Y vaya si habló! Creo que ni Estilicón se lo esperaba, porque en ese momento giró la cabeza sorprendido mirando a Honorio con cierta desaprobación en su gesto, pero está claro que el emperador quería protagonismo en ese momento, imagino ahora que bien aleccionado.

—Entiendo que ese tal Olimpius pudo tener algo que ver en ello.

—Desde luego —afirmó Quinto tajante—. De eso estoy seguro. Me preguntó cómo era posible que, si solamente habían sobrevivido a la masacre unas decenas de hombres, yo, su general, me encontrara entre ellos. Vino a sugerir que un general no puede escapar indemne de una derrota así. Fue una poco velada acusación de cobardía.

—Honorio no ha empuñado nunca una espada —terció Lucio.

—Pero no le faltaba razón, amigo mío. Me refiero a la sospecha. Ya sabes que yo mismo me lo pregunto continuamente. ¿Por qué tuve que sobrevivir?

—No sigas por ese camino de reproches, Quinto. Todos sabemos lo que ocurrió —intentó atajar el centurión.

—Sí, lo sé. Pero eso es cosa mía. Lo cierto es que no pude responder, porque el propio Estilicón intervino en mi favor. Y utilizó un tono duro para contestar a Honorio, como si todavía este fuera el chiquillo con el que tuvo que ejercer de padre. El emperador esta vez no encajaba las palabras de su antiguo tutor con indiferencia, desde luego. Más bien, con irritación contenida.

—¿Qué pudo decir Estilicón? Él no estuvo allí, y su testimonio es posible que no sirviera de mucho.

—Te equivocas, Lucio. El general habló duramente, quizás demasiado. Acusó a la cicatería de quienes no incrementaron los gastos cuando se solicitó por él en repetidas ocasiones, y ya, con manifiesta imprudencia, acusó también muy poco veladamente al propio Honorio por no apoyar la creación de nuevas legiones cuando

se las pidió en su momento. Lo vi muy seguro, hasta que…

—¿Hasta que…? —preguntó Lucio, preocupado.

—Hasta que volvió a hablar el emperador. Estilicón estaba asegurando en ese momento que se contendría la invasión; que sabía que las legiones de Britania habían desembarcado, o que eso creía, porque las órdenes ya habían sido dadas en su día y se cumplirían, y entonces Honorio lo interrumpió con una pregunta que no esperaba prácticamente nadie en aquella sala: «Entonces, *magister militum,* ¿por qué esas legiones se han rebelado contra nosotros? ¿Por qué se ha levantado contra mí un usurpador que se hace llamar Constantino III?». Eso es lo que preguntó.

—¿Una usurpación? ¿Constantino?

Lucio no podía creer lo que estaba escuchando. No porque no fuera ciertamente una costumbre inveterada en el Imperio el que algunos generales llevados por su ambición se levantaran pretendiendo el trono, sino porque precisamente en ese momento era, sin duda, lo peor que podía ocurrir.

—Sí, Constantino. El tercero de ese nombre se hace llamar, por lo visto, el muy fatuo. Es, como sabes, uno de los generales al mando en aquellas islas. Un ignorante, pero inteligente y astuto. Hasta ha sabido dar con el nombre apropiado. —Quinto esbozó una sonrisa sarcástica —. No dudo de que a sus hombres les habrá parecido un guiño del destino.

—¿Cómo reaccionó Estilicón, Quinto?

—La realidad es que por primera vez vi palidecer a ese hombre. Sin duda, no se lo esperaba, no nos lo esperábamos. Está claro que sus enemigos en la corte son poderosos y tienen contactos apropiados. Hasta el punto de disponer de mejor información que el hombre que rige los destinos del Imperio y que es el jefe nominal de todas las tropas desde el Rhenus hasta África. Mejor información y mensajeros más rápidos, desde luego. Ya han transcurrido dos semanas desde que vinimos a Rávena y las noticias sobre lo ocurrido han podido llegar aquí si quien las trasladaba se ha movido con rapidez y se ha amparado en influencias oficiales.

»Lo que me preocupa es que esa información la pudieran compartir con el emperador sin que este se la transmitiera a su antiguo tutor. Esto significa que la posición de Estilicón se tambalea, Lucio. —Quinto se quedó pensativo unos segundos y prosiguió su reflexión—: Juraría por todos los dioses antiguos que todo esto es obra personal de Olimpius, que intenta socavar la confianza de Honorio en el general como primer paso a su caída en desgracia.

—Continúa, Quinto, por favor. —Lucio apremió a su amigo.

—Es verdad que Estilicón se quedó unos instantes paralizado, sin saber qué decir. Pude comprobar la cara de satisfacción de Juvenus al

otro lado de la estancia. Sin duda, forma parte del grupo de dignatarios que se apresura a ponerse del lado del hipotético nuevo hombre fuerte. Me miraba con una sonrisa apenas disimulada. Pero nuestro *magister militum* se repuso pronto. Es hombre de recursos. Se dirigió desafiante a todos los asistentes y sin mirar a Honorio comenzó a enumerar las medidas de protección que había que adoptar.

»Y entre otras, aprovechó la ocasión para anunciar la formación del ejército con los godos de Radagaiso que está preparando en Mediolanum, para enviarlo de inmediato contra el usurpador. Improvisó, desde luego. Sé que no era eso lo que tenía pensado para ellos. También mencionó a Alarico. —Ante el gesto de sorpresa de Lucio, Quinto adelantó su explicación—. Sí, Alarico. Estilicón cree que, revestido de alguna dignidad imperial a cuya concesión Honorio tendría que acceder, Alarico acudiría satisfecho con sus hombres en ayuda del Imperio.

Lucio abrió los ojos incrédulo.

—Es una idea audaz.

—Pero es una buena idea, Lucio. Piénsalo. Alarico solamente busca su lugar bajo el sol, y para él ese sol es el Imperio, es Roma. Solo pide reconocimiento y, a fin de cuentas, la mitad de los soldados de las legiones provienen ya de más allá de nuestras fronteras.

—Pero no godos, Quinto. No al menos en tal proporción. Derrotaron a Valente, invadieron Italia con Radagaiso hasta que lo vencimos. No un ejército formado íntegramente por godos. No sería una medida popular, desde luego.

—No tenemos dónde elegir, Lucio. Esta es la cuestión. En realidad, Estilicón ha pensado hasta el último detalle y es realista. Ahora más que nunca, con una invasión y una usurpación en ciernes, el emperador necesita a Alarico y sus hombres.

—Imagino que a Honorio no le gustó oírlo —apostilló el centurión.

—Desde luego que no. De hecho, querido amigo, en este punto las cosas se torcieron aún más para Estilicón. En ese momento Olimpius pidió la palabra y Honorio no dudó en concedérsela. Y habló airadamente, con una confianza tal en su posición que parecía evidente que algo se está fraguando a espaldas de nuestro *magister militum*. Protestó enérgicamente contra la propuesta de Estilicón. Arguyó que los godos de Alarico se asentaban en territorio que pertenece al Imperio oriental y que tal presencia se encontraba simplemente tolerada por Arcadio, pero que resultaría un acto de manifiesta hostilidad hacia el hermano del emperador el que pretendiéramos favorecer a quien calificó de «bárbaro sin escrúpulos» inmiscuyéndonos en una provincia bajo su control administrativo.

»Habló del peligro de una guerra con Constantinopla, especialmente inoportuna en estos momentos, y sugirió

venenosamente que a Estilicón lo movían intereses personales de ambición política. Quedó clara la animadversión del personaje, y nuestro general acusó el golpe. Estilicón pretendió reaccionar en ese punto y, dirigiéndose a Honorio, le sugirió que considerara su propuesta de conceder a Alarico el regalo de una dignidad imperial, habló de nombrarlo, al menos y como un primer paso, *comes,* ante el escándalo de la concurrencia; y manifestó que de esa manera, al sentirse reconocido, las fuerzas que comanda serían de gran ayuda en estos momentos. Obviamente, omitió sus planes de arrebatar al Imperio oriental el Ilírico, lugar donde se asientan.

»Probablemente, las noticias de la sublevación de Constantino en la Galia le hicieron pensar que no era el mejor ni más oportuno momento para desvelar tales planes en su totalidad. Ya sabe que ahora no será posible destinar a los godos de Radagaiso para ello. —Quinto cesó durante unos instantes en su parlamento, antes de proseguir—: Pero de alguna manera, Olimpius esperaba aquello —opinó tras reflexionar—, porque de inmediato arremetió contra la idea del nombramiento, que calificó de descabellada. Dijo sin ambages que nombrar *comes* a Alarico sería un insulto a la dignidad imperial; que muchos hombres habían muerto luchando contra sus congéneres godos, así los llamó, y que sospechaba que, de aceptar aquella propuesta, pronto un rey godo ocuparía el trono de Honorio.

—¿El emperador no tomó partido? —preguntó con curiosidad Lucio.

—Nada hacía prever que fuera a intervenir de nuevo, pero finalmente lo hizo. Interrumpió a los dos y de forma lapidaria anunció lo que pareció una decisión tan inquebrantable que asombró, por la falta de costumbre, a la concurrencia. Anunció solemnemente que jamás, mientras él viviera, Alarico obtendría dignidad o cargo imperial algunos. Por supuesto —afirmó—, no tendría inconveniente en que Alarico y sus hombres ayudaran al Imperio, pero quedó claro que ninguna recompensa deberían esperar por tal apoyo. Tendrías que haber visto la cara de satisfacción de Olimpius. Estilicón estaba francamente alarmado. Lo conozco, y pude comprobarlo en ese momento porque no se atrevió a intervenir ante la palabra del emperador. Quizás consideró que estaba perdiendo la partida y que no podría hacer nada por evitarlo.

»Fue entonces cuando el propio Olimpius retomó la palabra y anunció que sugeriría a Honorio que se nombrara a Sarus para comandar una legión formada con retales compuestos por *limitanei* y tropas de guarnición sacadas a toda prisa de algunas de las ciudades de Italia, para enviarla a combatir contra las fuerzas del usurpador. ¿Conoces a Sarus? —Lucio negó con la cabeza—. Es un estúpido. Un incompetente engreído que Estilicón había apartado del mando de

soldados dada su manifiesta inutilidad. Sin embargo, Honorio accedió de inmediato, ante la sorpresa de nuestro general. De hecho, fue como si las órdenes ya estuvieran dadas. En ese momento comprendí que la audiencia estaba acabada y que de ella salía Estilicón seriamente dañado en su prestigio y en su influencia sobre el emperador.

—Todo lo que me has contado, Quinto, es grave, desde luego, pero no veo en qué te puede afectar. Alejémonos de esta corte, amigo mío. Dejemos que afronten los problemas que no han querido solucionar —dijo Lucio con apresurada convicción.

—¿De verdad no lo ves, Lucio? En realidad, mi destino está unido al de Estilicón. Nadie permitirá que yo siga con vida si él cae. Demasiadas vinculaciones, demasiada lealtad. Tengo que ayudarlo. Y no solamente por él, ni por Roma. —Quinto se incorporó pesadamente, con una nube de oscuridad en su mirada—. Realmente, yo no tengo ya objetivo alguno en esta vida, amigo mío. No tengo mando, apenas puedo caminar con cierta dignidad debido a mi cojera, carezco de ambiciones políticas y, sobre todo —dudó en mostrar su debilidad, pero finalmente sopesó los muchos años de amistad con aquel centurión incorruptible—, no hay brazos que ansíen acogerme, ni ya nadie que espere un regreso a ningún hogar en el que poder descansar de todos los años que he dedicado a este imperio.

—Quinto…

—No me tengas lástima, Lucio. Tampoco la merezco, ni mucho menos la necesito. Las cosas suceden porque tienen que suceder. No influyen ni la voluntad divina ni el destino. Somos nosotros los que lo forjamos con nuestras decisiones. Yo he ido tomando las mías y al tiempo que lo hacía ni siquiera he sido consciente de la trascendencia que tendrían en mi vida. Me han llevado a ser lo que soy, y el hombre que ahora ves no es el mismo al que conociste una vez. Ahora acabo de tomar otra decisión, y creo que en conciencia es la que debo adoptar. Por eso me voy, Lucio, y por eso te estoy contando todo esto.

—De acuerdo, Quinto. —Se levantó igualmente—. Imagino que me dirás al menos adónde te diriges y, sobre todo, qué quieres que haga.

—Antes te contaré lo que sucedió tras la audiencia. Así entenderás mejor lo que quiero pedirte. Tras la intervención de Olimpius, el emperador parecía sentirse bastante satisfecho y decidió clausurar el encuentro. Por supuesto, tuvo amables palabras de confianza para Estilicón, pero era evidente que el golpe recibido por este había sido decisivo. Nuestro *magister* sabe que se encuentra ante su última oportunidad de conservar el favor imperial.

»Es un hombre leal, Lucio, y ese idiota desagradecido de Honorio no es capaz de verlo. El emperador se mueve en función de las adulaciones, y todo indica que muchos lo han entendido así y aprovecharán para medrar. Flavio Constancio también estuvo presente

en la audiencia, pero permaneció en un discreto segundo plano. Sospecho que está esperando su momento y que aguarda a que los demás se despedacen entre ellos para aparecer como salvador.

—¿El viejo Flavio? Ese Olimpius tendrá un duro enemigo si finalmente triunfa en su pulso contra Estilicón. Es astuto y un buen soldado, ambicioso y sin escrúpulos.

—Sí, sé que serviste con él durante algún tiempo. Está claro que está esperando a que Olimpius se estrelle en su descabellado plan bélico contra el usurpador Constantino. Y créeme que lo hará. Sarus no tiene ninguna oportunidad contra las legiones de Britania. Estilicón lo sabe. Flavio también. La diferencia está en que nuestro general no quiere que la supervivencia del Imperio se arriesgue por un mero juego de ambiciones personales. A Flavio Constancio le da absolutamente igual. Probablemente sus aspiraciones sean más elevadas.

—¿Cuánto de elevadas, Quinto?

—Si yo fuera Honorio, no dormiría tranquilo —sentenció el general —. En cualquier caso, cuando terminó la recepción, Estilicón me hizo llamar. Nos reunimos discretamente en sus habitaciones. Desde luego, estaba seriamente preocupado, pero era muy consciente de la nueva situación y no anduvo con rodeos. Directamente me expuso los planes que había tenido que variar conforme iba dándose cuenta del giro de los acontecimientos. Sigue pensando que las tropas de Alarico son la solución. Ahora más que nunca, después de conocer la rebelión de Constantino. El problema es que ya no hay tiempo para enviar contingente militar alguno en apoyo de Alarico para rescatar el Ilírico oriental de las garras de Constantinopla, para instalarlo allí como administrador en nombre de Rávena y conseguir así su favor. Ahora, a Alarico solamente lo pueden persuadir la obtención de un cargo imperial y el oro.

—Pero has dicho que Honorio se opone a cualquier nombramiento en favor del godo, y no parece, por lo que has relatado, que piense en soltar ni un solo áureo para comprar su lealtad.

—Desde luego, Lucio —coincidió Quinto—, ni cargos, por ahora, ni dinero. No, al menos, del presupuesto que pueda controlar el emperador. —Lucio compuso un gesto de asombro ante aquellas palabras—. Me refiero a la posibilidad de que el Senado en Roma, debidamente convencido a través de la influencia de Estilicón, apruebe la concesión de un gasto especial en caso de peligro para el Imperio. No es descabellado, o al menos no se lo resulta a Estilicón. Y ahí entras tú, Lucio. Te pido que seas tú quien en nombre del *magister militum* del imperio viaje a Roma y acuda a los senadores partidarios de nuestro general.

Quinto fue hacia la cama y escogió de entre los diferentes pliegos

que tenía preparados los dos que se encontraban lacrados con el sello rojo distintivo de Estilicón. Se los entregó mientras explicaba su contenido.

—Son dos escritos, Lucio. En este —le mostró el primero de ellos— figura un listado de los senadores sobre los que nuestro general tiene influencia junto con una carta en la que explica la situación y lo que requiere de ellos, y en este otro, una petición muy concreta dirigida al Senado, que incluye el montante que debería aprobarse en Roma, firmado todo ello por el propio Estilicón. No son muchos los hombres de la lista, pero son poderosos y, desde luego, decisivos para hacer comprender a los restantes que lo que se encuentra en juego si no acceden a sus demandas es mucho más que un mero desajuste presupuestario. Se trata de la supervivencia del Imperio.

Lucio cogió los pergaminos de las manos de Quinto y lo miró dubitativo.

—Pero ¿por qué yo? Yo no soy nadie, y esos senadores no confiarán en un viejo militar sin rango, fama ni posición.

—No voy a contestarte a eso, Lucio. Al menos, si quieres que contradiga la verdad sobre tu irrelevancia social —sonrió con sarcasmo—. Tampoco te serviría de consuelo. Simplemente, te diré que debería valerte con ese sello y las palabras que encierra. Y yo no puedo confiar en nadie más que en ti, amigo mío. —Puso una mano en su hombro, con afecto—. En esa lista se incluye el nombre de Marco Fulvio, el padre de Licia. No lo conozco —dudó durante unos instantes, y Lucio notó cómo la mano de Quinto se aferraba en un gesto inconsciente a su hombro—, pero estoy seguro de que puedes confiar en él. Si Estilicón lo hace, es que se trata de un hombre honorable. Empieza por él.

—¿Y tú, Quinto? Empiezo a imaginar qué es lo que el general te ha encargado, si yo tengo que ir a Roma solo.

—Efectivamente, Lucio. Yo viajaré al Ilírico oriental a convencer a Alarico de que tendrá un cargo imperial y oro, mucho oro a cambio de su ayuda.

Un fuerte aguacero, que anunciaba la cada vez más cercana primavera, impedía que la luz del sol se abriera paso en sus primeros destellos entre las nubes que descargaban su contenido sobre la ciudad aún dormida. Por la puerta que daba paso a la calzada que unía Rávena con Classe, un jinete cubierto con una capa ofrecía una estampa vulnerable bajo la fuerte lluvia, mientras encaminaba los pasos de su montura hacia las instalaciones portuarias donde lo esperaba, lista para zarpar, una nave aparejada para un destino

secreto, al otro lado del Adriático.

Quinto asía las riendas al tiempo que su caballo caminaba lentamente sobre las losas humedecidas del sector de la calzada más cercano a la ciudad, flanqueado por las viejas tumbas que jalonaban las primeras millas de aquel camino recorrido diariamente por cientos de comerciantes y viajeros que se acercaban en busca de fortuna a la nueva capital imperial. Mientras se dirigía hacia un destino incierto, el enviado de Estilicón dejaba volar su imaginación intentando luchar contra sus demonios, encontrando un secreto placer en la posibilidad nada remota de que aquel viaje pudiera ser el que le aproximara a su final. Abandonado al cansino ritmo del trote de su montura, Quinto se dejó envolver por los recuerdos de su felicidad, ya remota, y sintió la agradable sensación de haber conocido al fin, al cabo de sus días, la verdadera razón por la que merecía la pena haber vivido. Y mientras avanzaba, la imagen del rostro de Licia se le clavaba en el alma. Como una espada penetrando directa en el corazón.

A la misma hora, por la puerta oeste de la ciudad, atravesando los pantanos que rodeaban la urbe amurallada, Lucio azuzaba a su montura en dirección a Roma. La lluvia y la prisa impidieron que fijara su atención en un viajero que, apoyado en un cayado y embozado para resguardarse del frío de la tormenta, se acercaba penosamente a la capital. Al poco tiempo, aquel caminante cruzó el umbral del recinto urbano y, ya al amparo de la curiosidad de una guardia aún adormecida, se retiró la capucha para que la lluvia azotara un rostro barbado y prematuramente envejecido por la dureza del viaje que ahora culminaba. Fue entonces cuando Julius Marcius, el joven *comes* que había conseguido escapar del saqueo de Augusta Treverorum, se dejó caer de rodillas sobre las losas húmedas del empedrado y, llorando, agradeció a Dios todopoderoso que le hubiera permitido culminar al fin su viaje.

XVII

Diocesis Hispaniarum

Salieron con el amanecer, aprovechando la apertura de las puertas del campamento, ordenada para facilitar la acogida de los refugiados que, por centenares, se iban acumulando en el recinto que ahora abandonaban Licia y Antonino. Conforme las noticias de la invasión se propagaban a través de la magnífica red de comunicaciones imperial, numerosos habitantes de los alrededores de las ciudades del oeste de la Galia abandonaban sus pertenencias y acudían al lugar en el que presentían que se les podía ofrecer cobijo y protección, frente a la oleada de destrucción que asolaba los campos. Propietarios y administradores que hasta entonces gobernaban las poderosas explotaciones rurales que salpicaban la geografía de la diócesis encabezaban ahora, arruinados, largas comitivas que, cargando con las pertenencias de mayor valor, se dirigían hacia el campamento legionario. Campesinos libres y esclavos se mezclaban en columnas que avanzaban presurosas al encuentro de la salvación armada llegada del otro lado de aquel canal que separaba el continente de Britania, provincia que ahora quedaba abandonada a su suerte. Las tierras, aún frías por las heladas del invierno, huérfanas de cuidados, se ofrecían a la profanación de las huellas de caballos, carruajes y familias, que avanzaban al amparo de las vanguardias que despejaban el terreno de sus antiguos moradores. Y así, una masa formada por decenas de miles de hombres, mujeres y niños, que huían igualmente de un lejano enemigo que desde el este los había obligado a cruzar el Rhenus, se desplazaba, empujando con la fuerza de sus espadas y el ansia de su hambre, penetrando en aquel territorio fértil y generoso.

En medio de aquel caos desatado por la tormenta de la invasión, el carromato que ocupaban Licia y Antonino pasaba desapercibido en su modestia. Sentados ambos en el pescante, protegidos del frío húmedo de aquella madrugada por sus capas y embozados sus rostros, los fugitivos condujeron su vehículo en dirección sur, escogiendo la calzada principal que trasladaba sus bien trazadas rectas desde Lutecia hacia Burdigala, con la esperanza de alcanzar la relativa seguridad que confiaban encontrar en Hispania. La *Diocesis Hispaniarum* había permanecido relativamente tranquila desde su instauración como

parte de la reforma administrativa de Diocleciano, y, aunque algunas de sus otrora importantes ciudades habían entrado en un fuerte período de decadencia, otras florecían como nunca en su historia, amparadas por la vitalidad del comercio o como la sede del vicario de la diócesis, Augusta Emerita, favorecida por su nueva condición de capital y por un potente desarrollo agrícola que tenía su origen y foco principal en las villas que salpicaban su geografía. Esas villas, enclaves rurales, cabeceras de prósperas explotaciones agrarias en manos de propietarios acaudalados, se expandían por todas las provincias de la nueva diócesis, y esta situación no era precisamente excepcional en la parte ubicada en la frontera más occidental entre la Cartaginense y la recientemente creada demarcación de Gallaecia. Precisamente a una de ellas, situada cerca de la modesta población de Pallantia, en los denominados campos palentinos, era a la que se dirigía Licia. Desde que tomó la decisión de seguir adelante y no regresar a Augusta Treverorum tras el intento de asesinato encargado por Juvenus, sus pensamientos no abandonaban la idea de alcanzar aquella propiedad de su padre, administrada por su tío Anthemius y de la que había oído hablar, pero que no conocía. Difícilmente podría haberlo hecho si en su vida no había llegado a descubrir más parajes que los que pudo observar en aquel viaje que, con motivo de su recién consagrado matrimonio, la desplazó desde su cálida infancia romana a la brumosa y fría Augusta Treverorum. Imaginaba, por tanto, la caricia templada de un sol que abrazaba el trigo cada mañana de primavera, para transformar su juvenil verdor en aquel insolente reflejo de sus rayos en verano. Imaginaba también el susurro de aquellos árboles que su padre le describía tras recibir las cartas desde su lejana propiedad, crecidos junto al lecho del río que atravesaba sus campos, mecidos por un viento orgulloso y noble, seco y en ocasiones brutal, guardián de duros inviernos, pero también anfitrión de fértiles primaveras y cálidos veranos, cuando el eco de su furia se convertía en inaudible silbido que anunciaba promesas de buenas cosechas. Anhelaba dejarse mecer por la tranquila cadencia de unos días largos y luminosos que aportaran algo de paz a su nueva condición de esposa repudiada y amante traicionada por la muerte de aquel de quien, por primera vez, había recibido un abrazo sincero y apasionado. Miró de reojo a Antonino. Permanecía impasible, con las manos sujetando las riendas de aquel tiro de animales cansados que pesadamente los conducía hacia el sur. Pensó en su presencia constante desde que accedió por primera vez, sola, a aquel mundo de hombres, hecho por y a su medida. No se encontraba asustada por el reto que suponía su entrada brutal en una vida que se le había ocultado hasta entonces, pero le reconfortaba saber que, al menos, podía tener en él un acompañante sincero y un guardián atento a su seguridad. Recordó por un instante

su vida acomodada en un pasado que le parecía remoto, su casa como refugio y reducido dominio en ausencia de los hijos que no había tenido, sus pequeños placeres de lectura, la única transgresión a través de su atrevido culto a Mitra, proscrito para ella por su condición de mujer y, por lo visto, perfectamente inútil e ineficaz ante sus ruegos y devoción. Tenía asimilado hasta entonces que la vida tenía que ser como se le había presentado: una infancia obediente, un esposo convenientemente elegido y un espacio privado escasamente reservado para materias que no despertaran en los demás ni recelos ni sospechas de una independencia que, sin embargo, ahora estaba descubriendo. Porque, pese a todas las desgracias, Licia estaba comprendiendo que la vida —su vida— podía ser diferente a cuanto le habían pronosticado y que ella había asumido dócilmente. Ahora ella quería elegir, y, aun a pesar de toda la dureza de las últimas semanas, sentía que algo muy poderoso se había adueñado de su espíritu. Empezaba a vislumbrar la libertad a través del conocimiento de sí misma, de lo que estaba siendo capaz de afrontar, y sabía —estaba convencida— que ya nunca querría volver a ser como antes. En el fondo, era consciente de que su primer acto de rebeldía, el comienzo de todo, fue aquel en virtud del cual entregó su confianza, su mente y su corazón a un soldado desconocido. Pero el soldado había muerto y algo había muerto también con él en su interior. Sin embargo, por encima de todo, vivía en ella más fuerte que nunca, y desde entonces el ansia de buscar todo lo que le había sido vedado hasta ese momento y disfrutar de ello. Y esa sensación, ese descubrimiento de sí misma, le proporcionaba una enorme paz y la fuerza suficiente para continuar. Así pues —ahora lo sabía con certeza—, viviría. Por encima de todo.

El sol se encontraba ya en lo alto y había templado el frío de la mañana. El carromato en el que viajaban Licia y Antonino continuaba su trayectoria sin detenerse, ajenos sus ocupantes al trasiego de jinetes que, al galope, los adelantaban. Probablemente, apuntaba Antonino, se trataba de diferentes mensajeros enviados desde el campamento de Constantino para avisar del nuevo amo que pretendía imponerse sobre la Administración existente. Nuevos gobernadores, nuevos ediles, curiales, *comites,* prefectos y cuestores dirigían ya sus pasos hacia los dominios imperiales. Los sustitutos medirían las nuevas lealtades y los sustituidos asumirían su nuevo destino. Así se esperaba que fuera. Más tarde llegarían las tropas. Eso Antonino lo sabía muy bien.

En Hispania, lugar de nacimiento del gran Teodosio, padre de Honorio y Arcadio, existía una fuerte influencia familiar partidaria del emperador legítimo de Occidente, y estaba claro que Constantino enviaría la fuerza necesaria para someter a quien osara defender a Honorio ante la usurpación. Y Gerontius sería, sin duda, el encargado de imponer el nuevo orden. Por capacidad y eficacia probada. Y así,

conforme avanzaban en su largo viaje, los fugitivos contemplaban el horizonte con diferentes estados de ánimo, reservados en ambos casos para sí mismos, acompañando con sus silencios la cadencia de unos rodamientos que traqueteaban, protestando, sobre la grava de la calzada.

Pasaron varios días antes de que pudieran penetrar en la provincia de Aquitania. Intentaban evitar en la medida de lo posible las diferentes *mansiones* de la calzada, no solo por la cada vez más palpable disminución del dinero que aún tenían, sino por no tentar a una suerte que por el momento los acompañaba, si bien conforme se acercaban a Burdigala el flujo de viajeros parecía acomodarse al normal en aquella época del año, en el más tranquilo y seguro de los escenarios posibles. Ni siquiera se intuían los graves acontecimientos que en el norte comenzaban a arrollar el modo de vida al que se encontraban acostumbrados en la diócesis de la Galia. Los campos, ajenos al devenir de los hombres, mostraban un insultante verdor, regados por los poderosos afluentes de los imponentes ríos de aquella rica región. Por las suaves ondulaciones de terreno podían admirarse construcciones desde las cuales se elevaban al cielo blancos penachos de humo, demostrativos de la existencia de una vida que no había visto interrumpido su cómodo caminar. Así, las villas, que eran a la vez morada tranquila y empresa agrícola, seguían suministrando los productos que posteriormente se vendían en los *macella* de las diferentes urbes que, protegidas por murallas orgullosas, mostraban al mundo la opulencia y prosperidad de Roma, aparentemente eterna. Las noches sucedían a los días y los amaneceres auguraban una nueva jornada de viaje tranquilo. Era como si, de repente, todos los males que se abatían sobre el Imperio hubieran quedado eclipsados por una actividad imperecedera, por un modo de vida inmortal. Licia no preguntaba y Antonino no hablaba. Sin embargo, una cálida sensación de compañía abrazaba a aquellos viajeros silenciosos que escapaban de sus respectivas vidas para recomenzar, aun en sus sueños, una nueva existencia alejada del miedo y del peligro. Pronto alcanzarían su destino y, entre tanto, el de ambos continuaba forjándose, aunque ellos aún no lo supieran, lejos de aquellas tierras que ahora transitaban.

Alcanzaron Burdigala al anochecer del último día de su segunda semana de viaje. Los postreros reflejos de un sol que se recostaba hacia poniente arañaban las tranquilas aguas del Garunna, arrancando

de su cauce leves destellos que componían sobre el puerto fluvial un espectáculo de luminosidad crepuscular que transmitió a los viajeros una confortable sensación de seguridad y nostalgia. Necesitaban aprovisionarse, y decidieron hacer una excepción en su costumbre de evitar los lugares concurridos. Recontaron su dinero, poniendo en común lo conservado por cada uno tras el viaje, y alcanzaron la conclusión de que podían permitirse al menos una noche bajo un techo que no fuera el viejo y carcomido toldo que cubría el carromato. Licia, animada por aquella decisión, lamentó, no obstante, que fuera demasiado tarde para poder visitar las termas de la ciudad. Anhelaba un baño que le devolviera al menos algo de aquella mujer que casi no recordaba ya haber sido. Lavarse en pequeños arroyos con el agua gélida que recorría sus cauces no evitaba echar de menos cada día la agradable sensación de abandono y relajación que proporcionaba la visita a las termas que frecuentaba en Augusta Treverorum. Pero, al menos, dormiría en una cama. Descansaría varias horas seguidas, sin importarle los ruidos de la noche o que el viento encontrara un hueco por el que acceder hasta ella, envuelta en mantas que apenas la protegían. Sonrió. Ahora apreciaba aquellos pequeños placeres que hasta entonces le habían resultado normales. Se sintió feliz por unos instantes y, casi sin darse cuenta de su gesto, posó su mano sobre la de Antonino, que aceptó en silencio aquella muestra de afecto. Por un solo momento soñó que aquella era otra época, otra Licia, otra vida. Y no dejó de sonreír mientras cerraba los ojos intentando verse a sí misma aferrada a esa imaginaria e irreal existencia.

Penetraron por la puerta de la muralla que se abría hacia el sudeste, alejada del trajín de la actividad portuaria que ya disminuía con la caída de la noche. A Antonino le sorprendió el número de vigilantes que se apostaban junto a los pesados goznes que sustentaban los batientes ya preparados para cerrarse. Seguramente las noticias de la usurpación habían llegado antes que las de la invasión, y algo comenzaba a moverse entre las autoridades de la urbe, decidiendo estas en aquellos momentos hacia dónde se inclinaría la balanza de su lealtad. Por experiencia, y teniendo en cuenta la lejanía de cualquier ejército que favoreciera la causa de Honorio, Antonino pensó que casi con total seguridad Constantino conseguiría hacerse con las grandes ciudades de la Galia con la promesa de una protección más efectiva frente a la desolación que traerían aquellos bárbaros contra los que Honorio había sido incapaz de reaccionar. La suerte parecía echada.

El pequeño carromato avanzó lentamente por la vía empedrada del *decumanus* de la ciudad, donde poco a poco los comercios cerraban sus puertas, abatiendo las pequeñas tejavanas que protegían las mercaderías que aún no habían sido vendidas. Compraron en una de

esas *tabernae* algunos embutidos y vino de la región y, por indicación del tendero, se dirigieron hacia una de las calles laterales en donde, por lo visto, encontrarían una posada confortable y barata donde alojarse, así como un establo para el vehículo. No era época de grandes viajes, y a la ciudad no habían llegado aún las oleadas de refugiados que se afanaban en su huida por el norte de la diócesis, por lo que no tuvieron problema en hallar acomodo en el edificio de dos pisos que, por otra parte, ofrecía mejor aspecto que la mayoría de las *mansiones* del camino.

El dueño, un individuo de aspecto huraño, les cobró por adelantado la estancia, mientras les advertía de las decentes costumbres que blasonaban aquel local, mirando de reojo a ambos viajeros al tiempo que les proporcionaba una jofaina con agua y les anunciaba el pago de un extra por el forraje para los caballos. Subieron las escaleras de madera en silencio, escuchando únicamente el crujir de los viejos peldaños bajo sus pies, y cuando al fin entraron en la pequeña estancia que les había correspondido, una sensación de amparo y refugio invadió a aquellos huéspedes que habían unido momentáneamente sus vidas sin haberlo previsto. Una modesta lámpara de aceite iluminaba precariamente la estancia, huérfana de decoración, amueblada únicamente con dos camas y comunicada con el exterior por una pequeña ventana cuyos postigos permanecían cerrados. Licia y Antonino se miraron en aquella penumbra en la que los contornos de sus cuerpos se veían difuminados. Había algo en los ojos de ambos que anunciaba lo que pasaría, lo que había ido acercándose sin ser llamado. Había fuego, rabia y osadía en la mirada con la que Antonino recorría el cuerpo de Licia, en tanto que esta asistía a aquella contemplación con una mezcla de curiosidad y de deseo. Al cabo, aquella hija de senador, la mujer que había vivido acomodada entre lujo y bienestar, decidió hacer uso de su estrenada libertad en aquella remota y humilde posada y se despojó del broche que sujetaba su capa, que cayó al suelo silenciosamente. Su cuerpo, revestido por una túnica que ya mostraba los síntomas de deterioro del largo viaje, quedaba así expuesto, esperando a que las manos que ya se aproximaban en busca de un abrazo hallaran los rincones de placer que prometía. Antonino aceptó lo que se le ofrecía, mientras apartaba los pliegues de tela que ocultaban el objeto de su deseo y encontraba con sus labios los de ella, abandonados ya a lo inevitable, aferrados pronto el uno al otro sobre el jergón que crujía bajo el ímpetu de los amantes, buscándose sus dedos como lo hacían sus bocas, recorriendo la piel humedecida por el sudor. El negro pelo de Licia contrastaba sobre la funda blanca que encerraba en su interior la paja que ahora soportaba el peso de ambos jóvenes y que luego acomodaría su sueño. Antonino retenía ocasionalmente entre sus

dedos aquellos mechones oscuros, preso de un frenesí duro e inclemente, sacudiéndose su cuerpo en acometidas que hacían estremecer a aquella mujer que no podía evitar clavar sus uñas en la espalda de quien la poseía con la furia de un deseo contenido desde hacía semanas. El placer se hermanó entonces con el dolor y alcanzó entre jadeos a una Licia que cedió paso en su interior al remordimiento y la angustia, mientras Antonino se apartaba de ella exhausto, liberado al fin de sus sueños. Durante unos instantes, el silencio. Licia contuvo sus ganas de llorar. No debía nada a nadie que estuviera vivo y, sin embargo, sentía que aquellos momentos de entrega habían traicionado sus lealtades más íntimas. Miró a Antonino, recostado junto a ella, y la invadió un sentimiento de culpa. Había buscado aquel encuentro y, no obstante, ahora se lamentaba de haberlo favorecido. Nada sabía de aquel hombre que ahora se abandonaba al descanso junto a ella. Tampoco sabía nada de Quinto cuando lo conoció. Pero aquello fue distinto. Estaba convencida de ello. Lo echaba de menos y ya nunca más lo vería. Y había que vivir. Suspiró, intentando sobreponerse, y, buscando la tranquila seguridad que le había atraído en aquel hombre, se acercó al cuerpo que latía a su lado, recorriendo con la mano su espalda. Mientras acariciaba aquella piel en la penumbra, notó el tacto áspero y duro de una costra que se extendía longitudinalmente. Aproximó su rostro con curiosidad y observó unas marcas rojizas, estrías largas que eran los surcos de unas heridas profundas y brutales. Se sorprendió. Antonino despertó ante el contacto de aquellos dedos, se incorporó a medias y, recostándose sobre su brazo, miró el rostro preocupado de Licia, que lo miraba con atención e intriga.

—Tú no eres ningún tratante de ganado, ¿verdad, Antonino? —preguntó de repente señalando con los ojos las marcas de su espalda. Dudó durante unos segundos antes de preguntar buscando la respuesta a lo que hasta entonces había sido una cuestión sobre la que no había reflexionado demasiado—. ¿Quién eres de verdad?

Antonino mantuvo fijamente la mirada de Licia y frunció el ceño. Sabía que iba a llegar ese momento, y decidió afrontarlo.

—No, no soy tratante de ganado. Pero imagino que eso ya lo sospechabas. De hecho, jamás he comprado y vendido caballos y tampoco trabajo para ningún importante terrateniente, ni tengo encargo comercial alguno, Licia —suspiró—. Pero sí me llamo Antonino, al menos. Soy Antonino Octo, desertor de una guarnición de *limitanei* cercana a Confluentes, antiguo soldado de una de las legiones britanas que han desembarcado y con las que hemos coincidido. —Licia lo miró con los ojos muy abiertos, mostrando su sorpresa—. Soy Antonino Octo —repitió—, nacido en Clunia, en Hispania, enrolado un día, buscando un futuro mejor, en una de las legiones destacadas

en Britania y desterrado luego a la frontera del Rhenus por un oficial rencoroso y brutal. Soy Antonino Octo, alejado de mi hogar, maltratado y castigado por la vida, harto de obedecer órdenes que me conducían a la muerte. Harto de luchar por nada, cansado del frío y la miseria. Ese soy yo, Licia. Ese soy realmente. ¿Contesta esto a tu pregunta?

Calló y el silencio se abatió sobre los dos, inmisericorde, culpable y ominoso. Licia intentó sobreponerse a la sorpresa de aquellas revelaciones y se sintió obligada, pese a todo, quizás por ternura o quizás por lástima, a ayudar a aquel hombre que, abatido, confesaba su verdadera historia.

—¿Y estas marcas? —Acarició con la punta de sus dedos la espalda de Antonino—. ¿Tienen algo que ver con ese destierro que has mencionado?

—Esas marcas tienen el sello personal de un hombre: Gerontius. Él ordenó que me azotaran, en Britania, por una falta leve en el campamento. Al menos, inicialmente. Nunca llegaba la soldada con puntualidad y teníamos hambre. Las raciones que nos daban por rancho eran insuficientes, y robé comida en la cantina. No debí hacerlo, pero me acostumbré y poco a poco la costumbre se convirtió en hábito… hasta que me descubrieron. Cien latigazos fueron mi castigo, ordenados como escarmiento por uno de los oficiales de mi cohorte.

—¿Gerontius? ¿El hombre que nos salvó en la calzada? —preguntó Licia.

—El mismo. Él fue también el que ordenó mi traslado forzoso a la frontera, a un pudridero junto al Rhenus. Un lugar que él sabía que se encontraba amenazado. Me condujeron allí, junto con otros pobres desgraciados, los parias del campamento. Conociste a algunos de ellos en aquella *mansio* donde te hallé.

—¿Boscus? Era desagradable.

—Era un buen hombre. Un pobre diablo.

—Pero desertasteis. Abandonasteis vuestro puesto. —Licia dudó—. Tuvisteis miedo.

—Miedo no; hartazgo sí. Estábamos solos en una pequeña fortificación cerca de Confluentes y frente a nosotros se agolpaban al otro lado del Rhenus miles de bárbaros. Nadie nos aprovisionaba, y vivíamos de lo que podíamos cazar en los alrededores. Unos cuantos decidimos que no era nuestro momento para morir. Al menos, en esas condiciones. No soy un cobarde, Licia. Pero sé cuándo algo es justo o injusto.

—La justicia no es algo que podamos exigir para condicionar nuestro deber.

Licia se sorprendió a sí misma por la dureza de su apreciación.

Pensaba en Quinto, en cómo tuvo que abandonarlo todo, a ella, dejar todo atrás para cumplir con el deber que tenía encomendado en lugar de huir, de escapar. Recordó la rabia que la invadió al no haber sido ella la elegida, al encontrarse detrás en la escala de prioridades de aquel soldado que, así lo pensó entonces, la había abandonado en busca de la muerte. No pudo evitar sentir desagrado por lo que estaba escuchando, aun a sabiendas de que podría estar resultando injusta.

—¿Tú me hablas de deberes, Licia? ¿De verdad sabes de qué estás hablando? ¿Tú? ¿La hija de un senador, con una existencia acomodada? Quizás deberías reflexionar sobre tu vida y la justicia que ha permitido que tú hayas nacido y crecido beneficiada por los dioses y la fortuna.

—No parece que ahora mismo esté siendo muy beneficiada por los dioses —cortó en seco Licia mientras hacía ademán de levantarse del lecho.

—Perdóname. —La agarró por el brazo, suavemente, impidiendo que lo abandonara—. Tienes razón. Soy un estúpido. —Intentó besarla, pero Licia lo apartó con una sonrisa.

—Efectivamente, eres un estúpido. Pero también eres un hombre valiente —le acarició el pelo—, yo lo he visto.

—También me vio él. Gerontius. Creo que me reconoció. Lo supe cuando me arrojó la espada en el carromato.

—Te llamó «soldado». Ahora lo recuerdo. Probablemente era su forma de reconocer tu valor en aquella escaramuza —apuntó Licia para tratar de levantar el ánimo de su compañero—. Quizás quiso demostrarte que aquel castigo no fue algo personal. No me pareció tan mal hombre.

—Puede que sí. Pero no me fío de él. Es un hombre ambicioso y sin escrúpulos. Un buen soldado, eso sí. Pero ahora las cosas están cambiando. Si yo fuera Constantino, lo vigilaría muy de cerca.

—¿Crees que triunfará? —Licia trató de desviar la conversación, alejándola de consideraciones tan personales—. Constantino, quiero decir.

—Creo que el Imperio está herido de muerte. Eso creo. Suceda lo que suceda, ya están ocurriendo demasiadas cosas. —Reflexionó durante unos segundos—. Tenemos que llegar a Hispania. Yo tengo que llegar a Clunia, Licia. Allí viven aún algunos de mis hermanos, y sé que me acogerán. Mi casa sigue allí, también. Marché a buscar fortuna lejos de mi ciudad, y creo que ya es el momento de volver —miró a Licia antes de continuar— y de sentar la cabeza antes de que todo se derrumbe. Fundar una familia, quizás.

Licia se revolvió con un punto de incomodidad.

—Calla, tonto.

Le besó en la frente y se levantó del camastro. Antonino miró su

cuerpo desnudo, sus livianas caderas, enmarcadas en una estrecha cintura que daba a su cuerpo una proporción menuda y perfecta, ligera y femenina. A Licia no se le escapó el deseo que contenía de nuevo la mirada de Antonino.

—Duerme conmigo, Licia.

—No, Antonino. Por hoy ya ha sido suficiente, ¿no crees? Mañana madrugaremos. Nos espera aún un largo viaje hasta Clunia. Habrá tiempo de hablar. Buenas noches, querido compañero.

Toda la luz del mundo, pensó Licia. *Toda se encuentra aquí,* murmuró para sus adentros mientras vislumbraba en el horizonte la silueta recortada de la meseta sobre la que se enclavaba la antigua ciudad de Clunia Sulpicia Julia, que al fin se ofrecía a sus asombrados ojos, como meta de aquel largo viaje. Habían dejado atrás Burdigala con recuerdos de una intimidad que les había llegado como llegan los momentos, pequeños o grandes, que pueden cambiar una vida: de improviso, sin avisar. Y fue desde entonces cuando ambos se aceptaron. Licia se sentía protegida por primera vez, intrigada y, paradójicamente, libre, y Antonino vivía los días como si su mundo hubiera acabado de nacer. Habían cruzado sin problemas la frontera de la diócesis, adentrándose en Hispania por la calzada que, junto al mar, los llevó al puerto de Oiasso, abandonados sus muelles como ruinoso vestigio de un pasado minero cuya producción de hierro había cesado, agotadas ya las vetas que lo habían hecho florecer. Dirigiéndose hacia el sur, rebasaron la ciudadela de Pompaelo y encaminaron sus pasos hacia el interior de la Tarraconensis, hasta alcanzar el río Iberus, cerca de Turiaso, para más tarde girar hacia el oeste, ascendiendo a la meseta central de la península a través de pasos que aún mantenían viva la fábrica de trabajados desmontes, labrados en piedra por legiones de esclavos que abrieron camino al comercio y a las tropas de una ya lejana conquista. Las calzadas jalonadas por los miliarios recordaban el poder civilizador de aquellos hombres que trazaban itinerarios de suaves pendientes, asentados en terraplenes, diseñados para sustentar sobre la grava apelmazada del firme el peso de hombres y bestias, sin que el paso del tiempo hiciera mella en ellos. El trigo ya mostraba su incipiente verdor, en colorido anuncio de la primavera que aquel año se adelantaba y el sol ofrecía a los viajeros la dicha de una luz acrecentada en su limpieza por la altura por la que transcurría la ruta. Licia se dejaba acariciar el rostro por aquella cálida sensación de bienestar que le hacía recordar la felicidad que le proporcionó en su infancia romana el sol de su niñez, envuelto siempre en una tenue aura de humedad mediterránea y que

en aquellas latitudes se convertía, sin embargo, en una luminosidad clara y límpida como nunca había visto. Y de esta forma, acrecentadas por el júbilo que proporcionaba la cercanía de su destino, las palabras fluían y las conversaciones transitaban de uno a otro lugar, recuerdo o vivencia particulares, mientras las millas eran devoradas con parsimonia en el andar, pero con ansia en el espíritu de los dos, que pugnaban por conocerse apresuradamente, como si el tiempo que volaba inmisericorde les recordara la brevedad de la dicha.

—Clunia. Mi ciudad, Licia. Mi antiguo hogar. Hemos llegado al fin —dijo Antonino satisfecho y feliz, cuando ante sus ojos se mostró la meseta sobre la que se asentaba aquel enclave urbano. Los dos contemplaron la silueta de la población, recortada contra el cielo.

—Es hermosa. O lo parece, al menos, desde aquí —musitó Licia mientras observaba las columnas de humo blanco que se elevaban desde el caserío, rodeado de una muralla que circunvalaba el promontorio en toda su extensión hasta volver el asentamiento inexpugnable.

—No lo sé. Hace tiempo que abandoné la ciudad. Demasiados años. No obstante, Clunia ya no es lo que era. De eso estoy seguro. Fue capital de *conventus* durante muchos años, y entonces todos los ciudadanos, desde aquí hasta las lejanas tierras del norte, junto al mar, estaban obligados a acercarse para buscar justicia en sus tribunales —contó Antonino con un punto de entusiasmo orgulloso—. El enclave creció rápidamente, pero ahora es ya una sombra de aquel pasado que nunca volverá. Demasiado lejos, demasiado alta, demasiado frío en invierno; apenas recuerdo la basílica en ruinas y el foro, diseñado para una gran capital, como una plaza donde se refugian los viejos cuando el viento barre la meseta.

Licia miró a Antonino con curiosidad. No había apreciado hasta entonces ese carácter levemente melancólico que se desprendía de sus palabras. Contempló la silueta de la urbe, cada vez más cercana. Se veía enorme desde el llano por el que transitaban, y, a medida que la calzada iba aproximándolos a su destino, el conjunto amurallado se imponía avasallador, empequeñeciendo a quienes se dirigían hacia la puerta principal que se abría en lo alto, accesible solamente por una rampa en la que se distinguía escaso tráfico de carruajes y personas.

Accedieron a la ciudad a través de un portón que mostraba síntomas del deterioro causado por la dureza de unos inviernos inclementes. El frío y el viento helado habían hecho mella a lo largo de los años en lo que fue la imponente entrada monumental. Dos centinelas escudriñaban el horizonte en una actitud vigilante que a Antonino le sorprendió.

—No recuerdo ni siquiera la existencia de soldados en esta ciudad —observó—. Quizás ya hayan llegado noticias de la usurpación de

Constantino. No creo que la curia esté contenta entonces. Hay parientes lejanos de Honorio en ella, y me temo que tratarán de resistirse a los cambios que se avecinan. Veremos —concluyó, con gesto de preocupación.

El carro se introdujo en la ciudad y fue avanzando lentamente por el *decumanus* que se intentaba adaptar a una planta urbana que había sido modificada, probablemente para acoplarla a las importantes funciones administrativas que había tenido en tiempos ya desaparecidos. Dejaron atrás, a su izquierda, acostada en la ladera de la meseta, la imponente fábrica del que fuera teatro de la ciudad, desproporcionado en su tamaño incluso en sus épocas más prósperas. Licia, acostumbrada a la monumentalidad de los edificios públicos de Roma y Augusta Treverorum, no pudo, sin embargo, dejar de sorprenderse por la audacia de aquella solución que, aprovechando la abrupta pendiente de la ladera, proporcionaba a los espectadores el placer de una vista que, desde la *summa cavea,* se entregaba al espectáculo de la llanura jalonada de colinas que podía vislumbrarse desde tal atalaya. Antonino se dio cuenta del interés con el que Licia admiraba la estructura de las hileras de piedra blanca que, formando varios semicírculos que iban ganando altura, comenzaban a mostrar muestras de descuido y abandono.

—Recuerdo que desde niño mis padres acudían a los espectáculos que muy de vez en cuando nos visitaban. Pero no eran obras de Plauto lo que se representaban —dijo con sorna no exenta de tristeza—, sino pequeñas luchas de gladiadores o matanzas de animales anclados a una argolla situada en el centro de la *orchestra.* A nadie le interesaba ya el teatro, y se aprovechó la estructura para otros espectáculos más acordes con el gusto de la época. Te había dicho que esta ciudad ya no es lo que era.

Licia pudo comprobar esa aseveración mientras el carro avanzaba. A izquierda y derecha de la calle que se adentraba en el interior de la población, las casas, de no más de dos alturas, presentaban un aspecto descuidado, algunas de ellas con claros síntomas de abandono, en una ruina imparable y sostenida en el tiempo. Señaló de pronto con alegría casi infantil, a su derecha, un edificio de apariencia señorial desde el cual ascendían volutas blancas de un humo que a Licia le recordó el vapor del *caldarium* de unos baños. Por un momento, se imaginó sumergida en la cálida placidez de un agua tibia, abandonada a sus pensamientos, lejos de cualquier preocupación y desasosiego. Lo echaba realmente en falta, y se lo indicó a Antonino.

—Ya no hay termas en Clunia —dijo este, adivinando la mirada esperanzada de Licia—. Yo no las recuerdo, al menos. Esas fueron, sí, las principales de la ciudad, pero hace tiempo que se reconvirtieron en una alfarería, aprovechando los hornos.

Comprobó la decepción de Licia en su mirada. El edificio, en su modestia, comparándolo con las termas de Augusta Treverorum, sin duda, había sido un más que digno recinto de baños, con una entrada de poderosas paredes que formaban un semicírculo y a través de la cual se podía comprobar un mínimo trasiego de operarios que acarreaban cestos con las piezas fabricadas que posteriormente serían vendidas en los mercados ubicados en el foro. Licia intentó evitar mostrar la evidente desilusión que sufrió con la contemplación de aquellos operarios que, con su pesada carga, estaban lejos de parecer los distinguidos y felices ciudadanos que frecuentaban habitualmente aquellos establecimientos.

Continuaron su andadura, desviándose a la derecha del *decumanus* por uno de los callejones que mostraban un trazado de trayectoria oblicua desde su cruce con la avenida principal, claramente diseñado para cortar la fuerza de los poderosos vientos invernales que, sin duda, asolaban la alta meseta. Las ruedas del carromato encajaban con dificultad en los surcos marcados en el empedrado de la calle, superando los gruesos bloques de piedra que permitían pasar de una acera a otra evitando las humedades y las aguas sucias que eran arrojadas desde cada casa. Un pozo situado en una pequeña plazuela, y ante el cual varias mujeres aprovechaban para conversar en espera de su turno, revelaba, por otra parte, el gran secreto de la ciudad: la enorme reserva de agua dulce que se encontraba en el subsuelo, en forma de lagunas subterráneas interconectadas.

Así se lo explicó Antonino a Licia mientras alcanzaban finalmente una puerta desvencijada ante la que pararon su marcha.

—Aquí es —dijo Antonino sin poder contener la emoción de su voz.

Licia agarró su mano. Notó cómo el rostro de su acompañante reflejaba una lucha interior, quizá contra los recuerdos de una niñez ya olvidada, que se agolpaban ahora con fuerza ante el momento del regreso al que un día lejano fue su hogar.

—Aguarda aquí —le ordenó, mientras bajaba del pescante.

Llamó a la puerta con fuertes golpes. Nada sucedió. Nadie contestaba. No había respuesta. Volvió a intentarlo. Al cabo de un tiempo de espera, Antonino comenzó a impacientarse. Desde una ventana próxima asomó la cabeza de una mujer mayor que escudriñó la escena. Antonino la vio y se dirigió de inmediato a ella con una sonrisa.

—Lucina, ¿no me recuerdas? —Se acercó más, hasta alcanzar el pie de la ventana—. Soy Antonino.

—¿Antonino? ¿Antonino? ¿El pequeño Antonino Octo? —La expresión de la anciana se iluminó—. ¡Dioses misericordiosos! ¡Has vuelto!

Antonino sonrió ante aquella muestra de afecto.

—Sí, he vuelto, Lucina. Y para quedarme. —Cambió el gesto—. ¿Dónde están mis hermanos?

La anciana dudó.

—Tus hermanos hace tiempo que se fueron. Todo el mundo se va de esta triste ciudad. O a trabajar en las villas en el campo o a otros lugares menos abandonados que este promontorio duro y frío —contestó con un pequeño deje de resignación en su voz.

—¿No hay nadie? ¿La casa está vacía?

—La casa está vacía y por ahora nadie, que yo sepa, ha entrado en ella. Y va a hacer al menos un año desde que tu hermano pequeño la abandonó, con su familia. Él fue el último en irse. Nada dijo y nada más sé. —La anciana se quedó mirando fijamente a Licia, y continuó con intención—: No es un mal sitio para vivir en compañía, Antonino.

Licia bajó la cabeza simulando no haber escuchado lo que llegaba con voz audible en aquel callejón.

—Bueno, sí. Gracias, Lucina. Entraré ahora. Puede que nos veamos a menudo desde ahora —respondió Antonino con cierto nerviosismo.

Se dio la vuelta y, abandonando aquel breve diálogo, se acercó a la puerta y presionó con fuerza. En poco tiempo, tras ser sometida a fuertes empellones, la frágil cerradura cedió y dio paso franco a los viajeros. Lucina cabeceó levemente con desaprobación antes de cerrar su ventana, como si aquella visita alterara la suave cadencia de abandono que mecía la vida urbana de aquella ciudad que se moría lentamente.

Entraron en un pequeño atrio de paredes desconchadas. Restos de pinturas de factura tosca representaban, junto a la entrada, los antiguos lares que debían proteger el hogar. El atrio daba paso a un reducido patio interior que permitía la entrada de luz y que mantenía aún la estructura de un minúsculo *impluvium* para recoger el agua de lluvia. Varias tejas rotas en el suelo daban al desagüe una apariencia de abandono que no desentonaba con el resto de la vivienda. Desde aquel reducido hueco se podía acceder a dos habitaciones, una de las cuales semejaba un estrecho cubículo en el que se vislumbraba en la penumbra lo que aparentaba haber sido el *triclinium* de la vivienda. Desde uno de los laterales, una escalera de madera ascendía al piso superior, ocupando uno de los lados del mínimo peristilo que se veía enmarcado por cuatro toscas columnas. En conjunto, la modestia de la vivienda ofrecía, sin embargo, cierto encanto acogedor que no disgustó a Licia. Antonino comenzó a subir hacia las estancias del segundo piso. Lo que encontró allí no le sorprendió. Recordaba aquellas dos habitaciones por haber ocupado una de ellas durante muchos años. Sonrió satisfecho al rememorar cómo habían sido capaces sus hermanos y él de convivir en aquellas estrecheces, junto con sus padres. Pero la casa era digna y solamente necesitaba unos

pequeños arreglos y, desde luego, una limpieza a fondo. Licia asistía ligeramente conmovida al reencuentro de aquel hombre con su pasado. Le cogió la mano y notó cómo él la aferraba con fuerza.

—Aquí viví durante mi infancia. Aquí viviré el resto de mis días, Licia.

La miró de repente y quiso abrazarla. Licia se apartó suavemente.

—Ahora no, Antonino. Hay mucho que hacer aún —respondió a modo de evasiva mientras le daba un beso en la mejilla y se separaba levemente de aquel cuerpo que la buscaba—. Traigamos el equipaje del carromato.

Antonino sonrió sin poder evitar una leve decepción y bajó por las escaleras con paso firme. Licia observó la habitación. La oscuridad quedaba interrumpida por pequeños rayos de luz que atravesaban la rejilla de una contraventana de madera, que intentó abrir. Cuando al fin lo consiguió, la luz clara y luminosa del mediodía de aquella tierra inundó la estancia, descubriendo un camastro de madera ligeramente carcomido y restos de lo que parecía algún pequeño roedor muerto, que Licia miró con repugnancia. Haría falta mucho trabajo para conseguir devolver a esa casa cierta armonía y limpieza que le permitiera vivir en ella. Si era eso lo que realmente quería. Licia se sentó junto al borde de la cama, que crujió, protestando por aquella invasión no esperada. ¿Lo era? ¿Querría acabar allí su vida con aquel hombre al que apenas conocía, en aquella ciudad alejada del mundo? No era algo que tuviera que decidir en aquel momento, pensó. Por ahora se sentía satisfecha y por primera vez había alcanzado un punto en el que podía plantearse con calma si realmente quería continuar su viaje hasta encontrar la villa de su padre o, por el contrario, recomenzar su vida junto a quien la hacía sentirse segura y razonablemente feliz. Oyó la voz de Antonino desde el atrio.

—Licia, ¡espérame en la casa! —gritó desde abajo—. Iré al foro para tratar de vender algunas de las pertenencias que todavía me quedan y comprar comida, algo de aceite, unas lámparas y, si lo encuentro, un colchón para poder dormir esta noche. No tardaré… —dudó—, amor mío.

No escuchó respuesta y, antes de que Licia pudiera contestar, esta oyó cómo chirriaban los goznes de la puerta. Antonino ya se había ido.

Transcurrió un tiempo antes de que Licia se sintiera encerrada entre aquellas paredes. Antonino no regresaba, y decidió salir para conocer la ciudad, empezando por aquel impresionante foro del que tanto le había hablado. Aún lucía el sol y la tarde avanzaba mientras el frío

que dominaría la noche se aposentaba gradualmente sobre la meseta. Se abrochó la capa y salió al estrecho callejón, comenzando a andar en dirección al *decumanus* por el que habían accedido hasta el centro de la urbe. Los ciudadanos que encontró en el camino mostraban una ligera indolencia que no pasó desapercibida a aquella mujer acostumbrada al bullicio de las grandes aglomeraciones. Esclavos ataviados de forma rústica, mujeres ligeramente embozadas que portaban cántaros con el agua recogida de las norias que alimentaban los depósitos desde el subsuelo, campesinos que regresaban de sus campos y, ocasionalmente, algún personaje togado que se afanaba en discusión con un contertulio que aparentaba sobriedad en sus gestos —probablemente algún magistrado de la ciudad abordado en sus demandas por un conciudadano—. Animales de tiro que arrastraban pequeñas cargas le indicaron la dirección del foro, aún el principal punto de reunión de la ciudad y ubicado al final del *decumanus,* que se introducía por un lateral de la gran plaza pública, en la que se entraba a través de un arco de factura imponente. Licia penetró en aquel espacio. Lo que vio la sobrecogió. Ante ella, se abría una enorme extensión perfectamente pavimentada con gigantescas losas de piedra que, desgastadas por millones de pisadas, reflejaban la luz declinante que caía sobre aquella superficie artificialmente pulida. Pequeños brotes de hierba crecían entre las junturas, evidenciando la ausencia del antiguo trasiego de hombres y bestias. La plaza formaba un enorme rectángulo cuyos lados largos se hallaban enmarcados por sendas galerías dobles, cubiertas por un pórtico continuado sostenido por columnas de la altura de tres hombres. A su derecha, cerrando el lado orientado al norte, y ocupando todo el ancho del foro, aún se podía contemplar el que, sin duda, había sido el imponente edificio que albergaba la basílica, la sede de los tribunales cuando Clunia fue, en tiempos más gloriosos, cabecera administrativa del enorme *conventus* sobre cuya jurisdicción imponía su arbitrio y sus decisiones. Licia pudo admirar el edificio, parcialmente hundido ya en su techumbre reparada de manera tosca con maderas cuya humildad contrastaba con la magnificencia de la estructura original. Se adivinaban a través de la fábrica semiderruida las tres naves que conformaban un conjunto verdaderamente notable. Pese a su estado, aún se observaba a ciudadanos que entraban y salían por las puertas laterales que comunicaban con la enorme plaza, lo que demostraba así al menos la existencia de vitalidad. Menguante, pero vitalidad al fin. Presidiendo todo el conjunto, se alzaba el templo en su día consagrado a Júpiter, aparentemente destinado ahora a improvisada iglesia, que aún permitía distinguir en sus cuatro columnas del frente el desteñido color rojizo que un día dotó de fulgurante resplandor el principal centro de culto divino de la ciudad. Licia se dejó llevar por la inercia

de la marcha de decenas de ciudadanos que se afanaban en ultimar sus compras vespertinas, a la espera de que el frío viento que azotaba el recinto al atardecer resultara ya impedimento notable para continuar a la intemperie. Paseó, por tanto, por la galería porticada mirando las mercaderías que ofrecían las viejas y destartaladas *tabernae* que aún abrían sus puertas a una clientela parsimoniosa. Podría, con suerte, encontrar, entre tanto, a Antonino. Cuchillerías que exponían los filos de sus herramientas, panaderías que habían agotado ya sus existencias en aquellas horas del día, cerámica y vajilla de uso corriente expuesta al tacto y la curiosidad de los viandantes, todo ello se ofrecía con una tranquila calma que a Licia no le desagradó. Le gustaba recordar sus paseos por el foro de Augusta Treverorum, si bien estaba segura de que no hallaría las obras literarias que allí se ofrecían y que le encantaba manosear y comprar. No tenía dinero tampoco, y al menos eso era en aquellas circunstancias un poderoso argumento de consuelo para el supuesto de que hubiera descubierto algún caro pergamino que le ofreciera sus tentadores encantos. De repente, le llamó la atención un pequeño puesto que en aquellos momentos parecía encontrarse a punto de cerrar sus puertas. Se acercó con curiosidad. En un estante de madera que ya estaba siendo recogido por el dueño se veían expuestas delicadas piezas de orfebrería. Al notar que una posible clienta se interesaba por su mercancía, el tendero se mostró solícito y dispuesto a retrasar el cierre por una prometedora e inusual ganancia.

—¿Puedo ayudar a la noble dama? —preguntó zalamero mientras observaba con cierta desaprobación la túnica sucia y desgastada de Licia que se adivinaba entre los pliegues abiertos de su capa.

—No, gracias. Solamente sentía curiosidad —dijo algo azorada al ser consciente de su carencia de dinero para cualquier capricho—. Tienes una hermosa colección de joyas.

El tendero asintió satisfecho.

—Y hoy es mucho más especial —añadió recogiendo delicadamente del mostrador un collar formado por pequeñas piedras de brillo deslumbrante, sin duda de gran valor, engarzadas de forma alternativa a una fina cadena rematada con pequeñas láminas de oro—. Esta pieza es única —afirmó—. La acabo de adquirir de un joven mercader que quería desprenderse de recuerdos dolorosos de su anciana madre. Contempla el acabado. Verdaderamente único.

Licia sintió que un temblor recorría su cuerpo. Acababa de identificar al instante el collar que había sido de su madre y que su padre le había legado como regalo de bodas. Una obra de gran lujo y delicadeza, de valor incalculable y absolutamente única, que había dado por perdida para siempre tras el robo que sufrió en aquella *mansio* cerca de Augusta Treverorum. De repente, lo entendió todo. No

habían sido unos desconocidos los que entonces saquearon su carruaje y se apropiaron de todas sus pertenencias de valor. Antonino la había entretenido con su conversación para que sus hombres, probablemente sus compañeros de deserción, robaran con tranquilidad todo lo que pudiera transportar en su carro aquella osada viajera. Le había devuelto la pequeña bolsa con los pocos áureos que le permitieron seguir avanzando, pero él comandaba aquella banda de salteadores. Él la había engañado y engatusado todo aquel tiempo en el que, tras encontrarse, habían viajado juntos. De repente, los abrazos, la seguridad, las certezas, las confesiones, los proyectos, todo se desmoronó en el interior de Licia. Se tapó la cara con las manos para disimular su dolor frente a aquel extraño, mientras, impotente, no podía contener las lágrimas de rabia y decepción que surcaban ya sus mejillas, arrastrando a su paso las leves esperanzas que había depositado en una nueva vida.

Comenzaba a oscurecer cuando el carromato guiado por una Licia hundida en la tristeza dejaba atrás el caserío de Clunia. No había querido ceder espacio a la reflexión ni a un posible arrepentimiento. Ya no. Abandonó la ciudad sin permitirse una sola mirada hacia atrás, sin despedida ni explicaciones que no quería solicitar, evitando ver el rostro de aquel a quien poco a poco había empezado a querer. Arrastraba con ella el peso de la más profunda decepción, y mientras la calzada la alejaba de aquel breve interludio en el que su confianza había resultado herida de muerte, la vida seguía languideciendo encerrada en las murallas de una capital que agonizaba lentamente bajo el peso de la historia, implacable con los que ya habían quedado atrás para siempre.

Los campesinos que se afanaban en recoger y guardar sus aperos de labranza cesaron en su tarea, las mujeres que atendían a sus hijos descuidaron por algunos instantes sus cometidos, los esclavos que atizaban el fuego en sus modestas dependencias preparando la cena desviaron su atención. Solo unos pocos guardias contratados por el señor de la *domus* reaccionaron y se dirigieron apresurados hacia aquel carromato que se había detenido al comienzo del camino que se internaba entre las hileras de pequeñas casas que, a ambos lados, jalonaban la entrada de la villa. Recostado en el pescante del carruaje, un cuerpo de mujer yacía inerte, sus manos aún aferrando las riendas de una montura que parecía haber entregado su último hálito de vida. Destacado en la entrada porticada del suntuoso edificio que remataba

su fachada con dos torres en cada esquina, Anthemius observaba intrigado la escena que se desarrollaba a lo lejos, en el extremo de la propiedad, junto al cercado que delimitaba el perímetro de la explotación agrícola que gobernaba en nombre de su hermano. Lo habían avisado de que un carro se había detenido y permanecía allí, parado, sin signos aparentes de vida, y había abandonado la lectura de los últimos listados de semillas que tenía previsto comprar para comprobar qué sucedía. Siempre era una molestia salir con el frío del atardecer, abandonando la confortable calidez de su estudio. Esperó acontecimientos mientras sus hombres se acercaban al vehículo. Sobre él, una Licia exhausta y desmayada únicamente pudo balbucir unas palabras, utilizando sus últimas fuerzas. Los hombres apenas la entendieron.

—Llevadme… ante… mi tío.

XVIII

Alarico

408 D. C.

Una ráfaga de viento impulsó hacia el interior de la tienda la recia cortina de pieles que cubría su entrada sorprendiendo a Quinto, que reposaba tendido en el suelo sobre un tosco colchón de paja y heno. El mismo que compartía desde hacía semanas con una joven de tez pálida y voluntad sumisa que Alarico había insistido en ofrecerle como afectuosa y cálida compañía durante su forzado destierro. La luz menguante de aquel atardecer de la primavera del año 408 penetró en la reducida estancia que se había convertido en el hogar itinerante del general desde que comenzara el viaje de sus anfitriones godos, habiendo abandonado primero el interior del Ilírico, a donde había llegado hacía casi un año, hasta alcanzar los alrededores de Dyrrachium, junto al Adriático, donde ahora se encontraban acampados. Tras una larga espera desde que Quinto consiguiera alcanzar su asentamiento, Alarico había empezado a mostrar una impaciencia creciente por la falta de noticias de Rávena. Las promesas recibidas en su día de Estilicón se estaban incumpliendo una tras otra y nada se sabía ni de tropas ni de oro ni de honores. Los intentos de Quinto para convencer al jefe godo de que resultaba conveniente tener aún más paciencia habían fracasado, y este, preocupado por los rumores y el descontento que había comenzado a extenderse entre sus soldados ante tantas expectativas frustradas, decidió que era la hora de presionar al Imperio desde una posición más cercana que hiciera más creíble y aterradora la amenaza de una invasión de la península itálica desde el este, en caso de que persistiera esa actitud de falta de colaboración. Así, como primer paso de aquel largo viaje, los miles de súbditos de Alarico, soldados y sus familias, abandonaron la región oriental del Ilírico que habían ocupado desde los últimos acuerdos alcanzados con la Administración del joven emperador de Oriente, Arcadio, en el 397 y se desplazaron hacia el mar Adriático. Quinto, atrapado en una situación que no podía controlar, se vio obligado a acompañarlos en calidad de garante del cumplimiento de lo que Alarico concebía como unas promesas imperiales dotadas de la

solemnidad de un tratado. Tras aquella primera etapa, llevaban ya asentados tres meses junto al puerto de Dyrrachium esperando en vano una respuesta. Ante la falta de noticias que respondieran a sus demandas, Alarico había tomado una decisión: decidido finalmente a forzar su apuesta redoblando así la presión sobre Rávena, se dirigirían hacia el norte, encaminando sus huestes hacia el Nórico, junto a los Alpes, dispuestos a penetrar en Italia a través de los pasos orientales como un cuchillo, si la situación no cambiaba y Honorio seguía permaneciendo mudo ante sus demandas. Allí se asentarían provisionalmente, atravesando previamente Panonia, hogar de propietarios de vastas extensiones agrarias que, desprotegidas, se repartían el fértil territorio de aquellas prósperas provincias imperiales, que pasarían a ser controladas por los godos. Y esperarían de nuevo, a las puertas ya de Italia, pero únicamente lo necesario. No habría una segunda oportunidad.

Había gran agitación en el enorme campamento godo aquella tarde luminosa en la que Alarico había anunciado la decisión de emprender de nuevo la marcha. Se percibía en el ambiente la emoción de los grandes acontecimientos. Quien más, quien menos sentía en su interior el convencimiento de que el gran viaje que se estaba preparando ofrecería al pueblo godo el futuro estable que tanto anhelaban y por el que venían luchando desde los lejanos días en los que cruzaron el Danubio en el año 376, escapando del empuje huno. Conscientes entonces de su fuerza por primera vez, tras las victorias contra los antiguamente considerados invencibles ejércitos imperiales, el renacido orgullo de aquellos súbditos venidos del lejano Ponto había cohesionado un heterogéneo conjunto de pueblos de raíz común. Allí donde se habían asentado tras el cruce del Danubio y desde la ya lejana derrota del emperador Valente en el 378 en Adrianópolis, los godos sustituían la ley imperial, asumiendo de forma efectiva con su tosca estructura social y económica las funciones que la Administración romana no alcanzaba a cubrir. Los recaudadores de impuestos de Constantinopla no se atrevían a penetrar en dominios que les fueron vedados por las ocupaciones itinerantes de diversos territorios que esquilmaban hasta secar las fuentes de sus riquezas, y buscaron de nuevo otros asentamientos más propicios. Los propietarios de las villas que salpicaban la geografía de aquellos lugares estaban obligados a entregar a los invasores la mitad de sus cosechas, y no había día en el que no llegaran hasta los salones palaciegos recostados sobre el mar de Mármara las quejas de los grandes señores, expoliados por saqueos puntuales, ataques esporádicos, agresiones o abusos cometidos contra los habitantes de cada nueva zona de asentamiento, que se sentían abandonados por la autoridad imperial. Así fue hasta que en el año 382 el padre de los

actuales emperadores de Occidente y Oriente, el último gobernante de un imperio unificado, el gran Teodosio, consiguió alcanzar un acuerdo que proporcionara a aquellos guerreros y sus familias un hogar estable y duradero a cambio de obtener sus servicios militares cuando fueran requeridos para ello. Pero aquel acuerdo Alarico lo consideraba ya expirado debido a los incumplimientos de sus términos, que habían sido continuos. No obstante, el tratado firmado en su día nunca había sido del agrado del rey. Por ello, la oferta de Estilicón se había presentado en el momento oportuno. Cada año más conscientes de su poder, cada vez más fuertes, los godos buscaban con ansia los caminos que permitieran su expansión y crecimiento dentro de aquel imperio, intentando encontrar un lugar donde recuperar su antiguo sedentarismo y que les concediera de nuevo ser autosuficientes, asumiendo, no obstante, la autoridad de Roma. Por tanto, si para ello resultaba necesario ser la herramienta de poder del hombre más fuerte de Occidente, se aceptaría. Constituía una tentación difícil de evitar el formar parte esencial de la gran estructura en la que hasta entonces permanecían en situación precaria, pero no permitirían ser tratados como meros subalternos. Ya no. Ahora su rey, Alarico, quería ostentar, dentro de la Administración imperial y de su jerarquía, la dignidad que como líder de un pueblo poderoso creía merecer. La promesa de Estilicón de entregarles el Ilírico oriental, que habían venido habitando en los últimos años, si conseguían arrebatárselo al Imperio oriental y devolvérselo a Rávena y a cambio de la ayuda militar que les pudieran prestar aquellos soldados formados y curtidos, había sido una oferta estimulante. Completada con la futura concesión del cargo de *magister militum praesentialis* para el propio Alarico, cargo que el rey godo consideraba el mínimo reconocimiento exigible por los servicios que se le solicitarían en salvaguarda del Imperio, el acuerdo se había cerrado con rapidez.

Estas habían sido las promesas derivadas de las primeras conversaciones con el gobernante romano, pero la llegada hacía ya casi un año de Quinto, portando de noticias inquietantes y novedades en lo que se refería a la oferta inicial, había cambiado las cosas. Estilicón estaba en apuros para mantener el andamiaje de Occidente tras la invasión desde el Rhenus y la rebelión de Constantino III, y no parecía probable que ningún ejército romano acudiera en ayuda de los godos ahora para luchar contra Constantinopla y devolver a Rávena aquella región en disputa entre ambas partes del Imperio. Estilicón, en su actual situación, a través de aquel emisario, en lugar de territorio ofrecía a Alarico dignidades, cargos y oro a cambio de su ayuda militar para combatir en la Galia las invasiones y la usurpación. Pero, aun considerando la oferta notoriamente insuficiente, la confirmación de tales nombramientos ni siquiera llegaba, y, desde luego, no había

noticia alguna ni del oro ni de un lugar para asentarse en el que los godos pudieran culminar su ya largo éxodo. Y él y su pueblo habían agotado finalmente su paciencia. Se habían cansado de esperar y Rávena sentiría, por tanto, la sombra de su poder.

Quinto era plenamente consciente de la situación en la que se encontraba. Había percibido durante aquel año la frustración creciente que se asentaba entre los godos y no se hacía demasiadas ilusiones sobre el futuro que se le avecinaba al Imperio occidental. Preocupado, se incorporó de su lecho apartando con suavidad el brazo desnudo que su acompañante había dejado reposar sobre su pecho durante el sueño que se apoderaba de ambos tras los momentos de euforia con los que mataban el largo tiempo de espera en que se habían convertido los días. Por la mañana se le había notificado al fin que sería recibido en audiencia por Alarico, y, aunque taciturno y pesimista, intentó fortalecer su ánimo, abandonado desde hacía meses a cierta molicie conscientemente frívola en la que su espíritu se había acomodado, como lo hacía su cuerpo cada día entregado al placer de los abrazos de la joven que, ya despierta, contemplaba con curiosidad cómo el general se vestía para la ocasión.

—Vas a ver al rey —afirmó ella con seguridad.

Quinto sonrió ante el mohín de disgusto que observó en el rostro de quien lo había acompañado durante tantos días y noches de espera y aislamiento.

—Sí, al fin Alarico se digna a recibirme de nuevo —contestó él mientras procuraba ajustarse la túnica algo ajada que había dejado de vestir desde hacía meses.

Se miró satisfecho y buscó la complicidad de la mujer, que escrutaba su rostro con preocupación.

—No te preocupes tanto por tu aspecto —le dijo ella en un tosco latín—; no te diferencias tanto de otros como tú mismo crees. —Lo miró con cierta reprobación—. Te vas a ir. Me vas a abandonar. Lo sé. Y no volverás nunca.

—Sabías que algún día se daría este momento, Velia.

Quinto usó el diminutivo con el que cariñosamente la llamaba, tratando de mostrar una cercanía que realmente nunca había llegado a sentir. Agradecía su compañía y más sus caricias y su entrega, pero de alguna manera percibía que una sequedad interior había cercenado cualquier atisbo de sentimiento que hubiera podido brotar de un corazón apagado desde que supo de la muerte de Licia. Por ello, su voz sonó falsa y ella, percibiéndolo al instante, rechazó con un ademán el intento de acercamiento del soldado.

—Sí, lo sabía. Nunca has parado de repetírmelo. En eso no puedo dejar de reconocer que no me has mentido, desde luego.

Se incorporó y, esplendorosa en su desnudez, se dirigió hacia

Quinto ayudándolo a ajustarse el cinturón godo que desde los primeros días de su estancia exhibía con orgullo cada vez que paseaba por entre aquel pueblo que lo retenía y que, sin embargo, le había permitido cierta libertad de movimientos.

—Pero tranquilo. Yo no soy como esas nobles romanas que suplican que no las abandones mientras lloran para convencerte —sonrió con descaro al tiempo que permitía que Quinto acariciara sus pechos.

—No, desde luego, no eres como ellas.

Velia entonces se separó bruscamente del general y le dio la espalda.

—Pues entonces, vete ya, soldado de Roma. No volverás a verme. No me aburras más con tus historias. Vete.

Quinto permaneció unos segundos admirando el cuerpo desnudo que orgullosamente le daba la espalda. No sintió nada. Ningún dolor por aquella abrupta despedida, ningún remordimiento, ningún oscuro sentimiento ni tristeza ensombrecieron su rostro. Simplemente, se dio la vuelta y, apartando las pieles que protegían la entrada, se encaminó hacia la tienda donde ya lo esperaba Alarico. No pudo ver, por tanto, las lágrimas que recorrían el rostro de la mujer que dejaba atrás, abandonada a la rabia rencorosa del despecho.

Las antorchas y hogueras que comenzaban a encenderse anunciaban el ocaso de aquel día de primavera, y conforme Quinto se acercaba a la enorme tienda que servía de sala de recepciones para el rey de los godos, observó el trajín que, pese a la inminente caída de la noche, dominaba la actividad del campamento. Enseguida intuyó que se avecinaba una ocasión importante. Por todas partes los soldados hacían acopio de sus armas, apilándolas en montones perfectamente organizados en las pequeñas plazuelas de forma irregular que salpicaban el recinto fortificado del asentamiento. Las mujeres acarreaban leña y provisiones para depositarlo todo en los numerosos carros que servían de transporte a familias e impedimenta, y los niños, como enjambres, se arremolinaban excitados en derredor de los adultos, acompañándolos en un juego que, ante la expectativa de marcha, parecía encauzar los ánimos infantiles hacia una nueva aventura. Nadie prestaba atención a Quinto mientras dirigía sus pasos hacia la tienda que, en lo alto de un pequeño promontorio, destacaba de entre todas las demás por su tamaño y decoración. Apostados en la entrada, varios grupos de guerreros y sus oficiales cesaron en sus conversaciones cuando vieron aparecer al general romano ante ellos, abriéndole paso al tiempo que mantenían en sus rostros una seriedad que Quinto no recordaba haber visto durante su obligada estancia. *Decididamente*. pensó, *ha llegado el momento de partir.*

Entró en el recinto, tenuemente iluminado por lámparas de aceite colgadas de los postes que sustentaban una techumbre de telas

enrolladas en un maderamen improvisado que daba al conjunto una apariencia de solidez capaz de afrontar las inclemencias del tiempo. Frente a él, al final de un pasillo formado por los hombres de confianza del rey, jefes y notables, se encontraba Alarico. Sentado en una sencilla silla de tijera ligeramente elevada sobre un escalón que resaltaba su preeminencia, el rey godo daba muestras de no haber percibido la presencia de Quinto. Mientras este avanzaba ante la mirada de los presentes, el caudillo aparentaba leer con interés una carta que sostenía en sus manos. Aún joven, el rostro del jefe godo, sin embargo, reflejaba los estragos que en la piel habían dejado las luchas, incertidumbres y preocupaciones que, por otra parte, le habían permitido mantener aquel incontestable liderazgo. Una cicatriz, recuerdo del filo de una espada imperial, le rasgaba el pómulo y le otorgaba una apariencia de fiereza que pese a ello no atenuaba el atractivo que se desprendía de una determinación reflejada en unos ojos claros. Una poblada y bien cuidada barba proporcionaba, finalmente, la apariencia regia que sus súbditos veneraban. Vestido con pantalones, al estilo godo, y una túnica blanca ribeteada en oro, ajustada por un cinturón con una recargada hebilla tachonada de piedras preciosas hábilmente engarzadas, el rey no parecía, sin embargo, muy diferente de cualquiera de los nobles que lo habían encumbrado en su momento y que ahora esperaban en silencio a que diera comienzo la audiencia. Frente a él, como la primera vez que fue recibido a su llegada, Quinto volvió a sentir el magnetismo de un jefe. Alarico irradiaba autoridad. *Todo lo contrario que Honorio,* pensó el general. De pie ante el sencillo trono, aguardó a que el rey terminara de leer —o de aparentar hacerlo— la carta que sostenía en sus manos.

Durante unos segundos solamente se oyó el leve crepitar de las llamas de las lámparas que iluminaban la estancia y los secos golpes de las pieles que protegían la tienda, empujadas por el viento del atardecer. Quinto aguardó a que se le prestara atención. Ya había esperado mucho tiempo, y nada perturbaría la paciencia que había desarrollado en todos esos meses. Finalmente, Alarico levantó la cabeza y, aparentando sorpresa, se dirigió a su invitado. Había aprendido latín con rapidez y se desenvolvía con soltura en griego. Era, sin duda, un hombre inteligente y preparado.

—¡Bienvenido, romano! Esperaba ansioso tu visita —le dijo, a modo de bienvenida con una sonrisa, como si se tratara del reencuentro de dos viejos amigos.

—Su Majestad me honra —contestó Quinto con una leve inclinación de cabeza. Sabía mostrarse obsequioso y cortés, pero bajo ningún concepto quería aparentar sumisión hacia una autoridad que, en definitiva, consideraba muy inferior a la del imperio que él representaba en aquellos momentos.

—Confío en que durante todo este tiempo tu estancia entre nosotros haya sido de tu agrado. Me han informado de que has estado bien acompañado, en cualquier caso —sonrió Alarico con malicia.

Él se había encargado de que así fuera, desde luego.

—Sin duda, la hospitalidad goda es merecedora de su fama —contestó Quinto con cierta malevolencia, intentando resaltar tanto el hecho de que su presencia allí no era voluntaria como el que sus anfitriones ocupaban de forma relativamente ilegal y a duras penas consentida una parte del territorio imperial.

Al rey no se le escapó la indirecta, pero no alteró su actitud amable. Le tendió, enrollada, la carta que había estado leyendo hasta entonces.

—Ten, general. Es para ti. Espero que sepas disculpar la falta de cortesía —señaló los sellos rotos en el pergamino—, pero era evidente que tras tanto tiempo sin recibir noticias de Roma no podía permitir que las novedades me llegaran de forma indirecta. La carta va destinada a ti, romano. La envía alguien que parece gozar de tu confianza. Un tal Lucio. —Quinto se sobresaltó al escuchar el nombre de su amigo—. Un hombre interesante, por lo visto. El mensajero que la portaba se resistió bastante a entregárnosla, lo cual aumentó mi curiosidad por su contenido, y también mi enfado. No creo que vuelvan a verlo de regreso en Roma.

Las palabras del rey recibieron como eco las risas de la concurrencia, mientras Alarico asentía satisfecho.

Quinto desenrolló con nerviosismo el pergamino. No alcanzaba a entender la sonrisa del monarca. Podría ser una buena señal, pero había aprendido a desconfiar tanto de los gestos aparentemente apacibles de sus anfitriones como de la supuesta generosidad de Roma, y por ello comenzó a leer para sí con atención, rodeado de un expectante silencio.

«De Lucio Aventius a Quinto Flavio:

Que los dioses te sean propicios, querido amigo, y si fuera el caso, que Dios nuestro señor te acompañe. Te escribo ahora, sin tener más noticias de ti que el correo que recibí hace casi un año informando de tu llegada a Epiro, sin que aún hubieras podido contactar con el rey de los godos. Es mi tercera carta, ya que las dos anteriores no han obtenido respuesta, y escribo, por tanto, a la luz de una pequeña lámpara, sin saber ahora si estas palabras te alcanzarán o se perderán de nuevo en el mar o en la tierra ingobernable y sin orden en la que te encuentras. Ahora quizás ya no importa tanto, pero por si acaso envío estas líneas a través de un mensajero de mi absoluta confianza, que tiene instrucciones muy precisas de entregarte esta carta a ti en persona o destruirla si ya no te encontraras entre los vivos. No obstante, si esta información cayera en otras manos, nada podría hacer yo para evitar la pérdida y el daño de nuestra patria, y prefiero correr el riesgo antes que dejar que por mi parquedad todo se pierda. Partirá el emisario, pues, hacia Dyrrachium, y desde allí tratará de buscarte. Ruego a Dios que lo consiga.

Los acontecimientos se precipitan, Quinto, y ha sido tanto y de tanta calidad lo

ocurrido en estos meses que ruego al más allá para que al menos tengas la oportunidad, si estás vivo, de poder transmitir a quien corresponda que aún existe una oportunidad para Roma y para el rey de los godos y su pueblo. La situación es complicada. En esto no puedo engañarte. Recordarás que en Rávena se tomó la decisión de enviar al general Saro para intentar someter la rebelión de Constantino. Pues bien, Saro fue derrotado, como cabía esperar, dada su torpeza. Ni siquiera llegó a presentar batalla, y sus soldados se dispersaron en cuanto intuyeron la posibilidad de morir dirigidos por un incompetente. Actualmente, y mientras la diócesis de la Galia es saqueada por los bárbaros, Constantino, sus tropas y su pretendida corte se han desplazado hacia el sudeste y se han instalado en Arelate amenazando invadir la península itálica en cuanto tenga la más mínima oportunidad, no sin antes haber ordenado a uno de sus generales, Gerontius, desplazarse hacia Hispania con un ejército para someter la resistencia que los familiares del emperador han comenzado a organizar contra la usurpación. Entre tanto, Estilicón ha conseguido con esa derrota un leve respiro en su situación personal, ya que, como sabes, él siempre se opuso a que se le concediera un mando a Saro. El emperador, por tanto, aún lo escucha, aunque con evidente reticencia, pero al mismo tiempo la influencia en la corte de Olimpius es cada vez más poderosa. A su sombra, agazapado, Flavio Constancio aguarda su momento, acechando al amparo de la debilidad cada día más notoria de Estilicón. Todas estas noticias las he ido recibiendo a través de nuestros buenos amigos en Rávena con los que permanezco en contacto. Clodius —¿lo recuerdas?— se ha convertido en mi informador más eficaz. Merodea cerca de la camarilla que rodea a Olimpius y, por lo visto, ganándose la confianza de Juvenus, está consiguiendo información como la que ahora te traslado. Hace trabajos ocasionales para él y le sirve aparentemente de jefe de su pequeña guardia de matones. En Rávena todo el mundo habla, y Clodius me remite las noticias que se generan en la corte imperial. Por lo que sé —y te gustará leerlo—, Juvenus está en ciertos apuros. Un joven comes *huido del saqueo de Augusta Treverorum ha accedido a círculos cercanos a Honorio y está difundiendo una versión alternativa de las supuestas heroicidades de nuestro viejo conocido, ya que parece ser que su comportamiento no fue todo lo edificante que le hubiera sido exigible a un miembro de la curia de la ciudad. Se dice que huyó antes del asedio y que dejó abandonada no solo a la propia urbe, sino a su joven esposa, muerta en el saqueo posterior. Nadie sabe dónde se encuentra Juvenus ahora, pero se cree que ha abandonado Rávena oliendo el peligro. ¿Vendrá a Roma? Confío en no verlo por aquí. Espero, al menos, que estas noticias puedan alegrar en algo tu ánimo. Sé que amabas sinceramente a su mujer y, aunque nada podrá apartar de tu alma la sombra de la tristeza por su pérdida, al menos tendrás el consuelo leve de cierta justicia.*

Pero vayamos a lo importante. Llegué a Roma, tal y como me ordenaste, y comencé a intentar contactar con los senadores de tu lista. Tengo que confesarte que no siempre encontré las puertas de sus mansiones *abiertas para mí. En ocasiones, mi condición de oficial de baja graduación significó el rechazo y un cierto distanciamiento, ya que mi clase social no es la adecuada. Los senadores forman en esta ciudad una suerte de casta aparte y se consideran los herederos del espíritu de la Roma eterna. Desprecian secretamente el poder imperial, y la lejanía de Honorio ha hecho de esta ciudad un territorio en el que el Senado es dueño y señor de su destino. Finalmente, tras largas esperas, retrasos y dilaciones, y a través de la inestimable mediación del senador Marco Fulvio, conseguí ser recibido por algunos de sus amigos, que accedieron a escuchar tu mensaje. El senador Fulvio es un personaje peculiar. Fiel apoyo de Estilicón en Roma, se encuentra roto por el dolor. La muerte de su hija Licia ha quebrado su espíritu, y eso se refleja en su rostro, que semeja una pálida calavera de ojos hundidos y pómulos afilados. Aunque yo no lo conocía, mantiene una actitud distante ante la vida, que resulta evidente en su desapego y*

abatimiento. Sin familia, nada parecía importarle hasta que conseguí que ante él se leyeran las propuestas que nuestro magister militum *trasladaba a través de tu mensaje. Algo cambió en su interior cuando fue consciente de que la situación actual podría llegar a revertir por medio de su intervención, y me aseguró desde aquel momento todo su apoyo. Me pareció comprender que había hallado al menos un motivo para seguir viviendo y que su dignidad senatorial resurgía ante el reto de salvar al Imperio del marasmo en el que se encuentra. A partir de ese momento, y pese a tal apoyo, todo fueron intentos vanos para reunir al máximo número posible de padres conscriptos y conseguir que se debatiera la aprobación de un subsidio para los godos. Las discusiones comenzaron a eternizarse, y resultó decisiva para acentuar el retraso la intervención de un tal Lampadio, un anciano senador, orgulloso y claramente contrario a Estilicón, que se opuso terminantemente desde un principio a cualquier concesión en favor de los bárbaros, encabezando un grupo que saboteó sistemáticamente cualquier posibilidad de acuerdo. Reconozco que comencé a preocuparme seriamente cuando comprobé que transcurrían los meses y todo el tiempo se perdía en vanas discusiones sobre el orgullo de los hijos de Rómulo o el mantenimiento de la dignidad de los descendientes de Eneas, tales son las ensoñaciones de los habitantes de esta urbe. Informado de las resistencias a la aprobación de su propuesta, hice partícipe al* magister militum, *por mediación de Marco Fulvio, de la necesidad de que se presentara en Roma si quería que su plan tuviera aún alguna posibilidad de salir adelante. Y, para mi sorpresa, Estilicón aceptó. Realmente, no sé de dónde saca la determinación este gran hombre. En solo un mes, nuestro general se presentó ante la sede del Senado en el viejo foro. Tendrías que haberlo visto, Quinto. Solamente alguien como él podía arrastrar, con su magnetismo y determinació, a toda esa caterva de venerables y testarudos ancianos y convencerlos de que un sacrificio económico puntual, realizado en ese momento, podría salvar su patrimonio para el futuro. Estaba claro que, en realidad, ese era el planteamiento exacto. Un gasto ahora para preservar los ingresos durante el resto de sus vidas. Prevaleció, sin duda, la perspectiva de un enriquecimiento futuro sobre la avaricia inmediata, y los persuadió. Por todos los dioses que lo hizo. ¡Mil ochocientos kilos de oro, Quinto! Eso es lo que se aprobó en el Senado, y eso es lo que se ha aceptado entregar a Alarico. Es una suma fabulosa, sin duda, y Estilicón regaló sus oídos, hablándoles de que con ese pago habían conseguido comprar la paz. Tengo que reconocer que el discurso de nuestro general no gustó a Lampadio, desde luego. Abandonó la asamblea mientras quedaba tras de sí el eco de sus protestas. Él dejó muy claro que no se había conseguido la paz, sino un pacto de servidumbre ante los godos. Ni siquiera yo me siento inclinado a decir que no tenga razón. No obstante, se está recaudando el oro, y pronto estará en disposición de ser enviado adondequiera que se encuentre Alarico en estos momentos. Sin embargo, debo decirte también que el Senado no pudo discutir la concesión de dignidades para el rey ni tierras de asentamiento para su pueblo. Estos asuntos son de incumbencia directa del emperador, y quedó muy claro, por la información que he ido recabando, que no parece que la augusta voluntad vaya a cambiar de opinión al respecto. Te aguarda, por tanto, una difícil tarea, Quinto. Deberás convencer a Alarico de que el oro estará a su disposición, pero que las tierras y los cargos a los que aspira deberán esperar. Creo sinceramente que Estilicón ha agotado, llegados a este punto, todos los recursos de capital político que le quedaban. Regresó de inmediato a Rávena con la idea de viajar después a Ticinum, donde sabes que está preparando un contingente militar formado por los restos de los supervivientes godos de la invasión de Radagaiso, para enfrentarse definitivamente con ellos a Constantino. Si fracasa en ese intento, me temo que no volveremos a verlo.*

Estos son los acontecimientos que se han venido desarrollando en este tiempo en el que has permanecido alejado, querido amigo. Confío en que estas palabras acudan

a ti y que te encuentres a salvo cuando las leas. Si así fuera, te pido que, tras informar a Alarico de la situación como consideres, regreses cuanto antes y te dirijas a Roma. No viajes a Rávena. Las aguas de las ciénagas y pantanos que la rodean son hoy más pútridas que nunca. Se te necesita aquí. El senador Fulvio ha accedido a tenerme como huésped en su domus, *y me traslada la extensión de su invitación para que te la haga llegar, lo cual creo que te alegrará.*

Querido amigo, sea donde sea que te encuentres, ya es hora de que podamos volver a contar contigo. Regresa, Quinto, y hazlo pronto, antes de que sea demasiado tarde y nos sepulten a los dos los restos de este antiguo edificio que tiembla y amenaza con desplomarse sobre todo lo que hemos conocido.

Que la buena fortuna te acompañe».

Quinto permaneció un largo rato en silencio, pensativo, tras leer la carta. Sentía que todas las miradas se encontraban posadas en él y notaba, sin verla, la sonrisa leve de Alarico, expectante ante la reacción del destinatario de aquellas letras. Al fin, enrollando de nuevo el pergamino con calma, levantó la vista y enfrentó sus ojos directamente con los del rey, que lo estudiaba con atención.

—¿Y bien? —preguntó el rey.

—Creo que no tengo mucho más que añadir, puesto que ya has leído por ti mismo la carta —contestó Quinto con cierta displicencia—. Solo me resta convencerte de que es conveniente esperar. Dyrrachium es un buen puerto y esta zona es propicia para…

—¡No! —le interrumpió con brusquedad Alarico, cambiando de forma súbita el tono de su voz. Quinto se sorprendió—. No aguardaremos más. Ya hemos confiado demasiado tiempo en las promesas de Roma, y desde hace años sé que el único lenguaje que realmente entiende el Imperio es el de la fuerza. Estamos dispuestos a todo, y eso incluye mostrar a los dubitativos nuestro poder. Viajaremos hacia el norte, general, y nos quedaremos a las puertas de Italia, pero solamente el tiempo justo para que sean atendidas nuestras reivindicaciones de tierras. El oro está bien, pero la soberbia de tu emperador le hace perder la perspectiva de dónde se encuentran realmente el poder y la amenaza para su reinado.

—Si invadís Italia ahora —Quinto intentó mantener la calma—, podréis acabar como Radagaiso hace años y morir todos.

—No lo creo, romano, no lo creo. Gracias a la información que poseo, ratificada por la de esta carta, ahora sé que el Imperio se tambalea de verdad. Yo no quiero su destrucción. —Dulcificó algo el tono de su voz, para realzar el contenido de sus afirmaciones—. Debes creerme. Pero Honorio tiene que entender que con una rebelión interna y una invasión desde el Rhenus no está en condiciones de negociar. Y tengo la impresión de que lo comprenderá más fácilmente cuando vea a mis hombres a las puertas de Rávena. —Se levantó de su sitial—. Puedes irte, romano. Di, cuando regreses, que esperaremos el

oro en el Nórico, a los pies de los Alpes. Pero por poco tiempo.

»Deberá llegar acompañado de una autorización imperial para asentar a mi pueblo en nuevas tierras, y de mi nombramiento como nuevo *magister militum*. Allí abajo —señaló en dirección hacia Dyrrachium — tienes un puerto, y seguramente no te costará encontrar un buen barco. Regresa a tu patria y explica a tu Senado y a tu emperador que, en caso de que no se satisfagan nuestras legítimas aspiraciones, arrasaremos a sangre y fuego Italia, y entonces ya será tarde. Eres libre, Quinto. —Puso su mano en el hombro del general romano, reforzando así el gesto de cercanía utilizado al dirigirse a él por su nombre, y concluyó—: Esta audiencia ha terminado.

Quinto se quedó en pie, pensativo, mientras Alarico dirigía sus pasos hacia el exterior, seguido de su séquito. De repente, como si recordara algo, el rey se detuvo y se dio la vuelta.

—¿La querías? A aquella mujer, la esposa del dignatario de Augusta Treverorum. ¿La amabas?

Quinto no supo qué decir. Le había sorprendido tanto la pregunta de Alarico que no pudo reaccionar. Un nudo atenazó su garganta, impidiendo que pudiera hablar. Por unos momentos, todo el dolor de la pérdida se agolpó en su interior. El rey lo observó detenidamente, escrutando aquella expresión.

—Lo siento por ti, romano. Nunca nos recuperamos cuando hemos abandonado para siempre la oportunidad de ser felices. —Y salió de la tienda, dejando tras de sí el eco de unas palabras que hirieron el ánimo de Quinto hasta lo más profundo.

XIX

Vae victis

A Licia le encantaban aquellos momentos de paz, cuando la jornada terminaba y el único signo de actividad que resultaba apreciable en la villa era el procedente de la cocina, con el sonido metálico del entrechocar de los calderos puestos al fuego. Ella aprovechaba entonces los últimos rayos de un sol que acariciaba, con los destellos del cercano ocaso, los arcos que cerraban el peristilo, al este del jardín, para cerrar los ojos y escuchar el canto del agua que brotaba alegre de la fuente situada en el centro de aquel pequeño vergel intramuros. Todavía no habían alcanzado aquella parte de la meseta hispánica los calores estivales y la primavera recordaba con sus atardeceres destemplados la conveniencia de no abandonar las capas de abrigo.

Licia, dejando que los últimos rayos rozaran su rostro, sintió un leve estremecimiento provocado por el frío que comenzaba a acercarse, anunciando la llegada de la noche. Se incorporó del pequeño banco de piedra situado en una de las esquinas de aquel jardín —que se había convertido en uno de sus lugares favoritos cuando quería evadirse del mundo y entregarse a los recuerdos— y comprobó que no se encontraba preparada para afrontar la súbita bajada de temperatura característica de los atardeceres de la zona en aquella época. Hacía casi un año que había llegado a la villa que regentaba su tío, maltrecha y al borde de la muerte por agotamiento. Tardó casi dos meses en recuperarse, y, con la salud recobrada, también resurgió una cierta alegría de vivir que había creído que nunca regresaría a su ser. No había proporcionado demasiados detalles de su viaje, y tampoco Anthemius había querido preguntar lo que su sobrina no parecía estar dispuesta a contar. No obstante, en aquella villa ya se conocía la existencia de una lejana invasión y un intento de usurpación que cuestionaba la autoridad imperial. Desde que las primeras noticias de la rebelión habían llegado, el señor de la villa había mantenido varias reuniones con los diferentes *honestiores* de la zona, la mayor parte de los cuales se encontraban vinculados con la familia de Honorio por diferentes lazos de parentesco. Entre todos, y ante la ausencia de cualquier presencia militar imperial estable en la

diócesis, habían decidido empezar a reclutar entre siervos, esclavos, libertos y ciudadanos una suerte de milicia que defendiera la legitimidad dinástica, identificada, por todos aquellos propietarios, con la paz y el orden de los que habían venido disfrutando desde hacía décadas. Por si acaso, en previsión de futuras contingencias, Anthemius había optado igualmente por reforzar la custodia habitual de la villa contratando los servicios de una más y mejor formada guardia particular, que desde hacía meses protegía las personas y bienes que conformaban aquella extensa propiedad, de cuya administración y conservación él era el máximo responsable.

Licia se había acomodado bien a la rutina de aquella enorme residencia que presidía, desde la imponencia de su edificación, la explotación agraria en la que se cultivaba todo lo necesario para la supervivencia de los cientos de hombres, mujeres y niños que cada mañana comenzaban sus tareas agrícolas, produciendo, además, un enorme excedente que se destinaba a incrementar los ingresos de una propiedad próspera y en crecimiento. Pronto se hizo dueña y señora de la *pars urbana* ante la ausencia de su tía, fallecida hacía ya muchos años. Recuperando los recursos que había acumulado en su anterior experiencia doméstica, Licia reorganizó de manera efectiva los servicios que atendían el mantenimiento de la casa, abandonados a su suerte por Anthemius, dedicado como estaba a la atención de sus clientes y la gestión de la explotación agropecuaria que dirigía con acierto y rigor. Su tío la dejaba hacer, complacido, mientras recibía las visitas que, como importante prohombre de la zona, era su obligación cumplimentar. Con algunas de ellas cerraba acuerdos comerciales, formalizando por su autoridad los contratos de arrendamiento de tierras que se le solicitaban o incluso proporcionando en nombre de su hermano los fondos necesarios para que las pequeñas urbes cercanas pudieran reconstruir sus edificios públicos, o reparar las calzadas o puentes a los que no alcanzaba mantener una Administración imperial delegada en la lejana Augusta Emerita, capital de la diócesis.

La tarea de Licia era ardua. Cada mañana, en aquel edificio amanecía un ejército de esclavos domésticos organizados en primera instancia por libertos seleccionados por su eficacia. Las labores asignadas a cada uno se hallaban segmentadas con precisión. Había que prever si el día resultaría frío, en cuyo caso los hombres encargados de la penosa tarea de atender los hornos que proporcionaban la adecuada calefacción al recinto estaban obligados a recolectar toda la leña que fuera posible para alimentar ininterrumpidamente los fuegos. Estos, una vez proveídos de su combustible, ardían en los diminutos cubículos situados en el subsuelo, junto a las habitaciones principales, de manera que el aire, impulsado a altas temperaturas a través de unos poderosos fuelles que

lo expandían por debajo de las estancias, alcanzaba y caldeaba cada una de las habitaciones así preparadas. Era necesario planificar las comidas de cada día, y, para suministrar a los esclavos los productos necesarios para confeccionar los platos que se servirían al término de la jornada, Licia había decidido asignar a uno de los libertos más jóvenes la responsabilidad de seleccionar la variedad de verduras y aves que, así lo determinó, iban a constituir la dieta habitual de cada día en sustitución de la monótona y repetitiva ingestión de caza a la que su tío se había acostumbrado. Resucitó de la incuria un pequeño huerto cercano a la casa y, según sus indicaciones, los cultivos previstos habían dado por fin sus primeros frutos selectos. Las amplias superficies de la casa se limpiaban cotidianamente, y todos los días se adecentaban los baños anexos a la vivienda, preparados así para su uso sin tener que esperar en cada caso a su lento acondicionamiento.

El trabajo de mantenimiento de aquella villa exigía tales esfuerzos que Licia acababa agotada cada jornada, no sin antes haber revisado el escrupuloso cumplimiento de sus instrucciones a lo largo y ancho de toda la edificación, una sólida estructura levantada alrededor de un jardín enmarcado con una arquería que por tres de sus lados permitía la entrada de luz al peristilo que la rodeaba. Los corredores de este, cubiertos de mosaicos con formas geométricas, daban paso, tras acceder por una entrada exterior porticada y un atrio sustentado en cuatro columnas, a las diferentes estancias que se abrían al deambulatorio que rodeaba el jardín. En el ala este, preparada así para recibir el sol de la mañana, ocupaba su lugar principal el enorme *oecus* decorado con un gigantesco mosaico representando escenas de caza, el descubrimiento por Ulises de un Aquiles oculto y los retratos de los propietarios flanqueando la escena. En ellos, a duras penas Licia consiguió distinguir el rostro juvenil que ya no recordaba en su padre. En aquella estancia, Anthemius recibía a sus clientes y trabajaba en las labores administrativas de la explotación. Una pequeña cocina, un gran *triclinium* y varias habitaciones convenientemente provistas de calefacción en el subsuelo conformaban una planta rectangular rematada en cada esquina por cuatro torres que permitían el acceso a un segundo piso en el que se encontraban los dormitorios, uno de los cuales, orientado hacia el ocaso, Licia había elegido para su descanso. Había rechazado la suntuosa estancia que su tío le ofreció en la planta principal porque quiso mantener parte de la austeridad que había interiorizado durante su largo y angustioso viaje. Si había dormido al raso, en posadas inmundas o incluso si había aceptado compartir su lecho en una diminuta vivienda urbana, bien podría mantener siquiera un pálido recuerdo de unas incomodidades que la habían ayudado a ser más fuerte y a superar la molicie a la que se había acostumbrado desde niña. Ella ya no era la misma mujer que había abandonado en

Augusta Treverorum una vida confortable y sin penurias. Sentía en su interior el alma de una Licia diferente, crecida ante la adversidad, más fuerte de lo que ella nunca hubiera soñado. Y esa energía y determinación las canalizaba a través de la organización de aquellas estancias que ya había hecho suyas después de tantos meses.

Licia se encogió, sorprendida de nuevo por el leve soplo de la brisa del atardecer que penetró con libertad en el recinto ajardinado donde descansaba. La proximidad de la villa a un pequeño cauce fluvial transmitía, junto con aquel viento vespertino, el sonido de los chopos que se recostaban a ambos lados del cercano río. Aquel suave recuerdo de la naturaleza teñía de melancolía su ánimo. Decidió no sucumbir, por tanto, a sus recuerdos y se dirigió a los baños construidos en un anexo de la casa principal con el objetivo de asearse y encontrar algo de calor para su cuerpo destemplado. Mientras se encaminaba por el ancho pasillo que conectaba el peristilo oeste con aquellas edificaciones termales privadas, llegó hasta ella el olor del guiso que había encargado para esa noche. Todo parecía estar bajo control. Podría abandonarse al descanso al menos por unos minutos, y, tras abrir la puerta por la que se accedía a las instalaciones, penetró en el vestuario. Sintió una inmensa paz. Era su momento preferido del día, y los sirvientes, conocedores de las costumbres de su nueva ama, mantenían los hornos encendidos para calentar el agua que permanecía en la pequeña bañera ovalada situada en una de las esquinas de la estancia. Licia se despojó de su túnica, soltando el viejo broche que la había acompañado durante su viaje. Sintió el cálido abrazo del vapor que templaba el recinto y, procurando no pensar en nada más que en disfrutar de aquel momento de intimidad, bajó los peldaños de la piscina notando cómo los poros de su cuerpo se abrían, ávidos de aquella humedad reconfortante. Nada podía ir mal. Ahora no.

El jinete emite un corto pero intenso gemido. La herida es profunda y dolorosa, pero no puede permitirse el lujo de seguir descansando. Pronto el sol va a desaparecer y él debe continuar su camino de regreso para transmitir las noticias. Ya está cerca, y debe advertir a todos. Se aferra a las crines de su caballo, también agotado, y con gran esfuerzo se incorpora a su grupa. Tira de las riendas mientras su montura resopla, protestando por aquella exigencia suplementaria. Poco a poco, con un trote suave, busca entre los senderos ocultos del bosque aquel que le haga llegar hasta la calzada antes de que la luz desaparezca. Está cansado, pero piensa en su deber. Todos deben saberlo cuanto antes para estar prevenidos. Al fin, tras la espesura que

ya termina, surge el trazado rectilíneo de un terraplén, enmarcado en sus laterales por un bordillo de piedras perfectamente escuadradas que lo delimita. Solo tiene que seguirlo y, protegido ya por la noche, que prevé estrellada, alcanzar su destino, y entonces quizás, solo quizás, descansar. Y el trote da lugar a un galope que sobre la tierra prensada de la calzada amortigua su sonido, perdiéndose su silueta en la oscuridad creciente del atardecer.

Antonino apretó con fuerza el pomo de su espada al tiempo que, desde la posición central que había escogido en aquella precaria línea de combate, observaba la tropa que se hallaba bajo su mando. Un heterogéneo pero numeroso contingente formado por esclavos, libertos y ciudadanos intentaba mantener a duras penas la formación que ocupaba toda la extensión de aquel frente. En el flanco derecho había situado la caballería, que, en exiguo número, había sido contratada por algunos *honestiores* y por la curia de varias localidades, entre ellas y principalmente la de la ciudad de Clunia, agotando el capital de sus ya menguadas arcas. Él había rehusado a su montura. Combatiría a pie junto a aquellos desgraciados reclutados apresuradamente por las pequeñas urbes de la zona y los propietarios de unas villas que, aterrados ante la llegada de Gerontius y sus hombres a la diócesis, se habían apresurado a dotar de armas y una leve instrucción a aquella muchedumbre sin preparación alguna. Gerontius, él otra vez. Antonino maldijo su suerte cuando supo que el general de Constantino III se había adentrado en la península, acompañado por un contingente formado por varias cohortes de caballería bretona, para imponer el nuevo orden usurpado a la autoridad imperial legítima. No lo dudó cuando los regidores de Clunia, ciudad comprometida por lazos familiares con Honorio, acudieron a él, sabedores de su experiencia militar, para que los ayudara a organizar las milicias que se enfrentarían a las tropas del usurpador. Aceptó de inmediato. Desde que hacía ya un año Licia lo había abandonado por sorpresa, deambulaba por las calles sin cometido alguno, dejándose arrastrar a pequeñas trifulcas derivadas de la ingesta de demasiado vino y trampas en conflictivas partidas de dados. ¿Realmente se había enamorado tanto de aquella mujer? No estaba seguro a ciencia cierta. De lo que sí estaba convencido era de que, desde su inesperada partida, cada día ofrecía el mismo color gris con el que nuevamente contemplaba su vida. Si esto obedecía al amor, él no lo sabía, aunque sospechaba que nunca recobraría la alegría de espíritu que había descubierto en su compañía. Por eso no lo dudó. Por eso encontró de improviso un nuevo sentido a sus días, abriendo

un gran espacio en su interior al odio antiguo que anidaba secretamente en él, creciendo ahora cada jornada en la que regresaba a su vivienda, solo, borracho y en numerosas ocasiones apaleado y dolorido, en el cuerpo y en el alma. Gerontius de nuevo, como una oportunidad de redención, como una ocasión de venganza por antiguas afrentas no olvidadas. Gerontius, que ya formaba ante ellos con sus jinetes, quienes a duras penas conseguían contener a unas monturas deseosas de cabalgar hacia aquella masa formada por viejas lanzas, espadas melladas y aperos de labranza.

Antonino echó una mirada a los rostros de los soldados improvisados, que aguardaban con el ánimo encogido. En ellos, sobreponiéndose al terror ante la muerte, atisbó, sin embargo, un leve destello de determinación que le sorprendió. No tenía demasiadas esperanzas de salir victorioso de aquel encuentro, y ya solamente el hecho de haber conseguido reunir tras un adiestramiento mínimo a aquellos hombres para que aceptaran derramar su sangre en defensa de acaudalados propietarios que esperaban agazapados en sus residencias lo llenó de orgullo. Por ello, sabedor de una más que probable muerte, decidió hablar a todos aquellos desgraciados con la sinceridad que creía que merecían en aquella hora final. Dio unos pasos al frente y con toda la fuerza de sus pulmones se dirigió a la masa de combatientes que ya aguardaba sus palabras.

—¡Soldados! —gritó—. Hombres de los campos y de las ciudades, ¡no es momento para palabrería superflua. ¡Hoy combatiremos por nosotros mismos y por nuestras familias, no por un emperador que nos ha abandonado a nuestra suerte, ni por unos señores que aguardan escondidos a que de nuestra sangre resulte su beneficio! ¡De hoy en adelante no habrá posibilidad de vivir si no es con la victoria! Nosotros luchamos sobre las tierras que aramos, sobre los campos que conocemos y en los que hemos crecido. Nosotros hoy somos la simiente que hará brotar, con nuestro sacrificio, la esperanza en un mañana para aquellos a quienes realmente amparamos con nuestra lucha.

»No son los propietarios de estas tierras, tampoco los amos en sus villas. Luchamos por nuestros hijos, por nuestras mujeres. Es a ellos a quienes protegemos con nuestra entrega. ¡Hoy no hay esclavos ni siervos! ¡Hoy solamente somos hombres iguales ante la muerte! Que cada uno de nosotros cuide de su compañero como de sí mismo y pelee con la determinación de una fiera herida y Dios nos protegerá y nos concederá la victoria. ¡Preparaos para combatir hasta entregar el alma! ¡Venced o morid!

Un rugido salió de las gargantas de aquellos hombres, liberando así el miedo que hasta entonces atenazaba sus músculos y aplastaba su ánimo. Enardecidos por aquellas palabras sencillas, a una orden de

Antonino toda la línea comenzó a avanzar, para sorpresa de los jinetes de Gerontius, que no esperaban tamaña temeridad. Por unos instantes, entre las filas comandadas por el general de Constantino se asentó la duda. Él mismo tardó en reaccionar ante aquel inusitado avance. Pronto, sin embargo, recobró el control de la situación. No había tiempo para mayores vacilaciones, y ordenó la carga de todos sus jinetes, que, espoleados por la inminencia de una victoria segura, empezaron un frenético galope, dispuestos a arrollar con su empuje la masa de infantes que se acercaba a buen paso hacia ellos, presentando una línea de puntas afiladas en el extremo de sus lanzas. A una señal de Antonino, sus hombres detuvieron en seco su marcha, y tal y como se les había enseñado, hincaron la rodilla apoyando el extremo de sus rudimentarias picas en la tierra, asentando un bosque de madera y hierro que hacía frente a la carga que ya retumbaba sobre el suelo entre el griterío ensordecedor de los jinetes. Mientras tanto, a una nueva señal, el reducido número de soldados formado por los hijos de los notables ciudadanos que podían costearse un caballo, escudo y espada iniciaron su galope, abriéndose en un arco que pretendía rodear a través de un campo de trigo aún verde la masa enemiga. Antonino, entonces, se situó en la primera línea de la infantería con su espada desenvainada. Comprobó que tenía ajustado correctamente su casco, aferró fuertemente su escudo y aguardó con la mandíbula apretada junto con el resto de sus hombres el impacto de la carga enemiga.

El jinete está agotado. Han sido muchas millas desde que comenzó aquel trayecto. Su montura apenas puede galopar y los pasos van siendo cada vez más lentos. Sin embargo, una vez en la bifurcación, es el animal el que recuerda el camino de regreso a casa y se dirige, guiado por su instinto y su memoria, a través de la senda que lo conducirá a la seguridad que anhela desde que abandonó sus confortables establos. Súbitamente, el jinete despierta. Ha estado a punto de desvanecerse. La herida ha sangrado mucho y se encuentra débil. Pero tiene que llegar. Todos deben saber lo que ha ocurrido. Sobre todo ella. Hace un esfuerzo y vuelve a coger las riendas, pero su montura no necesita ya indicaciones. El camino serpentea mientras asciende por una colina. Una vez arriba, cerrada casi la noche, una amplia extensión de verdes prados por los que corren las aguas de un pequeño río enmarcado entre altos chopos le resulta familiar. Le parece ver hilos de humo que se elevan al cielo, dotando al crepúsculo de un evanescente cordón de vida que tiembla por el viento en su lenta ascensión. A lo lejos, pequeños destellos de luz le advierten de

que, al fin, ha conseguido alcanzar su destino. Según se acerca, identifica la estructura, y con el olor de la madera quemada en los hornos ya es consciente de que ha llegado al fin. Se aferra a la grupa y hace un último esfuerzo. Tienen que saberlo cuanto antes.

El choque fue brutal, pero la línea aguantó. Desconcertados, ensartados algunos de ellos por el bosque de metal que se les había opuesto, los jinetes dudaron durante unos instantes ante la inesperada fortaleza de quienes consideraban presa fácil frente al ímpetu de la caballería. Aprovechando ese momento, y tras haber comprobado que la formación no se había deshecho ante la carga, Antonino gritó con todas sus fuerzas una señal convenida y de inmediato, desclavando sus lanzas del suelo, miles de hombres se arremolinaron entre los équites buscando el cuerpo de los caballos, esquivando el filo de las espadas con el que los britanos, desesperados, pretendían defenderse de aquel enjambre que hería a sus monturas, descabalgándolos. En la lejanía, Gerontius asistía colérico a aquel desastre, mientras observaba cómo, por su flanco izquierdo, un pequeño grupo de jinetes se acercaba peligrosamente a su formación de reserva con el claro objetivo de impedir una nueva carga. Experimentado militar, el general no aguardó más y, dejando que sus hombres en primera línea solucionaran sus problemas por sí mismos, consideró más importante acabar con la nueva e imprevista amenaza que se cernía sobre ellos. Ordenó girar a su formación y al galope avanzaron él y sus hombres contra aquellos valientes que, desprovistos de cotas de malla y de forma desordenada, ya dirigían su carga contra ellos.

En el centro, Antonino estaba exhausto. Su espada chorreaba sangre y todo a su alrededor era confusión y gritos. Sintió un agudo dolor en el abdomen. No se había percatado del brutal corte que había abierto en él una herida de la cual brotaba la sangre que ahora empapaba su túnica. Se sintió desvanecer, pero aún se mantuvo en pie, consciente de la importancia de que sus hombres vieran en él un referente de fortaleza y resistencia. Desmontados ya casi todos los jinetes que habían participado en la carga, sus improvisados soldados acuchillaban sin piedad al enemigo, en tanto que algunos, cegados por el entusiasmo de aquella victoria momentánea, se detenían a saquear los cuerpos abatidos, lo cual, para desesperación de Antonino, solía suponer unos instantes de distracción que los hombres de Gerontius, experimentados combatientes, aprovechaban para acabar con la vida de los imprudentes. Aún tuvo fuerzas para rechazar con su escudo el golpe que uno de aquellos britanos a sueldo del usurpador pretendió asestarle con un hacha de combate. El arma, clavada en la madera,

quedó inservible, y, antes de que el soldado pudiera desengancharla, Antonino ensartó su espada de abajo hacia arriba en el vientre de aquel infortunado, quien, encogido por el efecto del golpe, se desplomó a los pies de aquel hijo de Clunia que ahora, llegado el fin de sus fuerzas, hincaba ambas rodillas en el suelo, aflojando su mano, soltando su arma, dejando caer su escudo, su vista nublada ante la visión de una masa informe que mataba y moría mientras él se desplomaba sobre el cadáver de su último enemigo abatido.

Los valientes jinetes que dirigieron su carga contra la veterana caballería de Gerontius no tuvieron la más mínima oportunidad. Desprovistos de protección alguna, su audaz galopada fue pronto frenada, y rodeados por un número superior de guerreros, pronto cundió el pánico entre sus filas, desorganizando y frenándose el ímpetu del ataque. Consciente de la inminente derrota, uno de los hombres de aquel escuadrón improvisado encontró una salida en el cerco en el que él y sus compañeros se habían visto envueltos, cuando de un golpe certero consiguió abatir al gigante de frondosa y rubia barba que había cargado contra él confiando en el terror que infundiría a su oponente.

Julius, educado desde niño por su padre en el arte de la espada, había abandonado la villa en la que había crecido y en la que ahora su progenitor prestaba servicio como jefe de la pequeña guardia pagada por Anthemius para protección del recinto. Lo había hecho confiado en su pericia y estimulado por el generoso dispendio que le había ofrecido el dueño de aquella propiedad, pero, sobre todo, convencido de que de esa manera impresionaría a la joven ama que vivía entre ellos desde hacía un año. No lo dudó, por tanto, cuando asestó el golpe mortal en el cuello de aquel confiado jinete y consiguió que se desplomara sin llegar a emitir un solo grito. Tampoco dudó de que la batalla estaba perdida cuando pudo vislumbrar a lo lejos cómo los restos del ejército guiado por Antonino comenzaban a dispersarse, mientras su pequeño grupo moría masacrado por las armas de los hombres de Gerontius. Notó de repente el dolor agudo de una punta penetrando en su carne y sin esperar un nuevo golpe espoleó a su montura. Tenía que escapar de aquel desastre y avisar a su padre del peligro inminente que corrían las ricas villas de los campos situados al norte de Pallantia, cerca de donde había tenido lugar la batalla. Cuando al fin alcanzó las primeras estribaciones de las colinas que se elevaban sobre el lugar de la matanza, volvió la vista atrás. Lo último que vio antes de seguir su camino fue a diferentes grupos de jinetes que perseguían con saña a los últimos supervivientes de las tropas que habían intentado defender su tierra y también a su legítimo emperador, sin que este fuera a ser consciente en momento alguno de la existencia de tal sacrificio en su nombre.

El jinete llega al portón de entrada de la propiedad, custodiado por dos hombres fuertemente armados. A la luz de una antorcha, reconocen a Julius, el hijo de Cornelius, jefe del contingente que protege la villa y que ahora duerme antes de que comience su guardia. Está malherido, y llevan su cuerpo ensangrentado ante la entrada del edificio principal. Ante los gritos, Anthemius sale atravesando el atrio, abandonando tras de sí la cena que comparte con su sobrina en el *triclinium*. Cuando alcanza la entrada seguido de Licia, Julius permanece tendido en el suelo, abrazado por su padre, interrumpido su sueño por la desgracia, quien lucha por contener sus lágrimas al tiempo que acaricia el pelo de aquel hijo valiente. Este, al ver a la joven señora, se incorpora levemente y esboza una sonrisa triste.

—He venido, señora. He venido para avisar de que ellos llegarán hasta aquí. Gerontius… —no termina la frase. Agotado y al borde de la muerte, aún se aferra a la vida—. Ellos han vencido. Debes protegerte, mi señora… Ellos vendrán y no estaré para guardarte…

Un silencio oscuro y negro como la noche apenas iluminada por débiles fuegos de antorchas cubre la escena con su manto opresor. Licia escruta el rostro de aquel joven, demacrado ya por la palidez de la muerte mientras las lágrimas surcan su rostro, que nuevamente asiste al desmoronamiento de un mundo que al fin creía a salvo de la incuria de los hombres. Ni siquiera el abrazo del padre, en su conmovedora y silenciosa pérdida, consigue acallar el lamento de Anthemius, quien, desesperado, musita para sí unas palabras de las que solamente se acierta a escuchar con claridad el eco resucitado de una terrible premonición:

—*Vae victis! Vae victis!*

Gerontius llevó la mirada hacia lo que hasta hacía unas horas era el único foco de resistencia armada que había encontrado en su victorioso periplo por Hispania. Ahora yacían a los pies de su caballo los cuerpos de aquellos hombres sin preparación que habían osado combatir contra sus tropas hasta el punto de haber llegado a poner en apuros a unos jinetes experimentados. Por un momento temió por el resultado de la batalla, pero ahora esos miedos ya se habían olvidado. Mientras deambulaba al paso por entre los cadáveres, buscaba al hombre al que había distinguido en la distancia dirigiendo palabras de ánimo a sus soldados antes del encuentro. Lo tenía que haber imaginado. En su interior, no podía evitar cierta admiración por aquel antiguo desertor. A fin de cuentas, él también había abandonado su juramento de lealtad y ahora combatía contra su señor natural. En cierta forma —pensó—, aquello también era deserción. Pero él lo

hacía por un motivo más elevado. Él no luchaba por Constantino, ese arribista. Él peleaba por encontrar un destino en el que creía firmemente: el suyo propio. Su camino hacia la autoridad imperial comenzaba ahí, y solamente terminaría con el éxito, vistiendo la púrpura, o con su muerte.

De repente, algo llamó su atención entre los cuerpos que se amontonaban allí donde habían caído, los últimos ante la carga de sus jinetes tras haber masacrado a aquellos bisoños soldados que intentaron sorprenderlo por uno de sus flancos. Un hombre destacaba de entre los demás por su atuendo, en el que se distinguía cierta panoplia legionaria. Junto a su mano, una espada que reconoció al instante aparecía ensangrentada como símbolo de derrota, lejos del alcance de su propietario. El antiguo casco de las tropas que él había comandado en Britania permanecía bien sujeto a la mandíbula, enmarcando un rostro que parecía escrutar en paz el cielo a través de sus ojos abiertos. Bajó de su caballo y se acercó a aquel cuerpo ya sin vida para observarlo. Antonino ya no existía. Ahora no era más que un despojo, no muy diferente a los miles que al igual que él servirían de alimento a los buitres que, cuando amaneciera, encontrarían el festín que habían estado esperando mientras sobrevolaban el campo en mitad de la batalla. Acercó su mano al rostro del antiguo soldado y cerró sus ojos. Se incorporó y lentamente volvió a subir a la grupa de su caballo. Miró a sus hombres, que habían asistido sorprendidos a aquel gesto, inusual en alguien tan duro y reservado como su general. Estaban expectantes. Gerontius los contempló detenidamente y, en tanto que los últimos rayos de sol iluminaban la escena, esbozó una leve sonrisa. Sabía lo que estaban aguardando. Él también entendía a sus soldados y comprendía sus necesidades. Por ello acogieron con júbilo sus palabras.

—¡Saquead los campos palentinos! ¡Quemadlo todo!

XX

Palentini campi

No aparecieron de repente. Al menos aquella mañana, durante la cual, cada habitante, cada trabajador de la villa permaneció atento a un horizonte que seguía mostrando durante la luz del día los vivos colores de la primavera, como cualquier otra jornada desde que el sol alumbró con sus primeros rayos la inmensidad de los campos de trigo y las copas de los árboles que se balanceaban al viento.

Tampoco durante las primeras horas de la tarde fue avistado extraño alguno que supusiera una amenaza para la vida que, sin embargo, se había detenido a la espera de decidir si poder continuar su trayectoria cotidiana o alarmarse por un sobresalto que acabara para siempre con su actividad. Fue durante el comienzo de un nuevo ocaso cuando al fin se pudo vislumbrar en la lejanía una primera columna de humo que, marcando la posición en la que se encontraba una de las villas vecinas, delataba la próxima llegada de terribles acontecimientos. Cuando al poco tiempo una segunda nube negra ascendió hacia el cielo, más cercana y amenazadora, todos en aquella propiedad supieron que era la hora. Encerrados en las viviendas que rodeaban la edificación principal, campesinos libres y esclavos atrancaron sus puertas sin albergar grandes esperanzas sobre la realidad, que de pronto se presentaba amenazadora y despiadada. La muerte de Julius en brazos de su padre había dejado claro ante todos que nadie se interponía ya entre aquella apacible hacienda y las tropas que, siguiendo las inmutables leyes de la guerra, buscarían con el saqueo cobrarse el precio de una victoria amarga.

Siguiendo órdenes de Anthemius, la reducida guardia de dieciséis hombres que había contratado para su defensa se aprestó a combatir, si no por una paga que quizás pronto resultaría inútil, por lealtad a su comandante, quien, con el rostro desencajado por el dolor de la pérdida, impartía órdenes secas y perentorias, disponiendo a sus escasos soldados apostados en los lugares clave de acceso, junto al gran portón de entrada, ahora cerrado y apuntalado con grandes vigas de madera y alrededor de la propia villa, rudimentariamente jalonada por un pequeño muro delimitador de la *pars rustica.* Armados con largas lanzas y espada al cinto, enormes escudos ovalados decorados

con vivos colores eran aferrados con fuerza por manos que, pese a todo, temblaban ante la inminencia de una lucha que ya habían olvidado, arrancados como habían sido de una vida apacible para volver a desempeñar un cometido bélico que para casi todos resultaba un recuerdo remoto. Los cascos ajustados a su mentón y unas vistosas capas les conferían un aspecto de cierta solemnidad marcial que, sin embargo, Anthemius sabía que no se correspondía con la realidad. Lucharían, no obstante, o al menos eso creía. No tenían tampoco demasiada alternativa. Cuando se trataba de la derrota, pensó, la muerte era mejor opción que la esclavitud.

Mientras todos estos preparativos se llevaban a cabo, Licia, haciendo acopio de valor y determinación, reunió a todos los sirvientes de la casa y los distribuyó por las diferentes estancias para que acumularan todos los objetos de valor que pudieran encontrar y los enterraran en el exterior junto a los muros de la zona termal, lugar que entendió como el más adecuado para ocultarlos. Ella misma decidió acudir a la cocina de la casa, cercana a la entrada principal, y armar con cuchillos de uso doméstico a los esclavos y libertos que consideró más aptos para la lucha, o al menos a aquellos en los que vislumbraba alguna lealtad a su tío o a ella misma. Existía la posibilidad de que huyeran, pero ¿adónde habrían de ir? Para la mayor parte, aquella era también su casa. Lo había sido desde que nacieron en algunos casos, y se sentían unidos a aquellas paredes, como también Licia sentía que, de alguna manera, los muros que la habían acogido en aquel año de dicha eran su protección contra todo aquello de lo que había estado escapando desde que su vida comenzó a variar su apacible rumbo. Estaba decidida, por tanto, a defender los confines de su seguridad. Recordó a Quinto por unos instantes y sintió que algo parecido a la ira invadía su ser. Ira por haber tenido la posibilidad de alcanzar la felicidad y haberla tocado con los dedos y, sin embargo, haberla perdido con la misma celeridad con la que había cambiado su vida para siempre. Seguía amando aquel recuerdo que no conseguía borrar de su mente. Cerró los ojos y durante unos instantes oró en silencio, apretando los dientes con furia y rabia, e invocó a Mitra. Lo seguía haciendo con regularidad y con cierto espíritu transgresor que no podía contener, a escondidas de la piedad cristiana de su tío y con la secreta esperanza de que aquel culto antiguo la ayudara a mantener su fe en una existencia futura más allá de la terrenal, en la que quizás, solo quizás, pudiera reencontrarse con el soldado al que un día despidió ordenando su regreso con vida. Al salir de nuevo al peristilo, contempló el jardín a través de la potente arquería que, iluminada por las últimas luces, se asemejaba a ventanas que separaran una realidad abocada a la ruina del paraíso, de una naturaleza domeñada por la mano del hombre. Aquel lugar evocaba

en ella la paz que nuevamente se veía interrumpida por acontecimientos que no podía controlar. Aspiró el perfume de las flores que encogían ya sus pétalos ante la oscuridad y, evitando dejarse llevar por la melancolía que le producían aquellos recuerdos, se dirigió con pasos rápidos hacia el *oecus*. Allí, en la gran sala, junto a la mesa alumbrada por una tenue llama de una lámpara, Anthemius se mostraba absorto en la lectura de varios papiros desenrollados. No sintió la presencia de Licia hasta que esta rozó cariñosamente con la mano su brazo. Había llegado a querer tanto a su sobrina durante aquel año que apenas podía concebir un día sin escuchar sus admoniciones, con las que lo regañaba como si de un niño se tratara, sus besos, sus consejos sobre su salud y su risa. Con ella, la alegría había retornado a aquella casa, y, tal como había venido, parecía que iba a desaparecer de nuevo. Sonrió con tristeza, señalando su mesa de trabajo con un ademán.

—Son todos los libros en los que llevo las cuentas de la propiedad. Ya lo sabes. Son para tu padre. Él querrá verlos.

—A él no le va a importar ya, tío —contestó Licia—. Olvídalo, por favor.

—Todo se va a perder. Todo. —Miró alrededor de la sala y se fijó en el impresionante mosaico que cubría el suelo de la estancia—. Tanto trabajo… Tanta belleza…

—Vámonos, tío. —Lo cogió del brazo cariñosamente, pero con firmeza—. Ya no hay tiempo para eso.

Salieron del gran salón y se encaminaron, lentamente, hacia el atrio de la vivienda. Allí se agolpaban, nerviosos, los esclavos y libertos domésticos armados improvisadamente por Licia. Todos observaban a su señor, quien, agarrado de la mano por su sobrina, se desplazaba con la mirada perdida, sumido el ánimo en una tristeza por la derrota que se avecinaba, por lo que él percibía como el fin de los tiempos. Sin embargo, al comprobar que nadie había huido, al ver aquella demostración de lealtad, Anthemius se transformó por momentos, recuperando su fuerza, encontrando en tal devoción la determinación que había perdido. Un brillo surgió en sus ojos y las lágrimas que habían comenzado a aflorar en sus pupilas se secaron de improviso. Soltó de repente el brazo femenino que lo confortaba y con voz firme se dirigió hacia uno de los expectantes sirvientes.

—Elius. Mi espada. Ya sabes dónde está. Tráemela.

Su tono imperativo no admitía réplica. Licia lo observó con inquietud no exenta de admiración por aquel hombre tranquilo que, consciente de la gravedad de la situación, había decidido de pronto enfrentarse a la muerte con la dignidad de un patricio romano.

—Pero, tío… —empezó Licia a protestar.

—Querida sobrina —la miró con dulzura, pero con cierto leve

reproche—, a estas alturas de mi vida y en esta situación no voy a permitir que me des órdenes como se las das a estos desgraciados. —Sonrió y miró con cariño a los hombres que contemplaban la escena—. A estos leales desgraciados, quería decir. Aún mando yo en esta casa. Tres de vosotros la acompañaréis a la zona termal y os guareceréis en su interior, atrancando las puertas de acceso. —Licia intentó objetar algo, pero con un gesto Anthemius le impidió que hablara—. Sus paredes son sólidas, y podríais huir a través de las trampillas exteriores de los hornos, ahora que están apagados. El resto, conmigo. Estas son mis instrucciones, y no admiten discusión. Nuestros soldados guarecerán el exterior y yo protegeré la puerta.

Echó un vistazo al pobre armamento del que estaban dotados aquellos sirvientes que, sin embargo, contagiados por el renovado espíritu de lucha del señor de la *domus,* empezaban a contener su miedo. Pronto, Elius regresó corriendo con una funda de espada ricamente labrada en la mano y se la entregó a su amo. Anthemius miró la hoja aún reluciente mientras se deslizaba con un suave quejido fuera su vaina.

—Mi querida espada legionaria. Aún no está oxidada. —Aferró el pomo con fuerza y miró a todos con ella en la mano—. ¿A qué estáis esperando? ¡Corred a vuestros puestos!

Licia dudó unos instantes antes de cumplir las órdenes de su tío. Se acercó a él y lo besó en la mejilla. Pudo ver cómo los ojos de Anthemius se humedecían por un instante.

—Ve, querida sobrina, ve. Y si sobrevives y un día vuelves a Roma, di a tu padre que su hermano murió como un valiente. Que él me perdone por no haber sabido conservar mejor sus propiedades.

—Tío… —Licia lo acarició con el dorso de la mano, enternecida.

—¡Vete! ¡Vete ya, por Dios todopoderoso!

La apartó con suavidad y, acompañado por los restantes sirvientes, se dirigió con determinación hacia la puerta de la casa.

Licia se quedó unos momentos parada, mientras veía a su tío cómo se encaminaba a través del imponente atrio hacia el portón atrancado de la vivienda. No tuvo tiempo para más. Uno de los libertos que habían permanecido junto a ella la interrumpió con respeto.

—Mi señora, tenemos que irnos ya. No hay tiempo.

Y Licia se dejó acompañar hacia el pasillo que separaba la vivienda de la zona termal. Sus ojos reflejaban la melancolía de quien despierta de repente de un dulce sueño y regresa a una realidad que creía abandonada. Pero ella sabía que esa tristeza no la ayudaría. Pronto encontró fuerzas para afrontar con determinación su destino. Accedieron al interior de los baños y cerraron tras de sí la pesada puerta, dispuestos a esperar y a resistir.

En el exterior, los mercenarios contratados por Anthemius aguardaban, nerviosos, la llegada de un enemigo aún invisible. Aferraban sus armas con ansia y miedo. No era lo mismo enfrentarse a posibles ladrones o desertores reconvertidos en salteadores de caminos ocasionales que a unas tropas fogueadas y sedientas de botín tras la victoria. Cornelius miró a los diez hombres que, junto a él, guarnecían la entrada principal del recinto exterior. Pensó en su hijo muerto y durante unos instantes se abandonó a los recuerdos que impregnaban toda una vida. Hasta aquí había tocado su tiempo. Nada tenía sentido sin el último vínculo que lo taba a aquel mundo, y, por tanto, acabaría sus días como los había intentado vivir: cumpliendo su cometido, afrontando su deber.

No hubo más lugar para la reflexión. De repente, gritos y ruido de metales entrechocando los alcanzaron desde la zona en la que se encontraba enclavada la vivienda, lejos de la entrada que protegían. Probablemente, pensó, los saqueadores habían entrado en la propiedad rebasando uno de los endebles muros que delimitaban el perímetro por el este de la finca. Dudó durante unos instantes en dejar desguarnecida la entrada principal, pero finalmente, ajustándose el casco y dirigiéndose a sus hombres, señaló con un ademán hacia la dirección de la que provenía el ruido de aquel tumulto que ahora oían nítido, con su significado de muerte y destrucción.

—Nos necesitan. Ha llegado la hora. Demostrad aquello de lo que sois capaces.

Cayeron sobre ellos de improviso. Aparecieron por uno de los laterales de la casa sin que los seis hombres que la custodiaban desde el exterior tuvieran apenas tiempo de aprestar sus armas y afrontar con eficacia la carga con la que los jinetes de Gerontius irrumpieron en la explanada. Era solamente una avanzadilla compuesta por veinte équites, suficientes para arrollar con su ímpetu el débil frente de escudos y lanzas que atropelladamente pudieron oponer contra ellos aquellos guardias a sueldo. Pronto, tras el primer impacto, tres de los guerreros que defendían la propiedad yacían muertos en el suelo de grava, teñida ya con su sangre. De los supervivientes, dos de ellos arrojaron sus armas y comenzaron a correr en una desesperada búsqueda de la salvación. El tercero, manteniendo con obstinación y coraje su posición, esperó espada en mano el golpe fatal que pronto recibió, alanceado sin piedad en el pecho y espalda por varios de los atacantes al unísono. Aquel hombre valiente dobló las rodillas mientras intentaba, con una mirada que ya presagiaba su dramático final, asirse a las astas de madera que habían penetrado en su cuerpo

para tratar de extraerlas en un esfuerzo inútil, y ello al tiempo que se perdían en el aire del atardecer las risas de los agresores, divertidos ante el espectáculo de aquel dramático esfuerzo por aferrarse a la vida. Espoleados por lo que consideraron una rápida y fácil victoria, los hombres del general britano se aprestaron a buscar algún objeto contundente que hiciera las veces de ariete para derribar la puerta de la lujosa vivienda y acceder así a las riquezas que prometía en su interior. Desmontaron con agilidad, olvidando con las ansias de ser los primeros en obtener un sustancioso botín cualquier tipo de vigilancia o prudencia.

Fue en ese preciso momento en que surgieron, a la carrera, Cornelius y sus hombres. Impulsados por el odio homicida que parecía espolear a su comandante, atacaron con furia a los sorprendidos jinetes, desmontados ya y ocupados en la búsqueda de la mejor manera de acceder a la casa principal. No fue fácil, pero, sin duda, aquellos équites, sin sus monturas, no eran capaces de responder con eficacia a la carga de un grupo de infantes fuertemente armados y adecuadamente dirigidos. Privados de la ventaja de la sorpresa y maniobrabilidad, desperdigados en busca de botín por entre las diferentes cabañas cercanas a la explanada, los hombres de Gerontius trataron de defenderse con sus cortas espadas, desprovistos de escudos y aligerados de unas cotas de malla de las que habían prescindido para su mayor comodidad, confiados en que no serían necesarias ante unos simples ciudadanos desarmados. Fue un error fatal. Cada uno de los diez hombres que acompañaban a Cornelius, conscientes de la ventaja de aquella situación, se convirtió en un formidable combatiente. Comandados por la voz imperiosa de su jefe, persiguieron uno a uno a aquellos saqueadores, hundiendo sus espadas en cuerpos desprotegidos, rematando en el suelo a los heridos con los afilados bordes de los escudos. Fue una orgía de sangre, breve e intensa. En poco tiempo los veinte asaltantes yacían sin vida, desperdigados allí donde la muerte los había encontrado. Cornelius no perdió el tiempo. Era consciente de que se trataba de una victoria momentánea. Intentando recobrar el aliento, se quitó el casco, que sentía sobre su cráneo como una tenaza opresora, y se secó el sudor mientras contemplaba a sus hombres. Habían luchado bien, y comprobó que, excepto alguna herida que podía considerarse leve, todos se encontraban en buen estado, prestos a seguir combatiendo. Observó la entrada de la casa, la puerta cerrada, atrancada desde dentro, guardando los objetos y a las personas por los que ellos luchaban ahora. Las torres que flanqueaban las esquinas de la fachada podrían haberse artillado si hubieran sido más previsores —pensó—, pero ya era demasiado tarde. No tenía muchas esperanzas de sobrevivir a aquel día realmente, pero había decidido no compartir su pesimismo

con aquellos guerreros que ahora paseaban exultantes entre los cadáveres enemigos, presos de un entusiasmo infantil. Se apiadó de ellos. Habían ganado una pequeña batalla, pero lo peor estaba, sin duda, por venir. Decidió, por tanto, aprovechar aquella euforia. Pronto oscurecería del todo, y no quería que aquellos soldados improvisados comenzaran a perder su entusiasmo victorioso. Se ajustó de nuevo el casco con gesto fatigado y llamó a sus hombres. Era necesario aprestarse a un nuevo combate que a buen seguro tendría lugar muy pronto.

Dentro de la casa, Anthemius probaba a animar a los atemorizados sirvientes, que, agolpados junto a él en el atrio tras una improvisada barricada hecha con muebles, se aferraban a los cuchillos y hachas de cocina como si con aquel contacto se pudiera transmitir a sus aterrados espíritus la fortaleza que ahora necesitaban desesperadamente.

—No os preocupéis, hijos míos —les habló de un modo paternal que hasta entonces jamás había utilizado—; los muros de la casa son sólidos y Cornelius sabe lo que hace. Estamos en buenas manos. Elius —se dirigió a su liberto de confianza—, ¿están todas las mujeres a salvo? ¿Están todos en los baños?

—Mi señor, todas han seguido a mi señora Licia, junto con los hombres que has ordenado. Allí estarán seguras.

Anthemius lo dudaba, pero, desde luego, era preferible que permanecieran escondidas en aquel lugar poco atractivo en principio para el saqueo que sabía que sobrevendría. Al menos tenían una oportunidad. La que a ellos les faltaba. Escuchó el sonido proveniente del exterior. Habían cesado los gritos. Oyó de repente la voz de Cornelius, apremiante pero firme.

—Mi señor, ¡vienen más soldados! Intentaremos contenerlos todo el tiempo que sea posible. Permaneced todos dentro y bajo ningún concepto salgáis de la casa. ¡Que Dios os proteja!

No dijo más. Pronto, tras unos instantes que se hicieron eternos, se escucharon las primeras voces, los primeros alaridos de dolor. De nuevo el entrechocar del metal, el sonido de los caballos, el griterío de un combate en el que se dilucidaba su destino inmediato. Anthemius mantuvo sus ojos fijos en el portón de la entrada, mudo testigo del miedo y la furia que se repartían entre el interior y el exterior de la vivienda. En poco tiempo sobrevino el silencio. Un silencio ominoso, opresor. El ruido cesó por completo. Ya únicamente se escuchaban de forma ocasional los gemidos de quien, herido, se resistía a abandonar este mundo. Pronto eran abruptamente interrumpidos, sin embargo, y

ante el terror expectante de todos, comenzaron a escucharse órdenes impartidas en un latín extraño y solamente de forma remota parecido al que aún era la lengua franca del Imperio. En breve, unos golpes atronaron el interior de la casa, sobrecogiendo a todos los presentes. La puerta principal de la vivienda estaba siendo golpeada con fuerza desde el exterior, y, mientras resonaban los impactos en el recio maderamen, los corazones de quienes sabían ya que había llegado su hora latían desacompasados y frenéticos, a la espera de la fatal visión que sería, sin duda, la última imagen que tendrían de una vida que tocaba a su fin.

La madera crujió, emitiendo un sonido desgarrador cuando cedió definitivamente ante el impulso de los golpes del ariete improvisado que los hombres de Gerontius habían utilizado. Por unos instantes, los defensores de la casa pudieron ver cara a cara a los asaltantes. En esos segundos el tiempo pareció detenerse, encerrado en un vacío huérfano de ruido, al tiempo que desde el atrio el miedo había cedido el paso a un terror irremediable y en el exterior la confianza se sobreponía a la sorpresa inicial ante el encuentro con aquellos hombres atemorizados, prestos a defender lo que estaba a punto de morir para siempre. Pronto cedió el silencio, y un alarido estremecedor acompañó el asalto de los soldados a la casa, impulsados por la codicia que apenas habían saciado en las anteriores villas saqueadas a lo largo y ancho de aquellos fértiles campos palentinos. La débil barricada que protegía en el interior del atrio a aquellos últimos testigos de la opulencia fue superada con facilidad por el ímpetu avasallador de la soldadesca. En un momento, las coloridas teselas del mosaico que decoraba el suelo de la estancia de bienvenida ocultaron su brillo, cubiertas por la sangre. Uno tras otro, sin posibilidad de defenderse ante la experiencia militar de los asaltantes, los fieles siervos de la casa fueron cayendo. Anthemius, asumido ya su trágico final, casi no tuvo tiempo para hacer frente a aquella invasión que todo lo arrasaba. Cerró los ojos y bajó los brazos mientras sentía en su interior las agudas punzadas de una muerte que le atravesaba cuerpo y alma hasta caer sumido en una inconsciencia que le abrió para siempre las puertas de un más allá en el que creía firmemente. Todo fue oscuridad de repente y el mundo en el que había vivido desapareció en un instante, borrado su recuerdo con la misma rapidez con la que el viento borraba con su soplo las pisadas en la grava de los caminos.

Salvado el primer obstáculo, decenas de soldados cegados por la avaricia y ebrios por la fácil victoria se desparramaron por las diferentes dependencias de la casa. Resonando sus gritos entre las

paredes, antaño tranquilas guardianas de la actividad cotidiana, los más accedieron a las estancias principales que rodeaban el jardín a lo largo del peristilo. Los menos subieron atropelladamente las escaleras en busca del botín que pudiera ocultarse en arcones y armarios en las habitaciones más modestas. Todos revolvían documentos y muebles, rompían papiros y rasgaban las telas de cortinas y ajuares. Pronto, el caos se adueñó de todo el edificio, y surgían conflictos entre los saqueadores, en lucha fratricida por apropiarse de una lámpara de pie dorado, un cojín especialmente bordado, un camafeo olvidado en algún rincón o un frasco de perfume. Los gritos aterrorizados de dos esclavas que habían preferido ocultarse en uno de los pequeños habitáculos del piso superior contrastaban en aquel caos con las risas y aullidos de quienes encontraron en sus cuerpos el mejor premio para sus ansias, satisfechas violentamente para después arrojar unos despojos desnudos y maltratados por las escaleras, que ya eran la vía de ascenso al horror y la desesperación.

Desde el interior de la zona termal Licia permanecía abrazada a varias de sus sirvientas domésticas, mientras los tres hombres que las acompañaban se apostaban tras el pesado portón que delimitaba el área de baños del resto de la vivienda. Pronto, a través del largo pasillo que comunicaba ambas estancias de la casa, comenzaron a resonar las pisadas de soldados curiosos que se acercaban en busca del tesoro oculto que pudiera hallarse tras aquella muralla de madera, firmemente atrancada. Cuando se escucharon los primeros golpes, Licia aferró con una mano el puñal que había rescatado de entre sus enseres, y separando suavemente a las dos chiquillas que se agarraban a ella en busca de protección, intentó aportar la serenidad que todos necesitaban.

—Ha llegado el momento —dijo a todos, intentando no levantar demasiado la voz—. Corred ahora. Buscad la salida a través de los hornos y escapad al exterior. ¡Pronto! ¡No hay tiempo que perder!

Todos la miraron y poco a poco, tímidamente, como temiendo estar traicionando la confianza de su señora, algunos de los presentes empezaron a dirigirse hacia la zona del *caldarium.* Allí, accesibles a través de una pequeña portezuela oculta tras unos cortinajes, se encontraban unos pequeños y estrechos escalones que descendían abruptamente hasta el subsuelo, donde, cubiertos por pequeñas bóvedas de ladrillo, se encontraban los hornos que permitían calentar el agua de las bañeras y el resto del área termal. Para alimentar tales hogares con la leña requerida, se habían practicado en las paredes exteriores unas reducidas cavidades que permitían el acceso a los

cubículos donde se hallaban aquellos dominios del fuego, ahora apagados. Mientras Licia permanecía paralizada con la vista fija en un portón que temblaba de forma cada vez más fuerte a consecuencia de los golpes, algunos de los sirvientes que la acompañaban hasta entonces, impelidos por la actitud serena y firme de su ama, que los apremiaba con gestos, fueron descendiendo en silencio de uno en uno por la estrecha escalera. Poco tardaron los que se encontraban aún en aquella estancia en escuchar los gritos desgarradores de quienes habían salido por la abertura, sorprendidos por una soldadesca que ya rodeaba por completo la villa. No hubo tiempo para demasiados lamentos. De forma casi inmediata, la puerta se quebró y, dando un paso atrás, los tres hombres que la guarnecían se dispusieron a afrontar su suerte, la que definitivamente había quedado unida a aquella casa y a sus habitantes, agrupándose ante su ama, dispuestos a morir con ella.

Cuando los soldados contemplaron a aquel grupo que aparecía inesperadamente ante sus ojos, dudaron. Únicamente fue un instante de sorpresa. No esperaban tener tanta suerte. Tras el saqueo, dejaban habitualmente pocas vidas a salvo tras de sí. La furia liberaba los instintos, y había poco espacio para una reflexión más serena. En ese momento, sin embargo, los hombres que habían derribado la puerta tenían en sus ojos un brillo diferente. Quizás porque no habían llegado a tiempo para apropiarse de los mejores objetos de la casa, quizás porque ese grupo estaba ya cansado de la matanza, ante ellos surgía una posibilidad de botín en forma de esclavos que revender en el que ya intuían un animado mercado. Avanzaron con lentitud deshaciéndose con facilidad del torpe intento de los tres sirvientes que, empuñando sus toscos cuchillos, ni siquiera tuvieron la oportunidad de acercarse a sus atacantes, quienes, con golpes certeros, acabaron en un instante con sus vidas. Observaban a Licia con curiosidad y cierta lascivia en la mirada. El que parecía liderar aquel grupo esbozó una sonrisa al ver cómo esta empuñaba desafiante el pequeño filo que ya levantaba con mano temblorosa, tratando de impedir que se aproximara. Lo apartó con un golpe del escudo que sujetaba con su brazo izquierdo y el puñal cayó sobre el mosaico, rebotando con un tintineo en el suelo. Agarró por el cuello a Licia, mientras esta, desesperada, luchaba por desasirse de aquella mano que apretaba su garganta, ahogándola. Entre tanto, el resto de los saqueadores decidieron por su cuenta. Abalanzándose sobre las aterrorizadas acompañantes de Licia, cada uno de ellos pugnó por hacerse con la promesa de una hembra que sería, sin duda, la recompensa a sus esfuerzos. Gritaron, buscando una ayuda que ya nadie podía prestar, intentando encontrar en la mirada de su ama el socorro que imploraban ansiosas. Una a una fueron sacadas de la

estancia entre las risas de quienes las levantaban echándolas sobre sus hombros, al tiempo que chillaban y pataleaban frenéticas, luchando por desasirse de sus captores. Las sirvientas de más edad fueron desestimadas y asesinadas en el momento, y mientras el griterío retumbaba entre aquellas paredes, Licia notó cómo se aflojaba la mano que apretaba su cuello, lo justo para poder mirar a los ojos de aquel soldado, y, haciendo acopio del valor que aún conservaba, pronunciar con voz nerviosa las palabras que pensaba que no iban a poder salir de su boca.

—¡Soy hija de un senador de Roma! ¡Dejadme! ¡Yo conozco a Gerontius! Llevadme ante él. Pagará por mí. ¡Conozco a Gerontius! ¡Llevadme ante él!

No quiso mirar hacia atrás, mientras esperaba a que su caballo comenzara su marcha hacia la cautividad en mitad de lo que ya era noche cerrada. Sentía a sus espaldas el calor del fuego que ya lamía las paredes de la villa, y el humo la obligaba a toser al tiempo que el resplandor del incendio iluminaba la escena que componía aquella caravana formada por carros cargados de enseres producto del saqueo. Delante de ella, varios jinetes arrastraban tras sus monturas a sus prisioneras, algunas con marcas visibles de violencia, otras con las túnicas manchadas de sangre, rasgadas por la lujuria incontenida de la soldadesca. La condición humana, la furia, el deseo, la avaricia, la crueldad; todos los males de la historia se habían abatido sobre aquella propiedad y sus habitantes, que ahora estaban muertos o esclavizados. Volvió entonces ligeramente la cabeza y pudo contemplar lo que ya era una tea ardiendo, quemando los muros y tejados de todo cuanto de armonía y felicidad había supuesto para ella aquel año, haciendo desaparecer los últimos vestigios de la paz de espíritu que allí había recuperado, enterrando bajo los restos de un andamiaje que se desmoronaba en la noche el cuerpo de su tío y los de sus leales sirvientes, los recuerdos de la belleza de sus plantas y las lecturas de unos papiros que ahora solamente eran chisporroteantes volutas que se perdían en el cielo. Asió con sus manos atadas las riendas que le ofrecía su captor y asumió que en adelante su vida experimentaría un nuevo y dramático giro. Decidió que sobreviviría, una vez más. Y en silencio, dejando atrás el crepitar de un fuego crepuscular, permitió que su caballo siguiera mansamente la columna que abandonaba en la oscuridad los últimos restos de toda una época que agonizaba.

XXI

Roma

«De Anthemius Fulvio a Marco Fulvio:

Que Dios todopoderoso te guarde, querido hermano. Te escribo estas líneas ahora que todos duermen y las estrellas velan su sueño. Y lo hago con un solo motivo, ya que creo que es imprescindible que lo sepas. Licia está viva, Marco. Tu hija vive y goza de buena salud y se encuentra entre nosotros, en esta villa, compartiendo con todos su presencia, ayudando en las innumerables tareas que le tengo encomendadas y proporcionándome la felicidad de su compañía en estos últimos años de mi existencia. Tenías que saberlo, porque te imaginaba enterado de la desgracia que asoló la ciudad de Augusta Treverorum, de cuyo saqueo por los bárbaros hemos recibido noticias en esta diócesis. Está viva y está bien, pero debo decirte, hermano, que nada sé ni de cómo llegó hasta aquí hace unos meses ni de la suerte que haya podido correr su esposo. Nada sé porque nada nos ha contado. Se niega a decirnos qué es lo que ha pasado ni por qué ha viajado sola afrontando un trayecto tan largo y seguramente peligroso, dados los tiempos que corren. Tampoco quería que yo te informara de su llegada. Insistió mucho en ello, y pese a que le prometí no hacerlo, creo que nunca me perdonaría a mí mismo el haberte mantenido en la ignorancia, negándote la paz que sé que te proporcionará el conocer que tu hija se encuentra a salvo. Lo hago ahora, por tanto, rompiendo mi promesa y confiado en que sepas perdonar mi tardanza. Sean cuales fueran los motivos que llevan a Licia a tener esa actitud, deben de ser poderosos para que alcancen el punto de no querer que su padre sepa de su bienestar. Por tanto, Marco, te suplico que, ahora que puedes dejar reposar tu espíritu en calma, quemes esta carta y no informes a nadie sobre el paradero de tu hija. Bastante me cuesta traicionar su confianza con estas letras, y, dado que voy conociendo a mi sobrina, estoy convencido de que tendrá importantes razones para querer mantener ese silencio.

Por lo demás, todo transcurre con normalidad por aquí. Nos llegan noticias preocupantes de la Galia, pero en esta diócesis parece que cada día sale el sol como siempre, sin que su luz se apague, oculta por negras nubes de desgracia. Como bien sabes por mis anteriores informes, la villa sigue produciendo un magnífico excedente cada año, y, ahora que el invierno cede su paso a temperaturas más benignas, estoy seguro de que obtendremos de nuevo una abundante cosecha, de la cual te informaré cumplidamente, como siempre.

Te envío esta carta por medio de un liberto de mi confianza, quien, provisto de tu sello, te la entregará, Dios mediante, en el menor tiempo posible. Viaja desde aquí hasta Tarraco y embarcará hacia Roma desde su puerto tan pronto las mareas y los vientos sean benignos para la navegación.

Que Dios nuestro señor te guarde y te ampare. A él le rezo todos los días para que te proporcione salud y clarividencia.

Anthemius Fulvio».

El senador Marco Fulvio apartó con un gesto cansado los pergaminos que contenían todas las cartas recibidas a lo largo de aquel mes. Había decidido no leerlas por ahora y dejar que reposaran sin abrir en una esquina de su mesa de trabajo. Se encontraba muy cansado. Los días cada vez se le hacían más largos, y sabía que aquella sensación era debida a la pérdida. La que ya había sentido en su día con la muerte de su joven esposa, hacía ya tantos años, la había superado. O eso creía, al menos. La de su hija no lo haría nunca. Sentado en la soledad de su estudio, no pudo contener el llanto que repentinamente le sobrevino, permitiendo que las lágrimas afloraran de nuevo, y, abandonando su habitual circunspección, permitió incluso que el esclavo que sumisamente aguardaba en una esquina del patio a la menor señal de su amo lo viera en aquella tesitura, escuchando sus sollozos. Ya no le importaba. Ya era demasiado viejo como para pretender disimular la existencia de sus sentimientos.

Desde hacía ya algún tiempo, Marco Fulvio alojaba en su *domus* de Roma a un veterano centurión, Lucio, enviado de Estilicón. Un hombre de humilde extracción social —pensó en su momento, cuando se presentó ante él—, dada la escasa proyección de su modesto cargo militar, del todo punto inapropiada para quien por su edad ya debería detentar un mayor rango. Lucio fue, por tanto, quien tuvo la triste obligación de informarlo del fallecimiento de Licia en el saqueo que sobrevino a la capital del Rhenus. Él, asimismo, conocía la noticia porque Juvenus, su yerno, así lo había comunicado en la corte imperial de Rávena. Licia lo era todo para él, y desde que ella lo abandonó para acompañar a su marido en su largo viaje hasta el nuevo hogar conyugal, casi había perdido la esperanza de verla de nuevo. No, al menos, de forma inmediata, pero la seguridad de conocer regularmente de su bienestar lo ayudaba a sobrellevar su soledad. Ahora, esa tenue esperanza había desaparecido. Sin más hijos, la vida de Marco Fulvio se había volcado, por tanto, en su actividad senatorial, en la que, debido a su oratoria, su imponente presencia y probablemente a su importante patrimonio, había llegado a ser considerado una de las voces más prestigiosas de la curia.

El Senado de Roma en aquel tiempo poco tenía que ver, desde luego, con el que en tiempos de la República pretendió mantener la ficción de una representación popular que, sin embargo, nunca se había correspondido con la realidad. SPQR, «el Senado y el pueblo de Roma», el antiguo emblema de la ciudad, no era, pues, el reflejo de una realidad expresada en una frase simple y efectista. Sencillamente, nunca había dejado de ser el símbolo formal del poder creciente de una urbe orgullosa de su pujanza, pero, sobre todo, un eficaz engaño que ocultaba el dominio de una clase social que consideraba aquella asamblea como su territorio particular en el que asentarse, como

aceptable final de un *cursus honorum* exitoso. Marco Fulvio entendía como un hecho incontrovertible que solamente los mejores de entre los ciudadanos debían tener el acceso a aquel órgano de poder, menguante pero altamente simbólico del Imperio. Y, por supuesto, únicamente quienes tuvieran el capital suficiente para acceder a los contactos precisos, así como quienes pertenecieran a la *gens* adecuada, podrían encontrar acomodo en los sitiales ubicados en el austero edificio ubicado en una de las esquinas del viejo y primigenio foro. De hecho, determinar quiénes serían esos preeminentes ciudadanos era cada vez más una tarea que los propios miembros de la curia se encargaban de llevar a cabo, bajo criterios de endogamia social.

En rigor, las funciones del Senado en el gobierno del Imperio se limitaban desde hacía siglos a la autorización y control de los gastos extraordinarios que se consideraban necesarios en cada momento, así como la aprobación formal de los tratados, las declaraciones de guerra y la proclamación solemne de la paz. Pero la conducción real del poder ejecutivo residía, como siempre, también desde hacía siglos, en el emperador. Sin embargo, desde que los césares habían abandonado la capital para situar su corte lejos de las intrigas e incomodidades de la vieja urbe, era el Senado el que dirigía directamente los destinos de los ciudadanos que se hacinaban en aquel dédalo de calles estrechas y frenética actividad comercial de la que aún era considerada como la cabeza principal del mundo. Marco Fulvio había conocido desde que tenía uso de razón una ciudad gobernada directamente por aquellos hombres, que aún vestían en sus sesiones las togas blancas ribeteadas en púrpura que los distinguían como miembros de un grupo selecto e inaccesible para el común de los habitantes y que todavía conservaban la tarea de mantener el prestigio de la más antigua institución de Roma.

El senador cesó en sus cavilaciones y se incorporó con lentitud. Conforme avanzaban los años, sus movimientos se volvían más torpes, pero no estaban exentos de una determinación que recordaba aún el vigor del joven patricio que un día fue. Alertado por una seña de su amo, el esclavo que aguardaba en una esquina del patio de la lujosa *domus* se aprestó a ayudarlo a incorporarse del sitial en el que se acomodaba para trabajar. No había nadie en aquel momento en la residencia, ya que desde hacía algún tiempo el enviado de Estilicón, Lucio, apenas pisaba la casa, ocupado en tareas sobre cuyo contenido era poco dado a explicarse. En consecuencia, Marco optó por llamar a sus libertos de confianza para que lo acompañaran en su salida a la sesión del Senado, en la que, al parecer, se ultimarían los detalles del envío del oro a aquel rey godo, cuya aprobación tanto esfuerzo y energías había costado. A pesar de que aquella mañana se había sentido más cansado que de costumbre, la perspectiva de una animada

sesión, aunque probablemente incómoda, le levantó el ánimo. La angustia que cada día con más frecuencia lo invadía cuando tenía que hacer frente a una asamblea complicada había cedido levemente aun cuando sabía que tendría que luchar, como casi siempre, contra los rivales que dentro de la curia se devoraban a dentelladas como una jauría de lobos en competición de una presa codiciada. Y el objeto de aquella lucha siempre era el mismo: la ciudad de Roma. La mayor parte peleaba por alcanzar un poder que ambicionaban desde su nombramiento, pero a su edad, colmadas ya todas sus ambiciones de juventud, él únicamente destinaba sus menguadas fuerzas a salvaguardar no solamente su orgullo de patricio y de buen orador, sino un modo de vida que, intuía, ahora más que nunca podría estar en peligro.

Se dejó abrigar por Mencia, su esclava personal, quien, con la seguridad de quien se sabe poseedora de una atención reservada y exclusiva, lo ayudó, sin esperar indicación alguna, a abrocharse la capa que cubría la toga ceremonial. La miró con indulgencia y a un tiempo se sorprendió a sí mismo sintiendo de nuevo el deseo por el abrazo de aquel cuerpo que hacía muchos meses había comenzado a rehusar en las noches de soledad que afrontaba cada día, quizás empujado a tal inapetencia por la melancolía que se había adueñado de él desde que supo de la suerte de su hija. Ahora sintió de nuevo por unos instantes el impulso que siempre lo había acompañado. Mencia notó de inmediato el cambio de actitud en su amo cuando este se giró hacia ella, ya en el quicio de la puerta, y con una simple mirada le anunció que aquella noche recibiría de nuevo la visita del senador.

Al salir de la casa, Marco Fulvio escuchó el chirrido de los goznes y el ruido seco de la puerta cerrándose tras él. Miró al cielo, despejado como casi siempre, y se ajustó la capa, consciente ya de su labor como padre de la ciudad. Así, acompañado por su séquito, echó a andar en dirección al viejo foro, dejando atrás la novísima iglesia de los Cuatro Santos Coronados, que, ubicada junto a su *domus,* proporcionaba con su sombra de piedra y mármol el amparo que la religión triunfante empezaba a desplegar sobre los antiguos barrios de la urbe, patrocinando casi en cada esquina la construcción de nuevos templos en los que un Dios misericordioso y eterno atendía los ruegos y súplicas de una ciudadanía entregada a la fe ya oficial del Imperio. La inmensa mole del anfiteatro Flavio aparecía a lo lejos, dominadora, y hacia ella se dirigió el grupo que escoltaba al anciano senador, mientras a su paso hombres y mujeres que se afanaban en sus tareas cotidianas se apartaban inclinando la cabeza como señal de respeto y sumisión hacia la encarnación de la ciudad que aún gobernaba el mundo.

El senador Lampadio observó los limones que, aún verdes, crecían tímidamente en el frutal que había ordenado plantar en el huerto de su villa, situada extramuros, cercana a la nueva e imponente basílica de San Pablo, recientemente terminadas sus obras. Lejos del complicado tráfico de Roma, había buscado la paz y la quietud en aquella residencia situada en las afueras de la urbe, y no había calculado que cerca de aquella colina se alzaría una de las más majestuosas iglesias de la antigua capital. Había sido un auténtico inconveniente tener que alojar en su momento al joven emperador cuando se desplazó desde su querida Rávena para inaugurar con su presencia la nueva obra, en la que se habían invertido tantos y tan importantes dispendios. El resultado, sin duda, era magnífico, pero la nueva afluencia de fieles había dado al traste con la búsqueda de paz que lo había llevado a abandonar la protección de las potentes murallas de Roma. Reprimió un gesto de fastidio cuando pensó en ello. Sin embargo, aquel día debía prepararse para acudir a la sesión en la que la curia discutiría, entre otras cuestiones, las condiciones de la entrega del enorme cargamento de oro que se trasladaría hasta el Nórico para ser entregado a Alarico conforme se había aprobado tras la influyente intervención de Estilicón, desplazado a Roma únicamente con la misión de convencer a los más renuentes de entre los senadores. Mientras estudiaba con aparente interés el estado de sus frutales, escuchaba con atención lo que aquel ambicioso *honestior* venido de Rávena le estaba trasladando en una larga perorata. Le aburría la palabrería vacía de aquel hombre, cargada de una retórica ampulosa que pretendía aparentar un nivel social que intentaba equiparar al de su interlocutor. Inútilmente, a juicio del senador. Lampadio sabía perfectamente que aquellos tiempos turbulentos siempre resultaban propicios para la ambición de los nuevos y jóvenes cargos favorecidos por la recolección de favores imperiales. No volvió la cabeza cuando fue directamente interpelado por Juvenus.

—¿Me estás escuchando, senador?

—Por supuesto, mi querido amigo. —No movió un músculo de la cara mientras trataba de hacer esfuerzos por contener su irritación creciente, incrementada con aquella pregunta impertinente—. Me decías que lo del oro había sido un error, que el emperador no lo aprueba y que con su entrega estamos abocados a la esclavitud o a algo semejante —contestó con desdén—. ¿Era eso?

—Sí, más o menos.

Juvenus hizo acopio de paciencia. Necesitaba del senador y de sus influencias, y trató de sobreponerse en búsqueda de su objetivo.

—Pero no termino de comprender qué pretendes de mí, joven amigo.

Aprovechó para cortar con unas tijeras una pequeña rama que

afeaba su árbol favorito.

—Necesito… necesitamos tu intervención. El emperador es consciente de que te opusiste firmemente a la aprobación del pago. Y Honorio sabe mostrarse agradecido con quien le es fiel.

—Me sorprende que el emperador no esté de acuerdo con su *magister militum,* Estilicón. —Se volvió y miró por primera vez de manera penetrante a su interlocutor—. ¿Tanto están cambiando las cosas en Rávena para que quien realmente gobierna el Imperio no comparta los designios del hijo de Teodosio?

Juvenus compuso un gesto de seriedad antes de responder. Sostuvo con osadía la mirada de su interlocutor, hasta que este se dio de nuevo la vuelta, desdeñoso, ofreciéndole la espalda sin esperar contestación.

—La situación ya no es la misma que la de hace meses. Las decisiones de gobierno de Estilicón han alarmado al emperador, y comienza a murmurarse en la corte. Hay demasiados bárbaros en el Imperio, y nuestro *magister militum* no parece querer darse cuenta de ello.

—En ese punto podríamos estar de acuerdo. Continúa, joven amigo.

Juvenus intentó no dejarse llevar por la ira que lo invadía ante aquel tono de condescendencia.

—Si ese oro llega a su destino, servirá para pagar a nuestros enemigos. Los que ahora mismo se encuentran a las puertas de Italia. Es un gran error permitir que Alarico desangre las arcas del Imperio, cuando antes Roma ha sabido contener otras invasiones, destinando su tesoro a proveer tropas para su defensa.

—Coincido en esa apreciación, pero debo matizar que la situación no se muestra del todo halagüeña como para poder evitar algo así. No veo qué podría hacerse al respecto, si los designios de Dios han dispuesto que tengamos que afrontar esta nueva prueba. —Volvió a girarse para mirar al enviado de Rávena.

—No es una sola prueba. —Juvenus se animó al comprobar que aparentemente había captado la atención del senador—. La rebelión de Constantino en la Galia, la invasión del Rhenus… Todas estas situaciones son, por sí mismas, lo suficientemente graves. Y no se solucionan comprando la voluntad de unos bárbaros con el dinero del Imperio.

—Con el dinero del Senado —atajó Lampadio con cierta irritación en su tono—. Con nuestro dinero, no el del emperador.

—¿Acaso no es lo mismo? —preguntó con malicia Juvenus.

—No, no es lo mismo, querido amigo. El oro que mañana partirá hacia el norte ha sido recaudado no solo de las arcas de la ciudad, sino de las modestas fortunas particulares de cada uno de nosotros. No debe olvidarse este punto.

—¿Por eso te opusiste con tanta fuerza, senador? —preguntó

Juvenus esbozando una sonrisa.

—No seas insolente. Si hay algo que tengo claro es que comprar la paz, pagando a quien sostiene el dogal de Italia en estos momentos, no es la mejor solución para evitar que cuando reciba el oro intente estirar más la correa.

—Estamos de acuerdo, entonces, con el hecho de que ese sacrificio no salvará al Imperio.

—Estamos de acuerdo, aunque discrepemos de los motivos. Yo hablo de honor. Y no sé de qué habla el emperador.

Juvenus simuló sentirse ofendido.

—El honor del Imperio es lo primero en la corte. Por eso estoy aquí. Por eso he venido a hablarte en nombre del emperador.

—Es Olimpius el que habla por tu boca, no Honorio —cortó tajante el senador.

—Olimpius goza de la confianza del emperador. La influencia de Estilicón declina y es hora de variar el rumbo de una política suicida. Estilicón debe caer.

—Veo que vamos acercando nuestras posturas. Nunca estimé que fuera buena idea que el hijo de un vándalo rigiera los destinos del Imperio. Demasiadas afinidades.

—Justamente —terció Juvenus—. Esto es lo que comienza a resultar sospechoso. ¿Por qué razón Alarico y su pueblo se encuentran ahora a las puertas de Italia? ¿Con qué motivo Estilicón se ha empeñado en convencer al Senado para que paguemos a sus amigos godos? No parece que puedan existir motivos honorables en tal decisión.

—¿Motivos honorables? No sabía que en Rávena tales motivos existieran aún —sonrió con sarcasmo mientras se divertía viendo el rostro de Juvenus enrojecer de ira—. Querido amigo, independientemente de que los dos coincidamos en la conveniencia de desalojar del poder a Estilicón, te ruego que no pretendas venderme esta mercancía como si una cuestión de honor imperial se tratara. Tengo ya muchos años como para conocer qué es lo que se mueve tras todas y cada una de las intrigas de poder en la corte. Hablemos claro, por tanto, sin más rodeos. ¿Qué pretendéis de mí?

Juvenus tragó saliva. Decidió ir al grano.

—Ese oro no debe llegar a manos de Alarico.

Lampadio miró fijamente a su interlocutor.

—No veo cómo puede esto evitarse, sinceramente. Te escucho.

—El oro debe salir de Roma. Así lo ha ordenado el Senado. Pero no debe llegar hasta los godos.

—¿Se perderá en el camino? ¿Eso es lo que estás sugiriendo, querido Juvenus? —Reflexionó durante unos instantes antes de proseguir—: Imagino la decepción de Alarico si tal cosa sucede. Y el

enfado de ese hombre no traerá buenas consecuencias. Una dura prueba para el prestigio de nuestro *magister militum,* desde luego. Su palabra y su honor están empeñados en esa entrega. Veo por dónde quieres avanzar.

—Nadie puede impedir que la inseguridad reinante en estos tiempos de desgobierno tenga graves consecuencias.

Juvenus omitió toda respuesta a las insinuaciones sobre las consecuencias políticas de la pérdida del oro.

—¿Estás diciéndome que la caravana con el oro va a ser asaltada en su camino? Bien. Sea. ¿Y qué es lo que tengo yo que ver en este descabellado plan?

—Según tengo entendido, hoy se aprobará en el Senado el nombramiento de un contingente de protección para el oro y se designará a un jefe que lo comande.

—Así será, desde luego.

—Sabemos que los senadores partidarios de Estilicón pretenden dotar a ese contingente de una considerable fuerza. Un gasto añadido para las arcas de la ciudad. Oneroso y peligroso para su seguridad. No conviene relajar la vigilancia en los muros reduciendo su guarnición.

—Sin duda. ¿Adónde quieres llegar?

—Rávena acepta proporcionar esa tropa y, obviamente, correr con todos sus gastos. Y designará a quien la mande.

—¿Y yo debo defender con mi grupo ese planteamiento? ¿Bajo qué argumento? —El senador no se mostraba entusiasmado con la idea.

—El coste, la seguridad; ya te lo he dicho.

Juvenus extrajo de una bolsa de cuero un pergamino cuidadosamente enrollado y se lo tendió a Lampadio.

—Tiene el sello imperial —observó este antes de abrirlo.

—Son órdenes directas de Honorio. La corte de Rávena asume el total del coste de la protección durante el viaje, como deferencia al Senado, agradeciendo el esfuerzo y los servicios a la causa imperial. Necesitamos que esta generosa iniciativa se vea amparada por un senador de prestigio. Alguien que ha mantenido en todo momento la postura de evitar que la entrega de ese oro desangre a Roma.

—Ya. —Por primera vez, Lampadio parecía receloso—. Y yo soy ese alguien, a vuestro juicio.

—No al mío. Sí al del emperador.

—Olimpius habla de nuevo por tu boca. Imagino que debe de odiar mucho a Estilicón para prestarse a esta maniobra. Lo que no alcanzo a comprender es qué gano yo poniendo mi prestigio en juego, favoreciendo una trampa que, de triunfar, hará que los ojos del Senado inevitablemente se dirijan contra mí. Estoy seguro de que habéis pensado también en ello.

—Ciertamente, senador. En Rávena se mira con preocupación el

predominio que la facción favorable a Estilicón ha venido estableciendo en la curia. Es indudable que tu influencia deberá poder combatir eficazmente a quienes equivocadamente entregan nuestra supervivencia en manos de los bárbaros. Honorio sabe apreciar la lealtad y la clarividencia.

—Estoy seguro de ello, como lo estoy de la generosidad del emperador. —Mantuvo una pausa mientras reflexionaba—. Así pues, contáis con que, apoyándome en esta carta, consiga convencer al Senado de que el oro se ponga bajo la custodia de los soldados imperiales. Bien, ¿y dónde están esos soldados?

—Acaban de llegar. Hoy mismo. El emperador ha decidido que Rávena no es en estos momentos un lugar conveniente para algunos de sus seres queridos. Gala Placidia está en Roma y ha venido escoltada por un fuerte contingente de soldados.

—¿La hermana de Honorio está en Roma? —preguntó con asombro Lampadio—. Veo que el Senado cada vez cuenta menos para el emperador, si ha decidido trasladar a la augusta señora hasta aquí sin poner sobre aviso a quien, en teoría, representa al pueblo que gobierna.

Juvenus sonrió con escepticismo mientras contemplaba la algo ajada figura que componía Lampadio.

—Es bueno constatar que el pueblo goza de tan buena salud como la tuya, senador.

Lampadio hizo caso omiso de la burlona alusión e intentó retomar la iniciativa.

—Puedes reírte cuanto quieras, amigo mío, pero la realidad es que el emperador demuestra una total falta de respeto al no avisar al Senado de la visita de su hermana.

—No es una visita al uso —cortó, seco, Juvenus—. Fijará en Roma su residencia, en el Palatino. Pero, aunque pretende ser discreta en su estancia, el emperador cree que sería una buena idea que el Senado tenga en cuenta en lo sucesivo la presencia de un miembro de la familia imperial.

—Gala Placidia nunca se ha distinguido precisamente por su discreción. Así pues, el emperador no confía en el Senado.

—Al contrario. El emperador está tan persuadido de su lealtad que pone el bienestar de su hermana en manos de todos sus fieles súbditos. Especialmente, en las de los venerables padres de la ciudad. Está seguro de que su presencia recordará a todos la generosidad de su augusto poder.

—No dudo de las intenciones de Honorio. Aunque imagino que la emperatriz habrá tenido algo que ver en esta decisión. Todo sea por el bien del Imperio y por la felicidad de la pareja imperial —apuntó finalmente, en un tono sardónico.

Juvenus hizo caso omiso de la velada insinuación sobre la particular atracción que Gala Placidia ejercía sobre Honorio y continuó como si nada hubiera escuchado.

—Sean cuales sean los motivos, el caso es que una parte de la tropa que ha escoltado a la augusta, especialmente escogida, tiene además la misión de proteger en su regreso a Rávena el oro que tan gentilmente ha concedido el Senado —apuntó, venenoso—. Se encuentran ahora acampados en las ruinas del antiguo *castra praetoria,* esperando las órdenes de la curia —culminó ya con determinación Juvenus, convencido de su triunfo—. Cuando se alejen de Roma custodiando el oro, serán atacados por hombres de nuestra entera confianza. Saben que ocurrirá y tienen órdenes de presentar solamente una leve resistencia que justifique su presencia. Después, el cargamento pasará a otras manos.

—Imagino que no habréis pensado en el sacrificio que todo esto me costará —afirmó el senador atravesando con la mirada al enviado de Olimpius—. Como ya te he dicho, si defiendo la propuesta y confío en los soldados de Honorio y posteriormente el oro desaparece, seré calificado inmediatamente como sospechoso de traición.

—Es posible que así sea en un primer momento —concedió solícito Juvenus—. Sin embargo, todo riesgo tiene su recompensa, y en este caso considero que una leve sospecha no empañaría toda una meritoria trayectoria de servicio público ni, en cualquier caso, impediría que tal sacrificio fuera debidamente gratificado. Desde luego, el emperador ha previsto que ese oro regrese a sus propietarios, a quienes nunca debió arrebatárseles. Es de justicia que así sea. Descontando, por supuesto, la parte que Rávena entiende que debe sufragar los cuantiosos gastos que acomete en defensa del Imperio.

—Por supuesto. —Lampadio permaneció callado, esperando que Juvenus completara su oferta.

—Un tercio del total será entregado a quien ha defendido de continuo el honor imperial y ha puesto en riesgo su bien ganado prestigio.

—Un tercio parece una cantidad justa. —El senador volvió a ocuparse de su limonero mientras calculaba el beneficio—. ¿Y quién comandará al grupo de asaltantes? —preguntó finalmente con aparente desinterés.

—Eso es asunto mío. Lo importante es que todo se lleve a cabo según lo planeado.

—Sea. Será como dices. ¿Y tú? ¿Volverás a Rávena? —preguntó con aparente interés el senador.

—Por ahora no. Los aires de la corte no me son propicios en estos momentos. Los partidarios de Estilicón aún prestan oídos a infundios sobre mi persona, y esperaré en Roma a que todo esté aclarado. No te

preocupes por mí, en cualquier caso.

—No lo hago, desde luego —contestó displicente Lampadio—. Ahora déjame. Debo prepararme para acudir a Roma. Imagino que no pretenderás que llegue tarde a tan importante encuentro.

Juvenus asintió y su inclinación protocolaria impidió que el senador observara la sonrisa de triunfo que iluminaba su rostro.

XXII

El Senado y el pueblo de Roma

El edificio del Senado ocupaba el solar contiguo a la basílica Emilia, al nordeste del viejo foro. En esencia, su planta y su alzado habían mantenido la misma apariencia austera y relativamente modesta que se planificó en tiempos de Julio César y culminó en el período augústeo. Reedificado tras sucesivos incendios, el aspecto que ofrecía a la numerosa concurrencia que aún deambulaba por el todavía centro del mundo era el resultado de la reconstrucción acometida en tiempos del emperador Diocleciano en el año 283. Construida por entero en *opus caementicium,* las paredes de la Curia Julia, que se elevaban más de sesenta y cinco pies desde sus zócalos de mármol, se encontraban recubiertas de ladrillo, sobre el que se había colocado una capa de enlucido que pretendía semejar una sillería de piedra y que daba al conjunto una apariencia de rigurosa solemnidad, alejada de las recargadas decoraciones que imperaban en otros edificios públicos más modernos. En cierta manera, se había pretendido dotar al recinto de una imagen rigorista y fría, en consonancia con las funciones para las que había sido previsto. Nadie que visitara la ciudad de Roma se habría detenido más de unos segundos en la contemplación de aquella estructura que permanecía agazapada, esquinada entre los imponentes edificios que la rodeaban, enfrentada a la antigua basílica Julia y encajonada por los más modernos foros que sucesivamente fueron engrandeciendo el primigenio asentamiento de la antigua república. Sin embargo, aquel lugar había sido testigo excepcional y poderoso de todas las transformaciones de la urbe y del imperio que ahora enfrentaba días de agonía. No eran los primeros, y nadie albergaba temor sobre la posibilidad de que fueran los últimos. La curia siempre había permanecido allí, en su lugar, y en el semblante de los senadores que, rodeados de su séquito, poco a poco se acercaban al recinto se reflejaba la infinita confianza que proporcionaba aquella inmutabilidad en el tiempo.

Esa tarde, sin embargo, había un excesivo bullicio en el atrio porticado que protegía la entrada del Senado. Se había corrido la voz, y conforme los padres conscriptos alcanzaban la explanada que antecedía a la columnata de la entrada, iban asimilando la noticia de

la llegada de la hermana del emperador a la ciudad. Gala Placidia no solamente era conocida por su excepcional belleza, sino por la influencia —a decir de muchos, antinatural— que ejercía sobre Honorio. En general, los comentarios que se podían escuchar no eran precisamente laudatorios sobre la imperial presencia. Hacía tiempo que el Senado guardaba celosamente sus prerrogativas frente a las intromisiones en lo que ya consideraban como su último reducto de poder: la propia ciudad de Roma. Que Gala Placidia hubiera sido enviada a la antigua capital era interpretado como una forma de desafío hacia aquella exclusividad de gobierno, que los últimos emperadores no aceptaban de buen grado. A fin de cuentas, en ningún sitio se encontraba escrito que la autoridad sobre las vidas de los centenares de miles de almas que aún poblaban la urbe no correspondiera igualmente a quien detentaba el poder ejecutivo sobre todos los rincones del Imperio.

Lampadio saludó con cordial afabilidad a Marco Fulvio, que se encontraba en el centro de un corro de senadores pertenecientes a su facción.

—Querido Marco, veo que estás al tanto de la buena nueva de la presencia en Roma de la hermana del emperador. Una noticia sorprendente, sin duda.

El anciano senador reflexionó unos instantes antes de contestar. No siempre coincidía con Lampadio en sus opiniones, pero lo tenía por hombre leal y consciente de la dignidad de su cargo. Respondió con prudencia.

—Querido amigo, no albergo pensamiento alguno que no sea el de congratularme por la presencia de la augusta en nuestra ciudad. Si Dios quiere, servirá para reforzar nuestros vínculos de lealtad hacia el emperador en estos tiempos difíciles.

—¿Reforzar los vínculos? —contestó malicioso Lampadio—. No creía que fuera necesario reforzarlos. Si no he observado mal, a lo largo de estos años los vínculos que mantenéis con Rávena han sido siempre sorprendentemente sólidos.

Marco hizo caso omiso de la poco velada alusión al firme alineamiento con Estilicón y su política que había caracterizado la posición de Fulvio y sus seguidores en el Senado. En aquellos tiempos en los que se intuía el declinar del poder del *magister militum,* significarse en exceso en favor del actual regidor podría ser una opción arriesgada, pese al último y agónico triunfo en la cuestión del oro de Alarico.

—Y seguirán siendo sólidos. Como los vuestros, sin duda. ¿Acaso sugieres que están surgiendo en tu conciencia síntomas de desacuerdo con la política que sabiamente dirige nuestro emperador?

—En ninguna circunstancia, mi querido amigo. De hecho, creo que

en los tiempos que corren sería de desear que precisamente fuera Honorio quien reforzara aún más su presencia en la dirección de tales asuntos.

Marco acusó el golpe. Contestó cortante.

—Entonces imagino que te encontrarás satisfecho con la visita de Gala Placidia a la ciudad. La sesión va a comenzar. Te ruego que me disculpes.

Con una leve inclinación de cabeza, Marco Fulvio dio por concluida la conversación y seguido por su grupo penetró en el interior de la curia, de donde llegaban ya las voces del magistrado que presidía la reunión, llamando a todos sus componentes a que ocuparan sus escaños.

El interior del edificio ofrecía el aspecto imponente del que carecía su revestimiento exterior. Tapizada la estancia de mármoles que formaban diferentes paneles que se repetían en toda la extensión de sus muros, cuatro enormes ventanales proporcionaban a la sede del Senado la luz necesaria para poder prescindir de las enormes lucernas alimentadas por aceite, que apenas habían tenido uso en los últimos tiempos. El recinto estaba constituido por una única nave rectangular, flanqueada en cada uno de sus lados largos por tres grupos de dos columnas cada uno, rematadas por capiteles de estilo corintio que semejaban pequeños templetes con hornacinas, receptáculo de las estatuas dedicadas a los más importantes emperadores de la historia. Los senadores se sentaban en bancadas de madera situadas de manera escalonada en dos grupos enfrentados a lo largo de la sala, dejando un espacio entre ellas cubierto con un suelo de mármol rojo traído en tiempos de Diocleciano de las provincias africanas. Era este el lugar donde el curial que pretendía hacer uso de la palabra durante un largo discurso debía situarse. Frente a él, y dominando la estancia desde su cabecera, dos peldaños daban paso a un sitial en el que el magistrado de mayor edad presidía las sesiones, escoltado por dos guardias que, sin armas, pero portadores de los fasces como símbolo de la autoridad, otorgaban al conjunto el necesario reflejo del poder en nombre del cual aquellos hombres debatían y tomaban sus decisiones.

Los murmullos que resonaban entre las cuatro paredes de la imponente sala fueron poco a poco acallándose. La sesión iba a comenzar y el magistrado que presidía el cónclave esperó pacientemente a que todos los senadores ocuparan sus asientos. En las primeras filas de ambas bancadas enfrentadas se sentaban, encabezando sus respectivas facciones, Marco Fulvio y un Lampadio que no cesaba de saludar a quienes a él se acercaban, en demostración pública del apoyo que aún seguía manteniendo su postura notoriamente intransigente con respecto a la política de apaciguamiento frente a Alarico y sus godos. Marco se preocupó

cuando vio situarse tras su viejo rival al senador Prisco Átalo, un hombre ambicioso, pero al que tenía por conciliador. Sin duda, Estilicón había inclinado la balanza a su favor en la cuestión del oro, pese a las reticencias de la mayoría del Senado, pero el anciano Fulvio era consciente de que fue la intimidatoria presencia del militar, aún temida por su posición en la corte imperial, la que había proporcionado aquella efímera victoria. No se hacía ilusiones sobre el futuro próximo. Se ajustó la toga, por tanto, y, con el ánimo ligeramente turbado por la inquietud, aguardó expectante el comienzo de la sesión mientras el principal magistrado se ponía en pie desde su tarima, invocando ya las fórmulas ceremoniales de loa al poder imperial. Las frases rituales debían ser repetidas decenas de veces por toda la curia, en demostración de respeto y reflejo formal de la solemnidad de los ritos, unos ritos que pretendían transmitir y proclamar la inmutabilidad del orden establecido desde hacía generaciones. Los senadores clamaron al unísono:

—¡Augusto entre los augustos, oh, vosotros, los más grandes de los augustos!

—¡Dios os puso entre nosotros! ¡Que Dios os salve para nosotros!

—¡Por el bien del género humano, por el bien del Senado, por el bien del Estado, por el bien de todos!

Las voces de todos los senadores recitando las pesadas letanías protocolarias atronaron el espacio de la curia. Sin embargo, y pese a la pomposidad de aquellas repeticiones aparentemente innecesarias, los ecos de las frases siempre conseguían impresionar a Marco Fulvio, hombre de gran apego a la tradición y el orden. De alguna manera, sentía que gracias a aquella reiteración quizás desprovista de sentido se remarcaba públicamente el poder de un imperio que consideraba como la única forma aceptable de civilización.

Pronto, entre un impresionante silencio, todos los senadores se sentaron en sus escaños. Había empezado la sesión y ya se dirigía hacia el centro de la sala el hombre designado para plantear la principal moción que precisaba ser aprobada. Marco se sorprendió de inmediato al ver cómo el senador Prisco Átalo se aprestaba a hablar. Enseguida, recordó la amigable conversación que había presenciado entre el orador y Lampadio y se preparó, receloso, a escuchar.

—Nobles padres conscriptos, eminentísimos y dignísimos miembros de esta antigua curia —comenzó a declamar, a modo de saludo, con cierto timbre de afectación en su voz—, nos encontramos reunidos en solemne sesión para debatir y aprobar, bajo la protección y el amparo de Dios nuestro señor, las importantes medidas que deberán culminar en el inicio de una nueva época de paz y prosperidad que transcurrirá bajo la sabia dirección de nuestro emperador y de este Senado.

Marco se revolvió en su asiento. Siempre había pensado que Prisco

Átalo era un orador mediocre, pero no recordaba que también era retorcido en su lenguaje y absurdamente recargado en sus expresiones. Reflexionó sobre el motivo de aquella sesión y consideró que no era necesaria tanta prosopopeya para un tema que podía calificarse como un mero acto administrativo de ejecución de una decisión ya adoptada. Siguió escuchando con atención.

—Como decía, nos encontramos reunidos aquí para debatir sobre las medidas que se deben adoptar para que la trascendental decisión de ofrecer el oro de esta ciudad al bárbaro que asedia nuestro imperio sea aplicada con celeridad y seguridad para todos; para nuestra patria romana, que está resultando atacada desde tantos frentes, y para la del oro en sí, protegiéndolo de la incuria de los hombres, buscadores de enriquecimiento y poseídos por la avaricia.

Muchos de los senadores que se sentaban cerca de Marco Fulvio se volvieron hacia él, buscando su mirada. En sus rostros se podía ver la extrañeza ante lo que escuchaban. ¿De qué estaba hablando? Nadie había pensado siquiera por un segundo que el envío acordado no pudiera llegar a su destino o que estuviera amenazado. Prisco Átalo continuó:

—Imagino que todos sois conscientes del grave momento que estamos viviendo. En el norte, en el Nórico, el bárbaro Alarico, rey de los godos, amenaza con invadir Italia. Al oeste, en la diócesis de la Galia, el usurpador Constantino, instalado ya en Arelate, pretende arrebatar el trono a nuestro augusto emperador. Más al oeste, las tribus que cruzaron el Rhenus impunemente —miró de soslayo hacia la zona en la que Marco seguía atentamente el curso de su intervención— saquean las aldeas y matan a sus habitantes. Gracias a Dios, nuestro *magister militum* tiene una respuesta para cada contingencia, y ha sido muy conveniente que en el caso concreto de su antiguo enemigo Alarico haya encontrado en esta ciudad la solución adecuada.

Hizo una pausa teatral, esperando que la facción de senadores que aún apoyaban la política de Estilicón pudiera asimilar sus palabras.

—Porque es esta ciudad la que, una vez más, salvará, sin duda, al Imperio y procurará con su sacrificio la solución a los males que lo acechan. Este Senado fue convencido recientemente por el ilustre consejero principal de que no existía otra solución que la de vaciar las arcas de la urbe para aplacar a un jefe bárbaro que él no ha podido derrotar. Y así será, porque esta ha sido la decisión de esta curia, que en su generosidad no ha dudado en entregarse como víctima propiciatoria del sacrificio al que se le encaminaba por políticas en las que no ha participado. Pero sea, esta ha sido la medida aprobada y actualmente el oro ya ha sido recaudado. La ciudad está exhausta e inerme, pero cumple leal con su deber.

—¿Adónde quieres llegar a parar, Prisco Átalo, con tanta palabrería? ¡Tú también votaste a favor de la entrega del oro! —gritó una voz desde la bancada en la que se asentaba el grupo liderado por Marco Fulvio.

—¡Ah! Climeo Justo, así es. Y lo hice persuadido de que, de no haber adoptado esa decisión, ahora este Senado no existiría. Ese fue mi temor y mi principal preocupación. ¿O acaso crees, noble colega, que Estilicón hubiera permitido una negativa? Obré en bien de todos, pero condicionada mi voluntad, amenazado por males mayores.

—¡Traidor! ¡Mentiroso!

Los gritos de varios senadores tuvieron que ser silenciados por el magistrado de más edad, que presidía la sesión y que a duras penas podía hacerse escuchar entre el tumulto que se había organizado.

—¡Ruego a todos los curiales que no interrumpan al orador! ¡Ha de hacerse el silencio de inmediato! ¡Orden! ¡Orden!

Poco a poco, los ánimos se estaban caldeando, y Marco observó con preocupación el gesto serio y reconcentrado de Lampadio, que no se había movido de su escaño pese al alboroto. Él había sido la cabeza visible de la negativa a aprobar el envío de todo aquel oro y había acusado a toda la curia de rendición y deshonor. Viendo la actual posición de alguien como Prisco Átalo, comenzó a temer que la situación de Estilicón en Rávena era peor de lo que pensaba. Nunca se habría atrevido a tanto si no hubiera obtenido previamente el beneplácito de Lampadio, y este no se habría mostrado tan seguro como para intentar convencer al resto de los senadores de que se unieran a él en su obstrucción si no tuviera información de primera mano de lo que ocurría en la corte imperial. Prisco Átalo continuó hablando:

—He escuchado gritos llamándome traidor. Gran oprobio y vergüenza caigan sobre quien los haya proferido, pues ¿qué es mayor traición que apoyar a quien está entregando la economía de este imperio al bárbaro al que no ha sabido frenar con las armas? Pero continuemos, si se me permite hacerlo. Decía que el oro ya está preparado. Se encuentra custodiado por un número significativo de soldados de la guarnición de la ciudad. Cincuenta carros se han comprado y confiscado para que transporten adecuadamente el peso de nuestra desdicha. Cincuenta carros que harán un largo y pesado viaje y que deben ser protegidos en su camino.

»Este es el motivo que nos ha reunido aquí y no otro. Debe, por tanto, discutirse la propuesta que provea de un acompañamiento militar adecuado a tan valiosa carga. Es sabido que hay ilustres y preclaros senadores a los que no les importa privar a esta ciudad de parte de su defensa en tiempos de zozobra. Sin duda, todos confiamos en la inviolabilidad de nuestras murallas, y, amparados en la infinita

misericordia de nuestro Creador, no ponemos reparo en encomendarnos a su protección, pero, nobles curiales, puede encontrarse otra solución que no ponga en peligro la tranquilidad de nuestras calles y la guardia de nuestra seguridad.

—¿Y qué solución es esa, Prisco Átalo? —Marco Fulvio no pudo contenerse por más tiempo e interrumpió al orador, poniéndose en pie y dejando que su voz se impusiera, áspera, sobre la concurrencia.

—Mi noble amigo, si me permites continuar, estoy seguro de que no podrás rechazar la propuesta que plantearé a esta ilustre asamblea. —Prisco ajustó su toga, arreglando los complicados pliegues que se habían descompuesto tras su primer y azaroso parlamento—. Todos sabéis ya de la presencia en nuestra ciudad de la hermana de nuestro amado emperador.

Se escucharon murmullos entre los senadores, que fueron acallados de inmediato por el anciano magistrado que presidía la reunión.

—Decía —continuó Átalo— que la augusta señora está entre nosotros, lo cual no es solamente un motivo de orgullo, como leales súbditos, sino una oportunidad. Una ocasión que no debemos desaprovechar y que contribuirá no solamente a solucionar de forma satisfactoria la seguridad del transporte del oro, sino a permitir una mejor defensa de esta ciudad y, por supuesto, ahorrar a este Senado el coste de tan largo viaje.

Se escucharon murmullos entre los senadores. Aquello era algo imprevisto. Prisco continuó, sobreponiéndose a las palabras que comenzaban a intercambiarse entre los sorprendidos curiales.

—¡Tengo una carta en mi poder! —Exhibió un rollo de pergamino del cual colgaba un sello de lacre, ante la sorpresa del resto de los senadores, que acallaron sus murmullos de golpe—. Una carta del propio emperador, firmada de su puño y letra. Una carta que ha sido entregada para ser leída ante este Senado. A él va dirigida y en ella la augusta mano ha aprobado que la milicia que ha protegido a Gala Placidia en su largo viaje custodie ahora, a su regreso, el oro que entregamos a nuestros enemigos como precio de la paz. La generosidad de Honorio debe ser honrada por todos nosotros. Se trata de un gran contingente de soldados que deben regresar a Rávena, y el emperador accede a que esta ilustre curia no corra con todos los sacrificios que se imponen en esta amarga entrega. ¿Alguien podría oponerse a una oferta como esta?

—¿Cómo ha llegado esa carta a tus manos, Prisco Átalo? —Marco se levantó de nuevo de su escaño—. Debió abrirse ante esta asamblea, y veo, por lo que dices, que has roto el sello imperial.

La voz cortante y quebradiza del magistrado principal interrumpió a Fulvio.

—La carta ha sido abierta en mi presencia y he sido yo, en uso de

mis prerrogativas, el que la ha leído en nombre de este ilustre Senado, noble Marco Fulvio. Dejemos acabar al orador.

El padre de Licia se sentó de nuevo, consternado. Algo estaba ocurriendo, pero no acertaba a entender qué. Desvió la mirada hacia Lampadio, quien seguía el desarrollo de los acontecimientos sin expresar emoción alguna, aparentemente absorto en sus pensamientos.

—Gracias, noble *vir*. Continuaré, si a mis respetados compañeros les place. —Se giró directamente hacia los escaños ocupados por la facción de Lampadio, que asintieron, animados por la posibilidad de ahorrarse el engorroso coste de un transporte que había comenzado a suponer un quebradero de cabeza para la ciudad—. Como decía, Honorio nos muestra su generosidad, y, sinceramente, creo que debemos acogerla con alegría y sin reservas. Propongo ante esta asamblea que aprobemos unánimemente que el oro cuya entrega fue acordada viaje protegido por los soldados del emperador que ahora nos honran con su presencia.

»Me parece absurdo que este Senado no aproveche tan feliz circunstancia y que desperdicie la posibilidad de evitar que nuestra ciudad quede indefensa, sujeta a la cambiante fortuna de la historia. Considero, nobles padres conscriptos, que la guardia senatorial tiene en estos momentos otros cometidos más acuciantes y que va en el interés de todos el que mi proposición encuentre el asentimiento general. He dicho.

Una salva de aplausos acompañó el eco de las últimas palabras pronunciadas por Prisco Átalo, quien regresó a su escaño exhibiendo un rostro de satisfacción apenas disimulado. Marco Fulvio pudo ver cómo la mirada del orador se cruzaba durante unos instantes con la de Lampadio, quien asintió sin alterar la seriedad de su expresión. Se encontraba furioso. Él había previsto ya y organizado la custodia del traslado del oro y había pensado en asignar la escolta de la guardia senatorial al huésped que alojaba en su *domus,* Lucio. Sabía de su estrecha vinculación con Quinto y, por ello, con Estilicón, y su presencia le ofrecía la garantía de un viaje seguro hasta su destino. Cerró los puños con rabia. Algo había ocurrido que él no había previsto, y no alcanzaba a saber con certeza quién o quiénes habían cambiado sus planes a espaldas de aquella cámara. De lo que estaba absolutamente seguro era de que la idea no había partido de Prisco Átalo. El senador era una figura menor, lleno de ínfulas, manejable y pretencioso. Lampadio estaba detrás de todo aquello. De eso sí que estaba seguro. Algunos de los senadores de su facción se giraron hacia él, buscando instrucciones o una señal sobre cómo actuar. Se sentía confuso. Si se oponía a la propuesta basándose únicamente en su intuición, no tendría argumentos con los que defender el hecho de que sería necesario sustraer de la defensa de la ciudad una numerosa

fuerza armada, y a su costa, además, cuando los soldados imperiales regresaban precisamente hacia el norte. Rechazar la proposición supondría de alguna manera desairar al propio Honorio y significarse aún más en aquella época en la que resultaba evidente el declinar del poder de Estilicón. Asintió, por tanto, enviando con ello una señal de consentimiento a su grupo.

—La propuesta será sometida a la opinión de esta curia —proclamó el anciano magistrado con una voz firme que retumbó en la sala.

Marco Fulvio asistió con desazón al desenlace de la votación a mano alzada. Una inmensa mayoría de los reunidos optó por aceptar la propuesta. No hubo votos en contra. Poco o nada podía oponerse a un planteamiento tan aparentemente generoso. Sin embargo, el entusiasmo a la hora de votar de alguno de los curiales que anteriormente habían secundado la negativa de Lampadio a la entrega del oro a Alarico no hizo sino aumentar su preocupación.

—¡La propuesta queda aprobada! —tronó finalmente la voz del presidente del cónclave, mientras golpeaba con su bastón ceremonial en el suelo de la tarima—. El oro viajará mañana, custodiado por los hombres de la guardia palatina. El Senado se abstendrá de contribuir con más gastos al traslado y agradece al emperador su generosidad, todo lo cual constará debidamente en el acta —concluyó, dirigiendo una mirada admonitoria a los funcionarios que tomaban nota con rapidez en pequeñas tablillas de cera que posteriormente transcribirían—. ¡Queda levantada la sesión!

A la misma hora, en aquel preciso momento, un hombre cruzaba la Porta Asinaria, al sudeste de Roma. El viajero, cubierto por una capa y una capucha que lo protegían de las miradas indiscretas de quienes se acogían a la protección de las murallas aurelianas en aquel atardecer de primavera, lucía poblada barba y aspecto desaliñado. Pese a portar un puñal al cinto, ningún signo o símbolo de autoridad permitía distinguir a Quinto Flavio del resto de los transeúntes, que apuraban las últimas horas de luz para recogerse a sus hogares o abandonar la gran urbe, tras una larga jornada en la populosa ciudad. El antiguo *magister militum praesencialis* observó con detenimiento la gigantesca y poderosa puerta por la que entraba en Roma. Con una altura de más de sesenta y cinco pies, se percibían en su cuidada obra las señales de una reciente reconstrucción. Dos torres semicilíndricas, perfectamente preparadas para proteger el arco de medio punto que permitía el acceso, la flanqueaban cubriendo con sus piezas de artillería todas las posibles direcciones de un ataque. *Si algún imprudente osara acometerlo,* pensó Quinto ante la imponencia de las defensas, y siguió caminando

dejándose llevar, mezclado entre el gentío, recordando a cada paso, con su leve cojera, la situación que lo había llevado finalmente a la antigua capital.

Tras partir de Dyrrachium en un desvencijado trirreme militar encargado de guardar las costas del Adriático, Quinto había conseguido desembarcar en Tarentum tras dos días de desapacible navegación. De inmediato, gastó los últimos denarios de los que no había sido despojado en comprar una montura que le permitiera cabalgar directamente hasta Roma, donde Lucio lo esperaba. El caballo se rompió una de sus patas a unas decenas de millas de la ciudad, lo cual lo obligó a terminar penosamente su viaje a pie, sufriendo los penetrantes dolores que le infligía su pierna a causa de aquella herida en combate que ya le parecía que lo había acompañado toda su vida. Finalmente, agotado, consiguió acercarse a la imponente masa urbana cercada por el irregular trazado de la poderosa muralla aureliana, levantada hacía ya casi siglo y medio, cuando se tuvo la certeza de que el mundo en el que aún aquella ciudad regía los destinos de todos estaba pasando a ser un dominio menos pleno y absoluto. La importancia de la obra de fortificación daba la medida de la creciente inseguridad en la que los gobernantes se desenvolvían. Roma era ya, o podía serlo, objetivo de poderosos rivales que comenzaban a despuntar y discutir su hegemonía.

Quinto nunca había visitado aquel centro del universo para cuya defensa fue educado, y dejó que su imaginación escapara libremente cuando contempló el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos, a lo lejos, en el punto en el que convergían las diferentes calzadas y acueductos que, como líneas de piedra y grava, apuntaban a un mismo destino confluyendo en aquellas colinas colmatadas de edificios, como las venas que alimentaban con su sangre la vida de un cuerpo de piedra, lugar que era principio y final de todos los caminos.

Cuando Quinto pasó bajo el arco de la Puerta Asinaria, tuvo la sensación de entrar en otro mundo. A su izquierda, la imponente basílica Lateranensis se elevaba allí donde hasta tiempos de Constantino el Grande había existido un imponente palacio perteneciente a una de las familias que perdieron en su apuesta por Majencio, el candidato imperial que fue finalmente derrotado. Con sus tres naves, coronada la central por un tejado a dos aguas cuyo revestimiento ofrecía a la luz de aquel atardecer el fulgor de un rojo intenso, el edificio mostraba al viajero la omnipotente presencia de un único dios, al fin victorioso.

Impactado, Quinto se aproximó a la fachada, aún sin culminar su obra, atraído por la fuerza irracional que transmite la belleza creada por los hombres en sus mejores obras al servicio de la fe. Tres enormes arcos de medio punto, sustentados por robustas columnas de mármol

africano, daban paso a un atrio que permitía la entrada a la nave principal. La iglesia permanecía abierta, dando aún cobijo a cuantos fieles quisieran acercarse a mostrar su devoción o, simplemente, a rezar de manera anónima. Acuciado por su curiosidad, Quinto penetró en el interior. Una gigantesca nave principal, totalmente diáfana, se presentaba ante sus asombrados ojos, enmarcada por dos hileras de columnas de casi cincuenta pies de altura, rematadas cada una de ellas por recargados capiteles corintios que separaban el cuerpo principal de los laterales y sustentaban la cubierta. Al fondo, en el ábside principal, destacaba un baldaquino circular rematado por un pináculo de forma cónica, elevado sobre el resto por un pedestal formado por escaleras en sus cuatro lados. Unas paredes cubiertas de mosaicos dorados interrumpían sus secuencias con grandes ventanales que permitían que la luz de aquel atardecer hiciera cobrar vida a las escenas representadas mediante aquellas imágenes. Quinto nunca había contemplado nada igua,l y permaneció absorto en la visión que se ofrecía ante sus ojos. Si había luchado por preservar tanta belleza, realmente su causa había merecido la pena.

Tras unos instantes, el general volvió a su ser. De repente, recordó que su presencia en la ciudad obedecía a razones más importantes que las de permitir el recogimiento de su alma y la satisfacción de sus sentidos. Así, con cierta tristeza, regresó sobre sus pasos. Miró hacia atrás antes de abandonar el templo y sintió que, de alguna forma, habría de regresar a aquel lugar en el que había sentido por primera vez el sobrecogimiento del alma, el impacto de la paz en su espíritu cansado. Salió. La luz, declinante ya, aún le permitiría adentrarse en las calles de Roma sin temor a un mal encuentro. No le asustaba enfrentarse a los bandidos y salteadores que habitualmente poblaban las inseguras calles de la ciudad cuando se ocultaba el sol, pero consideraba que perder la vida asesinado en una esquina resultaría un requiebro macabro del destino, después de todo el camino que llevaba recorrido. Ahora era de vital importancia contactar con Lucio, quien se alojaba en la casa del senador Marco Fulvio, que por las indicaciones recibidas no sería difícil de localizar. Pero antes de ello tenía en su mente otros propósitos que requerirían de sus últimas fuerzas.

Y por unos momentos, mientras dirigía sus pasos hacia el interior de la ciudad, sintió una vez más sobre los hombros el peso de la sensación de fracaso que lo perseguía como una maldición, desde que abandonó a sus hombres muertos en aquellos campos nevados junto al Rhenus. Una maldición pareja a la que, conforme pasaba el tiempo, parecía haber recaído sobre el Imperio y sobre su corazón, el de aquella ciudad de piedra y mármol que se abría, sorprendente, ante él.

XXIII

Iberus

El bullicio de un coro de voces disonantes recibió a la caravana que penetraba pausadamente con su cargamento humano por una de las entradas del foro de Caesaraugusta. Los ciudadanos que a aquella hora del mediodía habían acudido al principal espacio público de la ciudad observaban el número de componentes que conformaban aquella expedición, y mientras avanzaban un denso silencio se fue apoderando del imponente recinto porticado. Atravesando uno de los laterales de la plaza y siguiendo la hilera de columnas que sustentaba la techumbre de las edificaciones, el grupo se desplazó hasta la puerta monumental que daba paso al puente sobre el Iberus, haciendo sonar sobre el enlosado de piedra los cascos de unos caballos que, espoleados ocasionalmente por sus jinetes en alarde de poder, piafaban con fiereza, como queriendo dejar constancia de quiénes eran los nuevos amos. Presidida por varios de los soldados de origen britano de Gerontius, que mostraban un rostro desafiante y orgulloso, una larga fila de prisioneros seguía con dificultad el paso de sus captores, atados en una hilera que los conducía penosamente a su futura esclavitud. De entre los cautivos, llamaba la atención de la concurrencia, que asistía muda y asustada al espectáculo, la presencia de hombres y mujeres cuyo aspecto, ahora deteriorado por una penosa marcha, denotaba un origen diferente al resto de los desgraciados que habitualmente eran ofrecidos como mercancía humana. Era evidente que la mayoría de ellos no eran en origen ni esclavos fugados ni prisioneros de guerra, y, desde luego, no resultaba frecuente contemplar aquel tipo de espectáculo, entre otras razones porque hacía tiempo que aquellas latitudes no habían sido cubiertas por el negro manto de un conflicto armado que hubiese podido generar tal oferta.

Al final de la oprobiosa columna destacaba la figura frágil y digna de una mujer de porte distinguido, dejándose llevar a lomos de un caballo que seguía por instinto a los cautivos que lo precedían. Únicamente a causa de las ligaduras que ataban las muñecas de la joven a las riendas de su montura podía deducirse que, en realidad, ella también formaba parte de aquel botín que era vigilado por los

guardias armados que cerraban la marcha, tras una decena de carretas y carromatos cargados con el peso del saqueo practicado en las ricas tierras meseteñas.

Licia contemplaba detenidamente los rostros de los ciudadanos que asistían enmudecidos al desfile, buscando con la mirada una cara amiga, unos ojos cómplices que pudieran ayudarla. Sin embargo, únicamente encontró miedo en sus expresiones. No era de extrañar. Prácticamente, toda la diócesis de Hispania, a excepción de la zona costera de la Tarraconensis, que permanecía fiel a Honorio, había caído ya en manos del usurpador. Los nuevos administradores enviados por Constantino III a las ciudades de la península habían tomado posesión de sus nuevos cargos, sustituyendo la fidelidad de los distintos centros urbanos con pasmosa facilidad, sin lucha, una vez derrotadas las fuerzas movilizadas apresuradamente para combatir al autoproclamado nuevo emperador. Caesaraugusta había sido convertida en el nuevo centro del dominio peninsular, y Gerontius, que se había adelantado a sus soldados, entregados al saqueo tras la victoria, hacía más de una semana que impartía órdenes desde allí al objeto de culminar el proceso de cambio político del cual él había sido la mano ejecutora en aquellas tierras. Nadie conocía el talante que habría de esperarse de los nuevos amos y nadie quería arriesgarse a vulnerar las normas que comenzaban a imponerse.

Había sido un largo viaje. Desde las fértiles comarcas ubicadas al norte de Pallantia hasta la capital del Iberus, la columna formada por los soldados de Gerontius y su botín había avanzado lenta y pesadamente, al penoso ritmo que marcaba la cuerda de cautivos desplazándose a pie. Día tras día, aquel cortejo formado por vencedores y vencidos dejaba el rastro de sus pisadas en la grava de la calzada por la que fueron alcanzando las localidades de Segisamone, Virovesca, Tritium, Calagurris, Cascantum y finalmente Caesaraugusta. En todas las poblaciones se repetía la escena: los habitantes, en un principio sorprendidos y más tarde asustados, corrían a esconderse en sus casas desconfiando de las intenciones de los soldados que custodiaban aquella cuerda de presos, formada en su mayor parte por mujeres y niños. La enseña del usurpador Constantino, portada por el *signifer* que avanzaba en cabeza, anunciaba la presencia intimidatoria de las tropas del autoproclamado nuevo emperador, y nadie quería averiguar en sus propias carnes qué tipo de administración podría esperarse de ellos en aquella diócesis. Así, en cada foro, grande o pequeño, de las localidades que jalonaban la ruta, únicamente los nuevos magistrados se atrevían a recibirlos disponiendo lo necesario para la comodidad de los legionarios y decidiendo la ubicación, generalmente extramuros, de las decenas de cautivos que habían sobrevivido a cada etapa de aquel extenuante

viaje.

Licia, sin embargo, se vio beneficiada en todo momento por la mezcla de sentimientos de codicia y de miedo que se había instalado en la percepción de los soldados sobre su persona. Por un lado, si era cierto que conocía a Gerontius, su general, parecía conveniente que el trato fuera en todo momento deferente, dentro de la dureza. Por otro lado, si aquella afirmación de la cautiva no resultaba ser verdad, ciertamente podría esperarse el pago de un buen precio por ella, bien por su venta en un mercado de una población importante, bien por el abono de un fuerte rescate, al ser evidente la posición social elevada de aquella joven que se había atrevido a desafiar a los soldados con un simple cuchillo y en cuya defensa habían muerto tantos fieles sirvientes.

Todo ello tuvo como consecuencia que Licia pudiera pernoctar lejos de los inhóspitos descampados en los que los restantes cautivos dormían al raso, acogida en una pequeña tienda cercana a las de los soldados y custodiada siempre por un guardia que impedía su fuga. Alimentada a base de gachas que le hicieron recordar sus pasadas experiencias de viaje, observaba con piedad creciente y cierto grado de culpabilidad a quienes habían llegado a ser sus empleados y siervos mientras intentaban sobrevivir y se alimentaban de un líquido apenas condimentado con algún resto de carne de caza en estado de semiputrefacción al haber sido usado repetidamente día tras día para tales menesteres en cada guiso. Tampoco hizo el camino a pie, sino que dispuso de una montura que le evitó los desfallecimientos que sí tuvieron que soportar los restantes presos, cuyo número se reducía continuamente en cada jornada, a consecuencia de las privaciones, el agotamiento, la desnutrición y un sol implacable que ya venía azotando desde hacía días el valle por el que discurría el caprichoso cauce del río Iberus.

Licia recordó todo esto en tanto que cruzaban el imponente puente que se elevaba sobre el curso de agua que corría limítrofe a la ciudad y al cual accedieron saliendo directamente desde el foro, atravesando la puerta monumental que defendía la entrada de la urbe y daba principio al *decumanus.* A los pies de las murallas, jalonadas a lo largo de su fachada norte por fuertes cubos y protegidas de las habituales crecidas del río por poderosos contrafuertes, se afanaban unos pocos estibadores que trabajaban en los pequeños muelles ubicados río abajo del puente. Descendiendo al nivel de las modestas estructuras de madera ancladas en el lecho arenoso del cauce, una escalinata permitía el acceso desde el edificio que hacía las veces de aduana y almacén. En aquel conglomerado, Licia pudo ver, girando la vista hacia la derecha durante unos instantes, cómo cargaban con eficacia unos toneles en uno de los pocos barcos fluviales que aún se atrevían a

navegar por aquellas traicioneras y complicadas aguas, bien entrada ya la primavera, con el cauce comenzando a decrecer menguado por la escasa pluviosidad de la zona. Retuvo aquella imagen de actividad en su interior y recordó por unos instantes los días ya lejanos en los que aprovechaba los tibios rayos de sol del corto verano de Augusta Treverorum, dejando transcurrir el tiempo mientras observaba distraída el trajín del puerto fluvial sobre el Mosela. El Iberus no pareció impresionarla, comparándolo con el poderoso afluente del Rhenus, en el que se había acostumbrado a ver decenas de embarcaciones cargadas con el vino y las pieles que dominaban el comercio de aquella zona, pero tomó buena nota de lo que sus ojos habían contemplado, no obstante.

Tras pasar el puente, la comitiva accedió al comienzo de la rectilínea calzada que se dirigía hacia la pequeña localidad de Osca, al norte, cercana ya a las montañas que separaban aquellas tierras de la diócesis de la Galia. Junto a los primeros estribos de la estructura de piedra de la margen izquierda del río, los guardias permitieron a sus prisioneros refrescarse brevemente en la fuente monumental que se había construido al pie del acueducto que, desde un fecundo manantial situado al noroeste de la urbe, traía mediante un canal subterráneo y pequeñas *arcuationes* el principal caudal de agua que abastecía a la ciudad, cruzando el obstáculo del río mediante una conducción que aprovechaba la estructura pétrea del puente para acomodar en ella el sifón que salvara la diferencia de alturas.

Licia aprovechó el momento para saciar su sed y asearse un poco ante la sorprendida mirada de algunos pobladores, que, asustados, enseguida se apartaron de aquel grupo al comprobar la vigilancia que sobre él ejercían aquellos soldados de fiero aspecto, armados con largas espadas y lanzas, enfundados en cotas de malla y cubiertos por recargados cascos que no se correspondían con los que estaban acostumbrados a ver en las escasas tropas regulares que hasta entonces habían podido contemplar. Licia se observó y una nube de tristeza cubrió momentáneamente su rostro. No necesitaba un espejo para saber que su aspecto podría asimilarse a la de una mujer de al menos diez años más de los que ella tenía. Su túnica —la misma con la que fue apresada— estaba ennegrecida por el paso de los días, el sudor y el polvo del camino. Pasó la mano por su pelo, enmarañado en un sinfín de nudos y áspero al tacto. Suspiró. Había adelgazado, y, sin duda, la debilidad que sentía en esos momentos le impedía pensar en nada más que en lo estrictamente necesario para seguir con vida. Dudó unos instantes antes de responder al gesto de una de sus antiguas sirvientas en la casa de su tío, que le acercaba un odre de cuero lleno de agua clara y fresca. Con los primeros sorbos, sintió que regresaba a la vida. Con los últimos, apurando el contenido con

avidez, pudo saciar la sed acumulada. Humedeció al fin sus labios resecos. Solo entonces se dio cuenta de que aquella mujer aún no había bebido y, aun así, había preferido que lo hiciera primero quien fue su *domina* en tiempos más felices. Se avergonzó de sí misma por no haber reparado en ello. Había vaciado el recipiente por completo, privando del líquido a aquella antigua sirvienta que ahora la miraba con dulzura. Mujer de edad madura, tenía pocas posibilidades de sobrevivir a aquel cautiverio. Con total seguridad, sus vidas serían completamente distintas en el futuro. Ambas lo sabían y, sin embargo, aquel gesto de generosidad era sincero. Parecía esconder en el fondo la triste aceptación de la inmutabilidad del destino y la firme creencia de que este se encontraba trazado ya desde la cuna. Aquella mujer aceptaba con resignación que el suyo, por su origen, la abocaba a la miseria y el de su señora a un bienestar que por ahora no se vislumbraba, pero que, sin duda, llegaría.

Que el agua se destinara a quien tenía indefectiblemente más posibilidades de sobrevivir se antojaba un pensamiento natural en aquel ser, que únicamente había conocido servidumbre en sus días. Licia fue consciente de todo esto en unos instantes y lágrimas de rabia y tristeza se agolparon en sus ojos. No tuvo tiempo de agradecer el gesto ni de expresar lo que estaba sintiendo porque en aquel preciso momento sus captores ordenaban con potentes voces y restallar de látigo la fila de cautivos. La columna continuó su marcha y, tras haber recorrido menos de una milla, todos accedieron a una edificación de apariencia ruinosa situada junto a la calzada, en una pequeña desviación, y que tenía adosado a ella un corral delimitado por una cerca de piedra de considerable altura. Allí, a la intemperie, fueron introducidos los desgraciados componentes de aquella expedición, a empellones, a la espera de su destino en el próximo mercado que se celebrara en Caesaraugusta. Todos menos Licia, que fue apartada del grupo y conducida a una habitación donde la esperaba el comandante de la tropa. En ese momento, decidió hacerse acreedora de la suerte que, aun en la fatalidad, la vida le brindaba una vez más, y para ello recordó el rostro de aquella desgraciada mujer que, pese a su generosidad, aguardaba con resignación su negro e injusto destino.

Gerontius escuchaba paciente la traducción que aquel hombre le transmitía lenta y torpemente de las palabras emitidas por el enviado de los reyes vándalos, alanos y suevos. Llevaba tiempo intentando contactar con los pueblos invasores, y, desde el momento en que cruzó los límites de la *Diocesis Hispaniarum,* dedicó parte de su atención a buscar el modo mediante el cual pudiera presentarles la idea que

venía desarrollando en su cabeza.

Casi desde el principio de la rebelión de Constantino, estaba convencido de que su futuro no dependería del éxito de aquel general iletrado que pretendía fundar una nueva dinastía amparado en su hijo, Constante. Conoció bien a ambos durante su estancia en Britania y sabía perfectamente que el único mérito que podían ostentar, más allá de cierta astucia y oportunismo, era el simple hecho de que sus nombres supusieran un poderoso reclamo de nostalgia histórica para sus tropas.

Antes que Constantino, otros mandos se habían alzado desde Britania contra el poder de Rávena, y todos ellos habían fracasado. El éxito parcial de este se debía a las promesas de remediar los atrasos en las pagas, cierta capacidad de liderazgo y, desde luego, el momento de incertidumbre y debilidad que había supuesto la invasión a través del Rhenus. Gerontius había vislumbrado entonces su oportunidad. Querido por sus hombres, que le guardaban una lealtad inquebrantable debido a su capacidad de mando y competencia militar, era plenamente consciente de que únicamente teniendo como base de operaciones un terreno rico en recursos que pudiera controlarse con pocas tropas podría alzarse con el triunfo final, derrocar al usurpador y competir entonces él, dueño ya de medio imperio, con el débil Honorio. Pero necesitaba más soldados. Por eso envió un mensaje a los reyes de aquellos pueblos bárbaros que, tras denodada lucha, habían sido empujados por los legionarios de Constantino hacia el sur de la Galia, cerca ya de Hispania, no sin antes dejar tras de sí un rastro de destrucción. La retirada los había llevado a concentrarse a lo largo de la margen izquierda del Garunna, cerca ya de la división administrativa trazada por las poderosas cumbres que delimitaban ambas diócesis.

Gerontius lo sabía y tenía un plan para aprovechar esa enorme fuerza de combate, de manera que lo ayudara en la consecución de sus objetivos. Por eso estaba allí aquel emisario. Al fin, los reyes Respendial, de los alanos; Gunderico, de los vándalos asdingos; Fredbal, de los silingos, y Hermerico, de los suevos, habían accedido a enviar una respuesta a través de un dignatario que pudiera representarlos a todos ellos. Y ahora se encontraban allí reunidos en una modesta casa situada junto a las ruinas del teatro de Caesaraugusta, a donde Gerontius había ordenado llevar de incógnito al representante de aquellos jefes. Mientras escuchaba sus palabras, probablemente aprendidas de antemano durante su viaje a través de las montañas, pensó en el momento que estaba viviendo el Imperio para el que había luchado tanto y tanto tiempo. Gobernado por emperadores débiles, su fortaleza, sin embargo, siempre le había asombrado.

Desde las brumosas islas en las que había pasado toda su vida, había aprendido a estudiar a los autores que glosaban las hazañas de grandes generales que se hicieron posteriormente con el control de los millones de almas que conformaban un territorio que era luz y espejo para el resto del mundo. Él no quería, sin embargo, acceder a la púrpura imperial. No, al menos, directamente. Le parecía, desde su punto de vista de soldado, excesivamente pretencioso. Él quería gobernar al modo en el que lo había hecho Estilicón, manejando la voluntad del emperador, y con ella, el destino de Occidente. Pero para ello tendría que deshacerse antes de Constantino y de su hijo, recientemente nombrado por aquel césar y sucesor. De ahí, la importancia de aquella reunión.

Escuchó con atención el mensaje de salutación, largo y enrevesado, probablemente debido a la deficiente traducción a un tosco latín del hombre que había acompañado a aquel emisario, que había aparecido la víspera en la ciudad del Iberus acompañado de unos cuantos esclavos y joyas producto de los saqueos, como regalo para el propio Gerontius. Se dirigió a él, intentando encontrar las palabras adecuadas y hablando de forma pausada y clara.

—Agradezco, ante todo, la cortesía de la cual vuestros reyes me hacen merecedor. Por vuestra presencia y por los obsequios con los que se me ha distinguido, sed bienvenidos a esta ciudad. Seré breve, para que mis palabras lleguen de manera directa y transparente a los líderes de los nobles pueblos a los que represents.

El emisario relajó sus facciones. Había mantenido hasta entonces una actitud entre distante y temerosa y, por ello y por una elemental prudencia, había viajado de forma anónima, vestido al modo romano como si de un simple mercader se tratara. Ahora por fin era tratado con la dignidad que creía merecer. Se dispuso a escuchar con atención para poder así retener el mensaje que habría de transmitir a sus reyes.

—Sé que en el pasado reciente la guerra ha sido nuestro único contacto. En tanto que los objetivos de nuestros pueblos no han sido coincidentes, la lucha entre nosotros no era sino la consecuencia natural de un estado de cosas que, desde luego, el Imperio no comenzó.

Gerontius guardó silencio por unos instantes antes de continuar. Quería observar la reacción de su interlocutor, pero este asistía impasible a la traducción de sus palabras. Continuó:

—Mientras vuestros pueblos han batallado y han saqueado el Imperio, no podían esperar otra cosa que sangre y sufrimiento. También se ha derramado la sangre de los habitantes de las ciudades que habéis conquistado y que habéis dejado en ruinas. —Dulcificó de repente su tono, que había ido endureciéndose—. Pero todo este caos puede tocar a su fin si me escuchan los sabios reyes. Sé por qué

cruzasteis el Rhenus. Soy consciente también de que vuestros pueblos se vieron empujados hasta el gran río por invasiones de las tierras que poblabais en paz desde la noche de los tiempos. Ahora volvéis a estar atrapados, sin tierras, amenazados por el hambre y la enfermedad. ¿Hasta cuándo creéis que podréis resistir a las legiones de Roma? ¿Cuánto tiempo estimáis que podréis disponer antes de que toda la fuerza del Imperio se abata sobre vosotros? Yo os ofrezco la solución. Os ofrezco tierras y paz bajo un gobierno justo.

Esperó a la traducción. El emisario escuchaba con atención las palabras del intérprete, y, cuando este acabó, miró a los ojos de Gerontius con creciente curiosidad. El general decidió ir al grano.

—Fue la cerrazón del emperador, su avaricia y su ceguera las que impidieron a vuestros pueblos alcanzar un acuerdo justo que hubiera permitido asentaros en el interior del Imperio. Fueron ellos los que, en realidad, con su negativa a aceptaros, os empujaron a esta invasión sin sentido. Yo os ofrezco, por el contrario, el camino para que encontréis el acomodo que buscáis. Tierras para vosotros. Campos fértiles y ciudades prósperas y paz bajo un buen gobierno. Yo soy la solución.

Una vez traducidas estas palabras, el emisario le dijo algo en su lengua al intérprete. Este habló por su boca.

—General, mi amo se muestra sorprendido e interesado en lo que puedes ofrecer y querría saber qué pueden darte nuestros reyes a cambio de esa promesa de ayuda.

Gerontius se animó al constatar que su mensaje parecía interesar a su interlocutor. No se anduvo con rodeos.

—Yo seré la solución porque regiré los destinos de este imperio. Pero necesito más hombres y más soldados para derrotar a quienes os han obligado a llegar a esta situación. Vuestros hombres, vuestros soldados. Tendréis un hogar estable bajo leyes justas y no volveréis a vagar por territorios ajenos porque las tierras que os concederé serán vuestra nueva patria.

Tras un breve intervalo de reflexión, el enviado asintió con un gesto, mirando a Gerontius. Únicamente lanzó una pregunta:

—¿Cuándo?

—Primero es necesario derrotar a Constantino. Tengo planes al respecto. Él está dispuesto a invadir Italia y permanece agazapado en Arelate. Se verá obligado a combatir contra los soldados que Honorio, sin duda, enviará contra él, y ese será el momento en que lo atacaremos, avanzando desde Hispania y después de tenerla por entero bajo nuestro dominio. Debilitado y con la ayuda de los grandes reyes, Constantino caerá. Hasta entonces, trasladad mi mensaje a vuestros reyes y hacedme saber su respuesta. Preparad a vuestros pueblos para culminar vuestro largo viaje. Aún queda tiempo.

Gerontius esperó a que tradujeran sus palabras y entonces

consideró que era el momento de terminar el encuentro. Se levantó de la modesta silla en la que había permanecido y aguardó a que sus visitantes se alzaran igualmente mientras asumían la importante oferta que se les había trasladado. Había llegado la hora de partir.

Declinaba ya la tarde cuando los emisarios de los reyes abandonaron anónimamente Caesaraugusta, cruzando el Iberus, en dirección hacia el norte. Los pasos de montaña se encontraban francos y abiertos en aquella época del año, y no tardarían en entregar el mensaje de Gerontius, que podría suponer un cambio de rumbo definitivo en la vida de los pueblos a los que representaban.

Al mismo tiempo, el general de Constantino se acercó a pie al *praetorium* de la ciudad, su lugar de residencia, acompañado por un único guardia que lo escoltaba a prudente distancia. Había querido que aquella entrevista se celebrara a espaldas de todos sus subordinados, y esa había sido la razón de que se hubiera desplazado hacia aquel lugar de encuentro, alejado del bullicio habitual de la urbe. Nadie conocía sus planes, y así debía continuar. Los nuevos magistrados de la ciudad, designados por el usurpador, habían empezado a controlar los resortes de la Administración y ediles y cuestores comenzaban a trabajar en la recuperación de la normalidad, en una transición que se pretendía tranquila y que los habitantes estaban aceptando de manera dócil. No podía fiarse de nadie. Consideraba que, si se daba el caso, aquellos funcionarios aceptarían un nuevo cambio con la misma normalidad que en esta ocasión. Pero habría que esperar. Accedió por el portón de entrada, contestando levemente al saludo de los centinelas, y subió por las escaleras que lo llevaron al piso en el que se había instalado para trabajar en la reorganización de su ejército y en la preparación de la visita de Constante, el hijo de Constantino, que se le había anunciado recientemente. Cuando entró en la estancia, su ayudante lo puso al día de inmediato de las novedades.

—General, han llegado las tropas de Aurio. Acompañando un botín, al parecer, sustancioso.

Gerontius lo miró interesado.

—¿Cuánto de sustancioso? —inquirió con curiosidad.

—Varios carros cargados con todo tipo de enseres, joyas, muebles… y un cargamento de esclavos. —Hizo una pausa antes de continuar—: ¿Debemos calcular el valor y reclamar una parte?

Gerontius dudó unos instantes antes de responder.

—No, era mi promesa. Se lo ganaron y no me corresponde a mí intervenir en ello. No sería justo y traería malestar. Permitámosles la

venta. No me gusta, por la imagen que ofrecemos al pueblo, pero también deben saber lo que les espera si no aceptan que los tiempos de la gran familia teodosiana han terminado para siempre.

Se giró, dando la espalda a su subordinado. Se sentía agotado, pero debía continuar trabajando. Sin embargo, notó que su asistente aún permanecía allí.

—¿Algo más, Attalus? —preguntó con fastidio, sin volverse.

—Lo siento, general. Sí, hay algo más. Me han informado de que entre los cautivos, al parecer, se encuentra la hija de un senador, que dice conocerte. No sé si será cierto, pero he creído conveniente informarte.

Gerontius levantó la cabeza, sorprendido.

—Has hecho bien, Attalus. Que la traigan a mi presencia.

El general se quedó pensativo mientras su asistente abandonaba la estancia para cumplir su orden. En los últimos tiempos no había tenido demasiadas oportunidades de conocer mujeres distintas a la suya. Recordaba, no obstante, a una que encontró cerca del campamento de Bononia, en la Galia. Acompañaba a quien había sido uno de sus soldados. Aquel desertor a quien salvó la vida entonces y que había osado enfrentársele en el campo de batalla. La recordaba porque le llamó la atención encontrarla acompañando a aquel hombre. No esperaba volver a verla, desde luego, y tenía cierta curiosidad por saber de qué modo había acabado en Caesaraugusta. Si de verdad era la hija de un senador, como decía, podría serle útil en cualquier caso. Aguardaría antes de tomar una decisión, y, entre tanto, había muchos asuntos de los que ocuparse.

No tardó en escucharse el sonido de las pisadas en la escalera que conducía a la habitación en la que Gerontius se afanaba en ordenar cartas, autorizaciones, mapas y todo tipo de escritos que se agolpaban sobre su mesa. Cuando la puerta se abrió, ante él apareció la figura demacrada de Licia. A Gerontius le impresionó su aspecto. Desaseada, cubierta aún por un manto de suciedad y polvo, profundas ojeras y un pelo negro enmarañado, la hija de Marco Fulvio permanecía de pie ante él, con las manos atadas, pero sin humillar la mirada, observando directamente a los ojos al militar, conservando con aquella actitud altiva el porte que cabía esperar de una mujer educada en el seno de una familia patricia.

—Desatadla. Y dejadnos a solas.

Cumplida la orden con presteza, la puerta se cerró tras el último de los guardias que habían custodiado a Licia hasta aquel lugar. Un espeso silencio dominó los primeros instantes de aquel encuentro. Gerontius habló primero.

—No confiaba en que volviéramos a vernos —comenzó con tono pretendidamente cordial.

—Yo tampoco —contestó Licia de manera cortante.

Al general no le sorprendió la fría respuesta. No se desanimó.

—¿Has comido? ¿Necesitas algo?

—Yo estoy bien —respondió con dignidad—. Pero si estás dispuesto a ofrecerme algo, libera al resto de los cautivos que han traído tus soldados.

—No está en mi mano. Son el botín de guerra que todo guerrero exige y reclama tras una victoria. Sentaría un mal precedente. Pero puedo hacer que tu estancia entre nosotros resulte más agradable que hasta ahora. Depende de ti, hija de senador. —Mencionó la condición sobre la que lo habían informado, esperando una respuesta.

—Licia. Mi nombre es Licia Fulvio, hija de Marco Fulvio, senador. Y soy ciudadana romana, como todos a los que vuestras tropas han apresado. Libre y no merecedora de haber recibido el trato de una esclava. —Notó cómo la ira encendía sus palabras, y continuó, dejándose llevar por ella—: Sé quién eres y a quién apoyas. Yo lo vi. Eres un traidor, y pagarás por tus crímenes.

Gerontius soltó una carcajada. Admiró el valor de aquella mujer. Siempre le había gustado el carácter en las personas, y apreciaba la sinceridad, precisamente porque en virtud de su cargo pocos se la ofrecían, más allá de una adulación más o menos abyecta. Se quedó mirando a la prisionera, que intentaba sostenerse en pie conservando su dignidad pese a su debilidad y el triste aspecto que ofrecía.

—Gracias, Licia Fulvio, por tus honradas palabras. Es extraño encontrar hoy en día personas que en una situación como la tuya se atrevan a decir las verdades como son. Eres libre, en efecto, y seguirás siéndolo. Pero estaba pensando que me podrás ser útil aquí, en esta ciudad, con una libertad limitada en cierta manera.

—No quiero ser tratada de manera diferente al resto. En ese caso, preferiría regresar con mi gente. —Licia recordó a la mujer de la fuente y su memoria la ayudó a decir aquellas palabras.

—Y, sin embargo, parece que no perdiste el tiempo en proclamar ante todos que me conocías, ¿no es verdad? —Aquello desarmó a Licia y le hizo bajar la cabeza—. No te preocupes. Yo habría hecho lo mismo que tú. Pero piénsalo bien. Piensa si, aceptando lo que voy a ofrecerte, no estarías proporcionando más y mejor ayuda a los que con tanto afán quieres proteger.

Licia dudó unos instantes antes de responder.

—Te escucho.

—Bien. Esto es lo que haremos. Son tiempos turbulentos, y, dada mi situación, me interesa estar en lo posible en buenas relaciones con el Senado… por lo que pudiera ocurrir en un futuro. Nunca se sabe. Tú puedes ser mi baza. —Gerontius pensaba con rapidez, y, al tiempo en que una idea iba germinando en su interior, fluían sus palabras—.

No te preocupes. Acepto tu contrapropuesta. Conseguiré que tu gente se encuentre bien. Me costará una fortuna, desde luego, y espero que aprecies mi gesto. Pero tú te quedarás aquí, en mi casa, adecuadamente vigilada, por supuesto. Estoy seguro de que aceptarás ordenar un poco la *domus* en la que me he instalado mientras aguardas a que tu futuro se vaya construyendo. Todo está sucediendo tan rápido que no he tenido tiempo para mudarme desde esta torre insalubre. Apenas he podido dormir siquiera, y confío en que una casa organizada por una mujer educada para ello contribuya en algo a mi sosiego. Mientras tanto, podrás gozar de las comodidades de mi humilde morada. ¿Qué contestas a esto?

Licia dudó antes de responder. Sopesaba los beneficios de la oferta y ya pensaba en cómo escapar. Gerontius se anticipó.

—Volverás a disfrutar de la libertad que tanto aprecias, pero por ahora necesito que permanezcas cerca de mí. Espero que lo comprendas. Sé paciente. Regresarás a Roma algún día, no obstante, te lo aseguro.

—¿Tengo alguna alternativa? —preguntó Licia con aspereza.

—Me temo que no, desde luego.

—Acepto entonces —concedió finalmente sabiendo que no tenía otra opción.

A Gerontius se le dibujó una sonrisa que arrugó sus duras facciones. Le gustaba cerrar tratos ventajosos y este se lo parecía, sin duda.

—Bien. Buena elección. —Se acercó a ella, y en un tono casi paternal no pudo evitar preguntar con cierta curiosidad malsana, dejando caer su interrogación como algo casual—: Tu amigo, aquel con el que viajabas… ¿Seguisteis juntos vuestro camino?

Licia se sobresaltó. El recuerdo de Antonino regresó a ella como una sacudida. Decidió ser prudente.

—No —contestó secamente, mirando a su interlocutor mientras la rodeaba observándola.

—Me alegro —dijo—. Está muerto. No sobrevivió. Nadie lo hace si se enfrenta a mí o me desafía. Recuérdalo —concluyó, estudiando su reacción.

Licia resistió el impacto de la noticia con gran sangre fría, aun cuando interiormente un cúmulo de emociones pugnaba por desbordarse. Se contuvo de una forma que hasta a ella misma le sorprendió. Estaba aprendiendo a dominar sus sentimientos. Gerontius se dio por satisfecho y llamó a la guardia. Un soldado acudió presto a obedecer sus órdenes, y Gerontius, antes de indicar con un gesto que se la llevaran, aún tuvo tiempo para una última indicación.

—En mi casa hallarás alguna esclava que me ha sido regalada en estos días. Quizás pueda servirte de ayuda. Recuerda, Licia: no somos eternos, y estamos en manos de los dioses, quienes quiera que sean.

Aprovecha tu oportunidad. Hasta ahora parece que has sabido hacerlo.

Y se giró, dando por concluida aquella entrevista.

Licia sopesó la situación con calma. La *domus* no era demasiado grande. Un atrio relativamente modesto daba paso a un peristilo que enmarcaba un jardín descuidado. Algunos de los postigos que cubrían las escasas ventanas que permitían el acceso de la luz a las diferentes dependencias se encontraban desajustados y toda la casa aparentaba abandono o huida precipitada. Había tarea que hacer si quería mantener su mente ocupada y razonablemente serena para planear su siguiente movimiento. Tres soldados vigilaban la única entrada, y, según se le había indicado, no se le permitiría salir sin tal escolta. Mientras se encaminaba hacia la estancia que hacía las veces de *triclinium,* escuchó unos pasos tras ella. Se volvió. Una mujer ligeramente pelirroja, de aspecto indómito y un rostro que denotaba los recuerdos de un evidente sufrimiento, se paró junto a ella. Inclinó la cabeza y sin esperar indicación alguna se presentó, hablando en un más que aceptable latín con resonancias del norte.

—Buenas noches, ama. Se me ha encargado que te atienda en todo momento. Estoy aquí para servirte en lo que necesites.

Licia se sorprendió por unos instantes, pero recordó las palabras de Gerontius. Enseguida se hizo cargo de la situación.

—Gracias. Me vendrá bien algo de ayuda. ¿Cuál es tu nombre, esclava?

—Rudilia es mi nombre. Antes todos me llamaban Marcia. Desde que me casé cerca del Rhenus hace años. Pero ahora él está muerto y mis hijos también. —Dejó vagar en el infinito su mirada, y sus ojos, secos de lágrimas, se cerraron—. Pero para mi ama seré Marcia de nuevo, si lo prefieres.

—Está bien, Marcia. Así será. Acompáñame. Tenemos mucha tarea por delante. Quizás un baño sea un buen comienzo.

XXIV

Reencuentros

—Cayeron sobre nosotros como una jauría de lobos. De repente, justo cuando comenzábamos la marcha al amanecer. —Clodius hablaba sin pausa, vocalizando de manera tranquila pero firme, mientras sus interlocutores escuchaban su relato con alarma.

Se encontraban esperando a que fuera servida la cena en el *triclinium* de la casa, cuando llegó la noticia que hubieran preferido no conocer. Marco Fulvio ya había dado muestras de preocupación durante los días posteriores a la reunión en el Senado. Cuando el último carro que transportaba el oro en dirección al nordeste traspasó la Puerta Salaria, el senador sintió que a partir de aquel momento la vida de la ciudad estaba suspendida, pendiente de la suerte que corriera aquel pago humillante pero salvador. Junto con los soldados que custodiaban la preciada carga viajaba aquel hombre, Clodius, que durante los últimos meses había servido de enlace con Estilicón por recomendación de Lucio.

El antiguo *limitaneus,* con el cual consiguió contactar el veterano centurión rescatándolo de la molicie del campamento cercano a Rávena en el que dejaba pasar sus días, había conseguido despertar en él el afecto que surge de la lealtad. Los mensajes que regularmente traía desde la capital los mantenían al tanto de las intrigas que allí se desarrollaban, y conocían, por tanto, el cometido de Olimpius, cada vez más preponderante en el ánimo del emperador. También sabían de la angustia del propio Estilicón ante las numerosas acusaciones de connivencia con Alarico, que socavaban la voluntad de Honorio y minaban su confianza en el antiguo preceptor. Por eso resultaba fundamental que el rey godo aceptara no solamente el pago que iba en camino, sino el acuerdo de colaboración que Estilicón tenía pensado, para conseguir su apoyo militar frente al usurpador Constantino. Los problemas se agolpaban en la mesa del todavía hombre fuerte del Imperio, y la fragilidad de la situación otorgaba a aquel cargamento una importancia decisiva. Todo el entramado previsto para salvar al Imperio descansaba en frágiles acuerdos, conjeturas y proposiciones, que tan pronto parecían consistentes como se desvanecían en el aire, pendientes de la cambiante voluntad de los hombres. Por eso pensaron

que era una buena idea que aquel veterano del Rhenus se incrustara entre los soldados imperiales que protegerían el convoy. Portaba consigo un importante mensaje para Estilicón que debía ser entregado cuando se acercaran a Rávena, camino del Nórico, donde acampaba el ejército godo. En él, Lucio informaba al *magister militum* de lo que parecía ser la consolidación de un grupo de influencia poderoso en el Senado, completamente desafecto a los designios del gobernante. Lo avisaba igualmente de que nada sabían aún de Quinto y que comenzaban a estar preocupados por su suerte. Era necesario que Estilicón estuviera al tanto de que sus apoyos en Roma disminuían a gran velocidad. Por ello resultaba fundamental que aquel último intento de salvar la estabilidad del Imperio tuviera éxito. De fracasar, nada impediría que los aún dubitativos senadores que se resistían a respaldar completamente la rebelión contra aquella política de apaciguamiento se decantaran finalmente por apoyar la opción bélica que representaban Lampadio y su grupo, probablemente bien recompensados por Olimpius. De triunfar el criterio defendido por este, la suerte de Estilicón estaría definitivamente echada.

Sin embargo, allí se encontraban ahora, escuchando el relato de la desgracia que tanto habían temido desde que se impusiera la opción de cambiar los preparativos de custodia del cargamento. Clodius presentaba el aspecto sereno e inmutable que siempre mantenía ante cualquier situación; sin embargo, la dureza de sus palabras consiguió sobrecoger el ánimo de Marco y Lucio, que esperaban ansiosos a que el veterano soldado terminara de informarlos sobre unos hechos que, con total seguridad, condenaban a la ciudad de Roma a enfrentarse a un período de incertidumbre y peligro que no había conocido desde las lejanas invasiones de los galos, en épocas ya demasiado antiguas como para recordarlas con temor.

—El comandante de la guardia había dispuesto la noche anterior que, de madrugada, la *vexillatio* principal se adelantara para despejar el camino de posibles obstáculos o emboscadas. A todos nos resultó razonable la medida, si bien hasta su regreso los carros solo estarían vigilados por unas pocas decenas de hombres.

El discurso de Clodius resultaba desapasionado en el tono, pero presentaba los hechos de una manera tan directa que atrapó la atención de sus interlocutores. Continuó:

—Y así se hizo. No habían comenzado a despuntar los primeros rayos de sol cuando la tropa seleccionada ya se alejaba del campamento que habíamos levantado para pernoctar. Por mi parte, al poco tiempo de su partida, me alejé menos de una milla para acercarme a un arroyo cercano en busca de agua. Fue entonces cuando escuché los primeros gritos de alarma. —El antiguo *limitaneus* suspiró —. Corrí tan rápido como me lo permitieron mis cansadas piernas.

Cuando llegué, todo estaba terminando. Algunos de los soldados yacían muertos junto a sus tiendas, casi sin haber tenido tiempo para armarse y afrontar el ataque.

»Otros se alejaban sin apenas haber presentado batalla, tal era la desproporción de efectivos. Me oculté tras unas rocas, lo confieso. —Miró avergonzado a Lucio—. Sabes que siempre he sido un hombre práctico, pero no creo que nadie me pueda acusar de cobardía, como bien conoces. —El centurión asintió—. Sin embargo, tuve claro que si intervenía habría muerto al instante. Pude, por tanto, observar cómo los asaltantes permanecían embozados en todo momento mientras se hacían con el control de los carros. No parecían soldados, al menos en cuanto a que no vestían ningún tipo de elemento distintivo, pero…

—¿Pero? —preguntó con curiosidad Lucio.

—Pude reconocer algunas de las monturas, centurión. Los arreos que utilizan algunas *vexillationes* de la guardia imperial son muy característicos. Eran los mismos caballos. Estoy seguro.

—¿Los mismos caballos?

—Los que montaban algunos de los soldados que hasta entonces habían custodiado el cargamento. Los que habían partido al amanecer. Eran ellos. Estoy convencido. No sé si todos, pero algunos pertenecían al escuadrón que nos había acompañado desde Roma.

Un espeso silencio se hizo entre los tres contertulios. La magnitud de la revelación hizo que Lucio y Marco permanecieran mudos, reflexionando para sí sobre las consecuencias de todo aquello. Los esclavos que hasta entonces servían la comida en el *triclinium* de la casa habían percibido la excepcionalidad del momento y se habían retirado de la estancia prudentemente. Aquella visita, sin duda, inesperada que había alterado tanto a su amo presagiaba graves acontecimientos, y en esos momentos únicamente se escuchaba el tintineo del agua de la pequeña fuente cuyo caudal brotaba en el centro del patio interior de la *domus.* El calor del incipiente verano ya se hacía notar en Roma, y ni siquiera el habitual canto de los pájaros que anidaban en los recovecos del peristilo interrumpía el pesado silencio que se había adueñado de la casa.

—Come, Clodius —le sugirió solícito el senador—. Tendrás hambre, tras este viaje de regreso.

El *limitaneus* miró por un momento los recipientes que se encontraban en la pequeña mesa situada entre los reclinatorios ubicados en forma de U. Unos lomos de pescado blanco recién traído desde los muelles del puerto esperaban a ser sazonados con la salsa *garum,* que tanto gustaba a los habitantes de Roma y que desagradaba profundamente a su paladar de hombre del norte. Rehusó con un breve ademán.

—No, gracias, senador. No tengo hambre. Necesitaría descansar,

desde luego. No he dormido durante los dos días de marcha hasta aquí.

—Clodius —intervino Lucio—, ¿estás seguro de lo que has afirmado? La acusación es muy grave.

—No se trata de una acusación, centurión. Ni siquiera es una certeza absoluta. Podría ser una casualidad, pero puedo asegurar que esas monturas solamente sirven en las tropas regulares. No eran simples bandoleros. Desconozco si eran los mismos hombres que nos habían acompañado hasta entonces, pero, desde luego, no eran vulgares salteadores. Querían parecerlo seguramente, pero ¿por qué habrían de conocer tan exactamente nuestra situación? Hasta ese día no observé a nadie que nos siguiera, y en el trayecto únicamente nos topamos con comerciantes y viajeros inofensivos.

—Para mí es una prueba definitiva —cortó Marco con firmeza—. Todo lo que ha ocurrido estaba decidido de antemano —dudó—, y Lampadio lo sabía. Ha utilizado como pantalla de sus intenciones al inútil de Prisco Átalo, dócil como un cachorro cuando intuye posibles beneficios, pero ha sido él. Estoy seguro. Él urdió el cambio de la protección de los carros, aunque de alguna manera estoy convencido de que no fue suya la idea. Es orgulloso pero prudente. Solo actúa si sabe que va a ganar algo a cambio de su esfuerzo. Estaba resentido por su derrota en la sesión en la que Estilicón consiguió que se aprobara la entrega del oro, y ha aguardado su revancha. Vienen malos tiempos para esta ciudad, Lucio. Lo que ha ocurrido no es sino la consecuencia de la lucha por el poder que se desarrolla en Rávena. —Se puso en pie pesadamente—. El problema es que me temo que será el Imperio el que pague las consecuencias de la ambición de algunos.

—Hay hombres que harían cualquier cosa por apartar a Estilicón del mando, sin importarles lo que suceda a su alrededor —apuntó Lucio.

—Olimpius —afirmó Clodius.

—Olimpius, sí, pero tras él, esperando su momento, Flavio Constancio —señaló el senador—. Él es el verdadero halcón. Oculto, taimado e inteligente. Dejará que Olimpius intente enfrentarse a lo que, ahora sí, sin duda, se viene encima de este desgraciado imperio. Y cuando fracase, aparecerá él como el salvador. Honorio es cobarde y consentido. Un hombre sin escrúpulos que no tendrá duda en sacrificar ahora a Estilicón y posteriormente a quien haga falta.

—Das por sentado que Estilicón caerá. —La voz de Lucio reflejaba su preocupación.

—Ahora estoy seguro de ello —contestó Marco Fulvio—. Si el oro no llega a su destino, su suerte está echada. Los godos se sentirán estafados, y no dudo de lo que harán a continuación. Se encuentran en

una posición óptima para caer sobre Italia, y, francamente, aunque no creo que consigan tomar Rávena, no veo cómo podría hacérseles frente.

—Los hombres que Estilicón está preparando en Ticinum, aquellos antiguos soldados derrotados de Radagaiso.

—No, Lucio, no te engañes —le cortó el senador—. Esos soldados puede que peleen contra el usurpador a las órdenes de Estilicón, pero nunca lo harían frente a sus hermanos godos. De hecho, creo que en estos momentos la lealtad a Roma de esos hombres es más que dudosa. Me pregunto si resistirían un llamamiento a la lucha por parte de su nuevo rey. La situación puede llegar a ser angustiosa. Acosados por el norte, por el este y por el oeste. No creo que en Rávena sean conscientes de hasta qué punto está en juego nuestra supervivencia.

—El Imperio siempre ha salido de las situaciones complicadas, senador —apuntó, optimista, Clodius.

—Mi buen amigo, no dudo de que en el pasado hayamos tenido que afrontar momentos de zozobra, pero algo me dice que los tiempos de gloria están llegando a su fin. Para mí, no obstante, la vida tal y como quería vivirla ya no tiene sentido. La muerte de mi hija ha apagado mis últimos deseos de sobrevivir a estos días oscuros. Nada espero ya del poco tiempo que me resta. Todo el mundo conoce mi significación política. Para Lampadio y sus hombres soy un enemigo. Mis simpatías por Estilicón son del dominio público. No sobreviviré a esto. —Miró a su alrededor para intentar encontrar el consuelo en la visión de Mencia, pero la esclava se había apartado discretamente junto con el resto de la servidumbre. El anciano senador suspiró—. Me queda poco por hacer.

—No te rindas tan pronto, senador —interrumpió Lucio—. Aún estamos a tiempo de evitar lo que parece inevitable. Confía en Estilicón.

Marco Fulvio miró con indulgencia a su invitado. Sabía que ni siquiera él estaba seguro de que existiera esperanza, pero agradeció sus intentos de animarlo. Decidió no desilusionarlo.

—Confiemos, pues, querido amigo. Ahora, si no os importa, me gustaría retirarme a mi pequeño cubículo. Necesito descansar. Mañana toda la ciudad sabrá que el oro ha desaparecido, y los romanos puede que sean soberbios y egoístas, pero no son estúpidos. Intuirán que se avecinan tiempos de lucha. Debemos estar alerta. Disculpadme.

Marco abandonó la estancia y se dirigió con paso cansado hacia su dormitorio, ubicado al otro extremo del peristilo. Sabía que allí lo aguardaba, solícita, Mencia. Lo observaron mientras se alejaba. Clodius y Lucio se miraron durante unos instantes una vez que estuvieran a solas en el *triclinium.*

—¿Qué harás ahora? —preguntó el centurión.

—No lo sé. Yo también necesito descansar, desde luego. No creo que resulte prudente que emprenda de nuevo el viaje a Rávena. Al menos por ahora. Creo que me necesitaréis más aquí.

—Estoy de acuerdo, amigo mío. Creo que las cosas se van a poner feas, y el senador precisará toda la ayuda que sea posible. Me gustaría que no te separaras de él en lo sucesivo. La situación política va a cambiar, y él es demasiado despreocupado como para cuidarse por sí mismo.

—Cuenta conmigo. No me separaré de él, aunque espero que esa vigilancia no hiera su orgullo —sonrió por primera vez.

—No lo creo —contestó Lucio también con una sonrisa—. No quiere vivir, pero aún se sabe útil para Roma. Lo entenderá y lo agradecerá.

Unos pasos apresurados interrumpieron la conversación de ambos hombres. Un esclavo se acercaba a ellos portando en sus manos un objeto que sujetaba con torpeza. Se mantuvo expectante en el quicio de la puerta sin atreverse a intervenir. Lo miraron con sorpresa.

—¡Habla! ¿Qué quieres? —preguntó de forma abrupta Lucio, molesto por la interrupción.

—Mi señor —contestó balbuciendo el esclavo—, fuera hay un hombre que dice conocerte. Su aspecto no me ha infundido confianza, y no he querido permitirle el paso —dudó—. Parece un mendigo.

—Pues échalo de aquí. Todo el mundo abusa de la generosidad del senador.

—Me ha dado esto para que te lo entregara. —Le tendió el objeto que portaba—. Ha dicho que lo reconocerías.

Lucio se acercó y cogió con sus manos el antiguo puñal legionario que se le ofrecía, enfundado en una tosca vaina de cuero sin repujados ni adornos. Una vieja arma que identificó al instante.

—¿Quién te ha dado esto? —preguntó con ansiedad.

—El hombre de la puerta. Aguarda fuera —contestó el esclavo, atemorizado ante el brusco cambio de actitud de Lucio.

El centurión salió corriendo hacia el atrio con el puñal en la mano, ante la mirada sorprendida de Clodius. Fue hacia la puerta de entrada, donde otro esclavo permanecía vigilante observando con desconfianza a la figura que, cubierta con una vieja capa y capucha sobre la cabeza, esperaba de pie en la calle. Cuando vio aparecer a Lucio en el quicio, se descubrió y una sonrisa iluminó el rostro barbado y anguloso desde el cual unos ojos claros mostraron con su destello acuoso la emoción que hasta entonces había permanecido contenida.

—¿No me reconoces, querido amigo? —preguntó aquel hombre, con la voz entrecortada.

Las columnas que sustentaban el modesto atrio de entrada fueron testigo mudo del abrazo con el que ambos compañeros de armas

celebraron aquel encuentro, mientras tras ellos las puertas de la casa se cerraban emitiendo un crujido seco. Lucio miró a su amigo con afecto y sorpresa al tiempo que mantenía las manos asidas a los hombros de su antiguo general.

—Querido Quinto, tienes un aspecto horrible. Lo sabes, ¿verdad? —Una risa franca acompañó estas palabras, que camuflaban con camaradería el sincero afecto con el que eran pronunciadas.

—Tú, sin embargo, te conservas bien. Se ve que las privaciones no parecen hacer mella en ti. —Miró a su alrededor, contemplando la ostentosa decoración de la casa, mientras mantenía un gesto de burla —. Me alegro de verte, Lucio. Ha pasado mucho tiempo.

—Demasiado, general. Demasiado tiempo y demasiados acontecimientos.

—Lo sé —interrumpió Quinto—. Creo que toda la ciudad sabe en estos momentos que el oro cuya entrega me anunciaste en tu carta se ha perdido. —Lucio escuchaba asombrado—. Por lo visto, ha habido supervivientes, y por las calles no se habla de otra cosa. Tengo que decir que no veo a los romanos demasiado alarmados por ello. Bendita inconsciencia.

—¿Se alegran? —preguntó el centurión con curiosidad.

—Más bien sienten que el orgullo se ha salvado. Probablemente no comprenden nada. En fin, quizás yo tampoco. Estoy cansado.

—Debes de estarlo, amigo mío. Tenemos muchas cosas de las que tratar, pero quizás antes de que te acomodes deberías ver algo.

Condujo a Quinto por el peristilo hasta el *triclinium,* donde esperaba Clodius, quien por fin se había decidido a probar algo del vino que se había servido en unas jarras ricamente decoradas.

—Quinto, un viejo conocido se encuentra entre nosotros.

Señaló con un ademán de su brazo, indicando el lugar en el que el veterano *limitaneus* los aguardaba. Quinto se quedó paralizado por unos instantes antes de dar un paso en dirección al hombre que comenzaba a esbozar una sonrisa franca.

—¡Por los dioses! Clodius, ¡tú aquí!

Se abrazaron con afecto. Quinto lo miró fijamente a los ojos mientras se separaban.

—General, no es prudente invocar a los antiguos dioses en un hogar cristiano. Me alegro de verte. Veo que la herida aún te respeta.

—Gracias a ti aún vivo, y, aunque camino como un viejo lisiado, al menos aún permaneceré en esta tierra durante mucho tiempo. O eso espero —rio francamente.

Se encontraba feliz por aquel reencuentro. De repente, sintió que el lacerante dolor de la soledad desaparecía por unos instantes. Recordó fugazmente los momentos vividos en compañía de aquellos hombres desde las lejanas y frías tierras del norte y notó en su interior la

reconfortante presencia de la amistad.

—¿Y Cayo Verón? ¿Y aquel joven explorador que nos acompañaba? ¿Qué ha sido de ellos? —preguntó con la curiosidad de un niño.

—Cayo y Marcus, junto con los jinetes sármatas que sobrevivieron, se encuentran acantonados en Rávena, encuadrados en una nueva legión de *comitatenses* que se está creando para guarnecer la zona. Nada más sé de ellos —aclaró Clodius, y dio un trago de la jarra de vino que había vuelto a tomar en sus manos.

—Yo he recuperado a este hombre, como puedes ver. Es nuestros ojos en la corte y nuestro correo con Estilicón. No podemos confiar en mucha gente en estos momentos. Él ha sobrevivido al ataque al transporte del oro. Precisamente, nos estaba contando lo que sucedió.

Quinto lo miró, extrañado.

—¿Viajabas con el cargamento? —le preguntó.

—Nada pude hacer. No estoy especialmente orgulloso de haber sobrevivido, pero no habría tenido ninguna oportunidad —aclaró el *limitaneus* manteniendo la mirada del general.

—Nadie te está acusando, Clodius —terció Lucio—. Todos habríamos hecho lo mismo. Elegir la muerte no siempre es lo más inteligente.

Observó la reacción de Quinto ante estas palabras. No las había pronunciado pensando en él, desde luego, pero conocía la susceptibilidad de su amigo. Afortunadamente, no distinguió gesto alguno que denotara malestar.

—No he querido ofenderte, Clodius. Nunca lo haría, habiendo vivido lo que yo he vivido. He aprendido en estos tiempos a ser comprensivo con las decisiones ajenas, especialmente con las que atañen a las relacionadas con la vida y la muerte. Ya nunca juzgo.

—No me he sentido ofendido, general. Creo que mi presencia aquí es más importante que tendido boca abajo sobre la tierra, a merced de los buitres.

—Sin duda —intervino Lucio—, pero cuéntanos, querido amigo —dijo, dirigiéndose a Quinto—, ¿desde cuándo estás en Roma? Tengo que confesarte que casi te dábamos por muerto.

—No me extraña que lo hayas pensado. Yo mismo he creído en muchas ocasiones que me había llegado la hora. Entré en Roma hace ya varios días —el centurión mostró su sorpresa—, pero antes de venir a esta casa he estado deambulando por la ciudad. Necesitaba conocerla, sentir qué se sentía en el ambiente, cuál era la percepción de los ciudadanos y la mía sobre este lugar, y, sobre todo… —Hizo una pausa—. Sobre todo, quería estudiar sus defensas.

—¿Y cuáles han sido tus conclusiones? —preguntó Lucio.

—Son impresionantes. Las murallas. Son sólidas y están magníficamente construidas, pero…

—¿Pero?

—Pero apenas he visto soldados en ellas. Tengo la sensación de que en Roma no se es consciente del peligro que la acecha. He percibido en sus habitantes una enorme despreocupación. Y, sin embargo, lo que he vivido en el campamento de Alarico es un impulso bélico, un afán de revancha y una desesperación que será difícil de combatir únicamente con estos muros.

—Explícate, general.

Lucio utilizaba el grado militar de su amigo únicamente en los momentos en los que percibía una situación de peligro o gravedad.

—Puedo hacerlo. Lo veía claro desde el momento en que me permitieron abandonar su campamento, pero ahora lo percibo con más fuerza. Estoy convencido plenamente después de la noticia sobre el robo del oro. Estilicón no tiene ya ninguna posibilidad de sobrevivir. Su caída es inminente, y debemos estar preparados para ello. Alarico ya tenía dudas, aun cuando confirmó por tu carta la aprobación del pago que había exigido. —Lucio frunció el ceño. Imaginaba que su misiva podría haber caído en manos del enemigo, pero la confirmación de este hecho le preocupó—. Sin embargo, él quería más. Quería un cargo oficial en el Imperio y un lugar en el que asentar a su pueblo. Alarico es un hombre razonable, creedme, y sus pretensiones no me parecen descabelladas en estos momentos.

»He podido estudiar a sus soldados durante este tiempo, y es una fuerza formidable. Sabe tratarlos, y lo siguen porque creen en él como nunca han creído en ningún otro de sus reyes. Estilicón lo sabía, como sabía también que ese contingente podría ser la solución para combatir las invasiones del Rhenus y la rebelión del traidor Constantino. Sin su aportación, las fuerzas imperiales difícilmente podrán desplegarse con eficacia en todos los frentes. Pero me temo que Honorio no accederá. Alarico lo sabe, y por eso se desplazó hacia el norte. Ahora, sin el oro, sin cargos, sin tierra, caerá sobre Italia.

—Pero Roma está lejos —intervino dubitativo Clodius.

—No lo suficiente, amigo mío. Rávena es inexpugnable, con los pantanos que la rodean, y creo que Alarico no perderá el tiempo asediándola. Es un hombre práctico. Invadirá la península e irá directamente hacia Roma. Es su forma de presionar al emperador.

—A Honorio Roma no le importa demasiado —observó Lucio.

—Probablemente, pero tampoco puede permitirse la humillación de perder el corazón del Imperio. Lo cierto es que tenemos poco tiempo para prepararnos. Yo no esperaría nada de la inteligencia de personas como Olimpius y sus aduladores. Ellos siguen viviendo en un pasado que ya nunca más volverá, y solamente les importa alcanzar el poder, aunque este acabe por limitarse únicamente a la propia Rávena.

—Es cierto. No tenemos mucho tiempo.

La voz de Marco Fulvio resonó de repente en la estancia, vibrante y decidida. No lo habían visto entrar. Había escuchado desde el quicio de la puerta la última parte de la conversación sostenida entre aquellos tres hombres, sin decidirse a interrumpir hasta ese momento.

—Senador —intervino el centurión con agilidad, intentando componer un gesto solemne—, te presento a Quinto Flavio, general de las legiones Septimani y Martis, antiguo *magister militum praesentialis* en el Rhenus.

El rostro de Quinto se ensombreció brevemente ante la mención de hombres y cargos que ya no existían. Pero, haciendo un esfuerzo de voluntad, aceptó la sonrisa con la que el anciano senador lo obsequiaba.

—Bienvenido a mi casa, Quinto Flavio. Es un honor para mí recibir a un verdadero soldado de Roma.

—El honor es mío, senador —contestó Quinto, conmovido por conocer al fin al padre de la mujer a la que había amado.

Marco Fulvio no se entretuvo con formalidades. Había escuchado la conversación y de alguna manera, quizás debido a la ayuda de las atenciones de Mencia o a causa de un súbito momento de lucidez, su ánimo se había recuperado. Habló a sus invitados.

—Como dice el general, no tenemos mucho tiempo. Estoy de acuerdo con todo lo que he escuchado de su boca. La época de Estilicón ha acabado. El robo del oro precipitará los acontecimientos, y debemos estar preparados, porque no se trata solamente de esta ciudad, sino de todo el Imperio. Es necesario actuar, y lo haremos, pero sed conscientes de que en adelante habremos de estar vigilantes. Si cae el generalísimo, vendrán en nuestra búsqueda. Nos hemos significado demasiado en su favor, y Honorio no se caracteriza precisamente por su piedad. Con la ayuda de Dios todopoderoso aún podremos afrontar la situación. Quinto, necesitaremos de tu colaboración y de tu experiencia de mando. Pero antes… —Esbozó una sonrisa que relajó el ánimo de sus interlocutores—. Antes deberás parecer de nuevo un soldado de Roma.

XXV

Todos deben morir

Las pisadas resonaron sobre el mármol del pavimento, apresuradas, casi angustiosas, heraldo sonoro de malas noticias. Estilicón levantó la vista de la nota que acababan de entregarle, en la que sus informantes le comunicaban que Alarico y su pueblo habían descendido por fin de las montañas del Nórico y se adentraban en la península. Se secó el sudor de la frente. Hacía calor, mucho calor en aquella tarde de agosto en la que Rávena había amanecido dominada por los rumores, sin confirmar, que hablaban de decenas de miles de invasores bárbaros que se acercaban sin oposición hacia la capital. Ahora él tenía la certeza de que aquellos rumores eran ciertos. Las noticias de la desaparición del oro se habían extendido por la ciudad hacía ya más de un mes, y era de esperar que aquel acontecimiento hubiera llegado a oídos del rey godo al poco tiempo.

Por eso, el aún *magister militum* estaba seguro de que aquellos pasos apresurados que ya sentía al otro lado de las paredes de su estudio le anunciaban el fin de su ya largo camino al mando del Imperio. Enrolló con calma el mapa que había desplegado sobre su mesa aquella mañana, cuando había regresado apresuradamente, sin dormir, de su visita a las tropas acantonadas en Ticinum, avisado de que graves acontecimientos se producían en la corte. Ahora ya todo daba igual. Escuchó los golpes a la puerta de su estancia y se dirigió con calma hacia su destino. Cuando abrió la pesada hoja, el rostro congestionado de uno de sus ayudantes lo miró con angustia.

—Mi señor, ¡ya vienen! ¡Ya vienen! ¡Debes huir cuanto antes! ¡Aún estás a tiempo!

—Cálmate, mi buen Dámaso, cálmate. ¿Quiénes son los que ya vienen? Serénate o acabaré por no entenderte.

Estilicón intentaba mostrar tranquilidad, la que siempre había mantenido en los momentos de incertidumbre y que sabía que era una de sus más preciadas cualidades.

—Ellos, la guardia imperial, señor. Vienen a por ti.

—Tranquilo. —Lo agarró por los hombros con firmeza, pero sin violencia—. Cuéntame. Cuántos son y dónde están en estos momentos.

—Estarán aquí en poco tiempo, señor. Cuando los he visto, yo

regresaba del *macellum,* y todo el mundo se apartaba a su paso. Son muchos, no podría decir cuántos. He sabido que se dirigían hacia aquí, porque he reconocido al general Flavio Constancio al mando. No lo he dudado y he apurado el paso. Nadie guarda este palacio. Señor, tienes que escapar, pronto.

—Has hecho bien, Dámaso. —Se tranquilizó, asumiendo con resignación que su hora había llegado—. Escúchame con atención ahora. Mi mujer y mi hijo están en mi casa. Corre hacia allí y avísalos. Deben huir de la ciudad al instante. No tienen que esperarme. Me quieren a mí, no a ellos. No permitas que se retrasen, ¿me oyes? ¡Corre y avísalos!

El sirviente dudó unos instantes, pero pronto comprendió la urgencia de su nuevo cometido. Se dio la vuelta y comenzó a desandar el camino recorrido. Cuando ya descendía por los escalones de piedra que separaban aquella planta del patio inferior, escuchó la voz de Estilicón a sus espaldas.

—Diles que no se preocupen por mí, que no teman. Diles que siempre estarán en mi corazón.

Dámaso sintió un escalofrío al oír esas palabras, pero no paró su marcha, no volvió la mirada. De haberlo hecho, habría visto la determinación reflejada en el rostro del mandatario. El generalísimo no perdió el tiempo. Se ciñó su espada sobre la túnica y, desplazándose sin forzar el paso, se dirigió hacia el fondo del corredor que comunicaba su despacho con otras dependencias de la planta. Al final del pasillo, abrió una pequeña portezuela y bajó apresuradamente las escaleras de caracol que descendían hasta una salida de servicio que se abría a un estrecho callejón. Miró a ambos lados y, una vez que se hubo asegurado de que nadie lo había visto, se encaminó hacia la pequeña iglesia de San Juan, una construcción antigua que se había aprovechado para consagrar el templo a la nueva liturgia. Las puertas se encontraban abiertas, y fue en el preciso instante en el que traspasaba su umbral cuando uno de los soldados de la guardia imperial, que ya había penetrado en el interior del pequeño palacio que servía a Estilicón de lugar de trabajo, lo vio desde el gran ventanal que se abría en su fachada posterior.

Al poco tiempo, los hombres comandados por Flavio Constancio rodeaban la iglesia. En su interior, el *magister militum* permanecía en pie con la espada desenfundada, mirando hacia la puerta, ya atrancada. Sintió un gran vacío. Allí, en aquel momento, sopesó los sacrificios que había tenido que soportar para intentar guiar aquella pesada nave que ahora amenazaba con hundirse, después de todo. Recordó con añoranza el rostro de su esposa, Serena, y el de su hijo, Euquerio. Demasiadas horas robadas al cariño. Su hija, la esposa del emperador, sacrificada a la infelicidad quizás por un sueño de gloria

que creyó afianzar con aquel matrimonio. Bajó la espada. Fue entonces cuando escuchó la voz, clara y nítida, desde el exterior.

—General, ¡tienes que acompañarnos! —gritó desde fuera Flavio Constancio—. No debes temer nada, porque nada debe atemorizar a quien esté libre de culpa. El emperador quiere verte y aclarar las acusaciones que han llegado a sus augustos oídos. Él no cree en tu traición, pero es necesario que lo escuche por sí mismo, y está convencido de que todo lo que se habla en la corte no son más que falsedades. —La voz cesó de repente, de la misma forma abrupta con la que había irrumpido en aquel recinto sagrado.

Estilicón permaneció en silencio. Sabía que todo estaba perdido. Su muerte ya estaba decidida. De repente, lo invadió una hermosa tranquilidad. Se encontraba en paz con su conciencia. Nadie derramaría ya su sangre por él, ni él lo pretendía. Quizás fuera mejor así. Había sido un hombre leal, leal a su linaje y leal a su emperador. Aquel a quien cogía de la mano cuando, en su niñez, el miedo le impedía conciliar el sueño; aquel a quien enseñó las primeras letras y al que mostró los primeros deberes de su cargo. Aquel niño que era ya el hombre que iba a ordenar su muerte. Que así fuera. Que no hubiera una masacre. Que la vida continuara.

Abrió la puerta con decisión. Cuando su figura se recortó en el dintel, un silencio mezcla de temor y de respeto se adueñó del lugar. Estilicón avanzó unos pasos y mostró a Flavio Constancio su espada, depositada sobre las palmas de sus manos.

—No ha de haber más muertes —dijo con voz firme.

Y las calles enmudecieron, mientras la guardia llevaba al preso camino de palacio.

—¡Lo tenemos!

La noticia no pareció sorprender a Olimpius, quien levantó la vista de uno de los pergaminos que se encontraba hojeando con aparente atención, simulando molestia por haber sido interrumpido con un asunto que, dada su reacción, podría ser una cuestión banal.

—Bien —contestó escuetamente—. Continuad con todo lo que habíamos planeado. —Volvió a su lectura.

—Una cosa más. —El guardia que le había traído la novedad se detuvo cuando ya estaba saliendo de la estancia—. ¡Todos! —completó Olimpius con voz firme—. Todos deben morir.

Y el *magister officiorum* sonrió satisfecho cuando escuchó las pisadas del soldado bajando las escaleras y volvió a quedarse solo.

—Mi señora, ¡no tenemos tiempo que perder! Debemos marcharnos ya.

Dámaso asistía con nerviosismo a la apresurada despedida que Serena, la esposa de Estilicón, intentaba que no resultara el reflejo de la situación angustiosa que realmente era. Sus damas lloraban desconsoladas agarrando su túnica, tratando de impedir su marcha, mientras su hijo Euquerio observaba la escena con sorpresa no exenta de cierta inquietud. El sirviente del destituido gobernante miraba con ansiedad a la mujer, que, ahora sí, había conseguido al fin alejarse del personal de su casa. Apresuraron su paso a través del patio de la vivienda, acompañados únicamente por dos criados que portaban el equipaje imprescindible para el largo viaje. De repente, unos fuertes golpes hicieron tambalear la puerta de entrada. Los dos esclavos que la custodiaban miraron a su ama con gesto de interrogación. Serena comprendió que no habría escapatoria posible. Asintió y las puertas se abrieron. Por ellas penetró un tropel de soldados de la guardia imperial. Sin mediar palabra se abalanzaron sobre el grupo. En unos instantes, todo había terminado. Serena intentó proteger a su hijo con su cuerpo, pero fue en vano. Ambos se desplomaron, abrazados, allí donde las espadas de los guardias les habían arrebatado la vida. Dámaso, petrificado, apenas compuso un gesto de sorpresa cuando vio cómo la punta de una lanza penetraba en su vientre. Arrodillado, solo pudo retener durante unos instantes la visión de la sangre de todos ellos empapando el mosaico del atrio donde les sorprendió la muerte.

Pronto, la voz se escuchó por todas las esquinas del campamento; el grito que anunciaba que Estilicón había caído. Mientras el tumulto ocasionado por la noticia se iba extendiendo, una ola de odio fue traspasando los límites que hasta entonces la disciplina había contenido. En un corto espacio de tiempo, las acusaciones de traición hacia el antiguo generalísimo dejaron de ser conjeturas para convertirse en una realidad incontestable en la mente de una turba armada que ya se disponía, libre de contención, a imponer la justicia de la masa sobre quienes consideraba los responsables de la decadencia que asolaba al Imperio. Los recelos, los supuestos agravios, los rencores a duras penas escondidos salieron ahora a la luz con toda la fuerza que el odio es capaz de imprimir en las acciones de los hombres cuando no existe el temor al castigo. Cayo Verón dormitaba en su tienda cuando Marcus entró presa de una gran excitación.

—¡Estilicón ha caído! —le gritó, zarandeándolo con fuerza.

El antiguo *limitaneus* se despertó, y, cuando tuvo plena conciencia de la noticia, un extraño brillo se apoderó de su mirada. Había

esperado ese momento desde que su vida cambió en el Rhenus. Durante todo ese tiempo se había ido convenciendo de que la muerte de su familia tenía un único responsable. El *magister militum* lo era plenamente para él, al haber permitido ser condescendiente con los invasores. Lo era igualmente por haberse rebajado a tratar con aquellos godos que ahora invadían el Imperio. Lo era, en definitiva, porque así habían querido que lo sintiera. Pero no había en Cayo vestigio alguno de pensamiento racional. La ira dominaba cada momento de su existencia. Ira cuando recordaba a Marcia, su esposa, y a sus hijos, muertos todos ellos, a su entender, por la negligencia de aquel hombre que, además, permitía que unos godos derrotados se alistaran al servicio de Roma, mientras sus familias paseaban libres por Rávena. Él ya no tenía vida, pero las de aquellas mujeres y niños le recordaban, cada vez que escuchaba sus conversaciones, sus risas, sus cantos y sus juegos, los que él ya nunca iba a poder compartir. Un furor inusitado se apoderó de él. Se levantó como accionado por un resorte del camastro en el que se encontraba tendido y miró a Marcus.

—Ven conmigo —le dijo.

Y sin esperar su respuesta, cogió su espada, se la ciñó sobre su túnica militar y salió al encuentro de los numerosos grupos que ya se dirigían, amenazantes, con sed de venganza, sobre los desprevenidos campamentos en los que habitaban los familiares de los godos derrotados de Radagaiso.

Las puertas de madera se abatieron al primer empuje. Los guardias que custodiaban el recinto se hicieron a un lado cuando observaron a la masa enfurecida que se acercaba y, contagiados por aquella fiebre, entraron en tropel junto con los asaltantes en el lugar donde se había concentrado a los centenares de mujeres y niños godos que en aquel momento preparaban en improvisados grupos la comida del día. No hubo piedad, y ningún gesto que denotara caridad o clemencia hizo acto de presencia cuando, entre un coro de gritos de terror, los soldados cayeron sobre aquella multitud indefensa y desprevenida. Madres aferradas a sus hijos imploraban clemencia en el tosco latín que estaban comenzando a aprender, mientras eran violadas, golpeadas o asesinadas. Los llantos de terror de los niños a los cuales se les cercenaba la vida de forma inmisericorde se mezclaban con los aullidos de la soldadesca, alimentando su furia homicida. Nada se respetaba. Todo era sangre y violencia, muerte y destrucción.

Marcus asistía a todo aquello sin poder articular palabra. Seguía a Cayo en su impulso homicida, sin desenfundar siquiera su espada, paralizado por tanto horror. Su mente juvenil no alcanzaba a comprender el porqué de tanto odio acumulado. Sentía cómo cada imagen le arrebataba algo de su ya lejana inocencia. Ni siquiera había lugar para las lágrimas, y empezó a percibir cómo la punzada de la

locura, súbita y lacerante, se apoderaba de él. Desesperado, se tapaba los ojos buscando un lugar donde pudiera conseguir que desapareciera ante él toda aquella barbarie. Mientras tanto, Cayo Verón se convertía en un despiadado asesino que levantaba una y otra vez su espada chorreante de sangre de inocentes, que morían ante su indiferencia, poseído por una enajenación que nublaba y hacía dispersarse cualquier atisbo de empatía sobre aquellos seres a los que acuchillaba sin pausa.

Pronto, sobre el recinto se abatió el pesado manto de un silencio ignominioso. Ardían algunas toscas cabañas, y los lamentos y gemidos que se podían aún escuchar eran pronto cortados por el filo de una espada o la punta de una lanza. En poco tiempo, los soldados, saciada ya su sed de venganza irracional, fueron abandonando el campamento. Marcus, agazapado en una esquina, contempló cómo algunos de los asaltantes llevaban consigo, inertes, aparentemente sin vida, los cuerpos de las mujeres que habían considerado más hermosas, decididos a continuar su orgía de destrucción. Se levantó torpemente y trató de buscar a Cayo con la mirada. Cualquier atisbo de vida había desaparecido del lugar, y únicamente algún perro hambriento se paseaba entre los cadáveres, tentado ante la promesa de ser saciado. Anduvo unos pasos tambaleándose entre fuertes arcadas. Entonces lo vio. Estaba sentado en el suelo, con la espada ennegrecida por sangre seca entre sus piernas. Observaba ante él los cadáveres de una madre y sus dos hijos. Permanecía absorto, con la mirada perdida, contemplando el horror en la expresión de aquellos que habían vivido hasta que su mano se abatió, presa de la locura de su mente, sobre ellos. Marcus se acercó a su amigo y protector. Cuando Cayo percibió su presencia, sintió un escalofrío, y, como liberadas por un destello de angustia, de sus ojos comenzaron a brotar las lágrimas, trazando surcos sobre la costra de sangre y ceniza que cubría su rostro. La mano temblorosa del joven explorador se posó sobre el hombro de aquel personaje atormentado, intentando aportar un consuelo que precisaba para él mismo. Cayo bajó la cabeza, y aún pudieron escucharse unas palabras entre los sollozos.

—Volvamos a casa, Marcus. Vayámonos de aquí para siempre.

En tres días, la noticia de la caída del estadista llegó a Roma a través de varios mensajeros despachados al efecto. Uno de ellos acababa de entregar su carta a un hombre que aguardaba acontecimientos, oculto en su apartada residencia de un modesto barrio de la urbe. Juvenus leyó el mensaje y reflexionó unos instantes. Escribió unas líneas de forma apresurada y entregó la nota al jinete, que esperaba sus

instrucciones. Mientras escuchaba el sonido de los cascos del caballo golpeando la piedra de la calle, alejándose, se quedó pensativo. Al fin, decidido, se ajustó la túnica con gesto satisfecho y murmuró para sí:

—Es el momento. —Y se encerró en sus habitaciones con la intención de continuar escribiendo.

Había caído la noche sobre la ciudad y Marco Fulvio se encontraba desvelado por el calor. Tras una larga jornada, los rumores alarmantes que le llegaban le anticipaban malas noticias, a las que se resistía a dar crédito. Abandonó la compañía del cuerpo de Mencia apartando suavemente el brazo que, en su profundo sueño, había dejado descansar sobre su pecho y se incorporó. Sintió la leve brisa nocturna de aquella noche de verano, cuando atravesó el patio en dirección al *oecus* de la vivienda. Allí, sobre su mesa de trabajo continuaban, esperándolo, las cartas y documentos que aún no había tenido tiempo de leer ni estudiar. Hizo saltar una pequeña chispa para encender la lámpara de aceite que iluminara la estancia, al menos en la medida en la que su cansada vista podía aún exigir. Se sentó en su desvencijada silla de tijera y extrajo, de entre los rollos aún sin abrir que permanecían apilados en una esquina de la mesa, uno que enseguida llamó su atención. El sello que lacraba la carta no era oficial, y pronto distinguió la marca característica de las comunicaciones que recibía de la *Diocesis Hispaniarum*. Recordó que no tenía noticias de su hermano desde hacía tiempo y rompió el sello de la misiva. Comenzó a leer. Al cabo de unos instantes se levantó, aturdido. En su mano aún aferraba aquella carta. Conmocionado, se dejó invadir por una intensa emoción.

—¡Mi hija! ¡Licia está viva! —repitió para sí—. ¡Viva! ¡Mi hija vive!

Escuchó una respiración a sus espaldas y se sobresaltó. Se giró aún con una sonrisa de felicidad en su rostro.

—¡Ah! Eres tú. Me habías asustado.

No pudo decir nada más. Sintió en su interior cómo el frío desgarraba sus entrañas, mientras intentaba aferrarse con las manos al filo que había penetrado en él hasta lo más profundo. Se desplomó sobre el suelo. En tanto que se escuchaba el canto de los primeros pájaros que saludaban el amanecer, el cuerpo de Marco Fulvio permaneció tendido sobre el pavimento de la estancia, extendido su brazo, agarrando entre sus dedos las noticias que lo habían acompañado en su último aliento de vida.

Todas las campanas de Rávena sonaron al unísono. Su repiqueteo de

alarma había congregado a la guarnición en las almenas de las murallas. Había transcurrido más de un mes desde la ejecución de Estilicón y el otoño empezaba a dar muestras de su pronta llegada. Los días habían volado sobre la ciudad lentamente, a la expectativa de los acontecimientos que, sin duda, se desencadenarían una vez más sobre el Imperio, castigado en todos sus extremos por la muerte, la guerra, la codicia y la ambición. Olimpius regía ahora los destinos de aquellos millones de almas que aún permanecían fieles a un emperador veleidoso y taimado. Honorio se había divorciado de su mujer, la hija de su antiguo preceptor ejecutado, y se comentaba en la corte que anhelaba en secreto que se diera el momento en que pudiera reencontrarse con su hermana Gala Placidia, todavía en Roma. Asustado, ausentes ya los consejos de Estilicón, el hijo del gran Teodosio incluso había enviado, humillando su dignidad, un mensaje personal al usurpador Constantino ofreciéndose a compartir la púrpura con él. El general rebelde, desdeñoso, había rechazado la oferta, convencido de sus posibilidades, esperando en su refugio de Arelate a que llegara su momento, conocedor como era de las dificultades que en esos momentos tenía que afrontar el joven mandatario. Sin duda, nadie en la capital temía por la conquista de su ciudad. Las murallas y los pantanos impedían que ningún ejército pudiera acometer un asedio con alguna posibilidad de éxito. Los godos no tenían flota, y el aprovisionamiento de Rávena estaba asegurado a través del puerto de Classe. Olimpius se sentía tranquilo en ese aspecto, y, aunque recelaba de Flavio Constancio —siempre en silencio, siempre esquivo—, confiaba en sus propias habilidades. Él no era un soldado, pero sabía desenvolverse en aquella corte de intrigas. Saldría de esta situación, aun cuando era consciente de que el afecto de Honorio era simplemente circunstancial.

Pero aquella mañana su seguridad y confianza se estaban viendo sometidas a una dura prueba. Desde las primeras luces se divisaba en la lejanía una larga y amenazadora mancha de colores vivaces que destacaba con los rayos del sol que ya despuntaba desde levante. Su reflejo provocaba destellos en las armas que orgullosamente desfilaban en el horizonte, acompañando a los miles de hombres que seguían a su rey, rodeando los campos de Rávena, visibles de manera consciente, dejando en las retinas de los centinelas la impronta de su poder. Durante varias horas, los soldados, agolpados en los baluartes de la muralla, observaron la marcha de Alarico y su pueblo hacia el sur. En el camino se encontrarían con los supervivientes de Radagaiso, quienes, conocedores de la masacre perpetrada sobre sus familiares, habían abandonado su acuartelamiento en el noroeste de la península y se dirigían al encuentro de su rey, abandonado ya el sueño de una lealtad a Roma que se había visto cruelmente traicionada.

Y mientras el enorme cortejo seguía su marcha en búsqueda del corazón del Imperio, desde una ventana de su palacio Honorio contemplaba con indiferencia la espaciosa plaza que se abría a sus pies. En su centro, devorada ya por el paso del tiempo y por las alimañas, permanecía clavada en lo alto de una columna la cabeza de quien durante los últimos años había dedicado su vida a la salvaguarda del edificio que ahora se desmoronaba ante los ojos de la historia, apenas sustentado ya en los débiles cimientos socavados por las grietas de una tierra que temblaba bajo las pisadas de miles de caballos.

XXVI

Todo fluye

409 D. C.

«De Constantino III, emperador de Occidente, a Gerontius, magister militum *en la* Diocesis Hispaniarum

Salve, general:
Que los dioses, si aún viven entre nosotros, te sean propicios. Bien sabes que mi oficio es el de soldado y que no es mi costumbre la escritura, sino el manejo de la espada. Es por ello por lo que, en graves momentos como el que vivimos, recurro a quienes han hecho de las letras su vida y les dicto estas palabras, que es mi deseo que lleguen a ti claras y diáfanas, sin necesidad de recursos retóricos que considero signo de la decadencia que hemos sido llamados a desterrar del Imperio. Conozco bien la labor que estás llevando a cabo en esas provincias, y te lo agradezco. Sabes, porque me conoces, que siempre recompenso la lealtad, y la tuya, me consta, es firme. No escucharé nunca a las voces que me susurran palabras insidiosas. Soy consciente de que te rodearán, como a mí, aduladores que intentarán persuadirte de que tu deber se encuentra lejos de la obediencia que me debes, pero sé que nunca atenderás las sugerencias de traición que a buen seguro te alcanzarán cada día.

Convencido de ello, creo que es importante que conozcas los graves e importantes hechos que se han venido desarrollando en el Imperio a lo largo del otoño e invierno, justo cuando dicto estas líneas. Mis palabras las recibirás a comienzos del año que será, sin duda, el principio de una nueva era para Roma. Está muy cerca nuestro momento, pues Honorio se está viendo sometido a graves dificultades, y mientras él se hunde ayudado por su ineptitud, yo espero mi oportunidad. Mis informadores me han trasladado datos que confirman la gravedad de la situación para la corrupta corte de Rávena. Te imagino, no obstante, conocedor de que Alarico y sus godos invadieron Italia a comienzos del otoño, tras la muerte del tirano Estilicón en agosto. Sus tropas son numerosas. A sus huestes se incorporaron los miles de hombres —los godos derrotados de Radagaiso— que el general muerto estaba preparando en Ticinius para lanzarlas contra mí. Casi no puedo creer que los soldados itálicos de Honorio asesinaran a las familias de estos bárbaros, provocando su ira. Toda la estupidez humana es como si se concentrara en esa corte, ya que gracias a ello el ejército godo viajó hacia Roma reforzado en hombres y en ira y saquearon con total impunidad. Al parecer, sus tropas asaltaron a su antojo cuantas poblaciones y villas encontraron a su paso. No digo que no lo merecieran, si bien cuando acabemos con el indigno hijo de Teodosio nos espera una gran tarea para devolver la grandeza al Imperio.

Pero continúo con mi relato. Alarico llegó a las puertas de Roma en noviembre y puso cerco a la ciudad. Me han informado mis agentes de que el hambre, al cerrar los bárbaros el acceso de las mercancías y suministros por el Tíber, comenzó a ablandar la resistencia del pueblo, y el Senado, consciente de ello, accedió a negociar con el

rey. Es sorprendente cómo la avaricia puede ser castigada. Dicen que en su momento fue el propio Senado el que impidió, con un falso robo, que se entregara el oro que ellos mismos habían aprobado, y, sin embargo, al final se han visto obligados, presionados por el asedio y acobardados ante posibles revueltas, a pagar a sus sitiadores dos mil kilos de oro y trece mil seiscientos de plata para que levantaran el cerco. Aún no sé dónde esconden todos esos personajes tanta riqueza, pero lo averiguaré cuando entre triunfante en la ciudad. Me han informado también de que incluso una delegación del Senado viajó a Rávena para cerrar los términos de un acuerdo duradero, en virtud del cual los bárbaros encuentren un lugar de asentamiento y su rey un mando militar supremo dentro del Imperio. Resulta sorprendente que, a estas alturas, Alarico aún confíe en la palabra de Honorio, ese impúber indigno. Nada bueno saldrá de ahí. De eso estoy convencido. Yo odiaba a Estilicón por su arrogancia y despotismo, pero Olimpius, que es quien susurra al oído del que sigue autocalificándose como emperador, no puede comparársele ni en astucia ni en habilidad. Sospecho que, salvo que medie la intervención divina, tiene sus días contados si, como imagino, Alarico no encuentra satisfacción a sus demandas. Entre tanto, los godos han levantado su asedio y se dirigen hacia el norte, sin aparente rumbo fijo. Roma se ha librado de la destrucción… por ahora.

General, nuestro momento está cerca. Esta carta debe servir para ti como una orden de tu emperador. Está cerca el momento de cruzar los Alpes y terminar de una vez con todo este caos. Ha llegado el tiempo en el que recuperaré todo lo que se ha perdido en estos años. Regresarán la dignidad y el orgullo. Debes por ello preparar a tus tropas para que estén dispuestas para el combate. Pertréchalas adecuadamente para su marcha hacia Arelate, donde, junto con mis hombres, caeremos sobre Italia, ahora que el desconcierto de Honorio juega a nuestro favor. Sin duda, necesitarás ayuda, y es por ello por lo que te anuncio que en breve estarán de camino a Caesaraugusta mi hijo Constante, mi heredero y césar, y Iustus, soldado de mi total confianza, a quien conoces bien por haber servido con él en Britania. Ellos asentarán mi dominio en esa diócesis y colaborarán contigo en la tarea encomendada. No dudo de que cumplirás con tu deber.

Que los dioses nos favorezcan».

Gerontius depositó la carta sobre su mesa con gesto preocupado. *Así que esto es lo que ocurre,* pensó. *Iustus. Él al mando para sustituirme.* Se levantó y comenzó a pasear, nervioso, a lo largo de la sala que había escogido como su refugio de trabajo en la ciudad. Se asomó a la ventana. Desde allí podía ver el trasiego que a aquellas horas ya dominaba el foro de la urbe. A su derecha, el Iberus dejaba fluir sus aguas con fuerza, alimentado por el caudal de los afluentes que le entregaban las lluvias caídas en las montañas del norte, en aquel comienzo de año. Un frío y cortante viento del oeste azotaba los cortinajes que protegían la estancia de las condiciones extremas de aquella ciudad fundada por el gran Octavio. Pese a las pieles que lo cubrían, Gerontius era capaz de sentir cómo aquel penetrante cuchillo helado de poniente se le clavaba en su interior. Estaba acostumbrado a la lluvia y al frío de Britania, pero no recordaba haber sufrido nunca y de manera tan continuada el azote de un soplo de invierno tan persistente y duradero. Reflexionó, apoyado en el alféizar. Era

evidente que Constantino ya no confiaba en él. Sabía leer perfectamente entre líneas, y, desde luego, tenía claro que la presencia de Iustus en Caesaraugusta no tenía otra finalidad que la de destituirlo a él y tomar el mando en su lugar. Si la carta había viajado desde Arelate a finales de año, su relevo podría aparecer en cualquier momento. Estaba también claro que la mención cínica a su confianza y a las insidias que de él se podrían haber dicho eran señal inequívoca de que Constantino tenía decidida ya su suerte. No entendía, sin embargo, cuál era la razón por la que le avanzaba la llegada de su hijo y de aquel general rencoroso. ¿Por qué le contaba todo aquello? ¿Por qué lo ponía al corriente de los hechos que estaban ocurriendo en Italia? Quizás le estaba provocando y de alguna manera Constantino pretendía tener una excusa para deshacerse de él si daba un paso en falso. O, simplemente, quizás era lo suficientemente estúpido para creer que con una carta aparentando normalidad y cierto grado de amenaza él, Gerontius, iba a confiarse hasta el extremo de permitir dócilmente su destitución. Estaba desconcertado. El usurpador nunca se había distinguido por su inteligencia. Al menos, mientras estuvo destinado en los oscuros confines de aquellas islas olvidadas por la Administración romana. Finalmente, llegó a la conclusión de que, efectivamente, aquel hombre iletrado no concebía que en Gerontius pudiera anidar sospecha alguna sobre el negro futuro que, deducía, ya se había decidido sobre él. No había, por tanto, tiempo que perder. Sobre su mesa rebosante de mapas descansaba la contestación de los reyes de aquellos pueblos. Vándalos, alanos y suevos daban su consentimiento y aceptaban su oferta. Partirían en dirección a Hispania en cuanto el invierno permitiera poner en marcha a toda su gente. Habían tardado en responder, pero la alianza ya estaba formalizada.

Por su parte, ya había impartido instrucciones a las tropas que él mismo había seleccionado, para que ocuparan los pasos de montaña por los que los bárbaros, sus nuevos aliados, penetrarían en la península por Occidente. Cuando aquella masa alcanzara la frontera de la diócesis, se les debía permitir el tránsito sin oponer resistencia. El problema era el tiempo. ¿Cuándo sucedería? ¿Cuándo podría disponer de aquellos hombres, ya entregados a su causa con el premio del saqueo y la posesión? Era el momento de poner en marcha sus planes domésticos, no obstante, antes de que fuera demasiado tarde. El futuro que tenía en mente no coincidía precisamente con el que habían planeado contra él, y no permitiría que todos sus proyectos se desmoronaran por una imprevisión. Él siempre había sabido anticiparse. Se dio la vuelta y con paso resuelto se encaminó a las escaleras que lo comunicaban con el cuerpo de guardia que protegía la torre, con la intención de dirigirse directamente a su *domus.* Había

cosas que hacer. Esa misma noche.

Licia suspiró mientras ayudaba a Nunechia, la esposa de Gerontius, a tejer la enésima manta que, al menos —pensó—, abrigaría sus sueños invernales en aquella fría ciudad. Ya había pasado más de medio año desde que llegó como prisionera de los hombres que saquearon la villa donde había vivido sus mejores días. Ahora, su tiempo transcurría monótono en un estado de semilibertad, acompañada siempre por Marcia, quien no se separaba de ella en momento alguno. Como tampoco lo hacían los dos soldados que las seguían, vigilantes, implacables, cada vez que se acercaban al foro o al *macellum* de la ciudad en busca de algún rollo de pergamino para leer o de la fruta que aquel valle producía en abundancia. Podían salir de la *domus,* pero nunca estaban solas. Gerontius había cumplido, no obstante, con su palabra. Todos los hombres, mujeres y niños que habían sido tomados como esclavos como consecuencia del saqueo de los campos palentinos habían visto comprada su libertad por el oro de aquel personaje extraño y taciturno.

Licia ayudaba en las tareas de gobierno de la casa y acompañaba a la mujer del general en largas veladas en las que pocas palabras se cruzaban entre la hija del senador y la esposa de un general de provincias con la que, sin embargo —y, no obstante, el diferente grado en la escala social—, había tomado cierta confianza. Nunechia era una mujer madura, de aspecto maternal, sin ningún tipo de distinción en sus ademanes y forma de vestir y profundamente enamorada de su esposo; y desde los primeros días mostró con Licia una deferencia no exenta de cordialidad que les permitió a ambas que la convivencia resultara todo lo cálida que podía ser entre la esposa del hombre responsable de aquella situación de cautiverio y la rehén privada de libertad. Los días transcurrían así en una monotonía únicamente interrumpida por las esporádicas visitas de algún cliente o amigo del general que era invitado a una cena o que acudía en demanda de favores o privilegios.

De entre ellos, quien más frecuentaba la *domus* era Máximo. Máximo, un prohombre perteneciente a la aristocracia local, había sabido ver muy pronto por dónde soplaban los vientos del poder. Siempre cercano al susurro y al halago, rápidamente se hizo imprescindible en aquella pequeña corte que se había formado alrededor del general y su consejo; siempre adulador, hacía mella en el ánimo de quien en aquellos momentos regía, en nombre del usurpador, los destinos de la diócesis. De porte distinguido y juvenil, tenía cierto encanto, pero a Licia le incomodaba la confianza a la que

creía tener derecho en el trato con ella, confianza que en los últimos tiempos se había incrementado hasta alcanzar el punto de resultar inapropiada aun en la situación en la que se veía obligada a vivir. Cada vez que coincidían en la *domus* o se lo encontraba causalmente en el foro, él siempre pugnaba por sentarse a su lado o dirigirle palabras pretendidamente corteses que a ella le sonaban falsas e interesadas. No le gustaba aquel hombre. Le recordaba demasiado a una categoría de varones prepotentes de los que ya había aprendido a desconfiar.

Desde que Licia podía recordar, no había semana, sin embargo, en la que en alguna ocasión no estuviera presente en las cenas en las que a ella le dejaban participar, no obstante su condición de prisionera. *«Prisionera»*. Aquel era un término que Gerontius no gustaba de oír cuando Licia hablaba de sí misma. Él insistía en que era su invitada. De hecho —razonaba—, a ninguna prisionera se le hubiera permitido sentarse en compañía de los señores de la casa como se le consentía a ella. Licia aceptaba de buena gana aquel trato, pero nunca olvidaba que su principal objetivo desde que había entrado en aquella *domus* era el de escapar. Escapar con Marcia para volver a Roma, para regresar con su padre. Para retornar de aquel largo viaje que inició hace ya años, cuando abandonó el hogar infantilmente ilusionada por la esperanza de una vida cómoda en compañía de aquel hombre, Juvenus, que habían elegido para ella. Más tarde, la realidad se encargó de demostrar con su dureza que esa vida cómoda no era más que un sueño efímero.

Sin embargo, durante los meses en los que había permanecido en aquella casa a orillas del Iberus, había tenido tiempo de recapitular una vez más sobre ello. La mujer que ahora era nada tenía que ver con la que había sido. Había conocido el amor apasionado y le había sido arrebatado, había sufrido la traición, casi había muerto en varias ocasiones, había aprendido a desconfiar de quienes aparentaban cercanía pero albergaban perfidia, había padecido hambre y frío, agotamiento y suciedad. No, definitivamente, ya no era la misma mujer que salió de Roma y dejaba atrás a un padre entristecido al que no había vuelto a ver.

La sacó de aquellos pensamientos el ruido de la puerta exterior. Gerontius había hecho acto de presencia en la *domus,* y, como cada vez que esto sucedía, la paz que reinaba en aquel recinto se veía trastocada, y la casa se convertía en un remedo de recinto cuartelero, en el que tocaban a rebato y todos los peones corrían a ocupar su lugar y desempeñar su cometido. En aquella casa todo giraba alrededor de la imponente figura del general, y Licia había aprendido a interpretar convenientemente su cometido. Se despidió de Nunechia con una respetuosa inclinación y salió de la estancia. Sabía lo que

tenía que hace,r y rara vez intervenía en ello quien, por su posición, debiera hacerlo. A la esposa de Gerontius le costaba hacerse entender en el latín cuajado de expresiones celtas en el que se comunicaba, y encontraba apropiado que aquella joven se encargara de todo. Lo hacía bien y con autoridad. Sonrió al verla salir. Licia dio unas palmadas y de inmediato, instruidos en la eficacia, los numerosos esclavos y sirvientes de la *domus* se dirigieron a sus puestos. La cocina, que hasta entonces había parecido ociosa, comenzó al poco a desprender los olores fuertes y especiados que caracterizaban el gusto del propietario; los corredores del pequeño peristilo se poblaron de sombras fugaces que acudían, unos a retirar la ropa de cama usada, otros a preparar la túnica nueva que quizás necesitaría el soldado para su aseo y descanso y los restantes, afanados en mantener a punto el estrecho *caldarium* ubicado en el reducido recinto destinado a los baños. Mientras vigilaba que cada uno cumpliera con su cometido, Licia no pudo ocultar una sonrisa de íntima satisfacción. Aquella casa funcionaba únicamente gracias a que ella así lo había dispuesto. La aprobación de Gerontius ante tal eficiencia le proporcionaba a ella mayores cotas de libertad en sus movimientos, y sus salidas por la ciudad apenas tenían más control que el de la estrecha vigilancia de los soldados que la seguían como si fueran su sombra. En el trasiego, distinguió a Marcia. Le hizo una seña para que se acercara y se la llevó a un aparte, lejos de miradas indiscretas.

—¿Lo has conseguido esta vez? —preguntó mientras observaba su alrededor.

—No, mi señora. Intenté acercarme y hablar con él, pero una esclava no tiene permitida tanta libertad de movimientos. —Bajó los ojos y le habló a Licia con un susurro—: Sin embargo, me miró de nuevo. Me llegó a rozar entre el gentío, pero creo que no se atrevió a más. Los soldados… Está claro que quiere hablar conmigo.

—Marcia, sabes que es un juego peligroso, y no quiero que te afecte. He aprendido a desconfiar de los halagos de algunos hombres.

—No se trata de ello, ama. Sé que le gusto —sonrió complacida—, pero yo ya he amado, y no podré volver a hacerlo nunca. Simplemente, es nuestra oportunidad, y las oportunidades hay que aprovecharlas.

Licia sonrió y apretó el brazo de la esclava con cariño. Ambas llevaban planeando desde hacía meses la posibilidad de escapar de la ciudad hacia el este, alejadas de las calzadas y su tránsito. La única posibilidad era el Iberus. Pero aquel río dependía tanto de las lluvias para su navegación que las escasas ocasiones en las que podría haber sido posible una singladura en condiciones de normalidad, sin miedo a las crecidas o a encallar en su traicionero curso, nunca habían coincidido con un plan mínimamente elaborado que les hubiera

permitido la fuga.

Siempre vigiladas en sus salidas, Licia, sin embargo, pronto concluyó que necesitaban contactar con alguno de los propietarios de las pequeñas embarcaciones fluviales, o bien con uno de los comerciantes que, de cuando en cuando, finalizaban su ruta en Caesaraugusta, remontando el curso del río desde el mar a vela, remo o por medio del pesado sistema de sirga que se encontraba previsto en sus orillas. No se le escaparon, a finales del pasado verano, las miradas que algunos trabajadores del puerto dirigían a Marcia con ocasión de sus largos paseos por el foro y a lo largo del puente que daba acceso a la ciudad. Aquella mujer llamaba, desde luego, la atención. De formas rotundas y generosas, favorecidas, sin duda, por una evidente maternidad, Marcia destacaba en aquellas latitudes por su físico germánico, adornado, además, por un pelo rojizo absolutamente inusual. Ella lo sabía y no evitaba el halago, manifestado en audibles expresiones en ocasiones excesivas y desagradables que muchos de aquellos hombres, estibadores, marinos o simplemente ciudadanos desocupados, se creían con derecho a proferir cuando resultaba evidente la baja extracción social de la interpelada.

Licia sonreía divertida porque era plenamente consciente de que Marcia sabía valerse por sí misma, y, aunque nunca respondía a aquellos requiebros, sí que desafiaba con orgullo las palabras que pretendían, más que halago, posesión. Había sido esposa de un *limitaneus* veterano y curtido y madre de dos hijos; había afrontado la muerte y el cautiverio; había sido turnada en propiedad entre los reyezuelos alanos y suevos como un botín de guerra sin nombre ni alma. Ella no era, al fin, cualquier cosa. Ella había vivido mucho más que todos aquellos hombres, que apenas habían conocido más frontera que las estrechas aguas de un río escuálido y más mujeres que las esclavas que se afanaban en los prostíbulos cercanos al puerto.

Sin embargo, Licia había observado que en cada ocasión en que aprovechaban el día paseando entre el ajetreo y el gentío que circulaba sobre el enorme puente de piedra, a lo lejos, en los muelles, la figura de un hombre delgado y alto cesaba de inmediato en su actividad. Destacaba entre los demás por su quietud artificial, mezclado con el trajín portuario. Seguía sus movimientos, hasta que finalmente las dos mujeres desaparecían por la puerta de las murallas que daba acceso al *cardo* de la urbe. Y así, día tras día.

Llamó la atención de Marcia sobre aquella fijación. No le dieron demasiada importancia hasta que una mañana, ocupadas en el *macellum* en buscar fruta y carne en condiciones, lo volvieron a ver. Siempre resultaba igual. Su mirada las seguía y se posaba con determinación en Marcia. Parecía como si un hechizo lo hubiera transformado. Ninguna palabra, ningún intento de acercamiento.

Únicamente aquella mirada intensa que bien podría reflejar simplemente el deseo que provocaba en otros hombres, pero que al ojo ya experto de Licia se le antojaba como algo más profundo y atemporal. Coincidieron con su presencia en varias ocasiones más, y fue entonces cuando en la mente de Licia se fue forjando un plan que dudó en poner en conocimiento de su esclava. No hizo falta. Un día, la propia Marcia la informó.

—Se llama Temistio. Lo he averiguado por las esclavas de la cocina —sonrió, complacida por la cara de sorpresa de su ama ante la revelación—. Es propietario de una pequeña embarcación con la que se desplaza río abajo, comerciando ocasionalmente con el vino que consigue comprar a buen precio en esta ciudad. Dos veces al año, cuando el cauce es propicio, desciende hasta el mar para vender los excedentes de la temporada. Ni te imaginas, señora, la cantidad de información que puede obtenerse en las cocinas. —Se rio con ganas, sorprendida incluso de su atrevimiento por tal muestra de confianza.

—Me agrada ver que no pierdes el tiempo, Marcia.

—No necesito mucho para averiguar la idea que lleva tiempo en la cabeza de mi ama —dijo Marcia, adoptando de repente una actitud de seriedad que sorprendió a Licia—. Lo cierto es que este hombre puede ser tan bueno como cualquier otro, pero hay algo que lo diferencia de los demás.

—Y es… ¿qué?

—Tiene una embarcación —respondió decidida la esclava, sorprendida por el hecho de que su ama no pareciera haberse percatado de lo obvio—, y en esta ciudad hay un río; y si hay un río, nuestra esperanza fluye por él.

Licia miró fijamente a aquella mujer. Le gustó su carácter desde el primer día. Ahora sentía que no podría vivir sin ella. Se anticipaba siempre a sus deseos y adivinaba cada orden o cada instrucción momentos antes de que fuera impartida. Cuando escaparan de aquel lugar, la manumitiría a la primera oportunidad, pensó. Entre tanto, era necesario que aquel contacto con el hombre del puerto fructificara hasta el punto de que aceptara admitirlas como pasajeras en un viaje que probablemente no tendría retorno para él. Sin su ayuda, la vida seguiría transcurriendo monótona y triste, y, como había dicho Marcia, el Iberus y su caprichoso cauce eran, sin duda, su única esperanza.

La sobresaltó la voz que sonó a sus espaldas. Escuchó su nombre pronunciado en tono cortés, tratando de no interrumpir el ensimismamiento en el que Licia se encontraba, sentada en uno de los

bancos del pequeño jardín que pugnaba por crecer en el patio de la casa. Bien abrigada, solía permanecer allí algún tiempo cuando las tareas de la *domus* habían concluido. En cierta manera, necesitaba recordar el intenso frío invernal de la lejana Augusta Treverorum, y así dejarse llevar por los regalos de la memoria que, de cuando en cuando, la obsequiaba con imágenes que no quería que se borraran jamás de su interior, donde las atesoraba con mimo procurando aferrarse a ellas en los momentos de soledad e intimidad. Sentía entonces una gran paz interior. Recordaba así el crujir de sus pisadas en la nieve, el rumor de las voces anunciando, mezcladas, las distintas mercancías ofrecidas en el foro azotado por el viento que corría libre aprovechando el curso del Mosela, el sentimiento casi infantil de que su vida era una línea continua sin alteraciones ni sobresaltos, pero, sobre todo, la intensidad de aquella pasión que aquellos días le había sido regalada y que, para su sorpresa, no solo no había desaparecido, sino que se había enraizado en lo más profundo de su alma. Suspiró, molesta por la interrupción, y se dio la vuelta.

—Buenos días, Máximo —dijo con desgana, saludando al invitado.

—Buenos días, Licia. —Se inclinó levemente ante ella en un gesto que incluso en circunstancias más solemnes hubiera parecido cómico.

—Es pronto para tu visita semanal. ¿A qué debemos este honor inesperado? —preguntó Licia con cierto tono irónico que el interpelado prefirió ignorar.

—El general y yo tenemos graves asuntos que tratar —respondió intentando darse importancia.

—Siempre lo son a estas horas —contestó maliciosamente ella.

—¿Nos veremos en la cena?

—No sé si he sido invitada —contestó, extrañada por la pregunta.

—Lo serás, sin duda. Una cena en esta casa, sin ti, no es una cena, realmente.

Licia se sorprendió ante tanta amabilidad artificiosa. Normalmente, Máximo entraba y salía de aquella casa de forma habitual, pero era cierto que de un tiempo a esta parte había notado en él un cambio de actitud. De la frialdad inicial había pasado a la confianza excesiva que, sin embargo, se estaba transformando en algo similar al respeto en las últimas semanas. Aquella última aproximación, sin embargo, le había desagradado. Había algo en la mirada de aquel hombre que ponía en alerta todos sus sentidos. Suspiró cuando Máximo se dio la vuelta y se encaminó hacia el pequeño *oecus* de la casa, donde ya lo esperaba Gerontius, quien, desde el quicio de la puerta, había observado complacido la escena.

La noche cayó sobre la ciudad con la misma rapidez con la que el fuerte viento que acompañó el ocaso se había calmado finalmente. El frío era intenso en aquel invierno, pero al menos no tendrían que soportar el penetrante silbido del aire pugnando por encontrar un hueco por el que introducirse en las estancias de la casa. A Licia le llamó la atención la presencia sobre su cama de una túnica que no recordaba haberse probado antes. Blanca, ribeteada de unos tonos rojos que recortaban mangas y cuello, la prenda resultaba espectacular en su cuerpo menudo. Se la ciñó con un delgado cinturón cuyos cordones bordados en oro acarició mientras pensaba en los lujos que hacía tiempo no podía permitirse. Era, sin duda, de su talla, puesto que los bajos del vestido alcanzaban a rozar las sandalias que también estrenaba, cubriendo sus tobillos. Se ajustó sobre uno de los pliegues del hombro el broche que conservaba como único recuerdo material de su vida pasada y se dirigió hacia la puerta, donde aguardaba Marcia, quien la miraba complacida.

—Estás radiante, ama.

—Hacía tiempo que no me vestía así, Marcia. —Se miró, satisfecha—. ¡Tanto tiempo…!

—Todos te están esperando. No sé qué es lo que ocurre hoy en esta casa, pero tengo la impresión de que se trata de algo importante —le dijo Marcia al tiempo que arreglaba algunos pliegues fuera de sitio—. Ya está. Ahora sí que pareces una verdadera patricia romana, si tal cosa sigue existiendo.

Licia sonrió, musitó un «gracias» y bajó con paso tranquilo en dirección al *triclinium* de la *domus*.

Entró en la estancia ante la admirada expectación de los comensales. Una agradable sensación de calor se desprendía del suelo bajo el cual un hipocausto permitía circular libremente el aire caliente emanado de los hornos, caldeados desde primera hora de la mañana. Allí se hallaban Gerontius y Nunechia… y Máximo. Únicamente ellos. Sintió una leve incomodidad ante las miradas de este último, que asentía satisfecho mientras, con un leve ademán, el general le indicaba a Licia el lugar en el que debía recostarse para comer, junto a su invitado. Un esclavo de la casa escanció las copas con un vino cuyo intenso color denotaba que no pertenecía al que habitualmente se vendía al por mayor y aguado en el *macellum* de la ciudad. Con los recipientes llenos, Gerontius se incorporó. De pie, allí, ante la expectación de Licia, comenzó a hablar.

—Querida esposa, querido Máximo —empezó, mirando alternativamente a los interpelados—, vosotros sabéis que soy hombre de pocas palabras. —Asintieron con una sonrisa—. Sabéis también que nunca he sido propenso a implicarme en las cuestiones domésticas. No me gustan los sentimentalismos y no alcanzo a comprender la emoción

que dicen sentir quienes permiten que las lágrimas afloren en su rostro a la menor ocasión —carraspeó—. Sin embargo, hoy quiero deciros que asisto con esa emoción a esta cena en la que quien fue en tiempos rehén hoy es parte de mi familia.

Licia se sorprendió. No apreciaba en exceso a Gerontius, pero no lo odiaba. Había dado, al menos, muestras de que siempre cumplía con su palabra. Pero no sabía adónde quería ir a parar con aquellas expresiones de afecto. Continuó:

—He aprendido a estimar personalmente a quien desde hace tiempo considero algo más que mi invitada —miró a Licia con un gesto que pretendía ser amable— y sobre la que mi amada Nunechia me ha hablado de forma muy elogiosa. Sabéis que corren tiempos difíciles. El Imperio está gobernado por un hombre indeciso y débil, y quizás no estamos siendo capaces de encontrar el camino correcto para enderezar el rumbo. Todos conocéis de mi lealtad a quien en un primer momento se levantó contra la tiranía y el abandono. Constantino es un hombre bienintencionado, pero limitado en cuanto al arte de gobernar.

Licia abrió los ojos con asombro. Sintió que ante ella se estaba desarrollando un hecho que podría alterar una vez más su historia y la de Roma. Escuchó con atención.

—Constantino, decía, es hombre de acción, pero aún se encuentra esperando, encerrado en Arelate, sin decidirse a actuar. Es un hombre de acción, pero desconoce los resortes que mueven a las personas, y hasta ahora ha dado muestras de indecisión, impropias de quien pretende regir los destinos del Imperio. Todo esto me preocupa, y confío en que lo comprendáis. Por ello, quiero que todos brindemos a la salud de Constantino, a la espera de que Dios lo ilumine en su dura tarea. Yo siempre escogeré el camino del sacrificio en pos del bienestar de Roma.

Tras estas enigmáticas palabras, todos brindaron. El vino era excelente, pensó Licia, si bien se permitió dar solo un sorbo. Quería estar atenta y alerta ante los acontecimientos. Comprobó cómo tanto Máximo como Gerontius vaciaban sus copas hasta apurarlas.

El general se tomó un respiro. Estaba claro que quería seguir hablando. Miró a su esposa, que asintió complacida, como dándole permiso para continuar. Se dirigió a Licia.

—Sabes, Licia, que entraste aquí como prisionera, como botín de guerra. Desde entonces has formado parte de esta casa, pero es evidente que una mujer como tú, la hija de un senador, no puede permanecer encerrada entre estas paredes toda la vida. Roma necesita hijos que refuercen su grandeza, y tu juventud aún es esplendorosa. —Sonrió satisfecho. Licia se alarmó ante aquellas palabras, pero no tuvo tiempo de reflexionar—. Licia, he decidido que tu soledad debe

terminar. Tengo el honor de comunicarte que es mi deseo que te desposes con Máximo, gran amigo de esta familia, con quien fundarás un hogar y al cual aportarás los hijos que aún no has tenido. Máximo ha aceptado, y todos queremos que la boda se celebre a la mayor brevedad.

Licia se quedó sin aliento. De repente, notó que le faltaba la respiración. Se incorporó como accionada por un resorte en su reclinatorio y un sentimiento de ira y vergüenza se apoderó de ella, invadiendo todo su ser. Con el rostro enrojecido, miró alternativamente a Máximo, que asistía a la escena satisfecho, y a Gerontius, que esperaba no tanto su respuesta, sino su obediente asentimiento. Midió sus palabras a pesar de la cólera.

—Yo ya estoy casada. Nadie me ha preguntado sobre ello.

—Lo sé —interrumpió Gerontius, ligeramente molesto—. Estuviste casada con un curial de Augusta Treverorum. Como ves, estoy bien informado. Pero también sé que nadie de entre los miembros de esa curia sobrevivió al saqueo de la ciudad por los invasores. Nadie. Y no pareció que te importara demasiado tu matrimonio cuando te conocí por primera vez en el norte de la Galia e ibas acompañada por aquel joven arrogante. No obstante, aquellos tiempos están muy lejos ya. No tienes hijos, y está claro que un matrimonio verdadero tiene como fin la procreación de nuevos ciudadanos. —Nunechia bajó su rostro avergonzada por la torpeza de su marido. Ella no había podido darle los herederos que él tanto ansiaba—. No tienes, además, demasiadas alternativas. —El tono del general cambió súbitamente, volviéndose hosco y duro.

—Nunca lo aceptaré —contestó Licia con determinación, poniéndose en pie con actitud desafiante.

—Si digo que no tienes elección, es que no la tienes. ¿Pretendes que por tu capricho tu fiel Marcia sea vendida de nuevo? ¿Quieres que ordene que apresen a los desgraciados a los que liberé a cambio de tu docilidad? ¿Es eso lo que deseas? También podría suceder que, si te niegas, tu actual comodidad desaparezca. Probablemente serías muy apreciada como un objeto de lujo en alguna de las *domus* de mis clientes. ¿Realmente estás dispuesta a ello?

Licia temblaba como una hoja. Miró de nuevo a Máximo. En su rostro ya se había borrado cualquier recuerdo de sonrisa y asistía a aquel diálogo conteniendo su ira ante aquella insospechada rebeldía. Súbitamente, Licia se calmó. Comprendía que una vez más debía afrontar con serenidad la situación. Bajó la cabeza. Efectivamente, no tenía ninguna alternativa. Tardó unos instantes en responder. El silencio en la estancia, sin embargo, se hizo eterno.

—Acepto, obligada. Acepto ofrecerme en este pacto en el que no se ha contado conmigo. Acepto ser la esposa de Máximo.

Aquellas palabras aliviaron la tensión de forma perceptible. Licia ni siquiera permitió que las lágrimas afloraran a su rostro cuando Máximo se acercó a ella y, cogiéndola de la mano, la besó en la mejilla. Gerontius relajó su gesto y elevó de nuevo su copa.

—¡Por los futuros esposos! ¡Por la boda entre la hija del senador y el próximo emperador de Roma!

XXVII

Caput mundi

—Yo nada tuve que ver en la muerte de Marco Fulvio. Todos lloramos su pérdida.

Lampadio observó fijamente a Quinto, quien le sostuvo la mirada. Había sido llamado a aquella entrevista en la residencia urbana del viejo senador y había acudido aconsejado por Lucio, quien intuía los cambios que se estaban produciendo de forma acelerada en el peculiar entramado político de la urbe. Consideraba que, ahora que los acontecimientos en el Imperio se estaban precipitando, existía una oportunidad para que los supervivientes de entre los antiguos partidarios de Estilicón se tomaran cumplida revancha con respecto a las fuerzas que habían dirigido su caída y ordenado su muerte.

Olimpius se encontraba desbordado. Había prometido al emperador que acabaría tanto con el usurpador Constantino como con las hordas de Alarico, encauzando la situación que, decía, era consecuencia directa de la complicidad del antiguo *magister militum* con los invasores bárbaros. Sin embargo, no solamente nada había mejorado, sino que los campos y ciudades de Italia habían sufrido devastadores saqueos. Constantino seguía acumulando fuerzas al este de la Galia, preparado para cruzar las montañas a la menor oportunidad, y la propia Roma había sufrido un primer asedio por parte de los godos. De hecho, el sitio pudo levantarse gracias a que el Senado decidió acceder, por su propia cuenta y riesgo, a las peticiones económicas del rey.

Ahora, en aquel invierno del año 409, estaba claro que Honorio había dejado de tener el control sobre gran parte de la península itálica, asistía impotente al caos en la Galia y ya no ejercía la administración sobre las provincias en Hispania. Únicamente las diócesis africanas continuaban suministrando sus enormes reservas cerealísticas, manteniendo, al menos de forma mínima, la estructura básica del poder imperial. Pero todo aquel débil entramado parecía poder derrumbarse con un mínimo empujón, y de ello eran plenamente conscientes no solamente en la corte de Rávena, sino en el propio Senado, en Roma, que había decidido comenzar a tomar sus propias decisiones de manera independiente de la capital. Esta era

precisamente una de las razones por las que Lampadio había recibido a Quinto con tanta amabilidad en su propia casa. El anciano senador, pese a su significación contraria a Estilicón y su fama de político corrupto, interesado, cínico y avaro, era también un hombre práctico. Desconfiaba de Honorio tanto como lo hacía del resto de sus compatriotas, y por ello sabía que las demandas de Alarico de obtener el más alto cargo militar del Imperio no obtendrían respuesta positiva en Rávena, donde la realidad de Italia se observaba desde la tranquila protección de sus inexpugnables defensas y a través de la visión estúpidamente orgullosa de los consejeros más cercanos al emperador. El rey godo jamás obtendría los honores y dignidades que demandaba, y, por tanto, existía la posibilidad de que, rechazadas las condiciones que supusieron el levantamiento del asedio, Roma pudiera verse de nuevo rodeada por miles de guerreros a los que ya solamente los guiaría el sueño de obtener su recompensa directamente de la ciudad y de todas las promesas de riqueza sin igual que en la mente de cada uno de ellos aparecía como una verdad absoluta en lo que respectaba a la que había sido por siglos *caput mundi.* Había que preparar todas las posibles contingencias militares, y, a falta de un mando oficial que pudiera poner algo de orden sobre las escasas tropas que defendían la urbe, Quinto, con su experiencia militar previa, ofrecía la mejor alternativa.

El antiguo *magister militum praesentialis* había acudido a la cita acompañado por el propio Lucio y por Clodius, quienes, fuertemente armados, esperaban en el atrio de aquella lujosa vivienda a que terminara la entrevista.

—Soy consciente de que piensas, general, que me pude alegrar por la muerte del senador Fulvio, pero te equivocas. Es cierto que manteníamos una cierta rivalidad. No siempre pensábamos lo mismo, y quizás demasiadas veces hemos considerado que los destinos del Imperio exigían la adopción de medidas diferentes. Pero de ahí a que yo deseara su muerte hay un gran trecho.

Quinto escuchaba con atención, manteniendo alerta todos sus sentidos. No se fiaba de aquel hombre que ahora le hablaba con fingida contrición, reclinado frente a él en un diván desde el que tenía acceso a una copa colmada de un vino que, a pesar de habérselo ofrecido insistentemente, él había rechazado por prudencia. Lampadio siguió hablando.

—Como sabes, el Senado se tomó muy en serio la investigación de su muerte, hasta encontrar al fin al culpable. Aquel esclavo confesó rápidamente tras los primeros interrogatorios. ¡Y esa complicidad con la mujer con la que al parecer Fulvio tenía… relaciones! Muy lamentable, pero se trata de un asunto aclarado. Los celos, amigo mío. Motor de malvadas pasiones.

—Los torturasteis. Confesaron bajo tormento. Habrían dicho cualquier cosa.

Quinto cortó con firmeza el discurso del senador.

—¿Que los torturamos? ¡Por supuesto! ¿Acaso habrían confesado voluntariamente? —Lampadio mostró sorpresa por la protesta del general—. Todo quedó bastante claro, según me informaron. Por lo visto, el asesinato se produjo de madrugada, y quien lo cometió lo hizo desde dentro. Las puertas no se abrieron, según el personal de la casa, en toda la noche. Parece ser que el asunto resultó ser muy vulgar finalmente. —Una expresión de desprecio apareció en el rostro del anciano—. El autor, un esclavo enamorado de la mujer con la que su señor se acostaba y que decidió vengarse de lo que consideraba una afrenta cotidiana. Todo esto se me antoja trivial, y resulta muy lamentable que por una cuestión tan mundana la ciudad haya perdido a un gran hombre. Recibieron, no obstante, él y ella su justo castigo, como sabes.

Quinto observó a su interlocutor. Prefirió no emitir su opinión sobre el asunto. Ya habían pasado muchos meses, y optó por no manifestar sus dudas sobre la crueldad utilizada en la obtención de aquellas confesiones, así como sobre las indudables ventajas que para determinada facción del Senado suponía el que hubiera desaparecido su mejor y más brillante oponente, firme partidario, además de un mandatario caído en desgracia.

—Pero no perdamos tiempo con estas cuestiones —continuó Lampadio, intentando desembarazarse de una conversación cuyo sesgo lo estaba incomodando de manera evidente—. Pertenecen al pasado, y el presente es ya una preocupación más grave y acuciante para esta ciudad. Hemos estado a punto de sucumbir y solamente el buen sentido del Senado ha conseguido que los bárbaros levantaran el asedio. Pero esta situación, me temo, no durará.

—¿No hay más oro con el que comprar las voluntades, senador?

—No seas insolente, general. No creo que estés en situación de mostrarte sarcástico. Todos hemos perdido algo en estos años.

—No estoy siendo sarcástico, senador. Pero algunos han perdido algo más que su oro. En este caso solamente me ciño a los hechos.

Lampadio soltó un bufido.

—Está bien, Quinto Flavio. Todos estamos sufriendo en alguna medida al ver la postración en la que se encuentra la que una vez fue cabeza del mundo. Intentemos colaborar, al menos para salvar lo que nos queda.

Quinto asintió. En el fondo, el senador tenía algo de razón. Si ahora procedía aunar esfuerzos, él no sería un obstáculo.

—Te escucho. ¿Para qué me has hecho llamar?

—Creo que la razón es obvia. Lo diré sin rodeos. Roma se

encuentra indefensa. Sus murallas son fuertes, pero sin soldados ni disciplina de nada servirán cuando regresen esos bárbaros. Porque lo harán, no lo dudes, general. —Hizo una pausa mientras estudiaba la reacción de su invitado—. Tú eres la esperanza de esta ciudad. —Quinto no movió un músculo ante este intento de reconocer méritos que hasta entonces se le habían negado—. Y lo eres porque no hay nadie entre nosotros que haya hecho más para poder afrontar la defensa del Imperio en estas horas angustiosas.

—Senador, aunque agradezco tus elogios, permíteme que te recuerde que dos legiones de *comitatenses* cayeron enteras bajo mi mando. ¿Estás seguro de su confianza?

—Sí —Lampadio suspiró, mirando al suelo—, el Rhenus, lo sé. Una dura carga que sobrellevar. Permanecer con vida mientras todos los hombres a tu cargo yacen olvidados en el norte… —El senador dejó la frase inacabada, consciente de haber hurgado en la herida que aún no había cicatrizado en el ánimo de Quinto—. Pero también recordamos las victorias sobre los bárbaros de Radagaiso. Sabemos que tu intervención fue determinante —continuó, esbozando una sonrisa amable.

—Estaba bajo las órdenes directas de Estilicón —contestó el general con cierta incomodidad.

—No te quites mérito, Quinto Flavio. Tú eras el que comandaba la caballería en el campo de batalla. Por eso fuiste nombrado *magister militum praesentialis*. Lo que ocurrió en el Rhenus le habría podido suceder a cualquiera.

Quinto se quedó pensativo. Esta era la reflexión que de vez en cuando acudía a su mente para liberarse de sus propios fantasmas. ¿De verdad le habría ocurrido a cualquiera? Deseaba creer que sí. No obstante, prefirió obviar el tema por el momento. Le causaba un profundo dolor. Siguió escuchando lo que el senador podía ofrecerle.

—Lo cierto, general, es que no hay en estos momentos en Roma ningún hombre que reúna las dotes de mando y el rango que ostentas.

—Que ostentaba —matizó Quinto.

—Que volverás a ostentar, cuando aceptes el nombramiento de *praefectus legionis* que ya ha aprobado el Senado. General de todas las tropas acantonadas en Roma, con total capacidad de decisión en cuestiones militares.

Lampadio permaneció unos instantes en silencio, dejando que Quinto asimilara la noticia. Escanció de nuevo su copa y ofreció otra a su invitado. Esta vez, el general aceptó.

—*¿Praefectus legionis?* ¿De qué legiones concretamente estamos hablando?

Lampadio carraspeó antes de responder.

—De ninguna. De hecho, solamente hay guardias senatoriales,

restos de unidades que conformaban algunas legiones de *comitatenses* ya disueltas y una milicia ciudadana poco entusiasta.

Quinto torció el gesto y bebió un buen trago del vino que le habían ofrecido.

—Así que ostento un mando sin tropas que ser mandadas…

—Yo no diría tanto, general. Pero, sin duda, hay una importante labor que hacer y, confiando en tu fama y prestigio —esbozó una mueca que pretendió ser un gesto de reconocimiento—, es por lo que el Senado ha decidido tu nombramiento. El tiempo apremia, y no es hora de tener escrúpulos formales.

—¿Escrúpulos formales? —Quinto se rio con ganas—. No son escrúpulos ni orgullo. Necesito saber con qué tropas cuento, y, sinceramente, por lo que he podido ver estos meses, tampoco me sorprende lo que escucho. En el asedio, creo que, si no hubiera sido por la rapidez con la que el Senado cerró aquellos acuerdos, los godos podrían haber entrado al primer asalto. No había mando, no había disciplina y, por el contrario, reinaron la confusión y la histeria.

—Ahora comprenderás, por tanto, la razón de esta entrevista. Hablas sobre los soldados con los que cuentas. ¿Debo entender que aceptas? —preguntó interesado el senador.

—Acepto. Tampoco creo que tenga muchas más alternativas. No quiero permanecer inactivo, viendo cómo todo se desmorona a mi alrededor.

—Sea. —Lampadio al fin esbozó una sonrisa que incluso podía parecer una muestra sincera de satisfacción. Se levantó con dificultad para despedir a su invitado—. Se te ha asignado una vivienda digna en el Palatino, acorde con tu nuevo cargo. Tu presencia allí servirá también para proteger la vida de nuestra ilustre invitada, la hermana del emperador. A fin de cuentas, ya no hay nadie que ocupe esa colina.

—Es de agradecer el gesto del Senado con tal ofrecimiento —apuntó Quinto con cierta inquina—. Desde la muerte de Marco Fulvio, sus esclavos han sido vendidos y su casa está cerrada. Yo vivía allí, amparado en la generosidad del senador.

—Sí, lo sé. Una lástima lo de esa casa y que ahora te hayas visto obligado a vivir en tu… modesto refugio actual. Creo que así podríamos denominarlo. Pero al no existir herederos legítimos ni descendientes conocidos, la *domus* de los Fulvio será propiedad del Senado. No veo otra alternativa. Al menos, sin encontrar un testamento que, desgraciadamente, no nos consta que nuestro admirado senador dejara dispuesto.

Quinto miró a Lampadio con curiosidad. Le asombraba su capacidad para decidir en todo momento, sin ningún tipo de reparo moral, sobre las personas y bienes ajenos. No solamente se trataba de

él. No le importaba demasiado alojarse en una pequeña vivienda ubicada en las cercanías del foro de Trajano, propiedad de un antiguo lanista, fervoroso partidario de Estilicón, quien, conocedor de la situación de Quinto y Lucio, accedió a cedérsela sin pago alguno. En realidad, se trataba de una digna construcción, y se hallaba a gusto en ella. Lo que le molestaba era la suposición que el senador hacía sobre el hecho de que, por haberlo él decidido, aceptaría cambiar de residencia. Y en lo que respectaba a la *domus* de los Fulvio y el aparentemente inexistente testamento de su dueño, estaba seguro de que en los archivos imperiales se encontrarían depositadas las últimas voluntades de alguien tan previsor como el senador. En el fondo, le molestaba que, efectivamente, el viejo Lampadio tuviera razón en lo relacionado con el cambio de su actual vivienda. No tenía inconveniente en alojarse en una mejor residencia que al menos pudiera habitar en función de su cargo y no de la caridad ajena, y le incomodaba no haber opuesto resistencia a tal ofrecimiento. En cierta manera, se sintió mezquino. No obstante, decidió dejar tales conjeturas para el futuro. Era importante ponerse manos a la obra. Había muchas cosas sobre las que trabajar.

—Algo más. —Quinto se dio la vuelta cuando ya se encaminaba hacia el atrio, donde lo esperaban impacientes Lucio y Clodius—. Mis hombres de confianza —los señaló— vienen conmigo.

Lampadio se encogió de hombros.

—No veo razón para negarte tal deseo, aunque, sinceramente, no comprendo el apego que mantienes por un centurión entrado en años que nunca ha querido ascender.

—Es mi amigo y un militar competente.

—No lo discuto. Pueden acompañarte, por supuesto —dijo, dando por terminada aquella conversación—. Apenas tenemos tiempo, y debo informar al Senado de tu nombramiento. Que Dios nos proteja a todos.

—Tienen miedo.

La afirmación de Quinto sorprendió a Lucio mientras caminaban a través del foro de Julio César, en dirección al Palatino. Habían dejado atrás el foro de Trajano, que rodearon tras abandonar la residencia urbana de Lampadio, ubicada en las cercanías de las termas de Constantino, y desde ese momento el general no había abierto la boca. Conocía lo suficiente a su amigo como para respetar esos períodos de silencio. Sabía, no obstante, que al final todo lo que bullía en su interior acabaría por exteriorizarse. Siempre había sido así. No era Quinto un hombre introvertido; más bien al contrario, pero necesitaba

tiempo para analizar cada situación. Una vez que las piezas encajaban, la verborrea del general podía llegar a ser incontenible.

Mientras los dos caminaban juntos, Clodius los seguía a pocos pasos con la mano en el pomo de la espada, atento a cualquier movimiento sospechoso que pudiera amenazar la integridad del general. No olvidaba que Roma era, ante todo, un lugar en el que se mataba y se moría por rivalidades políticas y ambiciones sin freno. En eso, la ciudad había cambiado muy poco pese al paso de los siglos.

Cruzaron la plaza porticada que aún se veía dominada por la vieja estatua ecuestre del gran estadista divinizado. El bronce, corroído por el paso del tiempo y los excrementos de las aves, otorgaba al conjunto, en su decrepitud, una apariencia avejentada y decadente realzada por el silencio que dominaba el recinto, ausente ya toda actividad de culto en el imponente edificio que presidía el foro y que él mismo mandó construir. Las puertas del gran templo de Venus Genetrix parecían estar protegidas por las ocho columnas de orden corintio que soportaban un frontón cuyas esculturas mostraban, en su deterioro, el olvido de los hombres y los dioses. Permanecían, no obstante, cerradas desde hacía años, y la actividad comercial que se desarrollaba en aquel espacio al amparo del negocio de las ofrendas había decaído hasta casi desaparecer. Un hedor insoportable los alcanzó cuando se acercaron a los urinarios públicos, que, de forma harto significativa, estaban ubicados en un lateral de la plaza cuya obra se alzaba en las cercanías de la trasera del edificio del Senado. Apretaron el paso y, a través de un arco de acceso al recinto, salieron a la calle que conducía al viejo foro, la plaza pública más antigua de Roma. Su vocación política, comercial y religiosa no se había perdido aún. Pese a que los templos permanecían cerrados o se encontraban en trance de ser transformados en iglesias, los ciudadanos no habían abandonado la costumbre de adentrarse en aquel símbolo de la ciudad, que permanecía grabado a fuego en el subconsciente de cada generación. Cientos de personas caminaban por sus estrechas vías, en claro contraste con el deterioro de la plaza cuya construcción, ordenada por Julio César, había supuesto la primera ampliación seria de un recinto que, sin embargo, y como aquellos tres hombres observaron, se resistía a morir. Aquel era el corazón de Roma que seguía palpitando, y la sangre fluía a través de sus arterias, estrechas y obstruidas, mediante las cuales la actividad incesante del antiguo foro se trasladaba a todo el cuerpo vivo de lo que un día fue república y ahora se mantenía imperio.

Atravesaron el bullicio de vendedores, funcionarios del Senado —que permanecía abierto con una multitud agolpada en sus puertas para seguir las sesiones cotidianas—, esclavos acompañando a sus amos en gestiones comerciales, abogados que ofrecían sus servicios

ante las basílicas donde aún se continuaba impartiendo la justicia de los hombres mientras en las nuevas iglesias los sacerdotes alertaban sobre la divina. Las viejas y desgastadas losas del pavimento, que tantas pisadas habían soportado, seguían mostrando con su superficie pulimentada el testimonio de un esplendor antiguo, pero aún activo, y al tiempo que la cacofonía de ruidos atronaba el abigarrado espacio, los tres hombres, acelerando el paso, abandonaron el lugar a través de la vía sacra, sobrepasaron finalmente el arco de Constantino, remedo construido con retales escultóricos de viejas edificaciones, y se encaminaron finalmente al Palatino desde las cercanías de la imponente mole del Coliseo Flavio.

—Tienen miedo de perderlo todo. La riqueza, el poder, todo lo que han acumulado a lo largo de los siglos.

Lucio miró a su amigo. Este mantenía la vista fijada en el infinito mientras hablaba.

—Es lógico que así sea —apuntó, solícito.

—Sí, es lógico. Sobre todo teniendo en cuenta que su apuesta por socavar el poder de Rávena puede salirles cara. Lampadio no me engaña con sus amables palabras. Pretendieron salvar su oro, al tiempo que hacían tambalear la posición de Estilicón. Nunca creí que aquel robo fuera casual. Sin duda, sabían lo que hacían. —Quinto parecía decidido a ajustar cuentas con aquella reflexión—. Conocían perfectamente las consecuencias de impedir que los pagos acordados llegaran a Alarico. Pero no sopesaron del todo cuán graves podrían llegar a ser. Ahora ya lo saben. Han tenido que pagar mucho más de lo que pretendieron ahorrarse. Estilicón ha caído, es cierto, pero esto no ha cambiado nada. De hecho, lo ha empeorado.

»Saben que Olimpius no es ni una sombra en comparación con nuestro antiguo *magister militum,* y desde luego intuyen que no cumplirá los pactos alcanzados. La orgía de sangre que han desencadenado con sus acciones les ha manchado sus avariciosas manos, y ahora tiemblan ante las consecuencias. Alanos, suevos, vándalos y usurpadores. Y los godos a las puertas de Roma. Un invasor amenaza, por primera vez desde Aníbal, las murallas de la capital del mundo. Y volverán. Claro que volverán. Y lo saben. Por eso me han llamado. Porque tienen miedo.

El viejo centurión miró a Quinto. Se había apoderado de él un frenesí de rencor y odio que, aunque no le asombró, sí que le preocupó.

—Quinto —le dijo—, olvida todo eso ahora, amigo mío. No nos incumbe. Ya no. Ahora, si finalmente tus predicciones son correctas, nos corresponde únicamente intentar cumplir de nuevo con nuestro deber. Roma será una ciudad corrupta, pero es el alma del Imperio. Ha caído sobre ti una pesada carga.

—Nuevamente —contestó, ya más calmado el general.
—Nuevamente, sí.

La imponente estructura del Aqua Claudia, con sus arcadas alzadas sobre cuatro alturas, penetraba en el conglomerado urbano que constituía el conjunto de edificios ubicado en la colina del Palatino, aportando su caudal constante de agua limpia y clara, que aún manaba de los manantiales ubicados a decenas de millas al este de la ciudad. La conducción permitía que fuentes y estanques proporcionaran el esplendor de la vida a los por entonces pocos moradores de las residencias imperiales. Los tres hombres contemplaron aquella magnífica obra de ingeniería, que pervivía a través de los siglos e íntimamente sintieron el orgullo de formar parte del legado que hombres antiguos que los habían precedido habían construido para perdurar en el tiempo. Eso era, en esencia, Roma: perdurabilidad, seguridad, eficiencia.

Quinto se animó ante aquella visión y se encaminó con paso decidido hacia el acceso del recinto pese a la leve cojera que aún lastraba la marcialidad que se esperaba de un general en jefe. Fue, acompañado por Lucio y Clodius, hacia las escalinatas que daban acceso a uno de los gigantescos atrios de entrada. Allí, una sección compuesta por diez soldados pertenecientes a la *vexillatio* de guardias senatoriales les salió al paso. Uniformados con cotas de malla, túnicas y pantalones de color púrpura en atención a la función que tenían encomendada, se protegían con cascos remachados con clavos dorados y rojos escudos ovalados con el símbolo del crismón. Cuando llegaron a la altura de Quinto, se cuadraron ante él, y el oficial al mando se dirigió a quien ya era, oficialmente, el nuevo general en jefe de las tropas encargadas de la defensa de la ciudad.

—¡A tus órdenes, Quinto Flavio!

—Ya estás al mando de nuevo, viejo amigo —le dijo Lucio, con una sonrisa, al flamante *praefectus legionis* de la guarnición, mientras le daba una palmada en la espalda—. Ahora deberías cambiarte de ropa y recuperar el aspecto de un general en jefe.

Quinto asintió y, escoltado por aquellos hombres, se adentró en los palacios imperiales.

El hombre se dispuso a escuchar los ruidos que alteraban la noche romana antes de llamar a la puerta. Consiguió distinguir, en un instante, los lejanos ladridos de un perro, quebrando con su monótona insistencia el sueño de un recién nacido, todo lo cual provocó que la

tímida luz de una lámpara de aceite iluminara una de las ventanas de la casa colindante a la que se encontraba a punto de visitar. Los ecos de una pelea entre borrachos y el ahogado canto de una lechuza completaban el fresco de sonidos que caracterizaba cada minuto de la oscuridad que no conseguía calmar el ímpetu vital de aquella urbe. En realidad, a aquel hombre le fascinaba Roma. Lo hizo desde el mismo momento en que cruzó sus umbrales y un mundo nuevo y sorprendente acudió a conquistarlo por entero. Había conocido muchas ciudades, pero nunca había sentido la fuerza que emanaba de aquellos edificios, los imponentes y los miserables, la pasión de sus habitantes, en ocasiones suicida e irracional, la pulsión, en definitiva, de un alma que impregnaba cada rincón de aquella urbe. Sintió, de repente, una leve punzada de melancolía. Hacía lo que hacía porque en el fondo no había conocido nunca otro cometido, pero en ocasiones la duda conseguía atenazarlo. No obstante, él era un hombre de principios, entendidos a su manera, y siempre cumplía sus compromisos. Alejó cualquier atisbo de remordimiento que pudiera haber albergado durante aquellos instantes y llamó a la puerta. Dos secos golpes de aldaba resonaron con fuerza y se mezclaron entre el conglomerado auditivo de la noche romana, hasta desaparecer en él. La puerta se abrió y los goznes emitieron un leve chirrido como única bienvenida.

—Aún no está muerto.

—No, no lo está. Resulta evidente —contestó el hombre, ahora sentado frente a Juvenus en una de las dependencias de la casa.

El anfitrión lo miraba con aire hosco.

—Imagino que no será por lo que te pago. Opino que se trata de una recompensa generosa, y no veo resultado alguno de tal dispendio.

—Siempre me has pagado bien. No tengo queja alguna —apuntó el hombre con seriedad—. Nunca la he tenido. Me pagas y yo cumplo, y es así desde los tiempos de Augusta Treverorum. El problema es la seguridad. Quinto Flavio siempre está acompañado y no resulta fácil hallar el momento oportuno —dudó unos instantes—, y menos que nunca, ahora, que ha sido nombrado comandante de la guarnición de Roma.

—¿Quiere decir eso que desistes de tu empeño? —apuntó un Juvenus progresivamente irritado ante la calma con la que su invitado se expresaba.

—En absoluto. Se me ha pagado y cumpliré el encargo. No obstante, yo escogeré el momento. Es mi trabajo y lo hago bien. Se debería confiar más en mí, habida cuenta de mis antecedentes.

—Eso es cierto —consintió Juvenus—. Pero el tiempo apremia. La situación es inestable en Rávena. La posición de Olimpius no es fuerte ahora, y debo actuar con cuidado. —El hombre esbozó una leve

sonrisa sarcástica.

—Sin duda, toda precaución es poca —apuntó.

Juvenus lo observó en silencio. Dudó durante unos instantes antes de continuar. Conocía a aquel hombre desde hacía muchos años y siempre le había servido bien. No era el momento de vacilar o de enfadarse por apreciaciones más o menos insolentes. La realidad es que se encontraba atrapado en aquella ciudad, mientras en Rávena, a donde no podía volver hasta que se aclararan las acusaciones de cobardía vertidas contra él por aquel *comes* rencoroso, la situación política evolucionaba con gran rapidez. No tenía peso suficiente para inclinar la balanza de poder hacia ninguno de los contendientes, pero veía claro que, fuera cual fuera el resultado de aquella lucha política, él tendría que estar al final en el bando de la facción victoriosa. Mientras tanto, había aún tareas pendientes que acometer. Habló, por tanto, con calma contenida.

—Encuentra, pues, tu momento y mantenme informado de todo lo que averigües. Es tarde ya. —Se levantó, dispuesto a concluir aquella breve entrevista—. Aquí tienes tus últimos pagos. —Le alargó una bolsa—. Haz buen uso de ello.

—Gracias. Cumpliré mi cometido. —Se levantó de su silla igualmente.

Ambos hombres se encaminaron hacia la puerta. Súbitamente, como recordando de repente algo aparentemente trivial, el hombre se detuvo. Miró a Juvenus fijamente.

—Ella está viva. Creo que debes saberlo.

—¿Ella? ¿A quién te refieres?

—A tu esposa. A Licia Fulvio.

Juvenus palideció y se detuvo, paralizado por el impacto de la noticia.

—¿Viva? ¿Cómo es posible?

—Lo desconozco. De hecho, ignoro si aún continúa con vida. —Le tendió a Juvenus un pergamino arrugado que sacó de su faltriquera—. Marco Fulvio tenía entre sus manos esta carta. En ella, su hermano lo informaba de que su hija se encontraba asentada junto a él en una de sus posesiones en Hispania. El senador, de hecho, acababa de leerla cuando… tuve mi encuentro con él. Parecía ciertamente sorprendido y emocionado, pero las noticias ya eran antiguas cuando él las leyó. Ahora, tras tanto tiempo y la usurpación en Hispania, solo Dios sabe lo que ha podido ocurrir.

—¿Invocas a Dios ahora? —Juvenus sonrió, sarcástico, mientras leía la carta, pero pronto cambió el rictus de su cara—. Maldito imbécil, nunca debí confiar en ese esclavo estúpido. —Reflexionó unos instantes—. Debiste haberte encargado tú personalmente.

—Yo no asesino mujeres. Ya tendrías que saberlo.

XXVIII

Nada permanece

El persistente arrullo de una paloma despertó a Licia de un sueño inquieto. Hacía ya semanas que el aplastante calor que aquel verano del año 409 había descargado su implacable castigo sobre Caesaraugusta se había mitigado considerablemente. Unas lluvias providenciales acompañaron durante ese tiempo, con su persistente cadencia, el inicio del otoño en la ciudad del Iberus. De la misma manera que las altas temperaturas habían marcado el ritmo de la actividad humana en aquella ciudad, el frío viento procedente del oeste señaló con su entrada violenta y súbita el cambio de hábitos en las costumbres cotidianas. Casi sin solución de continuidad, las ligeras togas fueron sustituidas por capas de abrigo y embozos y capuchas se imponían en aquellos días en los que las tormentas inauguraban un año más los cambios de ciclo en las costumbres de aquel conjunto amurallado, azotado por un tiempo extremo, que no entendía de tibiezas ni transiciones pausadas.

Licia escuchó cómo el agua golpeaba en la contraventana de su dormitorio. Probablemente sobre el alféizar, intentando protegerse de aquella inclemencia, se había posado el ave que ahora la despertaba. Pensó amargamente en las similitudes de aquella situación con su propia experiencia vital. Ella se encontraba allí, ahora mismo, compartiendo lecho con un hombre al que detestaba, a resguardo, sin embargo, de los peligros que en el exterior la amenazaban y, al igual que le sucedía a aquella paloma extraviada, sin capacidad para emprender el vuelo a ningún otro lugar más allá de la leve protección que le ofrecía aquel dintel, a cuyo amparo, escaso y frágil, se había visto obligada a encomendarse. Escuchó junto a ella la respiración ronca y fuerte del que ahora era su marido, agudizada por la ingesta, en la víspera, de una gran cantidad de vino con motivo de una de las cenas que regularmente compartían con Gerontius y su mujer. Sintió que una profunda sensación de asco la dominaba. Habían transcurrido muchos meses ya desde aquel infausto día en el que se celebraron los esponsales concertados contra su voluntad.

Entre tanto, durante aquel verano tórrido Licia se había visto

obligada a soportar las visitas con las que regularmente Máximo la castigaba. Aquel amigo del general rebelde se había mostrado en un principio amable y comprensivo ante el habitual rechazo de su esposa. Lo atribuyó, en un comienzo, al natural pudor que toda buena patricia romana debía sentir por una situación de intimidad no deseada. Pero la paciencia del esposo se había agotado a los pocos días. La voluntad de una mujer no contaba en lo que se refería a los derechos exigibles por un marido deseoso de culminar su deseo y reflejar con ello la seña de identidad de su autoridad conyugal. Licia tuvo así que soportar la irrupción en su mundo de un contacto físico continuado y opresivo que la hacía sentirse, en cada ocasión que ello sucedía, poco más que un animal sin alma ni voluntad, consciente únicamente de un sometimiento que cercenaba de raíz la libertad que había aprendido a disfrutar antes de que la realidad la alcanzara de nuevo. Las expectativas de su esposo parecían ser altas, tanto en lo que respectaba a su futuro político como había quedado reflejado de forma explícita en el brindis que selló su compromiso, ligando sus perspectivas al éxito de Gerontius en sus planes, como la esperanza no disimulada de obtener la continuación de su *gens* cuanto antes. Contaba Licia, sin embargo, con el apoyo de Marcia, más una amiga que una esclava en aquellos momentos, quien, conocedora de los remedios que podrían evitar el sueño de descendencia de Máximo, auxiliaba a Licia suministrando una información adecuada y los productos, adquiridos clandestinamente, destinados a tal fin.

Había sido imposible sustraerse durante aquellos meses a la estrecha vigilancia a la que tanto ella como Marcia se veían sometidas. Sus planes de fuga, desbaratados por aquella boda, se habían pospuesto no solo por la imposibilidad de escapar de aquel cerco armado, reforzado inicialmente tras los esponsales en clara muestra de desconfianza hacia la joven y renuente esposa, sino por la propia realidad física de un río que en el estío bajaba tan escaso de caudal que resultaba imposible, aun para las embarcaciones más pequeñas, navegar por sus aguas. Sin embargo, aquella mañana lluviosa era la prevista para dar comienzo al proyecto de fuga largamente planeado. Ya no se trataba simplemente de escapar de un cautiverio dorado, sino de alejarse de un compromiso matrimonial opresivo, cuyo quebrantamiento podría suponer mucho más que un leve castigo de reclusión si fracasaba el intento. Licia conocía perfectamente los riesgos; los que ella misma afrontaba, pero también aquellos a los que abocaba a Marcia, que pasaría a detentar la ominosa condición de esclava fugitiva. Las penas previstas para tal caso no eran equívocas. La ejecución podría llegar a ser para ella la más favorable de las consecuencias. Sin embargo, permanecer en la situación en la que se encontraba en aquellos momentos era una perspectiva que Licia

contemplaba como un castigo aún peor que la muerte.

Durante aquellos meses, la incipiente amistad de Marcia con Temistio se había transformado ante los ojos de la joven patricia en un vínculo cada vez más cómplice y estrecho entre ambos, de manera que la implicación del marino en los planes de fuga se tornó en una cuestión personal. Según transcurrían los días, las aparentes muestras de interés de la esclava hacia su pretendiente habían pasado de ser meros artificios utilitarios a convertirse en un afecto sincero que se acrecentaba día a día, hasta el punto de que Licia sabía ya lo que Marcia aparentemente ignoraba: que ambos se hallaban a punto de sellar entre ellos el compromiso vital que únicamente les era permitido a las almas afines. Ella se alegraba no solamente por lo que afectaba a su proyectada huida, sino, muy sinceramente, por lo que suponía que aquella mujer a la que la vida había unido encontrara, siquiera por un período de tiempo, la felicidad que ella había ya conocido entre las nieves y la niebla del Rhenus y que le había sido arrebatada. Así, el plan elaborado durante aquellos meses se había ido perfeccionando, volviéndose más osado a medida que el vínculo que unía a su providencial salvador con Marcia se iba reforzando. Ya no se trataba solamente de favorecer una huida, sino de acompañarlas en los avatares que aquel proyectado viaje hacia la libertad aseguraba. Se trataba, por tanto, de una complicidad que cambiaría definitivamente la vida de los tres, quizás de forma irreversible.

Licia se incorporó con cuidado de su lecho tratando de no despertar a su esposo. Sintió cómo, ante el leve estremecimiento del recargado armazón de madera que soportaba su peso, Máximo se revolvió entre las sábanas, aún somnoliento. Se asustó cuando vio cómo sus ojos se fijaban en ella, acuosos.

—¿Adónde vas a estas horas? Aún es temprano —musitó con voz apelmazada pero firme.

Licia hizo acopio de serenidad para poder responder.

—Me acercaré al *macellum,* como todos los días. A primera hora de la mañana es cuando se pueden adquirir los productos más frescos, antes de que las matronas invadan el recinto —contestó ella intentando aparentar normalidad, pese al sobresalto que le produjo la pregunta—. En esta casa se come todos los días, ¿recuerdas?

Máximo pareció asentir, frustrado ante el abandono de sus planes inmediatos de placer. Desde hacía tiempo, cada mañana buscaba en vano el cuerpo de su esposa, y había aprendido a aceptar con fastidio aquellas costumbres que frenaban en seco sus pretensiones. Sintió desvanecerse la erección que había comenzado a notar y se dio la vuelta sin responder. Ya habría tiempo más tarde, pensó, mientras se abandonaba de nuevo al sueño.

Licia miró a su marido con frialdad. Confiaba en que aquella fuera

la última vez que contemplaba a aquel hombre al que había llegado a odiar profundamente. Se había acostumbrado a interiorizar tal sentimiento, mostrando hacia fuera una distancia gélida, disfrazada de aparente sumisión a los deberes que se suponía que debían esperarse de ella. Se vistió con cautela. No quería despertarlo de nuevo. Ajustó su túnica con un cinturón del que colgó una pequeña daga que había adquirido hacía meses, en la tienda de un herrero con el que había trabado cierta complicidad, y aprovechando un momento de descuido de sus guardianes.

Recubrió aquel tejido, demasiado fino para afrontar el mal tiempo del otoño, con una capa larga y abrigada provista de una capucha que por el momento decidió que no cubriera su cabeza. Con aquella indumentaria se mostraría como un hombre ante cualquier observador poco avezado. Antes de salir, abrió con cautela un arcón donde había guardado los ahorros que había acumulado con el dinero que conseguía sustraer del peculio que le era facilitado bajo riguroso control por Máximo con el fin de dotarla de alguna autonomía en sus compras. No era mucho dinero, pero sí lo suficiente para afrontar los imprevistos del viaje que pensaba acometer. Las caras joyas con las que su marido había intentado comprar su voluntad completaban el remanente económico que, pensaba, les permitiría culminar su escapada hasta llegar a su objetivo final: Roma. La ciudad donde confiaba en reencontrarse con su padre. La urbe, capital del mundo, donde al fin se sentiría segura, capaz de reconstruir definitivamente su vida.

Licia salió al peristilo de la vivienda y notó cómo el frío viento del oeste azotaba aquel deambulatorio que enmarcaba el patio donde el estanque sufría los embates de la lluvia, que repiqueteaba con fuerza sobre el agua remansada. Por un momento temió que su esposo despertara, preguntándose cuál podría ser la imperiosa razón por la cual su mujer sentía la necesidad de abandonar el calor de la vivienda para afrontar el frío en aquella desapacible madrugada. Se tranquilizó al instante cuando vio a Marcia esperándola pacientemente en el atrio, acompañada de un somnoliento guardia que maldecía su suerte, mientras pensaba cómo de negra era su fortuna al haber sido asignado para madrugar de aquella manera, viéndose obligado a acompañar a esas extrañas mujeres de costumbres tan diferentes a las que se suponían normales en una matrona romana y su esclava de confianza. Ambas intercambiaron una mirada cómplice al tiempo que los pesados batientes de las puertas de aquella mansión chirriaban al abrirse y dejaban pasar un repentino flujo de aire frío que las hizo estremecerse. Así, escoltadas de cerca por su guardián, afrontaron embozadas la lluvia que descargaba inclemente sobre la ciudad de Caesaraugusta.

El *macellum* se encontraba ubicado bajo unos soportales en la esquina del foro más cercana a las instalaciones portuarias. Desde aquella estructura, unas escaleras monumentales comunicaban directamente los puestos de venta con los muelles. A aquellas horas de la mañana, en claro contraste con el resto de la urbe, se observaba ya una actividad que, desplegada por los distintos comerciantes, anunciaba el trasiego mercantil que una hora después colapsaría los escasos deambulatorios que permitían el paso a los esclavos y sus señoras, haciendo diariamente su compra cada mañana en aquel lugar. Poco a poco, los tenderetes se iban colmando de productos frescos suministrados por las huertas cercanas a la ciudad para el consumo diario de una población que en los últimos tiempos, al contrario que en otras urbes, se había incrementado al amparo de sus renovadas murallas. Los puestos de carne y pescado, menos abundantes, mostraban igualmente su género colgando de ganchos las mejores piezas de vacuno y de oveja, o amontonadas las piezas fluviales en cajas, sobre las cuales se depositaban pequeños carteles de pizarra en los que se veía reflejado en numeración toscamente tallada con yesca los precios del día.

Prácticamente, todos los tenderos conocían ya a la esposa de aquel principal ciudadano, tan cercano a Gerontius, y mostraban hacia ella una deferencia no alejada del interés comercial que despertaban sus generosas compras. Licia nunca discutía los precios, y durante aquellos meses había mirado hacia otro lado cuando se daba cuenta de cómo, en ocasiones, la balanza señalaba un peso inequívocamente falseado. Así, con aquella actitud, se había ganado el aprecio de los propietarios de las diferentes *tabernae* y mostradores que poblaban el abigarrado recinto. Por ello, no prestaron demasiada atención cuando las dos mujeres se dirigieron, contra lo que en ellas era habitual, hacia la esquina más apartada del espacio porticado seguidas muy de cerca por el soldado, quien no pareció apreciar anomalía alguna en aquel movimiento.

Licia y Marcia comenzaron a descender con paso decidido por las escaleras que comunicaban el *macellum* con el puerto fluvial. A aquellas horas de la mañana la luz aún no había penetrado en el pasadizo, y la penumbra apenas permitía vislumbrar los peldaños humedecidos por el agua de la lluvia que se filtraba por los desagües que la evacuaban desde el foro. El soldado asignado a su vigilancia se extrañó al fin ante aquel desplazamiento inusual que alteraba la rutina de la compra diaria y llamó la atención de las dos mujeres.

—Mi señora, ¡vigila tus pasos! El piso está húmedo.

No encontró respuesta y se encaminó tras ellas con decisión, mientras una leve señal de alarma se dibujaba en su rostro. No pudo avanzar mucho. Tras descender unos peldaños, de entre las sombras

surgió de repente una figura embozada que se abalanzó sobre él sin que le diera tiempo a desenvainar su espada. Oculto tras una de las columnas que sustentaban el piso superior del almacén portuario, Temistio, con un movimiento brusco y seco, al tiempo que inmovilizaba por detrás los brazos y cuello de aquel desgraciado, seccionó su cuello de un solo tajo. La sangre salpicó la capa de Licia cuando brotó de la garganta, y con ella la vida del guardia lo abandonaba en pocos segundos. Apenas un lamento quedo pudo emitir aquel hombre, mientras enviaba con su mirada una interrogación, una exclamación muda de incomprensión hacia su señora, quien asistía a la escena con una frialdad que incluso a ella misma le sorprendió. Temistio no perdió el tiempo y echó sobre sus hombros el pesado cuerpo, al tiempo que urgía a las dos mujeres a que no se entretuvieran, instándolas a descender con premura hasta el muelle.

Una vez llegados al estrecho malecón, el joven marino dirigió la mirada hacia el puente y las almenas de la muralla que se alzaba sobre ellos y, asegurándose de que ningún centinela había decidido hacer la ronda bajo aquel aguacero, arrojó el cadáver al río, confiado en que la fuerte crecida que por momentos estaba experimentando el cauce lo alejara de allí con rapidez. Sin mediar palabra, señaló a las dos mujeres una pequeña embarcación de un solo palo que se bamboleaba sobre las aguas agitadas del Iberus, amarrada al muelle mediante dos cabos que se tensaban y destensaban conforme el casco recibía los embates de la corriente. Anclada a la cubierta, una frágil y estrecha pasarela de madera auguraba un dificultoso acceso al esquife. Licia no lo dudó un instante y con pasos cautelosos avanzó por aquella plataforma móvil hasta caer de bruces sobre el maderamen interior; el golpe lo amortiguaron los fardos cargados con una mercadería excedentaria que no había podido ser vendida y que probablemente estaría ya inservible por la lluvia. Marcia la siguió, ayudada por Temistio, quien no soltaba su mano, solícito y atento aun a pesar de la premura del embarque. Una vez que se encontraron ambas mujeres a bordo, el joven soltó los cabos desde el muelle y, antes de que el barco se abandonara a la corriente, saltó a la embarcación con una agilidad asombrosa, propia de quien estaba acostumbrado a aquel medio. Con rapidez, aferró con ambas manos el timón y, tras sujetarlo momentáneamente con dos pequeñas maromas cuyos extremos anudó a babor y estribor, se dispuso a izar la pequeña vela triangular, cuya lona quedó hinchada por el viento una vez que la verga de la que colgaba alcanzó su punto más alto. Súbitamente, la embarcación, impulsada por la corriente y el fuerte viento, pareció saltar sobre el cauce permitiendo que la proa, repujada con un leve contrachapado de bronce, abriera un surco en las aguas teñidas por el color pardo de

la tierra arrastrada hasta aquel caudal, ahora poderoso, recrecido por afluentes y torrenteras.

—Con un poco de suerte no notarán vuestra ausencia hasta bien entrada la mañana —dijo Temistio mientras se sentaba al timón y enderezaba firmemente el rumbo del pequeño navío—. La corriente y el viento nos impulsarán más rápidamente que si viajáramos a caballo por la calzada.

No observó la mirada agradecida de Licia, ni apenas pudo apreciar la mano de Marcia, que durante unos instantes acarició el brazo de aquel hombre providencial. Mantuvo su vista fija en el curso embravecido, al tiempo que seguía desgranando ante sus pasajeras los planes trazados de antemano.

—Tardaremos aún dos días en alcanzar Dertosa, cerca de la desembocadura del Iberus. Conozco a un buen amigo allí. Es mi socio en este negocio de cabotaje por el río, y acordé con él nuestra llegada a comienzos del otoño, cuando el nivel de las aguas fuera propicio, como cada año. Sabe que vais, y conoce perfectamente qué es lo que ha de hacer. Desde ese lugar deberemos tomar la calzada hasta Tarraco —continuó con la relación de un itinerario meticulosamente diseñado conforme a lo planeado clandestinamente durante meses con las dos mujeres—. El armador con quien trabajamos ha accedido a llevaros como pasaje por un precio razonable. Será, con toda probabilidad, su último viaje antes del invierno, y por ello no debemos perder tiempo. Todo tiene que suceder tal y como he planeado.

Miró con cariño a Marcia, quien asistía a aquel monólogo con una expresión que, si bien mostraba una aparente circunspección, acorde con la seriedad del momento, no podía evitar traslucir además la inmensa ternura ante la que al fin había decidido sucumbir. Licia intervino súbitamente, interrumpiendo la exposición.

—Has dicho que embarcaremos. Nosotras. ¿Acaso no nos acompañarás en el viaje?

Marcia reaccionó ante aquellas palabras como accionada por un resorte. Miró a Temistio, quien se mordía los labios. Tardó en contestar. Mientras tanto, la lluvia continuaba empapando a los viajeros, repiqueteando en su golpeteo anárquico contra el maderamen de la embarcación.

—No puedo hacerlo —dijo al fin—. No debo hacerlo. Mi socio accede a ayudarnos confiado en que no lo abandonaré. Este barco es nuestra vida; es mi vida.

—¿Y yo qué soy, entonces? —preguntó Marcia en un arrebato que mostró claramente su sorpresa y su indignación ante aquella confesión.

El joven no supo qué decir. Permanecía aferrado a la barra del timón. Atento, por un lado, a la navegación y, por otro, al rostro de la

persona por la que estaba comprometiendo su futuro. Licia intervino de nuevo.

—No tendrás negocio que mantener, aunque así lo desees —afirmó, decidida—. Cuando descubran nuestra huida, tardarán poco tiempo en averiguar que accedimos al muelle. Y entonces solamente será cuestión de tiempo que descubran cuál es la embarcación que falta. Dudo mucho de que puedas regresar. Lo siento, pero es la realidad. Como también lo es —continuó Licia con cierta tristeza en el tono— el hecho de que, en breve, me temo que se producirán acontecimientos que no auguran precisamente un período de prosperidad en el comercio. Quizás sea el momento para ti de empezar una nueva vida.

Miró a Marcia, quien le sonrió, agradecida por aquellas palabras.

Temistio no dijo nada. Se mantuvo en silencio mientras se escuchaba el sonido de la vela gualdrapeando al haber abandonado momentáneamente el rumbo que permitía recoger el viento con plenitud.

—Necesito toda la atención si queremos llegar a tiempo a Dertosa —les dijo al tiempo que enderezaba la embarcación y la tela volvía a dibujarse henchida—. Os ruego que no me distraigáis entre tanto.

Ambas mujeres callaron. Sabían que tenían por delante un largo viaje y se acomodaron juntas, protegidas por un pequeño resalte de madera que sobresalía sobre la cubierta desde la proa. Allí permanecieron abrazadas mientras la pequeña nave continuaba su singladura bajo una nube de agua que cubría a los fugitivos con un espeso manto gris.

Mediada ya la mañana, Máximo preguntó por el paradero de su esposa. Le había extrañado no escuchar, como cada día, las órdenes impartidas por su mujer a los esclavos que atendían la cocina de la *domus.* Cuando lo informaron de que la señora de la casa aún no había regresado, montó en cólera. Entendió rápidamente lo que había podido ocurrir y se culpó por su ingenuidad. Rápidamente, convocó al cuerpo de guardia que guarnecía la vivienda y les impartió una orden terminante: habrían de traerla de vuelta a la casa, aunque tuvieran que arrastrarla hasta allí. Pronto, las averiguaciones de los soldados dieron sus frutos. Intimidados por la presencia militar, los tenderos del *macellum* confirmaron que Licia y su esclava habían estado allí de madrugada. No supieron decir nada más. Sin embargo, una anciana que mantenía un modesto puesto de venta de ajos ubicado en una de las esquinas del recinto se atrevió a reclamar una pequeña recompensa por suministrar información que creía que podría ser de utilidad. La espada desenvainada de uno de los guardias apuntando amenazadora

a su cuello le hizo desistir de cualquier pretensión económica y, de inmediato, confesó que había visto a dos mujeres encaminarse hacia las escaleras que comunicaban con el pequeño puerto fluvial. Al instante, los hombres de Máximo comprendieron que la búsqueda no había hecho más que empezar. Pronto se organizó una patrulla de jinetes que emprendió veloz el camino que se dirigía hacia el este, a través de la calzada que unía Caesaraugusta con Tarraco, la capital de la provincia. En la ciudad permaneció a la espera, furioso y humillado, quien estaba llamado a ser en un futuro próximo el instrumento de poder en manos de Gerontius.

Río abajo ya había cesado la lluvia, y unos prometedores rayos de sol comenzaban a traspasar tímidamente la cubierta de nubes, que se abría sobre los fugitivos conforme el pequeño esquife avanzaba por aguas cada vez más caudalosas. Desde ambas orillas, el canto de los pájaros parecía celebrar aquella tregua en un temporal que se desvanecía en el cielo como si el viento, ahora más calmado en su ímpetu, hubiera decidido disolver con su soplo la furia de los elementos que perturbaban el viaje. Licia y Marcia se alegraron ante aquella reconfortante visión de claridad. Estaban empapadas y ateridas de frío y, mientras se abrazaban intentando darse el calor que sus cuerpos ansiaban, Temistio observaba la vela con preocupación.

—¿Qué sucede? —preguntó Licia, inquieta por la expresión del marino.

—El viento. Está amainando. Esto disminuirá nuestra marcha —contestó, áspero, mientras continuaba contemplando los aparejos, cada vez más destensados conforme el fuerte aire abandonaba el regazo de la tela.

Efectivamente, a la vez que la corriente que impulsaba las aguas del río disminuía su fuerza y la vela abandonaba su ímpetu, la velocidad a la que el pequeño esquife navegaba se ralentizaba por momentos. Licia miró alternativamente a ambas orillas. La vida era como si resurgiera de nuevo tras el paso fugaz de la tormenta. Respondiendo al estímulo de la luz recobrada, unas garcetas emprendieron de repente el vuelo, espantando con su aleteo a una pareja de cormoranes, formando un contraste visual de colores extremos que a Licia le pareció un reflejo fiel que definía la vida que había llevado hasta entonces. Observó cómo, cerca de la embarcación, un valiente martín pescador se atrevía a desafiar la corriente en búsqueda fugaz de su sustento, y más allá, junto a la orilla, de entre los juncos surgía una garza real que, con su majestuoso vuelo, adornaba el cielo con la imagen poderosa de quien se sabía señora

indiscutible de la ribera. Durante unos instantes cerró los ojos y trató de adormecerse buscando el sueño tranquilo al que ya no recordaba haberse abandonado desde hacía tiempo. Notó cómo un calor tibio bañaba su rostro, y así, sumida en una apacible duermevela, se dejó llevar por los recuerdos a los que regresaba en cada ocasión en la que su vida se lo permitía. Buscó entre aquellos momentos que conservaba como pequeños tesoros. Las imágenes, las palabras, el tacto, la dicha fugaz que le había proporcionado el regalo de los sentidos, acompañado por la hondura de un profundo sentimiento surgido de la nada, eran en aquellos momentos su bien más preciado. Retornó en el tiempo y se refugió en la imagen de una pasión, en las palabras de amor susurradas tras la locura, en el suave roce de unos dedos que le había transmitido la ternura que se extinguió un día, arrancada de cuajo por la historia que los hombres escribían a su alrededor, ajenos a la suerte que podían correr las vidas ajenas. Volvió a sentir el indefinible placer que le regaló el momento fugaz en el que pudo amar y ser amada y sintió con amargura la realidad pasajera de unos instantes perdidos, en los que la dicha llegaba para no permanecer. Todo lo que había vivido, todo lo que había descubierto sobre la existencia, los momentos de felicidad efímera, los largos períodos en los que los días se convertían en noches eternas se mezclaban en un conjunto de imágenes confuso del que intentaba rescatar desesperadamente los recuerdos que alimentaban su esperanza en la posibilidad de un futuro mejor. Pretendía asirse a aquello que había proporcionado sentido a su existencia y a ello probó a aferrarse una vez más, mientras notaba cómo la amargura de aquella felicidad arrebatada obligaba a sus lágrimas a encontrar el cauce de su piel, acariciada ahora por aquellos rayos de sol que parecían abrir un paréntesis en el devenir amargo de sus días. Pensó en cómo fluía su vida, cómo, excepto aquel sentimiento anclado en el tiempo, nada permanecía mucho tiempo instalado en el mismo rincón de su alma, cómo el llanto y la risa aparecían y desaparecían, conforme su experiencia acumulaba realidades y se transformaba en la mujer que era ahora. Distinta, diferente; en ocasiones, una desconocida hasta para ella misma. Quizás nunca volvería a tener la capacidad de soñar, agotados su corazón y su mente ante la negrura en la que se había sumido, encogida en la fortaleza en la que se había refugiado para no sucumbir ante el horror de una existencia en la que la ilusión y la esperanza estaban borrándose. Y así, acompañada por aquellos pensamientos y mecida por los sonidos con los que la naturaleza resucitada anunciaba su presencia, Licia se abrazó al fin al sueño que llamaba con insistencia a su puerta.

Despertó súbitamente, alertada por los gritos de alarma de Temistio. Señalando una de las orillas, el marino les estaba indicando el motivo de su aviso. En la margen izquierda del Iberus se podía distinguir la silueta de diez jinetes armados, que esperaban pacientemente sobre sus monturas a que la pequeña embarcación se acercara, impulsada por la corriente, al meandro en cuya ribera se encontraban apostados, dispuestos a recoger su presa. Los hombres enviados por Máximo habían aprovechado bien el tiempo y, conocedores de lo imperioso de las órdenes de su señor, no habían descansado más que lo imprescindible para aparecer de improviso, en aquel amanecer, en las orillas de un río que parecía entregarles mansamente la recompensa que codiciaban.

Temistio maniobró con celeridad variando bruscamente el timón hacia estribor, de manera que el pequeño bajel sintió cómo sus cuadernas crujieron cuando la corriente golpeó el costado que quedaba expuesto al embate de las aguas. Rápidamente, mientras sus dos pasajeras intentaban asirse a las bordas, el marino se inclinó bruscamente evitando el movimiento de la rústica botavara que, al girar de banda a banda con un golpe seco, tensó los cabos y se acopló a la fuerte virada, posibilitando que la vela recogiese de nuevo el escaso viento que todavía permitía la marcha del frágil buque. Desde la margen izquierda del río, los soldados permanecieron atentos al nuevo rumbo de la embarcación y, conforme comprobaban que esta se alejaba de su destino natural, zigzagueando para evitar su cercanía, optaron por desaparecer. Un gesto de alivio surgió en los rostros de las dos mujeres.

Sin embargo, Temistio sabía que aquella era únicamente la primera señal del peligro que les aguardaba. Aún restaban muchas millas para alcanzar su destino, y en algún momento él tendría que descansar, viéndose obligado a amarrar el esquife en algún meandro oculto por la vegetación para al fin poder dormir algunas horas. Mientras seguía atento a las orillas, abrió el pequeño tambucho de popa que cerraba un reducido hueco del que extrajo una bolsa que ofreció a ambas mujeres. Contenía algo de tocino, galletas y agua.

—Tomad —les dijo, arrojando el saco hacia la proa—. Tendréis que comer y beber algo. También deberíais poner vuestras capas a secar al sol. No creo que sea la última vez que veamos llover —suspiró—, o, al menos, eso espero.

Marcia se acercó gateando hacia la comida y la atrajo hacia sí. Ofreció a Licia un pedazo de aquella carne tosca y grasienta y miró fijamente a Temistio.

—Pueden llegar antes que nosotros a Dertosa, ¿verdad? —le preguntó, inquieta.

—Sí, pueden hacerlo si no conseguimos incrementar la velocidad

de nuestra marcha. Este es un río muy cambiante, y, precisamente por ello, la calzada tiende a evitar su cercanía. Esa es una de nuestras ventajas. Tendrán que dar algún rodeo, y, por supuesto, deben parar para descansar.

—Como nosotros —apuntó Licia.

—Como nosotros, efectivamente.

—Pero si ellos llegan antes… —Marcia no terminó la frase.

—Si ellos llegan antes, la única posibilidad que tendríamos sería la de huir hacia el sur, pero allí carezco de contactos y no dudo de que nos perseguirían si no conseguimos escapar de Hispania. No hay alternativa. Debemos acelerar la marcha. Rezad a Dios para que nos envíe de nuevo la lluvia. Esto incrementará el caudal y, con él, la corriente. De esa manera podríamos alcanzar nuestro objetivo a tiempo.

Licia asintió en silencio. Observó el cielo. En el horizonte que dejaban atrás, hacia el oeste, unas nubes amenazadoras parecían aproximarse a buen ritmo. Sin embargo, sobre ellos aún brillaba el sol. Recordó su antigua y prohibida devoción por Mitra y por un momento se preguntó si su condición de mujer habría enfadado a aquel Dios reservado para los hombres. Sus plegarias nunca habían sido escuchadas, y de alguna manera había comenzado a percibir que nunca lo serían. Entregada a un fatalismo ante el cual decidió que nada podía hacer, bebió un largo trago de agua y se dispuso a esperar resignada lo que el destino tuviera reservado para ellos.

Pasaron la noche abarloados a un pequeño bosquecillo cuyos árboles hundían sus raíces en el agua y que les proporcionó refugio ante cualquier mirada indiscreta. A la mañana siguiente, mientras el barco se deslizaba nuevamente sobre las aguas, los alcanzó finalmente la tormenta que venía formándose en la lejanía desde el día anterior. La lluvia, intensa y prolongada, empapó de nuevo las ropas que a duras penas habían podido ser secadas la víspera. Resignadas, Licia y Marcia intentaron protegerse tendiendo sobre ellas unas viejas y raídas mantas que encontraron buscando desesperadamente entre las mercancías abandonadas sobre la cubierta, pero su cobertura pronto resultó ineficaz. El velero navegaba bajo el aguacero, imprimiendo a su marcha cada vez mayor velocidad, impulsado por el creciente viento y una corriente que, poderosa, los acercaba, a lomos de su terroso cauce, a su destino.

A última hora de la tarde, cuando ya la tormenta hacía tiempo que había dejado de cubrir con sus negras nubes el cielo, los tres viajeros pudieron atisbar en la lejanía de la orilla izquierda del Iberus las blancas torres que anunciaban por fin, con el reflejo del sol poniente sobre su superficie encalada, la presencia de la ciudad de Dertosa. El río se había vuelto ancho y caudaloso, conforme alcanzaban su

desembocadura, y Temistio se vio obligado a maniobrar en repetidas ocasiones para arrumbar la embarcación hacia los muelles de madera que anclaban sus pivotes en el lecho fangoso de la ribera. No había trazas de presencia armada alguna en aquellas frágiles estructuras, huérfanas a aquellas horas tardías de la actividad comercial habitual durante el día. Atracaron con rapidez, amarraron el barco a uno de los postes que aún permanecían libres de la presencia de otras naves y saltaron al embarcadero. Una vez en tierra, Temistio se quedó pensativo. Miró hacia el río, en la dirección del mar, y luego fijó la vista en Marcia. De repente, regresó sobre sus pasos y, con la agilidad que le conferían muchos años de experiencia, deshizo rápidamente el nudo de la soga de amarre de su pequeño esquife. Pronto, liberada de ataduras, la nave comenzó a moverse lentamente, llevada por la corriente. En unos minutos, el pasado de Temistio, su medio de vida, se deslizó hacia un horizonte cada vez más oscuro hasta convertirse en un punto invisible que desapareció de su vista, cerrando así los días antiguos y alumbrando la esperanza de una promesa en los nuevos por venir.

No perdieron más tiempo. Aún sorprendidas por aquel generoso gesto, se dejaron guiar por el joven, quien, conocedor de la ciudad, las encaminaba con paso presuroso a través de sus calles. Allí, al final de una travesía adyacente al pequeño *cardo* de la población, se acercó a una puerta que daba entrada a una modesta vivienda. Llamó repitiendo los golpes de una señal convenida de antemano y al poco se recortó en el dintel la figura barbada de un hombre de edad mediana, quien, al ver a Temistio, se fundió con él en un fraternal abrazo.

—Creía que no vendríais ya —dijo a modo de saludo, mientras observaba detenidamente a las acompañantes de su amigo y socio—. Me llamo Fabio —continuó al tiempo que los apremiaba a entrar en la vivienda—, y no debe haber lugar a más palabras ni cortesías. Debemos salir de esta ciudad antes de que cierren las puertas de la muralla. Os esperan en Tarraco.

No tardaron en estar preparados. En una pequeña cuadra, ubicada en la trasera de edificio que hacía las veces de sede del negocio de ambos comerciantes, permanecían amarrados tres caballos con mantas y riendas ya colocadas sobre los animales. Unos instantes después, unas figuras embozadas traspasaron la puerta norte de la población ante la indiferencia del centinela, quien, bostezando, únicamente aguardaba a que lo relevaran en su servicio de vigilancia. Desde un primer momento, Fabio supo sin necesidad de que su amigo se lo dijera que a partir de aquel instante no volvería a verlo. Bastó una mirada entre ambos para que los dos entendieran que era la hora de la despedida. El silencio de un abrazo fue, por tanto, el punto final de su relación y de su aventura mercantil. Al tiempo en el que los tres

jinetes se alejaban seguidos en su galope por la muda despedida de Flavio, a través de la entrada orientada al oeste, diez équites armados penetraron en la pequeña urbe y se dirigieron al galope hacia el muelle. Cuando llegaron, comprobaron que allí no se encontraba el barco que ya habían identificado y decidieron esperar hasta la madrugada, momento en el cual, pensaron, podrían sorprender a los fugitivos. Entre tanto, los perseguidos espoleaban a sus monturas en dirección hacia el norte, el final de su larga escapada.

Tarraco apareció imponente en el horizonte, iluminada en todo su esplendor monumental por el sol que despuntaba sus rayos desde el mar. Aquel primigenio asentamiento de Roma en la península aún mantenía, cercado por sus ciclópeos muros, los vestigios del centro capitalino que una vez fue y que ahora, aunque declinante, todavía aportaba con su estructura urbana el ejemplo de edificación simbólica y representativa de todo lo que había hecho grande a aquel imperio. Conforme los fugitivos se acercaban a la puerta en la que moría la vía principal por la que habían cabalgado sin descanso toda la noche, podían apreciarse los barcos que entraban y salían del puerto, manteniendo con su estela sobre aquel mar azul el pulso que aún suministraba vida al comercio entre los hombres.

No tuvieron tiempo de admirar la decadente monumentalidad de la ciudad, su circo en ruinas, su foro imperial ya desangelado por el paso del tiempo, huérfano de cuidados, ubicado en lo alto del casco urbano. Accedieron directamente a los muelles, cuyas instalaciones, sin duda, habían conocido tiempos mejores, abandonadas en parte por la incuria de los hombres y por la falta de impulso edilicio que pudiera mantenerlos en pie. Fueron directamente hacia un pequeño pero esbelto barco mercante, en cuya proa resaltaba el color rojo con el que, en listones alternos, había sido decorado. Los marinos izaban ya las velas preparando la maniobra para zarpar cuando los apurados viajeros desmontaron junto al buque, cercanos a la pasarela de embarque. Desde la borda de la nave, un hombre de avanzada edad, curtido su rostro por el sol y el salitre, los apremió con gestos imperativos. Sin pensarlo más, Licia se encaminó por la plataforma de madera, seguida de Marcia y Temistio. No llevaban consigo más que el sueño de una jornada sin descanso. El aspecto sucio y desaliñado de los nuevos pasajeros no llamó la atención de una tripulación, sin duda, acostumbrada a transportar gentes de toda condición sin demasiadas preguntas. Licia sostuvo durante unos instantes la mirada inquisitorial del capitán. Al fin, con parsimonia, depositó en sus manos el contenido de la bolsa, y la visión del dinero relajó el rostro de aquel

hombre, quien, no obstante, quedó a la espera mientras observaba cómo Temistio accedía a la cubierta.

—¿Viajas tú también? Esto no era lo acordado —objetó el marino.

Licia comprendió la situación al instante y, hurgando en su faltriquera, sacó de ella un espectacular collar de finas anillas de oro que ofreció de inmediato a aquel hombre.

—¿Es suficiente para compensar tus gastos, capitán? —preguntó con frialdad.

El marino miró a Licia. Por su aspecto no parecía una dama al uso, pero había algo en su mirada que lo impelió a no poner mayor objeción. Sopesó la joya con aires de experto y asintió.

—Es suficiente —contestó escuetamente, y sin perder más tiempo les dio la espalda y se dirigió al puente ubicado en la popa al tiempo que gritaba las órdenes para zarpar de inmediato.

La niebla aún no se ha disipado y los centinelas que guardan aquel paso en las montañas comienzan a vislumbrar las primeras filas de una columna encabezada por guerreros a caballo. Tras ellos, una multitud compuesta por miles de hombres, mujeres y niños, camina con determinación. Están cansados tras una larga marcha, pero su aspecto es decidido. Poco a poco el gentío va colmando el desfiladero hasta convertirse en una espesa y compacta masa humana que cubre con su marcha el verde que hasta entonces crecía libre y desaparece ahora por las pisadas del gentío. Los guardias, los *honoriacii,* ubicados en las alturas por Gerontius, saben que no deben impedir el tránsito. Saludan agitando sus lanzas en el aire y pronto son correspondidos desde el fondo del valle. Tienen el paso franco. Pueden entrar en su nueva tierra de promisión, amparados en los pactos alcanzados con aquel general rebelde y obstinado. Es el otoño del año 409 y vándalos, alanos y suevos están penetrando en Hispania. Ante ellos se abren las ciudades, los valles y las montañas, desprotegidos de toda milicia, que dejarán en breve de pertenecer al orden romano bajo el que han vivido durante siglos. Caerán como fruta madura y sus despojos darán testimonio de lo que un día fueron y de lo que nunca volverían a ser.

XXIX

Todos los caminos

Quinto oteó el horizonte durante largo tiempo. Junto a él tremolaba con fuerza el estandarte rojo con el símbolo secular del Senado que un *signifer* portaba con orgullo, acreditando la presencia del comandante de la plaza, desafiando con su presencia al enemigo y dotando de cierta seguridad y confianza a las tropas que guarnecían las defensas. Desde aquella atalaya, cercana a la Porta Flaminia, protegido por las almenas del punto más septentrional del trazado de la muralla, podía contemplar con claridad los movimientos de tropas que Alarico había ordenado para completar un cerco que, sin embargo, no le dio la impresión al general de ser lo suficientemente estrecho. Era —así se lo transmitió a Lucio y a otros oficiales— como si únicamente quisiera avisarse a la ciudad de que el dogal que ahora se ceñía de nuevo sobre ella podía apretarse a voluntad, dependiendo de la docilidad que se mostrara ante sus pretensiones.

Todos sabían que el rey godo seguía insistiendo en que se aprobaran sus peticiones de mando militar dentro del entramado imperial y que incluso había rebajado sus pretensiones, de suerte que en amplios sectores del Senado se comenzaba a hablar de la posibilidad de una aceptación unilateral por parte del gobierno de la urbe, prescindiendo de la aquiescencia de la corte en Rávena. De hecho, en la ciudad de los pantanos, los acontecimientos políticos seguían sucediéndose con vertiginosa rapidez. El otrora poderoso Olimpius había caído. Su posición, desde el mismo momento en que los ejércitos godos habían penetrado libremente en la península ante la incapacidad de organizar una defensa efectiva, se había vuelto insostenible. Su muerte fue, en cualquier caso, terrible, incluso como castigo a la desmedida ambición de un hombre crecido al amparo del poder de su antecesor, traicionado precisamente por quien, de igual manera, fallecería de forma violenta. Su ejecución a garrotazos y golpes pareció, incluso a sus acérrimos enemigos, un castigo desproporcionado y cruel. En su lugar, al fin Flavio Constancio había alcanzado sus objetivos de poder.

Militar competente y duro, había convencido a Honorio de resistir cualquier tipo de pretensión que supusiera una disminución de su

autoridad. Entre tanto, trabajaba para formar de nuevo un ejército que fuera capaz de afrontar de forma eficaz los retos a los que se enfrentaba el Imperio, empezando por la todavía no sometida rebelión de Constantino III. Esta se había convertido en su prioridad. Entendía que Roma y sus tribulaciones podían esperar. El Senado era para él un problema menor. Todo había de hacerse paso a paso, y si entre tanto la vieja capital sufría, esta circunstancia serviría al menos para entretener a las tropas enemigas que, en caso contrario, se dirigirían a Rávena. Había que ganar tiempo.

Y allí se encontraba, por tanto, Quinto, ganando tiempo para evitar que el nuevo asedio consumiera los recursos de la población. Para ello había dispuesto una distribución más equitativa de las tropas bajo su mando. Las unidades mejor preparadas, las *vexillationes* de la guardia senatorial, se habían distribuido en los sectores de la muralla que consideraba más amenazados, evitando que sus capacidades se desaprovecharan en la custodia y guarda de los edificios públicos. Así, consideró que los edificios del Palatino y del Senado podrían ver reducida su protección, destinando aquellas tropas a tareas más acordes con su experiencia militar. El resto de las unidades, formadas por una milicia urbana poco preparada y escasamente fiable, fueron repartidas tras un breve e intensivo entrenamiento, mezcladas a intervalos con las formaciones más veteranas, de manera que en caso de que aquellas flaquearan, la guardia senatorial impidiera, con su cercanía, la desaparición de la disciplina.

Se encontraba ahora comprobando sobre el terreno los datos que previamente había podido estudiar en los mapas. Le preocupaba especialmente en aquellos momentos el trazado del Aqua Virgo, que, en aquel punto, accedía a la ciudad por una canalización subterránea que afloraba poco antes de alcanzar su final en el Campo de Marte, en el corazón del centro urbano. Se volvió hacia Lucio y los restantes oficiales que había seleccionado para que formaran parte de su Estado Mayor. Clodius permanecía apartado, vigilante ante cualquier acceso no consentido al *praefectus legionis.*

—Deberíamos cegar esta conducción —dijo, señalando el rastro de pozos de registro que marcaba en la superficie el trazado del acueducto—. Podría ser una vía de penetración en caso de asalto. Al menos, si de verdad esa agua resulta estrictamente necesaria y no podemos prescindir de su flujo, colocad un contingente de guardias en su salida. Si fuera necesario, distraed algunos efectivos del sector entre la Porta Asinaria y Porta Metronia. Aparentemente, los godos han concentrado menos tropas en ese sector. ¿Alguna noticia de Portus? —preguntó, refiriéndose a si se había bloqueado el tránsito fluvial del que dependía la subsistencia de la ciudad.

—No parece que por ahora les preocupe demasiado —contestó uno

de los mandos presentes—. Las embarcaciones siguen afluyendo libremente. Vigilan las riberas, pero todavía permiten la entrada de todo el tráfico. Es como si de verdad estuvieran simplemente avisándonos de lo que son capaces de hacer. Seguimos, no obstante, acumulando provisiones. Un tercio del trigo se está destinando a los almacenes. Ya se han dado instrucciones terminantes al respecto.

—Bien hecho —contestó Quinto—. Puede ser un invierno duro.

Se disponían a abandonar la muralla para regresar al cuartel general de mando que se había decidido instalar en el Palatino, en la residencia de Quinto, cuando uno de los centinelas apostados junto a ellos llamó su atención, señalando en la lejanía a un escuadrón de caballería que se acercaba a aquel punto, posiblemente atraídos por la referencia que suponía el *signum* de mando. Observaron el rastro de polvo que, pese a estar comenzando la estación invernal, aún levantaban los animales en su carrera campo a través.

Quinto ordenó preventivamente que los arqueros, que en escaso número guarnecían aquel sector, se aprestaran a la defensa. Miró con detenimiento. En el horizonte, los penachos de las tiendas plantadas por las tropas bárbaras seguían con su incesante trasiego de personas, aparentemente indiferentes a la situación. Pronto, conforme los jinetes se aproximaban, comprobó que se trataba de una embajada. De alguna manera, Alarico parecía estar aún dispuesto a parlamentar. Cuando el escuadrón estuvo lo suficientemente cerca de las murallas, pero lejos aún del alcance de la artillería instalada en las torres, dos de los jinetes se adelantaron al resto. Portaban el estandarte real, como heraldo y seña de tregua. Ya al pie del baluarte en el que se encontraban Quinto y sus hombres, uno de los dos soldados se aprestó a hablar, elevando la voz, para que fuera audible desde las alturas.

—¡Traemos un mensaje del rey para el Senado!

Al poco tiempo, los batientes de la Porta Flaminia se abrían, y los emisarios traspasaban la entrada, cabalgando con parsimonia ceremonial entre las poderosas torres semicirculares desde las que asombrados ojos los miraban y al pie de las cuales Quinto se encontraba para recibirlos y escuchar lo que tuvieran que decir.

Licia contempló, absorta desde la proa, el espectáculo magnífico de aquella inmensa bahía artificial. Habían traspasado sin problemas la bocana del puerto exterior, ordenado construir en su día por el emperador Claudio. Demasiado expuesto a los embates del mar embravecido, los dos malecones que lo cerraban a modo de semicírculo mostraban signos del deterioro provocado por el oleaje y la falta de mantenimiento. Aun así, presidida la entrada por un

enorme faro, ofrecían todavía el abrigo necesario para que los navíos embocaran con seguridad el verdadero puerto de Roma. La dársena interior que Trajano decidió levantar para dotar a la capital de unas instalaciones acordes con la importancia del comercio que esta aglutinaba se mostró a los ojos de Licia en todo su esplendor. Acodada en la borda de estribor, permanecía atenta a todo lo que se mostraba ante sus ojos, mientras el buque era remolcado por dos esquifes de remos que lo introdujeron lentamente a través del canal de entrada, flanqueado por los edificios de aduanas y unas termas que, a juzgar por las apariencias, aún funcionaban a pleno rendimiento. La enorme laguna hexagonal apareció de repente, como una gran plaza en cuyos laterales se podían ver navíos de todo porte atracados. El conjunto desprendía una actividad febril que Licia no había visto ni siquiera en el puerto de Massalia, donde tuvieron que permanecer anclados casi un mes entero a causa del estado de la mar. Había sido un viaje largo y difícil. La situación de caos reinante en la diócesis de la Galia había impedido amarrar en puertos cuya seguridad resultaba más que dudosa para mercancías y tripulación, y únicamente cuando arribaron a la gran rada massaliota tuvieron la oportunidad de adquirir provisiones y esperar con cierta tranquilidad a que mejoraran las condiciones meteorológicas. En más de una ocasión, el fuerte oleaje que ya presagiaba la llegada de la temporada invernal había estado a punto de hacer naufragar el barco, que, por lo demás, había demostrado ser lo suficientemente marinero y maniobrable como para que, aparte de los mareos y vómitos que pusieron a prueba la integridad física de Licia y Marcia, alcanzaran las costas ya seguras que anticipaban la cercanía del puerto de Roma.

Mientras los operarios del muelle aseguraban los cabos que permitían el amarre del buque en el lugar asignado, Licia se fijó en las columnas de humo que se elevaban al cielo en las cercanías de la dársena. Se las señaló al capitán de la nave, con quien había podido finalmente mantener un trato al menos correcto, cercano ya a la confianza, al final del viaje.

—Algo ocurre en esta ciudad —afirmó el marino, con gesto preocupado—. No me gusta lo que está sucediendo de un tiempo a esta parte. Observo esta rada y no la reconozco. Parece como si una fuerza invisible la estuviera paralizando.

Licia se extrañó. A ella le había dado la sensación de que la actividad resultaba febril. El capitán notó su sorpresa y matizó su comentario.

—Quizás sea únicamente por la llegada del invierno y yo esté equivocado, pero puedo asegurar que alimentar a un millón de personas requiere más movimiento que el que ahora mismo contemplo. Esta situación solamente puede deberse a una

circunstancia: la inseguridad. Nadie quiere que su cargamento desaparezca tras una difícil singladura. Yo tampoco —culminó al tiempo que se acercaba a la pasarela que algunos tripulantes estaban tendiendo para acceder al muelle.

Allí lo esperaba un funcionario de aduanas dispuesto a supervisar el contenido del barco, escoltado por dos hombres armados.

Estuvieron hablando un largo rato. Mientras Licia intentaba interpretar sus gestos, se le aproximaron Marcia y Temistio. Tuvo la sensación de que el destino había unido a aquellos dos seres para siempre, ofreciéndoles una oportunidad de encontrar la felicidad. Admiró, con cierta envidia, el cariño que se profesaban, el cuidado mutuo y la pasión que irradiaba de sus miradas. Sonrió al verlos.

—¿Qué sucede ahí abajo? —preguntó Marcia, sin que aparentemente le resultara esencial conocer la respuesta.

—No lo sé realmente, pero puede que tenga algo que ver con aquellas columnas de humo. —Señaló Temistio en la dirección desde la que se levantaban los evidentes signos de que la guerra y el caos se acercaban al corazón histórico del Imperio.

Marcia miró hacia el cielo y su rostro se transformó al contemplar el negro presagio que se elevaba sobre ellos. Desapareció la expresión risueña de su cara.

—Yo ya he vivido esto demasiadas veces —dijo, apesadumbrada.

Temistio la cogió de la mano, tratando de transmitirle seguridad. Ella lo agradeció con una leve sonrisa.

—Demasiadas veces… —repitió Licia en voz casi inaudible.

El capitán subió a bordo mientras los estibadores comenzaban su pesada tarea, ayudados desde el buque por la marinería. Miró los rostros expectantes de sus pasajeros.

—Roma está sitiada —dijo, lacónico—. O, al menos, está a punto de cerrarse un cerco sobre ella. Todavía remontan el Tíber las barcazas de transporte, pero no se sabe por cuánto tiempo esto será así. Los godos.

—¿Godos? ¿En Roma? —preguntó Licia con asombro.

—Creo que hemos permanecido mucho tiempo ajenos a las noticias de lo que ocurría en el imperio —repuso el marino—. Al parecer, la situación es complicada en extremo. Es el segundo gran cerco. El primer asedio se resolvió con un enorme pago de oro y plata. Hubo que confiscar cargamentos enteros para completar la entrega. Ahora me explico la reticencia de los mercaderes por arribar a este puerto. Por mi parte, no hay tiempo que perder. En cuanto a vosotros, las calzadas no son seguras, y la mejor manera de llegar a Roma es a través de un viaje remontando el río. Hay varias barcazas cargadas de grano africano a punto de partir. Yo aún tengo tarea pendiente aquí. Es vuestra oportunidad, si aún seguís queriendo entrar en Roma. En

estas circunstancias, yo dudaría en hacerlo.

Licia miró agradecida al adusto capitán. Finalmente, había resultado ser un hombre honesto. Indudablemente, movido por la ganancia y el beneficio, este objetivo no le había hecho perder su humanidad. Licia pensó que era la primera persona honrada, más allá de Temistio, que había conocido en mucho tiempo. Estrechó su mano en un gesto que sorprendió al veterano marino, por lo inusual de tal acción en una mujer, y se despidió de él con una sonrisa.

—Habéis hecho mucho por nosotros. Más de lo esperado, lo confieso. Pero debemos partir. Roma es nuestro destino, y, mientras exista una posibilidad, debemos intentarlo.

El capitán asintió, aparentemente complacido por aquellas palabras de gratitud, y se dio la vuelta sin mayores formalidades, para dirigirse hacia sus hombres y vociferar órdenes para el desembarco. Había aún mucho por hacer.

Tras descender por la pasarela, los tres viajeros se encaminaron con celeridad hacia el canal que comunicaba la dársena con el curso del Tíber, con el ánimo de quien contempla de cerca el objetivo soñado, indiferentes a los peligros que se cernían sobre aquella urbe, destino final de todos los caminos de los hombres. Licia entregó como pago del viaje las últimas joyas que Máximo le había regalado. Sintió un extraño placer en hacerlo. Como si, finalmente, toda su vida pasada hubiera quedado con aquella entrega, definitivamente atrás. Embarcaron con la excitación con la que un corredor afronta el último tramo que lo acerca a su meta y, casi sin poder ser conscientes de ello, las barcazas empezaron, lentas y solemnes, su navegación río arriba.

El Senado se había reunido de forma apresurada en sesión extraordinaria. Los miembros de aquella cámara que aún no habían huido de la ciudad permanecían en sus asientos, guardando un expectante silencio, atentos a la lectura de la carta de Alarico. Fuera del edificio, agolpados ante la entrada, numerosos curiosos se empujaban para intentar escuchar el mensaje que, intuían, cambiaría la suerte de la ciudad en un sentido u otro. Junto a la puerta, de pie y rodeado de sus oficiales, Quinto observó cómo el mensajero del rey godo entregaba al senador que presidía aquella asamblea un pergamino que este desenrolló con lento ceremonial. Prestó toda su atención.

«De Alarico, rey de todos los godos, al Senado de Roma:

Sed bendecidos por Dios, padres de la patria romana. Me dirijo a vosotros en deferencia a la dignidad de vuestro cometido, y ello a pesar de que mi pueblo ha

sufrido la perfidia de actos innobles, traiciones y engaños que entiendo que no han sido instigados por las antiguas y respetadas instituciones de esta ciudad. No soy diestro en el uso de la lengua, como tampoco en el respeto de formalidades. Soy un guerrero, y, aunque mi cometido principal ha sido el combate, también lo es, y no de menor importancia, el encontrar la felicidad y el bienestar para mi pueblo. Seré, por tanto, breve al exponer mis pretensiones, y confío en que sabréis entender la justicia de estas, así como la benevolencia de mis exigencias.

Como habréis podido comprobar, Roma se encuentra bajo asedio. Aún no es completo. Y no lo es porque pretendo mostraros, nobles padres, mi magnanimidad. Sed conscientes desde ahora de que mis hombres cerrarán el cerco totalmente en cuanto yo lo ordene. Y entonces la ciudad perecerá y sus habitantes conocerán el hambre y la desesperación. Pero nada de esto es mi deseo. Es de mi interés el que esta cámara sea conocedora de que mi voluntad sigue siendo la de ser un fiel soldado de Roma. El primero de entre ellos que ayude a conservar el poder que este Senado nunca debió poner en manos de emperadores como el que ahora dice regir su destino. Sabed que aquel al que aún consideráis Augusto, aquel que vive en el lujo en su palacio de la lejana Rávena, os dejaría morir si con ello retuviera en sus manos la autoridad de la que carece por su naturaleza. Honorio no tiene escrúpulos, y es una mancha en el prestigio de los hombres que aún mueren en su nombre. Por ello, nobles senadores, me dirijo ahora a vosotros. Todos los intentos que pacientemente he efectuado para acordar una paz justa han sido en vano. La traición y la perfidia han sido la única respuesta por parte de quien no merece vestir la púrpura que con dignidad llevó su padre y antes que él otros grandes hombres. Ya es hora de que un nuevo mando sustituya a aquel que tantas calamidades está ocasionando a su pueblo. Nobles senadores, yo os insto a que derroquéis a aquel que nada ha hecho por sus ciudadanos y designéis de entre vosotros a un nuevo emperador. Alguien bajo cuyo mando Roma vuelva a ser la que un día fue, respetada y temida. Un hombre sabio que contaría con la ayuda de mi pueblo y conmigo como su primer y más leal servidor. Si así lo hiciereis, mis soldados no entrarán en la ciudad, y, en nombre de Dios nuestro señor, os prometo que, amparados en esta palabra, nada habréis de temer. Surgirá de nuevo el mundo que ahora comenzáis a añorar. Pensadlo bien y sabed que esperaré hasta la noche de mañana vuestra respuesta. En el supuesto de que no accedáis a mis indicaciones, esta ciudad no volverá a ver la luz de un nuevo día y conoceréis cómo se vive y muere en el ocaso de todos los tiempos.

Que Dios os proteja y guíe en vuestra decisión».

Un tenso silencio acompañó el final de aquellas palabras, leídas con voz cada vez más trémula, conforme se constataba la gravedad de la amenaza. Tras un tiempo en el que los senadores trataron de recuperarse del impacto que había causado la carta de Alarico, una figura corpulenta se levantó con ademán de seguridad, pidiendo la palabra. Todos se dispusieron a escuchar lo que el venerable Lampadio pudiera tener que decir en aquella señalada ocasión.

Satisfecho por la expectativa que había despertado, Lampadio se aclaró la garganta, miró a su alrededor, se sujetó con ambas manos los pliegues de la toga y empezó a hablar.

—Nobles senadores, padres conscriptos, acabamos de escuchar duras palabras. Lo son aquellas que hieren nuestros corazones con la punzante daga de la verdad. —Los rumores interrumpieron

brevemente al anciano senador, quien hizo una pausa teatral antes de continuar—. Sí, la verdad. ¿No es acaso cierto que Roma se encuentra rodeada y casi desarmada, cuando Honorio se ampara lejos del peligro, tras los muros de Rávena? ¿No es verdad acaso que todos los intentos que este noble Senado ha llevado a cabo para solucionar este conflicto que nos angustia han sido cortados de raíz por aquel que dice velar por todos sus súbditos?

Lampadio fue incrementando el tono de su discurso, conforme notaba que la atención se fijaba cada vez más en sus palabras y apreciaba signos de asentimiento entre algunos senadores.

—¿Dónde están las legiones de Roma? ¿Dónde las fuerzas que ahora acampan protegiendo a quien, acobardado, no se atreve a salir de sus murallas a presentar batalla? Nos encontramos solos. Hemos sido abandonados. Y yo os digo que se trata de un comportamiento indigno para un emperador.

—¿Y qué se pretende que haga Honorio si ya no quedan soldados ni para cubrir las murallas de Rávena? —interrumpió, enfadado, uno de los rivales del orador, celoso de la atención que notaba incrementarse en torno a su enemigo político.

—Noble Casio, todos lamentamos la muerte de tu buen amigo Marco Fulvio —lanzó con indisimulada perfidia—. Lo recordamos y añoramos, pero aun admirando su extraña lealtad a un emperador que ha dado sobradas muestras de incapacidad, lo cierto es que no es verdad que no existan soldados suficientes en la corte imperial. Soy conocedor de que un poderoso contingente se está preparando para partir desde Rávena, bajo las órdenes del nuevo *magister militum,* Flavio Constancio, para luchar contra el que se hace llamar Constantino III. —Se escucharon gritos de indignación, que no impidieron continuar a Lampadio—. Sí, nobles padres de la patria, a Honorio no le importa Roma. Solamente le importa su propia seguridad. Y ahora, mientras nosotros luchamos por no sucumbir, a él únicamente le preocupa mantener la púrpura sobre sus hombros.

No hubo más interrupciones. Lampadio sintió que en aquellos momentos tenía sobre sí toda la atención.

—Senadores, padres conscriptos, estamos ante una oportunidad única para corregir el rumbo extraviado del Imperio. Debemos aprovechar la oferta del rey de los godos. Estamos obligados a preservar la vida de los ciudadanos que confían en nosotros. A fin de cuentas, el Senado es el origen de toda la legitimidad política de Roma. ¡Es la hora de que esta asamblea recupere su sentido!

—¿Y a quién propones, Lampadio? ¿Te estás postulando tú mismo como emperador? —preguntó una voz airada desde la bancada donde se ubicaban los antiguos correligionarios de Marco Fulvio—. ¡Eso es inadmisible!

—Yo no, desde luego. Nunca he tenido ambiciones. Bien lo sabéis todos. —Se dirigió a los reunidos abriendo exageradamente los brazos en un gesto de fingida modestia—. Pero conozco al hombre adecuado. Todos lo conocéis. De elocuencia sin parangón, ideas claras y firmes y una poderosa personalidad. Alguien que representa las esencias de este gran imperio, alguien que recuperará el orgullo que Honorio ha arrastrado por los suelos con su cobardía e ineptitud. ¡Me estoy refiriendo al senador Prisco Átalo!

Y con un gesto grandilocuente señaló al aludido, quien mostró una sorpresa que únicamente los que no lo conocían aceptaron como sincera.

Varios gritos de indignación retumbaron bajo el maderamen que cubría el edificio. Sin embargo, pasada la primera sorpresa, la mayor parte de la cámara expresó con júbilo y estruendo su conformidad con la propuesta, poniéndose en pie y aclamando la designación. Desde la puerta de entrada y viendo cómo se desarrollaban los acontecimientos, Quinto se giró y habló con Lucio, situado tras él.

—No me gusta nada lo que está ocurriendo —le dijo—. Y no me lo creo. No suena espontáneo. Se diría que a Lampadio no le ha sorprendido la carta de Alarico y que tenía todo preparado. Me temo que se está gestando una nueva rebelión contra Honorio, y me pregunto si alguno de los presentes, con los nuevos vientos que soplan, no se planteará si la hermana del emperador puede llegar a ser una presa codiciada. —Hizo una pausa mientras pensaba en las medidas que debían adoptar al respecto—. Temo por su seguridad. También es mi responsabilidad. Lucio, distrae efectivos de la muralla, consíguelo como sea en los sectores que consideres mejor guarnecidos, pero envía al menos treinta guardias a custodiar las residencias en el Palatino. Que no se separen de Gala Placidia ni un instante. Encuentra a Clodius y pon a los soldados bajo su mando directo. No les gustará, pero es un soldado veterano y con recursos. Es lo que me importa ahora. Insiste en que se trata de una orden de su general. Hazlo ya, antes de que todo esto termine por írsenos de las manos.

Mientras tanto, en el interior del edificio, los hechos se precipitaban. Ante la escrutadora mirada del emisario de Alarico, los allí presentes, en clara mayoría, ya aclamaban al elegido, y entre los asistentes se había extendido una sensación de alivio que podía palparse en el ambiente, observando las expresiones francas en los rostros, las palmadas y abrazos que se prodigaban sin medida. Roma tenía ya su tercer emperador: el senador Prisco Átalo, quien sonreía complacido, adoptando ya una impostada solemnidad que, sin duda, consideraba que resultaba apropiada para la elevada dignidad a la cual había sido encumbrado con tanta celeridad.

Las barcazas avanzaban con lentitud, impulsadas por la fuerza de los remos y ayudados por una exigua vela cuadrada, ubicada en el centro del ancho armazón de madera que contenía un nuevo cargamento de grano africano, destinado a los miles de bocas que habitaban la ciudad. Desde la popa de una de ellas, Licia, Marcia y Temistio contemplaban con preocupación los grupos de jinetes que seguían desde las orillas la evolución de las embarcaciones mientras remontaban el curso del Tíber, rumbo a la ciudad.

Cubiertos por ligeras cotas de malla y portando escudos de diferente tamaño, cada soldado vestía prendas de variada uniformidad, y quedaba claro ante la vista de cualquiera que aquellas no eran tropas regulares del Imperio. Desafiantes, miraban de forma hosca a los navegantes, levantando sus lanzas de forma amenazadora, como queriendo intimidar con su aspecto, exhibiendo con fiereza el control que ya poseían sobre ambas riberas.

Llegaron a los muelles ubicados al sur de la ciudad. Resultaba evidente que el trasiego habitual en el Emporium se encontraba contenido, alarmados los estibadores por una situación que, sin duda, podría empeorar en cualquier momento. Nadie prestó por ello atención al inusual desembarco de aquellas dos mujeres, acompañadas por un joven que no se separaba de ellas ni por un instante. Pronto se perdieron entre las calles irregulares del Aventino hasta dejar atrás los inmensos almacenes de grano de la Marmorata, custodiados por una guardia fuertemente armada que aportaba con su presencia la inconfundible visión de la guerra y, fruto de ella, la del hambre y el miedo.

Llamaron varias veces a la puerta, pero nadie salió a recibirlos. Licia se extrañó. No le había costado demasiado dar con el camino hacia su antigua residencia urbana, pero recordaba perfectamente el continuo trasiego que siempre había caracterizado al hogar de su infancia. Resultaba evidente que la casa estaba cerrada, y aquello únicamente podría obedecer a un mal presagio. Su padre no habría abandonado la ciudad a comienzos del invierno. Ella no recordaba haber viajado hasta la villa ubicada en la campiña en aquella parte del año. Pero justo cuando se encontraba reflexionando sobre ello, de repente, la puerta se abrió. Tímidamente, la cabeza de una anciana se asomó por la breve rendija que permitía entrever el monumental atrio de entrada. Licia observó aquel rostro y sintió que las lágrimas acudían incontenibles a sus ojos. Claudina, la vieja sirvienta con la que compartió sus solitarios juegos de infancia, los escrutaba con una mirada acuosa. Tardó un tiempo en reconocerla. Súbitamente, la mujer se llevó una mano a la boca y no pudo reprimir que un grito ahogado acudiera a ella.

—¡Licia! ¡La pequeña Licia! ¡Mi niña querida! —exclamó, mientras,

abandonada su prudencia inicial, abría de par en par y con dificultad la pesada puerta.

—Claudina, Claudina… —Licia no acertaba a decir nada más.

Ambas mujeres se abrazaron llorando, como si todas las lágrimas del mundo, contenidas hasta entonces, hubieran decidido expresar en aquel momento las emociones ocultas que ahora se expandían sin medida ni control. Marcia y Temistio asistían conmovidos a aquella escena, mientras se apretaban mutuamente las manos, que, entrelazadas, expresaban en aquel gesto, siquiera durante unos instantes, la grandeza de los momentos irrepetibles y fugaces que regala la felicidad.

Entraron en la casa. Claudina no dejaba de mirar a la mujer que una vez fue niña y que ahora regresaba al antiguo hogar. No soltó su mano, hasta que, súbitamente, recordó que estaba abrazando a una auténtica patricia romana. Ella, a fin de cuentas, aunque manumitida hacía tiempo, no era más que una liberta, y aquel contacto físico resultaba improcedente. De repente, tuvo conciencia del paso del tiempo y llegaron a su mente los recuerdos de un pasado inmediato, que ya era presente trágico por la ausencia del paterfamilias, y supo, en la mirada de su antigua pupila, que esta nada sabía de los tristes acontecimientos que habían arrebatado la paz de aquella familia.

—¿Qué ha pasado aquí, Claudina? —preguntó Licia cuando al fin pudo comprobar en un rápido vistazo el estado de abandono del antiguamente floreciente jardín de la vivienda.

Las hojas que el otoño había arrebatado a los árboles yacían ahora sin recoger, amarillentas, cegando el estanque ubicado en el centro y tapizando con un manto ocre los suelos de mármol que formaban los senderos que conducían al peristilo. Los accesos a las diferentes estancias permanecían cerrados, y todo en aquel conjunto trasladaba la visión de la triste ausencia de vida que solamente una casa abandonada podía proporcionar. Miró insistentemente a su antigua sirvienta, esperando respuestas a sus preguntas.

—¿Y mi padre? ¿Dónde está mi padre? —El tono, más que apremiante, casi resultó violento. Licia se dio cuenta y suavizó la voz hasta conseguir que Claudina la mirara a los ojos—. ¿Dónde está mi padre, querida Claudina? —repitió ahora con firme tranquilidad.

La anciana dudó unos instantes antes de responder.

—Tus padres están juntos ahora, querida niña. Juntos para siempre.

Licia no dijo nada. Súbitamente, la explosión de alegría que la había invadido por aquel reencuentro desapareció con la misma velocidad con la que había llegado. En el fondo, siempre había temido que aquella pudiera haber sido la realidad. La de un viaje frustrado de retorno al pasado, en búsqueda de lo que una vez pudo sentir de calidez y protección. Quizás no se merecía la recompensa que

buscaba. Quizás la vida era aquello: una sucesión de pérdidas y abandonos. Miró con dulzura a la anciana, conmovida por su aflicción. Retornó a la fortaleza en la que había aprendido a refugiarse y, conteniendo sus lágrimas de dolor, acarició el brazo de la antigua sirvienta.

—No sufras, Claudina. Sé que mi tristeza es tu tristeza. En estos años he aprendido mucho sobre la fragilidad de la vida. —Meditó unos instantes antes de proseguir—: Pero dime, ¿qué ha ocurrido aquí? ¿Por qué la casa está cerrada? ¿Dónde están los esclavos y sirvientes? ¿Por qué estás sola?

La anciana dejó de llorar. Miró con amargura a Licia y le explicó lo sucedido, intentando medir sus palabras. Mientras contaba la historia de la muerte violenta del señor de la casa, del cierre de esta, de las torturas y las sospechas, de la creencia firme en la desaparición de quien sería la heredera de aquella propiedad, Licia escuchaba tapando su rostro con sus manos para ocultar el dolor que aquellas noticias estaban causando en su alma. Finalmente, Claudina informó a su señora de que se le había permitido vivir allí, amparada en la influencia y en la generosidad del nuevo comandante de la guarnición de la ciudad.

—Llegó a estar muy unido con tu padre, querida Licia. Sé que entre ambos surgió un gran aprecio mutuo. Gracias a él, ahora vivo aquí y cuido de la *domus* hasta que Dios me dé fuerzas para ello. Es un hombre muy importante, y creo que en tiempos fue un gran general en las provincias del norte, en Germania.

Licia escuchó estas últimas palabras sobreponiéndose momentáneamente a su dolor. Un presentimiento la golpeó como un relámpago. Miró fijamente a la sirvienta.

—Su nombre, Claudina. ¿Cómo se llama ese general?

—Ahora él está al mando de todos los soldados en Roma. Su nombre es Quinto. Quinto Flavio.

XXX

Tanto tiempo sin ti

410 D. C.

—¡Seis meses, Lucio! —Quinto arrojó con furia sobre la mesa la carta que tenía entre sus manos—. Seis meses encerrado en esta ciudad sin poder hacer nada, sin que me permitan mejorar las defensas, sin que me autoricen para reclutar nuevas tropas. Seis meses bajo ese «emperador», Prisco Átalo, que no es más que una marioneta de Alarico. Seis meses en los que los godos han saqueado todo el norte de Italia e incluso han puesto bajo asedio Rávena. ¡Y nosotros los apoyamos, y el Senado autoriza edictos en los que se amenaza a Honorio con el exilio o la muerte si no abdica! Todo se desmorona. Es de locos. —El general estaba realmente furioso.

—Cálmate, amigo mío. —Lucio sabía que aquellos arranques de furia necesitaban de su mesura y templanza para aplacarse. Se esforzaría, como siempre, para conseguirlo; pero lo cierto era que en esta ocasión su ira estaba más que justificada.

—No puedo, no debo calmarme, Lucio. El Senado se encuentra en abierta rebelión contra Honorio. ¡Hasta el obispo de Roma está pensando en tolerar lo que nunca había considerado tolerable si con ello puede enfurecer a la corte de Rávena! Ya no le parece tan peligrosa la doctrina arriana de los godos, y medita sobre la convivencia de credos. No es que me importe demasiado, pero realmente sorprende tanta liberalidad cuando, literalmente, le he visto echar espumarajos por la boca cuando se le mencionaba la cuestión de las enseñanzas del arrianismo.

Lucio interrumpió, divertido.

—Debió de ser un espectáculo digno de admiración. —Su risa calmó súbitamente a Quinto. Él también sonrió.

—No fue un espectáculo edificante, te lo aseguro. —Esgrimió la carta agitándola en el aire con una mano regresando de nuevo a la conversación original—. Pero aún hay más. ¿Sabes lo que me cuentan mis agentes en Hispania, Lucio? ¿Sabes las últimas noticias?

—Creo que nada hay ya que pueda sorprenderme.

Lucio seguía intentando rebajar con su tono la tensión que se había

apoderado de aquella cámara, ubicada en la residencia oficial del *praefectus legionis* en el complejo del Palatino.

—Es posible. Ni siquiera yo estoy muy seguro de que lo haga. —Hizo una pausa—. Gerontius, el general de Constantino, el usurpador, se ha rebelado oficialmente contra él, el traidor que llegó de Britania… Aquí lo dice. —Señaló la carta—. Mis fuentes son fiables. ¡¡Y ha nombrado un nuevo emperador en Caesaraugusta!! Un tal Máximo, por lo visto, un prohombre de la ciudad. Y se dirige con sus soldados hacia Arelate. Constantino estará temblando de miedo. Gerontius es un militar capacitado, y parece que tiene sus propios planes. Aquí todo el mundo tiene un plan. En Roma, Alarico maneja al Senado y ordena, bajo coacción, la proclamación de ese fantoche de Prisco Átalo; y en Hispania, Gerontius maneja igualmente a otro actor que presta su rostro, pero actúa en su nombre. Somos todos partícipes de una mala comedia, querido amigo.

—¡Cuatro emperadores! —exclamó Lucio con asombro—. Reconozco que estaba equivocado. Me ha sorprendido.

—Sí, cuatro emperadores. Todos contra todos. Honorio se aferra a su legitimidad dinástica, encerrado en Rávena. Constantino III espera en Arelate su oportunidad, y, mientras lo hace, su fiel lugarteniente le asesta una puñalada por la espalda y nombra a ese tal Máximo, quien cuenta ya en Hispania con la ayuda de los bárbaros que nos derrotaron en el Rhenus. ¡Aquellos a quienes vino a combatir desde Britania! ¡Los que han vertido tanta sangre romana!

»Aún es todo algo confuso, pero las noticias que me han llegado hablan allí de saqueos, detenciones y ejecuciones de los nuevos *comes* nombrados por Constantino en toda la diócesis, todo ello a manos de las hordas de vándalos, suevos y alanos —señaló la península en un sector del mapa que tenía desplegado en la gran mesa de trabajo—, quienes, tras arrasar todo a su paso en la Galia, resulta que al fin, gracias a la ambición de un isleño sin escrúpulos, han encontrado su lugar en el mundo. —Suspiró, sin dejar de mirar los elaborados trazos que dibujaban el contorno de un imperio que se desmoronaba—. Y nosotros… Nosotros tenemos al cuarto partícipe en esta obra. Prisco Átalo y sus ínfulas de senador purpurado.

—Nada puedes hacer al respecto, Quinto. El Senado te asignó el mando y solamente él te lo puede arrebatar. Y no parece que actualmente esta sea una preocupación acuciante para nuestros grandes hombres.

—Pero, aunque detente el mando, no se me permite hacer nada para no contrariar a Alarico. Han levantado sus campamentos, pero son los godos los que se comportan como soldados del Senado contra Rávena y su corte, azuzando a la vez la vanidad y el miedo de todos estos prohombres afectados y rencorosos. Y, sin embargo, presiento

que esta situación no puede durar. He podido conocer a Alarico. Conserva aún cierto punto de ingenuidad y confianza en las instituciones que de alguna manera resulta incluso conmovedor.

Lucio se rio con ganas ante la ocurrencia, pero Quinto mantuvo la seriedad de su expresión.

—Cree que a Honorio le importa la ciudad de Roma, y se equivoca. Cuando lo compruebe, cuando se dé cuenta de que al emperador solamente le importa él mismo y que sacrificaría esta ciudad sin pestañear, el godo tratará de forzar algún tipo de acuerdo con él. Y cuando sea traicionado de nuevo tras las negociaciones que entonces emprenderá con esa corte podrida de Rávena, se enfadará. Y entonces seremos nosotros los que actuaremos como objetivo de su ira. Y Prisco Átalo pasará de nuevo, y con suerte, a ser un simple peón de Lampadio. Esto no va a acabar bien, Lucio. Nada bien.

—Confía en la suerte, por una vez, amigo mío.

—La suerte…, sí; la suerte que hasta ahora no me ha acompañado demasiado —sonrió con escepticismo.

De repente, llamaron a la puerta. Tras la autorización expresada con voz firme por el general, los batientes se abrieron y un soldado de la guardia que custodiaba las residencias imperiales del Palatino, comandada en aquellos momentos por Clodius, entró con decisión en la estancia, cuadrándose ante Quinto.

—Mi general… —No sabía cómo expresarse y dudó antes de continuar.

—Habla, soldado. ¿Qué ocurre?

—Una anciana… —volvió a vacilar. Parecía realmente confuso.

—Una anciana, sí; intenta aclararte, soldado. —Quinto comenzaba a impacientarse.

—Una anciana que dice conocerte se encuentra en la vía pública, fuera del recinto, mi general. —El soldado se decidió al fin—. Dice que tiene un importante mensaje que solo transmitirá en persona al *praefectus legionis.* Se ha negado a abandonar la entrada y amenaza con pasar la noche frente a la puerta hasta ser recibida. Hemos intentado echarla, pero ella insiste en que la conocéis. Dice llamarse Claudina.

Quinto observó con afecto a aquella anciana que permanecía a la intemperie, escrutando con nerviosismo la puerta custodiada por un retén de vigilantes armados. Estos abrieron paso al comandante de la guarnición cuando al fin salió, solo, al calor agobiante que castigaba la calle vacía de transeúntes a aquellas horas del mediodía. Claudina le sonrió de inmediato cuando vio que el general se dirigía a ella con una confianza que quizás no pensaba de tan alto personaje público.

—Anciana —le dijo despreocupadamente—, ¿qué es lo que no puede esperar ni ser transmitido a mis hombres? ¿Querías hablar

conmigo? Te escucho.

La vieja sirvienta miró a aquel militar que esperaba sus palabras. Le estaba agradecida. Él había mediado para que pudiera permanecer en la casa en la que siempre había vivido. Se sintió abrumada por unos instantes. Pronto, sin embargo, se repuso y recordó su encargo.

—General, tengo un mensaje importante que transmitirte. Debes acudir, solo, a la casa del senador Marco Fulvio, que descanse en la paz del Señor. Esta noche. Hay alguien que te aguarda y que querría hablar contigo. Es importante, y te ruega que no faltes a la cita. Es todo cuanto puedo decirte.

Quinto dudó unos instantes. ¿Un encuentro anónimo en una casa cerrada y por la noche?

—No creo que pueda acudir si desconozco a mi interlocutor. Comprende que necesito más información. ¿Quién te envía?

Ante la tardanza en responder, Quinto hizo un amago de girar sobre sus pasos y regresar al complejo palatino. La anciana quedó confundida, había pensado que sería más fácil. Pero entendía la suspicacia de aquel hombre. Por otra parte, pensó, tampoco se le habían impartido órdenes terminantes de no revelar nombres. Razonó para sus adentros. Lo importante, así se lo habían indicado, era que aquel soldado acudiera a la cita.

—Te convoca Licia Fulvio, la hija del senador Marco Fulvio —dijo al fin—. ¿Vendrás esta noche?

Las estrellas cubrían el cielo y el verano comenzaba a anunciar su llegada, regalando a los escasos ciudadanos que se aventuraban por las poco seguras calles de Roma una temperatura benigna. Lucio había insistido en acompañar a su amigo al menos hasta el exterior de la casa y Quinto había terminado por aceptar, siquiera para no desairar a aquel hombre que mostraba en cada momento una preocupación casi obsesiva por la seguridad del general. El portón de entrada permanecía cerrado y el sonido de la pesada aldaba al golpear contra la madera retumbó en la oscuridad. Al cabo de un rato se escucharon unas pisadas apresuradas en el interior y una de las hojas se abrió tímidamente, dejando entrever la cabeza de Claudina, quien, al comprobar que se trataba del *praefectus legionis,* esbozó una tímida sonrisa de satisfacción.

—Has venido —dijo como única expresión de saludo.

—¿Creías que no iba a hacerlo?

—No estaba segura. Perdóname. Pero pasa. Ella te espera en el *oecus,* al norte del patio.

Quinto se dirigió, nervioso, hacia la sala que conocía bien, mientras

Lucio permanecía fuera de la casa, vigilante. Anduvo unos pasos al tiempo que escuchaba el sonido de sus pisadas sobre los mosaicos que decoraban el suelo del peristilo, intentando controlar mínimamente sus emociones, las mismas que recordó haber sentido de manera devastadora hacía ya más de tres años. Las que únicamente habían regresado a él en forma de lacerantes cuchilladas que asaltaban sus recuerdos, causando heridas que pensó que nunca cicatrizarían. Y allí estaba él ahora, yendo al encuentro de quien había regresado al mundo de los vivos, de la persona que había amado más de lo que nunca pensó que podría hacerse. No sabía ni cómo ni por qué, pero al fin la fortuna le sonreía devolviéndole lo que tantas veces le había sido arrebatado. Quizás los dioses, en definitiva, no habían muerto del todo y lo recompensaban de alguna manera apiadándose del vacío que sentía en su alma después de que tanto el honor como la dicha lo hubieran abandonado durante aquellos años.

Y de repente la vio. Estaba de espaldas, alzando la mirada hacia la pequeña ventana que presidía la estancia, abstraída con el espectáculo que ofrecía a la vista el fulgor de unas estrellas que pugnaban por aportar a su espíritu la tranquilidad de la que en aquellos momentos carecía. Vestía una ligera túnica azulada, sin mangas, sujeta a los hombros por un leve apunte de tela, ceñida su cintura como siempre por una sencilla tela de cuero sin adornos. Su pelo negro caía sobre una espalda descubierta que se mostraba, con el color oscuro de su piel, como un recuerdo imperecedero de la belleza serena y profunda de las mujeres nacidas al amparo de los vientos del sur.

Quinto se quedó unos interminables segundos mirándola. Él sabía que ella sentía su presencia, pero ninguno de los dos hizo nada por romper, en aquel breve momento de intensa emoción, la magia de un reencuentro ante el que se sentían indefensos, presas de la felicidad y también de una angustia que bloqueaba la lógica de las palabras. Fue Quinto el que no pudo al fin contenerse.

—Licia… —balbució con voz apenas audible.

—Quinto… —respondió ella con un leve temblor.

Se dio la vuelta y aquel soldado cuyo nombre había permanecido como eco que aún resonaba débilmente en la estancia pudo contemplar de nuevo el rostro que había permanecido grabado en su memoria durante aquellos años. Los ojos que nunca hubiera soñado con volver a ver y que ahora lo miraban, anegado su verdor por el líquido velo de unas lágrimas; las facciones que mostraban el dolor de unos hechos que habían transformado la inocencia en experiencia, marcando en su expresión el paso de cada uno de los días vividos; los labios que susurraban nuevamente el nombre de aquel a quien consideraba perdido para siempre, fruto de la aparente desidia de los dioses en los que había dejado de creer.

—Quinto… —repitió.

Y esperó mientras él se acercaba, con paso titubeante, intentando disimular la profunda emoción que estaba rompiendo en un instante con el dolor lacerante sufrido durante aquellos interminables días de soledad, cuando trataba de recuperar las palabras susurradas en un tiempo y que tantas veces había procurado que regresaran de nuevo a su corazón.

Y sintieron al abrazarse cómo sus cuerpos ardían al unísono, aferrados el uno al otro, como si quisieran impedir que el tiempo, en su inexorable devenir, volviera a separarlos; la manos de Quinto atrayendo sobre sí la cabeza de Licia y acariciando el pelo que se enredaba por la nerviosa pasión de unos dedos que ansiaban recuperar para sí el tacto al que un día se acostumbraron; el rostro de ella tratando de fundirse en el pecho de aquel hombre que hacía ya demasiado tiempo le abrió las puertas de un mundo nuevo y que hasta ese momento había creído que permanecerían cerradas para siempre. Todos aquellos gestos y toda la fuerza de aquel abrazo suspendieron el paso del tiempo y recuperaron en unos instantes los recuerdos de lo que ambos sabían que nunca había muerto y que ahora regresaba quizás para siempre.

Permanecieron unidos, sin decir palabra, hasta que el eco de un ladrido lejano pareció despertarlos de aquel sueño. Se miraron al fin a los ojos y él rozó con sus labios los de ella, suavemente, como si con ese gesto de ternura se resumieran las palabras que se agolpaban en su interior. Licia habló en un susurro, temiendo que su voz pudiera romper aquel momento y aquello no fuera más que un sueño efímero.

—Creí que habías muerto, creí que habías muerto… —repitió como si fuera necesaria alguna excusa que justificara la separación abrupta que ambos habían vivido.

—Yo también creí que habías muerto, Licia. —De repente, su rostro se transformó, surcado por un relámpago de odio e ira—. Tu esposo, Juvenus, así lo dijo en Rávena.

—¿Mi esposo? ¿Juvenus? ¿Él está vivo? —Licia se separó bruscamente de Quinto, impactada por aquella revelación.

Quinto la miró con una sombra de inquietud. No sabía lo que podía significar aquello, y, con la torpeza que los hombres suelen mostrar a la hora de interpretar los sentimientos de las mujeres, permaneció callado. Licia lo miró con lágrimas en los ojos. Ya no eran lágrimas de alegría, sino de rabia y desesperación al conocer que el hombre que había intentado acabar con su vida aún permanecía sin castigo en el mundo al que ella había regresado. Nunca hubiera podido imaginar aquello. Sintió cómo sus emociones cambiaban súbitamente de signo y la cólera se apoderó de ella. Consiguió, no obstante, dominarse, y se dio cuenta de que debía a Quinto una explicación por aquel arrebato

de furia.

—Ordenó que me asesinaran, Quinto —dijo mientras buscaba de nuevo sus manos. Se las agarró fuertemente—. Mi propio esposo. A través de un esclavo de su confianza, cuando huía de Augusta Treverorum siguiendo tus indicaciones. Pero no lo consiguió, como puedes comprobar. —Esbozó una triste sonrisa de amargura—. Y ya no pude regresar.

Quinto sintió que un odio incontrolable se apoderaba de él. Todo este tiempo, todos estos años sumido en la desesperación. Todos los momentos en los que tuvo al alcance de su mano a aquel personaje que ahora se le antojaba, además de miserable, siniestro y perturbador. Y había vivido impune en aquella corte en la que la mentira y el cinismo reinaban por encima de cualquier virtud y en la que él había permanecido ajeno a las maquinaciones y al engaño de quien ahora podía reclamar incluso la permanencia de su vínculo matrimonial y, con él, sus derechos, los que le otorgaba la ley y el poder de un Dios alejado de las miserias humanas. Licia lo apartó de repente de aquellos pensamientos con una caricia, rozando suavemente su mejilla con aquella mano cuyo tacto tantas veces había recordado.

—¡Tanto tiempo sin ti, Quinto…! Y ahora te tengo aquí, conmigo de nuevo.

Apretó sus manos con fuerza. Necesitaba contarle cómo se sentía. Él la miró, dispuesto a escucharla, apartando por unos momentos su ira, y Licia comenzó a hablar, como un torrente incontenible tras una tormenta.

—Cuando supe que estabas vivo, tuve miedo y dejé pasar el tiempo, dudando sobre si debías saber de mi existencia. Llegué a Roma hace seis meses, y durante este período no he estado segura de qué era lo que debía hacer.

Quinto intentó protestar, pero ella lo calló tocando levemente sus labios con su dedo índice.

—Déjame seguir, por favor. No digas nada aún. Debes entenderlo. ¿Cómo no sentir ese miedo, si desconocía absolutamente lo que habría podido ser de ti durante estos años? Yo no sabía si pensabas que estaba viva. Tampoco si habías conocido a otra mujer, si la guerra te había cambiado o simplemente si te habrías olvidado de mí, sencillamente, como suceden estas cosas. Por eso he dejado pasar este tiempo. No habría podido soportar tu rechazo después de lo que he vivido, pensando que estabas muerto.

»He sabido de ti, mientras tanto. He procurado informarme. Incluso he podido verte a lo lejos en alguna ocasión y te he seguido con la mirada, temerosa, pero mis dudas permanecían. Sin embargo, hubo un momento en que decidí que debía enfrentarme a la realidad, fuera

cual fuera el resultado. No tenía sentido permanecer oculta escapando de la verdad, por mucho que esta pudiera resultarme amarga. Y menos después de todo lo que he pasado estos años, Quinto.

Él calló, aturdido aún por aquellas palabras, por la propia constatación de que desde aquel día en el que la imagen de Licia despidiéndose se grabó en su mente, su vida había carecido de un rumbo fijo hasta aquel inesperado encuentro. El tiempo había pasado y, sin embargo, él conservaba en su interior el recuerdo de todos y cada uno de los momentos que había compartido con aquella mujer que ahora permanecía allí, junto a él. El tacto, el sonido de aquella voz, el olor de aquel cuerpo que ahora estrechaba nuevamente entre sus brazos consiguieron retrotraerlo a un tiempo en el que llegó a pensar que la vida real no lo alcanzaría nunca.

Cerró los ojos y sintió la calidez de aquel sentimiento de paz y felicidad que apenas recordaba. No quiso pensar más, no se permitió rememorar los fugaces y efímeros placeres que había compartido en aquel campamento lejano, junto al Adriático, y nada quiso imaginar sobre la vida de Licia durante aquellos años. Todo se esfumó en su mente ante la constancia de una realidad incontrovertible: ella estaba allí. Había regresado del mundo de los muertos, donde él la había situado; del lugar de donde nadie vuelve, del vago recuerdo en el que los vivos apartan de su espíritu a los que ya no permanecen. Ella era real, como lo eran aquellas manos que ya se aferraban a su nuca mientras unos labios anhelantes buscaban su boca, que correspondía, dejándose encontrar, recordando el sabor de los besos que solamente los amantes conservan en su memoria.

Y nada más que una respiración apresurada se escucha cuando desaparece la levedad de una toga ligera que cae y se pierde, difuminada entre los colores de las teselas azuladas que ahora sirven de improvisado y frío lecho a un hombre y una mujer que ya no son Quinto y Licia; sino un solo ser que, unido, entremezcla sudor y saliva, humedades sobre las que manos superadas por la prisa buscan y encuentran secretos ocultos. Y solo el crepitar de una lámpara que ya está agotando su vida consigue acomodarse al sonido del gemido casi inaudible que surge del estremecimiento de ella, cuando siente en su interior a aquel hombre que le susurra al oído un «¿dónde estabas?», al tiempo que las iniciales caricias sobre sus pechos se convierten ahora en una presión casi violenta, fruto de una pasión desbordada que se acompasa al movimiento repetido y frenético de dos cuerpos que buscan dar y recibir. Y él siente cómo los dedos de ella se clavan en su espalda arqueada, cuando él hace que los suyos se pierdan entre su pelo negro y escucha cómo aquellos labios pronuncian quedamente su nombre, mientras puede ver durante unos instantes cómo el sudor corre por las mejillas y los párpados cerrados de ella, que besa como

siempre había soñado volver a hacerlo.

Nada, ni el sonoro silencio de la noche romana, puede perturbar el mundo en el que la carne y el alma de los dos amantes se unen, protegidos de su desnudez por el ansia y el deseo que ahora estalla al fin, lejana en sus corazones la separación que ya termina, ajenos a los años de ausencia. Y es ahora cuando él besa su vientre, descansado ya el ímpetu y terminado el éxtasis, cuando ella acaricia la cabeza que reposa sobre su cuerpo, jadeante tras la entrega, y esboza una sonrisa que refleja su felicidad por recuperar lo que creyó perdido para siempre, sumidos los dos en la quietud de un agotamiento que, sin embargo, es la culminación de dos vidas errantes y extraviadas al final de un viaje sin retorno ya. Y cuando se miran, la expresión que ilumina sus rostros empapados de sudor no es la de un hombre y una mujer saciados, sino la de dos seres que ya son uno solo, en esta vida y hasta el fin de sus días.

—Fue él, Quinto.

La afirmación sorprendió al general mientras acariciaba el cuerpo desnudo de Licia abrazado a él, tendidos los dos aún sobre el suelo de aquella estancia, protegidos sus cuerpos por la capa roja que distinguía el rango militar de aquel hombre que se afanaba por apartar de su cabeza cualquier recuerdo de sus obligaciones.

—¿Quién? —preguntó él un tanto desconcertado.

—Juvenus. Estoy segura. Fue él quien mató o mandó asesinar a mi padre.

Quinto se revolvió, incómodo. Sus pensamientos estaban en esos momentos lejos de todo cuanto no fuera disfrutar de la presencia de aquella mujer que pretendía que fuera ya su vida por entero. Comprendió, sin embargo, que por mucho que lo intentara, la realidad siempre interferiría, implacable, en el devenir de sus días. Y en el caso de Licia debía entender que aquella realidad pasaba por la muerte violenta e inesperada de su padre. Fuera lo que fuera lo que había sucedido en la vida de aquella mujer durante todos esos años, era evidente que la había cambiado, que ya no se trataba de la joven inocente que conoció en aquel frío invierno de Augusta Treverorum. Acarició de nuevo su pelo negro, enredado en nudos que trataba de deshacer con suavidad, y la miró a los ojos.

—¿Juvenus? ¿Por qué piensas eso? —preguntó, sobreponiéndose a la incomodidad que le producía el despertar de su egoísta felicidad—. Ni siquiera sabemos dónde se encuentra ni si, a estas alturas, está vivo.

—Ha sido él. Lo sé. De alguna manera, lo sé. No digo que él fuera

el que directamente acabara con su vida, pero creo que su odio por mí va más lejos que una mera cuestión política, y acabar con la vida de mi padre también es una forma de terminar con todos los vestigios de su unión conmigo.

—Se investigó el crimen y confesaron algunos esclavos, Licia —intentó objetar Quinto con cierta incomodidad, dado el aparente móvil que se suponía en el suceso.

—He hablado con Claudina, Quinto. Ella no cree la versión de una venganza por celos. Al menos, con respecto a los pobres desgraciados que confesaron bajo tortura. Imagino que mi padre, en su soledad, pudo encontrar consuelo con alguna esclava de la casa, pero no tiene sentido su muerte si no es por alguna otra razón. Sabes que lo asesinaron, además justo poco tiempo después de la caída de Estilicón, y él era decidido partidario del *magister militum.*

—Y yo también, Licia. Y sigo vivo —probó a refutar Quinto.

Licia lo miró con seriedad mientras se incorporaba, separándose con suavidad de su abrazo.

—¿Crees que no he pensado en ello? —preguntó en tanto que le acariciaba cariñosamente el rostro—. Mi querido general, ya no soy aquella inocente niña a la que embaucaste un día. —Sonrió durante unos segundos—. He aprendido a ver más allá de las apariencias. Ahora intuyo el peligro cuando aparece en la lejanía. Temo por ti, Quinto, por tu significación política, pero también porque creo que de alguna manera Juvenus supo de nosotros dos. No sé cómo, pero estoy convencida de ello. Solo esto explica su deseo de venganza sobre mí. Y ahora esa venganza puede caer sobre ti.

—También tú estás en peligro entonces si tus conjeturas se demostraran certezas.

—Pero yo puedo ocultarme. Nadie sabe que estoy en Roma. Tú no. Tú estás expuesto. —Se abrazó a él con fuerza—. Quinto, no vuelvas a dejarme. No lo soportaría. Una vez te pedí que regresaras vivo y los dioses me han escuchado. Pero no hay que esperar de su benevolencia demasiada generosidad si se les provoca en más ocasiones.

—No te preocupes, Licia. —Besó su pelo—. No creo que deba temer nada, más allá de los bárbaros que nos rodean y que en cualquier momento se revolverán de nuevo contra nosotros. Estoy protegido, no obstante. Ahora mismo, Lucio, aquel que conociste en tu casa, el hombre que envié para avisarte y prevenirte, guarda la entrada a la intemperie. Nunca estoy solo. A partir de ahora, no obstante, enviaré a varios hombres para que custodien esta vivienda.

—No tengo miedo —objetó Licia.

Quinto la miró, admirado y orgulloso.

—Lo sé. Ahora ya lo sé, aun sin conocer lo que has vivido. Mi añorada Licia, mi querida niña…

Licia miró a aquel hombre. Realmente sí tenía miedo, pero no por ella. Ahora solamente le preocupaba preservar aquel paréntesis de felicidad que la vida le regalaba. Atrás quedaba la atracción efímera y traicionada de aquel a quien quiso amar un día ya lejano, empujada por su desamparo; lejos, el matrimonio imposible y forzado con Máximo, diluido en un imposible jurídico que hizo de ella una esclava de los designios de otros. Anclados en el tiempo, como pertenecientes a una vida ajena, permanecían los días en los que la historia turbulenta del Imperio desmoronándose amenazó con arrastrarla en su caída. La soledad de las calzadas en un invierno duro, la decadencia de una ciudad áspera y abandonada, las cosechas recolectadas en la paz de un hogar destruido, las turbulentas aguas de un Iberus turbio y traicionero, el oleaje de un mar embravecido. Todo había sido los peldaños de una escalera, los eslabones de una cadena que la unían ahora con la raíz de su ser, con el origen de lo que un día comenzó a crecer y ahora se mostraba, débil y tembloroso, como un nuevo renacer. Era la misma mujer, pero diferente. Ahora conocía en qué podía consistir la vida, la suya, la que vislumbraba como un rayo de sol en la tormenta. La esperanza que la alimentaba. La dicha posible entre tinieblas.

—Abrázame, Quinto —musitó mientras se aferraba a él.

Y ambos se abandonaron durante el resto de la noche al silente y profundo abrigo que proporciona el calor de dos cuerpos unidos en la comunión de un mismo destino.

XXXI

El cerco

El imponente conjunto amurallado de la antigua capital imperial lucía bajo la luz de aquel sol de agosto en todo su esplendor. Los sillares perfectamente escuadrados de aquellos lienzos de piedra constituían una visión magnífica de solidez, reflejo del poder que un día emanó de quienes, desde su interior, rigieron los destinos del mundo conocido. En aquella hora de la tarde, azotados por el inclemente fuego del verano, los muros aún mostraban a los ojos de cualquiera que quisiera sobrepasarlos la importancia del obstáculo que habrían de superar para tomar al asalto la ciudad de los césares.

Las puertas de las defensas ordenadas construir por el emperador Aureliano se encontraban cerradas y fuertemente atrancadas. En ellas, y sobre las dos torres semicilíndricas que protegían cada abertura doble que daba paso a la urbe, se erguían desafiantes las enseñas que, tremolando suavemente en la leve brisa del mediodía, mostraban aún la autoridad no sometida del Senado y del pueblo de Roma. Así, desde la Porta Ostiensis al sur, el cercado de piedra abarcaba un trazado de forma irregular que finalizaba en la Porta Portuensis, anclada en la margen derecha del Tíber, al sudoeste. A lo largo de su perímetro, sus dieciocho puertas fortificadas con torres de varios pisos y aspilleras para proteger a la artillería habían clausurado por orden de Quinto cualquier tipo de acceso al interior de la ciudad. Desde el Aventino hasta el Transtiberim, todos los distritos de la ciudad se hallaban incomunicados con el exterior.

Hacía semanas que por el río no subía embarcación alguna, y los muelles del Emporium se veían vacíos del tráfico y ajetreo habituales. Una pesada cadena unía las dos torres ubicadas en cada margen del cauce fluvial en el punto, junto a aquellas instalaciones, donde las murallas de la ciudad quedaban cortadas por el exiguo flujo de agua turbia que en aquel estío sofocante buscaba en el mar su alivio. Afortunadamente, los graneros almacenaban la carga necesaria para proveer a la población de su sustento durante un largo período de tiempo. Al menos en este aspecto, la autoridad había sido previsora, quizás de modo significativo, al evidenciar con la adopción de las medidas de acopio la inseguridad que, pese a la aparente situación de

paz, sentían en su interior. Sorprendentemente, no todos los acueductos que suministraban agua a la ciudad habían sido cortados. Entre otros, el Aqua Claudia aún suministraba su limpio caudal al Palatino, probablemente por orden directa de Alarico, quien con seguridad ya pensaba en el día posterior a la conquista. Aprovechando tan feliz circunstancia, se habían efectuado obras improvisadas para desviar en lo posible el curso de aquella y otras conducciones, cortando el suministro a las termas y asegurando el de las fuentes de uso público.

Los acontecimientos se habían precipitado, casi sin que los habitantes de Roma hubieran tenido tiempo de asimilar la cambiante situación política. Hacía poco más de un mes que Alarico, confiado en la palabra dada por Honorio, se había dirigido, protegido por una reducida escolta, a un lugar ubicado a unas millas al sur de Rávena con el fin de encontrarse con él. Aparentemente, el emperador había accedido a negociar personalmente un acuerdo que terminara con la situación de incertidumbre que asolaba la península itálica, dominada casi por completo por las correrías de las tropas godas, quienes, amparadas incluso en la aquiescencia del Senado y bajo la supuesta autoridad nominal de Prisco Átalo, el emperador títere, amenazaban con destruir para siempre cualquier posibilidad de futura recuperación para el campo y las ciudades de Italia. Sin embargo, Honorio, fortalecido por refuerzos que consiguieron entrar en Rávena desde oriente e incrementado su tesoro con las recaudaciones impositivas extraordinarias obtenidas de las provincias africanas, no tenía intención alguna de parlamentar. Alarico escapó milagrosamente de la emboscada que las tropas imperiales le habían tendido en el lugar acordado para el encuentro.

Furioso, el rey de los godos decidió terminar con todo de una vez y para siempre. Encolerizado, envió al Senado una orden por la cual destituía a Prisco Átalo de su efímero cargo, orden que el Senado se apresuró a acatar, temeroso de desafiar en extremo al rey con una orgullosa negativa. Casi sin respiro, las tropas godas se concentraron de nuevo, pero esta vez con la decidida intención de obtener un control definitivo de la situación. El objetivo volvía a ser Roma, pero en esta ocasión la ciudad habría de ser tomada a sangre y fuego. Se habían roto al fin todos los puentes de entendimiento y Alarico estaba decidido a mostrar al mundo el poder que detentaba por sí mismo, sin intermediación. La ciudad caería en sus manos y al fin sus muros serían superados, y hallaría en su interior la recompensa que las riquezas acumuladas a lo largo de siglos de dominación ofrecían a sus huestes, hambrientas de botín.

Y así, el dogal que controlaba levemente la ciudad hasta entonces se cerró con fuerza y de forma definitiva, estrangulando las vidas de

los cientos de miles de habitantes que ahora solamente confiaban en la fortaleza de sus murallas y la ayuda de un Dios que, implorado por ambos bandos, habría de repartir sus esfuerzos entre sitiadores y sitiados.

Cuando los primeros soldados se dejaron ver en la lejanía, Quinto fue convocado por el Senado. Aquella reunión extraordinaria ya no estaba presidida por un Prisco Átalo al que nadie había llegado a tomar demasiado en serio y que ocupaba ahora su escaño, como un senador más, malhumorado y humillado, consciente de que su efímero nombramiento no había sido más que un pequeño paréntesis en el devenir de la historia de los césares. Cuando el general acudió a la convocatoria, en el interior del edificio se cruzaban acusaciones de traición, advertencias y amenazas. Los padres conscriptos se señalaban unos a otros con el dedo, y de sus rostros iracundos podían deducirse la tensión y el miedo que atenazaban sus espíritus. Únicamente la venerable figura de Lampadio parecía mantener la calma, observando con disgusto y cierto desapego los enfrentamientos que se desarrollaban ante sus ojos. Solamente la entrada del *praefectus legionis,* precedido de su escolta, impuso el silencio en aquella baraúnda de ruido y caos. Los soldados de la guardia se desplegaron a ambos lados del estrado; si bien Quinto, consciente de la importancia de las formalidades y la relevancia de los símbolos, se abstuvo de ascender al sitial que presidía la sala. Avanzó hasta el centro que separaba las dos grandes bancadas en las que se ubicaban los senadores y esperó a que el silencio fuera absoluto. Solamente entonces, y comprobando brevemente el gesto de irónica desafección de Lampadio ante aquel despliegue, comenzó su parlamento.

—Senadores, conocéis bien la situación y, por tanto, no gastaré el tiempo de esta noble asamblea en largos parlamentos. ¡La farsa ha terminado! —Miró desafiante a Lampadio, quien acusó el golpe removiéndose en su asiento, incómodo—. Si alguna vez creímos que esta ciudad y este Senado conseguirían escapar de los intentos de postración que los bárbaros que ahora nos asedian pretenden, la realidad es que nos equivocamos. Y ahora nos encontramos al fin cara a cara con el destino que Dios ha puesto ante nosotros. No soy un orador. Soy un soldado y ostento el mando de las tropas que se encuentran apostadas en nuestras murallas. Así pues, os hablaré con claridad: carecemos de los suficientes soldados como para defender Roma durante un largo tiempo, salvo que recibamos unos improbables refuerzos desde Rávena. No obstante, los muros son sólidos y elevados y los godos no tienen la pericia necesaria como para salir victoriosos de un asalto frontal. Intentarán rendirnos por hambre, pero los graneros están llenos y la ciudad podría resistir durante un largo período de tiempo, tiempo del que carece Alarico, que necesita una

rápida victoria para asentar su dominio.

»En estos momentos el nuevo *magister militum* del Imperio, Flavio Constancio, avanza por el norte para enfrentarse al usurpador Constantino, asentado en Arelate, por lo que no debemos esperar ayuda alguna desde Rávena. Aun cuando el gran ejército que se ha reunido alcance la victoria, deberá igualmente enfrentarse con las tropas de Gerontius, que también se dirige hacia allí. Estamos solos, por tanto. No entra dentro de mi cometido el juzgar los acontecimientos pasados. Mi lealtad, todos lo sabéis, es para con Roma, y esto implica obedecer a este Senado, confiando en que vendrán tiempos mejores. No valoraré, por tanto, la actitud de esta asamblea. No me corresponde opinar sobre sus alianzas y fidelidades.

Un senador interrumpió, airado:

—¡Pero bien que defendiste a Estilicón, ese traidor, culpable de todo lo que ahora está ocurriendo!

Quinto guardó la calma. Continuó sin cambiar el tono de la voz:

—Defendí a Estilicón, y sois indignos de vuestro cargo si pensáis que suya es la responsabilidad por las desgracias que asolan nuestro imperio. Lo defendí y le fui leal, como sabéis. Pero él está muerto y ahora es tiempo de afrontar los nuevos desafíos. Obedezco a este Senado, pero también al emperador, por más que no haya mostrado por esta ciudad el aprecio que, sin duda, merece su historia y su posición. —Se escucharon voces de aprobación—. Así pues, acudo a vuestra convocatoria para deciros que todo está dispuesto y que encomiendo mi cargo a la ratificación de esta asamblea, humildemente, pero con el convencimiento de que no es tiempo de entrar en discusiones banales sobre el mando.

Quinto dejó flotando en el aire el eco de la amenaza velada que suponían sus últimas palabras, reforzadas en su intención con la irrupción en la sala de una decena de soldados más, pertrechados con todo su equipo, que a una señal ocuparon la puerta de entrada del edificio. Lampadio pidió la palabra.

—Nada debe hacer suponer a nuestro ilustre *praefectus legionis* que tengamos intención de relevarlo del mando. Y mucho menos teniendo en cuenta sus conocimientos y sus experiencias pasadas.

Quinto no hizo ademán alguno de que le hubieran afectado aquellas insinuaciones deliberadamente ofensivas sobre su derrota en el Rhenus y siguió escuchando, atento, rodeado de sus hombres.

—Estoy seguro de que todos los ilustres senadores que nos encontramos aquí reunidos coincidimos con el general en la valoración de los hechos. Confiamos en las medidas adoptadas y rezamos a Dios todopoderoso por la victoria de la nunca profanada Roma. Has sido convocado para exponer ante el gobierno de esta ciudad la situación actual, y ya lo has hecho. Cumple, pues, con tu

cometido y destina a estos hombres —los señaló con displicencia— a labores más arriesgadas que las de amenazar a unos viejos incapaces de empuñar ya un arma.

Lampadio se sentó después de su parlamento. Malhumorado, miraba a Quinto con odio. Este, interpretando el silencio que siguió a aquellas palabras como una confirmación de su cargo, ordenó a sus soldados que abandonaran el edificio. Por toda despedida, el general inclinó la cabeza como muestra de respeto y, dando la espalda a los senadores, se encaminó con paso firme hacia el foro, mientras se ajustaba su casco de combate. En su rostro se dibujó una sonrisa de triunfo que apenas intentó disimular.

Encerrado en la pequeña estancia que le servía de improvisado refugio, Juvenus se acarició la barba, desaliñada y crecida tras muchos meses en los que no había podido visitar al *tonsor*. Su aspecto era descuidado y la palidez de su rostro acreditaba una vida alejada de la luz de un sol que aquellos días caía implacable sobre Roma. Terminó de leer la carta que tenía entre sus manos y se dirigió al hombre que aguardaba, en pie en el quicio de la puerta, sus instrucciones.

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó sin esperar respuesta, blandiendo en sus manos el pergamino cuya lectura acababa de terminar—. Es un mensaje del *magister militum,* Flavio Constancio. La carta ha podido entrar en Roma justo antes de que ese general insolente ordenara cerrar todas las puertas. Es clara y contundente, y necesitaré tu ayuda para atender las órdenes que en ella se contienen.

Miró a su interlocutor, quien, por toda respuesta, mantuvo un silencio que Juvenus interpretó como asentimiento. Continuó, por tanto, con su parlamento:

—El emperador no perdona la pasada traición de esta ciudad. Ahora ha recuperado su fuerza y se siente seguro. Desde luego, empiezo a pensar que Honorio morirá en su cama. Su postura oficial es de apoyo al Senado en estos días. Ellos creen que luchan en el mismo bando, pero el de Honorio solo está ocupado por quienes le han sido fieles sin dudar. —Leyó de nuevo algunos de los párrafos de la misiva y continuó—: Y yo lo he sido. Flavio Constancio me honra con su afecto y cuenta con mi colaboración. Y yo cuento con la tuya, aunque aún no has cumplido todos los encargos por los que te he pagado generosamente.

—Aún no —respondió seca la voz de aquel hombre desde la penumbra.

—Sigo confiando en ti, desde luego. Precisamente por ello, te informo de lo que debes hacer ahora. Como te he dicho, esta ciudad debe ser

castigada. Aparentemente, desde Rávena se ha movilizado un pequeño contingente de fuerzas que se encamina hacia aquí con el objetivo de reforzar la guarnición de Roma. Honorio ampara y protege oficialmente ese intento, pero sabe, como lo sé yo, que no conseguirán forzar el cerco. Lo lidera un impetuoso *comes* al cual conocí en la curia de Augusta Treverorum, Julius Marcius. Por su culpa tuve que abandonar Rávena y dejarme atrapar en este agujero, y parece que ahora sus nobles sentimientos lo encaminan hacia una muerte heroica. Mientras tanto, no hay tiempo que perder. Como bien sabes, Alarico obsequió al Senado con ocasión de la designación de ese imbécil de Prisco Átalo con unos cientos de esclavos. Sabes dónde se encuentran encerrados. Escucha ahora con atención…

Finalizada aquella reunión, cuando el hombre abandonaba la estancia, Juvenus se atrevió a lanzarle una pregunta, tímidamente, casi en un susurro.

—¿Sabes algo de mi esposa? ¿Sabes si Licia está en Roma?

—Nada sé al respecto —respondió hosca la voz del interpelado.

Y abandonó la apartada vivienda, mientras en su interior quedaba un Juvenus atormentado y solitario.

Quinto subió los peldaños de la escalera que lo llevaba al cuerpo de guardia asentado en las torres de la Porta Tiburtina, que él había considerado como el punto estratégico fundamental en la defensa del perímetro. Repasó mentalmente las disposiciones adoptadas durante aquellas semanas. Dada la escasez de tropas disponibles, había decidido reducir al mínimo las asignadas al sector ubicado en la margen derecha del Tiberis, el Transtiberim, asumiendo que, en el caso de un asalto por aquel sector, el propio río, cortados los puentes que lo comunicaban con el resto de la ciudad, constituiría un foso infranqueable.

La liberación de soldados en aquella zona le había permitido reforzar los distritos más expuestos, al sur, entre la Porta Ardeatina y la Porta Asinaria, allí donde el trazado de la muralla formaba una protuberancia que sobresalía del irregular cinturón de piedra que protegía de manera más uniforme el resto del conjunto urbano. Hacia el norte, entre la Porta Nomentana y la Porta Clausa, se ubicaban los restos del antiguo *castra praetoria,* ya abandonado.

Allí había situado a los elementos más veteranos de la *vexillatio* de la guardia senatorial, dado que en ese punto la muralla era desigual y poco consistente. En todas las torres se había instalado suficiente número de escorpiones y *ballistae,* de manera que se pudiera contener con eficacia devastadora cualquier tipo de asalto, al menos hasta que

durara la munición convenientemente acopiada desde hacía semanas. En caso de que ocurriera un desastre y los fuertes muros aurelianos cedieran ante una acometida, todas las unidades tenían instrucciones de retirarse tras la vieja muralla serviana, a fin de que tal perímetro, que encerraba en él el corazón de las instituciones y edificios públicos de Roma, supusiera la última línea de defensa.

Por lo demás, había ordenado también que se dispusiera una guardia permanente de cuatro hombres especialmente elegidos para que velaran por la seguridad de Licia, a quien había suplicado que no saliera de la casa, excesivamente cercana a la Porta Asinaria, ubicada al sudeste del cerco. No estaba muy seguro de que la orgullosa hija del senador Marco Fulvio atendiera sus ruegos, pero confiaba en que resultaran más convincentes las instrucciones impartidas a los hombres encargados de su protección. En todo caso, aquel joven que acompañaba a las mujeres que ahora residían en la vivienda, Temistio, parecía haber asumido su cometido de guardián inseparable. Al menos en este punto, Quinto se sentía más tranquilo. Desde hacía varias semanas, robando tiempo a sus obligaciones de mando, el general había visitado todas las noches aquella *domus*. Licia y Quinto, se habían amado con pasión, alimentados por la sensación de vivir una época de incertidumbre y provisionalidad, escarmentados en la pérdida y acuciados por un futuro dudoso.

El *praefectus legionis* se encontraba exultante. Probablemente, aquel estado era lo que podía acercarse más a la felicidad. Hallaba el mismo placer en las palabras escuchadas de boca de Licia o en la simple visión de su figura que en el abrazo al que se entregaban cada día como si el fin de los tiempos fuera a impedir un nuevo encuentro. En su fuero interno, Quinto no podía evitar hacer planes de futuro, que siempre tenían como elemento común la existencia compartida con aquella mujer que lo había devuelto a la vida. Se aferraba a esta idea, y, más allá del cumplimiento estricto de las obligaciones que conllevaba el desempeño de su cargo, una fuerza interior lo impelía a acometerlas con el mayor celo y entusiasmo. Él sabía que la promesa de una unión con Licia para siempre era el impulso que movía y alumbraba todos sus actos.

Accedió finalmente a lo más alto de una de las dos torres que presidían la puerta. Contestó levemente al saludo del oficial encargado de la guardia en aquellos momentos y observó con atención el horizonte. Desde allí, en la lejanía de las suaves colinas que conformaban los campos que rodeaban la ciudad, podía vislumbrarse el humo de los fuegos encendidos por las tropas sitiadoras. Allá donde mirara, hacia el norte, el este o el sur, el panorama siempre era el mismo. Pequeñas siluetas móviles deambulaban de un lado para otro, destacándose por su velocidad los que parecían ser grupos de jinetes

en tareas de vigilancia o reconocimiento. Recortadas contra el cielo azul del Lacio, podían adivinarse cientos de tiendas que servían de refugio a los miles de guerreros que cerraban con su presencia cualquier aproximación a Roma. Cada día se incrementaba el número de sitiadores, y los informes que Quinto recibía le indicaban que el panorama era el mismo ante cualquier sector de la ciudad.

—Parece que esta vez se lo han tomado en serio —comentó el general en voz alta mientras intentaba atisbar algún punto en el que la actividad de los sitiadores fuera más reducida.

—No hemos divisado máquinas de asedio, *praefectus* —apuntó el oficial al mando de la defensa de aquella puerta.

—No creo que dispongan de ellas. Tampoco saben construirlas. En eso tenemos alguna ventaja, desde luego —contestó Quinto—. No temo tanto un asalto directo. Sabremos defendernos, y tenemos medios para ello —apuntó con la mirada a un potente escorpión ubicado entre las almenas de la torre—, pero de lo que no disponemos es de tiempo. Está claro que pretenderán rendirnos por hambre, y, aunque hay suficientes provisiones para resistir, también es verdad que son cientos de miles las bocas que alimentar. Este es el verdadero problema.

El oficial asistió intranquilo a la explicación. No esperaba que hubiera duda alguna sobre la capacidad de resistencia de una ciudad que no había sido violada desde los lejanos tiempos de la invasión gala, hacía muchos siglos, cuando Roma era poco más que una república en incipiente expansión, encerrada en un reducto urbano tosco y mal defendido. Quinto se dio cuenta de su desazón y trató de calmar los ánimos.

—Resistiremos. De eso estoy seguro. Pronto vendrán refuerzos desde Rávena. No van a dejar que Roma se desangre —apuntó, sin estar en todo caso demasiado convencido de sus aseveraciones.

—Resistiremos —respondió el oficial, más aliviado.

Cuando Quinto dio por concluida su inspección, comenzó a bajar las escaleras de la torre. Necesitaba completar, como todos los días, su visión de conjunto sobre la situación. En ese preciso momento fue avisado por unos gritos de alarma del oficial con el que acababa de parlamentar.

—Mi general, ¡ven a ver esto! ¡Algo está ocurriendo en las líneas enemigas!

Quinto deshizo a toda prisa el camino y se acercó al borde de la fortificación, desde donde, apoyado en una de las almenas, llevó la mirada hacia el punto que se le indicaba.

Efectivamente, en la lejanía podía observarse un movimiento inusual de hombres y jinetes que se dirigían hacia un lugar ubicado en un pequeño collado entre dos lomas, en el que se perdía el trazado de

la vía Tiburtina. Desde el norte y desde el sur, grupos cada vez más numerosos de caballería galopaban, convergiendo hacia aquel lugar, levantando espesas nubes de polvo que impedían ver con claridad desde las murallas lo que estaba ocurriendo. Pronto, sin embargo, pudo comprenderse lo que sucedía. Desbordando el collado y desplegándose en abanico conforme descendían por la colina, un numeroso grupo parecía estar abriéndose paso entre la masa que desde todas partes se dirigía contra él, en un claro intento de frenar su galopada hacia la ciudad. Un grito ensordecedor pudo escucharse a lo largo de todo aquel sector de la muralla, cuando, al fin, pudo distinguirse tremolando al viento el *vexillum* púrpura que identificaba a aquellos valientes como tropas imperiales.

Quinto comprendió de inmediato, al igual que sus hombres, la situación. Se trataba de un intento desesperado de romper el cerco por parte de lo que aparentaban ser varias *turmae* de caballería que, por lo que podía vislumbrar, podían sumar unos cinco mil jinetes. Ordenó rápidamente a los *bucinatores* que transmitieran la orden de aprestar la artillería para proteger su avance si fuera necesario. Al mismo tiempo, indicó a los guardias que custodiaban la puerta que estuvieran preparados para abrirla, permitiendo así en el último instante la entrada de aquellas tropas. Desde las almenas, los soldados jaleaban y gritaban llenos de entusiasmo. No los habían dejado solos, al fin y al cabo. Quinto entendió enseguida que se trataba de una pretensión casi suicida y admiró la valentía de aquellos hombres. Miró con mayor atención tratando de mantener la calma mientras, no obstante, notaba que la excitación que ya se extendía por toda la muralla lo iba contagiando por momentos.

Una racha inesperada de viento despejó la escena que se desarrollaba en la planicie, entre las colinas que dibujaban el horizonte y los poderosos muros de Roma. Un gran número de jinetes imperiales había conseguido abrirse paso entre la multitud de godos, que, sorprendidos y confiados en sus posiciones, no habían tenido tiempo suficiente para prepararse para el combate. Las tropas de Rávena galopaban en dirección a la Porta Tiburtina, desde la que Quinto organizaba asestar un golpe mortal a la masa que, a izquierda y derecha de aquel grupo de hombres, los hostigaban con saña, decididos a exterminarlos antes de que alcanzaran su objetivo. Aún se encontraban lejos del alcance de la artillería de las torres, pero por un momento pudo distinguirse, brillando al sol, el casco repujado, adornado con una cresta tintada en rojo que indicaba la presencia no habitual de un *comes* dirigiendo la desesperada carga. La capa del mismo color se elevaba al viento conforme el valiente jefe, situado a la cabeza de sus tropas, galopaba frenéticamente espada en mano. La distancia iba reduciéndose por momentos, y, pese a las terribles bajas

que estaba sufriendo la columna, parecía que finalmente conseguirían entrar en la ciudad en un número significativo. Ya podía apreciarse cómo, en los flancos de la agrupación imperial, varios jinetes cargaban una y otra vez a izquierda y derecha, alterando el sentido de su marcha, intentando con tales movimientos bruscos frenar en lo posible al contingente godo, de manera que pudiera salvarse el grueso de los combatientes que pugnaban por alcanzar la salvación. De aquella batalla improvisada y cruenta iban escapando las monturas descabalgadas que, cada vez en mayor número, se alejaban del torbellino de polvo, sudor y sangre en que se había convertido el encuentro, ofreciendo un panorama desolador de muerte y sacrificio.

Los gritos de ánimo de los defensores habían atraído a las murallas a una multitud de ciudadanos que se agolpaban junto a los soldados, contribuyendo con su entusiasmo a que aquel espectáculo trágico semejara una situación irreal, una obra teatral que acabaría con la satisfacción del público, sin que las escenas representadas pudieran afectar a sus vidas. De repente, un largo lamento recorrió las almenas; una exclamación de sorpresa y desesperación se dejó oír cuando todos pudieron ver cómo el *comes* al mando fue descabalgado brutalmente de su montura por una lanza arrojada con mortal puntería. Arrastrado hacia atrás por la fuerza del impacto, el jinete cayó al suelo y a duras penas pudo ser sorteado por sus hombres, saltando sobre su cuerpo en su galopada frenética. Ahora era una cuestión de supervivencia. Lo que había sido una agrupación de caballería de al menos cinco mil individuos ahora solamente era un grupo desordenado de unos cientos de équites que pugnaban por alcanzar la salvación de unos muros desde los que ya se tensaba el cordaje de la artillería, preparada para frenar la acometida enemiga.

Quinto dio la orden de aprestar escorpiones y *ballistae*. Mantuvo alzada la mano derecha hasta considerar que los impactos pudieran ser devastadores. Por momentos, los jinetes imperiales caían por decenas, agotada ya la fuerza de sus monturas, espoleados únicamente por la cada vez más cercana e imponente presencia de las murallas de la ciudad. Ya no se escuchaban gritos de ánimo, y un silencio sepulcral dominaba el coronamiento de las defensas como presintiendo la culminación del drama, la desaparición de la esperanza. Cuando todo parecía estar terminando trágicamente, Quinto bajó la mano con fuerza. De las torres salieron al unísono dos docenas de piedras y dardos gigantescos que hicieron blanco en los grupos de godos que se preparaban para asestar el último golpe a los fugitivos. De repente, gracias a la andanada, las alas que rodeaban el exiguo grupo de supervivientes se frenaron en seco y cayeron al suelo numerosos guerreros godos, unos abatidos por los potentes proyectiles y otros atemorizados por la mortandad causada desde las murallas. Fue

entonces cuando las puertas se abrieron y por ellas pudieron entrar, congestionados, agotados y heridos, los dos centenares escasos de supervivientes de lo que había sido una orgullosa agrupación de caballería imperial.

Quinto asistió desolado al triste espectáculo de aquellos hombres valientes, derrotados por el esfuerzo, impotentes ante la fortaleza del cerco al que estaba sometida la ciudad. Sus rostros cubiertos de polvo y sangre, deshidratados, mostraban claramente la gravedad de la situación. Fue inmediatamente informado de la muerte del comandante de aquel contingente. Su formación había sido un empeño personal del *comes* Julius Marcius. Quinto recordó vagamente su rostro como uno de los más jóvenes miembros de la antigua curia de Augusta Treverorum. Era como si todo lo que hubiera tenido que ver alguna vez con aquella ciudad estuviera maldito, condenado a perecer. Se entristeció al comprobar que, en realidad, aquel intento de reforzar la guarnición parecía más una iniciativa privada, no obstaculizada por el emperador, pero de ninguna manera favorecida. Al final, únicamente poco más de doscientos jinetes habían conseguido entrar en Roma. No era suficiente, desde luego.

Apesadumbrado, ordenó que se facilitara alojamiento y descanso a aquellos valientes. Pronto serían necesarios mayores esfuerzos, y convenía que se recuperaran cuanto antes. Una vez ultimadas sus instrucciones, el general desistió de continuar su ronda de inspección. Montó en su caballo y decidió despedir a su Estado Mayor, que lo aguardaba al pie de las murallas, indicándoles que se dirigieran al Palatino. Esa noche analizarían la situación con detalle a la luz de los nuevos acontecimientos. Lucio sonrió, mirando a su amigo. Sabía adónde iría ahora el *praefectus legionis.* Quinto lo miró y no dijo nada. Era consciente de que, pese a sus protestas, Lucio no se separaría de él y aguardaría nuevamente a la puerta de la *domus,* donde Licia lo esperaba como cada atardecer. Pero aquella había sido una jornada especial y esta vez no podría sentir el calor de la mujer que era su inspiración y consuelo. Esta vez la noche sería fría, acompañado de mapas, oficiales y órdenes.

La guardia que custodiaba la antigua residencia del senador Marco Fulvio saludó a su general cuando este, seguido de Lucio, descabalgó de su montura y entró en la casa. En el patio, a la sombra de un viejo peral sin frutos, Licia leía. Se levantó cuando escuchó las inconfundibles pisadas de las sandalias tachonadas del atuendo militar de Quinto y sin acelerar el paso, pero exhibiendo una sonrisa que daba fe de su alegría, se acercó a él y lo abrazó, besándolo con un cariño infinito.

Dos horas más tarde, cuando ya estaba anocheciendo, Quinto salió de la vivienda. Mientras se ajustaba el casco y se dirigía a su montura, miró a Lucio con agradecimiento.

—Al Palatino. Tenemos por delante una larga noche —le dijo por única indicación.

Y ambos jinetes galoparon hacia la colina primigenia de la ciudad, imprimiendo a sus cabalgaduras el ritmo de un trote acelerado cuyo eco retumbó en las calles vacías de la urbe.

Y fue justo entonces. Fue en ese preciso momento cuando las pesadas hojas de madera de la Porta Salaria se abrieron de par en par, ofreciendo a Roma en trágico sacrificio.

XXXII

El final

—¡Mi general, mi general!

La irrupción violenta de aquel soldado en la sala donde Quinto se encontraba reunido con sus oficiales para repasar los acontecimientos del día sorprendió a todos los presentes. Del rostro sudoroso y acalorado del mensajero podía desprenderse que las noticias que portaba eran importantes. Lo suficiente, al menos, como para atreverse a interrumpir el parlamento del *praefectus legionis,* que en ese momento comenzaba a informar sobre el fallido intento de introducir refuerzos en Roma que se había producido aquella tarde. Todos miraron a aquel hombre, que respiraba congestionado, esperando a que de su boca saliera algún parlamento coherente.

—Mi general, ¡los bárbaros están entrando en la ciudad! ¡Por la Porta Salaria! ¡Todo está perdido!

Los allí presentes escucharon aquella revelación con estupefacción e incredulidad. En la sala, durante unos instantes, únicamente se oyó la respiración aún jadeante del emisario. Rompió el silencio la voz firme y apremiante de Quinto mientras se abalanzaba sobre aquel desgraciado en demanda de más información. Lo zarandeó fuertemente, agarrándolo por los hombros.

—¿Cómo es posible? ¿Qué estás diciendo, soldado? —le preguntó con la desesperación asomada a su rostro.

—Es cierto, mi general. Al caer la noche han abierto la Porta Salaria. Desde dentro.

—¿Que la han abierto? ¿Quiénes? ¡Responde!

Lucio se acercó a su amigo y puso una mano sobre el brazo de Quinto, intentando aplacarlo. El emisario apenas podía articular palabra por el miedo.

—Tranquilo, Quinto; déjale que hable. —El general soltó a aquel hombre y se serenó.

—Habla, pues, con libertad, legionario. ¿Qué está ocurriendo?

El mensajero miró a un lado y a otro, al tiempo que recobraba su serenidad.

—Todo ha sido muy confuso, general. Las puertas se han abierto desde dentro, como he dicho. Hemos sido traicionados. Mientras

cabalgaba hacia aquí, he podido ver al menos varios centenares de esclavos rebasando la muralla serviana, cerca de las termas de Diocleciano. Dejaron atrás la bifurcación hacia la Porta Nomentana y se dirigieron hacia el interior. Venían de la Porta Salaria. Por su indumentaria, he deducido que eran esclavos, probablemente esclavos godos. Creo que han sido ellos.

—Los esclavos godos que Alarico entregó a la ciudad tras el último acuerdo. Estaban encerrados en el antiguo templo de Gaya. Demasiado cerca. Continúa, soldado —apremió Quinto.

—Yo apenas pude ver nada. Dormía, porque mi turno de guardia en la Porta había terminado. Entonces me despertó el ruido de un tumulto. Salí de las dependencias y pude ver cómo las puertas ya estaban abiertas de par en par. Mis compañeros, los que se encontraban en sus puestos, yacían muertos. No lo dudé. Antes de que se fijaran en mí, corrí hacia las cuadras y monté en el primer caballo que vi. Había comenzado la huida cuando volví grupas un momento. Pude ver cómo por la puerta penetraban corriendo cientos, miles de godos, que empezaron a desperdigarse por las calles. Parecía un río incontenible. No esperé más, y he cabalgado hasta aquí sin descanso.

Quinto escuchó apesadumbrado el relato. Pero pasados unos instantes en los que el estupor llenó la sala, se dirigió apremiante a sus oficiales.

—¡No hay tiempo que perder! Tenemos que tratar de contenerlos como sea. Id a las puertas del sur y del este de la ciudad. Que abandonen todos las murallas. Organizad en lo posible dos columnas. Mario —indicó a uno de los tribunos allí presentes—, a los hombres apostados al sur condúcelos hacia las termas de Trajano. Paladio, a los que tú reúnas en el sector este envíalos hacia las termas de Diocleciano. El resto, conmigo. Lucio, consigue todos los caballos que puedas: formaremos una fuerza de choque que cierre el espacio entre ambas agrupaciones. La guardia palatina se queda custodiando los palacios y a la hermana del emperador. En marcha. No podemos perder más tiempo.

Los oficiales señalados se dirigieron a cumplir con las órdenes. Quinto, tras ponerse la antigua e incómoda coraza labrada que lo distinguía como comandante de la guarnición y ajustarse la espada y puñal al cinturón, partió de inmediato, acompañado por los restantes mandos. Desde la lejanía comenzaba a escucharse, rompiendo el silencio de la noche, un griterío sordo que se incrementaba constantemente, anunciando con tenebroso aullido la llegada para la ciudad del fin de todos los tiempos.

Parecía como si la ira de un Dios ajeno al sufrimiento de los hombres hubiera sido liberada. Los miles de guerreros godos que continuaban traspasando cada hora la imponente estructura de la Porta Salaria eran ya una riada humana que, incontenible, se desparramaba por las calles adyacentes a la entrada violada. Las puertas de las casas se abatían a golpes y los ciudadanos, sorprendidos en sus residencias, apenas pudieron llegar a comprender qué era lo que estaba ocurriendo. Desarmados, la mayor parte de ellos solamente tuvieron tiempo para contemplar durante unos breves instantes el fin de su existencia, cercenadas sus vidas por el filo de un hacha o la punta de una espada. Pronto, enseres de todo tipo volaban desde las ventanas de los edificios, que sufrían ya el saqueo de unas tropas sedientas de botín. Los alaridos de las mujeres que caían en manos de aquellos hombres eran ya el grito colectivo que se imponía en las calles por las que los bárbaros transitaban. Sus cuerpos, aún con vida, eran arrojados a la vía pública desde puertas y balconadas, tiñendo de rojo el pavimento, mientras por las calles deambulaban ciudadanos heridos intentando escapar inútilmente de la masacre. Esclavos fugados aprovechaban la breve esperanza de libertad para ajustar cuentas o recaudar la parte de un botín al que consideraban que también tenían derecho, mientras que los cadáveres de los desgraciados que habían tratado de oponerse a aquella avalancha resultaban pisoteados por las distintas oleadas que rompían contra las paredes de los edificios que se habían convertido en inútil dique de mampostería.

Pronto, el Distrito VI, el Alta Semita, ya en el interior de la vieja muralla serviana, se encontró inundado por miles de godos que arrasaron toda resistencia improvisada. Las fuerzas romanas apostadas en la Porta Tiburtina abandonaron sus posiciones para dirigirse hacia la zona presidida por la basílica Liberii, ubicada entre las termas de Diocleciano y las de Trajano, con el objetivo de agruparse en aquel punto y lanzar un contraataque que se adivinaba inútil habida cuenta de la disparidad de fuerzas. La marea humana que trataba de huir conforme la depredación avanzaba entorpeció el avance de las escasas tropas de la guarnición que luchaban contracorriente, desesperados, intentando abrirse camino entre los ciudadanos aterrorizados. Todo fue inútil. De la misma manera que un torrente arrastra cuantos obstáculos encuentra a su paso, los miles de godos que marchaban incontenibles arrollaron a los escasos soldados que apenas pudieron adivinar de dónde venía la lluvia de flechas y golpes de espada que caían sobre ellos. Pronto no quedó ni un rescoldo de resistencia armada en aquel sector. Ahora, también el Distrito V, el Esquilino, había caído en manos de los asaltantes, y con él todo el norte de la ciudad estaba perdido.

Desde una colina cercana Alarico observaba con atención los muros de la ciudad, iluminados por la luz de una luna que parecía querer alumbrar con su reflejo el fin de la ciudad que una vez rigió los destinos del mundo. Satisfecho, se dirigió a su séquito, que esperaba sus instrucciones situado tras él.

—Recordad mis órdenes —les dijo, sin volverse—. No quiero incendios, no quiero destrucción de edificios. Todo debe preservarse. Las iglesias no serán asaltadas y se respetará la vida de quienes en ellas se refugien. Únicamente deseo que toda Roma vea arder su Senado, ese nido de víboras traicioneras. Habrá tres días de saqueo. —Y tras una pausa, concluyó—: Y la quiero a ella, a Gala. Viva. Id y obedeced.

Tras estas palabras, una agrupación de jinetes se fue al galope hacia la Puerta Tiburtina, que ya se abría de par en par, dominada por las tropas godas, quienes izaron sobre sus torres el gigantesco estandarte real que simbolizó, con su tremolar, la victoria sobre la ciudad de Rómulo y Remo.

Quinto se desvió brevemente de su marcha hacia el centro y se encaminó, junto con el grupo de jinetes que Lucio había conseguido reunir, hacia la casa ubicada junto a la iglesia de los Cuatro Santos Coronados. Ante ella, la guardia apostada allí se encontraba expectante y nerviosa. Súbitamente, ante el sonido de los cascos de los caballos sobre el pavimento, las puertas de la *domus* se abrieron y en el quicio apareció la figura sorprendida de Licia, aún en ropa de cama, acompañada por Marcia, Claudina y el joven Temistio.

—Quinto —exclamó alarmada al ver la figura del general, a caballo con la espada desenvainada y vestido con su armadura de combate—, ¿qué está ocurriendo?

—¡No hay tiempo que perder, Licia! ¡Abandonad la casa! —ordenó con voz firme mientras caracoleaba a lomos de su montura—. Los godos han entrado en la ciudad. Acudid a la basílica Lateranensis. ¡Pronto! Allí estaréis a salvo. Está cerca, sus muros son sólidos y podréis refugiaros con alguna seguridad.

—Pero, Quinto… —intentó protestar Licia.

—¡Obedeced! ¡Obedeced! ¡Rápido! Licia, no puedo explicarte nada ahora. Pronto nos veremos. —Se dirigió a Temistio, quien asistía a la escena con gesto imperturbable—. Temistio, llévalas a la basílica. ¡Hazlo ya! ¡Protégelas con tu vida, por todos los dioses!

—Y tú, Quinto, ¿adónde irás? —preguntó angustiada Licia, presintiendo que, quizás una vez más, el destino tenía reservado para ella y su mundo un nuevo capítulo trágico.

Quinto la miró fijamente durante unos instantes y sintió que algo en él se desgarraba por dentro cuando se escuchó a sí mismo al contestarla.

—¡A donde están muriendo mis hombres!

Y sin permitir que sus sentimientos interfirieran en su deber, volvió su grupa y comenzó a galopar a lo largo de la calle en dirección al anfiteatro Flavio seguido por sus soldados, mientras Licia, con una mano sobre su vientre, veía con lágrimas en los ojos cómo Quinto se alejaba perdiéndose en la oscuridad.

Escuchó los golpes, cada vez más fuertes, en la puerta de su casa. Su inicial temor iba tomando la forma de un pánico incontrolable, perceptible en el rostro de Juvenus, encerrado en la pequeña dependencia que hasta la fecha le había servido de refugio y centro de sus maquinaciones. Había decidido no escapar cuando comenzó a escuchar los gritos que provenían de las estrechas callejuelas adyacentes a la casa en la que vivía encerrado desde que llegó a la ciudad. Había visto también cómo algunos de los esclavos de los que disponía abandonaban la vivienda, corriendo, presas del terror. Fue entonces cuando decidió atrancar la puerta, ayudado por los sirvientes, quienes, paralizados por el miedo, habían optado igualmente por quedarse al amparo del dudoso refugio que suponían aquellos muros. Después de aquello, se había retirado al piso superior del edificio y había cerrado tras él el acceso a su estudio, confiado en que la humildad de aquella construcción no despertara la codicia de los invasores. Y allí esperaba ahora, solitario y acobardado. Cuando al fin pudo sentir el estruendo de la turba entrando en la *domus,* soltó el pequeño puñal con el que había planeado defenderse y se acurrucó en una de las esquinas, tras la mesa que le había servido de improvisado escritorio. Se tapó la cara con las manos y aguardó la llegada de su muerte. Una patada bastó para derrumbar la tosca barricada que el antiguo curial había levantado desde el interior. Ante sus ojos aparecieron tres hombres de largas barbas que lucían elaboradas trenzas bajo sus cascos, vistiendo cota de malla de evidente procedencia romana. Empuñaban espadas y hachas, tintados sus filos con la sangre de los escasos esclavos que habían permanecido en el interior de la vivienda. Lo miraron con cierta sorpresa y, mientras dos de ellos rebuscaban en arcones y armarios intentando encontrar algo de valor que incrementara su todavía magro botín, el tercero se acercó a él. Juvenus alzó el brazo, balbuciendo palabras de súplica, ante las cuales el guerrero godo mostró durante unos instantes cierta estupefacción. Llevaba ya algunas horas matando gente

indiscriminadamente y aún le asombraba la capacidad de algunos de aquellos vencidos de pedir clemencia. Era la hora de asumir la derrota y no había lugar para la súplica ni el perdón. Era —eso lo sabían bien — su derecho, el que les otorgaba la conquista. Dios no condenaría a quienes siguieran las leyes de los hombres. Levantó su espada, larga y de dos filos, y de un solo tajo acabó con aquella molesta letanía. Derribó con violencia la mesa y registró los documentos que contenía, desparramados ahora por el suelo. No halló nada de valor y, decepcionado, salió de aquella estancia para continuar con su búsqueda dejando tras de sí el cuerpo inerte de Juvenus, aún sentado contra la pared salpicada de la sangre que impregnaba su rostro, deformado por el brutal golpe.

Quinto observó al grupo de godos que avanzaba empuñando sus armas, cubriendo el ancho de aquella calle que moría en el templo de los Apóstoles, junto a las termas de Trajano, en el centro del reducto cercado por las murallas servianas. Aquellos hombres abandonaban el sector donde se ubicaban los grandiosos foros del emperador hispano, por lo que, dedujo, la resistencia en aquella zona había cesado. Allí tampoco había rastro de los hombres que supuestamente Mario había tenido que comandar y que deberían encontrarse en los aledaños de las termas. A una señal de Lucio, que permanecía junto a él, comprobó que otra masa de asaltantes se dirigía igualmente hasta donde ellos estaban, provenientes de la Porta Clausa, junto al antiguo y demolido *castra praetoria*. Si no actuaban con rapidez, los soldados de uno u otro lado cortarían su retirada. Se decidió en un instante y, levantando en alto su espada, ordenó a sus hombres que lo siguieran en dirección a los foros, iniciando una carga que aprovechara la estrechez de la calle por la que se encaminaban, intentando, en una sola acometida, desbaratar y deshacer por sorpresa aquella masa de combatientes, muchos de ellos cargados con pesados fardos en los que guardaban el contenido de su incipiente saqueo. Las losas de la vía devolvieron en un eco el sonido poderoso de los cascos de una treintena de caballos que cabalgaban hacia el enemigo. El choque fue brutal y los godos, sorprendidos por la audacia de aquel ataque, cayeron bajo las monturas romanas, desde las que los jinetes asestaban golpes certeros y sangrientos.

Cuando centenares de godos yacían sobre el pavimento, arrollados por los hombres de Quinto, este ordenó volver grupas para afrontar al otro contingente que ya avanzaba amenazador desde el punto en el que instantes antes habían iniciado la carga. Esta vez —lo supo al momento— no resultaría tan fácil. Los godos, tratando de evitar que

les ocurriera lo mismo que a sus compañeros, habían formado una densa línea de defensa que igualmente ocupaba el ancho de la calle. Dado que la infantería no solía combatir con lanzas, el muro que se oponía a los jinetes romanos estaba formado por una barrera de escudos, entre los cuales se distinguían muchos tomados a las tropas imperiales. No había tiempo que perder. Por el extremo de la calle que conducía a la gran plaza porticada del foro de Trajano ya se acumulaban más tropas enemigas. Estaba claro que aquel sector estaba perdido. Había que salir de allí cuanto antes, retrocediendo hacia el sur para buscar nuevos puntos fuertes desde los que poder ofrecer resistencia. A una orden de su general, los supervivientes de la primera carga galoparon tras él, espada en mano, decididos a superar aquel obstáculo. En esta ocasión, las bajas fueron más numerosas. Uno tras otro, los jinetes imperiales iban cayendo, heridos o incluso aferrados por decenas de brazos que los derribaban de sus monturas y acababan con sus vidas en el suelo.

Quinto, en cabeza de aquella carga, había saltado por encima de la primera línea y ahora intentaba zafarse de los golpes que su espada se afanaba por frenar. Tras él, Lucio y dos hombres más cubrían sus espaldas. Pronto, los godos, atraídos por el brillo de la coraza del general y ansiosos por la perspectiva del rico botín que su adquisición representaría, se abalanzaron sobre el *praefectus legionis,* quien a duras penas podía seguir conteniendo aquel acoso.

Cubiertos de heridas, los jinetes que rodeaban a Quinto para proteger a su general fueron cayendo. No había tregua ni respiro, y en la oscuridad de aquel callejón los hombres morían, formando montones de cadáveres apilados y aplastados por las patas de los caballos. Lucio acababa de deshacerse de un godo que amenazaba con asestar un golpe de hacha sobre la espalda de Quinto cuando vio cómo, al fondo de la calle, unos infantes imperiales avanzaban en orden cerrado con sus lanzas a la manera de una falange, en dirección hacia ellos. Llamó la atención del general quien, vencido casi por el agotamiento, levantando la vista, esbozó una sonrisa que cambió su rostro impregnado de sangre. Los hombres de Paladio se abrieron paso con eficacia, liberando del acoso al *praefectus legionis* y a los escasos supervivientes de su escuadrón, haciendo retroceder a la masa de godos que ahora se agolpaba intentando escapar de aquella acometida.

—¡Por los dioses, Paladio! ¡Justo a tiempo! —agradeció Quinto a su oficial, quien le correspondió con un gesto de asentimiento—. ¡Ahora retroceded! Ordena a tus soldados que vuelvan sobre sus pasos y se dirijan hacia el sur. Probaremos a resistir entre el Palatino y la Porta Asinaria. Todo este sector está perdido. ¡Ya!

A una orden de Paladio, los soldados imperiales frenaron su avance

y sin volver la espalda fueron retrocediendo sin deshacer sus líneas. Quinto comprobó emocionado cómo quedaba aún algo de la eficacia militar que había engrandecido aquella ciudad a lo largo de la historia. Esperando a que todos los infantes lo sobrepasaran y se dirigieran comandados por sus oficiales hacia la zona indicada, se dispuso a cerrar su retaguardia con sus jinetes.

Fue entonces cuando con un fulgor inusitado y espectacular la noche quedó iluminada por la luz rojiza de un incendio cuyo resplandor, que sobrecogió a todos, provenía de la zona del antiguo foro.

El edificio ardía por los cuatro costados. De los ventanales que durante años habían iluminado con su luz los acalorados debates ahora brotaban llamas que consumían el interior del que hasta entonces había sido orgulloso centro del Imperio. El Senado, saqueado por orden expresa de Alarico, sucumbía así a la furia de los conquistadores. Una multitud de guerreros godos asistían satisfechos a aquel sacrificio blandiendo en alto sus armas, cantando y gritando, ebrios de vino, excitados por el espectáculo, mientras que otros muchos, ajenos al simbolismo de aquella hoguera, entraban y salían de las dependencias públicas, tiendas y antiguos templos paganos del foro cargados con su botín.

De repente, en los alrededores de aquella pira se hizo el silencio. Varios soldados se apartaron a un lado, asombrados, sin saber cómo reaccionar ante la visión de un hombre anciano que, vestido con su toga de senador, se acercaba lentamente al edificio en llamas. Conforme Lampadio se iba aproximando apoyado en un cayado, se fue abriendo ante él un pasillo formado por godos, quienes, asustados por el temor supersticioso que les infundió aquella figura espectral, permitieron que accediera al pórtico, cuya techumbre ya era lamida por el fuego. El viejo senador levantó la cabeza hacia lo alto observando las piedras heridas de la venerable estructura, que parecían supurar sangre. En aquel edificio moribundo había habitado el alma de Roma, que era también la suya. Sin él, su vida carecía ya de sentido. Miró a su alrededor con gesto altivo mientras los guerreros asistían asombrados a la escena, y, girándose, encaró la entrada y desapareció entre las llamas, justo en el momento en que la techumbre de madera del edificio se venía abajo, sepultando con ella los últimos restos de la Roma eterna.

Cuando los soldados imperiales sobrepasaron la imponente mole del

anfiteatro Flavio, se dividieron en dos grupos. Uno, comandado por Paladio, se dirigió hacia la Porta Metronia. El encabezado por Quinto se encaminó hacia la Porta Asinaria. No tenían más opciones que la de hacerse fuertes en las torres que coronaban ambas estructuras defensivas, que, en aquel momento, daban en ser los únicos puntos que aún no habían sido conquistados por los asaltantes. Quinto caminaba al frente de sus hombres, al haber muerto su montura fruto de las heridas recibidas en el combate junto al foro de Trajano. Todos apresuraban el paso mientras intentaban mantener cierto orden entre las masas de fugitivos que, escapando de sus casas, buscaban la salvación en las diferentes iglesias y basílicas que encontraban a su paso. El *praefectus legionis* no podía dejar de pensar en Licia y en si habrían seguido sus instrucciones. Pronto lo comprobaría, pensó. Entre tanto, la disciplina de los soldados iba esfumándose conforme resultaba evidente que la ciudad estaba perdida y que toda resistencia era inútil. De tanto en cuanto, algunos infantes abandonaban la formación ante la impotencia de los oficiales, quienes, por considerarlo también todo acabado, fueron optando igualmente por sopesar, cada uno de ellos, las mejores opciones para su salvación. Lucio caminaba junto a su amigo sin quitar ojo al final de la calle por la que se desplazaban. Ambos sabían que con los efectivos que les quedaban poco podrían hacer para frenar aquel ímpetu conquistador que ya se había adueñado de la mayor parte de la ciudad. Fue entonces, cuando ya se vislumbraba la imponente mole de la enorme basílica Lateranensis, cuando de un estrecho callejón surgieron, como demonios enloquecidos, un centenar de godos que se habían adelantado a su propia vanguardia, ávidos del botín que les aseguraba aquella rica zona residencial. Los soldados imperiales a duras penas tuvieron tiempo para organizar su defensa. Pronto, aquel sector de la vía fue un caos en el que se entremezclaban gritos de agonía, angustia y odio. En el fragor del combate, Lucio se alejó lo suficiente de Quinto para que este se viera separado de su amigo por decenas de hombres que mataban y morían. Casi sin darse cuenta, el general se vio arrinconado junto a una callejuela adyacente a la vía principal. Pudo deshacerse de uno de los godos que, torpemente, intentó abalanzarse sin protección alguna contra el que, por la apariencia, tenía el aspecto de ser un importante personaje. Quinto consiguió ensartar su espada en el pecho de su oponente, pero no pudo evitar que, aprovechando que el arma aún se encontraba clavada en el cuerpo de su enemigo, otro soldado levantara en alto su espada dispuesto a dirigir un golpe mortal sobre el general. No pudo hacerlo. Por unos instantes quedó como paralizado en su movimiento, abrió los ojos desmesuradamente y al tiempo que torcía su gesto en un rictus que deformó su cara se desplomó en el pavimento, mientras quien le había asestado aquel

golpe por la espalda observaba, tranquilo, la escena. Quinto miró a su salvador con asombro.

—¿Clodius? —preguntó, con una mezcla de alivio y de sorpresa.

—Mi general… —contestó una voz fría, al tiempo que avanzaba unos pasos, saliendo de la oscuridad.

—¿Qué haces aquí, Clodius? ¿No debías estar a cargo de la protección de Gala Placidia? ¿Qué ha ocurrido?

—Demasiado tarde para ella. —El tono de la respuesta, excesivamente duro, incluso para un hombre como Clodius, habitualmente poco expresivo, sorprendió a Quinto.

—¿Demasiado tarde? —Miró al antiguo *limitaneus;* este se acercó un paso más—. ¿Por qué demasiado tarde?

No pudo continuar preguntando. Sintió de repente un frío helador en su costado izquierdo. El filo de la espada que portaba Clodius se abrió paso en su cuerpo mientras el burgundio abrazaba la espalda de Quinto con el brazo que tenía libre, sujetando con fuerza, entre tanto, la empuñadura de su arma. Tardó unos segundos en extraerla y, cuando lo hizo, el cuerpo del general se tambaleó hasta caer contra el muro del edificio contiguo, sobre el que su espalda fue dibujando un reguero de sangre mientras se arrastraba hasta el suelo. Quinto tanteó su herida con la mano. La sangre, que manaba en abundancia, le anunció que aquel iba a ser su final. Miró fijamente a Clodius, que asistía a su agonía con aparente indiferencia. Intentó hablar, pero las palabras apenas resultaban audibles. Clodius se aproximó para escucharlo.

—¿Por qué? —balbució Quinto—. ¿Por qué, Clodius?

—No hay un por qué. No siempre tiene que haberlo, general —comenzó a contestar—. Es mi trabajo.

Quinto escupió sangre en un estertor que anunciaba la proximidad de la muerte. Aún tuvo fuerzas para preguntar:

—¿Tu trabajo? ¿Para quién?

—Juvenus —dijo, mirando fijamente a Quinto—. Siempre ha sido así. Desde el principio. Ya desde los tiempos de Augusta Treverorum, cuando yo no era más que un simple *limitaneus,* arrinconado por mi procedencia en un fuerte de mala muerte, ya colaboraba con él en sus negocios a lo largo de la frontera del Rhenus. Conseguía contactos y obtenía buenos precios para las pieles y otros productos, cuyo comercio luego él monopolizaba. Más tarde vino la guerra y me vi atrapado por aquel sorprendente ataque bárbaro. Lo cierto es que no tenía ninguna necesidad de morir allí, en aquella tierra helada e inhóspita.

—¿El fuerte? —preguntó Quinto en un hilo de voz.

—El fuerte, sí. Aquellas ruinas en las que me encontrasteis. La verdad es que no pensaba que nadie sobreviviría a la gran batalla que

comandaste. Pero aparecisteis vosotros. No lo esperaba. Al menos, después de que salvara mi vida abriendo desde dentro las puertas para que aquellos bárbaros acabaran con su tarea cuanto antes y se alejaran de allí. No me costó convencerlos de mi buena voluntad —sonrió—. Luego vi en ti la posibilidad de acercarme a Italia.

—¡Canalla!

—¿Canalla? Recuerda, general, que yo fui quien te curó de tus heridas. Sin mí, no habrías sobrevivido. No tenía nada contra ti. De hecho, aún ahora tampoco albergo odio o rencor. Podría decirse incluso que te profeso cierta admiración por tu constancia… y tu buen gusto.

—¡Licia! —exclamó Quinto.

No podía pronunciar más palabras. En sus ojos se adivinaba un odio incontenible que lo ayudaba, sin embargo, a mantenerse con vida.

—No te preocupes, general. Nada le ocurrirá a tu amada Licia. No, al menos, de mi mano. Lo cierto es que ella es precisamente la causa del encargo que me ha llevado de nuevo hasta ti. Juvenus; siempre él. Un hombre extraño. Hábil para los negocios, taimado y celoso. No jugaba a tu favor tu amistad con Estilicón, desde luego. Tuvo que escapar de Rávena, acusado de cobardía tras el saqueo de Augusta Treverorum, y Olimpius aprovechó la circunstancia para introducir a su peón en Roma. Luego lo utilizó también Flavio Constancio. Podría decirse, sin embargo, que esa amistad inconveniente no ha sido la razón principal de tu muerte. ¿Quién se acuerda de Estilicón, a estas alturas? Y yo siempre cumplo mis compromisos… cuando me pagan por adoptarlos.

»Lejos queda ya la muerte del senador Marco Fulvio. Ese trabajo sí fue un encargo político. Y fue fácil, aunque no me proporcionó ningún placer. Creo que era un buen hombre. Lástima que eligiera el bando equivocado. También el robo del oro. Todavía hoy me asombro de que creyeras mi inverosímil historia. Vuestra confianza en mí facilitó mi trabajo, y así el comandante de aquella tropa pudo seguir mis instrucciones, que eran las de Juvenus, desde luego. Yo elegí el lugar donde habríamos de acampar. Por supuesto, previamente convenido con el jefe de aquellos soldados imperiales, todos ellos a las órdenes de Olimpius. Aún me sorprende tu ingenuidad, general.

—¿Y Roma? —Quinto sintió que lo abandonaban las fuerzas repentinamente. Su rostro estaba cada vez más pálido.

—¡Ah! ¡Roma! La política de Rávena es cruel, mi general. No te sorprenderá entonces saber que yo he liberado a los esclavos godos. Un acto de magnanimidad, en cualquier caso. Pero ellos fueron los que eligieron qué puerta abrir, si te sirve de consuelo. Un buen encargo, el último, me temo, por un gran precio. —Sonrió cínicamente

y se levantó. Quinto agonizaba.

—Lamento despedirme, mi general. En otra época, en otro momento, quizás hubiéramos podido ser amigos y esto no habría ocurrido. Has tenido una vida intensa, no obstante. No te lamentes. La muerte siempre nos alcanza a todos.

Quinto abrió los ojos y extravió de repente su mirada, fija en un punto inconcreto. De sus labios surgieron, débiles, acompañando a los últimos estertores, las palabras que, a las puertas de la oscuridad, quedan vivas en el alma de quienes las escuchan.

—Mis hombres…, mis soldados…, Licia…

Pero allí ya no había nadie que las escuchara.

Fueron tres días. Tres días en los que Roma sufrió el saqueo desordenado y brutal de unas tropas victoriosas que, sin embargo, respetaron la integridad de la mayor parte de los edificios, cumpliendo la orden impartida por su rey en consideración a la misma fe cristiana compartida entre vencedores y vencidos. Las iglesias y basílicas resultaron ser refugio efectivo de miles de ciudadanos que, impotentes ante la desposesión de sus propiedades, aguardaron a que el ansia de botín amainara y regresara el mínimo orden que les permitiera regresar a sus viviendas, recuperando en la medida de lo posible el pulso vital de una ciudad herida de muerte. Pasado el período en el que el caos se adueñó de las calles, Alarico hizo su entrada en la antigua capital imperial. Contempló en silencio, junto a su séquito, los rescoldos del edificio del Senado, aún humeantes. A nadie se le escapaba el simbolismo de aquella destrucción, y no fueron pocos los que en su fuero interno celebraron la desaparición de aquel órgano de gobierno elitista y arcaico.

El rey prosiguió su visita, accediendo a los palacios imperiales. Allí, escoltada por un fuerte contingente, permanecía presa la hermana de Honorio, Gala Placidia, y Alarico pudo admirar en persona la belleza de la que todo el mundo hablaba. Gala conservó una actitud de dignidad, sabedora de lo valioso de su condición. El rey no tenía intención alguna de permanecer en Roma, pero quedó claro desde el comienzo de aquella entrevista que Gala acompañaría a los godos en su futuro viaje. Resultaba una baza fundamental con la que negociar con Rávena o, incluso, una atractiva opción para emparentar ambas casas y buscar en una futura descendencia la legitimidad dinástica que permitiera el acceso de Alarico a la posición preeminente en el Imperio que tanto tiempo venía persiguiendo.

El rey culminó su visita dirigiéndose a la basílica Lateranensis. Había respetado la de San Pablo extramuros y ahora pretendía

agradecer su victoria orando en el gran templo capitalino fundado por Constantino I. Mientras el cortejo de Alarico desfilaba parsimonioso hacia la inmensa mole de tres naves, algo llamó la atención del rey en la explanada presidida por los tres grandes arcos de entrada del imponente edificio. A un lado, se apilaban los cadáveres de los soldados imperiales que habían muerto en un último intento de resistencia. Separado del resto, uno de los cuerpos aún vestía una labrada coraza manchada de sangre que indicaba el elevado rango de quien allí yacía, expuesto al calor tórrido del verano del Lacio y a la indiferencia de los hombres. Alarico se separó del cortejo y se acercó al cuerpo. Desmontó con agilidad y observó con tristeza el rostro de Quinto, cubierto por el color blanquecino de la muerte. Tras unos momentos de reflexión, a un gesto acudieron varios de sus soldados.

—Es Quinto Flavio, general de Roma. Yo lo conocí —dijo, señalándolo con cierta emoción contenida—. Era un hombre digno y un adversario valiente. El comandante de esta guarnición no merece que su cuerpo sea abandonado en la vía pública. Introducidlo en la basílica.

Los soldados de Alarico no tardaron en cumplir las órdenes de su señor. Así, acompañado por una escolta de guerreros contra los que poco antes había combatido, el cuerpo de Quinto, cubierto su rostro con una improvisada mortaja, fue introducido en el templo en medio de un profundo silencio. En el interior aún se agrupaban cientos de ciudadanos, conscientes de la protección que les brindaba el carácter sagrado del edificio, temerosos aún de regresar a sus casas. Entre ellos estaba Licia, quien distinguió al instante la armadura y la capa roja del hombre al que había visto con vida por última vez hacía tres días. Sintió cómo Marcia apretaba su mano con fuerza, intentando ayudarla a sobreponerse ante la constatación de que la muerte le había arrebatado con crueldad al ser amado. Había mantenido la esperanza de que hubiera podido huir, de que aún les correspondería la recompensa de poder gozar de días y noches en compañía el uno del otro. Pero allí estaba una vez más la realidad, golpeándola con toda su crudeza. Se desasió de la mano que se aferraba a ella y caminó, sola, al encuentro de la comitiva. Con un gesto, Alarico contuvo a sus hombres e indicó que permitieran a Licia aproximarse. Los soldados depositaron el cuerpo en el mármol que cubría la nave central y todas las miradas convergieron en aquel punto, mientras aquella valiente mujer se arrodillaba junto a los restos de quien en vida amó y por quien fue amada. Habló en un susurro y nadie pudo escuchar lo que dijo, pero de alguna manera, perdidas en el aire que envolvía las columnas del templo, quedaron allí las palabras que acompañarían a Quinto en su viaje.

—Ya has vuelto, soldado, y permanecerás vivo en mí para siempre.

Epílogo

476 d. C.

El anciano recorre con paso vacilante las abandonadas calles de Augusta Treverorum. Nada queda ya del pasado esplendor de aquella ciudad que fue protagonista de las historias de su infancia. La nieve del invierno cubre los edificios ruinosos, mientras sus pies, envueltos en varias tiras de harapos que los protegen del intenso frío, van dejando sus huellas sobre el blanco manto. Le pesa la alforja que porta cruzada a la espalda y se apoya en un bastón que pudo haber sido una antigua lanza. Se encamina, por el viejo *cardo,* hacia la plaza que una vez fue el foro principal de aquella ciudad moribunda, y, pese a su cansancio, su rostro refleja la determinación de quien está dispuesto a culminar el largo viaje y cumplir con su designio.

Las piedras ya no sostienen las techumbres de las *tabernae* arruinadas y convertidas en miserables viviendas que ahora solamente habitan unos pocos cientos de hombres y mujeres. La vida se detuvo aquí hace muchos años, y Marco Quinto Flavio lo sabe. Sabe también que fue en este lugar donde comenzó todo; donde tuvo su origen lo que él ha llegado a ser, donde se forjó la razón de su existencia. Observa ahora la enorme plaza invadida por la vegetación muerta del invierno, crecida al amparo de las grietas de lo que una vez fue orgullo arquitectónico, y se acerca a una columna que permanece erguida, desafiando el paso de los años. Y acaricia con su mano el fuste en cuya superficie permanecen grabadas palabras que el viento no ha podido llevarse. Llaman su atención unas letras talladas de forma tosca por alguna mano anónima e intenta leerlas, aproximando sus ojos cansados. Escritas permanecen, formando una frase en un poco elaborado latín: *«Memento mori, gaude vita»* («Recuerda que eres mortal, alégrate por la vida»). Las iniciales son más fuertes y resaltan sobre el resto, formando unas siglas que presiden la sentencia a modo de símbolo imperecedero grabado en la piedra: *«mmgv».*

El viejo sonríe con tristeza. No sabe si ha agradecido la vida que ha llevado o si se ha alegrado suficientemente por ella, pero tiene la certeza de que, aunque morirá pronto, al menos sí ha vivido. Ya no existe el Imperio de Occidente. El último de los emperadores, el niño Rómulo Augústulo, ha cerrado el largo ciclo de la historia de Roma tras su destitución. Nada queda, salvo los recuerdos reflejados en las

piedras que yacen arruinadas. Pero él ha sido parte de esa historia y también conserva esa memoria, que no solo pertenece a los escombros olvidados. Se arrodilla con dificultad, mientras el temporal arrecia y de su alforja saca unos objetos envueltos en un viejo paño que extiende sobre la nieve. Con una espada mellada que desenvaina de su funda con gran trabajo excava un pequeño agujero en la tierra al pie de la columna y en su interior deposita aquello que ha traído hasta esta ciudad para que muera con ella. Y allí, en el lugar en el que se conocieron, entierra, cubriendo con delicadeza la pequeña ofrenda, el viejo puñal de su padre, Quinto Flavio, y el broche que un día perteneció a su madre, Licia Fulvio, al tiempo que llora rememorando las palabras de un hombre al que no llegó a conocer y la historia de la mujer que le dio la vida, que, ahora sí, puede terminar al fin.

Ite liber est

En Getxo, Zahara y Las Bordas, a 22 de agosto de 2017

Nota aclaratoria sobre la identificación de la cronología

Como el atento y avisado lector habrá podido observar, he utilizado para señalar los años en los que transcurre la acción de la novela la habitual de la denominada era cristiana (*anno Domini,* A. D.), es decir, desde el nacimiento de Cristo. Sin duda, es la cronología a la que estamos acostumbrados y es la usada en todos los libros y manuales. Sin embargo, la realidad histórica es que este cómputo no comenzó a utilizarse de forma generalizada hasta el reinado de Carlomagno (siglos VIII-IX), teniendo en cuenta, además, que había sido calculado anteriormente por un monje, Dionisio el Exiguo, en el siglo VI, muy posteriormente al tiempo en el que transcurren los hechos de esta novela. En el siglo V, sin embargo, seguía en vigor el sistema cronológico que databa los hechos *ab urbe condita,* es decir, desde la fundación de Roma. Este evento, sin comprobar científicamente, se situaba en el año 753 a. C., con lo que el año 1 de la era cristiana equivaldría al año 754 *ab urbe condita.* Así, el año 406 d. C. sería el 1159 *ab urbe condita.* Realmente, y en la práctica, las dataciones se llevaban a efecto en relación con los consulados («en el tercer consulado de…») u otras magistraturas. En fechas posteriores a las que se narran en el presente volumen, incluso en Hispania se adoptó el cómputo de la denominada era hispánica, que empezaba su datación en el año 38 a. C., y fue el sistema adoptado por el reino visigodo y pervivió en los reinos de Castilla y Aragón hasta el siglo XIV y en Navarra hasta el siglo XV. Aun cuando modestamente he pretendido que la narración ubicara al lector en la época utilizando expresiones latinas de uso común en aquel tiempo, no me ha parecido prudente incluir el sistema de cómputo que realmente sería el correcto conforme a lo expuesto. Creo que debe primar la claridad en este punto, frente a un intento de precisión quizás artificial que incluso podría llegar a aparecer como indeseado ejercicio de pedantería por mi parte, opinión que espero que el amable lector no desarrolle con la lectura de la novela.

Breve nota bibliográfica

Afrontar el reto de escribir una novela desde la bisoñez de un autor novato requiere grandes dosis de humildad y el convencimiento de que la tarea que se acomete ni es sencilla ni debe culminar en un trabajo superfluo o frívolo que aburra o incomode al lector que generosamente aborda su lectura. En una novela ambientada en una época histórica concreta tales retos son, quizás, aún mayores, puesto que a la verosimilitud de lo narrado debe añadirse la necesaria corrección de los datos históricos que envuelven la trama y que son el escenario en el que los personajes viven, aman y mueren. Para ello, resulta absolutamente imprescindible para el autor intentar sumergirse en el caudal de información que los grandes historiadores del pasado y del presente ponen a su disposición a través de obras que han nacido tras largos años de investigación y duro trabajo. Recabar esa información precisa, ante todo, de tiempo, pero, sobre todo, de una enorme curiosidad. Curiosidad por conocer y aprender de quienes pusieron toda su sabiduría a nuestra disposición, al objeto de que pudiéramos entender el mundo de quienes nos precedieron y, en el caso de Roma, de quienes influyeron en nuestra forma de ser y de actuar como europeos hasta límites que aún hoy en día nos siguen pareciendo increíbles. Esa información está a nuestro alcance para ayudarnos en nuestro propio conocimiento, como habitantes de este continente históricamente castigado por el conflicto y como herederos de aquellos hombres y mujeres que forjaron lo que hoy somos. Y está a nuestra disposición gracias al trabajo de grandes autores. He tratado a lo largo de mi vida de aprender de cuantos pudieran enseñarme, y en esa búsqueda conseguí enamorarme del mundo de la antigua Roma. Sin esos autores, parte de mí se encontraría incompleta. Sin ellos, nunca habría podido acometer el atrevido reto de intentar crear una historia dentro de la historia. Solamente la generosidad de los lectores y su indulgencia podrán ayudar a decidir si al menos en una pequeña parte he conseguido tal objetivo.

No hay referencia bibliográfica sobre la caída del Imperio Romano de Occidente que no mencione al gran historiador británico Edward Gibbon, quien en el siglo XVIII acometió la monumental tarea de redactar una obra imprescindible y pionera: *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano.* De lectura amenísima, sin embargo, opino, desde la más absoluta humildad, que sus tesis sobre tal acontecimiento

han sido superadas en la actualidad. *Los cristianos y la caída de Roma,* del mismo autor, es también una obra amena y controvertida, influida, sin duda, en su radicalismo apasionado y provocador por el espíritu de la Ilustración. Imprescindible para entender, a mi juicio desde una óptica más moderna y rompedora —pero también lógica—, el rápido desmoronamiento de aquel imperio resulta la magnífica obra del también británico Peter Heather *La caída del Imperio romano* (Crítica). Sus tesis son las que personalmente más me han convencido, y he pretendido basarme en su visión de aquellos acontecimientos, rigurosa, acreditada y de amenísima descripción, para ambientar los hechos narrados en esta novela. En la misma línea investigadora que la desarrollada por Heather, *La caída de Roma y el fin de la civilización,* de Bryan Ward-Perkins (Espasa), ofrece de manera brillante y más breve una perspectiva en la que se hace mayor hincapié en el estudio de las evidencias arqueológicas para sustentar, en esencia, las mismas tesis. Nunca será bastante mi agradecimiento al profesor Javier Arce por haberme regalado como lector tres obras que he leído, también varias veces, con avidez: *El último siglo de la España romana 284-409, Bárbaros y romanos en Hispania* y *Alarico: la integración frustrada,* todos en Marcial Pons Historia. El estudio de sus magníficos libros me descubrió la figura histórica apasionante de Gerontius y me ayudó a sumergirme en las fuentes clásicas en una etapa clave que quizás la historiografía española ha tenido abandonada. La tesis doctoral de Julio Rodríguez González, *Historia de las legiones romanas,* supuso para mí un descubrimiento. De su erudición pude aprender y escoger los nombres adecuados de cada agrupación militar que se menciona en la novela. *La sociedad romana,* de Paul Veyne (Mondadori), resulta del mayor interés para comprender aspectos de la vida cotidiana que quizás me habrían pasado desapercibidos. Igualmente, el primer volumen de la excelente colección *Historia de la vida privada: del Imperio romano al año mil,* editada por Taurus y dirigida por Philippe Ariés y Georges Duby, aporta el para mí más profundo y riguroso estudio sobre la sociedad privada romana. En lo que respecta a la descripción del armamento y estructura militares de la época, creo que pocas obras habrá más completas y didácticas que *Armas de Grecia y Roma,* de Fernando Quesada Sanz (La Esfera de los Libros). *Técnicas bélicas del mundo antiguo* (Libsa), de varios autores (Anglim, Jestice, Rice, Rusch y Serrati), me aportó una visión detallada de táctica y estrategia militar que espero haber aprovechado siquiera mínimamente. La imaginación es imprescindible, pero para poder dotarla de contenido, nada mejor que el impresionante libro de acuarelas de Jean-Claude Golvin *Ciudades del mundo antiguo,* de Desperta Ferro Ediciones. Sus recreaciones, rigurosas y de una gran belleza, me han ayudado a imaginar e intentar describir —no sé si con

acierto— aquel mundo urbano, según lo que pudo haber sido. No puede entenderse Roma ni, por tanto, escribir sobre ella sin admirar y conocer siquiera los rudimentos de su aportación a la ingeniería. El libro *Ingeniería romana en Hispania. Historia y técnicas constructivas,* de Ignacio González Tascón e Isabel Velázquez (Fundación Juanelo Turriano), es, sin duda, una esencial aportación a su conocimiento, y siempre he aprendido cuando tímidamente he tratado de comprender desde una mentalidad «literaria» los grandes logros e invenciones que en él se describen y explican magistralmente. Reconozco, como ciudadano español, una enorme deuda de gratitud con quien, a través de su enorme obra divulgativa, consiguió cautivarme desde un principio y revolucionar mis antiguos conceptos sobre calzadas, topografía e ingeniería hidráulica romanas. Isaac Moreno Gallo ha sido para mí uno de esos autores que han supuesto un revulsivo en mis torpes conocimientos, con su erudición y pasión. Entre otras, y además de su activa participación en foros, documentales y páginas de internet de alto contenido científico (Traianus; Vías romanas, etc.), su obra *Vías romanas. Ingeniería y técnicas constructivas* (Ministerio de Fomento) debería ser de estudio obligatorio en las escuelas de ingeniería. Por último, no puedo evitar ofrecer mi más apasionada recomendación al paciente lector de que recurra directamente a las fuentes, a los clásicos —especialmente buenas y magníficamente documentadas las ediciones de Gredos—. El placer de la lectura es inmenso. Leer directamente lo escrito hace siglos por aquellos hombres que forjaron nuestro destino es, sin duda, la aventura más apasionante.

Glosario de términos latinos

Alae. Originariamente, las *alae* constituyeron unidades militares formadas por aliados de Roma, normalmente reclutados para completar el contingente habitual que se requería en las legiones formadas por ciudadanos. Con el tiempo, y con la extensión de la ciudadanía a todos los habitantes del imperio (212 d. C.), este concepto original se fue desdibujando y pasó a ser una denominación de uso militar que, aunque mantenía la significación preponderante de tropas formadas por no latinos, perdió a efectos prácticos su sentido real de entenderlas como tropas asociadas, estando perfectamente integradas en la estructura militar imperial.

Apodyteria. Vestuario en las instalaciones termales. Situada en las entradas de los diferentes complejos de baños, públicos o privados, disponía de pequeños nichos en la pared para depositar en ellos la ropa antes de entrar en las instalaciones propiamente dichas.

Aquilifer. Soldado legionario encargado de portar el águila, símbolo de la legión. Era considerado un gran honor, por el alto significado simbólico y religioso de la enseña, cuya pérdida era vista como una auténtica tragedia. Por ello, normalmente se asignaba el puesto a un soldado veterano y especialmente preparado. Su misión era defenderla hasta la muerte, habitualmente acompañando a la primera cohorte de cada legión y, en paradas, al comandante de la agrupación.

Arcuationes. Se denominan *arcuationes* a las arcadas de un acueducto, obra visible del mismo y que se levantaban al objeto de salvar hondonadas y otros accidentes orográficos que pudieran aparecer en el trazado. Por su vistosidad, en ocasiones y aun cuando no fuera estrictamente necesario desde un punto de vista técnico —normalmente podía ser suficiente con un sifón—, se utilizaba su construcción con efectos publicitarios de la obra e imponencia de la civilización romana —probablemente, el mejor ejemplo de este efecto propagandístico son, en España, las *arcuationes* que conforman el actual acueducto de Segovia—. Hay que tener en cuenta que, pese a que popularmente la denominación de acueducto se utiliza únicamente para designar a estas partes visibles, normalmente la mayor parte de las conducciones de agua eran subterráneas, o bien transcurrían por la superficie, pero, sin duda, no de manera tan espectacular.

Ballistae. Arma de artillería característica de las legiones. Su mecanismo se basaba en la torsión de resortes normalmente hechos con tendones

o crines retorcidas —aunque en un principio funcionaban mediante un sistema de tensión, similar a un arco— para poder disparar con fuerza y con trayectoria horizontal piedras de diferente tamaño. Con el paso del tiempo, a partir del siglo IV también se utilizó la denominación de *«ballista»* para designar normalmente una máquina lanzadora de dardos, si bien no es esta su acepción original.

Bucinatores. Legionarios encargados de transmitir mediante el soplo de bocinas de bronce las órdenes de los mandos de la legión, bien en batalla, bien en maniobra.

Caldarium. Ver *«Tepidarium»*.

Caput mundi. «La cabeza del mundo». Denominación poética o enfática para referirse a la ciudad de Roma.

Cardo. Eje longitudinal principal de la estructura viaria de una ciudad tipo romana de norte a sur.

Carroballistae. Documentadas ya en época de Trajano (siglo II), las *carroballistae* son en esencia *ballistae* de mayor tamaño, ensambladas en una estructura de madera, similar a un carro, lo cual facilitaba su rápido desplazamiento acompañando a las tropas.

Castra praetoria. Antiguo campamento de la guardia pretoriana en Roma. De carácter permanente y ubicado al noreste de la ciudad, se encontraría ya abandonado desde el siglo IV. Actualmente, en su antiguo emplazamiento se levanta la Biblioteca Nacional.

Catafractos. Caballería pesada de origen persa, cuya característica principal era la fuerte protección con cota de malla o armadura de los jinetes y caballos, lo cual la hacía lenta en la carga, pero poderosa y temible a la vez, casi invulnerable. Su uso se adoptó por las legiones en el Bajo Imperio, como tropa de élite, y fue posteriormente desarrollada y perfeccionada por el Imperio bizantino, con la adopción del estribo.

Clientes. En el sentido de la época, define al grupo de personas que de alguna manera —negocios, protección, influencia— dependían de un potentado romano. Normalmente, acudían a la residencia de este para cumplimentarlo o cerrar tratos o negocios con él y usualmente eran recibidos en el *oecus* de la villa.

Comes. Conde. En el Bajo Imperio, se trata de un cargo de confianza, generalmente nombrado por el emperador, al que se le atribuían, en el complejo entramado burocrático de los siglos IV y V, diversas funciones y responsabilidades. Un puesto, sin duda, elevado desde el que desarrollar cumplidamente un adecuado *cursus honorum.*

Comitatenses. Unidades militares móviles que vienen a sustituir como unidad operativa básica a las legiones acantonadas en sus campamentos. Creadas a partir de las reformas militares operadas a finales del siglo III d. C. y desarrolladas, sobre todo, en el siglo IV, los *comitatenses* forman agrupaciones legionarias ubicadas en las cercanías

de las grandes capitales, pero con vocación de ser desplazadas rápidamente al lugar en el que se necesitara la presencia de una fuerza poderosa y de superior eficacia militar que las tropas de *limitanei* asentadas de manera permanente a lo largo de las fronteras. Las legiones, entendidas en el sentido clásico de su interpretación, no desaparecen —siguen existiendo, pero ya sin numeración, designadas únicamente con un nombre identificativo—, sino que pasan a conformar las más grandes unidades de *comitatenses,* con un concepto estratégico diferente del que mantenían hasta entonces las diversas agrupaciones legionarias.

***Conventus*.** Podría definirse como el área geográfica delimitada de forma no tan precisa como una provincia, que abarcaba la jurisdicción de los tribunales con sede en una ciudad, a la que debía acudir el ciudadano para resolver sus pleitos. Las capitales de *conventus* disponían de edificios públicos, denominados basílicas, en los cuales se celebraban los citados juicios. Clunia fue capital de *conventus* y hoy en día impresiona contemplar las basas de las grandes columnas que soportaban la estructura de la basílica ubicada en el imponente foro de la ciudad, resaltando así la importancia de la urbe. Aunque no resulte una equivalencia del todo exacta, podría asimilarse a los actuales distritos judiciales.

Crismón. Monograma que representa, entrecruzadas, las iniciales de Cristo —las letras griegas X y P entrelazadas, en ocasiones sustituida la P por la T, formando una cruz—. Desde Constantino I, el crismón solía representarse de forma habitual en los escudos de los legionarios como símbolo representativo de la que terminaría siendo la religión oficial del Imperio.

Curia Julia. Se trata de una de las denominaciones que se utilizaron para designar el edificio en el que se reunía el Senado en Roma, ubicado en el antiguo foro.

Curia. En la época imperial, la curia identificaba tanto a cualquier edificio que tuviera funciones oficiales como al colectivo de miembros que componían el Gobierno —curiales—, o bien de un municipio o, en el caso más alto, el propio Senado.

***Cursus honorum*.** Expresión oficial que se utilizaba para designar la carrera política de un ciudadano romano, que podía principiar en lo más bajo del escalafón —dependiendo de la clase social a la que perteneciera el ciudadano— hasta acabar en lo más alto. Normalmente, cada clase social tenía su correspondiente trayectoria ya diseñada, conforme a su «estatus». Con el paso del tiempo —especialmente, desde la profunda reforma administrativa en tiempos de Diocleciano— la cantidad y variedad de cargos públicos a los que se podía acceder en el desarrollo del *cursus honorum* fue aumentando conforme se perfeccionaba y se complicaba la enorme administración

creada a partir de comienzos del siglo IV d. C.

Cursus publicus. Ver *«Mansio»*.

Decumanus. Eje longitudinal principal de la estructura viaria de una ciudad-tipo romana, de este a oeste.

Defensor civitatis. Cargo que aparece en la *Notitia dignitatum,* relación extensa de los cargos administrativos existentes en el Bajo Imperio, a partir de la reforma de Diocleciano. Probablemente, una especie de alcalde de una población pequeña.

***Diocesis Hispaniarum*.** La división administrativa promovida en tiempos de Diocleciano en el año 298 d. C. reorganizó la disposición territorial del Imperio, sustituyendo el antiguo sistema de provincias. Así, las que se correspondían a la Hispania romana, junto con la Tingitana (norte de África occidental), conformaron la *Diocesis Hispaniarum,* con capital en Augusta Emerita, residencia del vicario, cargo de nombramiento directo imperial y máxima jerarquía administrativa de la diócesis. Se mantuvieron las delimitaciones de las antiguas provincias de Lusitania y Bética, pero de la Tarraconensis se desgajaron dos más, Gallaecia y Cartaginense, de la cual igualmente se separó la provincia Baleárica. Junto con la Mauritania Tingitana, en total, la diócesis se formó con las siete provincias mencionadas. Una peculiaridad de la *Diocesis Hispaniarum* fue la de estar escasamente defendida por tropas regulares, dado su relativo alejamiento de las fronteras más peligrosas del imperio. Casi con seguridad, las informaciones que contiene la *Notitia dignitatum* relativas al establecimiento de determinadas fuerzas militares en la *Diocesis Hispaniarum* se corresponden más con deseos o previsiones teóricas que con la realidad.

Domus. Casa típica romana, normalmente perteneciente a ciudadanos acomodados. A diferencia de las viviendas ubicadas en altura (pisos en bloques, *insulae*), una *domus* hace referencia a una casa de una o dos plantas, que de forma habitual incluiría un atrio de entrada, un patio con peristilo de columnas que lo rodeaba y diferentes estancias alrededor de ese patio porticado. En las *domus* más pudientes, era habitual la decoración de los suelos con mosaicos e incluso la calefacción por medio de hipocaustos. Las grandes villas agrícolas del siglo IV d. C. son el ejemplo más espectacular de *domus* romana.

Draco. Figura de origen bárbaro, con forma de cabeza de dragón en cobre o bronce a la que se cosía un tubo de tela que semejaba su cuerpo en movimiento. Remataba un asta portada por un *signifer* y que, a modo de estandarte, se utilizó, sobre todo, en el Bajo Imperio para identificar a las agrupaciones de caballería —posteriormente, bien entrado el siglo IV, también a la infantería—. Normalmente, tenían una abertura por la que penetraba el viento, produciendo un sonido que debía impresionar o, en su caso, enardecer a las tropas.

Emporium. Conjunto de instalaciones portuarias fluviales de la

ciudad de Roma, ubicadas mayoritariamente en el barrio romano del Aventino. A ellas llegaban las mercancías tras remontar el curso del Tíber hasta la ciudad, donde eran desembarcadas y almacenadas.

Escorpión. Arma de artillería que mediante un sistema de torsión de tendones o crines de caballo, sobre unos marcos de madera, formaba potentes resortes, que, tensados mediante tornos, arrojaba dardos de gran tamaño a una gran velocidad y distancia.

***Gladius*.** Espada corta y ligera, de doble filo, basada en el *gladius hispaniensis,* típica de las legiones romanas, donde durante siglos fue el arma oficial de la infantería. Probablemente ya anticuada a finales del siglo IV d. C., época en la que se optaba por espadas más largas y pesadas.

Hipocausto. Es la zona ubicada bajo los suelos de determinadas habitaciones, bien privadas, bien en termas públicas, por la que circulaba el aire caliente impulsado normalmente por fuelles desde cubículos, también subterráneos, donde se instalaban las calderas situadas específicamente para tal fin. El aire caliente, ascendente, calentaba los suelos bajo los cuales se encontraba el hipocausto, cuya estructura normalmente estaba formada por pequeñas columnas y arquerías de ladrillo que sustentaban las superficies que calentaban. Un auténtico sistema de calefacción, al alcance de propietarios acaudalados y cuyos restos pueden encontrarse en multitud de villas rurales e instalaciones termales a lo largo de todo el imperio. En España, este sistema pervivió en muchas de las zonas rurales mesetarias hasta bien entrada la edad contemporánea.

***Honestiores*.** En oposición a *humiliores* —clases bajas de campesinos, artesanos, etc.—, los *honestiores* serían las clases sociales superiores, normalmente relacionadas con posesión de cargos y dinero.

***Honoriacii*.** Tropas bárbaras reclutadas al servicio de Constantino III, usurpador levantado en armas contra el emperador Honorio, en el siglo V d. C. Probablemente utilizadas por su general Gerontius en su lucha para someter a los partidarios del emperador legítimo en la *Diocesis Hispaniarum,* fueron designadas para vigilar los pasos fronterizos del Pirineo en sustitución de las tropas locales que habitualmente llevaban a cabo esa función. A su amparo y quizás por un pacto establecido con el propio Gerontius, vándalos alanos y suevos cruzaron a la península en el 409 d. C.

***Impluvium*.** Pequeño estanque de agua ubicado normalmente en los atrios de las *domus* romanas. Habitualmente, de forma rectangular y no muy profundos, servían para recoger el agua de lluvia que caía de los tejados y desviarla en caso de necesidad a pequeñas cisternas.

Lanista. Persona encargada de formar gladiadores.

***Limes*.** Frontera del Imperio. Normalmente, delimitada, o bien por características geográficas —en el caso del presente libro y de forma

habitual, el curso del Rin, pero también el Danubio en el Imperio oriental—, o bien por construcciones específicamente diseñadas para ello —el muro de Adriano, al norte de Bretaña—.

Limitanei. Tropas de guarnición acantonadas en las fronteras *(limes)* del Imperio. Creadas tras las reformas de Diocleciano, a partir de mediados del siglo IV d. C. se convierten en las unidades habituales de contención, control y policía en los límites fronterizos. Debido a su asentamiento fijo en fortificaciones, lo que los hacía propensos a la comunicación con poblaciones y a desarrollar un carácter sedentario, fueron consideradas como tropas de inferior calidad que las agrupaciones móviles denominadas *comitatenses.*

Macellum. Estructura específicamente destinada a mercado, normalmente ubicada cerca del foro. Es difícil encontrar en la actualidad restos arqueológicos de este tipo de edificios. Un buen y raro ejemplo de ello se puede visitar actualmente en España en las ruinas de Baelo Claudia (Bolonia, Cádiz).

Magister militum. Cargo militar creado tras las reformas ordenadas en tiempos de Diocleciano (finales del siglo III d. C.), que venía a designar una especie de mando supremo militar único, con fuerte ascendencia, por tanto, sobre el emperador reinante en cada momento. Posteriormente, y para dotar al cargo de una mayor eficacia, se aceptó la designación de uno o varios *magister militum praesentialis,* sometidos a su mando, que desarrollaban su cometido en una zona más específica, de mayor cercanía a las necesidades militares de cada momento.

Magister militum praesentialis. Ver nota anterior.

Magister officiorum. Cargo máximo de la Administración imperial, creado a partir del siglo IV d. C. Fruto de la complejidad que fue signo característico de la organización de la administración en el Bajo Imperio, el *magister officiorum* venía a ser la cúspide, solo por debajo del propio emperador, del organigrama de la Administración civil, resultando una especie de canciller del que dependían los restantes cargos —aunque también era el responsable de proveer armamento a las tropas, ordenando su adquisición o fabricación—. En el siglo V llegó a existir, dependiente jerárquicamente del principal *magister officiorum* con sede en Rávena, un *magister officiorum* en cada diócesis con las mismas funciones, pero con poder solamente sobre su jurisdicción geográfica concreta.

Mansio. Establecimiento similar a una posada que se ubicaba en el trazado de las calzadas y que ofrecía alojamiento y comidas a quienes transitaban por ellas, así como forraje para las monturas. Se desconoce la distancia exacta a la que se encontraban una de otra, pero es usual admitir, por las excavaciones realizadas, que cada *mansio,* en las rutas más transitadas, podía situarse a una distancia de hasta más de

dieciocho millas una de otra —normalmente, unas veinte millas romanas aproximadamente—, entendiéndose esta distancia como la que podía alcanzar un hombre a pie en cada jornada. Las *mansiones* tenían también asignado el importante papel de mantener caballerías frescas para atender las necesidades de viaje del *cursus publicus* —viajeros en misión oficial, que llegaban a las *mansiones* y cambiaban sus monturas agotadas por nuevos caballos descansados para continuar su camino con rapidez y sin interrupciones—.

Natatio. Piscina de agua fría normalmente de grandes dimensiones, en ocasiones exterior y en otras interior, característica de las instalaciones termales, donde empezaba y en su caso terminaba el recorrido habitual de baños.

Oecus. Estancia principal en una villa, en la cual el señor de la *domus* recibía normalmente a su clientela. Habitualmente, el tamaño del *oecus* era mayor que el del resto de las dependencias, y el mobiliario era normalmente escaso, probablemente para resaltar la presencia del dueño, presidiendo las reuniones desde su sitial, ubicado en lugar preferencial. Era frecuente que estuviera decorada por los mejores y más elaborados mosaicos de la *domus* (un buen ejemplo de ello es el *oecus* de la Villa de la Olmeda, en Palencia).

Opus caementicium. Dentro de las técnicas constructivas utilizadas por los romanos, el *opus caementicium* vendría a ser similar al actual hormigón. Utilizando la mezcla de agua, cal y diversos áridos de mayor o menor densidad o peso dependiendo del tipo de estructura, la masa resultante se vertía en un encofrado de madera, donde fraguaba y se solidificaba, resultando una estructura sólida y duradera de aplicación generalizada en todo tipo de construcciones.

Orchestra. Espacio semicircular ubicado al pie de la escena en un teatro romano y en el cual se hallaban situados los asientos de los dignatarios de la localidad. En la *orchestra* actuaban los coros y se llevaban a cabo las danzas que acompañaban el curso de la función.

Pars urbana. En contraposición a la *pars rustica,* sería la parte de una vivienda romana destinada al acomodo de los dueños (dormitorios, *triclinium,* etc.). En definitiva, el área residencial de una villa.

Pilum. Lanza arrojadiza de aproximadamente diez pies de longitud que formaba parte del equipamiento básico del legionario romano. En ocasiones dotada de un pequeño contrapeso para alcanzar mayor velocidad en su caída tras ser arrojada, el *pilum* ya se encontraba en desuso como arma reglamentaria a comienzos el siglo V y únicamente se ha detectado su utilización entre algunas de las unidades de *limitanei.*

Porta Praetoria. La puerta principal de acceso al *praetorium,* que es el edificio en el que en una fortificación o campamento romano se ubica el cuartel general o sede de mando.

Portus. Desbordada la capacidad de las instalaciones portuarias de Ostia, en la desembocadura del Tíber, en tiempos del emperador Claudio (10 al 54 d. C.) y por su iniciativa, se comenzaron las obras de un puerto exterior que diera a Roma la capacidad de embarque que su desarrollo y población necesitaban. El puerto de Claudio, consistente en una enorme dársena protegida por dos largos muelles, pronto se vio incapaz de contener la furia del mar. Fue en época de Trajano cuando se construyó el enorme complejo portuario que se conoció como Portus. Provisto de dársenas interiores —especialmente, una enorme dársena octogonal que aún hoy pervive—, las instalaciones de Portus estaban comunicadas con el Tíber a través de un canal, lo que facilitaba el tránsito de las mercancías descargadas en el puerto y su transporte hasta Roma. Actualmente, sobre los sedimentos que el Tíber ha ido arrojando al mar gran parte de las antiguas instalaciones se encuentran cubiertas por el aeropuerto de Fiumicino.

***Praefectus legionis*.** Oficial con mando supremo sobre una legión o sobre las tropas cuya dirección expresamente se le encomendara.

Pronaos. Atrio o pórtico de un templo, que precede a la naos o nave principal del edificio. Normalmente, supone la fachada columnada del edificio.

***Signifer*.** Soldado portaestandarte.

Solidi (o *solidus,* en sing.). Moneda de oro de origen bizantino que en el siglo IV d. C. vino a sustituir en el Imperio occidental al áureo, si bien ambas denominaciones coexistieron para designar el mismo tipo de moneda. La densidad de oro en la aleación variaba, dependiendo de la época o de las acuñaciones, pero, sin duda, era la moneda de curso legal de mayor valor.

***Summa cavea*.** La parte superior del graderío de un teatro romano y, por tanto, la más alejada de la escena. En la *summa cavea* se acomodaban los individuos menos pudientes de la ciudad, reservándose la *ima cavea,* junto a la *orchestra,* y en la parte inferior para los más adinerados o poderosos. Entre ambas, la *media cavea.*

***Tabernae*.** Locales destinados al comercio o a alimentación, normalmente ubicados en los bajos de los edificios de viviendas o en los foros de las poblaciones. Con apertura directa hacia las calles y espacios públicos, de manera que se pudieran exhibir los productos a la venta, también disponían de una parte destinada a almacén o, incluso, en una segunda planta, la propia vivienda del comerciante.

***Tepidarium*.** Sala templada en las termas. Como parte del ciclo de baños de las instalaciones termales, el *tepidarium* resultaba el paso intermedio entre el *frigidarium* —con piscinas de agua fría, en la que en ocasiones se podía incluir una *natatio,* de tamaño más grande— y el *caldarium,* sala en la que la temperatura se elevaba mediante el uso de aire caliente en suelos y paredes, y de calderas que a su vez

suministraban el agua para las pequeñas bañeras o piscinas ubicadas en esa zona específica.
Tonsor. Barbero.
Triclinium. Estancia de una casa romana destinada a comedor. Es de destacar su función social en la vida cotidiana de un hogar romano, toda vez que las comidas eran consideradas un importante momento de reunión. Los romanos comían habitualmente recostados en divanes cuyas cabeceras se orientaban hacia un centro en el cual se depositaban los alimentos, a los cuales accedían los comensales con la mano desde sus reclinatorios.
Turma. Unidad de caballería legionaria de no más de treinta jinetes, que adoptaba la forma de escuadrón, normalmente destacado en misiones de exploración o patrulla.
Vae victis. Expresión latina de lamento o advertencia, cuyo significado podría ser «¡Ay de los vencidos!», previendo las consecuencias siempre negativas para el derrotado.
Vallum. Fortificación tipo de un campamento romano, formada por un terraplén, foso y cercado de madera.
Vexillatio. Unidad militar de no más de mil hombres que podía funcionar como parte integrante de una legión o como unidad independiente con una función específica —sobre todo, en la época bajoimperial. Por ejemplo: *vexillatio* de la guardia imperial—. Cada unidad se distinguía por un *vexillum* o estandarte característico que la identificaba.
Vexillum. Estandarte o bandera de tela —normalmente, reducida y de color rojo— colgada de una varilla sujeta horizontalmente a la punta de una lanza. Servía para identificar la unidad o el destacamento al que pertenecía —en el Bajo Imperio: *vexillatio*—. Igualmente se utilizaba como indicador de señales en la batalla.
Vicario. Máxima autoridad administrativa en cada diócesis. En la *Diocesis Hispaniarum,* el vicario residía en la capital, Augusta Emerita.
Vicus. Población o conjunto de edificaciones que crecía alrededor o al amparo de fortificaciones, normalmente fronterizas, sirviendo de residencia a las familias de las tropas allí acantonadas, comerciantes de fortuna o regidores de pequeños establecimientos que aportaban servicios (baños) a las guarniciones. Con el paso del tiempo y dependiendo de la estabilidad y duración del puesto militar, el asentamiento civil podía llegar a consolidarse y transformarse en una población al uso.

Topónimos

Aqua Claudia. Acueducto cuya construcción fue ordenada en tiempos de Calígula (sobre el 38 a. C.) y terminada en tiempos de Claudio (10-54 d. C.). Recogía sus aguas de manantiales cercanos al río Subiaco, en el valle del Aniene, a sesenta y ocho kilómetros de Roma. En época de Domiciano, su trazado se extendió hasta alcanzar los palacios imperiales en el Palatino.
Aqua Virgo. Acueducto construido en tiempos de Agripa (19 a. C.) de veinte kilómetros de longitud, ubicado al norte de Roma y que traía el agua hasta el Campo de Marte. Su trazado es mayoritariamente subterráneo, como lo es igualmente su entrada en la ciudad. Restaurado en la Alta Edad Media, permanece en funcionamiento en la actualidad y suministra el agua de la Fontana di Trevi.
Arelate. Arlés (Francia). Ubicada al sur de la Galia, junto a la desembocadura del Ródano.
Augusta Treverorum. Tréveris. (Ciudad de Augusto en el país de los tréveros). Población alemana ubicada al oeste del país, a las orillas del río Mosela, cerca de Luxemburgo. Fundada en tiempos de Octavio (Augusto), alrededor del 16 a. C., pronto se desarrolló su romanización, reforzando con su monumentalidad la importancia estratégica de su ubicación. Hacia el año 100 d. C. las construcciones de piedra reemplazaban a las cabañas de madera y en el siglo II se edificaban las termas de Bárbara, un nuevo puente sobre el Mosela y la muralla de la ciudad, a la que se adosa el anfiteatro. Tréveris se convirtió así en la sede del procurador de las provincias de Germania Superior e Inferior y de la de Bélgica. Tras la crisis del siglo III, la ciudad se recuperó con fuerza y a partir del 269 d. C. se convirtió habitualmente en residencia imperial, condición que conservaría hasta el 274 d. C. A partir del 286 d. C. el emperador Maximiano estableció en ella su corte, y su importancia en tal sentido quedó reforzada especialmente con la presencia habitual en ella de Constantino I, quien finalizó la construcción de las residencias imperiales y ordenó erigir la gran basílica (Aula Palatina), así como nuevas y más amplias termas. En la segunda mitad del siglo IV d. C., la transformación de Tréveris en obispado atrajo a una gran población cristiana, concentrando posteriormente una eminente representación del mundo intelectual romano del Bajo Imperio. Saqueada en sucesivas ocasiones a partir del 407 d. C., como consecuencia de su cercanía al *limes* del Rin, la ciudad fue decayendo, pero conservó hasta la Alta Edad Media,

gracias a su profunda romanización y a la fuerte influencia cristiana, la condición de enclave lingüístico latino, manteniendo el uso de esta lengua con preponderancia a las germánicas, que se fueron imponiendo en los alrededores.

Bilitio. (Actualmente Bellinzona, ciudad suiza). Nombre latino de una de las localidades más meridionales ubicadas en la provincia helvética de Recia, paso obligado para acceder a Mediolanum (Milán) desde Curia y descendido ya el paso de San Bernardino.

Bingium. Bingen. Localidad situada al sudoeste de la actual Alemania, ubicada a orillas del Rin, cercana a Maguncia.

Bononia. Boulogne. Localidad francesa situada en el departamento del Paso de Calais. Lugar de desembarco de las legiones britanas comandadas por el usurpador Constantino III.

Burdigala. Burdeos (Francia).

Caesaraugusta. Zaragoza. Ciudad romana fundada en el 14 a. C. sobre la antigua ciudad ibera de Salduie, a orillas del río Ebro, en su curso intermedio. Sirvió de asentamiento a los veteranos de las legiones que participaron en las guerras cántabras —al igual que ocurrió con la fundación de Augusta Emerita, Mérida, por la misma época). Capital de *conventus,* Caesaraugusta pronto prosperó por su posición estratégica. Actualmente, conserva importantes restos, como el gran teatro, el foro, termas, murallas, puerto fluvial e importantes cloacas.

Calagurris (Calagurris Nassica Iulia). Calahorra. Localidad de La Rioja baja, importante población romana fundada probablemente sobre un asentamiento celtíbero, fue famosa por el duro asedio al que la sometió Pompeyo en su guerra contra Sertorio. Destacada ceca de moneda hasta la Edad Media, actualmente conserva pocos restos de su ilustre pasado.

Cascantum. Cascante (Navarra).

Clunia. Clunia Sulpicia Julia. Ciudad romana con fundación *ex novo* en época de Tiberio —tras haber destruido Pompeyo en el 72 a. C. la población arévaca anterior, en la que se había refugiado el rebelde Sertorio—, ubicada en España, al sudeste de la actual provincia de Burgos. Fue cabeza de *conventus* o partido judicial de una gran área geográfica que se extendía hasta el propio Cantábrico, dentro de la Tarraconensis, importancia administrativa alcanzada especialmente desde que Sulpicio Galba fue nombrado emperador, habiendo conocido precisamente en esta ciudad la muerte de Nerón, a quien sucedería. Situada a mil metros de altura, sobre una amplia meseta, provista de un potente acuífero subterráneo del cual se abastecía, pervivió hasta bien entrada la Alta Edad Media, si bien ya desde el siglo III d. C. había comenzado un lento pero inexorable declinar que la condujo a su definitivo abandono. En el siglo V d. C. difícilmente

subsistía la antigua actividad, arruinadas ya las imponentes edificaciones monumentales con las que fue dotada, abandonada ya la importancia del enclave, probablemente, entre otras causas, por la dureza extrema de su clima.
Comum. Como. Localidad italiana al norte de Milán, ubicada junto al lago del mismo nombre, paso natural de salida de la zona oriental de los Alpes occidentales.
Confluentes. Coblenza. Población alemana situada en el curso medio del Rin, en la confluencia —de ahí su nombre— de este con el río Mosela. Lugar estratégico desde el siglo I, debido a su ubicación.
Curia. Actualmente, Coira, localidad suiza ubicada en la antigua provincia helvética de Recia. A través de ella y desde la actual Zúrich, transitaba la calzada que se dirigía hacia la península itálica y cruzaba los Alpes por el paso de San Bernardino —no confundir con los pasos del Pequeño San Bernardo y Gran San Bernardo, mucho más importantes y ubicados más al oeste—.
Dacia. Provincia romana conquistada en época de Trajano (siglo II d. C.) delimitada aproximadamente al norte por los Cárpatos y al sur por el Danubio, actualmente coincidente en gran parte con los límites de Rumanía.
Dertosa. Tortosa (Tarragona).
Dyrrachium. Durrës (Albania).
Durocortorum. Reims (Francia).
El paso. En el presente relato, el paso denominado San Bernardino —no confundir con el Pequeño San Bernardo y Gran San Bernardo— está ubicado en la zona más oriental de los denominados Alpes occidentales, comunicando la cuenca del Rin con la del río Tesino, en la frontera con Italia, cerca de Como y Milán. Su importancia ha sido siempre secundaria con respecto a otros pasos alpinos, y por ello ha sido considerado hasta bien entrado el siglo XVI como un simple camino mulero de difícil tránsito.
Garunna. Río Garona (Francia). Nace en el actual valle de Arán y desemboca en Burdeos en un gran estuario.
Iberus. Río Ebro (España).
Ilírico Oriental. Ir a «**Macedonia**».
Lutecia Parisii. París (Francia). Identifica la localización de la población de Lutecia como Lutecia de los parisi, tribu local. Finalmente, esta fue la denominación que terminó por prevalecer.
Macedonia. Provincia romana que se extendía en época bajoimperial, desde el noreste de la actual Grecia hasta las costas del Adriático. Tras la reforma de Diocleciano, Macedonia pasó a conformar una diócesis dividida en dos provincias —Macedonia Prima, al sur, y Macedonia Salutaris, en el norte—. Como diócesis, fue una de las tres que conformaban la llamada Praefectura del Ilírico y con la división del

Imperio en dos mitades, las provincias macedonias fueron incluidas en el denominado Ilírico Oriental, adjudicado en el «reparto» al Imperio de Oriente.
Mármara. Mar de Mármara. Mar interior que separa el mar Negro del mar Egeo —por tanto, Asia y Europa— y que baña las costas de la actual Estambul (Constantinopla).
Massalia. Marsella (Francia).
Mediolanum. Milán.
Mogontiacum. Maguncia. Población alemana cercana a Bingen. Situada a orillas del Rin, en ella se ubicaba la base de la flota fluvial romana, importante elemento de defensa del *limes.*
Muralla serviana. Antiguas murallas de Roma, comenzadas a construir en el siglo IV a. C. Cuando a finales del siglo III d. C se construyeron las potentes murallas aurelianas, el cerco serviano quedó encerrado en el mucho más amplio perímetro defensivo de las nuevas instalaciones, manteniendo, no obstante, parte de su estructura.
Murallas aurelianas. Como consecuencia de la inestabilidad existente en el Imperio a raíz de la crisis del siglo III d. C., la ciudad de Roma, al igual que la mayor parte de las existentes en el Imperio, se vio en la necesidad de reforzar sus defensas. Las murallas aurelianas son consecuencia de ese esfuerzo, ordenada su construcción por el emperador Aureliano, a partir del último tercio del citado siglo, para sustituir las ya arcaicas murallas servianas. Constituyen un formidable recinto defensivo de cerca de catorce kilómetros, de sólidos muros de cuatro metros de grosor y ocho de altura —aunque a comienzos del siglo V prácticamente doblaron dicha altura—, con casi cuatrocientas torres y dieciocho puertas fortificadas. Actualmente, y pese a la expansión de la ciudad moderna, aún se conserva gran parte del trazado y varias de las antiguas puertas.
Nórico. Provincia romana ubicada en lo que ahora es el actual territorio de Austria, Eslovenia y parte de Baviera.
Oiasso. Irún (España). Paso fronterizo más occidental entre la *Diocesis Hispaniarum* y la diócesis de la Galia. Se conservan restos arqueológicos de entramado portuario y minas.
Osca. Huesca.
***Palentini campi*.** Campos palentinos. Se hace referencia a través de esta expresión utilizada por historiadores del siglo V d. C. a la extensión predominantemente cerealística del norte de la actual provincia de Palencia, zona poblada por abundantes e importantes villas agrícolas —Villa de la Olmeda, como ejemplo significativo, entre otros—, que se supone que fue saqueada tras la derrota de los partidarios de Honorio en el 408 d. C.
Pallantia. Palencia.
Panonia. Provincia del Imperio romano ubicada en Europa central.

Sus límites corresponden más o menos con parte de Hungría, Austria, Eslovenia y norte de Croacia actuales. Limitaba al norte con el Danubio y, por tanto, ejerció de frontera activa y próspera hasta el siglo V d. C.
Pompaelo. Pamplona (España).
Ponto. Zona geográfica ubicada al noreste de la actual Turquía, en Anatolia, a orillas del mar Negro.
Provincias helvéticas. Coincidentes aproximadamente con la actual Suiza, Helvetia fue conquistada definitivamente a comienzos del siglo I. Bajo la incorporación total al Imperio romano, las provincias helvéticas pervivieron como un auténtico emporio de prosperidad, amparadas en el comercio que transitaba por sus diferentes pasos alpinos y una paz que duró hasta los comienzos del siglo V d. C., cuando la frontera se situó precisamente en la cadena montañosa de los Alpes, incrementándose su «germanización» desde entonces.
Rávena. Ciudad italiana ubicada al norte del país, en la actual región de Emilia-Romaña, cercana al mar Adriático. Su privilegiada situación estratégica —junto al mar y rodeada de tierras pantanosas que suponían un poderoso elemento defensivo— le valió ser designada en tiempos de Augusto como base principal de la flota, ubicada en el cercano puerto de Classe. Capital del Imperio Romano de Occidente desde el 402 —Honorio decidió tal traslado desde Milán, precisamente por cuestiones defensivas—, Rávena floreció, amparada en sus defensas naturales y su designación como cabeza del imperio, si bien la monumentalidad que actualmente puede visitarse se concentra en las edificaciones cristianas que, construidas con posterioridad a la época que trata este libro, se levantaron desde finales del siglo V y, especialmente, en la época de dominación bizantina del siglo VI. Tras la caída del Imperio de Occidente, llegó a ser capital del reino ostrogodo y ciudad principal de los dominios itálicos tras la «reconquista» ordenada desde Constantinopla por parte del emperador Justiniano.
Rhenus. Río Rin.
Segisamone. Sasamón. Localidad situada al oeste de la actual provincia de Burgos. Fue la ubicación elegida por Octavio Augusto para levantar su campamento base en las guerras cántabras. Punto importante de la calzada Italia-Hispania.
Tarentum. Tarento. Ciudad portuaria ubicada al sur de la península itálica.
Tarraco. Tarragona. La antigua Tarraco fue el principal asentamiento de las tropas de Publio Cornelio Escipión en la segunda guerra púnica, quien desembarcó en la zona en el 217 a. C. y estableció allí su principal campamento en su campaña ibérica contra los cartagineses. Posteriormente, conforme se incrementaba su importancia, fue capital

de la provincia denominada Tarraconensis. Su puerto, sus murallas, sus foros, su anfiteatro y su imponente circo constituyen uno de los máximos ejemplos de la monumentalidad de la ciudad, verdadero foco de expansión de la influencia romana en la península.

Tesino. Río que discurre en parte de su trazado por la actual Suiza meridional y norte de Italia. Afluente del Po.

Tingitana. Antigua provincia romana situada en la parte más occidental del norte de África. En el siglo V d. C., consolidadas ya las reformas de Diocleciano, dependía administrativamente de la denominada *Diocesis Hispaniarum,* con capitalidad en Augusta Emerita (Mérida).

Tritium. Tricio (La Rioja). Localidad en el trazado de la vía Italia-Hispania. Actualmente, conserva unos importantes restos arqueológicos —ermita-basílica de Santa María de Arcos— que incluyen como elemento más significativo unas imponentes columnas probablemente pertenecientes a un antiguo templo del siglo I o II d. C. y que sustentan la actual iglesia de planta basilical —difícil de visitar por no encontrarse, incomprensiblemente, abierta al público de manera habitual—. Recientemente, a principios del presente siglo se destruyeron, absurdamente, y con finalidades agrícolas, algunos de los tramos probablemente mejor conservados de calzada romana de la península.

Turiaso. Tarazona (España).

Virovesca. Briviesca (norte de Burgos). Importante localidad en el trazado de la vía Italia-Hispania.

Cuando el hielo deje de crujir

Sinopsis



31 de diciembre del año 406 d. C. Vándalos, alanos y suevos aprovechan que el cauce del Rin se congela para cruzar en masa el *limes* del opulento Imperio occidental.

Licia, una joven aristócrata, y Quinto, un general al mando de las legiones enviadas por Estilicón para guardar la frontera, unen entonces sus destinos. Pero terminan separándose y comienzan, cada uno por su lado, sendos viajes que los llevarán a vivir el trágico destino del Imperio. Ella a través de la Galia e Hispania y él desde Germania a Italia.

El cerco y caída de Roma en el año 410 d. C. volverá a unir sus vidas, empañadas por la guerra, las intrigas políticas, la traición, la ambición y la cólera de los desposeídos.

Biografía del autor

Santiago Díaz Morlán

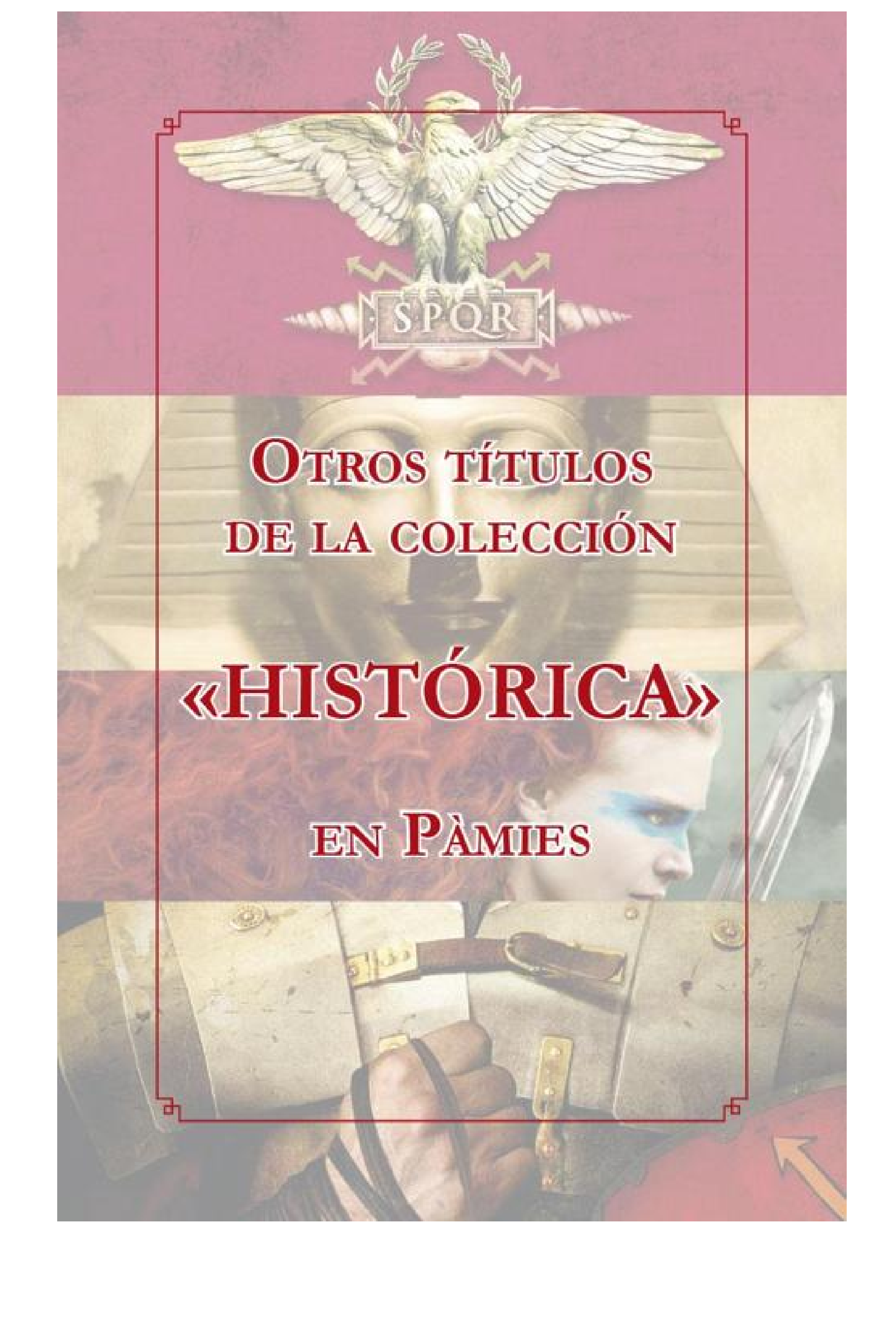


Es un abogado bilbaíno nacido en 1965. Compagina el ejercicio profesional con sus verdaderas pasiones: la historia y la escritura.

Cuando el hielo deje de crujir, ambientada en el año 407 d. C., al comienzo de la caída del Imperio romano de Occidente, es su segunda novela publicada por Pàmies, después de *Lloverá tierra seca sobre Annual* (2023), cuya acción tiene lugar en los turbulentos años de comienzos del siglo xx.

Articulista ocasional, motero veterano, vive hoy a caballo entre las tierras que le aportan la felicidad que todos en algún momento buscamos y que en su caso se resumen en el Cantábrico profundo de las costas de Vizcaya y el alma eterna de Castilla.

IG: sdiazmorlan


SPQR
Otros títulos
de la colección
«HISTÓRICA»
en Pàmies

Los muertos de río Grande

Santiago Mazarro



Año 1820. Nuevo México.

En la frontera más remota de la América Septentrional, a orillas del Río Grande, un misterioso asesinato aterroriza a la población de la comarca y pone en jaque a las autoridades españolas de Santa Fe de Nuevo México. Incapaz de resolver el entuerto, y ocupado en su lucha contra el movimiento independentista mexicano, el gobernador recurre a los servicios de Leandro Cuervo, un soldado veterano de las guerras comanches que oculta más de un secreto, y su ayudante, el bachiller Juan Orviz, recién llegado de España. Juntos colaborarán en la investigación de un misterioso enigma que los obligará a viajar de los ranchos de Atrisco a las montañas de la Sangre de Cristo, pasando por el peligroso cañón del Muerto.

Tras el éxito de sus dos anteriores novelas el escritor y cineasta Santiago Mazarro regresa a la Norteamérica hispana con un *thriller* histórico, visceral y repleto de misterios. Una historia vertiginosa que dibuja, con el rigor que caracteriza al autor, una frontera hipnótica en la que nada es lo que parece.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Los muertos de Río Grande

